TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS I-III

EDITORIAL GREDOS

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

LIBROS I-III

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
ÁNGEL SIERRA
TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 144

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Juan Gil.



© EDITORIAL GREDOS, S.A.

López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid

Primera edición, 1990.
3.ª reimpresión.

Depósito Legal: M-53591-2007

ISBN 84-249-1428-7. Obra Completa.
ISBN 84-249-1434-1. Tomo I.
Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. Invitación a la lectura de Livio

Livio es una lectura saludable. Según cuentan, el rey D. Alfonso V de Aragón y I de Nápoles recuperó con la lectura de Livio la salud que ni la medicina ni la música habían podido devolverle; la lectura de Livio fue el único consuelo de Cola di Rienzi en la cárcel de Aviñón, manteniendo vivos sus ideales de libertad, y con el paso de los años, de la mano de Stendhal, hasta un personaje de ficción recurriría a sus reconfortantes efectos: *Le Marquis, irrité contre le temps présent, se fit lire Tite-Live* [1].

Aunque lo parezca, esto no es una recomendación terapéutica. Para leer con gusto a Livio no es preciso estar aquejado de alguna enfermedad desconocida, ni siquiera de idealismo, y preso por ello; ni tampoco sufrir un ataque de gota y la enojosa lectura de la prensa del día, como Monsieur de la Molle. Esas anécdotas valen aquí sólo como indicio de la rara atracción que nuestro autor y su obra han ejercido a través de los tiempos. Por lo demás, la historia del restablecimiento de Alfonso el Magnánimo, tal

---

[1] Stendhal, *Le rouge et le noir*, libro II, Cap. VII.

como puede leerse en nuestros autores no es del todo segura; hay quien atribuye la virtud curativa a Quinto Curcio... [2] Pero no importa. Tan expresivo de la afición del rey por Livio, como que recuperara la salud leyéndolo, es que se arriesgara a perderla por leerlo: al acceder Alfonso al trono de Nápoles, Cosme de Médicis, queriendo granjearse su amistad para Florencia, le envía como prenda de paz un ejemplar de cada una de las décadas de Livio en espléndidos manuscritos. Cuando este precioso regalo llegó a manos del rey, sus médicos le aconsejaron que no lo abriera, no fuera a estar envenenado, pero Alfonso desechó todo temor, diciendo que los reyes estaban bajo una especial protección divina. Con razón se ha dicho que tuvo que ser su amor por Livio, sin cuya compañía nunca emprendía un viaje, lo que movió al rey a confiar en tan incierta garantía [3].

De los numerosos testimonios de afección por Livio, el primero y más frecuentemente recordado es el de aquel ciudadano de la antigua Cádiz que vino —dice Plinio— «desde el último confín del mundo», sólo para ver en persona a Tito Livio. Llegó, lo vio, y volvió [4]. Otro curioso y anónimo homenaje brilla en una lista de libros de hacia el año 1040, procedente de la abadía de Cluny, en la que figuran los títulos elegidos por los monjes como lectura de cuaresma. De los sesenta y cuatro que había, sesenta

---

[2] Cf. M. Menéndez y Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid, 1953, vol. III, pág. 192, y T. de la A. Recio, *Tito Livio*, Barcelona, 1952, pág. 268-269.

[3] B. L. Ullman, *Studies in the Italian Renaissance*, 3.ª ed., Roma, 1973, págs. 53-77 = «The post-mortem adventures of Livy», *Univ. of North Carolina Bulletin*, 34 (1944), 39-53.

[4] Plinio el Joven, *Cartas* II 3, 8; Jerónimo, *Cartas* LIII 1.

y tres optaron por comentarios bíblicos y obras de los Santos Padres, o Historias de la Iglesia; el último eligió a Livio. P. G. Walsh, cuyo *Livy, his historical aims and methods* debería ser declarado libro de cabecera del livianista moderno, confiesa en otra parte que entre los muchos tributos a la llamada de Livio éste es su preferido [5].

Nunca sabremos las razones de esos homenajes anónimos, pero, seguramente, no fueron muy distintas de las que encontramos en una carta dirigida a Livio *(Franciscus Tito Livio salutem)*, en 1351, por otro entusiasta suyo: Francesco Petrarca. En ella leemos que a Petrarca le hubiera gustado coincidir con Livio en el tiempo: su época habría sido mejor viviendo Livio entonces, o él mismo habría podido mejorar siendo contemporáneo suyo, dispuesto como estaba a ir no ya a Roma desde Hispania, sino a la India, para verlo. Ahora —dice Petrarca— lo ve en sus libros, a los que acude siempre que desea olvidar un tiempo que sólo aprecia riquezas y placeres, y agradece que su lectura le sumerja en siglos más felices y le haga sentir que vive junto a Cornelios, Lelios, Fabios, Metelos, Brutos, Decios, Catones, Régulos, Cursores, Torcuatos, Valerios, Salinatores, Claudios, Nerones, Emilios, Fulvios, Flaminios, Atilios, Quincios y Camilos,... y no con los granujas redomados entre quienes le había hecho nacer su mala estrella [6].

Para Petrarca el atractivo de Livio es de naturaleza ética y estética. Lo que espera y recibe de su lectura, por

---

[5] P. G. Walsh, «Livy and the aims of History: an analysis of the Third Decade», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im spiegel der neuren Forschung*, edit. por H. Temporini y W. Haase, II 30, 2, Berlín-Nueva York, 1982, pág. 1074.

[6] P. L. Schmidt, «Petrarca an Livius *(fam.* 24, 8)», *Livius. Werk und Rezeption. Festschrift für E. Burck zum 80. Geburtstag*, edit. por E. Lefèvre y E. Olshausen, Munich, 1983, págs. 421-433.

la fuerza psicagógica de su expresión literaria, es un beneficio moral: una especie de bautismo por inmersión en un pasado utópico, que purifica de la contaminación de los males presentes mediante el olvido y el consuelo. El pasado como edad dorada y como refugio, y la fe en la capacidad formativa de la historia son temas genuinamente titolivianos cuya presencia en Petrarca revela una estrecha congenialidad entre ambos. La imagen de la inmersión en el pasado define lo más característico del influjo de Livio; que no actúa reflexivamente, conduciendo al lector hacia el análisis racional de los hechos, sino emotivamente, convirtiéndolo en partícipe de los desengaños y esperanzas de un alma humana universal, a través de las vicisitudes históricas de un pueblo.

Esos mismos sentimientos de congenialidad y de admiración ante el poder de la palabra eran los que llevaban a escuchar a Livio al reducido público que acudía a sus lecturas, según cuenta Claudio Eliano: «Había en Roma dos historiadores, Tito Livio, cuya gloria propagó la fama, y Cornuto, de quien se sabía que era rico y sin hijos. Para oír a Cornuto se congregaba una multitud de aduladores con sus esperanzas puestas en la herencia; a Livio iban a escucharlo sólo unos pocos, pero entre quienes valían *elegantia animi et facundia litterarum*» [7].

Aunque también lo parezca, esto no es tampoco un panegírico. Si tuviéramos que elegir un solo testimonio de aversión por Livio, ¿cuál mejor que el de un emperador? Calígula lo detestaba; le parecía verboso y negligente, y a punto estuvo de hacerlo desaparecer —*scripta et*

---

[7] ELIANO, *Fragm.* 383 (Hercher), *apud* C. CICHORIUS, *Römische Studien*, Leipzig, 1922, pág. 261.

imagines— de las bibliotecas [8]. Se ha dicho que su juicio, que imponía el mismo destierro a Homero y a Virgilio, era un elogio, más que una crítica; pero ¿no tendría algo de razón, teniendo en cuenta que los frecuentes descuidos que hay en Livio le niegan el título de historiador exacto y riguroso, y que algunos tratadistas de retórica ejemplifican el pleonasmo, o redundancia, con alguna frase suya...? Para otros, el mayor defecto de Livio estriba en ser demasiado propenso a la lección moral.

No es fácil argumentar contra la prevención. Tal vez valgan los ejemplos. Yo desdeñaría leer el relato titoliviano por su poco valor como historia científica, si no tuviera conocimiento de rectificaciones de sabios eminentes al respecto; si personas igualmente autorizadas no me dijeran que lo más legendario de la historia romana de Livio cubre firmes cimientos de realidad; o si no fuera evidente que unos dos tercios de los últimos libros conservados, a pesar de su apariencia de buena literatura, siguen muy de cerca a un autor de tanta garantía como Polibio.

Frente a las otras causas de disuasión, el moralismo inoportuno y los excesos de su facilidad de palabra, tenemos un término de comparación bastante ilustrativo en la continuación de la «parábola de los dos historiadores» según Eliano, que dice así: «Pero el Tiempo, insobornable e incorruptible, y su guardiana, compañera y vigilante, la Verdad, que no necesitan riquezas, ni sueñan con la sucesión de una herencia, ni se dejan atrapar por nada torpe, falso, indigno o menos liberal, al uno lo mostraron, lo sacaron a la luz como a tesoro oculto y —diré con Homero— repleto de muchos bienes, y éste era Livio; mas

[8] SUETONIO, *Calígula* XXXIV, 6.

al opulento y colmado de riquezas, a Cornuto, lo cubrieron de olvido». ¿Habrá que decir que Livio no llega nunca a esos extremos de oratoria rimbombante, ni es tan pedestre y retórico en su afán aleccionador?

La variedad y abundancia del tesoro escondido que es Livio se manifiesta en las oscilaciones y altibajos de su estilo. Puede decirse que en Livio, el estilo es el espejo de la idea. Está claro que hay, por decirlo brevemente, hechos sin ideas: realidades que Livio, o su época, no sabían valorar, sobre las que no tenían ideas. Pero el historiador no inventa su argumento, no puede silenciar lo que a sus ojos —nos lo dice la forma en que lo cuenta— carecía de germen literario. En Livio hay muchas páginas de árida lectura; su valor consiste en ser un yacimiento inestimable de información para la historia diplomática, militar, política, económica, o social de la República romana, por no hablar... de su contribución al estudio de la «ufología» en la Antigüedad [9]. En fin, es igualmente cierto, por otra parte, que Livio, o su época, valoran hechos, tienen ideas que hoy han perdido vigencia, que nos son ajenas; y que, por tanto, no siempre congeniamos con él. De todas formas, Livio no es nunca irritante, y la satisfacción de su prosa maestra es siempre una compensación segura.

Léon Catin, que ha hecho de la lectura literaria de Livio un ejercicio de inteligencia y de sensibilidad, terminaba su estudio preguntándose qué interés presenta para un espíritu moderno una obra como la de Livio, de forma e inspiración romanas. No es de extrañar que antes y después de él, en tiempos de descrédito de Livio, o de progre-

---

[9] H. Hauben, «Unidentified Flying Objects and Close Encounters in Antiquity, Especially as Reported in the *Histories* of Livy», *Festschrift Burck* (v. nota 6), págs. 301-311.

sivo alejamiento de la antigüedad clásica, otros se hayan planteado la misma pregunta [10].

Pocos años antes, Paola Zacan, al final de su ensayo sobre el historiador, con el que pretendía reivindicar la originalidad y seriedad del paduano como filósofo y poeta de la historia y reconstruir su armónico sistema conceptual, reducido a una deshilvanada colección de noticias y opiniones por la crítica adversa de historiadores y filólogos, había respondido con la paradoja: «precisamente en razón del contraste que se ha producido entre los modernos y Livio, éste puede ser para los modernos una lectura provechosa. Livio representa la permanencia del sentimiento de lo eterno frente a nuestro sentimiento de lo inseguro y fugaz» [11].

Décadas después, Luciano Perelli, menos esencialista, no tan entusiasta, más objetivo, destacaba el valor añadido de la lectura de Livio sobre la de otros historiadores antiguos seguramente más próximos a la actitud contemporánea ante la historia. En su opinión, «el lector moderno tal vez prefiera el contacto con los problemas concretos y el compromiso político de un Salustio a la ingenua fe de Livio en los principios de la romanidad, pero es siempre cosa del máximo interés descubrir a través del candor moralístico de Livio el significado histórico de los valores heredados por él de una tradición secular y los problemas políticos reales que se ocultan bajo el ropaje encomiástico y la bella forma literaria» [12].

Por su parte, el propio Catin recordaba en primer lugar que Livio ha sido, desde el Renacimiento, una de las

---

[10] L. Catin, *En lisant Tite Live*, París, 1944, págs. 187-190.

[11] P. Zacan, *Tito Livio*, Roma, 1940, pág. 242.

[12] L. Perelli, *Storie (libri I-V) di Tito Livio*, Turín, 1974, pág. 60.

fuentes que nutren la filosofía política, la literatura y el arte europeos: su imagen de Roma ofreció temas, razones, ejemplos y modelos a Maquiavelo, Montesquieu, Macaulay; Tiziano, Poussin, David; Shakespeare, Corneille, Voltaire, etc., etc., de modo que su obra y nuestra cultura se iluminan recíprocamente. Pero también «lejos de los teatros y museos» —escribe Catin— «*l'honnête homme* hallará siempre placer en reencontrarse con Livio». Porque la lectura de Livio, fácil y fecunda a la vez, devuelve a nuestra alma un poco de su frescura infantil. Si leer es apartarnos de nosotros mismos, volver de Livio es regresar enriquecidos de belleza, si no de sabiduría, de las memorias de un romano *ami du vrai, du beau et du bien*».

II. Tito Livio: patria, carácter, vida y escritos [13]

Tito Livio nació y murió en *Patavium* (hoy, Padua), donde también pasó, probablemente, la mayor parte de

[13] Sobre las cuestiones tratadas en este capítulo véanse, en especial, W. Weissenborn, «Einleitung», W. Weissenborn, H. J. Müller, *Titi Livi, Ab Vrbe condita libri.*, I, libros I-II, 13.ª ed., Dublín-Zurich, 1969 (= 9.ª ed., 1908), págs. 1-11. G. Hirst, «Note on the date of Livy's birth and on the termination of his History», *Transac. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 59 (1925), págs. XL-XLI. V. Lundström, «Kring Livius' liv och verk», *Eranos* 27 (1929), 1-37. J. Bayet, «Introduction», J. Bayet, G. Baillet, *Tite-Live: Histoire Romaine*, I, libro I, París, 1965 (=1940), págs. VII-XXII. H. Philipp, «Patavium», *Real-Encyclop. d. Altertumswiss.*, XVIII 4 (1949), cols. 2114-2119. R. Syme, «Livy and Augustus», *Roman Papers*, I, Oxford, 1979, págs. 400-454 (= *Harvard Stud. in Class. Philol.*, 64 (1959), 27-87). P. G. Walsh, *Livy. His historical aims and methods*, Cambridge, 1961, págs. 1-20. A. D. Leeman, «Wer-

su vida. El ambiente paduano contribuyó a forjar en él un carácter austero, independiente y conservador: a pesar de su relativo aislamiento, *Patavium* era una ciudad próspera y culta; se distinguía por la proverbial severidad moral de sus habitantes, y era, por entonces, feudo del tradicionalismo político.

Livio gozó de una dilatada existencia de la que apenas nos han llegado noticias. Según la *Crónica* de S. Jerónimo, vivió entre el 59 a. C. y el 17 d. C. Hoy se suele dudar de la exactitud de esas fechas y voces autorizadas defienden como cronología más verosímil los años del 64 a. C. al 12 d. C., pero no hay razones de peso para el cambio [14].

La obra de su vida fue una monumental *Historia de Roma* en 142 libros, de los que se conservan 35 (I-X y XXI-XLV, con varias lagunas en los cinco últimos) y un par de fragmentos (de los libros CXI y CXX). Aunque el texto se nos ha transmitido, por lo general, en grupos de diez libros, o décadas, y este término figura en el título de numerosos manuscritos (de donde pasó a las primeras traducciones, p. e. *Las décadas de Tito Livio*, por el canci-

---

den wir Livius gerecht», E. Burck (ed.), *Wege zu Livius*, 2.ª ed., Darmstadt, 1977, págs. 200-214 (= *Helikon* 1 (1961), 28-39). R. M. Ogilvie, *A Commentary on Livy*, libros I-V, 2.ª ed., Oxford, 1970, págs. 1-5. K. Gries, «The personality of T. Livius», *Hommages à M. Rénard* (Collection Latomus, 101), Bruselas, 1969, págs. 383-393. E. Mensching, «Zur Entstehung und Beurteilung von *Ab Urbe condita*», *Latomus* 45 (1986), 572-589. A. Fontán, *Tito Livio: Historia de Roma*, Libros I y II (Col. hispánica de autores gr. y lat.), Madrid, 1987, págs. XIII-XXIII.

[14] E. Burck, «Aktuelle Probleme der Livius-Interpretation», *Gymnasium* (Beihefte) 4 (1964) pág. 40, aunque la propuesta le parece sugestiva; ni L. Perelli, *loc. cit.* (v. nota 11), pág. 77, ni E. Mensching, loc. cit. (v. nota 13), pág. 573, se plantean siquiera la duda.

ller Ayala), el título original de la obra es casi seguro que fue *Ab Urbe condita* («Desde la fundación de la Ciudad»). Tras hacer en el libro I un resumen de los primeros siglos de Roma (hasta el final del período monárquico), Livio narraba luego año por año la historia de la República; su relato llegó hasta el año 9 a. C., aunque no es posible saber si éste fue un final previsto, o si la obra quedó incompleta. La parte conservada alcanza hasta el año 167 a. C.; la parte perdida se conoce, a grandes rasgos, gracias a las *periochae*, unos resúmenes del contenido de cada libro debidos a un autor anónimo de la antigüedad tardía (faltan las de los libros CXXXVI y CXXXVII). Los restantes escritos de Livio se perdieron del todo; versaron sobre cuestiones de historia, filosofía y teoría literaria.

El origen paduano de Livio aparece confirmado por el testimonio de numerosos autores: Asinio Polión se burlaba de su *patavinitas*, Asconio, que también era de *Patavium*, se refiere a él como *Livius noster*, y la ya mencionada *Crónica* de Jerónimo registra su nacimiento en los siguientes términos: *Messalla Corvinus orator nascitur et Titus Livius Patavinus scriptor historicus*; que Livio murió en Padua, lo atestigua expresamente S. Jerónimo: *Livius historiographus Patavi moritur* [15].

Las noticias que nos han llegado sobre la larga vida de Livio son tan escasas que se le ha llamado «el historiador sin historia», «la figura más nebulosa entre los grandes clásicos». Tal vez por eso el dato más conocido, su patria, ha adquirido una importancia tan grande... Lo cierto es que algunos rasgos del carácter y de las actitudes de

[15] QUINTIL., I 5, 56; VIII 1, 2. ASC. PEDIANO, *In Corn.* 68. JERÓNIMO, *Ad Euseb. Chron. (Ad ann. Abr. 1958, 2033).*

Livio casan muy bien con la conocida idiosincrasia de los paduanos, y que la historia de su ciudad se ha convertido en referencia obligada para la biografía hipotética del más universal de todos ellos.

Padua está situada en la Italia transpadana, no lejos de la costa norte del Adriático. Dominaba un extenso territorio de laberínticos canales y marismas, que le brindaban protección y oportuna salida al mar. «Roma de los vénetos», también Padua se gloriaba de un origen troyano; su otro orgullo era el de haber sabido mantener su libertad y preservar su identidad colectiva en el respeto a sus tradiciones antiguas. A lo largo de su historia los paduanos se habían defendido, con éxito, de los etruscos, de los galos y de los griegos, y sólo la discordia civil, en el 174 a. C., los inclinó a aceptar como mejor solución la autoridad de Roma. Aun así, su invariable actitud prorromana durante la pasada guerra contra Aníbal, les valió, conservar una cierta independencia, hasta que en el 49 a. C., declarada *Patavium* municipio, obtuvieron plenos derechos de ciudadanía.

Patavium tuvo la suerte de permanecer al margen de los campos de batalla y de las sangrientas revanchas de la guerra civil, aunque sufrió fuertes exacciones por parte de Marco Antonio en represalia por su actitud prosenatorial. Este alejamiento permitió a los paduanos desarrollarse en paz. Los descendientes de belicosos héroes criadores de caballos, apacentaban pacíficas ovejas. Nudo de caminos y centro de comarcas ricas en pastos, *Patavium* prosperó con el comercio y la artesanía de excelentes tejidos de lana. En el censo del 14 d. C., era la segunda ciudad de Italia más poblada y próspera, con 500 ciudadanos lo bastante ricos como para figurar entre los *equites*, «la

clase alta no-política, terratenientes, comerciantes y financieros, que junto a los *senatores* conformaban la plutocracia romana»[16].

Las numerosas inscripciones halladas en la zona confirman la importancia de la ciudad. Los nombres reflejan una sociedad fuertemente latinizada; otros indicios sugieren un notable influjo helénico en los estratos más educados. Por otra parte, el reducido número de epígrafes de tipo honorario o laudatorio distingue a sus habitantes de la habitual petulancia provinciana, lo que concuerda con la imagen proverbial del paduano como hombre parco y morigerado[17].

Como buen paduano, Livio está orgulloso de serlo. Comienza su historia de Roma con el desembarco del troyano Antenor en litoral véneto, es decir, el más cercano a Padua, y la fundación allí de una nueva Troya. En su momento destacará que sólo aquel rincón se mantuvo libre del dominio etrusco y recordará la historia del año 174 a. C.; pero, sobre todo, su relato de la incursión naval de Cleónimo contiene unos toques descriptivos tan vívidos y una emoción evocadora tan intensa que, como se ha dicho agudamente, «si no abundaran tanto los testimonios acerca de la patria de Livio, este pasaje avalaría *Patauium* como la más probable»[18].

El espíritu independiente de los vénetos se manifiesta en Livio como libertad ante el poder político y como de-

---

[16] E. Badian, *Oxford Class. Diction.*, 2.ª ed., 1970, *s.v.* 'equites'.

[17] Plinio el Joven (*Cartas* I 14, 16) habla de una señora de Padua, una tal Serrana Prócula, que a los mismos paduanos —«ya conoces las costumbres del lugar»— daba lecciones de severidad.

[18] A. Fontán, *loc cit.* (v. nota 13), pág. XIV. Cf. Liv., V 33 (etruscos); X 2 (Cleónimo); XLI 27 (año 174).

fensa de las propias convicciones frente al dictado de la opinión común. Esa cierta altivez del paduano que se distingue de su entorno podría explicar incluso la insensibilidad que se le ha reprochado hacia la Italia del Norte, porque la patria de Livio es Padua y puede ser Roma, pero no se siente especialmente cisalpino, o transpadano [19].

Es lógico pensar que el ambiente de su patria chica influyera en la actitud de Livio ante la política y en su severidad moral. Se ha dicho que Livio muestra por la acción política, como práctica personal y como objeto de análisis histórico, la insensibilidad de la burguesía provinciana, a la que interesan sobre todo la paz y la estabilidad del orden social, es decir, los efectos de la política, más que su ejercicio. En su constante anhelo de paz y de concordia y en su posición conservadora y pro-senatorial tal vez se manifieste la honda huella que debió de dejar en el joven Livio la represión sufrida por la defensa de la legalidad que Padua enarboló como bandera en el conflicto entre Marco Antonio y el Senado [20]. Por aquel tiempo, año 43 a. C., actuaba, como agente de Antonio, Asinio Polión, gobernador de la Cisalpina y ejecutor de las represalias contra la ciudad. Asinio, que más tarde abandonaría la política para dedicarse también a la historia, censuraba en Tito Livio una cierta *patauinitas* que, interpretada en clave ideológica, o moral, identifica los rasgos más propios de su carácter y del ambiente en que se forjó: el «paduanismo» del que se burlaba Polión, dicen unos, era puro «palurdismo» político: la ingenuidad histórica de Livio, su concepción ética, su idea romántica de la historia; para otros,

---

[19] F. Walbank, «The fourth and fith decades», T. A. Dorey (ed.), *Livy*, Londres, 1971, págs. 58-59.

[20] R. M. Ogilvie, *loc. cit.* (v. nota 13), pág. 2.

se trataba de la severidad de su carácter, o de la rigidez e intransigencia de sus actitudes políticas [21].

Muchos aspectos de la personalidad de T. Livio aparecen vinculados a la imagen que se tenga de dónde y cómo vivió. Comúnmente se piensa que Livio, transcurrida su infancia y primera juventud en Padua, con la idea ya formada de escribir la historia de la «nación más grande de la tierra», abandonó la provincia y se trasladó a Roma, atraído como otros escritores por los aires de renovación cultural y política tras la victoria de Octaviano, y porque sólo allí habría podido disponer de los medios necesarios para llevar a cabo su proyecto. En Roma lo sitúan las anécdotas recogidas por Plinio y por Eliano, que ya hemos referido, y en Roma debieron de producirse los contactos de Livio con Augusto y con el futuro emperador Claudio, de los que hablan Tácito y Suetonio [22]. Además, las alusiones a la Roma contemporánea contenidas en su descripción de la ciudad primitiva parecen observaciones propias de alguien que reside en ella.

Sin embargo, estos argumentos no son conclusivos, mientras que Padua ofrece a mayor número de indicios

[21] Tales interpretaciones parecen desautorizadas por el autor que nos transmite la anécdota, QUINTILIANO (v. nota 15), para quien la crítica de Asinio apuntaba a cuestiones de estilo (v. *infra*, pág. 147). Sin dejar de ser cierto eso, también es posible que Quintiliano no advirtiera que el ironista Asinio hablaba con segundas... Sobre las opiniones aludidas, cf. E. BURCK, «Literaturüberblick», *Die Erzählungskunst des T. Livius*, 2.ª ed., Berlín, 1964, pág. XXVII.

[22] TÁCITO, *Anales* IV 34, pone en boca de Cremucio Cordo un discurso, en el que éste recuerda que Livio dedicó tantos elogios a Pompeyo que Augusto lo llamaba «pompeyano»; sin que esto —añade— entorpeciera su amistad. Según SUETONIO, *Claudio* XLI 1, Livio fomentó la afición del futuro emperador Claudio por la historia.

una coherencia que Roma no ofrece. Se ha comprobado que las indicaciones de Livio sobre el espacio urbano de Roma contienen inexactitudes que hacen poco probable que residiera en ella largo tiempo [23]. Además, la vida imaginable de Livio afincado en Roma proyecta una imagen de su carácter que contenta a pocos. En Roma, durante cuatro largas décadas, Livio no habría hecho otra cosa que escribir. Sus errores en cuestiones militares y asuntos administrativos prueban que no desempeñó cargo público alguno, ni sirvió en el ejército. Sorprendentemente, para los activos círculos literarios de su tiempo, tan ligados a la política, este hombre dedicado en cuerpo y alma a la literatura y en buenas relaciones con la cúspide del poder es como si no hubiera existido. No queda sino pensar que, siendo como era persona retraída, fría y distante, sin humor y de pocos amigos, llevó una vida aislada y sedentaria, en el encierro de un gabinete de estudio [24]. Lo que ocurre es que no es ésa la imagen del carácter de Livio que la mayoría ve reflejada en su obra. Es cierto que hay un Livio atrabiliario, propenso al pesimismo y a la melancolía, sensible sobre todo a los aspectos negativos de la convivencia y poco condescendiente con las debilidades humanas, pero esa hosquedad —como el emblemático bastón de Bruto (I 56, 9)— recubre un alma idealista y compasiva, que conserva con optimismo su fe en el esfuerzo humano y la convicción de que la justicia de las cosas se

---

[23] V. LUNDSTRÖM, *apud.* A. D. LEEMAN (v. nota 13), pág. 209. Ambos autores opinan que Livio pasó la mayor parte de su vida en Padua. También se inclinan por esta opinión, entre otros, M. SCHANZ, C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur*, 4.ª ed., pág. 297, y E. MENSCHING *loc. cit.*, pág. 573.

[24] Cf. R. M. OGILVIE, *loc. cit.* (v. nota 13), págs. 4-5.

impone finalmente [25]. Hay quien descubre en Livio un sano humor, una sólida ironía campesina; hay quien le encuentra una delicadeza y un calor humano únicos entre los historiadores antiguos [26]. Realmente, el silencio de Roma sobre Livio se explica mejor por su ausencia de la ciudad que por su hipotética misantropía.

Como segunda ciudad de Italia, *Patavium* debía de ofrecer oportunidades para la educación y el estudio no muy inferiores a las de la capital misma. Si Livio recibió en Padua la sólida formación intelectual que se refleja en su obra —el texto de *Ab Urbe condita* nos lo revela como buen conocedor de los autores griegos y romanos (oradores, historiadores y filósofos) [27]— seguramente también pudo desarrollar allí su dedicación literaria y disponer de las obras que serían la base de la suya. Es más, el carácter exclusivamente libresco de sus fuentes, el hecho de que no consulte documentos originales a los que habría tenido acceso en Roma, se comprende mejor, si no vivió allí, que por falta de exigencia personal como historiador [28].

En 1351 Petrarca firmaba su carta a Livio en Padua, «donde tú naciste y estás sepultado», en el atrio de Santa Justina, «ante la lápida misma de tu tumba». El epitafio

---

[25] K. Gries, *loc. cit.* (v. nota 13), págs. 388-392.

[26] O. Seel y H. Tränkle, *apud* J. E. Phillips, «Current Research in Livy's first decade: 1959-1979», *Aufstieg u. Niedergang* (v. nota 5), pág. 1028.

[27] Véase, p. e., V 4, 4; XXVI 22, 14 (Platón); IX 17, 6 (Jenofonte); III 68, 9; IX 18, 7 (Demóstenes); VII 30-31 (Tucídides); III 11-14 (Cicerón). Cf. los comentarios de W. Weissenborn - H. J. Müller, y R. M. Ogilvie, *ad loc.*

[28] V. Lundstrom, *loc. cit.* (v. nota 23).

al que se refiere Petrarca era, en realidad, el de un liberto [29]. Más tarde se descubrió otro que sí podría ser el de nuestro historiador, aunque existen dudas sobre su autenticidad: T. LIVIVS. C. F. SIBI ET / SVIS / T. LIVIO T. F. PRISCO E(T) / T. LIVIO T. F. LONGO E(T) CASIAE SEX. F. PRIMAE / VXORI [30]. Este T. Livio, hijo de Gayo, casado con Casia Prima, hija de Sexto, tuvo dos hijos, de los que el mayor habría muerto antes de que el pequeño alcanzara la mayoría de edad y pudiera recibir el mismo nombre de su hermano [31]. En la tradición literaria se menciona a un hijo y a una hija de Tito Livio, casada ésta con un orador mediocre de ascendencia probablemente cisalpina [32]. Si la inscripción fuera realmente la de Tito Livio y los suyos, el carácter de epitafio familiar que tiene concuerda mejor con una persona que está y espera seguir enraizada en la ciudad, que no con alguien afincado en la distante Roma, o que piensa establecerse allí [33].

Por lo demás, imaginar a Tito Livio establecido en Padua no quiere decir que no saliera de su encierro. Tal vez viajara más de lo que suele admitirse: a Roma, desde luego, y con frecuencia creciente a medida que fue ganando prestigio, o para dar a conocer nuevas partes de su obra (las lecturas referidas por Eliano dos siglos después), o para estancias más o menos largas; pero también más al Sur,

---

[29] *Corpus Insc. Lat.* V 2865.

[30] *C.I.L.* V 2975 (= H. Dessau, *Insc. Lat. Selectae*, 2919). Cf. E. Badian *ad* R. Syme, *Roman Papers* I, pág. 426, n. 3.

[31] A. Fontán, *loc. cit.* (v. nota 13), pág. XVI.

[32] Quintiliano, X 1, 39; Séneca el Viejo, *Controversias*, 10 *praef.*, 2.

[33] A. D. Leeman, *loc. cit.* (v. nota 13), pág. 209.

a la Campania (XXXVIII 56, 3), a Tarento (XXVII 16, 8), tal vez incluso a Grecia...[34]. El famoso ciudadano de Cádiz pudo muy bien creer que Livio vivía en Roma, aunque no fuera cierto, y también encontrarlo allí cuando llegó. Incluso la relación de Livio con Augusto y con otros miembros de su familia pudo desarrollarse a lo largo de estas visitas del historiador a la capital[35].

En la idea de que Livio pasó la mayor parte de su vida en Roma, siempre se le ha supuesto un nivel económico en consonancia con el *otium* requerido por su obra, cuya equivalencia en dimensiones modernas arroja, según algunos cálculos, magnitudes absorbentes: un libro de 300 páginas al año durante 40 años. Es posible que disfrutara de la ciudadanía romana desde antes de que *Patavium* fuera declarada municipio en el 49, lo que sería indicio de un cierto nivel social; se ha sugerido que tal vez perteneciera a una de aquellas acaudaladas familias de rango ecuestre: no ha sido posible comprobarlo; de lo que no cabe duda es de que no formaba parte de ninguno de los grandes clanes de la aristocracia romana[36]. En cuanto al tra-

---

[34] K. Gries, *loc. cit.* (v. nota 13), págs. 386-387.

[35] V. nota 22. Tácito y Suetonio hablan de una relación o unos contactos de Livio con Augusto y con Claudio que hay que situar en la primera década d. C., pues antes de esa época, ni Claudio (nacido el año 10 a. C.) habría tenido edad de plantearse su vocación de historiador, ni Augusto habría podido conocer los libros de Livio sobre Pompeyo (XCI-CX), publicados seguramente a partir del año 2 d. C. Cf. Menschino, *loc. cit.*, pág. 574. De un ambiguo pasaje de *Ab Urbe Condita,* (IV 20, 7) suele deducirse que hubo, al menos, un encuentro de Livio con Augusto en los comienzos de la carrera del historiador, poco después de publicados sus primeros libros.

[36] M. L. W. Laistner, *The greater Roman Historians*, Berkeley, 1971 (= 1.ª ed., 1947), pág. 67; L. R. Taylor, «Republican and Augustan

bajo que representó la redacción de *Ab Urbe condita* hay otros cálculos más benignos [37]. En Padua pudo compartir mejor su dedicación al *otium* de orador, historiador y filósofo, y a los *negotia* que se lo permitían.

La retórica y la filosofía fueron, junto con la historia, los campos en los que Livio desarrolló su actividad como escritor. Quintiliano menciona un escrito de orientación literaria que había sido dirigido por Livio a su hijo, a modo de carta. Séneca, en cuya opinión Livio era, después de Cicerón y de Asinio, el tercero de los romanos que habían cultivado la filosofía, afirma que «escribió también unos diálogos, que podrías adscribir tanto a la filosofía como a la historia, y libros de contenido expresamente filosófico» [38].

Se tiende a pensar que estos escritos representaron las primeras inquietudes intelectuales del futuro historiador. El carácter oratorio de pasajes como el excurso sobre Alejandro Magno (IX 17-19), que tiene todo el aspecto de una esmerada *declamatio* escolar, y la fama de los discursos titolivianos invitan a compartir la opinión de Taine de que la retórica fue el camino por el que Livio llegó a la historia. Sin duda coincidía con Cicerón en lamentar la mediocridad literaria de las historias al uso, y tal vez deseando llevar a cabo el deseo incumplido de aquél: escribir la historia de Roma en un estilo digno de la materia, quiso emular primero los diálogos en los que Cicerón reflexionaba ocasionalmente sobre el sentido y el arte de la historiografía.

---

writers enrolled in the equestrian centuries», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 99 (1968), 469-486.

[37] St. Usher, «Livy»... *The historians of Greece and Rome,* Londres, 1969, pág. 166. Cf. Laistner, *op. cit.*, pág. 77.

[38] Quintiliano, IX 2; Séneca, *Epístola,* C 9.

Sin embargo, razones de cronología relativa y de crítica interna impiden considerar globalmente el contacto de Livio con la retórica o la filosofía como una etapa previa a la redacción de *Ab Urbe condita*. La *Epistula ad filium*, p. e., como se ha observado repetidas veces, para que su destinatario estuviera en edad de aprovecharla, tuvo que ser escrita cuando Livio componía ya su historia. Recientemente se ha sugerido, con sutiles argumentos, que los famosos *Diálogos* de Livio tal vez sean producto imaginario de una mala interpretación del texto de Séneca que supuestamente los menciona, pero el hecho de que se hayan perdido sin dejar huella no es razón para sospechar que nunca existieron [39]. Sin duda, tanto éstos como la *Epistula* fueron obras desconocidas para el común de los lectores, aunque apreciadas por lectores especializados como Séneca o Quintiliano; obras poco divulgadas y que se olvidaron pronto, eclipsadas por la fama de Livio como historiador.

III. Los 142 libros de «Ab Urbe condita» [40]

Pero ni la fama de Livio como historiador, con ser muy grande, pudo impedir que se perdiera la mayor parte de

[39] Según U. Schindel, «Livius philosophus?», *Festschrift Burck* (v. nota 6), págs. 411-419, Séneca no podía estar hablando de obras desconocidas, sino que se refería a discursos contrapuestos y pasajes reflexivos de *Ab Urbe condita*.

[40] Sobre la redacción, edición, contenido y estructura de *Ab Urbe condita*, véanse W. Weissenborn (págs. 58-60), J. Bayet, G. Hirst, R. Syme, A. Fontán (págs. LIII-LXXVII) y E. Mensching, *ut supra* (v. nota 13), y A. Klotz, «Livius», *Real-Encyclop. d. Altertumswiss.*, XIII 1 (1926), 818-820; Ph. A. Stadter, «The structure of Livy's history»,

su obra. En el túnel cultural de la Edad Media desapareció incluso la noción de que *Ab Urbe condita* había constado alguna vez de 142 libros. En tiempos de Petrarca, este dato que fue toda una revelación de los manuscritos de Floro, recién descubiertos, que incluían como obra suya las *Periochae*; un dato tan novedoso que el propio Petrarca «no se resiste» a decírselo a Livio en su carta [41].

Las períocas constituyen la base de todo intento de reconstruir la disposición general de la obra. En la descripción de la parte conservada lo habitual es referirse a las distintas décadas. Pero el desacuerdo de los autores a la hora de establecer las unidades internas y dar una visión articulada del conjunto prueba que la distribución decádica es insatisfactoria y la información de los resúmenes insuficiente. Los datos sobre el proceso de redacción y publicación de *Ab Urbe condita* son también escasos e imprecisos. Pese a todo, combinando las informaciones más seguras, es posible trazar en sus líneas maestras la génesis y desarrollo de la obra.

Livio se había propuesto escribir toda la historia del pueblo romano, contando con llegar hasta sus propios días. En el libro I condensa los orígenes troyanos y albanos de los fundadores de la ciudad y relata sucintamente el período que va desde su fundación hasta el final de la monarquía (753-510 a. C.) con la tragedia de Lucrecia (I 57-59),

---

Historia 21 (1972), 287-307; G. Wille, *Der Aufbau des livianischen Geschichtswerks* (Heuremata, 1), Amsterdam, 1973; P. G. Walsh, *Livy (Greece and Rome, New Surveys in the Clássics,* 8), Oxford, 1974, págs. 8-11; T. J. Luce, «The dating of Livy's first decade», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.* 96 (1965), 209-240, y *Livy. The composition of his history*, Princeton, 1977, págs. 3-32.

[41] V. nota 6.

que provocó el derrocamiento de Tarquinio el Soberbio y la elección de los primeros cónsules.

El libro II se abre con un breve preámbulo: «Referiré a partir de aquí la historia civil y militar del pueblo romano ya en libertad, con sus magistraturas anuales y bajo el imperio de la ley, más poderoso que el de los hombres». La primera etapa de esta historia abarca los ciento veinte primeros años de la República (509-390 a. C.) —«en el exterior, guerras; en el interior, disensiones»—, hasta el asalto, saqueo e incendio de Roma por los galos, relatado al final del libro V.

La catástrofe gálica truncó los primeros avances de la dominación romana sobre Italia en lucha contra los latinos, ecuos, volscos y etruscos, y el paulatino proceso de reducción de las diferencias sociales entre patricios y plebeyos. Como puntos culminantes de la narración titoliviana destacan en estos libros la guerra contra Porsena, con las gestas de Horacio Cocles, Mucio Escévola y Clelia, y la lucha por el tribunado de la plebe (II 9-15 y 22-33); la leyenda de Cincinato y el gobierno y caída de los decénviros, con el episodio de Virginia (III 19-29 y 33-49); las historias de Canuleyo, Espurio Melio y Cornelio Coso (IV 1-6, 12-1 y 17-20); y la toma de Veyes, y la ocupación de Roma por los galos y su liberación, bajo el liderazgo de Camilo (V 19-23 y 35-55).

Los libros I-V constituyeron una unidad de composición, como indica el nuevo prólogo en VI 1: «He expuesto en cinco libros los hechos que llevaron a cabo los romanos desde la fundación de la ciudad hasta su caída...»; y, seguramente, se publicaron juntos, aunque no es posible saber exactamente cuándo. De I 19, 3, y IV 20, 7 se deduce que su redacción y publicación ocurrieron entre el 27

y el 25 a. C., pero ambos pasajes están sujetos a controversia [42].

Los cinco libros siguientes (VI-X) abarcan los años 389-293 a. C. Su tema es el proceso de recuperación interior y exterior de Roma, que la llevaría a ser dueña de la Italia central. En el interior destaca la superación de la amenaza demagógica y autocrática de Manlio Capitolino (VI 11-20) y el enfrentamiento por la legislación Licinio-Sextia que abre el consulado a los plebeyos (VI 34-42); en el exterior, junto a episodios de las campañas dirigidas por Camilo (p. e., VI 22-26), sobresalen los triunfos de Manlio Torcuato y Valerio Corvo en sendos combates contra galos gigantescos (VII 10 y 26), como símbolo del restablecimiento de la hegemonía romana frente a los que hasta entonces habían sido su más temible enemigo.

En VII 29, 1-2, Livio solemniza el comienzo de un siglo largo de luchas contra los samnitas como un salto cualitativo en la expansión romana: «A partir de aquí se referirán guerras mayores, tanto por las fuerzas de los enemigos como por la duración en el tiempo y lo distante de las regiones en donde se luchó. Pues este año se emprendió la guerra contra los samnitas, nación poderosa en armas y recur-

[42] Según J. Bayet, *loc. cit.*, pág. XIX, Livio publicó por separado los libros I y II-V con anterioridad a los años 31-29 a. C. y los reeditó juntos precedidos del prefacio y con modificaciones parciales (I 19, 4, y IV 20, 5-11) entre el 27 y el 25 a. C. Piensa T. J. Luce (1965) (v. nota 40) que el texto de I-V fue escrito a partir del año 31 a. C. y que los dos pasajes en cuestión son adiciones hechas en el momento de editarlo hacia finales del año 27 a. C. E. Mensching, «Livius, Cossus und Augustus», *Museum Helveticum* 24 (1967), 12-32, opina que los libros I-V se escribieron entre el 29 y el 27, salvo IV 20, 5-11, que habría sido interpolado en una segunda edición, posterior al año 24 a. C., opinión aceptada por Ogilvie, *Commentary...* (v. nota 13), pág. 784.

sos; a la guerra samnita, sostenida con fortuna variable, siguió como enemigo Pirro, a Pirro, los cartagineses. ¡Qué inmensos trabajos! ¡Cuántas veces se rozó el peligro extremo, para que el poder romano se elevara a esta grandeza que a duras penas logra sostenerse!»

El relato de estas guerras se extenderá hasta el libro XXX. Las divisiones más importantes están señaladas por sendos prefacios en XXI 1, y XXXI 1, y un *excursus* que había al comienzo del libro XVI. También hacia el final del libro X es perceptible un *climax* narrativo que aísla como unidad los libros VI a X: En X 31, 10-15 Livio, reflexionando sobre el curso de los hechos y de su propia historia, es consciente de la continuidad del tema: «Aún quedan guerras samnitas, de las que venimos ocupándonos por cuarto libro ya consecutivo y por cuadragésimo sexto año...» Pero acto seguido comenta el reciente triunfo romano sobre los samnitas y los galos en Sentino (X 27-31,1) como el más duro de los repetidos golpes que no habían podido doblegarlos: «Ya no podían sostenerse ni con sus propias fuerzas, ni con las ajenas; sin embargo, no renunciaban a la guerra: ¡de tal manera ni aun fracasando se cansaban de defender su libertad, y preferían ser vencidos antes que no intentar la victoria! ¿Qué clase de hombre ha de ser el escritor o lector al que incomode lo prolongado de unas guerras que no fatigaron a quienes las hicieron?» La finalidad de esta interrupción no es únicamente elogiar ante el lector la pertinacia de los samnitas y animarle a no desfallecer... Todavía dentro de los límites del libro narra la resonante victoria de Papirio Cursor dos años después sobre la *legio linteata* samnita *(kamikazes* sagrados, si puede decirse) y toda la fuerza que el Samnio había podido reunir. En las guerras samnitas la suerte estaba echada. Con todo ello es probable que Livio quisiera redon-

dear una segunda entrega de su obra (los libros VI a X), aunque en ella no se agotara el tema de las guerras samnitas y no tuviera, por tanto, la misma unidad que los cinco libros primeros.

A partir de VII 29, predomina el relato militar. La primera guerra samnita contempló el valor de P. Decio Mus rescatando al ejército (VII 34-36); la guerra contra los latinos, su autoinmolación por la victoria y el terrible ejemplo del otro cónsul, Manlio Torcuato, que ejecutó a su hijo en aras de la disciplina (VIII 3-11). Durante la segunda guerra samnita tuvo lugar el dramático conflicto entre Papirio y Fabio (VIII 29-35) y la vergüenza de las Horcas Caudinas (IX 1-16); en la tercera, las victorias de Sentino, Aquilonia y Cominio (X 27-47).

Los únicos indicios sobre la época de composición y edición de esta parte de la obra se hallan en la digresión sobre Alejandro Magno (IX 17-19). En lo que se consideraba un antiguo ejercicio escolar rescatado por su autor como interludio retórico aparecen alusiones que sitúan su composición, coetánea con la del libro que lo alberga, en torno al año 23 a. C. [43]. El hecho de que al referirse Livio a la guerra contra los partos (IX 18, 9) no mencione la recuperación de los estandartes de Craso en el año 20 a. C., sugiere que el libro se escribió antes de esa fecha.

En los libros perdidos XI-XV (292-265 a. C.), aunque sólo en ellos culminaban las dos líneas de avance histórico de VI-X, la guerra samnita con la campaña de Curio Dentato (290 a. C.) y el proceso de igualación estamental con la *lex Hortensia* (287 a. C.), el tema principal fue la guerra contra Pirro: la períoca XII registra la ruptura de hostili-

---

[43] T. J. LUCE (1965), *apud* J. E. PHILLIPS «Current Research on Livy's first decade», *Aufstieg u. Niedergang* (v. nota 5), pág. 1016.

dades entre Roma y Tarento y la llegada del rey del Epiro, que acudía en ayuda de la ciudad italo-griega; la períoca XV señala el final de la guerra. En el libro XIII se relataban las famosas batallas que darían el nombre de 'pírricas' a las victorias costosas.

Los libros del XVI al XX (264-219 a. C.) comenzaban con una digresión etnográfica e histórica sobre Cartago [44] y contenían el relato de la primera guerra púnica (264-241 a. C., libros XVI-XIX) y los veintidós años intermedios hasta el comienzo de la segunda (241-219 a. C., libro XX). Las períocas conservan indicios de que el avance de la expansión romana era el hilo argumental del relato [45], pero ningún rastro sobre la época de su composición o edición.

La tercera década (libros XXI-XXX) contiene los 18 años de la segunda guerra púnica (218-201 a. C.). Su comienzo lo subraya un breve prefacio: «Permítaseme prologar una parte de mi obra diciendo lo que la mayoría de los historiadores prometen al principio de la obra entera: que voy a relatar la más memorable de todas las guerras que nunca se hayan sostenido, la que, conducidos por Aníbal, sostuvieron los cartagineses contra el pueblo romano» (XXI 1, 1). Esta parte de la obra se publicó (y se escribió, en parte) con posterioridad al año 19 a. C., que es la fecha aludida, según se cree, en XXVIII 12, 12, donde Livio menciona el definitivo sometimiento de España «bajo el mando y guía de César Augusto».

---

[44] *Per.* XV 1: *Origo Carthaginiensium et primordia urbis eorum referuntur.*

[45] *Per.* XVI 2: *transgressis tunc primum mare exercitibus romanis...* XX 3: *adversus Ligures tunc primum exercitus promotus...* XX 10: *exercitibus Romanis tunc primum trans Padum ductis.*

La división de la tercera década en dos péntadas, se basa en el análisis de su composición y también en el testimonio del propio autor. En XXVI 37 1-9 Livio hace balance: «Y no hubo otro momento de la guerra en el que, a la par cartagineses y romanos, con la mezcla de sucesos favorables y contrarios, estuviesen más indecisos entre el temor y la esperanza». Resume a continuación los favores y reveses de fortuna en cada bando y concluye con el mismo pensamiento: «Compensándolo así todo la fortuna, todo estaba en suspenso para unos y otros, como si en aquel momento, con su esperanza y su temor intactos, comenzaran la guerra». Livio interrumpe con este capítulo su informe del 210 a. C., pero la situación descrita no se refiere a este año más que en sus efectos. En su resumen, Livio sólo incluye hechos de los dos años anteriores, narrados por él entre XXV 7 y XXVI 20: pérdidas del 212 que se compensan con ganancias del 211, y viceversa. El paso del libro XXV al XXVI representa el fiel de la balanza.

En los libros XXI-XXV se narran los años de predominio cartaginés (218-212 a. C.) con los primeros indicios de recuperación romana: en el XXI, el asedio y la toma de Sagunto (11-15), la marcha de Aníbal sobre Italia, con la travesía de los Alpes (30-37) y sus primeras victorias en Tesino (39-46) y Trebia (52-57); en el XXII, las derrotas romanas del lago Trasimeno (1-7) y de Cannas (38-61), con el interludio del enfrentamiento entre el dictador Fabio y Minucio, su *magister equitum* (22-30); en el XXIII: la secesión de Capua (2-10), la caída de Casilino (18-19) y la intervención de Filipo V («primera» guerra macedónica), compensadas por éxitos parciales romanos en España; en el XXIV, éxitos militares romanos en Benevento y Nola, contrarrestados por reveses políticos en Sicilia y España; en el XXV, la conquista cartaginesa de Tarento (8-11) y

el desastre de los Escipiones en España (32-36), amortiguados por la toma de Siracusa (23-31) y el sometimiento de Sicilia, por Marcelo (40-41).

Los libros XXVI-XXX reflejan la creciente supremacía romana hasta el triunfo definitivo: en el XXVI, mientras fracasa la marcha de Aníbal contra Roma, Roma recupera Capua (1-16) y Escipión el Africano conquista Cartagena (41-47); en el XXVII, los romanos reconquistan Tarento y aniquilan a Asdrúbal a orillas del Metauro (43-51); en el XXVIII, Escipión expulsa a los cartagineses de España (12-17) y se impone a la rebelión interna; en el XXIX, desembarca en África; en el XXX, vence a Aníbal en Zama (28-38).

En XXX 1 tenemos un corto preámbulo, cuyo contenido no puede soslayarse a la hora de imaginar qué idea o qué planes se había hecho el autor sobre el desarrollo de su propia obra. Livio se congratula de haber llegado al final de la guerra púnica, «como si (él) mismo hubiera tomado parte en sus peligros y fatigas». Se refiere, claro está, a su identificación personal con los sufrimientos del pueblo romano, pero también a los trabajos y riesgos que la redacción de esta parte de su historia le ha puesto ante los ojos, a saber: las inquietantes proporciones de la obra prometida, pues cuando piensa que los 63 años de las dos guerras púnicas le han ocupado el mismo número de libros (15) que los casi cinco siglos primeros,... «se me figura —dice— «que, a medida que avanzo, como los que se adentran en el mar animados por el poco fondo próximo a la costa, me interno hacia profundidades cada vez mayores, hacia el abismo, casi; y como que mi obra que, a medida que iba concluyendo sus comienzos, parecía disminuir, creciera». A continuación, reanuda el relato: *Pacem Punicam bellum Macedonicum excepit.*

Los últimos quince libros conservados (XXXI-XLV) giran en torno a Macedonia, que después de la derrota cartaginesa había ocupado el puesto de rival de Roma. Abarcan desde la paz con Cartago hasta el triunfo romano sobre Perseo (201-167 a. C.), y contienen el relato de la «segunda» guerra macedónica (200-196 a. C.), contra Filipo V, vencido por Flaminino en Cinoscéfalos; la guerra contra Antíoco III de Siria (192-189 a. C.), que terminó en la batalla de Magnesia; y la «tercera» guerra macedónica (172-168 a. C.), contra el heredero de Filipo, Perseo, derrotado por Paulo Emilio en Pidna. Los libros XXXI-XXXV cubren el período que va desde el comienzo de la guerra contra Filipo hasta el origen de la guerra contra Antíoco (200-192 a. C.); los libros XXXVI-XL, desde la declaración de guerra contra Antíoco hasta la muerte de Filipo y la subida de Perseo al trono de Macedonia (191-179); los libros XLI-XLV, desde (?) (falta el principio) hasta el triunfo de Paulo Emilio (178-167 a. C.). Si la tercera década podría definirse como una epopeya (y etopeya) de Aníbal y sus antagonistas, el pueblo romano y sus líderes (Fabio y Escipión, sobre todo), en la cuarta y quinta décadas el relato vuelve al cauce conocido de un desarrollo exterior: la expansión del poder de Roma en Grecia y en Oriente, y otro interior: el insinuarse del lujo y la relajación como elementos corruptores de la sociedad romana.

Aunque menos valorados generalmente, y no sin razón, en las preferencias del lector estos libros contienen, no obstante, numerosos episodios memorables, como el sitio de Abidos y la asamblea panetólica (XXXI 17-18 y 29-32), la batalla del desfiladero del Aous y la conferencia de Nicea (XXXII 32-37), la batalla de Cinoscéfalos y la proclamación de la libertad de Grecia (XXXIII 6-10 y 31-35),

el debate sobre la abrogación de la *lex Oppia* (XXXIV 1-8), el asesinato de Nabis (XXXV 35-37), la batalla de las Termópilas y el choque naval de Corico (XXXVI 15-19 y 44-45), la batalla de Magnesia (XXXVII 39-44), el asalto de Ambracia y el proceso de los Escipiones (XXXVIII 4-5 y 50-60), la represión de las Bacanales y la muerte de Filopemén y el suicidio de Aníbal (XXXIX 8-19 y 49-52), el drama de Filipo y sus hijos (XL 5-16 y 23-24), la travesía del Olimpo por Quinto Marcio y la batalla de Pidna (XLIV 4-5 y 40-44), y el 'tour' de Paulo Emilio por Grecia y el debate sobre su triunfo (XLV 27-28 y 35-42).

Libros XLVI-LII. Aunque el carácter unitario de los libros XXXI-XLV parece reforzado por resonancias temáticas de principio a fin [46], los críticos no suelen reconocer una división interna de la obra al final del libro XLV. Hay quien defiende la existencia de una cuarta y una quinta década (XXXI-XL y XLI-L) y quienes se inclinan por prolongar el grupo de libros (XXXI-XLV) hasta el XLVII, o el XLVIII, tomando como nuevo punto de partida los orígenes de la tercera guerra púnica [47], o el comienzo real de la guerra [48]; otros lo prolongan hasta el libro LII, que es la siguiente pausa más comúnmente admitida. El libro LII incluía los triunfos de los generales romanos que luchaban en África, Macedonia y Grecia, tras la destrucción de Cartago y de Corinto (146 a. C.), marcando así el final de la época de las grandes guerras extranjeras. A partir del 145 a. C., la narración se centra cada vez más en los sucesos y relaciones políticas internas.

---

[46] Compárese XXXI 1, 6-8, y XLV 9.

[47] *Per.* XLVIII: *Semina tertii belli Punici referuntur.*

[48] *Per.* XLIX: *Tertii belli Punici initium...*

Libros LIII-LXX (145-92 a. C.): Junto al relato de algunas guerras menores (Viriato, Numancia, Yugurta, Cimbrios) incluían el de la agitación social promovida por los Gracos, hasta el tribunado de Livio Druso. Una noticia de la períoca LIX sobre un discurso del censor Q. Metelo, que fue leído por Augusto ante el Senado en defensa de su propuesta de ley *de maritandis ordinibus* «como si hubiera sido escrito para nuestros días» indica que Livio componía estos libros en fecha posterior al 18 a. C. Tampoco faltan quienes no reconocen una pausa en el libro LXX, pero el hecho de que en él se comprima la historia de siete años (98-92 a. C.) hace muy verosímil la idea de que Livio reservaba el LXXI para un nuevo comienzo.

Libros LXXI-CVIII (91-50 a. C.): Desde los comienzos del *bellum Italicum* —Guerra Social, o de los aliados— hasta el final de la guerra de las Galias. Difícilmente pudo constituir un todo unitario la historia de un período tan amplio y de contenido tan heterogéneo: guerra social, guerra contra Mitrídates, guerra civil entre Mario y Sila, dictadura de Sila, guerra de Sertorio, segunda guerra mitridática, guerras contra los esclavos y contra los piratas, conjuración de Catilina, primer triunvirato... Pero la imprecisión de las divisiones internas —los temas se solapan en su desarrollo— extiende la continuidad hasta el libro CIX, donde se reconoce claramente el comienzo de una nueva sección. En el interior del grupo formado por los libros LXXI-CVIII, las períocas destacan el éxito de Pompeyo contra Sertorio en España (libro XCVI) y su triunfo sobre Mitrídates (CIII), y el excurso etnográfico antepuesto a las campañas de César en Germania (CIV). Con distintos grados de acuerdo los autores admiten estas subdivisiones, inclinándose además por fijar otras en LXXX (muerte de Mario) y LXXXIX, o XC (abdicación, o muerte de Sila).

No hay indicios sobre la época de composición. De esta parte de la obra ha llegado hasta nosotros una página de la guerra de Sertorio en una hoja suelta de un palimpsesto vaticano [49].

Libros CIX-CXLII: A partir del libro CIX la disposición que se percibe en *Ab Urbe condita* como obra acabada es muy diferente de la imagen que nos ofrece su proceso de composición. Desde el primer punto de vista, como obra acabada, el esquema es claro: los libros CIX-CXXXIII (49-29 a. C.), desde el paso del Rubicón, hasta el triple triunfo de Octaviano, constituyeron la historia de las guerras civiles cuyo comienzo y final subrayan las períocas respectivas [50]. Dentro de este bloque destaca una primera sección, hasta la muerte de César, compuesta por los ocho libros (CIX-CXVI) que en las períocas llevan el subtítulo *'qui est civilis belli primus..., secundus..., tertius'*, etc. La mayoría de los críticos señala además un segundo corte en CXXIV, hasta la batalla de Filipos, con lo que las 'guerras civiles' serían la de César y Pompeyo (CIX-CXVI), la del segundo triunvirato contra los republicanos (CXVII-CXXIV), y la de Octaviano contra Antonio (CXXV-CXXXIII). Los libros CXXXIV-CXLII trataban del principado de Augusto hasta la muerte de Druso en Germania, el año 9 a. C. Del libro CXX procede el otro fragmento mayor conservado, el relato de la muerte de Cicerón [51].

Pero desde el punto de vista de su redacción, la imagen de esta parte de la obra es muy diferente. La perioca del libro CXXI contiene un dato del mayor interés: *qui editus*

[49] V. *infra*, pág. 114.

[50] *Per.* CIX: *causae ciuilium armorum et initia referuntur*; CXXXIII: *tres triumphos egit... imposito fine civilibus bellis altero et vicesimo anno.*

[51] SÉNECA EL RETÓRICO, *Suasorias* VI 17.

post excessum Augusti dicitur. La interpretación más plausible es que esa información procede del prefacio del libro. Se entiende, claro está, que la publicación del libro CXXI «después de la muerte de Augusto» afecta *a fortiori* a todos los siguientes, es decir, que tras la aparición del libro CXX, en torno al año 8 d. C. según puede calcularse, Livio dejó de publicar hasta después del mes de agosto del año 14 d. C. [52].

Las razones de esta interrupción no las conocemos. Se ha pensado que el contenido de ese libro, o de los siguientes era poco halagador para el *princeps*, pero, como observa Syme, el libro CXX contenía ya la censurable intervención de Augusto en las proscripciones, y lo más probable es que los motivos que indujeron a Livio a no seguir publicando no estuvieran en el pasado sino en el presente inmediato. Por ese mismo tiempo se suicidaba el orador e historiador T. Labieno, un pompeyano radical, que no quiso sobrevivir a su obra, condenada a la hoguera por decreto del senado, mientras que otra víctima de la censura, el orador Casio Severo, marchaba al exilio. Tito Livio, cuyos últimos libros le habían valido por parte de Augusto la amistosa recriminación de 'pompeyano', aunque su obra no corriera peligro, pensó que no era digno publicar libremente, cuando otros pagaban tan caro el expresarse con libertad [53]. Es posible también que a la protesta de silencio por el trágico destino de Labieno y de Casio Severo se uniera la decepción por el giro que tomaba el presente cu-

---

[52] A. Klotz, *loc. cit.* (v. nota 40). No hay razón para sospechar que sea una noticia espúrea insertada tardíamente en la transmisión. Cf. M. D. Reeve, «The transmission of Florus' *Epitoma de Tito Livio* and the *Periochae*», *Class. Quarterly* 38 (1988), 478.

[53] R. Syme, *loc. cit.* (v. nota 13), pág. 449.

ya historia había pensado relatar, y decidiera dar por concluida su obra. El futuro emperador Claudio —es de creer que siguiendo el consejo que le había pedido a Livio [54]— inició su vocación con una historia de su propia familia a partir del año 44 a. C. Los historiadores de hechos contemporáneos solían comenzar su obra donde un predecesor ilustre había interrumpido la suya. Es tentador pensar que el consejo de Livio al joven Claudio fue que enlazara con el que entonces era o iba a ser el final de *Ab Urbe Condita*. El libro CXX terminaba en el año 43 a. C. Sea como fuere, la decisión de Livio de no publicar no significó dejar de escribir, o, al menos, no por mucho tiempo. Siguió escribiendo y retuvo inéditos los libros terminados que habría de publicar después de la muerte de Augusto. El libro CXXI fue seguramente aquel en el que, según cuenta Plinio el Viejo, Livio comenzaba diciendo «que ya había alcanzado gloria bastante y que habría podido retirarse, si no fuera porque su espíritu inquieto encontraba su alimento en el trabajo». Así explicaba su regreso y reanudaba el contacto con el lector después de un largo silencio [55].

Sobre el final de *Ab Urbe condita* en el libro CXLII y el año 9 a. C. las opiniones están divididas. Hasta no hace mucho tiempo se pensaba que Livio había muerto sin haber podido terminar su obra. Se basaba esta idea en la creencia de que Livio había escrito apresuradamente (del 14 al 17 d. C.) los libros CXXI-CXLII y que la extrema brevedad de la períoca del último libro indicaba que había quedado incompleto, pero Gertrud Hirst arguyó que si Livio al final de su vida había escrito a vuelapluma los

---

[54] W. Hoffmann, «Livius und die römische Geschichtsschreibung», E. Burck (ed.), *Wege zu Livius*, Darmstadt, 1977, pág. 74, n. 9.

[55] Plinio, *Hist. Nat.*, pref., 16.

veintidós últimos libros era con la intención de llegar a una meta, el desastre de L. Druso en Germania en el año 9 a. C., que podía ser perfectamente un final intencionado: en los últimos libros la referencia a sus conquistas era constante, se trataba de un personaje de conocidas simpatías democráticas y su muerte habría sido interpretada por Livio como la desaparición de la última esperanza republicana. R. Syme, argumenta exhaustivamente en favor de la propuesta de Hirst, pero piensa que el proyecto original de Livio se extendía hasta el final de las guerras civiles y el restablecimiento de la paz con el triunfo de Octaviano (libro CXXXIII), y que los nueve últimos libros (CXXXIV-CXLII), hasta la muerte de Druso en el año 9 a. C., con un final escogido y adecuado, fueron un apéndice sobre «La República de César Augusto», de cuyo comienzo podría proceder el pasaje citado por Plinio. Por otra parte, cree que Livio, desencantado del régimen augústeo, puso punto final a su obra, incluido el apéndice, entre los años 4 y 10 d. C., siendo indiferente que muriera antes o después que el *princeps*.

Posteriormente, Ph. A. Stadter y G. Wille han restablecido la opinión antigua. El primero opina que el término previsto por Livio en un principio era el libro CXX (la quiebra del régimen republicano con la formación del segundo triunvirato y la muerte de Cicerón) y que los últimos veintidós libros fueron un apéndice sobre hechos contemporáneos, que probablemente quedó incompleto a la muerte de su autor. Para G. Wille sólo su propia muerte pudo impedir a Livio culminar su proyecto de llegar a la muerte de Augusto en el libro 150.

Las opiniones de Stadter y de Wille sobre el final previsto de *Ab Urbe Condita* en los libros CXX o CL reflejan su convencimiento de que toda la obra de Livio respondió

a un patrón numérico. Esto parece indiscutible hasta el libro XLV; en los libros conservados y en los resúmenes de los que se perdieron se distinguen objetivamente dos unidades temáticas de quince libros cada una (I-XV y XVI-XXX), y un último grupo de quince libros (XXI-XLV), cuya cohesión desde el punto de vista del contenido, aunque más discutida, no deja de ser verosímil. También se reconoce, en general, que cada uno de esos tres bloques de quince libros está compuesto por unidades menores de diez y cinco libros, coincidentes con divisiones temáticas más o menos marcadas. El esquema de los primeros cuarenta y cinco libros es, pues, el siguiente:

- I-XV: Desde la fundación de Roma hasta el final de la conquista de Italia:
  - I-V: Desde la fundación de la ciudad al saco de Roma por los galos:
  - VI-XV: La conquista de Italia:
    - VI-X: las guerras samníticas,
    - XI-XV: la guerra contra Pirro.
- XVI-XXX: Las guerras contra los Cartagineses:
  - XVI-XX: La primera guerra púnica;
  - XXI-XXX: La segunda guerra púnica:
    - XXI-XXV: Aníbal vence a Roma,
    - XXVI-XXX: Roma vence a Aníbal.
- XXXI-XLV: Las guerras de Oriente:
  - XXXI-XXXV: La guerra contra Filipo V,
  - XXXVI-XL: La guerra contra Antíoco,
  - XLI-XLV: La guerra contra Perseo.

Frente a la opinión común de que en los libros perdidos Livio, sobrepasado por una materia cada vez más amplia y más compleja, abandonó su empeño inicial de dividir su obra en grupos de cinco, diez o quince libros, Ph.

A. Stadter y G. Wille, como antes P. G. Walsh, afirman que no sólo siguió con el método, sino que lo endureció: de las tres opciones que se había permitido, renunció a dos. Para Walsh, toda la obra de Livio estaba compuesta por péntadas; Stadter distribuye los 120 libros del «proyecto original» en 12 décadas; Wille ve en ella un esquema incompleto de 10 unidades de 15 libros, o 'pentekaidekades'.

Son muchos los datos que militan contra la idea de un patrón numérico fijo en la composición de los libros perdidos con correspondencias temáticas semejantes a las que se advierten en la parte que se nos ha conservado: confidencias del propio Livio en XXXI, 1, agrupamientos irregulares como el de los libros CIX-CXVI, excursos o prefacios que no encajan en ningún múltiplo... La hipótesis sólo se hace verosímil si se admite que el cambio en la materia histórica trajo consigo un cambio en los hábitos compositivos del autor: el desplazamiento del foco de interés de las guerras externas a los conflictos internos se habría traducido en una composición no subordinada rigurosamente, como al principio, a las épocas marcadas por los conflictos bélicos, sino atenta sobre todo a los procesos sociales y a los personajes históricos como elementos unificador de los sucesivos grupos de libros [56]. El esquema decádico de Stadter ha encontrado aceptación desde un punto de vista literario [57], y debe ser tenido en cuenta, aunque

[56] Criterio decisivo para G. WILLE (v. nota 40): los libros XLVI-LX serían «La época de Escipión Emiliano», LXI-LXXV la de Mario, LXXVI-XC la de Sila, XC-CV la de Pompeyo, CVI-CXX la de César, hasta el final de la República, CXXI-CXXXV la de Octaviano en lucha por el poder, y CXXXVI-(CL) la de Roma bajo la paz de Augusto.

[57] Cf., p. e., P. G. WALSH (1974) (v. nota 40), págs. 9-10; R. M. OGILVIE, «Livy», *The Cambridge History of Class. Lit.* II *(Latin Lit.)*, pág. 458 = *Historia de la lit. clásica;* II, *Lit. lat.* [trad. de ELENA BOMBÍN, Madrid, Gredos, 1989.

sólo sea porque permite contemplar la parte perdida de *Ab Urbe condita* como una construcción abarcable y equilibrada; en su análisis, los últimos veintidós libros CXXI-CXLII no presentan signos de composición decádica, los anteriores, desde el XLVI responderían al siguiente esquema:

XLVI-L: El sometimiento final de Grecia y Asia.

LI-LX: Asuntos internos desde la caída de Cartago a la legislación de C. Graco.

LXI-LXX: Los treinta años desde Graco a M. Livio Druso.

LXXI-LXXX: Las guerras civiles hasta la muerte de Mario.

LXXXI-XC: Las guerras civiles hasta la muerte de Sila.

XCI-C: El ascenso de Pompeyo hasta el 66 a. C.

CI-CX: El predominio de Pompeyo.

CXI-CXX: La guerra civil: desde la muerte de Pompeyo a la muerte de Cicerón (43 a. C.).

En este esquema puede verse reflejada, según Walsh (1974), la interpretación titoliviana de la historia de Roma. En el prefacio, después de encarecer las virtudes de quienes habían forjado la grandeza del poder romano, Livio invita al lector a seguir mentalmente el proceso de su decadencia, comparable al de un edificio que se va degradando: la integridad moral de los romanos, con el paulatino relajamiento de la disciplina, primero se resquebrajó, luego se fue desmoronando más y más, por último, comenzó a desplomarse por el suelo [58]. Hasta el libro L, la historia

[58] Liv., *Praef.* 9: *labente deinde paulatim disciplina velut dissidentis primo mores sequatur animo, deinde ut magis magisque lapsi sint, tum*

de Livio ha sido la del nacimiento y engrandecimiento de ese poder, gracias a la rectitud política y moral de los romanos. En la década LI-LX, con la destrucción de Cartago, Roma, sin enemigos, pierde el vínculo más fuerte de cohesión social; el estado comienza a verse sacudido por la agitación revolucionaria encabezada por los Gracos: asistimos a la primera fase de la decadencia *(labente paulatim disciplina uelut dissidentis primo mores...)*. Los treinta años comprendidos en los libros LXI al LXX, con «la venalidad de los senadores y la indisciplina de los generales» vieron agravarse y extenderse la degradación *(ut magis magisque lapsi sint)*. Por último, el colapso político y moral de la sociedad romana *(tum ire coeperint praecipites...)* se extiende desde el libro LXXI al CXX, cincuenta libros para cincuenta años (91-43 a. C.) de guerras civiles, desde la que enfrentó a Roma con los pueblos itálicos hasta el final de la de César y Pompeyo.

IV. El proyecto historiográfico de Livio. Su lugar en la historiografía romana.

El prefacio de Livio es una pequeña joya literaria que persigue objetivos conocidos con medios convencionales... El historiador persigue en el prefacio los mismos fines que el orador en el exordio, enganchar al lector —valga la expresión— y crear en él una actitud benévola. Para ello, la retórica disponía de un arsenal de lugares comunes: modestia o prestigio del que habla, novedad, importancia o

---

ire coeperint praecipites... Cf. Ovidio, *Tristes* II, 83-86, *apud* J. Bayet, *loc. cit.*, pág. 4, n. 1.

dificultad del asunto, etc. En la obra histórica, el prefacio es también el lugar apropiado para que el autor exponga sus principios, lo que trajo consigo nuevos tópicos: los deberes del historiador, la naturaleza de los procesos históricos, el beneficio de su conocimiento... Analizado bajo esos criterios, el prefacio de Livio no es, en apariencia, más que un hilvanado de ideas recibidas [59].

Al mismo tiempo, en opinión de muchos, se trata del prefacio más personal de la historiografía antigua. El arte que combina aspectos tan dispares se resiste a ser definido. En cuanto al contenido, su originalidad se muestra en concebir el pasado como refugio del presente y en invocar a los dioses a la manera de los poetas; en la expresión sorprende la soltura con la que el texto fluye, como siguiendo no un orden lógico preestablecido, sino el curso de las ideas que acuden espontáneamente al pensamiento. En ambos planos lo peculiar consistiría en rasgos que lo definen como acto de comunicación. Frente al distanciamiento solemne de los prefacios al uso, el de Livio se distingue por entablar desde el principio una relación directa, llana, casi confidencial con el lector. La naturalidad discursiva del texto podría deberse a que, siendo un monólogo, su construcción sigue el ritmo de un diálogo implícito entre el emisor del mensaje y su público.

La familiaridad con la que Livio se dirige al lector es un poderoso recurso de la *captatio benevolentiae;* con ese mismo fin, en toda su modestia, Livio comienza escudando la osadía de su proyecto tras un noble patriotismo. No

[59] *Vid.* T. Janson, *Latin prose prefaces. Studies in literary conventions* (Studia Lat. Stockholmiensia, 13), Estocolmo, 1964, espec. págs. 64-74. Cf. R. M. Ogilvie, *Commentary...* (v. nota 13), págs. 23-28.

sabe, dice, si valdrá la pena volver sobre un asunto tan viejo y tan trillado, pero, en todo caso, a él le llenará de orgullo haber contribuido, en la medida de sus fuerzas, a perpetuar la memoria de «la nación más grande de la tierra»; y si entre tantos autores su fama quedara oscurecida, el prestigio de quienes hayan ensombrecido su nombre le servirá de consuelo. Su tema es una enorme tarea: abarca más de siete siglos y, nacido de pequeños principios, tanto ha crecido que «ya se resiente bajo el peso de su propia grandeza»; además, está seguro de que la mayoría de los lectores, impacientes por llegar «a estos tiempos nuevos, en los que se aniquilan a sí mismas las fuerzas de un pueblo que desde antiguo ha impuesto su dominio», no disfrutarán mucho con la historia de sus orígenes y tiempos inmediatos. Él, por su parte, al menos mientras le absorba la evocación de aquella edad remota, espera obtener de su trabajo la recompensa añadida de alejar su mirada de las «desgracias que nuestro tiempo lleva tantos años viendo», libre de las preocupaciones que pueden, si no desviar al historiador de la verdad, sí, al menos, privarle de sosiego.

En tanto que declaración de principios, el texto se centra en tres cuestiones fundamentadas en el proceso histórico romano: neutralidad crítica frente a la no historicidad de la tradición legendaria, concepto ético de la causalidad de los hechos y primacía del valor instructivo del conocimiento histórico. El marco en que estas cuestiones se incardinan, la historia de Roma, es, para Livio, un proceso de degradación moral, en el que a partir de un pasado intachable, con el abandono de las virtudes que fraguaron su grandeza, se ha llegado a un presente, heredero orgulloso de un imperio, pero que está viendo esa herencia amenazada por la autodestrucción y el desconcierto.

Inmediatamente después de referirse a la impopularidad de la historia primitiva, aludiendo de paso al deber del historiador de no apartarse de la verdad, el hilo de su pensamiento lleva a Livio a los relatos maravillosos que adornaban la historia de la fundación de Roma: no es su intención ni confirmarlos, ni rechazarlos; ese mezclar a los dioses en la historia humana es una licencia otorgada a la antigüedad para hacer más venerable el origen de las ciudades, y si a algún pueblo hay que reconocerle ese derecho, «la gloria bélica de Roma es tan grande que, si se le antoja proclamar por padre suyo y de su fundador al dios de la guerra, las demás naciones deberían aceptarlo con la misma naturalidad con que aceptan su imperio». Pero son cosas a las que no piensa darles mayor importancia; en lo que él quiere que todos y cada uno *le pongan la más viva atención es en el tenor* de vida, en las costumbres, en qué clase de hombres y por qué medios hicieron surgir y prosperar, en la paz y en la guerra, ese imperio; y que se observe luego cómo el relajamiento de la disciplina provocó una creciente degradación, hasta llegar a «estos tiempos en los que ya no podemos soportar ni nuestros males, ni los remedios para ellos». Sin transición, proclama: «Lo más saludable y provechoso de la historia es que puedes ver, expuestas en espléndido monumento, toda clase de probadas enseñanzas, y tomar de ahí lo que, para tu propio bien y el de tu patria, debes imitar y aquello que debes evitar por ser vergonzoso en sus comienzos, o por sus vergonzosos resultados». Por último, entona un encendido elogio de las costumbres antiguas, señalando las virtudes que la sustentaban y los vicios que causaron su ruina: «Por lo demás, o el amor por la obra que he emprendido me engaña, o no hubo nunca nación más grande, ni más pura, ni más rica en buenos ejemplos, ni ciudad

en la que tardaran más en penetrar la codicia y el lujo, o en donde se honrara más o por más tiempo a la pobreza y a la parquedad»; todo había cambiado no hacía mucho: «la riqueza generó codicia, y la abundancia de placeres, el deseo de perderse y de perderlo todo en medio de derroches y desenfrenos». Pero Livio no quiere terminar su prefacio con importunas quejas, sino iniciar su obra con los mejores augurios: si fuera costumbre de los historiadores, como de los poetas, invocar a los dioses, con gusto les rogaría que llevaran la suya a feliz término [60].

La obra de Livio no sólo tuvo la suerte que él pedía, sino que eclipsó a los autores cuya fama habría de consolarle de un posible fracaso. Ya eran muchos los historiadores romanos y mucha la variedad de escritos históricos, pero, sin duda, él se refería especialmente a aquellos con los que su obra iba a competir de igual a igual, es decir, a los *annales* o historias de Roma desde su fundación, y a sus autores, los analistas [61]. La voluntad de Livio de emularlos a todos hace que la historia de la analística sea la base más idónea para interpretar correctamente su proyecto historiográfico (sin olvidar que, siendo los analistas la fuente principal de la parte conservada de *Ab Urbe condita,* cada uno de ellos, en la medida en que puede ser

[60] Para la interpretación del prefacio de Livio, v. M. Mazza, *Storia e ideologia in Tito Livio: per un'analisi storiografica della* Praefatio *ai Libri ab urbe condita,* Catania, 1966. *Vid., infra,* Bibliografía III a.

[61] Los eruditos romanos (Gelio, Servio) distinguían los *annales* de las *historiae* o *Res gestae* en un doble sentido: como pura crónica enumerativa frente a la historia pragmática o científica y como historia de las generaciones pasadas frente a la de los tiempos vividos por el autor. Según esta segunda distinción se dio en decir que la obra de Livio constaba de *annales* e *historiae.*

identificado y conocido, es referencia obligada para su análisis histórico y literario).

Los investigadores distinguen tres generaciones de analistas anteriores a Livio [62]. El primero fue Fabio Píctor, que a comienzos del siglo II a. C. escribió en griego la primera historia de Roma, para dar a conocer los nobles orígenes y el alto destino de su patria y defender la política romana en la reciente guerra. Su ejemplo fue seguido por L. Cincio, coetáneo suyo, y por G. Acilio y A. Postumio, que escribieron casi ya mediado el siglo; todos ellos forman la analística primitiva. Era comprensible que Fabio escribiera en griego para dirigirse al mundo en el que Roma acababa de irrumpir tras su victoria sobre Aníbal, pero seguir haciéndolo después de las guerras macedónicas revelaba ya un complejo de inferioridad cultural. Catón reaccionó iniciando la historiografía romana en latín; su obra, *Origines*, que incluía la prehistoria de otras comunidades itálicas, pretendía reforzar en ese marco la identidad nacional, socavada por la grequización que fomentaban los círculos aristocráticos, y restablecer la antigua moral, corrompida por el contacto exterior; transcribió en ella sus propios discursos, con lo que, en parte, la escribió *pro domo sua*. Catón dió paso a la analística media, o analistas

[62] Sobre el desarrollo de la historiografía anterior a Livio y su encuadramiento en ella, v. E. Badian, «The early historians», T. A. Dorey (ed.), *Latin Historians* (Studies in Latin lit. and its influence), Londres, 1966, págs. 1-38. W. Hoffmann, «Livius und die römische Geschichtsschreibung», E. Burck (ed.), *Wege zu Livius*, Darmstadt, 1977, págs. 68-95 (=*Antike und Abendland* 4 (1954), 171-186). F. Klingner, «Römische Geschichsschreibung», *Wege zu Livius*, págs. 17-36. Id., «Livius», *ibid.*, págs. 48-67. A. H. McDonald, «The Roman historians», Platnauer (ed.), *Fifty years (and twelve) of classical scholarship*, Oxford, 1968, págs. 465-479. P. G. Walsh, *Livy*... (v. nota 13), págs. 20-45.

del tiempo de los Gracos, C. Hemina, Calpurnio Pisón, G. Fanio, Gn. Gelio, entre otros, que en el último tercio del siglo siguieron en distinta medida las líneas trazadas por él. Los analistas de las dos primeras generaciones fueron todos hombres de experiencia política, que escribieron para un número reducido de lectores, de sus mismos círculos, con la idea de formar minorías, defender una postura personal u ofrecer a los interesados el conocimiento, siempre valioso, de precedentes históricos; la mayoría trató con amplitud el período legendario y la época contemporánea y con brevedad los siglos intermedios. Frente a ellos, los autores de la analística moderna o posterior a Sila, Valerio Antias, Licinio Macro y Claudio Cuadrigario, que escribieron en los años 70 a. C., se caracterizaron por ser sobre todo hombres de letras (sólo Macro tuvo actividad política) que llenaron el vacío narrativo de los primeros siglos republicanos y escribieron al servicio de un clan familiar o de un partido, al tiempo que respondían al interés de un mayor número de lectores por un producto más literario.

Aparte del influjo de las transformaciones sociales sobre autores y lectores, los cambios sufridos por la analística, como se ha dicho de la historiografía romana en general, estuvieron condicionados por sus orígenes en el ámbito de la religión del estado y por el influjo de los modelos griegos. En Grecia, la historia, nacida con Heródoto, había alcanzado su más alto nivel hacia finales del siglo v a. C. con la obra de Tucídides, que propugnaba la investigación de la verdad objetiva de los hechos políticos y militares, el análisis racional de sus causas y efectos, y la misión de ser útil al hombre de estado. En los siglos siguientes predominó una historiografía menos científica, en la que ya es costumbre distinguir dos tendencias: la isocrática o retórica, representada por Éforo y Teopompo, que aun-

que acataba la primacía de la verdad, admitía contenidos legendarios, generalizando el valor formativo de la historia bajo un concepto de provecho moral, y la peripatética o «trágica», cultivada señaladamente por Duris y Clitarco, que buscaba el placer del lector antes que su aleccionamiento y ponía el efectismo del relato por encima de la verdad. En Roma, desde los primeros tiempos de la ciudad, según la tradición antigua, y a partir del 400 o del 300 a. C., en opinión de la crítica moderna, uno de los cometidos del pontífice máximo fue cuidar del registro de los principales sucesos que se exponía al público en su residencia. Estas anotaciones fueron la primera documentación sistemática de la historia de Roma. En los *annales* a que dieron lugar figuraban los nombres de los cónsules del año y un resumen de lo ocurrido bajo su mandato. A ciencia cierta sólo sabemos que incluían noticias sobre eclipses, carestías y cosas parecidas, pero es lógico pensar que contenían también información de otra naturaleza: sobre las guerras y los principales acontecimientos internos, sobre las leyes y los más importantes decretos del senado. En todo caso, cuando alrededor del 120 a. C., ampliados quizá con material de otros archivos, fueron publicados con el nombre de *Annales Maximi* formaban una voluminosa crónica, tal vez algo así como la crónica oficial del Estado romano.

El influjo de los modelos griegos y de la documentación de los pontífices sobre las primeras generaciones de analistas son difícilmente comprobables, dada la práctica desaparición de toda esta literatura; es la propia obra de Livio la que permite entrever su efecto sobre los analistas modernos, que fueron sus fuentes más directas. La publicación de los *Annales* estereotipó el esquema narrativo heredado por Livio, y al difundir una información antes sólo

accesible a unos pocos, posibilitó la redacción de historias *ab urbe condita* por autores ajenos al mundo de la política. Inspirándose en modelos griegos, los últimos analistas añadieron al planteamiento moral de inspiración isocrática, presente en sus predecesores, la habilidad y libertad de elaboración literaria, propias de la historiografía «trágica», que utilizaron para ampliar el escueto relato de los primeros siglos de la república; también los argumentos de la historiografía científica pudieron pesar en la decisión de Cuadrigario de excluir de su historia todo lo anterior al asalto e incendio de Roma por los galos.

En alguno de estos cambios los últimos analistas no tuvieron más que seguir el precedente de autores que cultivaron otras variedades historiográficas, como la monografía histórica y la historia contemporánea. También Livio halló en ellos fuentes documentales y, sin duda, ejemplos que seguir o que evitar por sus principios teóricos, o por sus resultados literarios. La primera monografía histórica latina fue el *Bellum Punicum*, de Celio Antípatro, publicado por la misma época que los *Annales Maximi*. Antípatro fue el primer historiador que no perteneció a la clase política y el primero también en buscar el placer y la emoción del lector, no su aleccionamiento, dando cabida en su obra a lo excitante y a lo maravilloso. En la historia sobre sucesos contemporáneos el primer autor romano, tras el ejemplo de Polibio, fue Sempronio Aselión. Polibio, uno de los nobles aqueos deportados a Roma tras la batalla de Pidna, consejero del círculo combatido por Catón y definidor de la historia pragmática, había comenzado a publicar su análisis de la expansión romana hacia el año 150 a. C., siguiendo en todo la huella de Tucídides. Las *Res gestae* de Aselión enlazaban con el final de la obra polibiana (14 a. C.) y se extendían hasta el 91 a. C.; en el 91

comenzaban las *Historiae* de Cornelio Sisena; con Sisena, al que Cicerón tilda de pueril imitador de Clitarco y que llegó hasta la muerte de Sila (78 a. C.), enlazaron las *Historiae* de Salustio, cuyo final tal vez fuera el año 60 a. que fue el punto de partida de Asinio Polión. Salustio cultivó también, como es sabido, la monografía, combinando una cierta imitación de Tucídices con las preocupaciones éticas de los analistas; tal vez fuera el primero en concebir el destino de Roma como un proceso de decadencia moral y política. A la historia contemporánea se deben adscribir las memorias autobiográficas de políticos como Escauro, Cátulo, Rufo, y Sila, y los *commentarii* de Julio César. Junto a este tipo de obras, en boga desde el memorándum político de G. Graco, la erudición, las crónicas, y las biografías y compilaciones anecdóticas de un Varrón, un Ático, un Nepote completan y caracterizan el panorama historiográfico anterior a Livio; hasta el punto de que un analista tardío, Q. Elio Tuberón, casi coetáneo suyo, parece interesado especialmente en contenidos anticuarios.

Sobre este fondo la figura de Livio destaca, en primer lugar, por lo que la crítica de la literatura moderna ha acuñado como vuelta a la generación de los abuelos. Su obra se desvincula de las tendencias más en boga, la investigación anticuaria, el relato episódico o la historia del pasado inmediato. En otro orden de cosas, no puede decirse que se distinguiera por la originalidad de su interpretación histórico-filosófica. En su concepción de la historia de Roma como un proceso de decadencia el referente inmediato es Salustio, pero en su desarrollo del tema Livio sigue una vía distinta; ambos se remontan, no obstante, a mediados del siglo II a. C. [63]. El orgullo patriótico, la convicción

[63] Cf. T. J. Luce (1977) (v. nota 40), págs. 270 ss.

de que Roma debía su grandeza a sus virtudes antiguas hermana a Livio ya con Fabio Píctor, mientras que su intención moralizadora es común a los analistas desde Catón y Calpurnio. En relación con los modelos griegos, tomando en cuenta todos los indicios, podría decirse que Livio no sigue un esquema teórico exclusivo, sino que comparte el eclecticismo de las dispersas reflexiones de Cicerón sobre la historia [64]: como en Cicerón, el deseo de no dejar en el olvido los hechos dignos de recuerdo, que movía a Heródoto, convive en él con el ideal de verdad de los pragmáticos y la fe isocrática en el valor moral de los ejemplos; incluso las concesiones al sensacionalismo «trágico» que hace Cicerón cuando le pide a Luceyo que adorne la historia de su consulado, las admite Livio en otras cuestiones en nombre del prestigio de un pasado mítico, del que son parte constitutiva. Pero, al margen de las distinciones académicas entre isocráticos y trágicos dentro de la historiografía helenística, en la gran disyunción entre una historia pragmática, analítica, racional y objetiva, y una historia moral, simbólica, subjetiva y retórica, es evidente que Livio pertenece a esta última.

Por lo que se refiere a los objetivos perseguidos por Livio, la letra del prefacio no parece dejar lugar a dudas: su interés en la historia es fundamentalmente ético y didáctico. Livio se compromete ante el lector a que, si se le presta la máxima atención en lo que de verdad importa, él sabrá mostrarle las causas del éxito romano y de su decadencia; y son carácter, hábitos, conducta, en una palabra, *ethos*. Lo que cuenta, por otra parte, es la capacidad ejemplarizante de la narración, la historia como un reper-

[64] V. la antología de esos textos en J. M. André, A. Hus, *La historia en Roma*, Madrid, 1989, 3.ª ed., págs. 209-218.

torio de modelos. Como demuestra su no beligerancia ante los contenidos míticos, del pasado le interesa menos la verdad de los hechos que las verdades que pueden dirigir nuestra conducta: no es necesario someter a juicio la verdad de las fábulas porque, verdaderas o falsas, sirven a sus propósitos simbólicos y didácticos [65].

De acuerdo con algunos críticos, estos propósitos de Livio y aun su decisión de reescribir la historia de Roma desde sus comienzos estarían subordinados a una intención política. Sobre el telón de fondo de la restauración de la República por Augusto en el año 27 a. C., Livio habría querido fomentar la recuperación del orgullo patriótico, rescatar el espíritu ancestral de Roma y asumir la defensa e ilustración de la religión, instituciones y costumbres antiguas, que eran los principios sobre los que Augusto basaba su proyecto; en una palabra, convertir a sus lectores en romanos en el sentido de la renovación augústea y hacer de su obra un instrumento de propaganda con la intención de recomendar el principado [66].

Estas dos opiniones sobre la finalidad de la obra histórica de Livio contienen una parte de verdad, pero son posturas extremas que deben ser matizadas. Es cierto que el prefacio rezuma admiración por el pasado y didactismo, pero, por una parte, la idea (ya en desuso) de que Livio actuó como portavoz y panegirista del nuevo régimen, sin entrar ahora en otros argumentos, está en abierta contra-

---

[65] M. Mazza, *loc. cit.* (v. nota 60), *apud* J. E. Phillips, «Current Research...» (v. nota 43), págs. 1002 y 1031.

[66] Cf., p. e., N. Cochrane, *Christianity and Classical Culture*, 2.ª ed., Oxford, 1944 = *Cristianismo y Cultura clásica*, México-Madrid-Buenos Aires, 1949, págs. 100-115.

dicción con la imagen del presente que en el mismo prefacio se dibuja, por otra, la opinión que hace de la pura intención didáctica poco menos que la razón de ser de *Ab Urbe condita*, y de Livio, poco más que un predicador del escarmiento no hace justicia ni a las intenciones del autor, ni a los valores de su obra. En la decisión de Livio de emular a los ya olvidados analistas y en su concepto de la historia influyeron motivos muy diversos tanto de carácter personal, como literario. La oportunidad histórica del nuevo orden político tuvo que ver en ello, pero en otro sentido.

A la altura del año 50 a. C. Cicerón dictaminaba que la historia era el único género literario en el que los romanos no estaban todavía a la altura de los griegos. En un pasaje del *De Legibus*, los interlocutores del diálogo, el propio Marco Tulio, su hermano Quinto y su fiel Ático, abordan el tema. Ático le recuerda a Cicerón que se espera de él la obra que colme esa laguna. Quinto interviene: no es la primera vez que trata del asunto con su hermano, y una sola diferencia los separa, él es partidario de una historia de Roma desde los primeros tiempos, algo que se ha escrito de manera que es ilegible, mientras que Marco prefiere los sucesos en los que él mismo ha tomado parte. Ático se inclina por la opinión de Marco: prefiere que él escriba de su época, «que ha visto los sucesos más importantes, antes que proclamar, como se dice, los méritos de Rómulo y Remo».

Poco tiempo después, con César y Salustio, la historia tenía en Roma a sus primeros clásicos. La monografía, la historia contemporánea y el memorialismo político habían accedido literariamente a un nuevo estatus. Nepote añadiría nuevas variedades de escritos históricos. Faltaba

todavía la historia general de Roma, anclada con sus últimos cultivadores en la prehistoria del estilo; faltaba quien se atreviera a proclamar dignamente los méritos de Rómulo y Remo. Los tiempos no habían sido propicios; a remolque de las guerras y de los conflictos civiles, la historia adoptó formas polémicas (libelos, invectivas) o propagandísticas: da la versión propia de los tiempos recientes e interpreta fragmentos del pasado en clave contemporánea; o, en manos de quienes se quedan al margen de las turbulencias, se refugia en la seguridad inocua de la erudición y de la retórica. Sólo con la victoria de Augusto y el retorno de la paz se alcanzó el punto de sosiego que permitía volver la vista hacia el pasado: Dionisio de Halicarnaso escribe sus *Antiguëdades Romanas;* Trogo Pompeyo, una historia universal que culmina en Roma; Livio hace suya la arriesgada propuesta de Quinto Cicerón.

El proyecto de Livio era hacer una obra literaria y su objetivo, conseguir la fama y el reconocimiento. Al principio del prefacio Livio antepone la satisfacción de su contribución patriótica al incierto resultado de su empresa y se consuela abnegadamente de un posible fracaso con el mérito de los rivales no vencidos, pero en el fragmento aquel de otro prefacio que conocemos por Plinio, cuando ya no tenía que ganarse al lector, Livio declaraba haber logrado fama suficiente para poder abandonar tranquilo su trabajo. Está claro que, en el fondo, el primer motor de su proyecto no ha sido mantener vivas las glorias de la patria (ni, *a fortiori*, reeducar a los romanos), sino alcanzar la gloria literaria. El propio Plinio le criticó que demostrara tan poco patriotismo [67].

---

[67] V. nota 55.

La opción de Quinto estaba ciertamente desacreditada. La decisión de reescribir la historia de Roma desde sus comienzos, obligaba a Livio a disipar los recelos que iba a despertar en más de un lector ilustrado. Dar cabida en su obra a los relatos legendarios repugnaba a cualquier planteamiento mínimamente riguroso de la historia; incluso un analista como Claudio Cuadrigario... Sin embargo, se trataba de un material con excelentes posibilidades literarias que merecía la pena salvar. Personalmente Livio no estaba en condiciones de cumplir los requisitos de la historia científica. Su inexperiencia política le incapacitaba para reinterpretar el pasado en términos de lucha por el poder o de intereses de partido. Su educación y su carácter («paduanismo») le dictaban una visión de la historia en términos de individuos y conductas, de virtudes y de vicios; el moralismo era también consustancial a la historiografía analística, de modo que, como suele decirse, hizo de la necesidad virtud. El prefacio sirve de pórtico a toda la obra, pero, de forma muy particular, a la historia primitiva; en realidad, las ideas de alcance general se subordinan en él a la justificación de los contenidos objetables, y puede leerse como discurso de la defensa que «dialoga» con las objeciones previstas y echa mano de todas las ventajas de la parte defendida.

Después de presentar su proyecto ante el lector, Livio, como hemos visto, se anticipa a su posible desdén por la historia de los orígenes de Roma. Su confesión de escapismo hacia el pasado es también la sugerencia de un posible aliciente: literatura de evasión, lectura que consuela de los sinsabores de una penosa realidad. Admite que en torno a la fundación de la ciudad se transmiten hechos «más bien embellecidos por fantasías poéticas que asentados sobre auténticos documentos históricos», pero elude entrar en el

fondo de la cuestión *(ea nec affirmare nec refellere in animo est);* su exculpación incluye un argumento de historia cultural (se permite que las ciudades ennoblecezcan así sus comienzos) y un dardo irónico, que halagaría los sentimientos del lector, contra los que critican (en la ficción) el origen divino del poder al que están sometidos (sin inmutarse) en la realidad. Pero la intervención divina en los planes de la fundación es sólo un ejemplo entre otros muchos casos semejantes *(Haec et his similia).* La forma de eludir una invalidación general, sin entrar, de nuevo, en el fondo de la cuestión («sea cual sea la consideración o el juicio que merezcan estas cosas y otras parecidas») es concederles una importancia secundaria *(haud in magno ponam discrimine),* recurriendo a la filosofía vulgar sobre la historia: lo que importa es atender a las conductas, porque (supliendo el nexo implícito en el texto) «Lo más saludable y provechoso del conocimiento histórico... etc.». El final del prefacio, el elogio de la Roma antigua (con una transición suelta en el texto) implica un nuevo razonamiento elíptico; como si se nos dijera: 'si esto es así, ¿qué espejo mejor que nuestra patria en sus primeros tiempos, la más grande, la más pura, la más rica en buenas enseñanzas en la que más tarde entraron Vicio y Corrupción...?' En definitiva, la solemne proclamación del valor instructivo de la historia, sin dejar de ser una convicción personal del autor, cumple en el prefacio la función de argumento en defensa de una causa literaria, no es la declaración de los fines que el autor se ha propuesto, o la misión que ha hecho suya. El lector romano no dejaría de leer, ni tendría en menos, por razón de principios, una Historia que albergaba fantasías... El lector moderno puede sentirse libre de la amenaza del moralista que sólo piensa en aleccionarnos con historias ejemplares.

La reivindicación de la obra de Livio como proyecto literario no quiere decir que no tuviera parte en ella un ingrediente que, más que político o moral, habría que llamar, sencillamente cívico. Lo que puede deducirse del resignado desencanto del prefacio es que, si en Livio había prendido en algún momento la esperanza de recuperación que significaron la victoria de Augusto en Accio y su promesa de restaurar la República, su ilusión había durado poco. Las cosas no volvieron, aunque volvieran los nombres; el pasado republicano era ya irrecuperable. Livio conservó, no obstante, el fondo de optimismo que refleja su orgullosa proclamación de Roma como *princeps terrarum populus* y la opción abierta a todos de seguir las enseñanzas de la historia; no dejó de sentir intensamente el desprestigio de la pérdida de los valores morales, ni de creer en el poderoso efecto del comportamiento moral sobre la marcha de los sucesos políticos. Esta mezcla de fe y escepticismo produjo en él una visión hiperidealizada de los primeros siglos romanos y dio a su programa cívico una dimensión intemporal; su prefacio es «el credo de un joven idealista», su obra, puede ser un monumento al pasado o un «mensaje para la posteridad» (Walsh).

Ese rasgo de imprecisión temporal, de utopía, puede explicar la gran aceptación de Livio entre sus contemporáneos: los partidarios, los creyentes de la propaganda augústea encontraron apoyo en la imagen del pasado en Livio, en su elogio y defensa del tenor de vida, de las costumbres, de la religión de sus antepasados (coincidente con las promociones de Augusto, aunque no formara parte de ellas), sin percatarse, tal vez, de lo mucho que en todo ello había de elegíaco; los desencantados, el «nuevo público no interesado en las lecciones políticas ni en el adoctrinamiento moral y sí deseoso de una buena literatura histó-

rica» (W. Hoffmann) pudo tomarse el sesgo moralizador a beneficio de inventario, como planteamiento convencional del género, sin dejar de disfrutar por ello de la maestría de un prosista moderno.

De lo que menos dice el prefacio es de la dimensión histórica del proyecto de Livio, es decir, acerca de su intención en cuanto a conseguir un mejor conocimiento de la verdad de los hechos del pasado. Según sus propias palabras, cada nuevo historiador emprende su obra con el convencimiento, o de añadir alguna certeza nueva en la esfera de los hechos, o de superar en el estilo la rudeza de los antepasados. Alude luego al deber del historiador de no apartarse de la verdad. Esta 'primera ley de la historia' consistía, en palabras de Cicerón, en no decir nada que no sea cierto y en no callar nada que sea verdadero. La postura de Livio frente a la tradición legendaria no debe ser sacada de contexto y convertida en norma de su actitud ante la tradición histórica. Frente a ésta, el no estar Livio vinculado a los asuntos públicos, ni a intereses de familias o partidos, como lo estuvieron todos los analistas, garantiza *a priori* en él un desinterés en el seguimiento de los hechos y una exactitud en la reproducción de sus fuentes muy superior a la de cualquiera de ellos [68]. En el prefacio, lo que hace temer que Livio pueda apartarse de la verdad o silenciarla no es que admitiera (con las naturales reservas) las licencias poéticas de los relatos fabulosos, sino su exaltado patriotismo, su hiperbólica alabanza de las costumbres antiguas [69]. En cuanto al estudio propiamente

---

[68] F. Klingner «Livius» (v. nota 62), pág. 63.

[69] Cf. P. G. Walsh, «Livy's preface and the distortion of history», *Amer. Journ. of Philol.* 76 (1955), 369-383 (en trad. alemana, *Wege zu Livius*, págs. 181-199)

crítico, orientado a la depuración y confirmación documental de la verdad de los hechos, la invocación a los dioses, a la manera de los poetas, con la que Livio cierra su prefacio parece un indicio cierto de que, frente a su tarea, él se veía a sí mismo más como creador literario, que como investigador [70].

V. La historia de Roma vista por T. Livio

La lectura de los libros conservados de *Ab Urbe condita* hace suponer que toda la obra de Livio consistía en el desarrollo del esquema trazado por él en el prefacio; en éste sólo falta un rasgo: el providencialismo en el motivo del *princeps terrarum populus.* Roma accedió al dominio sobre todos los pueblos guiada por un destino sobrenatural, fue también un 'pueblo elegido'. Todo el libro primero se podría colocar bajo ese lema. La profecía de Rómulo divinizado a Próculo Julio (16, 7: «Ve y anuncia a los romanos que es voluntad de los dioses que mi Roma sea cabeza del orbe; que cultiven, por tanto, el arte de la guerra... no habrá fuerzas humanas que resistan a los ejércitos de Roma») la confirman hacia el final del libro (55, 3-6) dos señales divinas: cuando Tarquinio el Soberbio, queriendo reservar la colina Tarpeya para el templo de Júpiter que iba a construir, mandó desconsagrar todos los que allí había, primero, los auspicios no aprobaron el traslado del templo del dios Término, poco después, los que cavaban los cimientos para el nuevo desenterraron una cabeza hu-

[70] R. M. Ogilvie, *Commentary*... (v. nota 13), pág. 29.

mana. Eran tautologías escondidas, una en la tierra, otra en las palabras. La prohibición de trasladar lo fijo (*terminus:* hito, mojón) vaticinaba la perdurabilidad del Estado; la cabeza encontrada, que aquel lugar sería ciudadela del imperio y cabeza del mundo. Pero ya antes de la fundación, el origen de la ciudad y el comienzo «del imperio más poderoso después del de los dioses» había sido cosa del destino: hizo falta que una vestal fuera violada por un dios; que una providencial crecida de las aguas impidiera que los recién nacidos fueran arrastrados por la corriente del Tíber; que los amamantara una loba... En todo el período legendario se repiten los signos que confirman la asistencia divina a los romanos [71]. Y aunque Livio refiere estas viejas historias con formas que denotan su escepticismo («cuentan», «se dice»), o busca una explicación racional (p. e., la loba no era tal *lupa*, sino una 'mujer de *lupanar'*), su visión de la ascensión romana al papel de primer pueblo de la tierra está impregnada de esta idea gloriosa de la *Roma aeterna,* destinada por los dioses a regir al mundo, que resuena, como profecía, en los discursos de Camilo (V 54, 7), o de Escipión (XXVIII 28, 9) y como un hecho cumplido, en boca de los propios enemigos [72].

Roma no habría podido cumplir su destino si a la voluntad divina no se hubiera unido la *virtus* propia; pero contaba con ambas. Es el argumento de la embajada de Rómulo por las comunidades próximas, antes del rapto de las Sabinas, para que consintieran en matrimonios con los de la nueva ciudad: también las ciudades, como todo lo demás, nacían de la nada; luego, las que contaban con

---

[71] V., p. e., II 40, 13; VI 9, 3; VIII 6, 1-7; X 40, 10 ss.; XXIX 10 ss.

[72] Cf. XXXVI 17, 13; XXX 30, 26; XXXI 30, 11; XXXVII 45, 8; XLV 26, 8.

la ayuda de los dioses y de su propia *virtus* adquirían grandes recursos y gran nombre; bien sabían que al nacimiento de Roma no había faltado el concurso de los dioses y que el valor no habría de faltarle... La *virtus* es la cualidad del hombre *(vir)* por excelencia, la hombría que se demuestra sobre todo en el ejercicio de las armas: valor, arrojo, aguante, esfuerzo, fortaleza, valentía. La genuinidad romana de la *virtus*, su doble faceta, activa y pasiva, y su pertenencia a la esfera de la milicia las definen Mucio Escévola, *exemplum virtutis* (II 12, 9: *et facere et pati fortia Romanum est)* y la respuesta de Camilo al maestro de Falerias que prometía entregarle los niños de la ciudad cercada: «yo la conquistaré por métodos romanos: *virtute, opere, armis*» (V 27, 8). La capacidad y la eficiencia militar serán para Polibio la clave del dominio mundial alcanzado por Roma; Livio tributa su homenaje a la gloria militar romana en el conocido excurso sobre Alejandro (IX 17-19).

El libro primero pone de relieve casi todos los demás criterios de la visión titoliviana de la historia de Roma. Bajo la monarquía, la ciudad parece alcanzar ya su forma histórica y se forja como nación en los principios que le permitieron cumplir noblemente el destino que le prometían la voluntad de los dioses y su *virtus*. Los siete reyes, unos por incorporar nuevos contingentes de población a la ciudad añadiendo a su recinto cada vez una o dos nuevas colinas, otros por regular alguna esfera de la vida social, o por ambas cosas, o por la enseñanza de algún reprobable ejemplo, vendrán a ser cofundadores de una parte de Roma y forjadores de alguno de los rasgos de carácter *(mores)*, o modos de actuar *(artes)* propios de la nación romana [73].

---

[73] Cf. II 1, 2.

De las manos de Rómulo, como Atenea de la cabeza de Zeus, Roma parece haber nacido pertrechada y adulta: él le ha dado forma en todos los ámbitos, religioso *(sacra)*, legal *(iura)*, militar *(vires)* y político *(senatus)*; sin embargo, en la serie de los papeles históricos, le tocará el de fundador de la ciudad por la fuerza de las armas, mientras que en esa fundación simbólica o moral que decimos, su trabajo habrá sido despertar la *virtus* romana y la conciencia de que su objetivo es un destino universal. Instaurada la monarquía electiva, Numa, su sucesor, el rey pacífico y piadoso, la fundará de nuevo en el derecho, la ley y la moral. Todo ello ocurrió por efecto de la reforma religiosa, que fue su tarea: imbuyó en el pueblo el miedo a los dioses y reguló estrictamente todos los cultos, públicos y privados, para reforzar el derecho divino contra el abandono de los ritos nacionales y la adopción de cultos extranjeros.

En la historia de Livio la religión ocupa un lugar de primera importancia, aunque la cuestión sobre sus creencias personales ha recibido muy variadas respuestas. La religión romana se basaba en la creencia de que todo proceso estaba activado por fuerzas sobrenaturales, de cuya cooperación dependía el éxito; su objeto era obtener esa colaboración divina. Los ritos (plegarias, sacrificios, adivinación) garantizaban la comunicación con los dioses, a condición de que se cumplieran escrupulosamente [74]. El cuidado o negligencia de los cultos tradicionales es el origen de la prosperidad o de la adversidad para los romanos, si no en opinión del autor, sí, al menos, de los personajes históricos retratados por él [75]. El tema aquí es el de la religión

---

[74] R. M. OGILVIE, *The Romans and their Gods*, Londres, 1969.

[75] P. e., Camilo en V 51, 5: «descubriréis que a los acontecimientos

como tutela de la moralidad y de las leyes. El *metus deorum* debía cumplir en la paz el papel que en la guerra habían tenido el miedo al enemigo y la disciplina militar. Numa fingió una relación directa y personal con la divinidad, y la conciencia de la intervención divina en los asuntos humanos y el ejemplo de su vida llenó tanto de piedad los corazones que la lealtad a la palabra dada regía la ciudad en lugar del miedo al castigo y a las leyes [76]. La *religio* se manifiesta como *pietas* y *pudor*, reconocimiento y respeto de las obligaciones para con los dioses y los hombres y así se constituye en fundamento de la *fides*. Estas fueron cualidades esencialmente romanas. Tarquinio el Soberbio conquista Gabios por un procedimiento impropio de un romano *(minime romana arte)*, mediante el fraude y el engaño. El prisionero de Cannas que quiso librarse hipócritamente del juramento prestado es *minime romani ingenii homo* (XXII 58, 8). Amoldar las leyes a los intereses de cada uno, interpretar los juramentos a conveniencia, lo que entre los antiguos no ocurría y que Livio lamenta de su época, es un efecto de la *neglegentia deum* (III 20, 5). Y para el cónsul que ha de enfrentarse a Perseo la *pietas* y la *fides* han hecho la grandeza de la patria, y los dioses castigan a quienes las desprecian (XLIV 1, 11). Los cultos extranjeros *(externa religio)* aparecen unidos en la historia titoliviana a la ansiedad en momentos de crisis y a la corrupción de costumbres; estaban bastante extendidos en

---

prósperos acompaña siempre el respeto a los dioses y la irreligiosidad a los adversos».

[76] No deja de ser llamativa la coincidencia con la descripción de la Edad de Oro por Ovidio: Liv., I 21, 1, *ea pietate omnium pectora imbuerat ut fides ac iusiurandum pro legum ac poenarum metu civitatem regerent.* Ovid., *Met.* I 89-91: *Aurea aetas... sine lege fidem rectumque colebat. Poena metusque aberant...*

tiempos de Livio y, al igual que en las ocasiones anteriores, fueron reprimidos, esta vez por Augusto [77].

A imitación de Eneas, promotor de la unión entre troyanos y latinos, Rómulo había propiciado la fusión romano-sabina. Más tarde Tulo Hostilio deporta a los albanos a Roma y les concede la ciudadanía (al igual que harán con otros pueblos Anco Marcio y Servio) [78]. Pero Tulo Hostilio empañó su gloria militar al castigar al traidor Metio Fufecio haciéndolo atar a dos cuádrigas que tiraron de él hasta romper su cuerpo.

La política de integración de los reyes romanos y el castigo de Fufecio, son las dos caras de esa moneda que lleva grabada una alegoría de la *clementia*. Aquel castigo «fue, entre los romanos, el primer y último ejemplo de suplicio contrario a las leyes humanas: entre otras cosas, Roma puede gloriarse de que ningún otro pueblo ha adoptado castigos más benignos» (I, 28, 11). La clemencia es el principio que ha guiado el trato de Roma con los pueblos vencidos y es tan típicamente romana, ya sea en decisiones del Estado *(clementia populi, clementia senatus)*, o de sus generales (en particular, de Escipión, ideal del romano virtuoso), que cuando los griegos animan a Filipo a ser benigno, le dicen: imita a los romanos. No es sólo un rasgo de humanidad o generosidad, sino también una medida de conveniencia política: «De tal manera os han otorgado el poder los dioses inmortales, que de vosotros dependerá en lo sucesivo que el Lacio exista o no. [...] ¿Queréis, imitando a vuestros mayores, aumentar el poder de Roma admitiendo a los vencidos en el número de vues-

[77] *Externa religio*: III 30, 11; VIII 11, 1; XXV 1, 6-12; XXXIX 50-51.
[78] Cf. I 8, 4; 28, 7; 33, 1-2 y 6; 44, 3.

tros conciudadanos? Hermosa es la ocasión de engrandeceros cubriéndoos de gloria; porque el imperio más firme es aquel en el que es grata la obediencia» (VIII 13). La época de Augusto fue testigo de una exaltación sin precedentes de la virtud de la *clementia* que había de poner fin a los rencores de las guerras civiles [79].

Anco Marcio devuelve a su pureza los ritos de Numa y lo imita instituyendo las *bellicae caeremoniae*, el derecho fecial. Durante el reinado de Tarquinio Prisco, el milagro del áugur Ato Navio, reafirma la práctica de los auspicios: «en adelante, tanto en asuntos civiles como militares, nada se hizo sin consultar previamente a los áugures»; más adelante, se estipula la fórmula de la entrega, o rendición sin condiciones *(deditio)*. Todo el ritual sagrado de los feciales, que regulaba la declaración de guerra, tenía como finalidad establecer ante los dioses que la guerra era justa; era una tradición común itálica, pronto secularizada y casi olvidada bajo la inevitable adaptación a otros tiempos, que revivió ocasionalmente, en el s. II a. C., en un episodio de la guerra de Numancia, dejando huella en la historiografía; Octaviano lo había restaurado nuevamente en el 32 a. C. para declarar la guerra a Cleopatra [80].

De estas páginas de Livio que encerraban tantas razones para interesar al lector contemporáneo hoy nos llega sobre todo la prefiguración de la conducta romana en los siglos (o libros) venideros: la primera guerra más allá de sus fronteras en defensa de quienes habían hecho solemne *deditio* de sí mismos a la *fides* romana (VII 32, 1-2), las

[79] *Clementia*: XXVI 46, 49; XXVII 19, 8; XXVIII 34, 3; XXXI 31, 16; XXXIII 12, 7; XXXVI 27-29; XXXVII 6, 6; XXXIX 2; 25, 15; XLII 8, 8.

[80] Cf. OGILVIE, *Commentary...* (v. nota 13), págs. 127 ss.; *iustum ac pium bellum*: XLV 22, 5-8.

veces en que sus feciales o legados, o sus reclamaciones no iban a ser respetadas, el presagio solemne de que Roma nunca emprendería una guerra que no fuera *pium iustumque*, como habrían de reconocer sus propios enemigos (XLV 22, 5-8). En la historia de Livio no hay rastro de que Roma haya puesto en práctica nunca una política de agresión imperialista. Sólo algunas guerras del período primitivo fueron provocadas por Roma: guerras de supervivencia, de prevención o revancha de agresiones, en las que el resultado, la integración de los pueblos sometidos, justificó los medios. En las guerras de expansión, Roma no sólo no tomó la iniciativa, sino que se mostró remisa, y se arriesgó finalmente en defensa de sus aliados: contra los galos, fueron llamados por Clusium, en la primera contra los samnitas, por Capua; la responsabilidad de las otras dos guerras samníticas fue del enemigo que no respetó las treguas y despreció las justas reclamaciones romanas. Roma entró en las guerras púnicas en defensa de Mesina y de Sagunto, en la primera macedónica, respondiendo a la petición de Orico, de la segunda fue responsable Filipo... [81]. Los dioses eran garantes de la justicia de las guerras. Tratándose de asuntos públicos, conseguir el beneplácito de los dioses competía a las autoridades. En la toma de posesión de los cargos, al iniciar una campaña, un censo, una asamblea, el magistrado en cuestión, como parte de sus deberes, se aseguraba la *pax deorum*, normalmente mediante la observación del vuelo de las aves o la forma en que comían, o de signos celestes como el relámpago o el trueno; los dioses manifestaban además su acuerdo o desacuerdo sin ser consultados, a través de toda clase de fenó-

[81] Cf. H. Hoch, «Die Darstellung der politische Sendung Roms bei Livius», E. Burck (ed.), *Wege zu Livius*, págs. 261-276.

menos maravillosos o milagrosos *(prodigia* o *portenta)*, que era necesario interpretar y expiar, y de forma especialmente significativa por medio de los sueños o de signos casuales. A veces los fracasos son atribuidos por los protagonistas históricos a incumplimiento de los deberes religiosos o desatención de avisos divinos; otras veces es el propio Livio quien asocia el emprender una campaña *incertis auspiciis,* o entablar una batalla sin haber expiado correctamente los prodigios con las funestas consecuencias que recayeron sobre los responsables [82]. Pero Livio suele incluir también motivos suficientes de carácter técnico o psicológico como para que el lector tenga que tomarse en serio lo sobrenatural; y, en relación con los prodigios y otros signos, abundan los pasajes donde ofrece una explicación racional, los achaca a la fantasía de los autores, o los califica de autosugestiones imaginarias multiplicadas por la credulidad [83]. Entonces, ¿por qué los reproduce tan meticulosamente? «No ignoro —dice— que en la actualidad no se cree en los presagios que envían los dioses y que por esta razón ni se publican los prodigios ni se consignan en los anales. Pero al escribir la historia de remotos tiempos, mi ánimo se eleva naturalmente a lo antiguo y una especie de escrúpulo me impide considerar indignas de figurar en mi historia cosas que en aquellos tiempos hombres prudentísimos juzgaron merecedoras de la atención pública» (XLIII 13, 11).

Servio repitió en la esfera política la obra de Numa y Anco en el campo de la religión; fue el reformador social, estableció el censo y fijó las diferencias de clase, re-

---

[82] VIII 30, 1; X 40; XXVII 23, 4.

[83] III 5, 14; VIII 6, 3; XXI 62, 1; XXII 32, 2; XXIV 6, 10; 10, 16; 44, 8; XXVII 37, 2; XXVIII 11, 1; XXIX 14, 2.

distribuyendo las cargas del estado. Pero lo más interesante es cómo Livio presenta el final de su reinado bajo la inminencia de la libertad: la tragedia que ensangrentó el palacio, según unos, hastió de los reyes al pueblo y apresuró su llegada; según otros, aplazó su comienzo, pues Servio, a pesar de la bondad y moderación de su mando, era contrario al *imperium unius*, el poder de uno solo, y pensaba abdicar, y sólo la conjura que acabó con su vida le impidió llevar a cabo su proyecto de liberar a la patria.

El tema de la *libertas*, un ideal, si no una virtud romana —«sólo los que ponen por encima de todo la libertad son dignos de llamarse romanos», dice un cónsul (VIII 21, 7)— es el hilo conductor del relato de Livio sobre la convivencia interna. La *libertas* se opone en primer lugar al *regnum*, al *imperium unius*. Mientras significó mantener el juramento de no tolerar que nadie reinara en Roma (II 1, 10), todos estuvieron unidos en su defensa; pero, descubierta y descabezada la conjura para restaurar en el trono a los Tarquinios, las injusticias de los nobles hicieron surgir la discordia, que de una ciudad hizo dos ciudades. Desde ese momento el problema no es la *libertas*, sino la *libertas plebis*, la *aequa libertas*: igualdad ante la ley, supresión de los privilegios. Livio impone un ritmo gradual a las reivindicaciones y considera graduales las conquistas de la plebe: por un lado, abolición del *nexum*, o esclavitud por deudas, acceso a la propiedad de las tierras del estado, limitación del poder consular, derecho a matrimonios mixtos y acceso a las magistraturas exclusivas de los patricios; por otro, el tribunado de la plebe, los tribunos de la plebe con potestad consular, el consulado...

Desde un primer momento ha estado claro que la *concordia* es lo único que puede garantizar la unión equilibrada de patricios y plebeyos en una sola *civitas*, a la manera

en que los reyes habían hecho de pueblos separados *unam urbem, unam rem publicam* (II 32, 7). Pero durante siglo y medio, la lucha se encona en la *discordia ordinum*, en el *certamen factionum*, el partidismo y la conveniencia privada, principal enemigo de los intereses de la colectividad, y la rivalidad entre facciones, «más destructora para muchos pueblos que las guerras externas, el hambre y la enfermedad y todo lo que se achaca a la ira divina como la peor de las desgracias públicas». Patricios y plebeyos se descalifican recíprocamente: se acusa a los tribunos de *odium* y *cupiditas*, de actuar por enemistades personales y en beneficio propio, a los patricios, de *superbia* y de *saevitia*, de no buscar otra cosa que la opresión y la humillación de la plebe [84]. La nueva experiencia de la tiranía bajo los decénviros abre, al fin, los ojos de todos a que el único medio de alcanzar la concordia es la limitación voluntaria en los propios derechos y el reconocimiento del derecho de los otros: *moderatio* por parte de los gobernantes, *modestia*, por la de los gobernados. Entre tanto, no han faltado intentos de personajes oportunistas y ambiciosos que aspiraban al *regnum*, al poder autocrático, Sp. Casio, Sp. Melio, T. Manlio Capitolino, el que defendió heroicamente el Capitolio del asalto de los galos: «la mala ambición de reinar vuelve no sólo estériles, sino odiosas las acciones más nobles» [85]. La concordia tenía también un significado muy alto para los romanos que tras largos años de guerras civiles habían recuperado recientemente la

---

[84] Cf. e. g. II 30, 2; 44, 7 *(discordia ordinum)*; IV 9, 2-3 *(certamen factionum)*. Acusaciones contra los patricios: II 23, 2; III 11, 9 ss.; 37, 7-8; contra los plebeyos: II 41, 3 ss.; 52, 2.

[85] *regnum*: II 41 (Casio); IV 12-16 (Sp. Melio); VI 11-20 (T. Manlio Capitolino).

paz. Al final del excurso sobre Alejandro, Livio hace un llamamiento directo a su defensa: «pero mil cuerpos de batalla más temibles que el de los macedonios mandados por Alejandro habrían sido derrotados por el soldado romano; y lo serán siempre, con tal que el amor a la paz interior de que gozamos se conserve entre nosotros y que cuidemos de mantener la concordia entre los ciudadanos» [86].

Esta es, por tanto, la panoplia de las virtudes romanas, de las cualidades e ideales, a los que Roma debió su grandeza: *virtus, religio, pietas, fides, iustitia, clementia, libertas, concordia, moderatio* y *modestia,* y *disciplina.* Es también, por supuesto, una virtud romana: siendo, sobre todo, *disciplina militaris,* fue, sin embargo, el relajamiento de la disciplina civil, la desobediencia a las magistraturas, la que infectó al ejército (II 44, 10); y llegó a darse el caso de que *disciplinae romanae plus in Volsco exercitu quam in Romano esset* (IV 37, 7). El mantenimiento de la disciplina es la garantía del mantenimiento del estado. Por ello dio ocasión a las mayores pruebas de otra virtud, la *caritas reipublicae,* el amor a la patria, cuando exigió a T. Manlio Torcuato condenar a muerte a su propio hijo (VIII 3, 11), como el juramento antimonárquico y la disciplina civil había exigido a Bruto condenar a los suyos. El contraste entre el *exemplum* de Manlio y el episodio de Fabio y de Papirio (VIII 29-35) demuestra, sin embargo, que la *severitas,* el rigor en la disciplina, no debía estar reñido con la *comitas,* la afabilidad, la camaradería, una virtud de los generales que los soldados aprecian. El choque de personalidades opuestas (Fabio Máximo con C. Flaminio y C. T. Varrón) subraya también otra pareja de

---

[86] IX 19 (Trad. de F. Navarro y Calvo).

virtud-vicio que debería guiar la conducta de los romanos en la guerra: *prudentia, ratio, ferocia, temeritas*[87]. Alabando a quienes las poseían o subrayando su carácter romano Livio llama la atención sobre algunas otras virtudes: el dominio de sí mismo, la honradez, la parquedad de Catón, *specimen antiqui moris*; la *pudicitia* de la mujer del reyezuelo bárbaro Ortiagón, cuya acción honraría a una matrona romana (XXXVIII 24), y que se añade a los conocidos ejemplos de Lucrecia y de Virginia; la *paupertas* de T. Quincio, caso digno de ser atendido por aquellos que todo lo desprecian salvo las riquezas (III 29, 6); la *constantia romana*, el equilibrio frente a la fortuna próspera y adversa que inspira al senado (XLII 62, 11). También el pueblo en su conjunto ha dado muestras de una moderación, equidad y grandeza de ánimo «que hoy no se encontrarían en uno solo» (IV 6, 12).

Cabe preguntarse: ¿pero, en Livio, son las personas, los individuos, los que hacen grande a Roma, o las virtudes mismas, que son romanas, a través de un pueblo y un senado virtuosos? También sobre este punto hay opiniones favorables a una u otra respuesta; y ambas tienen parte de razón. En la primera década parece, en efecto, que son fuerzas abstractas las que mueven a los personajes: éstos piensan y actúan siguiendo estereotipos familiares que encarnan una virtud o un vicio: los Manlios son severos; los Furios, temerarios; los Quincios, parcos y humildes; los Fabios, dignos y desprendidos. Los Claudios, enemigos de la plebe, representan la *superbia* patricia; los Icilios, sediciosos, soliviantan al pueblo contra los nobles;

[87] Cf. II 6, 1; IV 26, 6. *Prudentia:* XXII 12, 2-6; 25, 14. *Temeritas:* XXI 53, 1-7; XXII 29, 1; XXVII 27, 11.

los Valerios, conciliadores, asumen la defensa de los plebeyos. Los Decios son las víctimas propiciatorias que se lanzan voluntariamente a lo más denso de las filas enemigas [88]. Del enemigo, dicho sea de paso, presenta Livio un estereotipo invariable; por los calificativos que les aplica a las naciones extranjeras, «la mayoría tiene defectos a los que corresponde alguna virtud nacional romana» [89]: los cartagineses son pérfidos, traidores por naturaleza; los griegos, marrulleros, más dispuestos para hablar que para hacer; los galos, salvajes y temibles al principio, pero sin resistencia; los etolios, jactanciosos y soberbios. Los medios naturales se miden por su efecto sobre los ejércitos romanos: Liguria endurecía a los soldados, Asia los corrompió con sus riquezas (XXXIX 1), Capua hizo víctimas de su relajación tanto a los de Roma como a los de Aníbal (VII 38, 5; XXIII 18, 11-16). Volviendo a los personajes, en los primeros libros, sólo Camilo, el escrupuloso cumplidor de los deberes religiosos, general señalado por el destino *(fatalis dux)* para vencer a Veyos, salvador y refundador de Roma tras el incendio gálico, servicial y abnegado, presenta la riqueza de rasgos propia de un retrato vivo. Esa será la norma a partir de la tercera década; tres personajes destacan en ella «como aspectos complementarios del genio romano para la guerra y el gobierno»: Marcelo, Fabio, Escipión; junto a éstos, Quincio Flaminino y Paulo Emilio, Aníbal y Filipo completan la galería de retratos históricos. Marcelo es el hombre de acción, encarnación de la *virtus* romana, valeroso, impulsivo, duro, magnánimo; Fabio Máximo encarna la prudencia, el sacrificio personal en aras de la patria, la paciencia, la constancia, el respeto

[88] Cf. L. Catin, *op. laud.* (v. nota 10), págs. 30 ss.

[89] S. Usher, *Livy* (v. nota 37), pág. 176.

a la religión y a las costumbres antiguas; Escipión es el romano ideal, dechado de virtudes, *fatalis dux* contra Cartago: domina sus pasiones, es religioso, patriota, modesto, emprendedor, seguro de sí mismo, clemente, accesible a sus soldados, ambicioso del triunfo y de la fama [90]. Pero ninguno de ellos fue perfecto: Fabio resulta demasiado cauteloso, Marcelo sucumbe a la impaciencia de vencer a Aníbal, Escipión despierta la desconfianza por sus veleidades de semidiós al que le halaga ser considerado rey. Sólo el pueblo y el senado fueron intachables. «Aquel senado, cuya verdadera imagen, sólo aquel que dijo lo formaban reyes, supo captarla» (IX 17, 14; cf. XXVI 22 14-15).

Aunque la galería de retratos de Livio incluye también, lógicamente, aquellos que no debían ser imitados (Tarpeya, Tulia, Tarquinio el Soberbio, Apio Claudio, el decénviro, Sp. Casio, Sp. Melio), da la impresión de que en las acciones colectivas Roma hubiera sido mucho más virtuosa. En cuanto a las actitudes poco ejemplares a que dan lugar los enfrentamientos entre patricios y plebeyos, «Livio siempre deja en el lector la impresión final de que bajo las hostilidades periódicas late en ambos campos una profunda aversión a la intrusión de la violencia en el debate político». Por otra parte, Livio, también refleja, por decirlo de algún modo, el desacuerdo de los pueblos afectados por la expansión romana. Roma es acusada de tiranía *(regnum)*, de injusticia, de avasallamiento, de crueldad, de soberbia, de avaricia, de ansia de poder, de «sed de sangre», pero, en general, la crítica sirve de base para la apología, unas veces a través del resultado de los hechos que demuestra lo infundado de las acusaciones, y otras,

---

[90] P. G. Walsh, «Livy and the aims of Historia...» (v. nota 5), página 1067.

mediante la alabanza de un partidario [91]. En algún caso aislado, Livio reconoce actos de crueldad y de avaricia por parte de los romanos, pero de los dos más sangrantes, uno, los abusos de Pleminio en Locros (XXIX 8), se resuelve en un castigo divino porque los romanos profanaron los templos, el otro, la matanza a mansalva de la asamblea de Henna (XXIV 39), «que Marcelo no vio con desagrado», concluye de este modo: «Por este golpe de mano, criminal o necesario, los romanos conservaron Henna»; sí, como si lo hubiera impuesto el destino que llevaba a Roma a conquistar el mundo. Pero «una vez conseguido el imperio, Livio ya no puede silenciar las voces de la resistencia al poder romano, porque van unidas a la decadencia moral» (Luce).

El primer indicio de debilidad romana ante los vicios que iban a provocar su ruina moral lo señala Livio cuando Marcelo traslada a Roma las estatuas y cuadros de Siracusa; entonces pudo Roma por primera vez admirar el arte griego y por primera vez la avidez impulsó a sus ejércitos a expoliar sin distinción los edificios sagrados y profanos (XXV 40, 2). Mas tarde es el discurso de Catón contra la abrogación de la ley Oppia el que denuncia que la ciudad comienza a sufrir los dos vicios contrarios que han derribado todos los grandes imperios, la codicia y el lujo (XXXIV 2,); es una «alusión anticipada» a las riquezas de Grecia y de Asia, que en los años siguientes sentarían en el banquillo de los acusados a M. Acilio, a Cn. Fulvio, a los Escipiones y a Manlio Vulsón, por haberse enriquecido a costa del tesoro público tras sus campañas. Pero es a este último, a Manlio Vulsón, cuya campaña contra los gálatas la calificaban sus enemigos de *privatum latrocinium*,

---

[91] Cf. E. Burck, «Die römische Expansion im Urteil des Livius», *Aufstieg u. Niedergang...* (v. nota 5), págs. 1148-1189.

a quien estaba reservado el dudoso honor de haber llevado al exceso la indisciplina militar y haber traído a Roma, junto al ejército de Asia, el lujo y el refinamiento: rico mobiliario, tejidos vistosos, músicos y bailarinas durante los banquetes, comida de cuidada elaboración... todo inaudito hasta entonces, pero «una semilla apenas del lujo venidero» (XXXIX 6). La mayor parte de las observaciones de Livio sobre la pobreza moral del presente en relación con el pasado virtuoso se refieren al afán de riquezas y a los excesos suntuarios, y al abandono de la religión [92].

Al año siguiente del regreso de Vulsón estallaría el escándalo de los cultos de Baco (XXXIX 8-19), que unía a su carácter de *prava et externa religio* el lujo y el libertinaje en sus ritos secretos. No mucho tiempo después, Aníbal, que pasaba su vejez acogido en la corte del rey Prusias de Bitinia, se entera con inquietud de la llegada de un representante del senado romano. Sospechando que el enviado viene para exigirle a Prusias su asesinato, Aníbal pide el veneno que siempre tenía preparado. Contaba la historia romana el ejemplo de Fabricio que había puesto en manos del rey Pirro, a pesar de estar en guerra contra él, a un cortesano suyo que había venido junto a los romanos para ofrecerse a envenenarlo. La historia pone en la mente de Aníbal el recuerdo de Fabricio para que, comparándolo con su presente caso, pueda exclamar mientras apura su veneno: ¡cuánto han cambiado las costumbres del pueblo romano! (XXXIX 50). Los antiguos valores, era cierto, se estaban olvidando. Al poco tiempo, en el mismí-

---

[92] I 56, 2; II 40, 11; III 20, 5; 26 9; 29, 3; IV 6, 12; 25 9; V 46, 7; VI 4, 12; 11, 9; VII 2, 13; 29, 2; X 9, 6; 40, 10; XXXIX 22, 2; XLIII 13, 1; XLIV 9, 4; 18, 8.

simo senado romano se impuso la parte que tenía en más valor lo útil que lo honesto, dando su aprobación al informe de los enviados a Macedonia, que se ufanaban de haber engañado al rey Perseo. La mayoría aplaudió esta *nova sapientia*; los más ancianos y los que conservaban el recuerdo de las costumbres antiguas decían que en esa embajada ellos no reconocían las *artes romanas* (XLII 47, 1-9).

Los generales sin escrúpulos ya habían comenzado a servirse de las ganancias defraudadas al erario para ganarse el favor de sus soldados y el del pueblo; el ejército comienza a solidarizarse con sus jefes (XXXIX 7). Paralelamente, se encarnizaba la disputa de las magistraturas, que significaban pingües gobiernos provinciales; se soborna a los electores, se hacen campañas irregulares (XXXVII 57; XXXIX 32, 39, 40.) Proliferan los casos de malos tratos y abusos sobre pueblos extranjeros, amigos o enemigos (XLII 63; XLIII 1); se expolia sistemáticamente a los pueblos sometidos se invierte dinero público en beneficio de particulares (XL 51; XLI 32); se desobedece al senado (XLII 9-10). Es el lucro, no la gloria, lo que mueve los alistamientos (XLII 32; XLIII 16). Toda esta corrupción e indisciplina pudo ser contenida, de momento, por los castigos del senado y los cambios introducidos por Paulo Emilio en el ejército. Pero el proceso que terminó dando al traste con la República estaba ya imparablemente en marcha.

Livio aplicó al último siglo de la república los mismos cánones que le dictaba su visión de la Roma primitiva: gobierno senatorial, *libertas*, no *regnum*, la ley por encima del individuo, y el poder no mucho tiempo en manos de uno solo. Así, se muestra contrario a los Gracos que desa-

fiaron el poder del senado, crítico con Mario, al que hace responsable de la guerra civil y favorable a Sila; severo con el primer triunvirato, al que califica de conspiración, se opone a César, en quien ve al usurpador del poder civil, y apoya, no sin reservas, a Pompeyo, al que defiende como representante de la legalidad senatorial (lo mismo que a Bruto y Casio, los tiranicidas). Partidario de Octaviano frente a Antonio, pospone, no obstante, la publicación de los libros sobre el principado [93].

La pérdida de esos libros nos impide saber a ciencia cierta cuál fue la postura de Livio frente a Augusto, cómo juzgó su obra y su política, aunque los indicios parecen sugerir que no pudo ser muy favorable. La amistad entre Livio y Augusto que testimonia Tácito debe entenderse más bien como no enemistad, como respeto mutuo; el apelativo de 'pompeyano' que Livio recibía de Augusto implica una amistosa desaprobación de las ideas políticas de Livio. Las referencias de Livio a Augusto son respetuosas (valora en él al pacificador y al promotor de la concordia civil, al restaurador de los templos), pero no aduladoras. En el pasaje sobre Cornelio Coso (IV 20, 5-11) después de darle (respetuosa, prudente o irónicamente, no sabemos) la razón a Augusto, no modificó en las páginas sucesivas su versión de los hechos, negada por el testimonio personal del emperador; esto prueba su independencia de criterio y excluye el servilismo. De hecho «no es posible encontrar motivos políticos en sus escritos: Livio no intenta atacar ni defender la política de Augusto» (Ogilvie).

No atendiendo a los hechos, los defensores del augusteísmo parten de la coincidencia de los valores defendidos

[93] Cf. P. G. Walsh, «Livy», T. A. Dorey (ed.), *Latin Historians* (v. nota 62), págs. 119-120.

por Livio, en especial, de los valores religiosos con el programa regeneracionista de Augusto y a través de interpretaciones simbólicas pretenden que, en la obra del historiador, Rómulo, Numa, Camilo, Escipión son reflejos de Augusto al que él consideraba el nuevo *fatalis dux*, predestinado por los dioses para salvar a Roma. Pero las figuras históricas, Camilo, sobre todo, cuyos méritos coincidían con los de Augusto, era ya en la tradición anterior un héroe que encarnaba las virtudes cívicas, éticas y religiosas de los romanos. No es que la historia se pusiera al servicio de la propaganda augústea, sino que la propaganda augústea aprovechó la historia, celebrando al *princeps* como restaurador de las virtudes antiguas [94]; pensar, por el contrario, que Livio fue el oponente de Augusto, la conciencia crítica del régimen, que su descripción de la monarquía romana contenía alusiones al despotismo de Augusto y su familia y la advertencia de que Roma no toleraría la instauración del *regnum*, es suponer que Livio se anticipó a los hechos. Sólo queda optar por quienes piensan que la actitud de Livio es la no intervención, la neutralidad, aunque naturalmente reflejara las preocupaciones contemporáneas: deseos de paz, estabilidad y libertad, o por quienes suponen que aceptó y recibió con simpatía inicial el nuevo régimen, para irse distanciando luego con una actitud crítica creciente [95].

[94] Cf. L. Perelli, *loc. cit.* (v. nota 11), págs. 9-19.

[95] V. referencias en J. E. Phillips, «Current Research» (v. nota 43), págs. 1034-1036; P. G. Walsh, *Livy* (1974) (v. nota 40), págs. 5-7.

VI. Tito Livio como historiador

«Mientras que Tito Livio avanza triunfante a través de los mitos y las victorias romanas, dos escritores le siguen, huraños y recelosos, cuentan los muertos, fiscalizan los relatos, le piden pruebas. A partir del libro veinte le aprueban; pero en cuanto a los primeros, el uno declara que no hay que creer nada, el otro rehace la narración». Con esa imaginativa plasticidad describe Taine la revisión de *Ab Urbe condita* por los dos principales representantes de la crítica histórica sobre Tito Livio, L. de Beaufort, a finales del XVIII, y G. Niebuhr en el XIX [96].

«Ciertamente —continúa Taine—, el escándalo fue tan grande como el día en que por primera vez un tribuno puso mano sobre el cónsul que descendía de su carro y le citó ante el pueblo para que justificase su conducta». Aunque desde el siglo xv hubiera habido ejemplos de crítica aislada sobre determinadas cuestiones, o pasajes del texto por obra de L. Valla, Loriti, Cluverio, Gronovio o Perizonio, Livio se había mantenido hasta el xviii, si no en la consideración del repetido verso de Dante *(come Livio scrive che non erra)* sí como fuente fidedigna, en general, para la historia de Roma. Pero el siglo de las luces y de la razón pareció querer excluir de la historia todo

[96] H. Taine, *Essai sur Tite-Live*, París, 1855 = Tito Livio (Trad. de L. de Terán), Madrid, s. d., pág. 66. Sobre esta cuestión, además de los dos capítulos que Taine dedica a Beaufort y Niebhur, v. E. Ciacceri, *L'Opera di Livio e la moderna critica storica*, Roma, 1943, y E. Burck (ed.), *Wege zu Livius*, págs. 1-6. El libro de M. Correâ Ciribelli, *Tito Livio e a crítica histórica moderna*, São Paulo, 1978, tiene un título prometedor, pero un contenido decepcionante.

lo que, en su opinión, no resistía a la luz de la razón. Beaufort y, antes que él, tal vez con más radicalismo, G. B. Vico negaban toda credibilidad a la historia romana hasta el s. III a. C.; la historia primitiva de Roma en Tito Livio era un conglomerado de figuras poético-simbólicas y préstamos de las leyendas griegas, plagado de incongruencias.

La obra de B. G. Niebuhr, una Historia de Roma hasta la primera guerra púnica, escrita en constante enfrentamiento con la primera década de Livio, significó, en razón del prestigio y autoridad de su autor un golpe aniquilador al prestigio y autoridad de Livio. B. G. Niebuhr, que a diferencia de Beaufort, «no es un simple destructor», identifica poemas épicos como base de la historia primitiva y se esfuerza por reconstruir la realidad histórica subyacente. Para el creador de la moderna metodología de la crítica de fuentes e iniciador de la historia de las instituciones y relaciones sociales Livio era un autor sin capacidad crítica y sin método, que había tomado poco menos que al pie de la letra las fantasías de los analistas.

Pocos años después de la aparición del ensayo de Taine publica Nissen sus investigaciones críticas sobre las fuentes de la cuarta y quinta década de Livio. Pero si nuestro historiador salió relativamente bien parado de esta prueba (había copiado a Polibio, añadiéndole hojarasca literaria), no tuvo la misma suerte con los numerosos continuadores de Nissen que aplicaron a la tercera y primera décadas un bisturí afiladísimo y pasmosamente seguro de sí mismo; cortando y atribuyendo a distintas fuentes analísticas partes cada vez más pequeñas del texto de *Ab Urbe condita*, redujeron a Livio a la condición de componedor de centones, un simple y no muy hábil ensamblador de fragmentos heterogéneos. En el campo de la historia general, a pesar

de la obra más moderada de otros autores, como A. Schwegler y Th. Mommsen, el radicalismo crítico continuó en vigor, culminando en E. Pais, en los últimos años del siglo XIX.

Así estaba Livio, con el estigma de la falta de crítica y de método hacia comienzos del s. XX. Sin embargo, como concluía Taine, que escribió antes de que se llegara a tales extremos, aun reconociendo los fallos del cónsul y las faltas de Livio, ni el tribuno ni el crítico debían encarnizarse en su persecución: «tan injusto era echar a Tito Livio de la historia como al cónsul de la ciudad». A la revaluación de Livio como historiador —de la que podría ser un indicio la palinodia de E. Pais en la segunda edición (1926) de su obra— no ha contribuido sólo la ampliación del concepto de historia más allá de los estrechos límites positivistas del establecimiento de los hechos, sino, incluso en ese campo, los aportes de la arqueología y de la lingüística y, en general, los avances en el conocimiento de la historiografía antigua y de su propio método de trabajo.

Este historiador carente de espíritu crítico, en los treinta y cinco libros conservados, ha dejado constancia de sus problemas con las fuentes al menos en 250 ocasiones [97].

---

[97] Sobre la relación de Livio con sus fuentes y su método de trabajo, v. A. KLOTZ, *loc. cit.* (v. nota 40), cols. 841-846; W. WIEHEMEYER, *Proben historiker Kritik aus Livius XXI-XLV*, tesis doctoral, Münster, 1938, págs. 70-80, en E. BURCK (ed.), *Wege zu Livius*, págs. 224-225 y en el mismo volumen, págs. 237-248, F. HELLMANN, «Das kritische Verfahren des Livius» (= *Livius-Interpretationen*, Berlín, 1939, págs. 19-21 y 32-35). M. L. W. LAISTNER, *loc. cit.* (v. nota 36), págs. 83 ss. T. J. LUCE, *op. cit.* (v. nota 40), págs. 139-229 H. TRÄNKLE, *Cato in der 4. und 5. Dekade des Livius* (Akad. der Wissenschaften und der Lit., Abhandlungen der geistes- und sozialwissenschafl. Kl., 4), Mainz-Wiesbaden, 1971; Id., *Livius und Polybios*, Basilea, 1977.

Cuando discute la información que le ofrecen, en la mayoría de los casos, coteja dos autores o tres; una versión puede estar compartida por varios, aunque también se da el caso de versiones distintas halladas en un sólo autor (p. e. XXVII 27, 12). La mención expresa de más de tres autores no es frecuente en él, pero ocasionalmente aduce cuatro testimonios (XXIX 25 y XXXVIII 56-57), y sobre las circunstancias de un hecho menciona cinco (XXV 17) y hasta seis versiones distintas (XXXIX 52). Los autores citados van desde Fabio Píctor a sus casi contemporáneos Elio Tuberón, L. Cincio y Clodio Licino, pasando por Cincio Alimento, G. Acilio, Sileno, Catón, Calpurnio Pisón, Polibio, Celio Antípatro, Rutilio, Claudio Cuadrigario, Licinio Macro y Valerio Anciate. Naturalmente, no todos son utilizados en el mismo grado.

En la primera década sigue básicamente a tres autores: Elio Tuberón, Valerio Anciate y Licinio Macro, y, a partir del libro VI, también a Claudio Cuadrigario. Al principio cita con cierta frecuencia a Calpurnio y a Fabio, de lo que se dedujo que comenzó queriendo seguir a los analistas más antiguos, a los que luego abandonó por la más abundante información de los más recientes (Klotz). Hoy la opinión más divulgada es la sospecha de que las referencias de Livio a los más viejos son secundarias, a través de los nuevos, pero no está claro por qué hay que dudar de un uso directo; la teoría de la fuente única, que es el único motivo, resulta cada día más insatisfactoria. Por lo demás, su selección de autores fue acertada: el testimonio de Licinio Macro, activo partidario de la causa democrática, de los *populares*, defensor de Mario, se equilibra con el de Anciate, más afín a los *optimates* y que, al parecer, apoyaba al régimen autoritario de Sila (o el de Tuberón, también de tendencia aristocrática); Macro ofrecía además el testi-

monio de unas listas de magistrados escritas en tela de lino *(libri lintei)* de tradición distinta a la de los *Annales*. En la tercera década, Livio prescinde de Licinio y mantiene a Valerio Anciate y a Claudio Cuadrigario para la información de asuntos internos, mientras que, en la narración de los hechos de guerra, sigue a Celio Antípatro en los sucesos de Italia e Hispania y lo complementa cada vez más con Polibio en los de Grecia, Sicilia y Asia; ocasionalmente utilizó también a Calpurnio Pisón y a Clodio Licino. También aquí eligió con acierto; la monografía de Celio, a pesar de su conocida propensión al dramatismo, combinaba dos fuentes contrarias, el pro-cartaginés Sileno, de quien procede la información sobre Aníbal en España, y Fabio Pictor, mientras que el valor de Polibio fue para el propio Livio un progresivo descubrimiento (XXX 45, 5; XXXIII 10, 8). Las viejas pretensiones de repartir la procedencia del relato de Livio entre estos autores se han abandonado: sólo es posible distinguir con seguridad entre secciones «celio-polibianas» y secciones «valerio-claudianas». En las décadas cuarta y quinta, dedicadas sobre todo a las guerras de Oriente, la fuente principal es Polibio (unos dos tercios de la información), que Livio inserta en el marco analístico de Valerio, o de Claudio, a los que sigue también para el relato de las guerras en el norte de Italia, España y África. Lo mismo que en la tercera década, en la identificación de las fuentes no es posible ir más allá del reparto entre secciones polibianas y no-polibianas. Para la historia de las campañas de Catón en Hispania (XXXIV 8-21) Livio siguió al propio Catón.

La forma en que Livio utiliza sus fuentes, se estableció a partir de la comparación de su texto con el de Polibio donde éste era su fuente segura. Livio no se limita a traducir el original griego, pero introduce pocas modificaciones,

la mayoría por motivos patrióticos o literarios. Sólo en 16 pasajes aparecen añadidas a la versión polibiana interpretaciones distintas. De ahí se generalizó que Livio, aunque consulte varias fuentes, elige una y la sigue bastante de cerca, hasta que un cambio en la localización de los hechos, o el final de una materia requiere la elección de una fuente nueva; para determinado tipo de secciones el cambio es automático, ya que Livio tiende a seguir a un mismo autor para los asuntos de una u otra región, o de determinado carácter. Al final de la sección es donde normalmente discute las divergencias, y corrige o completa la versión que ha venido siguiendo con la que le ha servido de control (a veces este excurso sobre las fuentes puede aparecer al comienzo). Tal es la opinión tradicional; sin embargo, cada vez hay más autores que opinan que el método de Livio en las secciones polibianas de los últimos libros no tiene por qué haber sido también el de las primeras décadas, y la teoría de la pluralidad de fuentes (Laistner), antes desestimada, encuentra cada vez más adeptos [98].

Numerosos pasajes de *Ab Urbe condita* en relación con la crítica de fuentes testimonian (al menos, en apariencia), que Livio se toma en serio su tarea como historiador: lamenta muy frecuentemente la falta de información, o la incertidumbre de la tradición; muestra su voluntad de investigar la verdad, si hubiera alguna esperanza de encontrarla; repasa «a los autores más cercanos a los tiempos», cuando alguna circunstancia despierta sus sospechas (VI 12, 4); no se deja llevar por invenciones, aun reconociendo

[98] Aunque la reacción extrema de T. J. Luce es igual de poco convincente.

que le gustaría que hubieran sido ciertas (XXI 46, 10), ni suprime noticias aunque reconoce que le disgustan (VIII 18). Por otra parte, demuestra un conocimiento bastante exacto de las debilidades de sus fuentes: no oculta su indignación ante falsedades flagrantes (III 5, 12; XXVI 49, 3); es consciente de que algunos hechos son producto de la fantasía de los historiadores para añadir dramatismo al relato (V 21, 8; VIII 6, 3; XXIX 27, 3); critica los falseamientos de la tradición dictados por los intereses o el orgullo de las familias (VII 9, 5; VIII 40), y reconoce una duplicación de los mismos hechos (XXIII 6-8). Finalmente, cuando entre dos o más versiones en litigio se decide por una, sujeta su elección a un cierto método: sus criterios son el mayor número de autores y la mayor proximidad temporal a los hechos.

Sin embargo, cuando se comparan estos buenos indicios con la realidad del texto, la imagen es menos favorable [99]. No aplica sistemáticamente los criterios que el mismo propugna, o los aplica improcedentemente, p. e. hallando la media de unas cifras, cuando uno de los testimonios implicados es reconocidamente indigno de confianza. Por otra parte, son muchísimos los casos en que no decide —orientando, no obstante, de modo indirecto, la aparente libertad de opción que deja al lector— o aprueba lo que le parece más verosímil por razones subjetivas. No utilizó documentos originales, ni siempre estudió con cuidado los testimonios literarios: el cambio de fuentes sin haberlas cotejado antes le hace incurrir en bastantes duplicaciones y cometer errores en la cronología. Su relato del paso de

[99] Cf. la detallada exposición de P. G. Walsh, *Livy* (v. nota 13), págs. 138-172.

los Alpes por Aníbal delata la insuficiencia de sus conocimientos geográficos; sus errores en la traducción de Polibio sólo se explican por su inexperiencia militar y política.

«Los defectos de Livio tienen las mismas causas que sus méritos» (Taine). Si, por un lado, «su ingenuidad política le permitió mantener la fe sincera en los valores de la antigua Roma, con una franqueza y un idealismo imposibles en alguien desencantado por el contacto con las realidades del poder» (Klingner), ese mismo alejamiento le impidió captar el sentido de las rivalidades políticas y con ello, por ejemplo, la razón de la mala imagen de los cónsules plebeyos. Pero las más graves distorsiones de la verdad histórica las comete, o las admite Livio cuando, llevado por su patriotismo idealista y moralista, silencia comportamientos reprobables del senado, del ejército y de los personajes históricos romanos. Su atención casi exclusiva a los aspectos psicológicos y morales de la historia le impidió relacionar y reordenar los sucesos que la misma forma analística del relato tendía a presentar inconexos e igualados.

Esta falta de visión de conjunto, de interpretación global es lo que más ha negado a Livio el título de verdadero historiador. Livio, en quien Collingwood personaliza a toda la historiografía antigua, carece de conciencia del cambio histórico, no percibe la historia como devenir, contempla los hechos bajo el prisma de una esencia inmutable, *sub specie aeternitatis*. Contra este dictamen se han alzado muchas y razonables protestas, pero por mucho que se insista en que Livio practica un método de valoración y de interpretación histórica indirecto, a través de los discursos y prefacios; en que su relato de la formación del carácter romano, del acceso de Roma a la libertad, y de la génesis de las instituciones revela que los concibe como adquisicio-

nes graduales, todo ello no pasa de ser un atenuante de las evidentes deficiencias de Livio como analista e intérprete de los procesos históricos; del mismo modo que el juzgarlo de acuerdo con sus propios planteamientos y objetivos, y con las dimensiones de su obra y con las dificultades del trabajo del historiador en su tiempo explica o quita importancia a otros defectos, pero no los elimina.

Teniendo en cuenta las limitaciones voluntarias e involuntarias de Livio como historiador, ¿qué valor histórico tiene su obra?, ¿hasta qué punto es fidedigno? [100]. Por lo que se refiere al período monárquico, los puntos esenciales de la tradición son la fundación de Roma hacia mediados del s. VIII a. C., y unos 240 años después, la abolición de la monarquía instaurada por Rómulo, con la expulsión del séptimo de los reyes, Tarquinio el Soberbio, hacia el 510 a. C. La tradición patriótica seguida por Livio había desfigurado el hecho de que bajo el 5.º y 7.º de sus reyes, los Tarquinios, Roma vivió bajo el dominio etrusco. Los historiadores piensan que esos puntos básicos no son incompatibles con los resultados de la arqueología. Los datos arqueológicos atestiguan el asentamiento sobre el Palatino y el Quirinal de dos comunidades distintas, la segunda de probable origen sabino, desde mediados del s. VIII a. C., y un proceso de fusión entre ellas y con los habitantes de las otras colinas, reflejado en la ocupación de las laderas y del fondo del valle, que culminó con la adecua-

[100] En las páginas que siguen, básicamente, se resume lo expuesto por P. G. WALSH en «Livy», T. A. DOREY, *Latin Historians* (v. nota 62), y «Livy and the aims of 'historia'» (v. nota 5), y por J. Briscoe, E. Burck y F. W. Walbank, en sus artículos sobre la primera, tercera y cuarta y quinta décadas, respectivamente, en T. A. DOREY (ed.), *Livy*, Londres, 1971.

ción de éste como foro o plaza pública, hacia el 575 a. C., fecha de las primeras construcciones en piedra.

Pero al lector curioso tal vez le guste conocer la interpretación de uno de los principales arqueólogos, que implica un reajuste completo de la cronología transmitida por Livio. Según E. Gjerstad, la «urbanización» del Foro hacia el 575 a. C. constituye la verdadera fundación de Roma. Salvo Rómulo, símbolo de la ciudad dándose nombre a sí misma, los demás reyes fueron históricos, pero a partir de esa fecha. La monarquía habría durado aproximadamente hasta el 450, época en la que coinciden la caída del último Tarquinio y la desaparición en las excavaciones de la cerámica griega importada de Etruria. Todo esto no invalida los fastos consulares desde el 509 a. C.: los cónsules habrían sido en un principio ministros de los reyes; entre 509-490 y 461-44 aparecen en ellos nombres etruscos, correspondiendo a los reinados de los Tarquinios, mientras que el período intermedio es el de Servio Tulio, que no era etrusco.

Pese a todo, la opinión mayoritaria considera que el esquema básico de la tradición puede defenderse —las primeras construcciones en piedra en torno al 575 señalarían el comienzo del dominio etrusco— y que existen explicaciones alternativas plausibles para los datos que parecen contradecirla. Por lo demás, la legendaria fundación de Roma es pura mitología derivada de modelos griegos; en numerosos pasajes subyacen también mitos griegos adaptados a las circunstancias romanas, y en la atribución de innovaciones y actividades prototípicas a los distintos reyes se reconoce el colorido de una reinterpretación política de los últimos tiempos republicanos; las coincidencias de la tradición literaria sobre los dos Tarquinios suscita serias

dudas; el punto más controvertido sigue siendo la transición de la monarquía a la república [101].

En cuanto al marco cronológico de la historia de la república, por lo que se refiere al primer siglo, el propio Tito Livio tenía menos confianza en la tradición romana de lo que la investigación moderna cree poder garantizar. Livio creía, como todos, que en el incendio de Roma por los galos se había perdido la mayor parte de la escasa documentación existente (VI 1, 2-3). Hoy es más común la idea de que el famoso incendio sirvió en ese aspecto de mito etiológico para disculpar la no conservación de documentos antiguos [102]. Las fuentes que nos transmiten los hechos anteriores al 390 a. C. difieren en datos que afectan, sobre todo, al papel de las familias en la historia de Roma, pero coinciden en general en la lista de los magistrados epónimos y en los principales hitos del desarrollo político y militar. Esto hace suponer que algún tipo de registro, el de los pontífices u otro semejante, aunque incompleto, se salvó de la quema, o pudo ser reconstruido en lo esencial y completado luego con información de los archivos o tradiciones familiares. Para el período posterior al 390, es posible que la tradición descanse sobre la base común de los *annales* de los pontífices. Sigue habiendo casos de desacuerdo entre los autores, y el propio Livio se queja de ello todavía a la altura del 322 a. C. De hecho, los fastos consulares sólo son uniformes a partir del 300, pero en favor de Livio puede decirse, que según la opinión más autorizada en la materia, de todas las listas

[101] Cf. G. Poma, *Gli Studi recenti sull'origine della Repubblica Romana. Tendenze e prospettive della ricerca 1963-1973*, Bolonia, 1974.

[102] G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, I, 2.ª ed., 1956, pág. 5.

de magistrados que conocemos, la suya es la más fidedigna [103].

El relato propiamente dicho puede considerarse auténtico sólo en líneas generales; los detalles son falsos, unas veces adaptados de modelos literarios, otras, reflejo anticipado de circunstancias históricas posteriores. En la información sobre las guerras es prácticamente segura la historicidad de las sucesivas fases y líneas de avance romano y las fechas de las principales batallas [104]; son dudosos, en cambio, tanto los innumerables choques sin importancia, duplicados a veces por diferencias en la cronología de los autores, como las gestas individuales, sospechosamente atribuidas por los autores en distintas épocas a miembros de una misma familia, o producto de la pura fantasía literaria. En el campo de las relaciones internas, el relato de Livio contiene igualmente el armazón de la realidad histórica, pero es más confuso: en su reflejo de las luchas sociales se mezclan indiscriminadamente reivindicaciones tan distintas como el reparto de tierras, la abolición de la esclavitud por deudas y la igualdad de derechos para acceder a las magistraturas, cuestiones que enfrentaban por igual a los plebeyos con los patricios, pero que afectaban a los plebeyos de muy distinto modo según su riqueza. El proceso de formación del tribunado como poder político y el de adquisición de derechos por parte de los plebeyos tampoco quedan claros. El historiador ha de estar también en guardia ante el anacronismo: Livio reproduce a historiadores y juristas del último siglo de la república que elaboraron determinados episodios del pasado como precedentes

---

[103] T. R. S. Broughton, *apud* P. G. Walsh, «Livy», T. A. Dorey, *Latin Historians* (v. nota 62), pág. 126.

[104] Las repetidas sospechas sobre la primera guerra samnita no parecen razonables, cf. E. T. Salmon, *Oxford Class. Dict.*, *s. v.* «Samnium».

históricos de usos políticos o judiciales de su tiempo; el ropaje literario está teñido en las conjuras y debates de los últimos tiempos republicanos.

Los restantes libros tienen en común el ser una narración mucho más detallada de los hechos y compartir en una buena proporción las mismas fuentes, de modo que hay defectos y virtudes que los afectan a todos por igual. En comparación con la primera década la historicidad del relato es mayor, aunque varía mucho según la fuente seguida. Las secciones analísticas adolecen de sus defectos innatos: imprecisiones cronológicas, distorsiones moralizantes, tendenciosidad patriótica, actitudes antiplebeyas e idealización de los líderes romanos, pero la abundancia y variedad de la información que contienen compensa de su falta de objetividad y suple la ausencia de una visión sinóptica de los hechos. Gracias a la probidad con que Livio reproduce sus fuentes romanas, el historiador moderno puede reconstruir con bastante detalle el curso de los acontecimientos y la realidad histórica incluso desde perspectivas, o sobre aspectos ajenos a la conciencia del historiador antiguo: la estrategia y el desarrollo de las guerras, a través de la información anual de los nombramientos, destinos y adjudicación de contingentes militares; la política internacional, con ayuda de las noticias regularmente incluidas sobre el envío y recepción de embajadas, tratados y pactos; la historia económica, para la que aporta datos la información sobre los ingresos del estado (impuestos, botín de guerra, venta de tierras públicas, préstamos, etc.) y la actividad edilicia y de los équites; la demografía y la historia social, con el censo de ciudadanos cada cinco años, las colonias fundadas, las revueltas de esclavos; la historia, en fin, de la religión, o desde un punto de vista constitucional, o prosopográfico, aspectos todos ellos en los que

«Livio sobrepasa a cualquier otro historiador de la antigüedad» (Walsh).

En la tercera década, los puntos más sobresalientes para la crítica afectan a las causas de la guerra y a la cronología. Para Polibio, la segunda guerra púnica tuvo un motivo remoto y una causa inmediata: los deseos de los cartagineses de vengar su derrota en la primera guerra y la pérdida de Cerdeña y de Córcega, y su expansión en España, que les hizo sentirse lo bastante fuertes como para realizarlos. La versión analística del tratado del Ebro (como luego el de la paz de Zama) contenía falsedades concebidas para hacer recaer la culpa de la guerra sobre Cartago. Livio atribuye toda la responsabilidad a Aníbal y el senado cartaginés y «cambia la perspectiva política de Polibio en una evaluación legalista y moral de los hechos» (Burck). En cuanto a la cronología, la tradición analística seguida por Livio atrasaba la fecha del asedio de Sagunto, para demostrar que Roma no tardó en acudir en ayuda de sus aliados, y adelantaba la de algunas conquistas romanas. Las fechas correctas son las de Polibio. Algunos hechos están duplicados, por ejemplo, el paso de los Apeninos por Aníbal (XXI 58; XXII 2). Hay imprecisiones geográficas, y las inexactitudes en cuestiones militares hacen que sus relatos de batallas no puedan considerarse como documento histórico.

Los últimos quince libros tienen una importancia especial por haber seguido a Polibio, ya que la obra de éste no se ha conservado entera, y los fragmentos de los últimos libros proceden de resúmenes que han deformado el original; el testimonio de Livio puede ser superior al de los fragmentos polibianos. En las secciones analísticas, Livio es menos seguro. Siguiendo esa tradición, culpa a Filipo de la segunda guerra macedónica, pero lo cierto es que los romanos carecían de motivos justos para declararla.

Con todo, la superioridad de Polibio no debe ser un dogma; en ocasiones, es más exacta la versión analística [105]. La falta de penetración de Livio para los procesos históricos y para el análisis político se refleja en su insensibilidad para captar la importancia de la Italia septentrional en esa época. La contaminación de fuentes ha dado lugar a incongruencias tan llamativas como el que Amílcar muera en combate (XXXI 21, 18) y tres años más tarde reaparezca como prisionero y figure en el triunfo del vencedor (XXXIII 23, 5; 31, 12).

Pese a todo, no es poco, tratándose de un autor para el que la historia era «un producto literario entre la oratoria y la poesía con un toque filosófico en el acento puesto sobre la ética y la ejemplaridad moral» [106].

VII. La historia de Livio como obra literaria

El desdén de Niebuhr por Livio como historiador, sólo lo igualaba su admiración por él como escritor. No sabemos qué virtud literaria de Livio llamaría más la atención del más severo de sus críticos. Taine vió la esencia de Livio como artista en su *génie oratoire*. Modernamente, desde que Witte emprendió la revisión del «hueco retoricismo» titoliviano denunciado por Nissen al cotejarlo con Polibio, sabemos que la maestría literaria de Livio destaca especialmente en la composición de esas formas narrativas menores que él llamó «Einzelerzählungen», o episodios. Después de las interesantes observaciones de W. Kroll sobre

---

105 Cf. J. Briscoe, *A commentary on Livy*, libros XXXI-XXXIV, Oxford, 1973, pág. 12.

106 G. Kennedy, *The art of Rhetoric in the Roman World*, Princeton, 1972, pág. 420.

el arte de Livio, E. Burck, corrigiendo los excesos simplificadores del análisis de Witte, mostró cómo Livio elabora en profundidad la narración de acuerdo con los principios de la historiografía helenística y es capaz de integrar las escenas o episodios en vastos conjuntos narrativos, y éstos, a su vez, en la estructura compositiva del libro; P. G. Walsh contribuyó al estudio de la técnica literaria de Livio con la definición de géneros o tipos de relato; por su parte, A. McDonald subrayó la importancia de los elementos propios de la tradición analística en la forma literaria de *Ab Urbe condita*[107].

A primera vista los libros de Livio no parecen obedecer a ningún propósito de composición literaria. Los de cada péntada presentan una cierta uniformidad en la extensión; así, en la primera década, los libros I-V son más extensos, los libros VI-X, más breves, en aparente correlación con el carácter del contenido: política interna en los primeros, relato militar en los segundos; salvo entre I-II y V-VI, el paso de libro a libro no parece tampoco significativo[108]. El libro primero es el único en el que Livio pudo cumplir el deseo de la historiografía retórica de que cada libro tuviera su tema, su propia unidad desde el punto de vista del contenido. Esta unidad está además reforzada por una

---

[107] K. Witte, *Über die Form der Darstellung in Livius' Geschichtswerk*, Darmstadt, 1969 (= *Rheinisches Museum* 65 (1910), 270-305 y 359-419). W. Kroll, «Die Kunst des Livius», *Neue Jahrbb. f. d. klass. Altertumswiss.* (1921), 97-108 = *Studien zum Verständnis der romischen Literatur*, Stuttgart, 1924, págs. 351-369). E. Burck, *Die Erzählungskunst des Titus Livius* (Problemata, 11), 2.ª ed., Berlín-Zurich, 1964 (= 1.ª, 1934). P. G. Walsh, «The Literary techniques of Livy», *Rheinisches Museum* (1954), 97-114. A. H. McDonald, «The style of Livy», *Journ. of Roman Stud.* 47 (1957), 155-172.

[108] Cf. J. Briscoe, «The first decade» (v. nota 100), pág. 3.

cuidada construcción: la figura de Servio como segundo fundador de Roma ocupa en la segunda mitad del libro la misma posición que Rómulo en la primera. Los episodios etiológicos (origen de instituciones, ritos, etc.) se integran en la narración, y en ésta, el relato de sucesos internos alterna sistemáticamente con el de las guerras [109]. A partir del libro segundo, la historia de Livio es analística, la narración avanza año por año, de consulado en consulado, el sistema que una cronología basada en la lista de los magistrados epónimos y los modelos griegos (Hecateo, Tucídides) habían impuesto desde el principio a la historiografía romana, y que Livio adopta por respeto a la tradición, o por conveniencia para el uso de sus fuentes.

Sin embargo, cuando se comparan los años que abarcan los libros II a V, se observa que el quinto comprende bastantes menos que todos los demás, mientras que el segundo y el cuarto contienen casi el doble que el tercero: 42-22-42-14; esta distribución refleja la voluntad de reservar el espacio central y final de la péntada para relatos (o años) de especial relieve. Es así como Livio encuentra un equivalente al requerimiento literario de la unidad de los libros. Los libros tres y cinco destacan por su simetría compositiva; en el quinto domina también la composición un tema moral: la *pietas*. Otros libros presentan la misma cohesión unitaria de una materia dispersa gracias al subrayado de un motivo ético o al equilibrio arquitectónico de su desarrollo [110]. A un nivel más alto, la arquitectura ge-

[109] Cf. R. M. Ogilvie, *Commentary.* (v. nota 13), pág. 30, y para los siguientes libros, págs. 233, 390, 526 y 626.

[110] En III: hasta y después del decenvirato, y éste, con el episodio de Virginia en el centro; en V: la guerra contra Veyos y la invasión gálica;

neral de los libros conservados y la construcción interna de algunas unidades mayores, como la tercera década, merecen igualmente destacarse [111].

A partir del libro XXI, con la expansión de la materia histórica, la unidad 'libro' pierde entidad compositiva, y se desarrolla plenamente el esquema analístico. La narración analística no sólo corta el relato de las acciones, limitándolo cada vez a lo ocurrido en el espacio de un año, sino que impone también una secuencia interna fija: cada año comienza con la toma de posesión de los cónsules y la preceptiva sesión del senado en la que se distribuyen o sortean las provincias o atribuciones de los cónsules y de otros magistrados, y se asignan las tropas; sigue el anuncio y expiación de los prodigios, y se da audiencia a las embajadas; después los cónsules parten solemnemente para sus destinos. A continuación comienza el relato de las campañas del año y de los demás asuntos de importancia en Roma, Italia o en el extranjero. Cada año se cierra con las elecciones de los magistrados del año siguiente, y con noticias sobre la actividad de los ediles y sobre los *collegia* sacerdotales.

En la primera década, dada la escasez de la información de carácter oficial y el corto desarrollo de los aconte-

---

en XXI: España, Los Alpes, Italia. En el libro II, el leit-motiv es la *libertas*; en el III, la *moderatio*; en el IV, la *modestia*; en el VIII, la *disciplina*.

[111] V. más arriba, págs. 33 y 42. Cf. E. Burck, «The third decade» (v. nota 100), págs. 22-25. La teoría de Luce (v. nota 40) de que en los libros XXXI-XLV Livio sigue un principio arquitectónico consistente en situar los episodios más destacados al principio, en el centro y al final de cada libro tiene una comprobación demasiado elástica para resultar convincente; además, pudiendo faltar alguno, resulta muy difícil imaginar cómo habría podido ser de otra manera.

cimientos, Livio pudo mantener sin dificultad la disposición analística. Muchos episodios se desarrollan en el marco del año; si lo superan, subordina o integra en la acción el corte anual. A partir de la tercera década, en cambio, eso ya no es posible; entonces Livio refuerza la continuidad narrativa contra el fragmentarismo y la dispersión creando un intercambio de efectos: la información analística repercute en el curso de las acciones militares; la de éstas, en la vida de la ciudad.

A lo largo de toda la obra Livio impone su propia forma y estilo sobre el material que encuentra en sus fuentes. El procedimiento es la construcción episódica; ésta como mejor se define, sea o no históricamente cierto, es como la aplicación al relato histórico de las normas aristotélicas para la construcción dramática: el episodio es una acción unitaria con planteamiento, nudo y desenlace [112].

La composición episódica de Livio, comparada con los relatos paralelos de Polibio o Dionisio de Halicarnaso, se distingue por la claridad en la división y articulación del desarrollo; porque Livio unifica el contenido en torno a un motivo principal y concentra la acción sobre un solo personaje, eliminando aspectos marginales y personajes secundarios; por el modo en que dramatiza y da profundidad a la acción registrando las reacciones y motivaciones psicológicas de los personajes y por su capacidad de recrear las situaciones con viveza y plasticidad y de trans-

[112] Para la caracterización general del arte narrativo de Livio y en relación con el influjo de la llamada historiografía 'trágica', o peripatética, cf. E. Burck, «Wahl und Anordnung des Stoffes; Führung der Handlung», Id., *Wege zu Livius*, págs. 331-351.

mitir al lector su propia participación emocional en los hechos.

Formalmente, el episodio suele ir enmarcado por formas típicas de encabezamiento y conclusión, revestidas de una cierta solemnidad en los más importantes. Es frecuente que la frase inicial revista la forma de una máxima que introduce una ejemplificación, o contenga un elemento de suspense o de secreto que será revelado. Cuando la acción queda interrumpida por un corte analístico o por una información de otro carácter, Livio refuerza su continuidad reanudándola con algo nuevo que aumenta el interés o la tensión.

Tal vez uno de los alicientes más particulares de la lectura literaria de Livio —*bis repetita placent*— sean los episodios repetidos, que ofrecen campo a la identificación de un limitado repertorio de motivos y al descubrimiento de la variación. Entre los temas que dan lugar a estos arquetipos de la composición episódica destacan las descripciones de batallas y de ciudades sitiadas. Las descripciones de batallas eran tema de ejercicio literario en las escuelas y el uso del lenguaje alcanzaba en ellas un particular refinamiento, cercano a las fronteras de la épica. Resonancias épicas presenta especialmente esa variedad (a veces, parte) de una batalla que es el duelo ecuestre, o combate entre los jefes [113]. El asedio de ciudades está, en cambio, más cercano al efecto de la catarsis trágica: «Livio simpatiza con los asediados y su sentido humanitario refuerza su imaginación para crear descripciones memorables de la población ante la violencia, la necesidad, la humillación, la muer-

[113] Vid. II 19, 7; IV 19, 2; IX 22, 9; XXIII 46, 12; XXV 18, 4. Cf. L. Catin, *loc. cit.* (v. nota 10), págs. 94 ss.

te»[114]. De las batallas navales se recuerda el movimiento y el espacio; de ejércitos en marcha, el hombre contra los elementos[115]. La palabra hablada tiene una gran importancia en estas descripciones, a veces a través de discursos formales, las arengas, que definen la actitud anímica de los combatientes, pero sobre todo mediante formas menores, como breves diálogos, exclamaciones, órdenes o llamamientos al combate que producen un fuerte efecto de inmediatez escénica y son el estímulo para una reacción o la chispa que provoca un vuelco dramático.

Poner en boca de los personajes históricos discursos ficticios era una práctica habitual en los historiadores antiguos, que los utilizaron como medio de muy distintos fines. Livio, cuya elocuencia fue lo que más admiraron los antiguos, los utiliza para caracterizar a sus personajes, subrayar la importancia de un momento histórico, o describir indirectamente una situación. Secundariamente, como vehículo de un mensaje moral, o político, contribuyen a mantener tensos en la mente del lector los hilos de la historia romana gracias al abundante uso del *exemplum*, y cumplen una función estructural por los libros en que aparecen o el lugar que ocupan en ellos. No son un puro adorno retórico, aunque algunos son incongruentes con las circunstancias en que son pronunciados.

La mayoría de los discursos los pronuncian políticos romanos o embajadores extranjeros en el senado o ante la asamblea del pueblo, o los dirigen los generales a sus

---

[114] P. G. Walsh, «Livy and the aims...» (v. nota 5), pág. 1072; v. XXI 11-15; XXIII 19, 22; XXIII 37; XXIV 33 ss.; XXVIII 22-23; XXXI 17-18. Para las principales batallas v. más arriba págs. 33-36.

[115] XXXVI 15-19 y 43-45; XXXVII 23-24 y 29-30; XXI 30-37; XLIV 4-5.

ejércitos. Ante tales auditorios, el fin del discurso suele ser conseguir algo, mover a la acción, por lo que casi todos, de los tres géneros que distinguía la retórica: judicial (de acusación y defensa), demostrativo (de alabanza o vituperio) y deliberativo, pertenecen a éste último, y siguen en su composición el esquema y los tópicos propios de ese género. Sólo dos podrían pertenecer al *genus iudiciale*, los pronunciados por los príncipes de Macedonia ante su padre, el rey Filipo; Perseo acusa a Demetrio de haber intentado asesinarle (XL 9-11), Demetrio se defiende (XL 12-15). Y sólo uno, el de los enviados de Sagunto (XXVIII 39), tiene en parte la apariencia del *genus demonstrativum* en su alabanza a Roma [116].

Las características de la elocuencia titoliviana destacan en la tercera década en la comparación de sus discursos con los de Polibio. Livio, ya los haya tomado directamente del original griego, o a través de Celio, actúa con entera libertad sobre la materia. Coincide en mucho con Polibio, pero también cambia muchas cosas: elimina argumentos, incluye otros nuevos, altera la intensidad relativa de los temas, rehace la disposición: «En contraste con el frío raciocinio y la argumentación lógica de Polibio, se aprecia en Livio un sentido inmediato de apasionamiento, una fuerte emocionalidad con numerosas exclamaciones y preguntas retóricas, junto a una velada o abierta implicación del lector en el discurso» [117]. Un lugar especial ocupan los dis-

---

[116] Cf. discursos de Escipión y Aníbal en XXI 40-44 y de Aníbal y Escipión en XXX 30-31, de Apio Claudio en V 3-6 y de Camilo en V 51-54; y XXV 6 (ante un sólo personaje). VII 35 (para escapar en silencio del cerco enemigo), XXI 41-42 y 43-44 (el discurso de Aníbal responde al de Escipión como si lo hubiera estado oyendo).

[117] E. BURCK, «The third decade» (v. nota 100), pág. 42.

cursos enfrentados, en los que se aborda un tema desde puntos de vista contrapuestos, a veces con rigurosa correspondencia en las argumentaciones; el contraste no sólo duplica su valor como piezas de reflexión histórica o de caracterización, sino que además nos permite seguir paso a paso el desarrollo interno de un discurso tal como lo apreciaba el propio autor [118]. Una variedad propiamente latina en la reproducción de la palabra hablada, de difícil traducción, pero de gran eficacia en el original, es el discurso en estilo indirecto. En Livio, su empleo aparece unido en muchos casos a la verbalización imaginaria del pensamiento, o para dar voz a sujetos colectivos.

Livio descolló entre los historiadores porque sus discursos se adaptaban admirablemente a los personajes y a las situaciones. No es de extrañar que quien veía la clave de la grandeza romana en la conducta de sus hombres, de sus grandes hombres, pusiera un especial cuidado al trazar sus retratos de carácter. Los discursos son tan decisivos en esto que se ha llegado a decir que el arte de Livio consistió realmente, no en adaptar los discursos a los personajes, sino en mantener la coherencia del personaje con el carácter que el discurso le asigna [119]. Livio destaca también entre los historiadores (y tampoco es de extrañar, por los mismos motivos) por haber sido más generoso que ninguno en los retratos y semblanzas [120]. Pero esta forma de caracterización directa no es la más frecuente; el carácter del personaje se va definiendo en sus actos, en sus pala-

---

[118] P. e. XXI 40-44; XXVIII 40 ss.; XXXI 29 ss.; XXXIII 39-40; XXXIV 1-8; XXXVII 53-54.

[119] G. Kennedy, *loc. cit.* (v. nota 106), pág. 426.

[120] P. e. XXI 1, 4 ss., y XXVIII 12, 1-9 (Aníbal); XXVI 18, 20, 26 (Escipión); CXX frag. (v. nota 51) (Cicerón).

bras, y a través de lo que otros dicen de él. Más de un buen conocedor de Livio ha señalado que el de más profundidad humana, el más rico y complejo, paradójicamente, es el de Aníbal.

El contenido de la historia era lo que se había hecho o dicho en el pasado, pero en la práctica de los historiadores había tomado carta de naturaleza introducir digresiones, o *excursus,* sobre los orígenes y las costumbres de los pueblos con el fin de documentar un desarrollo histórico o simplemente para satisfacer la curiosidad y el gusto de sus lectores por lo pintoresco o exótico. Livio manifiesta su desacuerdo con este empleo «gratuito» de las digresiones al comienzo del excurso sobre Alejandro Magno (IX 17-19), tal vez para disculpar que por una vez haya cedido a la tentación; y se muestra parco en los excursos «serios»: sólo se conserva uno, sobre los galoceltas (V 33-35); las períocas registran otros dos, sobre Cartago y sobre Germania.

En su *Epistula ad filium* Livio aconsejaba a su hijo que educara su estilo, sobre todo, en la lectura de Demóstenes y de Cicerón, y, luego, en la de quienes más se les parecieran. Los otros juicios literarios de Livio, despojados de las referencias concretas y puestos juntos, se diría que formulan en términos negativos la misma recomendación: hay que huir de la brevedad excesiva y del léxico rebuscado de los que quieren ser oscuros, para parecer profundos. La base del estilo de Livio es, pues, este consciente ciceronianismo, que tiene más de búsqueda de la fluidez, la claridad y el equilibrio que de imitación anclada en el pasado; su lenguaje es un lenguaje vivo, en el que apuntan ya los usos literarios de los tiempos nuevos.

Livio es capaz de producir una gran variedad de estilos al servicio del tema, de acuerdo con los contenidos: las

frases cortas, la sintaxis simple, el léxico objetivo o convencional del material analístico y de los informes militares sumarios; el estilo medio del relato seguido, de construcción más compleja, propensa a la acumulación y favorecedora del encadenamiento sintáctico, al servicio del progreso de la narración y de la abundancia informativa; y el estilo dramático, con una mayor riqueza y variedad de formas y recursos en la expresión del movimiento, de la emoción, de los cambios repentinos. El estilo oratorio tiene su equivalente al estilo dramático de la narración en los discursos emotivos, y al estilo llano del relato, en los discursos reflexivos, pero, en general, la sintaxis oratoria es más uniforme, amante del paralelismo, de la antítesis y de la construcción periódica o cerrada. En algunos discursos el estilo actúa como elemento caracterizador de la situación o del nivel cultural del personaje que habla, pero, en general, los personajes históricos poseyeron todos una elocuencia envidiable. Los episodios mayores en los que se combinan las formas más vivas de la narración y del discurso exhiben el estilo más elaborado y vigoroso, al que ocasionalmente se le añade la solemnidad arcaizante de una plegaria o de la fórmula de un antiguo ritual.

VIII. Fama y fortuna de Livio. Historia del texto [121]

Livio alcanzó en vida un gran renombre: un lector de la lejana Gades, como ya sabemos, viajó a Italia sólo para

[121] Para este capítulo, véanse M. Schanz, C. Hosius, *Gesch. d. röm. Lit.*, II 315-317. T. de la A. Recio, *op. cit.* (v. nota 2), págs. 240-259. G. Highet, *The Classical Tradition. Greek and Roman Influences on Western Literature*, Nueva York-Londres, 1949 = *La tradición clásica.*

conocerlo; la gente que acudía a las declamaciones del orador L. Magio, más que a oírlo, iban «a ver al yerno de Livio»; él mismo, en ese prólogo que ya conocemos a uno de los libros perdidos, venía a decir que no era ya la gloria lo que le impulsaba a seguir escribiendo.

La obra de Livio fue leída con admiración. Su maestría literaria recibió de sus contemporáneos y de las generaciones sucesivas el homenaje de la imitación y el reconocimiento de la escuela. Textos suyos eran memorizados y recitados por los estudiantes de retórica. Ideas, imágenes, expresiones suyas reaparecen con frecuencia en Ovidio [122]. Ya con el propio Virgilio, aunque las coincidencias entre ellos podrían ser, sobre todo, ecos comunes de Ennio, se había producido, al parecer, una especie de juego de reminiscencias mutuas, un intercambio de admiración entre maestros [123]. Hay resonancias de Livio en los versos de

---

Influencias griegas y romanas en la literatura occidental, I-II [Trad. de A. Alatorre], Mexico, 1954. A. H. McDonald, «Livius, Titus», F. E. Cranz, P. O. Kristeller, *Catalogus translationum et commentariorum: Mediaeval and Renaissance Latin translations and commentaries*, II, Washington, 1971, págs. 331-348; III, *ibid.*, 1976, págs. 445-449. P. G. Walsh, *Livy* (1974), págs. 22 y 32-33. R. Reynolds, N. G. Wilson, *Scribes and Scholars*, Oxford, 1974 (= *Copistas y filólogos*, Madrid, 1986). L. R. Reynolds, *Texts and Transmision*, Oxford, 1983, págs. XIII-XLIII y 205-214. A. Fontán, «Tito Livio, hoy», A. Alvar (ed.), *Minerva restituta*, Alcalá de Henares, 1986, págs. 83-107.

[122] R. M. Ogilvie, *Comm.*, págs. 77, 186, 206. Cf. Bibliogr., VI. a: E. Sofer, *adde* F. Corsaro, «La leggenda di Lucrezia e il regifugium in Livio e in Ovidio», *Festschrift Burck* (v. nota 6), págs. 107-123.

[123] Cf. Bibliogr., VI. a: A. Santoro, A. Rostagni, con las referencias de K. Gries, «Livian Scholarship since 1940», *Class. World*, 53 (1959), págs. 78-80, *adde* E. Paratore, «Hercule et Cacus chez Virgile et Tite-Live», *Vergiliana. Recherches sur Virgile* (Roma aeterna, 3), Leiden, 1971, págs. 260-282.

Petronio, Séneca y Estacio [124]. Quinto Curcio configuró su estilo sobre el modelo de Livio [125]. El emperador Claudio se inspiró en él para sus discursos [126]. Tácito le rindió tributo haciendo suyos muchos giros titolivianos [127].

Pero la mayor deuda con Livio como fuente de inspiración literaria fue, sin duda, la de Lucano y Silio Itálico [128]. El historiador que, al emprender su obra, se consolaba de su posible fracaso con la idea de haber sido superado por excelentes autores (y que se valoraba lo bastante para atreverse a competir con ellos), acabó superándolos a todos. Su Historia se convirtió prácticamente en la única Historia de la República romana, en la mejor escrita, desde luego;

---

[124] Cf. H. Stubbe, *Die Verseinlagen im Petron*, Leipzig, 1933, págs. 104 ss. E. Olechowska, «Les échos liviens dans la Phèdre de Senèque», *Eos* 67 (1979), 321-329. J. J. L. Smolenaars, «Iocaste's optreden in Statius *Theb.* VII 470-533». J. Soubiran, «De Coriolan à Polynyce: Tite-Live, modèle de Stace», *Homm. à M. Renard* (Col. Latomus, 101), Bruselas, 1969, págs. 689-699.

[125] W. Rutz, «*Seditionum procellae* Livianisches in der Darstellung der Meuterei von Opis bei Curtius Rufus», *Festschrift Burck*, (v. nota 6), págs. 399-409. L. Braccesi, «Livio, Curzio Rufo e Petrarca (per la fortuna dell'excursus su Papirio», *Athenaeum* 65 (1987), 237-239.

[126] D. M. Last, R. M. Ogilvie, «Claudius and Livy», *Latomus* 17 (1958), 476-487.

[127] R. M. Ogilvie, *Comm.*, págs. 163, 487, 490, 585, 671 y 717. Cf. Bibliogr., VI. a: R. Syme y G. B. A. Fletcher.

[128] Cf. Bibliogr., VI. a: R. Pichon, J. Nicol, M. Sechi y A. V. van Stekelenburg; *adde* P. Esposito, «Eroi e soldati. Osservazioni sulle bataglie in Virgilio e Lucano», *Vichiana* 10 (1981), 62-90. K. O. Matier, «Prejudice and the *Punica*. Silius Italicus: A reassesment», *Acta Class.* 24 (1981), 141-151. G. Runchina, «Da Ennio a Silio Italico», *Ann. Fac. Magist. Univ. Cagliari* 6 (1982), 11-43. E. Burck, «Die Endphase der Schlacht am Metaurus bei Silius Italicus (*Punica* XV 759-XVI 22)», *Wiener Studien* n. s. 16 (1982), 260-273. H. G. Nasselrath, «Zu den Quellen des Silius Italicus», *Hermes* 114 (1986), 203-230.

la de mayor aliento. Nos atrevemos a pensar que, sin el relato de Livio, ni Silio Itálico habría soñado sus *Punica*, ni Lucano su *Bellum Civile*. Ambos hallaron en Livio asuntos que eran ya un esbozo épico y los desarrollaron, cada cual a su modo.

Sin embargo, la relación de los lectores con la obra de Livio iba a cambiar pronto. Ya en el mismo siglo I, Frontino, al aprovechar episodios de *Ab Urbe condita* para su colección de *Estratagemas*, y Valerio Máximo, para su antología de *Hechos y dichos memorables*, y Plutarco, para sus *Vidas paralelas*, reflejaban la orientación del público hacia una literatura más ligera y anecdótica. Por otra parte, el republicano Livio podía resultar incluso una lectura políticamente sospechosa. El historiador Cremucio Cordo fue condenado a muerte en tiempos de Tiberio por su defensa de los asesinos de César, a los que también Livio elogiaba; y bajo Domiciano, a Metio Pompusiano le costó la vida creerse destinado al imperio y llevar siempre consigo una selección de arengas y discursos sacados de Livio [129].

Aparte de la natural (o forzosa) pérdida de interés por la historia republicana, la enorme extensión de *Ab Urbe condita* contribuyó también a que su popularidad disminuyera. El difícil manejo de una obra tan voluminosa había hecho sentir desde hacía tiempo la necesidad de disponer de resúmenes o índices de los 142 libros. A algo por el estilo debía de referirse Marcial, si es que ha de tener alguna gracia su epigrama acerca de un librito en cuyas breves páginas se apretaba el ingente Livio que no cabía completo en los anaqueles de su librería [130].

[129] TÁCITO, *Anales* IV 34; SUETONIO, *Domiciano*, X 3.

[130] Cf. Bibliogr. IV. a: D. SANSONE; en contra, J. L. BUTRICA, «Martial's little Livy», *Class. Bullet.* 59 (1983), 9-11.

En el siglo siguiente, el «resumen de todas las guerras en setecientos años», el (o la) *Epítome* de Floro respondía a las nuevas tendencias: un Livio condensado e inocuo, reducido a un panegírico del pueblo romano, bien escrito, pero insustancial y artificioso. Un coetáneo de Floro, Granio Liciniano compuso otro resumen que mantenía la disposición analística. Pero los autores más importantes del siglo parecen desconocer su obra y sólo un poeta menor, Alfio Avito, utiliza argumentos y dicción titoliviana en sus *Libri rerum excellentium* [131].

En lo sucesivo la presencia de Livio se limitará casi por completo a los historiadores que extractan o resumen su obra. Del siglo III, aparte de haber sido utilizado por el griego Dión Casio en su *Historia Romana*, el único rastro de Livio son los fragmentos de un rollo de papiro con índices de los libros XXXVII-XL y XLVIII-LV, el llamado *Epítome de Oxyrrinco*. Las *Periochae*, fechadas convencionalmente en el siglo IV, combinan las indicaciones escuetas de una tabla de materias con el resumen argumental de algunos episodios principales. A esa misma época pertenecen los anónimos *Origo gentis Romanae* y *De Viris Illustribus* y los «Breviarios» de historia de Roma de Eutropio y Rufio Festo, parcialmente derivados de Livio. Otro tanto ocurre en el siglo V con la *Historia contra los gentiles*, de Orosio, y el *Liber prodigiorum*, de Julio Obsecuente, y con la *Crónica* de Casiodoro, en el VI. La cuestión debatida en este campo es la compleja relación de los autores y anónimos de la tradición titoliviana entre sí y con el texto original de *Ab Urbe condita*; un problema sobre el que la vieja teoría de un epítome del siglo I como fuente inter-

[131] Cf. Bibliogr., VI. a: P. STEINMETZ, P. ZANCAN.

media común recibe fuertes críticas, sin que se haya formulado una propuesta alternativa satisfactoria [132].

Salvo esta pobre pervivencia, verosímilmente de segunda mano, los libros de *Ab Urbe condita*, en el mejor de los casos, dormían el sueño de los justos desde mediados del siglo II en las estanterías de las bibliotecas. Servio, en su comentario a la *Eneida* (X 388) dice que Avieno puso en senarios yámbicos a Livio; aparte de esa imprecisa noticia, las últimas huellas vivas de una lectura directa en textos de la antigüedad se descubren en autores paganos, como Amiano Marcelino y Claudiano, de finales del siglo IV [133].

Fue precisamente en esa época crepuscular del siglo IV y en los círculos senatoriales que deseaban el renacer de la cultura pagana y de las antiguas tradiciones romanas frente al cristianismo, donde se produjo una revaloración y recuperación de la obra de Livio, junto con la de otros autores clásicos. Macrobio, quien, por cierto, se hace eco de ritos antiguos descritos por Livio, capta el ambiente intelectual del momento en los diálogos de sus *Saturnalia*, cuyos interlocutores son las personalidades más destacadas de aquel movimiento, V. Agorio Pretextato, V. Nicómaco Flaviano y Q. Aurelio Símaco.

Una carta de Símaco, del año 401, comunica a su corresponsal que «el regalo de la obra completa de Livio que te prometí se retrasa todavía por lo cuidadoso de la corrección». Los nombres de los autores materiales del trabajo

---

132 Cf. Bibliogr., VI. a: M. Begbie, W. J. Bingham, L. Bessone, P. Jal y P. L. Schmidt; *adde* L. Bessone, «Hannibale sulle Alpi nella tradizione Liviana», *Numismatica e Antichità Class.* 12 (1983), 141-150.

133 Servio, *ad Aen.* X 388. Sobre Livio en Claudiano y Amiano Marcelino, cf. R. M. Ogilvie, *Comm.*, págs. 260 y 430.

y de quienes habían promovido la empresa —Nicómacos y Símacos— quedaron registrados en las notas añadidas al final de los libros —*subscriptiones*— que los copistas medievales reprodujeron junto con el texto. No sabemos si el proyecto llegó a completarse. Las *subscriptiones* de la llamada recensión nicomaquea, o simaquiana, sólo aparecen en manuscritos de la primera década. Pero es casi seguro que todo lo que se conserva de Livio se lo debemos a aquel tiempo y a empeños semejantes a aquéllos.

Las subscripciones indican que el texto se reprodujo por grupos de cinco y diez libros; de hecho, a excepción de una rama común para los libros XXVI-XL, originada más tarde, el texto de cada década se transmite por separado. Pues bien, de cada una de las décadas se conservan, completos o fragmentarios, testimonios que fueron escritos entre los siglos IV y V.

La primera década se puede decir que cuenta con tres testimonios antiguos. Uno es un fragmento de papiro del siglo IV *(P. Oxy.* XI 1379), el segundo es el *codex Veronensis* (V = Verona XL), de comienzos del V, que contiene fragmentos de los libros III a VI; el tercero, de haberse conservado, sería el histórico ejemplar de la recensión nicomaquea, que se puede contar como si existiera, ya que es el arquetipo reconstruible de todos los manuscritos medievales de la primera década. Para la tercera hay dos testimonios de la antigüedad tardía, ambos del siglo V, un manuscrito completo, el *Puteanus*, o *Puteaneus*, *(P* = París Lat. 5730), y los *fragmenta Taurinensia* (= *Ta),* restos de un palimpsesto de Turín, en cuya escritura borrada se leyeron partes de los libros XXVII a XXIX, antes de que lo destruyera un incendio en 1904. Los testimonios antiguos de la cuarta década son casi simbólicos: los *fragmenta Ro-*

mana (= *R*), restos de un códice de finales del siglo IV o principios del V, con líneas sueltas del libro XXXIV, y los *fragmenta Piacentina* (= *F*), de un manuscrito del IV, con texto de los libros XXXIII-XXXV y XXXIX. El testimonio antiguo de la quinta década, el *Vindobonensis* (*V* = Viena Lat. 15), un códice del siglo V, es además nuestra única fuente para el texto de los libros XLI-XLV; presenta algunas mutilaciones y lagunas, pero también indicios de que en tiempos debió de contener la década entera. Finalmente, el *bifolium Vaticanum* con el fragmento del libro XCI formaba parte también de un palimpsesto del siglo V o VI.

No hay seguridad sobre cuándo se perdió la mayor parte de la obra de Livio. Esta abundancia de textos de la antigüedad tardía y las citas del papa Gelasio en una carta del año 496 y del gramático Prisciano en el siglo VI, procedentes de libros que no han llegado hasta nosotros, hacen pensar que el texto de *Ab Urbe condita* se conservó completo hasta comienzos de la Edad Media.

La historia de la transmisión de los clásicos latinos se ha representado gráficamente en la figura de un reloj de arena. La parte más estrecha son los «siglos oscuros», desde el 550 al 750. De lo que supuso esa época y de cómo pudieron perderse muchos libros da idea el destino de los testimonios antiguos del texto de Livio que acabamos de enumerar, hoy reducidos la mayor parte a mínimos restos. *Ta*, por ejemplo, fue borrado y reescrito en el siglo VII; *R* se encontró envolviendo reliquias de Tierra Santa en un relicario de finales del siglo VIII; el *Veronensis* se compone de dos códices antiguos, incompletos, de Livio y de Virgilio, cuyo texto se raspó a principios del VIII para escribir encima los *Moralia* de S. Gregorio Magno. Por cierto que entre los humanistas italianos corrían dos graves rumores

sobre éste, Papa desde el 590 al 604: el de haber incendiado la Biblioteca Palatina, y el de que había mandado quemar todos los manuscritos de Livio que pudieron encontrarse. Dos inculpaciones, al parecer, infundadas.

Hacia finales del siglo VIII los clásicos latinos salían del paso estrecho del reloj de arena, a impulsos de la reforma cultural promovida por Carlomagno. Los manuscritos volvieron a ser copiados y comenzaron a circular. En el caso de Livio varias de estas copias y traslados de códices tendrían una importancia capital para la transmisión del texto.

De la primera década se copian, a finales del X, en Verona, el *Mediceus* y el *Vormatiensis*, la rama más valiosa de la tradición nicomaquea o simaquiana, y, entre el IX y el XI, una decena de mss. de la otra rama. En cuanto a la tercera década, del *Puteanus*, el arquetipo de todos los manuscritos que contienen sólo los libros XXI-XXX, se hicieron en Francia, entre finales del siglo VIII y principios del IX, tres copias directas, la primera de las cuales, el *Reginensis*, fue la base de toda la tradición posterior de esos libros.

De los libros XXXI-X (cuarta década) se produjo, a comienzos del IX, un importante manuscrito, el *Moguntinus*, que representaba por sí solo una línea propia de la tradición. Por su parte, el original completo de los *fragmenta Piacentina (F)* fue llevado, a finales del siglo X, de Piacenza a Bamberg, donde se hizo una copia, el *Bambergensis*. Del original *(F)* quedaba en Italia una copia antigua *(x)*, que daría origen en esta época a dos importantes manuscritos, el *Spirensis* y el *Vetus Carnotensis*. Se supone que esa copia *(x)* había conseguido juntar el texto de los libros XXXI-XL, procedente de *F*, y el de los libros XXVI-XXX, obtenido del original de los *fragmenta Taurinensia*

(Ta), ya que todos los manuscritos derivados de ella, la llamada tradición 'espirensiana' contienen o contuvieron desde el libro XXVI al XL. Finalmente, del único manuscrito de la quinta década, el *Vindobonensis*, sabemos que fue legado a principios del IX por el obispo de Utrecht al monasterio de Lorsch, una de las fundaciones favoritas de Carlomagno.

En la baja Edad Media Livio no fue uno de los autores más divulgados; como historiador, se prefiere a Salustio. Raramente figura en los cánones de libros escolares o en los catálogos de las bibliotecas. Sin embargo, el trasiego de códices y copias que dispersa textos de Livio por la Europa medieval responde a los deseos de personas interesadas en disponer de ellos y el nombre de Livio aparece unido al de ilustres personajes de aquellos siglos, que conocieron su obra, la leyeron y glosaron, hicieron copias o mandaron hacerlas, o imitaron su estilo: Eginardo y Lupo de Ferrières en el IX, Raterio de Verona en el X, Lamberto de Hersfeld en el XI, Juan de Salisbury y Tomás Becket en el XII; en el siguiente, y ya en los albores del humanismo, Juan de Meung, Lovato Lovati, Albertino Mussato... y, poco después, Dante.

A partir de las primeras décadas del XIV, en la historia del texto de Livio hay dos nombres clave, Aviñón y Petrarca, la ciudad que, al convertirse en sede de la corte pontificia (1305), se había erigido también en capital cultural de Europa, y el joven maestro que, de regreso a ella en 1326, al servicio del cardenal Colonna, empleaba parte de su tiempo ayudando a la exégesis de *Ab Urbe condita* a Raimondo Subirani, el que «todo lo desdeñaba, salvo Tito Livio» [134].

---

[134] *Apud* P. L. Schmidt, *loc. cit.* (v. nota 6), pág. 432.

Allí encontraría Petrarca a otros ilustres personajes con quienes compartir su afición por el historiador: el dominico inglés Nicolás Trevet, Landolfo Colonna, tío del cardenal, y el fraile francés Pierre de Bersuire (o de Berchoire). Por obra de todos ellos, Livio estaba entrando en la Edad Moderna: Trevet había redactado unos años antes (c. 1320) el primer comentario que conocemos sobre la obra de T. Livio; gracias a L. Colonna se divulgó la cuarta década, y Petrarca reuniría las tradiciones medievales separadas y establecería el texto que sirvió de base a la importante traducción de Bersuire y a los estudios filológicos de Valla [135].

El Livio de Trevet era el de los manuscritos medievales de las décadas primera *(libri ab Urbe condita)* y tercera *(de Bello Punico)*, y su comentario o *Apparatus*, que debía mucho a la tradición escolar de las glosas y notas gramaticales, no tuvo mucha difusión, pero facilitó la lectura de Livio a Colonna y a Bersuire, entre otros.

Landolfo Colonna llegó a Aviñón en 1328 procedente de *Carnotum*, es decir, Chartres, con una copia de un viejo manuscrito de Livio que él mismo había descubierto allí: el *vetus Carnotensis*. Como todos los manuscritos de la tradición espirensiana, contenía los libros XXVI-XXX, más la cuarta década aparentemente completa, aunque en realidad bastante mutilada: faltaban el final de los libros XXXII y XL, y el XXXIII entero. Colonna se procuró los libros

---

[135] Sobre la obra de N. Trevet y P. Bersuire, cf. Bibliogr. VI. a: R. J. Dean y E. Arcaini; *adde* K. V. Sinclair, *The Melbourne Livy. A Study of Bersuire translation based on the manuscript in the collection of the National Gallery of Victoria* (Australian Hum. Research Council Monogr., 7), Melbourne, 1961. C. J. Wittlin, P. López de Ayala, *Las décadas de Tito Livio* (Bibliot. Univ. Puvill: III Textos Lit., 6), I-II, Barcelona, s. a. [1984], t. I, págs. 25-44.

I-X y XXI-XXV y los unió a su manuscrito. Petrarca, por su parte, añadió a su ejemplar de la primera y tercera décadas los libros traídos por Colonna; no se limitó a copiarlos: del mismo modo que en su texto de los libros I-X recogía lecturas de las dos ramas de la tradición simaquiana, o nicomaquea, ahora cotejó y corrigió sus libros XXVI-XXX, derivados del *Puteanus*, con los del *Carnotensis*, y de este modo, tuvo en un sólo manuscrito el Livio más completo y más correcto de su tiempo. Éste fue el ejemplar sobre el que trabajó después Lorenzo Valla en Nápoles. Petrarca adquiriría más tarde el manuscrito de Landolfo Colonna y siguió todavía revisando su propio texto en un tercer manuscrito que conservó consigo.

En los ambientes humanísticos de la Italia del siglo XV reinó un clima de auténtico entusiasmo por Livio. Era el autor de moda, y enmendar su texto, la afición favorita de los eruditos. Uno de ellos fue Antonio Becadelli, más conocido como Panormita (o de Palermo), quien llegó a vender una finca para poder tener también su Livio, un hermoso manuscrito de Poggio Bracciolini. Sin necesidad de tanto sacrificio, reyes, príncipes, duques, papas, cardenales, obispos, banqueros y comerciantes acaudalados encargaban su Livio a los mejores copistas. Ya no se sabe si Livio interesa porque atrae, o si es buscado por razones de prestigio o por afán de coleccionismo. La expectación (y las pesquisas) que una y otra vez provocaron los rumores sobre manuscritos guardados en remotos monasterios con el texto de las décadas perdidas —seis veces se repitieron en poco más de medio siglo—, o los años de fervorosa excitación que se vivieron en Padua con el descubrimiento de la supuesta tumba de Livio son para comentados con las palabras del propio historiador a propósito de los pro-

digios: *quod evenire solet motis semel in religionem animis multa nuntiata et temere credita sunt...* (XXI 62, 2). Al margen de la anécdota, Livio y la historia romana ocupaban a los mejores talentos, dando lugar a enconadas rivalidades y polémicas: Leonardo Bruni quiso suplir con su *De Bello Punico primo* (1418) el texto perdido de la cuarta péntada de Livio. En Florencia, en el círculo humanístico del cardenal Próspero Colonna, donde sobresalía Poggio, Livio era estudiado y copiado asiduamente. En Nápoles, en torno a Alfonso V, junto a Panormita y a Facio, y enfrentándose a ellos y con Poggio, Lorenzo Valla refinaba la crítica del texto en sus *Emendationes* e iniciaba la crítica histórica con su *Disputatio*.

La *editio princeps* se debió a Juan Andrés Bussi, quien, aunque tenía noticia de los muchos estudios que se estaban haciendo, no quiso, no supo, o no pudo aprovecharlos. Su edición contenía todo el texto conocido entonces, más las períocas, y se imprimió en Roma hacia 1469.

Hasta casi tres siglos más tarde no se completaría todo el texto de Livio que hoy poseemos. La búsqueda de las décadas perdidas había resultado infructuosa, pero algunos libros nuevos, las partes que faltaban en los ya impresos y nuevas lecturas del texto conocido esperaban aún en manuscritos medievales ignorados y en un olvidado códice romano. Los capítulos finales del libro XL y casi todo el XXXIII, salvo el principio, se encontraron en un manuscrito de Maguncia, el *Moguntinus*, y fueron publicados allí por primera vez en la edición de N. Carbach y W. Angst de 1519. En 1527, Simón Grineo descubre en Lorsch el *Vindobonensis*; su edición de Basilea, en 1531, será la *princeps* de los libros XLI-XLV. Beato Renano y Segismundo Gelenio, para su edición de Basilea, de 1535, releen el *Moguntinus* y aportan el testimonio de otros dos manuscritos

desconocidos hasta entonces y que, al igual que el *Moguntinus*, se perdieron luego: uno hallado en Worms, el *Vormatiensis*, otro en Speyer (Spira), el *Spirensis*. En 1615, el jesuita Horrion descubre el *Bambergensis*, cuyo texto completo del libro XXXIII publicó al año siguiente. Por último, en 1773, J. P. Bruns publicó el fragmento del libro XCI que él y Vito Giovenazzio habían descubierto el año anterior en un palimpsesto vaticano.

Hasta 1700 se sucedieron no menos de 160 ediciones de Tito Livio. Unas destacaron por las novedades incorporadas al texto, otras por sus contribuciones documentales y de interpretación histórica. En el siglo XV sobresalió la de Marco Antonio Sabélico, de 1491, la primera con notas. En el XVI el signo de los estudios titolivianos fue la polémica entre Glareano (*Annotationes*, 1540) y Sigonio (tres ediciones, de 1555 a 1562), que suscitó numerosas aportaciones a la exégesis del texto. En el XVII, la edición crítica de Gronovio (1645) marca un hito en el establecimiento del texto. En el siglo siguiente, la monumental edición de Drakenborch (1738-1746) recoge en sus notas y apéndices los resultados más interesantes de cuatro siglos de trabajos sobre *Ab Urbe condita*. El XIX asiste a un gran avance en el estudio científico de los manuscritos y en la crítica filológica, por obra sobre todo de Alschefsky y Madvig. El resto es... Bibliografía (Cf. *infra*, págs. 152 ss.).

La pervivencia de Livio en la literatura europea no habría sido tan amplia sin las traducciones que se hicieron desde muy pronto, adelantándose en más de un siglo a los primeros textos impresos. La de mayor trascendencia fue la de Pierre de Bersuire, de hacia 1355, que inspiró muy de cerca a la española (1401), de Pero López de Ayala, a la escocesa (1533), de J. Bellenden, y a la inglesa (1600), de Ph. Holland. Independientes de Bersuire fueron

las alemanas de Schöfferlin (1505), Witticht (1507), Carbac (1523) y Müntzer (1562), y las italianas de Santa Croce, de la primera década, y de Boccaccio, de las décadas tercera y cuarta (1338-1346).

Con el precedente de Jean de Meun, que incluyó la historia de Virginia (Liv., III 44-49) en el *Roman de la Rose* (vv. 5541-5584), las imitaciones o recreaciones literarias de argumentos y personajes sacados de Livio arraigan primero entre los humanistas, comenzando por el propio Petrarca. Reiniciando una tradición en la que se inscriben también los préstamos titolivianos en *De casibus illustrium virorum* y *De claris mulieribus*, de Boccaccio, Petrarca toma de Livio casos ejemplares para sus *Viri Illustres* y *Res memorandae*, pero es en su poema épico *Africa*, sobre la figura de Escipión y la idea de Roma, donde la herencia de Livio es más personal y directa. Petrarca no llegó a terminar, ni a publicar esta obra, pero seguramente la dio a conocer a través de lecturas. En cualquier caso, en ella destacan también, junto al de Virginia, los otros dos temas que pasarían de la historia de Livio al tesoro de argumentos de la literatura universal: el de Sofonisba (Liv., XXVIII-XXX) y el de Lucrecia (Liv., I 57-59).

El tema de Sofonisba, una trágica historia de amor, lo bastante conocida ya en la antigüedad como para figurar en las pinturas murales de una casa de Pompeya, encontró cultivadores en la literatura dramática italiana (Trissino, Alfieri) y francesa (Montchrestien, Mairet, Corneille, Voltaire, Poizat); y también en la española, de la que trataremos luego [136].

---

[136] I. Toppani, «Una regina da ritrovare. Sofonisba e il suo tragico destino», *Atti dell' Istit. Veneto* 136 (1977-78), 561-578.

Las historias de Virginia y de Lucrecia tienen en común la violencia sexual ejercida por un tirano y la trágica defensa de la virtud de la mujer que provoca el derrocamiento de la tiranía. Virginia inspiró, entre otros, a Webster, Macaulay, Alfieri, Lessing y La Harpe. Lessing y Alfieri desarrollaron también el tema de Lucrecia, que ha sido, con su prolongación en la historia de Bruto y sus hijos (Liv., II 3-5), el más veces tratado y en más variedad de géneros y acentos: en la generación posterior a Petrarca, Colucio Salutati lo hizo objeto de una *Oratio*, luego aparece en un *cantare* anónimo, Chaucer cuenta la *Legenda Lucrecie*, Shakespeare en *La violación de Lucrecia* escribe un epilio; pero fue en la escena donde encontró también su molde más propio, desde Shakespeare *(Brutus)* a Giradoux, pasando por Heywood, Schlegel, Voltaire, Ponsard, Conti, Gravina, Lindner, etc. [137].

Otros episodios de los primeros libros de Livio han atraído igualmente a los escritores por su potencial dramático: Horacios y Curiacios (Liv., I 24-25) a Aretino y a Corneille, Escévola (Liv., II 12-13, 5) a De Ryer, Coriolano (Liv., II 33, 3-40) a Shakespeare y a Hardy, Manlio Capitolino (Liv., V 47, VI 11-20) a Lafosse. En tiempos de la Revolución francesa en los discursos de los revolucionarios resuenan los ejemplos y máximas aprendidos en Livio, y Arnault hace representar un Cincinato (Liv., III 21-23) y Legouvé un Quinto Fabio [138].

---

[137] Sobre los temas de Lucrecia, Bruto y Virginia, cf. Bibliogr. VI. a: H. Galinsky, R. M. Goldman, R. Klesczewski, H. Petriconi y R. Rieks; *adde* L. A. de Cueto, «La leyenda romana de Virginia en la literatura dramática moderna», *Rev. Esp. de Ambos Mundos* 1 (1853), 865-879.

[138] L. Catin, *loc. cit.* (v. nota 10), págs. 177-178. Sobre Horacios y Curiacios, cf. Bibliogr. VI. a: H. Meusel.

De la popularidad de los episodios legendarios de Livio en otro tiempo dan una idea las más de 24 piezas del dramaturgo popular alemán H. Sachs inspiradas en ellos, contemporáneas, en un sentido amplio, de las 22 reimpresiones que se hicieron entre 1533 y 1619 de las traducciones de Carbach y de Müntzer [139].

Desde comienzos del siglo XVI se prestó también atención al contenido de Livio como punto de partida para la reflexión política sobre la historia y como ilustración histórica del pensamiento político: así se ha definido la doble función del texto de *Ab Urbe condita* en los *Discorsi sopra la prima decade di Livio*, de Maquiavelo. En los mismos términos podría definirse la presencia de Livio en la esfera de la filosofía del derecho, a través de la obra de Hugo Grocio, y de Montesquieu. Y en Italia, junto a Maquiavelo y después de él, Livio sigue inspirando la reflexión política en Guarducci, en Ciccarelli, en Aldo Manuzio, en el marqués Virgilio Malvezzi, cuyo *Rómulo y Tarquinio* traduciría nuestro Quevedo [140].

Tito Livio está ausente de la cultura española hasta finales del siglo XIV. Todas las noticias sobre Livio en la

---

[139] Cf. B. DOER, «Livy and the Germans», T. A. DOREY (ed.), *Livy*, págs. 97-117.

[140] Cf. T. BOZZA, *Scrittori politici italiani del 1550 al 1650* (Storia e Letteratura, Raccolta di studi e testi, 23), Roma, 1980. C. F. GOFFIS, «Stato ed eversione da Livio ai *Baccanali* di G. Pindemonte», *Letterature comparate. Problemi e metodo. Studi in onore di E. Paratore*, Bolonia, 1981, págs. 1505-1523. De LIVIO en MONTESQUIEU trata S. M. MASON; de LIVIO en GROCIO, M. VON ALBRECHT; en MAQUIAVELO, J. H. WHITFIELD (v. Bibliogr. VI. a) *Adde* A. MICHEL, «Machiavel, lecteur de Tite-Live: entre l'optimisme de Cicéron et le pessimisme de Tacite», *Machiavelli attuale*, Ravenna, 1982. G. POMA, «Machiavelli e il decenvirato», *Riv. Storica dell'Antichità* 15 (1985), 285-289.

Edad Media española se reducen a un par de menciones de segunda mano en S. Isidoro. No hay indicios de que su obra fuera conocida en ninguno de los ámbitos de cierta vitalidad de la cultura antigua en la Península por aquellos siglos, ni entre los mozárabes de Córdoba, que poseían manuscritos de Horacio y de Virgilio, entre otros clásicos, ni en el círculo del Rey Sabio castellano [141].

En España existen doce manuscritos de Livio; con decir que los más completos son los más antiguos está dicho que ninguno es anterior al siglo XIV. Cuatro son de ese siglo: dos de ellos (Biblioteca de El Escorial) contienen todo el Livio de entonces, es decir, las décadas 1.ª, 3.ª y 4.ª, con las lagunas que ya conocemos, los otros dos (Bibliotecas de El Escorial y del Archivo Catedralicio de Valencia) sólo la primera y la tercera. Los ocho restantes son todos del XV y contienen sólo una década. En su mayoría, proceden de Italia; los mejores, de los fondos de la dinastía aragonesa en Nápoles.

El primer indicio de interés por Livio en España es un documento de 1315, en el que el rey Jaime II, hermano de Roberto de Nápoles, encarga comprar allí un Tito Livio, aun al precio de los cien florines de oro que pide el vendedor. Seguramente no lo consiguió, porque unos setenta años después el Infante D. Juan justificaba su insis-

---

[141] Sobre Livio en España, v. T. DE LA A. RECIO, *op. cit.* (v. nota 2), págs. 260-285; C. J. WITTLIN, *op. cit.* (v. nota 135), vol. I, págs. 60-94 y 168-182; J. RUBIÓ BALAGUER, «Literatura catalana», *Historia general de las literaturas hispánicas*, t. I, Barcelona, 1949, págs. 645-743; J. SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la literatura hispánica*, I-X, Madrid, 1960-1972 (v. índices); L. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos clásicos existentes en España*, Madrid, 1984. Cf. Bibliogr. VI. a: R. M. GOLDMAN, H. PETRICONI; L. A. DE CUETO (v. nota 137); *adde*, A. ALVAR, «De Heródoto a la campana de Huesca», *Bullet. Hisp.* 82 (1980), 5-15.

tencia en solicitar los libros de Livio con un *in istis partibus reperiri non possunt.*

Pero es precisamente en ese final del siglo XIV cuando la inencontrable obra de Livio podría decirse que irrumpe en España, traducida o adaptada, por los mismos años, del francés al catalán, al aragonés y al castellano. Uno de los personajes a quienes se dirigía el Infante don Juan era su tío político el Rey de Francia Carlos *el Sabio*, el mismo que había encargado a Bersuire su traducción y que, verosímilmente, no tardó en hacerle llegar una copia de ésta a su sobrino.

Una serie de hechos coetáneos se nos presentan como un rompecabezas tentador: en 1386 el Infante pedía al rey de Castilla una *Gran Crónica de España*; D. Juan Fernández de Heredia, su amigo y consejero, compilador y traductor de obras de historia al aragonés, basa parte de su *Gran Cronica de Espanya* en el texto de Livio traducido por Bersuire, y cuando muere Heredia, en 1395, el ya Rey D. Juan I pide a sus herederos, entre otros libros clásicos de su biblioteca, un Tito Livio; un traductor anónimo vierte por entonces al catalán, siguiendo a Bersuire, los siete primeros libros de *Ab Urbe condita*, traducción que se conserva en un manuscrito del Museo Británico, y fray Antoni Canals intercala pasajes de Livio en su traducción de Valerio Máximo; por último, el Rey de Castilla, Enrique III, ordena a su Canciller, Pero López de Ayala, que traduzca a Livio al castellano, y Ayala, aunque dispone del texto latino, que a veces consultará, traduce a Bersuire.

Todas estas noticias confluirían necesariamente en el Bersuire enviado por el Rey de Francia, si no fuera porque Livio pudo haber llegado antes al Canciller y a Heredia por otros caminos, ya que Heredia, hombre culto y refinado, cuya biblioteca era la envidia de muchos humanistas,

había desempeñado durante muchos años un alto cargo en la corte pontificia de Aviñón, y también Ayala había vivido allí, siendo un muchacho, y en su carrera política mantuvo luego frecuentes contactos con Francia.

De la traducción de Ayala, que fue pronto la base de un compendio y el modelo de una nueva tradución, se conservan cinco o seis manuscritos de cada década. La procedencia de éstos indica que circuló sobre todo entre los personajes de la corte y de la nobleza, pero no quedan huellas de su lectura ni entre sus poseedores más ilustrados, como Gómez Manrique o el Marqués de Santillana. Tal vez, como los manuscritos florentinos, fuera más codiciada que leída. Como lectura parecía demasiado larga, ya que en 1439 Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, hizo un resumen de ella, reduciéndola a un tercio, y éste fue realmente el Livio que se divulgó primero, en tres ediciones de 1497, 1505 y 1516. El texto completo no tardaría en imprimirse, pero en traducción de fray Pedro de la Vega, hecha sobre la de Ayala y el compendio de Pimentel y publicada en Zaragoza en 1520.

No mucho después Francisco de Enzinas revisó el trabajo de Pedro de la Vega y lo amplió con su propia traducción de los libros XLI-XLV. Esta traducción, que apareció en Estrasburgo, en 1552, y en Colonia al año siguiente, se reeditó en Bruselas en 1765 y en Madrid entre 1793 y 1796.

Hasta finales del siglo XIX no se haría una traducción nueva. Se debió a Francisco Navarro y Calvo y se editó en Madrid, en siete pequeños volúmenes de la Biblioteca Clásica. Siendo en general una buena traducción literaria, su defecto más grave no son los errores de interpretación del original, que no faltan, sino el incluir, sin advertirlo al lector, la traducción de los suplementos que en la edi-

ción que siguió llenaban las conocidas lagunas de algunos libros, especialmente el XLI y el XLV [142].

Las primeras ediciones del texto latino de *Ab Urbe condita* en España se hicieron en Salamança y Alcalá hacia mediados del siglo XVI. Fueron ediciones escolares sin valor filológico, pero importantes porque sirvieron para que algunos estudiantes se familiarizaran con las leyendas titolivianas que desde entonces comienza a reflejar la literatura.

La pervivencia de Livio en la literatura española presenta, en general, los mismos rasgos que en las demás literaturas europeas. Un grupo particular de deudores de Livio lo forman los biógrafos, historiadores, cronistas, compiladores de ejemplos, o teóricos de la historiografía y de la ciencia política: Livio sirvió de fuente para los libros 4 a 6 de la crónica de Fernández de Heredia ya mencionada, es opinión común que la segunda parte del *Libro de las virtuosas y claras mujeres*, de D. Álvaro de Luna, deriva de Livio y de Valerio Máximo; Hernando del Pulgar emprende su *Crónica de los Señores Reyes Católicos* con el confesado propósito de seguir las huellas de Livio; Pedro Mártir de Anglería recuerda a Livio en el título de su obra *Decades de Orbe Novo* y en sus retratos de mujeres. En general, los historiadores latinos del renacimiento español están más próximos a Livio que a Salustio, o Tácito, y más que ningún otro el jesuita Juan de Mariana en su *De Rebus Hispaniae*. Livio no es sólo fuente inmediata de su historia de la España romana, sino modelo consciente de estilo en toda ella; aunque exagera tanto su livianis-

---

[142] J. IRAZUSTA *(Tito Livio. Del imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1968) sufre las consecuencias, atribuyendo a Livio algunas cosas que nunca escribió.

mo que el título de *Livius alter* que le dio Gibbon más que honrar al imitador, desacredita al modelo. Entre los teóricos, Luis Cabrera de Córdoba *(De Historia, para entenderla y escribirla)* —«Livio español», según su paisano y amigo Luis de Góngora— fundamenta su concepción de la obra histórica como paradigma ético en el prólogo de Livio, y Saavedra Fajardo convierte a Livio, junto con Tácito, en el mentor político de sus *Cien Empresas.*

Los episodios que dan lugar a desarrollos autónomos son los mismos que ya conocemos, y reciben parecidos tratamientos. Gaspar de Aguilar escribe *Los amantes de Cartago* sobre la historia de Sofonisba; Sofonisba es también el tema, y el título, de otras dos piezas teatrales de Comella y de Mazuelo, y de un relato en prosa de Cristóbal Lozano. Juan de la Cueva publicó en 1588 una *Trágedia de la muerte de Virginia* y una *Comedia de la libertad de Roma por Mucio Cévola,* y escribió numerosos romances sobre episodios de la historia romana, muchos de ellos sacados de Livio. Virginia dio título y argumento a una tragedia de Agustín Montiano y a otra de Tamayo y Baus. Lucrecia inspiró a Góngora un romance, una farsa a J. Pastor, un drama a Rojas Zorrilla y una tragedia a Nicolás Fernández de Moratín.

BIBLIOGRAFÍA

I. General

a) *Repertorios e informes*

H. Aili, «Livy's Language. A Critical Survey of Research», *Aufstieg u. Niedergang* (vid. *infra*, I. c), II 30, 2 (1982), 1122-1147.

P. Boyancé, «Tite Live et Scipion», *L'Inform. Litt.*, 2 (1950), 111-116. (Sobre L. Catin y P. Zancan (vid. *infra*, I. b), G. Stübler (vid. *infra*, III. c) y W. Hoffmann (vid. *infra*, IV. b).

K. Büchner, J. B. Hofmann, *Lateinische Literatur und Sprache in der Forschung seit 1937*, Berna, 1951, págs. 143-147.

E. Burck, «Aktuelle Probleme der Livius-Interpretation», *Gymnasium (Beihefte)* 4 (1966), 21-46 (esp. 31-46).

—, «Literaturüberblick», *Die Erzählungskunst des Titus Livius*, 2.ª ed., Berlín-Zurich, 1964, págs. X-XXVIII.

—, «Bibliographischer Nachtrag (1977)», *Wege zu Livius* (vid. *infra* I. c), 2.ª ed., págs. 540-548.

K. Gries, «Livian Scholarship since 1940», *Class. World*, 53 (1959), 33-40 y 69-80.

N. I. Herescu, *Bibliographie de la littérature latine*, París, 1943, págs. 221-239 (= «Bibliographie de Tite-Live», *Rev. Clasicâ*, 13-14 (1941-42), 26-49).

J. Jiménez Delgado, «Lo religioso en Tito Livio, II: Orientación bibliográfica», *Helmantica* 11 (1960), 461-484.

W. KISSEL, «Livius 1933-1978: Eine Gesamtbibliographie», *Aufstieg u. Niedergang* (vid. *infra,* I. c), II 30, 2 (1982), 899-997.

B. LIER, «Bericht über die Literatur zu Livius aus den Jahren 1901-1909», *Jahresbericht über die Fortschritte der klassischen Altertumswissenschaft,* 148 (1910), 112-165 (= *JAW*, o *Bursians Jahresbericht).*

J. E. PHILLIPS, «Current Research in Livy's first decade: 1959-1979», *Aufstieg u. Niedergang* (vid. *infra,* I. c), II 30, 2 (1982), 998-1057.

R. RAU, «Bericht über die Literatur zu Livius aus den Jahren 1920-1932», *Jahresber. ü. d. Fortschr. d. klass. Altertumswis.,* 242 (1934), 75-103.

F. DE RUYT, «Questions Liviennes», *Les Étud. Class.,* 4 (1935), 386-398. (Sobre I. c: *Studi Liviani.*)

V. VIPARELLI, «Rassegna di Studi Liviani», *Bollet. di Studi Lat.,* 4 (1974), 49-66.

P. G. WALSH, *Livy* (Greece & Rome, New surveys in the classics, 8), Oxford, 1974.

K. WITTE, «Bericht über die Literatur zu Livius aus den Jahren 1910-1919», *Bursians Jahresberich,* 188 (1921), 1-33.

b) *Monografías, introducciones, semblanzas*

J. M. ANDRÉ, A. HUS, «Tite-Live», *L'Histoire à Rome,* París (Coll. Sup. Litt. Anciennes), 1974, págs. 67-97 y 208-212 [=*La historia en Roma,* trad., N. MÍGUEZ, Madrid, 3.ª ed., 1989].

J. BAYET, «Introduction», J. BAYET, G. BAILLET, *Tite-Live, Histoire Romaine, tome I, livre I,* París, 1965, págs. VII-LXXVI (= 1.ª ed., 1940).

H. BORNECQUE, *Tite-Live,* París, 1933.

J. BRISCOE, «The First Decade», *Livy* (vid. *infra,* I. c), págs. 1-20.

E. BURCK, «Livius als augusteischer historiker», *Die Welt als Geschichte,* 1 (1935), 446-487 (= *Wege zu Livius* (vid. *infra,* I. c), págs., 96-146).

—, «The Third Decade», *Livy* (vid. *infra,* I. c), págs. 21-46.

L. CATIN, *En lisant Tite-Live* (Coll. d'Études Anciennes), París, 1944.

A. FONTÁN, «Tito Livio, historiador de Roma», *Arbor* 337 (1974), 21-36.

—, «Introducción», *Tito Livio, Historia de Roma desde la fundación de la ciudad (Ab Vrbe condita) libros I y II* (Colección Hispánica de autores griegos y latinos), Madrid, 1987, págs. IX-CXLIII.

C. GIARRATANO, *Tito Livio*, Roma, 1943 (=1.ª ed., 1936).

M. GRANT, «Livy», *The ancient historians*, Londres, 1970, págs. 217-242.

W. HOFFMANN, «Livius und die römische Geschichtschreibung», *Antike u. Abendland*, 4 (1954), 171-186 = *Wege zu Livius* (vid. *infra*, I. c), págs. 68-95.

R. HEINZE, «Livius», *Die augusteische Kultur*, 2ª ed., Leipzig-Berlín, 1933, págs. 91-106.

E. HOWALD, «Livius», *Vom Geist antiken Geschichtsschreibung. Sieben Monographien*, Munich, 1944, págs. 163-192.

F. KLINGNER, «Livius», *Die Antike* 1 (1925), 86-100.

—, «Zweitausend Jahre Livius», *Neue Jahrb. für Antike u. Bildung*, 6 (1943), 49-64 = *Wege zu Livius* (vid. *infra*, I. c), págs. 48-67.

A. KLOTZ, «Livius T.», PAULY-WISSOWA, *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, XIII 1 (1926), cols. 815-852.

M. L. W. LAISTNER, «Livy, the man and the writer», «Livy, the Historian», *The greater Roman Historians*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1971 (= 1ª ed., Sather Classical Lectures, Berkeley, 1947), págs. 65-82 y 83-102.

T. J. LUCE, *Livy. The composition of his History*, Princeton, 1977.

R. M. OGILVIE, «Livy», *The Cambridge History of Classical Litterature*, vol. II, Cambridge, 1982, págs. 458-466. [Trad. E. Bombín, Madrid, Gredos, 1989.]

L. PERELLI, «Introduzione», *Storie, libri I-V, di Tito Livio*, Turín, 1974, págs. 9-76.

T. DE LA A. RECIO, *Tito Livio*, Barcelona, 1952.

A. Ronconi, *Tito Livio*, Urbino, 1942 (= *Da Lucrezio a Tacito*, Mesina, 1950, págs. 161-184).

M. Schanz, C. Hosius, *Geschichte der römischen Literatur*, (Handb. d. Altertumswiss., VIII 2), Munich, 1967 (= 1935), vol. II, págs. 297-319

H. Taine, *Essai sur Tite-Live*, París, 1855 = *Tito Livio* [Trad. L. de Terán, Madrid, s. d.].

S. Usher, «Livy», *The Historians of Greece and Rome*, Londres, 1969, págs. 161-198.

F. J. de Waele, *Titus Livius als geschiedschrijver van Rome's grootheid*, Nimega, 1949.

F. W. Walbank, «The fourth and fith decades», *Livy* (vid. *infra*, I. c), págs. 47-72.

P. G. Walsh, *Livy: His historical aims and methods*, Cambridge, 1961.

—, «Livy», *Latin Historians*, ed. por T. A. Dorey, Londres, 1966, págs. 115-142.

—, *Livy* (Greece & Rome, New surveys in the classics, 8), Oxford, 1974.

—, «Livy and the aims of 'historia'. An analysis of the third decade», *Aufstieg u. Niedergang* (vid. *infra*, I. c), II 30, 2, págs. 1058-1074.

W. Weissenborn, «Einleitung», W. Weissenborn, H. J. Müller, *Titi Livi, «Ab Vrbe condita» libri*. vol. I, libri I-II, Berlín, 1860.

P. Zancan, *Tito Livio: saggio storico*, Milán, 1940.

c) *Misceláneas*

Aufstieg und Niedergang der römischen Welt: Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neuren Forschung, I..., edit. por H. Temporini y W. Haase, Berlín-Nueva York, 1972... (cit. *Aufstieg u. Niedergang)*.

Livy (Greek and Latin Studies, Classical Literature and its Influence), edit. por T. A. Dorey, Londres-Toronto, 1971.

Livius Werk und Rezeption. Festschrift für Erich Burck zum 80. Geburtstag, edit. por ECKARD LEFÈVRE y ECKARD OLSHAUSEN, Munich, 1983 (cit. *Festschrift... Burck*).

Studi Liviani (Pubbl. Istit. di Studi Romani), Roma, 1934.

Wege zu Livius (Wege der Forschung, CXXXII), edit. por ERICH BURCK, 2.ª ed., Darmstadt, 1977.

II. VIDA, OBRA, CRONOLOGÍA

C. CICHORIUS, «Ein neuer Historiker und die Anfänge von Liviu's Schriftellerischer Tätigkeit», *Römische Studien*, Leipzig, 1922, págs. 261-269.

E. DUTOIT, «Quelques généralisations de portée psychologique et morale dans l' Histoire romaine de Tite-Live», *Rev. d'Étud. Lat.*, 20 (1942) 98-105.

K. GRIES, «The personality of T. Livius», *Hommage à M. Rénard* (Col. Latomus, 101), págs. 383-393.

A. D. LEEMAN, «Are we fair to Livy? Some thoughts on Livy's prologue» = «Werden wir Livius gerecht», *Wege zu Livius...*, págs. 200-214 (= *Helikon*, 1 (1961), 28-39).

T. L. LUCE, «The dating of Livy's first decade», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 96 (1965), 209-240.

V. LUNDSTRÖM, «Kring Livius' liv och verk», *Eranos*, 27 (1929), 1-37.

E. MENSCHING, «Livius, Cosus und Augustus», *Museum Helvet.*, 24 (1967), 12-32.

—, «Zur Entstehung und Beurteilung von *Ab Urbe condita*», *Latomus*, 45 (1986), 572-589.

F. SARTORI, «Padova nello stato romano dal secolo III a. C., all'età dioclezianea», *Padova antica. Da comunità paleoveneta à città romano-cristiana*, Trieste, 1981, págs. 97-189.

U. SCHINDEL, «Livius philosophus?», *Festschrift Burck*, págs. 411-419.

R. SYME, «Livy and Augustus», *Harvard Stud. in class. Philol.*, 64 (1959), 27-87 (= *Roman Papers, I*, Oxford, 1979, págs. 400-454).

«Titus Livius», *Prosopographia imperii Romani V I*, iteratis curis edidit L. PETERSEN, Berlín, 1970, págs. 70-71.

III. LA HISTORIA DE ROMA DE TITO LIVIO: ASPECTOS DE SU IDEOLOGÍA

A) *Ideas de Livio sobre la historia: el prefacio*

L. AMUNDSEN, «Notes to the preface of Livy», *Symb. Osloenses,* 25 (1947), 31-35.

C. CODOÑER MERINO, *Evolución del concepto de historiografía en Roma* (Faventia Monogr., 4), Barcelona, 1986.

H. DESSAU, «Die Vorrede des Livius», *Festschrift z. O. Hirschfelds 60. Geburtstage*, Berlín, 1903.

E. DUTOIT, «Le thème de la force qui se détruit elle-même (HOR., *Epod.*, XVI 2) et ses variations chez quelques auteurs latins», *Rev. d'Étud. Lat.*, 14 (1936), 365-373.

—, «Les petites causes dans l'histoire romaine de Tite-Live», *Lett. d'Humanité,* 5 (1946), 186-205.

L. FERRERO, «Attualità e tradizione nella *Praefatio* liviana», *Riv. di Filol. e di Istruz. Clas.*, 27 (1949), 1-27.

G. FUNAIOLI, *Il proemio alle Storie dei Tito Livio* (Opuscoli academici, serie liviana, 5), Padova, 1942 (= *Römertum* (Wege der Forschung, 18), edit. por H. OPPERMANN, Darmstadt, 1962, págs. 278-298).

A. HEUSS, «Zur inneren Zeitform bei Livius», *Festschrift Burck*, págs. 175-205.

I. KAJANTO, «Notes on Livy's conception of history», *Arctos,* 2 (1958), 55-63.

T. JANSON, *Latin prose prefaces. Studies in literary conventions* (Studia Lat. Stockholmiensia, 13), Estocolmo, 1964, págs. 64-74.

M. MAZZA, *Storia e ideologia in Livio. Per un'analisi storiografica della 'praefatio' ai Libri «ab urbe condita»*, Catania, 1966.

R. E. MITCHELL, «Historical development in Livy», *Classical texts and their traditions. Studies in honour of C. R. Traham*, 1984, págs. 179-199.

H. OPPERMANN, «Die Einleitung zum Geschichtswerk des Livius», *Der altsprachliche Unterricht*, 7 (1955), 87-98 (= *Wege zu Livius*, págs. 169-180).

M. RUCH, «Le thème de la croissance organique dans le livre I de Tite-Live», *Studii Clasice*, 10 (1968), 123-131.

b) *Ideas políticas*

L. BRUNO, «'*Libertas plebis*' in Tito Livio», *Giorn. Ital. di Filol.* 19 (1966), 107-130.

—, «'*Crimen regni*' e '*superbia*' in Tito Livio», *Giorn. Ital. di Filol.*, 19 (1966), 236-259.

L. BRUNO, M. PINTO, *La costituzione romana nella prima deca di Tito Livio*, Nápoles, 1954.

E. BURCK, «Zum Rombild des Livius. Interpretationen zur zweiten Pentade», *Altsprachliche Unterricht*, 3, 2 (1957), 34-75 = *Vom Menschenbild in der römischen Literatur*, Heidelberg, 1966, págs. 321-353.

—, «Die römische Expansion im Urteil des Livius», *Aufstieg u. Niedergang* II 30, 2, págs. 1148-1189.

E. DOBLHOFER, «Livius und andere 'Imperialisten'», *Festschrift Burck*, págs. 133-162.

A. FREIXAS, *Márgenes y estampa de Tito Livio. Ensayo acerca del pensamiento de Tito Livio*, Buenos Aires, 1941.

H. HAFFTER, «Rom und römische Ideologie bei Livius», *Gymnasium*, 71 (1964), 236-250 = *Wege zu Livius*, págs. 277-297.

H. HOCH, *Die Darstellung der politische Sendung Roms bei Livius*, Frankfurt, 1951 = (extracto) *Wege zu Livius*, págs. 261-276.

A. W. LINTOTT, «Imperial expansion and moral decline in the Roman republic», *Historia*, 212 (1972), 626-638.

M. L. MERTEN, *Fides Romana bei Livius*, Frankfurt, 1965.

W. PABST, *Quellenkritische Studien zur inneren römischen Geschichte der älteren Zeit bei T. Livius und Dionys von Halikarnass*, Innsbruck, 1969.

B. PAGNON, «Le récit de l'expédition de Cn. Manlius Vulso contre les Gallo-Grecs et ses prolongements dans le livre 38 de Tite-Live», *Les Étud. Class.*, 50 (1982), 115-128.

V. VIPARELLI SANTANGELO, «A proposito dell'uso del termine *moderatio* nelle storie di Livio», *Bollet. di Stud. Lat.*, 6 (1976), 71-78.

G. ZECCHINI, «Cn. Manlio Vulsone e l'inizio della corruzione à Roma», *Contrib. dell'Istit. di Stor. Ant.*, 8 (1982), 159-178.

c) *Mentalidad filosófico-religiosa*

J. BAYET, «Introduction», págs. XXXVIII-XLI (= «Philosophische Tendenzen bei Livius», *Wege zu Livius*, págs. 470-474).

J. JIMÉNEZ DELGADO, «Lo religioso en Tito Livio, I: dificultad del tema», *Helmantica*, 11 (1960), 49-77.

—, «Importancia de los prodigios en Tito Livio», *Helmantica*, 12 (1961), 27-46.

—, «Clasificación de los prodigios tito-livianos», *Helmantica*, 12 (1961), 441-461.

—, «Postura de Livio frente al prodigio», *Helmantica*, 14 (1963), 381-419.

I. KAJANTO, *God and fate in Livy* (Annales Univ. Turkuensis, B, 64), Turku, 1957 (= (extracto, en alemán) *Wege zu Livius*, págs. 475-485).

A. MICHEL, «Entre Cicéron et Tacite. Aspects idéologiques du Catilina de Salluste», *Acta class. Univ. Scient. Debrec.*, 5 (1969), 83-91.

W. LIEBESCHÜTZ, «The religious position of Livy's history», *Journ. of Roman Stud.*, 57 (1967), 45-55.

R. M. OGILVIE, *The Romans and their Gods*, Londres, 1969.

E. DE SAINT-DENIS, «Les enumerations de prodiges dans l'oeuvre de Tite-Live», *Rev. de Philol.*, 16 (1942), 126-142.

G. Stübler, *Die Religiosität des Livius* (Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft, 35), Amsterdam, 1964 (= Stuttgart, 1941).

P. G. Walsh, «Livy and Stoicism», *Amer. Journ. of Philol.*, 79 (1958), 355-375.

d) *Livio y Augusto*

J. M. Alonso Núñez, «L'opposizione contro l'imperialismo romano e contro il prinzipato nella storiografia del tempo di Augusto», *Riv. Stor. dell' Ant.*, 12 (1982), 131-141.

J. D. Bishop, «Augustus and A. Cornelius Cossus Cos.», *Latomus*, 7 (1948), 197-191.

E. Burck, «Livius als augusteischer Historiker», *Wege zu Livius*, págs. 96-143 (= *Die Welt als Geschichte*, 1 (1935), 446-487.

—, «Die römische Expansion... (*ut supra*, III.b), págs. 1185-1189 («Livius' Stellung zur augusteischen Zeit und Restauration»).

F. Càssola, «Livio, il tempio di Giove Feretrio e la inaccessibilità dei santuari in Roma», *Riv. Storica Ital.*, 82 (1970), 5-31.

C. N. Cochrane, *Christianity and Classical Culture*, 2.ª ed., Oxford, 1944 = *Cristianismo y Cultura clásica* [Traducción de J. Carner], México-Madrid-Buenos Aires, 1949, págs. 100-115.

L. J. Daly, «Livy's *veritas* and the *spolia opima*. Politics and the heroics of Cornelius Cossus (IV 19-20)», *The Ancient World*, IV (1981), 49-63.

H. Erkell, *Augustus, felicitas, fortuna. Lateinische Wortstudien*, Tesis doct., Goteburgo, 1952.

E. Gabba, «The historians and Augustus», *Caesar Augustus. Seven aspects.*, Oxford, 1984, págs. 61-88.

J. Hellegouarc'h, «Le principat de Camille», *Rev. des Ét. Lat.*, 48 (1970), 112-132.

E. Mensching, «Livius, Cosus und Augustus», *Museum Helvet.*, 24 (1967), 12-32.

H. J. Mette, «Livy und Augustus», *Gymnasium*, 68 (1961), 269-285.

R. M. OGILVIE, *Gnomon*, 40 (1968), 509-511. (Recensión de *Wege zu Livius*.)

H. PETERSEN, «Livy and Augustus», *Transact. & Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 92 (1961), 440-452.

G. RUNCHINA, «Letteratura e ideologia nell'età augustea», *Ann. Fac. di Magist. Univ. Cagliari*, 3 (1978-79), 15-87.

D. TIMPE, «Geschichtschreibung und Prinzipat-Opposition», *Opposition et résistances à l'Empire d'Auguste à Trajan* (Entretiens sur l'Antiquité classique, 33), Ginebra, 1986, págs. 65-102.

P. G. WALSH, «Livy and Augustus», *Proceed. of the Afric. Class. Assoc.*, 4 (1961), 26-37.

IV. TITO LIVIO, HISTORIADOR

a) *Precursores y fuentes; método de trabajo*

I. CALABI, «I commentari di Silla come fonte storica», *Memorie dell' Acad. dei Licei*, 3, 5 (1951), 245-302.

A. FONTÁN, «El griego de Tito Livio», *Est. Clás.*, 87 (1984), 311-322 (*Apophoreta philologica. M. F. Galiano oblata*).

J.-A. DE FOUCAULT, «Tite-Live, traducteur de Polybe», *Rev. d'Étud. Lat.*, 46 (1968), 208-221.

F. HELLMANN, *Livius-Interpretationen*, Berlín, 1939 = (extracto «Das kritische Verfahren de Livius»), *Wege zu Livius*, págs. 237-248.

H. HOMMEL, «Die Rede des Vaters der Gracchen für L. Cornelius Scipio Asiaticus», *Gymnasium*, 56 (1949), 176-182.

U. KAHRSTED, *Die Annalistik von Livius, Bücher XXI-XVL*, Roma, 1971 (= Berlín, 1913).

W. KLOTZ, *Livius und seine Vorgänger, I-III* (Neue Wege zur Antike, 2, 9-11), Amsterdam, 1964 (= Leipzig-Berlín, 1940-41).

H. NISSEN, *Kritische Untersuchungen über die Quellen der 4. und 5. Dekade des Livius*, Berlín, 1863.

T. J. LUCE, *Livy...*, (vid. *supra*, I. b), págs. 139-229.

E. PIANEZZOLA, *Traduzzione e ideologia. Livio interprete di Polibio*, Bolonia, 1969.
E. RAWSON, «Prodigy lists and the use of the *Annales Maximi*», *Class. Quart.*, 21 (1971), 158-169.
G. DE SANCTIS, «Livio e la storia della storiografia romana», *Pegaso* (1931), 278-292 (= *Problemi di Storia antica*, Bari, 1932).
D. SLABOCHOVÁ, «Tite-Live traducteur et adaptateur de Polybe», *Graecolatina Pragensia*, 8 (1980), 24-40.
W. SOLTAU, *Livius' Geschichtswerk, seine Komposition und seine Quellen*, Roma, 1971 (= Leipzig, 1897).
R. B. STEELE, «The historical attitude of Livy», *Amer. Journ. of Philol.*, 25 (1904), 15-44.
D. TIMPE, «Erwägungen zur jungeren Annalistik», *Antike und Abendland*, 25 (1979), 97-119.
H. TRÄNKLE, «Catos *Origines* im Geschichtswerk des Livius», *Forschungen zur römischen Literatur, Festschrift K. Büchner*, Wiesbaden, 1970, 274-285.
—, *Livius und Polybios*, Basilea, 1977.
P. G. WALSH, «The negligent historian: 'Howlers' in Livy», *Greece and Rome*, 5 (1958), 83-88.
W. WIEHEMEYER, *Proben historischer Kritik aus Livius XXI-XLV* (Tesis doct., Münster), Emsdetten, 1938 (= (extracto) *Wege zu Livius*, págs. 224-236).

b) *Livio historiador: crítica e interpretación*

R. BLOCH, *Tite-Live et les prémiers siècles de Rome*, París, 1965.
J. BRISCOE, *A commentary on Livy, books XXXI-XXXIII*, Oxford, 1973. *Id., books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981. *Id., books XXXVIII-XL*, Ibid., 1989.
—, «Livy and senatorial politics, 200-167 B. C.: the evidence of the fourth and fifth decades», *Aufstieg u. Niedergang.*, II 30, 2 (1982), págs. 1075-1121.

H. Bruckmann, *Die römische Niederlagen im Geschichtswerk des T. Livius*, Münster, 1936 (= (extracto) *Wege zu Livius*, págs. 298-309).

E. Burck, «Die Frühgeschichte Roms bei Livius im Lichte der Denkmaler», *Gymnasium*, 75 (1968), 74-110.

E. Carawan, «The tragic History of Marcellus and Livy's characterization», *Class. Journ.*, 80 (1985), 131-141.

F. Càssola, (vid. *supra*, III. d).

E. Cavaignac, «Quelques remarques surl'historicité de Tite-Live, XXI-XLV», *Rev. de Philol.*, 39 (1915), 5-23.

G. Cipriani, *L'epifania di Annibale. Saggio introduttivo a Livio 'Annales', XXI*, Bari, 1984.

G. Colasanti, *'Come Livio scrive che non erra'. Verità geografiche in Livio ed errori della critica moderna*, Lanciano, 1933.

H. Devijver, «Livius' boek der koningen en de archeologie. Legende versus archief?», *Kleio* XI (1981), 149-211.

T. A. Dorey, «Livy and the popular leaders», *Orpheus*, 2 (1955), 55-60.

A. Drummond, «Consular tribunes in Livy and Diodorus», *Athenaeum* 58 (1980), 57-72.

N. Erb, *Kriegsursachen und Kriegschuld in der ersten Pentade des T. Livius*, Winterthur, 1963.

E. Gjerstad, *Legend and facts of early Roman history*, Lund, 1962.

D. Gutberlet, *Die erste Dekade des Livius als Quelle zur gracchischen und sullanischen Zeit* (Beiträge zur Altertumswissens., 4), Hildesheim, 1985.

R. von Haehling, *Zeitbezeuge des T. Livius in der ersten Dekade seines Geschichtswerkes*: nec vitia nec remedia pati possumus. (Historia Einzelschriften, 61), 1989.

W. Heilmann, «*Conluratio impia*. Die Unterdrückung der Bacchanalien als Beispiel für römische Religionspolitik und Religiosität», *Der Altsprachliche Unterricht*, 28, 2 (1985), 22-41.

J. Hellegouarc'h, *(ut supra*, III. d).

H. M. Hine, «Livy's judgement on Marius», *Liverpool Class. Monthly*, 3 (1978), 83-87.

W. HOFFMANN, *Livius und der zweite punische Krieg* (Hermeseinzelschriften, 8), Berlín, 1942.

N. HORSFALD, «The Caudine Forks. Topography and illusion», *Papers of the Brit. School at Rome,* 50 (1982), 45-52.

—, «Illusion and reality in Latin topographical writing», *Greece and Rome,* 32 (1985), 197-208.

L. LABRUNA, *Tito Livio e le istituzioni giuridiche e politiche dei Romani* (Testi per la storia delle istituzioni, 1), Nápoles, 1984.

A. MOMIGLIANO, «Perizonius, Niebuhr and the character of early tradition», *Journ. of Roman Stud.,* 47 (1957), 104-114.

—, «An interim report on the origins of Rome», *Journ. of Roman Stud.,* 53 (1963), 95 ss.

R. M. OGILVIE, *A commentary on Livy, books 1-5*, Oxford, 2.ª ed. (con *addenda),* 1970.

—, «Titi Livi Lib. XCI», *Proceed. of the Cambridge Philol. Assoc.*, CCX (1984), 116-125.

Les origines de la république romaine (Entretiens sur l'Antiquité Classique, 13), Basilea, 1967.

K. E. PETZOLD, «Die Entstehung des römisches Weltreichs im Spiegel der Historiographie. Bemerkungen zum *bellum iustum* bei Livius», *Festschrift Burck*, págs. 241-263.

G. POMA, *Gli studi recenti sull'origine della Republica Romana. Tendence e prospettive della ricerca 1963-1973,* Bolonia, 1974.

J. POUCET, «Le prémier livre de Tite-Live et l'histoire», *Les Étud. Class.,* 43 (1975), 327-349.

M. RAMBAUD, «Exemples de déformation historique chez Tite-Live. Le Tessin, la Trébie, le Trasimène», *Caesarodunum,* XV bis (1980), 109-126.

M. A. ROBBINS, «Livy's Brutus», *Stud. in Philol.,* 69 (1972), 1-20.

E. T. SALMON, *Samnium and the Samnites*, Cambridge, 1967.

H. H. SCULLARD, *Scipio Africanus soldier and politician*, Londres, 1970, págs. 25 ss.

H. STRASSBURGER, «Livius über Caesar. Unvollständige Ueberlegungen», *Festschrift Burck*, 265-291.

H. TRÄNKLE, *Cato in der 4. und 5. Dekade des Livius* (Akad.

der Wissenschaften und der Lit., Abhandlungen der Geistes- und Sozialwissenschaft. Kl., 4), Mainz-Wiesbaden, 1971.

C. S. Tumulescu, «La valeur juridique de l'histoire de Tite-Live», *Labeo,* 21 (1975), 295-321.

P. G. Walsh, «Livy's preface and the distortion of History», *Amer. Journal of Philol.,* 76 (1955), 369-383 (= (en alemán) *Wege zu Livius*, págs. 181-199).

W. Will, «Imperatores victi. Zum Bild besiegter römischer Konsuln bei Livius», *Historia,* 32 (1983), 173-182.

—, «Mirabilior adversis quam secundis rebus. Zum bild Hannibals in der 3. Dekade des Livius», *Würzburger Jahrb. f. d. Altertumswiss.,* 9 (1983), 157-171.

V. Livio, escritor

a) *Tradición y modelos*

L. Alfonsi, «La prosa e lo stile degli *Annales Maximi*», *Studii Clasice,* 15 (1973), 51-55.

U. Bredehorn, *Senatsakten in der republikanischen Annalistik.,* Marburgo, 1968.

E. Burck, «Wahl und Anordnung des Stoffes; Führung der Handlung», *Wege zu Livius*, págs. 331-351.

T. F. Carney, «Formal elements in Livy», *Proceed. of the Afr. Class. Assoc.,* 2 (1959), 1-9.

J. P. Chausserie-Laprée, *L'expression narrative chez les historiens latins. Histoire d'un style*, París, 1969.

A. Falco, «Stile drammatico nella storiografia annalistica di Livio», *Retorica e storia nella cultura classica*, Bolonia, 1985, págs. 71-80.

A. Fontán, «Tradición historiográfica y arte retórica en la obra de Tito Livio», *Faventia* 5 (1983), 5-21.

H. A. Gärtner, *Beobachtungen zu Bauelementen in der antiken Historiographie, besonders bei Livius und Caesar* (Historia Einzelschr., 26), Wiesbaden, 1975.

F. V. Hickson, *Voces precationum. The language of prayer in the History of Livy and the Aeneid of Vergil*, Tesis doc. Univ. North Carolina, 1986 (microfilm).

R. Jumeau, «Tite-Live et l'historiographie hellénistique», *Rev. d'Étud. Anciennes* 38 (1936), 63-68.

—, «La discontinuité littéraire chez Tite-Live dans les décades polybiennes», *Rev. d'Étud. Lat.*, 26 (1948), 42-43 (resumen).

A. Klotz, «Caesar und Livius», *Rheinisches Museum* 96 (1953), 62-67.

J. Phillips, «Form and language in Livy's Triumph notices», *Class. Philol.* 69 (1974), 265-273.

B. S. Rodgers, «Great expeditions. Livy on Thukydides», *Transac. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 116 (1986), 335-352.

E. Skard, *Sallust und seine Vorgänger. Eine sprachliche Untersuchung* (Symbolae Osloenses, Suppl., 15), Oslo, 1956.

J. Untermann, «Die klassischen Autoren und das Altlatein», *Saeculum Augustum* (Wege der Forschung, 512), II, Darmstadt, 1988, págs. 426-445

F. W. Walbank, «History and tragedy», *Historia*, 9 (1960), 216 ss.

b) *Estructura y composición*

E. Burck, *Einführung in die dritte Dekade des Livius*, Heidelberg, 1950 (3.ª ed., 1963).

H. Brüggmann, *Komposition und Entwicklungstendenzen der Bücher 31-35 des Titus Livius* (tesis doct., mecanogr., Kiel, 1954).

T. Crosby, «The structure of Livy's history», *Liverpool Class. Monthly*, 3 (1978), 113-119.

A. Fontán, «Continuidad y articulación del relato en la historia de Livio», *Cuad. de Filol. Clás.*, 10 (1976), 249-270.

—, «El libro X y la composición de la segunda péntada de Tito Livio», *Cuad. de Filol. Clás.*, 13 (1977), 113-119.

A. Hus, «La composition des IVe et Ve décades de Tite-Live», *Rev. de Philol.*, 47 (1973), 225-250.

P. Jal, «Sur la composition de la 'Ve décade' de Tite-Live», *Rev. de Philol.*, 49 (1975), 278-285.

F. Kern, *Aufbau und Gedankengang der Bücher 36-45 des Titus Livius*, Kiel, 1960 (Tesis doct., mecanogr.).

J. P. Lipovsky, *A historiographical study of Livy. Books VI-X* (Monographs in class. Studies), Nueva York, 1981.

T. J. Luce, *Livy. The composition of his history*, Princeton, 1977.

A. C. Scafuro, «Pattern, theme and historicity in Livy books 35 and 36», *Class. Antiquity*, 6 (1987), 249-285.

Ph. A. Stadter, «The structure of Livy' history», *Historia*, 21 (1972), 287-307.

T. A. Suits, «The structure of Livy's thirty-second book», *Philologus*, 118 (1974), 257-265.

G. Wille, *Der Aufbau des Livianischen Geschichtswerks* (Heuremata, 1), Amsterdam, 1973.

c) *Arte narrativo; formas del relato*

E. Burck, *Die Erzählungskunst des Titus Livius* (Problemata, 11), 2.ª ed., Berlín-Zurich, 1964 (=1934).

E. Dutoit, «Silences dans l'oeuvre de Tite-Live», *Mélanges... offerts a J. Marouzeau*, París, 1948, págs. 141-151.

J. Fries, *Der Zweikampf. Historische und literarische Aspekte seiner Darstellung bei T. Livius* (Beitrage zur klass. Philol., 169), Königstein, 1985.

E. Levèbre, «Argumentation und Struktur der moralischen Geschichtsschreibung der Römer am Beispiel von Livius' Darstellung des Beginns des römischen Freistaats (II 1-2, 15)», *Festschrift Burck*, págs. 31-57.

T. J. Luce, «Desing and structure in Livy: V 32-55», *Transact. and Proceed. of the Amer. Philol. Assoc.*, 102 (1971), 265-302.

H.-G. PLATHNER, *Die Schlachtschilderungen bei Livius*, Breslau, 1934.

A. REICHENBERGER, *Studien zum Erzählungsstil des Titus Livius,* Karlsruhe, 1931.

W. KROLL, «Die Kunst des Livius», *Neue Jahrbb. f. d. klass. Altertumswiss.* (1921), 97-108 (= *Studien zum Verständnis der römischen Literatur*, Stuttgart, 1924, págs. 351-369).

K. WITTE, *Über die Form der Darstellung in Livius' Geschichtswerk.*, Darmstadt, 1969 (= *Rheinisches Museum,* 65 (1910), 270-305 y 359-419).

P. G. WALSH, «The literary techniques of Livy», *Rheinisches Museum*, 97 (1954), 97-114.

d) *Los discursos*

H. V. CANTER, «Rhetorical elements in Livy's direct speeches», *Amer. Journ. of Philol.*, 38 (1917), 125-151.

—, «Livy the orator», *Class. Jour.*, 9 (1913), 24-34.

K. GRIES, «Livy's use of dramatic speech», *Amer. Journ. of Philol.*, 70 (1949), 118-141.

O. KOHL, *Ueber Zweck und Bedeutung der livianischen Reden* (Gymn.-Progr.), Barmen, 1872.

A. LAMBERT, *Die indirekte Rede als künstlerisches Stilmittel des Livius*, Zurich-Rüschlikon, 1946 (= (extracto) *Wege zu Livius*, págs. 415-429).

I. PASCHKOWSKI, *Die Kunst der Reden in 4. und 5. Dekade des Livius* (Tesis doct. mecanogr.), Kiel, 1966.

R. TREPTOW, *Die Kunst der Reden in der 1. und 3. Dekade des livianisches Geschichtswerkes* (Tesis doct. mecanogr.), Kiel, 1964.

R. ULLMANN, *La technique des discours dans Salluste, Tite-Live et Tacite* (Skrifter utg. av det Norske Videnskabs-Academi i Oslo: Hist.-filos. Klasse, 1927, 2), Oslo, 1927.

—, *Étude sur le stile des discours de Tite-Live* (Skrifter utg. av det Norske Videnskabs-Academi i Oslo: Hist.-filos. Klasse, 1928, 3), Oslo, 1929.

e) *Lengua y estilo*

H. Aili, *The prose rhythm of Sallust and Livy* (Studia latina Stockholmiensia, 24), Estocolmo, 1979.

J. N. Adams, «The vocabulary of the later decades of Livy», *Antichthon*, 8 (1974), 54-62.

J. Briscoe, *A Commentary on Livy... (vid. supra,* IV), vol. I, págs. 12-17; vol. II, págs. 3-15.

J. Dangel, *La phrase oratoire chez Tite-Live* (Coll. d'Études Anciennes), París, 1982.

P. Fedeli, «Ideologia e stile. I poetismi e gli arcaismi liviani», *Quad. di Storia,* 3 (1976), 255-283.

K. Gries, *Constancy in Livy's latinity*, Ann Arbor, 1949.

J. Jiménez Delgado, *El latín de Tito Livio* (Public. de la Rev. de Ens. Media: Cuadernos didácticos, 140), Madrid, 1961.

L. Kühnast, *Die Hauptpunkte der livianischen Syntax*, Hildesheim-Nueva York, 1973 (= Berlín, 1872).

K. Lindemann, *Beobachtungen zur livianischen Periodenkunst* (tesis doct.), Marburgo, 1964.

A. H. McDonald, «The style of Livy», *Journ. of Roman Stud.*, 47 (1957), 155-172.

F. Quadlbauer, «*Livi lactea ubertas.* Bemerkungen zu einer quintilianischen Formel und ihre Nachwirkung», *Festschrift Burck*, págs. 347-366.

O. Riemann, *Études sur la langue et la grammaire de Tite-Live*, Hildesheim-Nueva York, 1974 (= 2.ª ed., París, 1885).

S. G. Stacey, «Die Entwickelung des livianischen Stiles», *Arch. f. Latein. Lexikogr.*, 10 (1898), 17-82.

H. Tränkle, «Beobachtungen und Erwägungen zum Wandel der livianischen Sprache», *Wiener Studien,* n. s., 2 (1968), 103-152.

E. Wölfflin, *Livianische Kritik und livianischer Sprachgebrauch* (Gymn.-Progr. Winterthur, 4), Berlín, 1864 (= *Ausgewählte Schriften*, Leipzig, 1933, 1-21).

f) «*Patauinitas*»

P. Flobert, «La *patauinitas* de Tite-Live d'après les moeurs littéraires du temps», *Rev. des Étud. Lat.*, 59 (1981), 193-206.
K. Latte, «Livy's *Patauinitas*», *Class. Philol.*, 35 (1940), 56-60.
J. Whatmough, «Quemadmodum Pollio reprehendit in Livio patauinitatem», *Harvard Stud. in class. Philol.* (1933), 95-130.
—, «A last word on *Patavinitas*», *Class. Phil.*, 38 (1943), 205.
A. Mazzarino, «Per la protostoria del testo liviano», *Stud. Ital. di Filol. Class.*, 22 (1947), 125-127.
W. H. Alexander, «Patauinitas», *Class. World*, 43 (1949-1950), 245.

VI. Fama y fortuna de Livio; historia del texto

a) *Sumarios de Livio; traducciones y pervivencia literaria*

M. von Albrecht, «*Fides* und Völkerrecht: Von Livius zu Hugo Grotius», *Festschrift Burck*, 295-311.
E. Arcaini, «Pierre Bersuire, primo traduttore di Tito Livio», *Convivium*, 35 (1967), 732-745.
C. M. Begbie, «The epitome of Livy», *Class. Quart.*, 17 (1967), 332-338.
L. Bessone, «La tradizione epitomatoria Liviana in età imperiale», *Aufstieg und Niedergang*, II 30, 2, págs. 1230-1263.
—, «Le periochae di Livio», *Atene e Roma*, 19 (1984), 42-55.
W. J. Bingham, *A study of the Livian Periochas and their relation to Livy's Ab Vrbe Condita*, Univ. Illinois, 1982.

R. J. Dean, «The earliest known commentary on Livy is by Nicholas Trevet», *Mediaevalia et Humanistica*, 3 (1945), 86-98.

B. Doer, «Livy and the Germans», T. A. Dorey, *Livy*, págs. 97-117.

F. Dolbeau, «An Hagiographe de du Mont-Cassin, lecteur de Cicéron et de Tite-Live», *Analecta Bollandiana*, 104 (1986), 336.

G. B. A. Fletcher, *Annotations on Tacitus*, Bruselas-Berchem, 1964.

H. Galinsky, *Der Lucretia-Stoff in der Weltliteratur*, Breslau, 1932.

R. M. Goldman, *The Lucretia legend from Livy to Rojas Zorrilla* (Tesis doct., microfilm), Nueva-York, 1976.

P. Jal, «Introduction», *Abrégés des livres de l' Histoire romaine de Tite-Live*, I-II, París, 1984, t. I, págs. I-CXXIV.

R. Klesczewski, «Wandlungen des Lucretia-Bildes im lateinischen literatur des Renaissance», *Festschrift Burck*, págs. 313-335.

E. Kornemann, *Die neue Livius-Epitome aus Oxyrhynchus*, Leipzig, 1904.

S. M. Mason, «Livy and Montesquieu», *Livy*, págs. 118-158.

A. H. McDonald, «Livius, Titus», F. E. Cranz, P. O. Kristeller, *Catalogus translationum et commentariorum: Mediaeval and Renaissance Latin translations and commentaries*, II, Washington, 1971, págs. 331-348; III, *Ibid.*, 1976, págs. 445-449.

H. Meusel, «Horatier und Curiatier. Ein Livius-Motiv und seine Rezeption», *Der altsprachliche Unterricht*, 31, 5 (1988), 66-90.

H. Mordk, «Livius und Einhard, Gedanken über das Verhältnis der Karolinger zur antiken Literatur», *Festschrift Burck*, págs. 336-346.

J. Nicol, *The historical and geographical sources used by Silius Italicus with special reference to Livy*, Oxford, 1936.

H. Petriconi, «El tema de Virginia y de Lucrecia», *Clavileño*, 8 (1951), 1-5.

R. Pichon, *Les sources de Lucain*, París, 1912.

K. R. PROWSE, «Livy and Macaulay», *Livy* (cf. *supra,* l. c.), págs. 159-176.

R. RIEKS, «Zur Wirkung des Livius vom 16. zum 18. Jahrhundert», *Festschrift Burck*... (Cf. *supra* l. c), págs. 367-397.

A. ROSTAGNI, *Da Livio a Virgilio e da Virgilio a Livio* (Opuscoli accademici: serie Liviana, 4), Padua, 1942 = *Scritti Minori,* II 2, Turín, 1956, págs. 201-221.

D. SANSONE, «*Titus Livius.* Martial XIV, 190», *Class. Bullet.,* 57 (1981), 86-87.

A. SANTORO, *Il problema della composizione dell' Eneide. Livio fonte di Virgilio,* 2.ª ed., Nápoles, 1947.

M. SECHI, «Silio Italico e Livio», *Maia,* 4 (1951), 280-297.

P. L. SCHMIDT, *Iulius Obsequens und das Problem der Livius-Epitome. Ein Beitrag zur Geschichte der lateinischen Prodigienliteratur* (Akad. der Wissens. & der Lit.: Abhandl. der Geistes- & Sozialwiss. Kl., 1968, 5), Maguncia, 1968.

E. SOFER, *Livius als Quelle von Ovid's Fasten,* Viena, 1906.

L. SORRENTO, «Tito Livo dal medioevo al rinascimento», *Medievalia. Problemi e studi,* Brescia, 1943, págs. 376-475.

A. V. VAN STEKELENBURG, «Lucan and Cassius Dio as heirs to Livy. The Speech of Iulius Caesar at Placentia», *Acta Class.*, 19 (1976), 43-57.

P. STEINMETZ, «Livius bei Alfius Avitus», *Festschrift Burck,* págs. 435-447.

R. SYME, «Livian style», *Tacitus,* Oxford, 1958, t. II, Appendix, 54, págs. 773-774.

B. L. ULLMAN, «The post-mortem adventures of Livy», *Studies in the Italian Renaissance,* 2.ª ed., Roma, 1973, págs. 53-77 (= *Univ. of N. Carolina Extens. Bulletin,* 34 (1945), 39-53).

J. H. WHITFIELD, «Machiavelli's use of Livy», *Livy,* págs. 73-96.

—, «Livy > Tacitus», *Classical influences on western thought A. D. 1650-1870.*, edit. por R. R. BOLGAR, Cambridge, 1979, págs. 281-293.

C. J. WITTLIN, *Pero López de Ayala: Las décadas de Tito Livio* (Bibliot. Univ. Puvill: III, Textos Liter., 6), I-II, Barcelona,

s. a. [1984]. Edición crítica de los libros I a III con introd. y notas por —.
P. ZANCAN, *Floro e Livio* (Opuscoli academici: serie Liviana, 2), Padua, 1942.

b) *Historia del texto*

G. BILLANOVICH, *La tradizione del testo di Livio e le origini dell'umanesimo, I 1: Tradizione e fortuna di Livio tra medioevo e umanesimo, 2: Il Livio del Petrarca e del Valla. British Library, Harleian 249 riprodotto integralmente* (Studi sul Petrarca, 9 y 11), Padua, 1981. (Para el contenido del tomo I 1, una serie de trabajos ya publicados, cf. *infra* M. D. REEVE (1986), pág. 132.)
J. BRISCOE, «Notes on the manuscripts of Livy's fourth decade», *Bullet. of the J. Rylands Library,* 62 (1980), 311-327.
A. FONTÁN, «Tito Livio, hoy», *Minerva restituta* (Ensayos y documentos, 1), nueve lecc. de filol. clás. recop. por A. ALVAR, Alcalá de Henares, págs. 83-107.
T. A. DOREY, «The textual tradition of Livy XXI-XXV», *Class. Quarterly,* 8 (1958), 161-164.
—, «Livy XXI-XXV: Petrach and the codices deteriores», *Euphrosyne,* 3 (1969), 59-72.
B. MUNK OLSEN, *L'Étude des auteurs classiques latins aux XI^e^ et XII^e^ siècles, II: Catalogue des manuscrits classiques latins copiés du IX^e^ au XII^e^ siècle; Livius-Vitruuius. Florilèges. Essais de plume* (Documents, études et répertoires publiées par l'Institut de Recherche et d'Histoire des Textes), París, 1985, págs. 1-16.
M. G. NISTRI, «Nuovi lezioni del Palinsesto Veronese di Tito Livio», *Annali della Fac. di Lett. e Filos. dell'Univ. di Siena,* 3 (1982), 193-196.
R. M. OGILVIE, «The manuscript tradition of Livy's first decade», *Class. Quarterly,* 7 (1957), 68-81.

—, «Fragments of a new manuscript of Livy», *Rheinisches Museum,* 114 (1971), 209-217.

G. Pasquali, *Storia della tradizione e critica del testo,* 2.ª ed., Florencia, 1952, págs. 83-87 (4.ª década).

M. D. Reeve, «The transmission of Livy 26-40», *Riv. di Filol. e di Istruz. Class.,* 114 (1986), 129-172.

—, «The third decade of Livy in Italy: The Family of the Puteanus», *Riv. di Filol. e di Istruz. Class.,* 115 (1987), 129-164; «Id., The Spirensian tradition», *Ibid.,* 115 (1987), 405-440.

—, «The transmission of Florus' *Epitoma de Tito Livio* and the *Periochae*», *Class. Quarterly,* 38 (1988), 477-491.

M. Regoliosi, «Lorenzo Valla, Antonio Panormita, Giacomo Curio e le emendazioni a Livio», *Italia Umanist. e Medioev.,* XXIV (1981), 287-316.

—, «Le conggeture a Livio del Valla. Metodo e problemi», *Lorenzo Valla e l'umanesimo italiano,* Atti del Convegno Internaz. di Studi Umanist., Padua, 1984 (Medievo e umanesimo, 59), Padua, 1986, págs. 51-68.

L. R. Reynolds, «Livy», *Texts and Transmision. A survey of the latin classics,* Oxford, 1983, págs. 205-214.

L. R. Reynolds, N. G. Wilson, *Scribes and Scholars,* 2.ª ed. rev., Oxford, 1974 (= *Copistas y filólogos: las vías de transmisión de las literaturas griega y latina* (Biblioteca Universitaria Gredos, I. Manuales, 20), [Versión esp. de M. Sánchez Mariana], Madrid, Gredos, 1986).

L. Rubio, *Catálogo de los manuscritos clásicos existentes en España,* Madrid, 1984.

R. Seider, «Beiträge zur Geschichte der antiken Livius-Handschriften», *Bibliothek und Wissenschaft,* 14 (1980), 128-152.

J. E. G. Zetzel, «The subscriptions in the manuscripts of Livy and Fronto and the meaning of emendatio», *Class. Philol.,* LXXV (1980), 38-59.

EDICIONES, COMENTARIOS, TRADUCCIONES, LÉXICOS

A. Ediciones

1. *Texto latino*

Oxford Classical Texts:

vol. I: libros I-V, R. S. Conway - C. F. Walters (1914).
vol. I: libros I-V, R. M. Ogilvie (1974).
vol. II: libros VI-X, C. F. Walters - R. S. Conway (1919).
vol. III: libros XXI-XXV, C. F. Walters - R. S. Conway (1929).
vol. IV: libros XXVI-XXX, R. S. Conway - S. K. Johnson (1935).
vol. V: libros XXXI-XXXV, A. H. McDonald (1965).

Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana:

W. Weissenborn, M. Müller, W. Heraeus, *Livius, Ab urbe condita*, 4 vols., Stuttgart, 1959. pars I: libri I-X (= 1932); pars II: libri XXI-XXX (= 1933); pars III: XXXI-XL (= 1938); pars IV: libri XLI-XLV, O. Rossbach, *Periochae, Fragmenta Oxyrhynchi reperta, Iulii Obsequentis Prodigiorum liber* (= 1938).
J. Briscoe, *T. Livi Ab V. c. Lib. XLI-XLV*, Stuttgart, 1986.
—, *T. Livi Ab V. c. Libri XXXI-XXXV*, Stuttgart, 1990.
—, *T. Livi Ab V. c. Libri XXXVI-XL*, Stuttgart, 1990.
T. A. Dorey, *T. Livi Ab u. c. Lib. XXI-XXII*, Leipzig, 1971.
—, *T. Livi Ab u. c. Lib. XXIII-XXV*, Leipzig, 1976.
P. G. Walsh, *T. Livi Ab u. c. Lib. XXVI-XXVII*, Leipzig, 1982.
—, *T. Livi Ab u. c. Lib. XXVIII-XXX*, Leipzig, 1986.

C. Giarratano, *Titi Livi Ab urbe condita Libri XLI-XLV*, Roma, 1937 (= 1933).

J. Vallejo, *Tito Livio, Libros XXI-XXII* (Col. Emerita), Madrid, 1947.

2. *Ediciones bilingües*

Loeb Classical Library:

Completa, incluye las *Periochae*, fragmentos y el *Liber prodigiorum* de I. Obsequens, en 14 vols., Londres, 1919-1959, con traducciones de O. Foster, F. G. Moore, E. T. Sage y A. C. Schlesinger.

Coll. des Univ. de France (Coll. Budé), París:

I-V: libros I-V, por J. Bayet y G. Baillet, París, 1940-1954.
VI: libro VI, por J. Bayet, 1966.
VII: libro VII, por J. Bayet y R. Bloch, 1968.
VIII: libro VIII, por R. Bloch y Ch. Guittard, 1987.
XXI: libro XXXI, por A. Hus, 1977.
XXVI: libro XXXVI, por A. Manuelian, 1983.
XXVII: libro XXXVII, por J. M. Engel, 1983.
XXVIII: libro XXXVIII, por R. Adam, 1982.
XXX: libro XL, por Chr. Gouillart, 1986.
XXXI-XXXII-XXXIII-XXXIV: libros XLI-XLII (1971), XLIII-IV (1976), XLV y fragmentos (1979), y *Periochae*, por P. Jal, 2 vols., 1984.

Colección UTET, de Turín:

Libros I-V, por L. Perelli (1974); XXI-XXXV, por P. Pecchiura (1970); XXVI-XXX, por L. Fiore (1981); XXXVI-XL, por A. Ronconi, B. Scardigli (1980); XLI-XLV y fragmentos, por G. Pascucci (1971).

Édition Garnier:

Tite-Live, Histoire Romaine, E. Lassere, libros I-XXXV, 7 vols., París, 1934-1943.

Prosatori di Roma:

a cargo de G. Vitali, 13 vols., libros I-XL, Bolonia, 1952-1973.

Ediciones bilingües españolas

R. CASTRESANA UDAETA, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXIII* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1954.

A. FONTÁN, *Tito Livio: Historia de Roma desde la fundación de la ciudad (Ab Urbe Condita), libros I y II*. Texto revis., introd., trad. y notas (Colec. Hispánica de Autores Griegos y Latinos), Madrid, 1987.

V. J. HERRERO LLORENTE, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXIX* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1953.

S. MARINER BIGORRA, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXII* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1968 (= 1952).

M. MARTÍN TORDESILLAS, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXV* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1952.

A. MILLARES CARLO, *Tito Livio. Desde la fundación de Roma, libros I-II* (Colección Mexicana de Autores Griegos y Latinos), México, 1955.

S. SEGURA MUNGUÍA, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXX* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1952.

J. SOLER GARCÍA, *Tito Livio, Ab urbe condita liber XXIV* (Col. Gredos Bilingüe), Madrid, 1951.

B. TRADUCCIONES ESPAÑOLAS

V. J. HERRERO LLORENTE, *La monarquía romana*. Traducción del libro I de Tito Livio (Biblioteca de iniciación al humanismo), Madrid, 1963.

—, *La aventura de Aníbal. Trad. del libro XXI de Tito Livio* (Biblioteca de iniciación al humanismo), Madrid, 1963.

F. NAVARRO Y CALVO, *Décadas de la Historia Romana por Tito Livio, I-VII* (Biblioteca Clásica, 91-92, 95-96, 118, 121-122), Madrid, 1914-1917.

—, *Décadas de la Historia Romana, I-II*. Traducción de las Décadas I, III, IV y V y el Apéndice por F. N. C. Traducción de la Década II de Freinshemius por E. DE GORBEA, Buenos Aires, 1944.

M. Pérez González, *Tito Livio: los orígenes de Roma*, Madrid, 1989 (libros I-V).

T. de la A. Recio, *Tito Livio*, Barcelona, 1952, págs. 37-239. (Antología de los libros I, XXII, XXVI, XXVIII, XXIX y XXX).

M. D. Rodríguez Seijas, *Tito Livio, libro I* (Bibl. Clás. Bachillerato), Madrid, s. a.

J. M. Ruano, *Tito Livio, Desde la fundación de Roma, libro I*, Madrid, 1931.

C. Comentarios

J. Briscoe: *A Commentary on Livy, books XXXI-XXXIII*, 1973.

—, *A Commentary on Livy, books XXXIV-XXXVII*, Oxford, 1981.

J. Heurgon: *T. Livi ab urbe condita Liber Primus* (Coll. Erasme), París, 1965.

R. M. Ogilvie: *A Commentary on Livy, books I-V*, Oxford (= 1965).

—, «Titi Livi Lib. XCI», *Proceed. of the Cambridge Philol. Assoc.*, CCX (1984), 116-125.

G. Vallet, *T. Livi ab urbe condita, liber XXII*, ed., introd. et com. (Coll. Erasme), París, 1966.

W. Weissenborn, H. J. Müller, *Titi Livi Ab Vrbe condita*, edición coment., 10 vols., Berlín, 1962-63 (= 1880-1921).

En español:

J. Jiménez Delgado, C. E. Mesa, *Tito Livio, libro I*, introd. y com. gram., hist. y est., Madrid, 1960.

F. Sánchez Vallejo, *Tito Livio, Ab Urbe Condita, lib. I*, Santander, 1960.

A. Llerena Rodríguez, M. D. Rodríguez Seijas, *Tito Livio, libro I*, Barcelona, 1960.

J. Vallejo, *Tito Livio, Libro XXI*, ed., introd. y com. (Col. Emerita), Madrid, 1946.

D. Léxicos

A. W. Ernesti, *Glossarium Livianun,* Hildesheim, 1966 (= Leipzig, 1804).

D. W. Packard, *A Concordance to Livy, I-IV,* Cambridge (Mass.), 1968.

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

NOTA TEXTUAL

La traducción de este volumen se ha basado en el texto latino de la edición de J. Bayet (Les Belles Lettres, París, l. I: 11.ª ed. rev. y corr., 1975; l. II: ed. de 1967; l. III: ed. de 1969). La lectura de la edición de R. M. Ogilvie (Oxford, 1974) es preferida en I 53, 10, y recogida en nota en I 5, 1; II 39, 4, y III 23, 5; 25, 1; 39, 5; 44, 8; 52, 7. Se sigue otra lectura en I 46, 9, y en II 49, 4, en que se prefiere la de Madvig.

Gijón, 1988

PREFACIO

Por qué una nueva historia de Roma

No sé con seguridad si merecerá la 1
pena que cuente por escrito la historia del pueblo romano desde los orígenes de Roma; y aunque lo supiera, no me atrevería a manifestarlo. Y es que veo que es un 2
tema viejo y manido, al aparecer continuamente nuevos historiadores con la pretensión, unos, de que van a aportar en el terreno de los hechos una documentación más consistente, otros, de que van a superar con su estilo el desaliño de los antiguos. Como quiera que sea, al menos tendré la 3
satisfacción de haber contribuido también yo, en la medida de mis posibilidades, a evocar los hechos gloriosos del pueblo que está a la cabeza de todos los de la tierra; y si entre tan considerable multitud de historiadores queda mi nombre sin relieve, me servirá de consuelo la notoriedad y el peso de los que me harán sombra. La tarea es, además, 4
enormemente laboriosa; pues, de una parte, se retrotrae a más allá de setecientos años y, de otra, arrancando de unos principios muy modestos, ha llegado a cobrar tales proporciones que ya se dobla bajo el peso de su propia grandeza. Además, estoy seguro de que a la mayoría de los lectores no les agradará gran cosa la relación de los hechos originarios y subsiguientes, y tendrán prisa por llegar a estos acontecimientos recientes en que la fuerza del pueblo largo

5 tiempo hegemónico se autodestruye. Yo, por mi parte,
espero, además, obtener esta contrapartida a mi esfuerzo:
apartarme, al menos mientras dedico toda la concentración
de mi mente a recuperar esta vieja historia, del espectáculo
de las desventuras que nuestra época lleva viviendo tantos
años, marginando cualquier preocupación que pudiese, si
no desviar mi ánimo de la verdad, sí al menos generar
inquietud en él.

6 Los hechos previos a la fundación de Roma o, incluso,
a que se hubiese pensado en fundarla, cuya tradición se
basa en fabulaciones poéticas que los embellecen, más que
en documentos históricos bien conservados, no tengo
7 intención de avalarlos ni de desmentirlos. Es ésta una con-
cesión que se hace a la antigüedad: magnificar, entremez-
clando lo humano y lo maravilloso, los orígenes de las ciu-
dades; y si a algún pueblo se le debe reconocer el derecho a
sacralizar sus orígenes y a relacionarlos con la intervención
de los dioses, es tal la gloria militar del pueblo romano que
su pretensión de que su nacimiento y el de su fundador se
deben a Marte más que a ningún otro la acepta el género
humano con la misma ecuanimidad con que acepta su
dominio.

8 Pero ni de estos extremos ni de otros similares, como
quiera que se los mire o se los valore, voy a hacer mayor
9 cuestión. Estos otros son, para mí, los que deben ser centro
de atención con todo empeño: cuál fue la vida, cuáles las
costumbres, por medio de qué hombres, con qué política
en lo civil y en lo militar fue creado y engrandecido el
imperio; después, al debilitarse gradualmente la disciplina,
sígase mentalmente la trayectoria de las costumbres: pri-
mero una especie de relajación, después cómo perdieron
base cada vez más y, luego, comenzaron a derrumbarse
hasta que se llegó a estos tiempos en que no somos capaces
10 de soportar nuestros vicios ni su remedio. Lo que el cono-

cimiento de la historia tiene de particularmente sano y provechoso es el captar las lecciones de toda clase de ejemplos que aparecen a la luz de la obra; de ahí se ha de asumir lo imitable para el individuo y para la nación, de ahí lo que se debe evitar, vergonzoso por sus orígenes o por sus resulta-
dos. Por lo demás, o me ciega el cariño a la tarea que he 11
emprendido, o nunca hubo Estado alguno más grande ni más íntegro ni más rico en buenos ejemplos; ni en pueblo alguno fue tan tardía la penetración de la codicia y el lujo, ni el culto a la pobreza y a la austeridad fue tan intenso y duradero: hasta tal extremo que cuanto menos medios
había, menor era la ambición; últimamente, las riquezas 12
han desatado la avaricia, y la abundancia de placeres el deseo de perderse uno mismo y perderlo todo entre lujo y desenfreno.

Pero las lamentaciones, que ni siquiera en caso de ser necesarias serán bien recibidas, dejémoslas a un lado al
menos en los inicios de la gran obra que va a comenzar. De 13
mejor gana empezaríamos —si entre nosotros se estilase como entre los poetas— con buenos augurios y votos y súplicas a los dioses y diosas para que nos lleven a feliz término, habiendo empezado esta gran empresa.

LIBRO I

Sinopsis

Caps. 1-7, 3: De Troya a la fundación de Roma.

Eneas, de Troya a Italia. Orígenes del pueblo latino. Muerte de Eneas (1-2).
Alba Longa (3).
Rómulo y Remo: orígenes (4-6, 2).
Fundación de Roma (6, 2-7, 3).

Caps. 7, 4-16: Rómulo.

Hércules y Caco. Primeras instituciones (7, 4-8).
Rapto de las sabinas. Guerras subsiguientes (9-11, 5).
La hija de Tarpeyo, en la guerra sabina. Veyos y Fidenas. «Muerte» de Rómulo (11, 6-16).

Cap. 17: El interregno.

Caps. 18-21: Numa Pompilio, rey pacífico y reformador.

Caps. 22-31: Tulo Hostilio.

Tulo Hostilio, rey belicoso. Guerra con Alba (22-23).
Los Horacios y los Curiacios (24-26, 1).
La Horacia. Juicio popular (26, 2-14).
Guerra contra Veyos. Metio ejecutado (27-28).
Destrucción de Alba. Reformas. Guerra contra los sabinos (29-30).
Prodigios, histeria religiosa. Muerte de Tulo (31).

Caps. 32-34: Anco Marcio.

Anco Marcio, rey. Guerra con los latinos. Lucumón.

Caps. 35-40: TARQUINIO EL ANTIGUO.

Tarquinio Prisco, rey por intrigas. Guerra con latinos y sabinos. Obras civiles (35-38).

Orígenes de Servio Tulio (39-40, 1).

Tarquinio Prisco, muerto en atentado (40, 2-7).

Caps. 41-48: SERVIO TULIO.

Servio Tulio, rey (41-42, 4).

El censo. Urbanismo. El templo de Diana (42, 5-45).

Lucio Tarquinio comienza su lucha por el poder (46-48, 2).

Servio Tulio asesinado (48, 3-8).

Caps. 49-60: TARQUINIO EL SOBERBIO.

Tarquinio el Soberbio, rey: tiranía basada en el miedo. Busca apoyo latino. Elimina a Turno de Aricia (49-51).

Alianza hegemónica con los latinos. Episodio de Gabios (52-54).

Construcción del Capitolio (55-56, 3).

Luco Juno Bruto en escena. Lucrecia. Bruto en primer plano (56, 4-59).

Tarquinio, desterrado. De la monarquía a la república (60).

Eneas, de Troya a Italia. Orígenes del pueblo latino. Muerte de Eneas

1 Para empezar, está comúnmente admitido que, después de la conquista de Troya, hubo un ensañamiento contra todos los troyanos; únicamente dos, Eneas y Anténor, en razón del derecho de una antigua hospitalidad y por haber sido siempre partidarios de la paz y la devolución de Helena, fueron eximidos por los griegos de la aplicación de cualquier ley
2 de guerra. Después, su destino fue diverso. Anténor[1] y una multitud de vénetos que habían sido expulsados de Pafla-

[1] El príncipe troyano Anténor aparecía relacionado con los vénetos en las leyendas griegas, muy antiguas, sobre el Adriático. Hubo culto a los Antenóridas en Cirene en el siglo V a. C. Una leyenda atribuía a Anténor la fundación de Padua.

gonia en un levantamiento y andaban buscando asiento y
jefe, tras haber perdido a su rey Pilémenes ante los muros
de Troya, llegaron al más recóndito entrante del mar
Adriático, desalojaron a los eugáneos que habitaban entre 3
el mar y los Alpes, y vénetos y troyanos ocuparon aquella
zona. El lugar en que saltaron a tierra se llama Troya[2], y
troyana desde entonces se denomina la comarca; los habi-
tantes, todos ellos, se llaman vénetos. Eneas, exiliado de su 4
patria a causa del mismo desastre, pero impulsado por el
destino hacia proyectos de mayor alcance, llegó primero a
Macedonia, de allí fue empujado a Sicilia en busca de
asiento, de Sicilia se dirigió por mar a las tierras laurenti-
nas. También este lugar se llama Troya. En él desembarca- 5
ron los troyanos y, como andaban saqueando en los cam-
pos, pues nada, aparte de las armas y las embarcaciones,
les había quedado de su vagar casi interminable, el rey
Latino y los aborígenes, dueños entonces de aquellos para-
jes, llegan corriendo armados desde la ciudad y los campos
para repeler la agresión de los intrusos. A partir de aquí la 6
tradición se bifurca[3]. Unos sostienen que Latino, derro-
tado, hizo un convenio de paz y, después, se unió en paren-
tesco con Eneas. Otros, que, cuando los ejércitos estaban 7
frente a frente, antes de sonar la señal, Latino avanzó a
primera línea y citó a una entrevista al jefe de los extranje-
ros; que preguntó, acto seguido, quiénes eran, de dónde,
por qué circunstancia habían marchado de su patria y con
qué objeto habían desembarcado en territorio laurentino, y 8
que al oír que todos aquellos hombres eran troyanos, que
su jefe era Eneas, hijo de Anquises y Venus, y que exiliados
de su tierra tras la reducción a cenizas de su patria, busca-

[2] Cerca de Zingarini, la Troya del Lacio.

[3] La versión que presenta a Eneas como agresor es antidinástica. La segunda evita la derrota de los latinos y la agresión de los romanos.

ban asiento y lugar para fundar una ciudad, quedó impresionado ante un pueblo y un hombre tan nobles y ante una entereza por igual dispuesta a la paz que a la guerra, y tendió la mano a Eneas como aval de su futura amistad.
9 Acordaron, a continuación, un tratado los jefes, se saludaron los ejércitos y Eneas fue huésped en casa de Latino. Allí, ante los dioses penates, añadió Latino a la alianza pública otra de familia, al concederle a Eneas a su hija en
10 matrimonio. Este acontecimiento afianza, sin duda, en los troyanos la esperanza de poner término, al fin, a su peregrinar con un asentamiento estable y seguro. Fundan una ciudad; Eneas la llama Lavinio[4], por el nombre de su
11 mujer. Pronto hubo descendencia del nuevo matrimonio, un varón, al que sus padres pusieron el nombre de Ascanio.

2 Se vieron, después, aborígenes y troyanos atacados en una guerra. Turno, rey de los rútulos, al que había estado prometida Lavinia antes de la llegada de Eneas, llevó a mal el que se le hubiese pospuesto a un extranjero y declaró la
2 guerra a Eneas y Latino simultáneamente. Ninguno de los dos bandos salió contento de aquella confrontación: los rútulos fueron vencidos; los aborígenes y troyanos, vence-
3 dores, perdieron a su jefe, Latino. Entonces, Turno y los rútulos, desconfiando de la situación, buscan la acogida de los etruscos, pujantes y prósperos, y de su rey Mecencio. Ejercía éste el poder en Cere[5], ciudad opulenta por entonces, y ya desde un principio no le había alegrado en absoluto el nacimiento de una nueva ciudad; entonces, considerando que la potencia troyana se desarrollaba mucho más

[4] Actual Pratica di Mare.

[5] Actual Cervéteri. Al norte de Roma, a cinco kilómetros de la costa donde tenía el puerto de Agylla. Fue enclave importante de la Confederación etrusca. Se encontraron tumbas de *ca.* 700 años a. C.

de lo que convenía a la seguridad de sus vecinos, unió sus armas a las de los rútulos sin gran dificultad. Ante la ame- 4
naza de una guerra de tal calibre, Eneas, a fin de ganarse a los aborígenes y de que no sólo tuviesen los mismos derechos sino también el mismo nombre, llamó latinos al conjunto de ambos pueblos. A partir de entonces, los aboríge- 5
nes no les fueron a la zaga a los troyanos en adhesión y fidelidad al rey Eneas. Confiado en la actitud de estos dos pueblos cuya cohesión iba en aumento al paso de los días, aunque la potencia de Etruria era tal que su renombre se extendía no sólo por tierra sino también por mar a lo largo de Italia entera desde los Alpes al estrecho de Sicilia, Eneas, a pesar de que podía rechazar la agresión desde las murallas, hizo salir a sus tropas para presentar batalla. Se 6
siguió un combate favorable a los latinos, que para Eneas fue también la última de sus acciones como mortal. Está enterrado, cualquiera que sea el nombre que desde el derecho humano o religioso deba atribuírsele, a orillas del río Numico[6]. Lo llaman Júpiter Indígete.

Alba Longa

Ascanio, el hijo de Eneas, no estaba 3
aún maduro para el poder, pero este poder se le conservó sin merma hasta la pubertad; durante ese tiempo, gracias a la tutela de una mujer —tan grande era la capacidad de Lavinia—, se le mantuvo en pie al muchacho el Estado latino y el trono de su abuelo y de su padre. No voy a discutir —pues ¿quién puede estar seguro en un 2
hecho tan lejano?— si fue este Ascanio u otro de más edad que éste, hijo de Creúsa, nacido antes de la caída de Troya y que acompañó, después, a su padre en la huida, el mismo

[6] Actualmente se da por seguro que se trata del río Torto que discurre desde las colinas de Alba hasta la costa entre Lavinio y Árdea. Aparece en las formas latinas *Numicus* y *Numicius*.

3 Julo del que la familia Julia dice descender. Este Ascanio, donde quiera que naciese y de la madre que fuese (si hay certeza de que era hijo de Eneas), al encontrarse Lavinio muy poblada, dejó la ciudad, floreciente ya para aquella época y rica, a su madre o madrastra y él fundó al pie del monte Albano otra nueva, que por su asentamiento a lo largo de una loma recibió el nombre de Alba Longa[7].
4 Unos treinta años mediaron entre la fundación de Lavinio y la del traslado de una colonia a Alba Longa. Sin embargo, su poder había crecido tanto, sobre todo después de la derrota de los etruscos, que, ni siquiera al morir Eneas ni, después, durante la tutela de una mujer y las primeras experiencias del niño como rey, se atrevieron a tomar las armas Mecencio y los etruscos ni ningún otro
5 pueblo del entorno. El tratado de paz había estipulado que el río Álbula, el llamado Tíber actualmente, fuese la frontera entre etruscos y latinos.

6 Reina a continuación Silvio, hijo de Ascanio, nacido en
7 los bosques[8] por un azar; éste engendra a Eneas Silvio; éste, a su vez, a Latino Silvio. Puso éste en marcha algunas colonias, cuyos componentes se llamaron «antiguos lati-
8 nos». Les quedó, en adelante, el apelativo de Silvio a todos los que reinaron en Alba. De Latino fue hijo Alba; de Alba, Atis; de Atis, Capis; de Capis, Cápeto; de Cápeto, Tiberino, el cual, al ahogarse cruzando el río Álbula, le dio
9 a este río un nombre famoso entre la posteridad. A continuación reina Agripa, hijo de Tiberio; a Agripa le sucede Rómulo Silvio, que recibió el poder de su padre, y él,

---

[7] Situada donde el actual Castelgandolfo; la fundación de Alba guarda paralelismo con la de Roma. Los enterramientos descubiertos en el entorno apuntan a una antigüedad algunas décadas mayor que la de Roma.

[8] Posible referencia al paisaje del antiguo Lacio la relación del nombre con *silua* «bosque».

alcanzado por un rayo, dejó el poder directamente a Aventino. Éste, por haber sido enterrado en la colina que ahora forma parte de la ciudad de Roma, le dio su nombre a aquélla. El rey siguiente es Proca[9]. Engendra éste a Númitor y 10
Amulio, y a Númitor, que era el mayor de sus hijos, le deja el antiguo reino de la dinastía Silvia. Pero la fuerza prevaleció sobre la voluntad paterna y el respeto a la primogenitura: Amulio es rey tras desbancar a su hermano. Acumula 11
crimen sobre crimen: elimina la descendencia masculina de su hermano, y a su sobrina Rea Silvia, so pretexto de concederle un honor, la escoge para vestal, dejándola sin esperanza de tener hijos en razón de la virginidad perpetua.

Rómulo y Remo: orígenes

Pero tenía que ser, en mi opinión, cosa 4
del destino el nacimiento de tan gran ciudad y el comienzo de la mayor potencia después de la de los dioses. La vestal 2
fue forzada, dio a luz dos gemelos y, bien por creerlo así, bien por cohonestar la falta remitiendo su responsabilidad a un dios, proclama a Marte padre de esta dudosa descendencia. Pero ni lo dioses ni los hombres la 3
libran a ella ni a los hijos de la crueldad del rey: la sacerdotisa es encadenada y encarcelada, y se ordena que los niños sean arrojados a la corriente del río. Por un azar debido a 4
los dioses, el Tíber, desbordado, no permitía el acceso hasta el cauce habitual a causa de los estancamientos en remanso, y a los que llevaban a los recién nacidos les hizo concebir la esperanza de que éstos se ahogasen en esas aguas a pesar de estar remansadas. En la idea, pues, de 5

[9] No era del todo precisa la tradición sobre el número y el nombre de los componentes de la dinastía inventada para cubrir la laguna cronológica desde la caída de Troya hasta la fundación de Roma (en torno a los 400 años). La serie de reyes albanos aparece por vez primera en un autor de la época de Sila.

cumplir así el mandato del rey, abandonan a los niños en la primera charca, lugar en que actualmente se encuentra la higuera Ruminal[10], antes llamada Romular, según dicen.
6 Había, en esa zona, por entonces, extensos parajes solitarios. La tradición sostiene que, cuando el agua, al ser de poco nivel, depositó en seco la canastilla a la deriva en que habían sido colocados los niños, una loba, que había salido de los montes circundantes para calmar la sed, volvió sus pasos hacia los vagidos infantiles; que se abajó y ofreció sus mamas a los niños, amansada hasta tal punto que la encontró lamiéndolos el mayoral del ganado del rey —di-
7 cen que se llamaba Fáustulo—, y que el mismo los llevó a los establos y los encomendó a su mujer Larentia para que los criase. Hay quienes opinan que Larentia, al prostituir su cuerpo, fue llamada «loba» por los pastores y que
8 esto dio pie a la leyenda maravillosa. Tal fue su nacimiento y su crianza. Al llegar a la mocedad, él y los demás jóvenes no permanecían inactivos en los establos o junto al ganado:
9 recorrían los bosques cazando. Cobraron vigor con ello sus cuerpos y sus mentes, y ya no sólo acechaban a las fieras, sino que atacaban a los salteadores cargados de botín, se lo arrebataban y lo repartían entre los pastores, y se reunían con éstos para el trabajo y la diversión, siendo cada día más numeroso el grupo juvenil.

5 Por entonces se dice que existía ya en el monte Palatino
2 la Lupercal actual[11], y Evandro, asentado en aquella zona

---

[10] Las fuentes recogen dos distintas *ficus Ruminalis:* una en el ángulo sudoeste del Palatino, de la que Ovidio aseguraba que quedaban vestigios en su época, y otra en el *comitium.* Para los romanos, Ruminal derivaba de Rumina, diosa de la crianza de los niños de pecho *(ruma* «teta»). Actualmente se relaciona *Ruminalis* con el gentilicio etrusco *Rumlna,* al que, en último término, se habría de referir el nombre de Roma y los Romilios.

[11] El texto no corregido dice: «Por entonces se dice que existía ya en el

desde mucho tiempo antes, instituyó allí una fiesta impor-
tada de Arcadia en la que jóvenes desnudos hacían carreras
en son de juego y diversión en honor de Pan Liceo, al que
los romanos llamaron después Ínuo[12]. Cuando estaban 3
embebidos en estos juegos —la fecha de la fiesta era
conocida—, unos salteadores, airados por la pérdida del
botín, les tendieron una emboscada; Rómulo se defendió
con la fuerza, a Remo lo cogieron y lo entregaron preso al
rey Amulio acusándolo encima. Sobre todo, achacaban a 4
ambos el realizar incursiones en tierras de Númitor, y
saquear en ellas, como si de enemigos se tratase, después de
reclutar a una pandilla de jóvenes. Remo es así entregado a
Númitor para que lo castigue. Desde un principio, Fáus- 5
tulo había tenido la sospecha de que eran de sangre real los
niños que se criaban en su casa, pues sabía que los recién
nacidos habían sido abandonados por mandato del rey y la
fecha en que los había recogido coincidía con aquel hecho;
pero no había querido descubrirlo prematuramente, a no
ser que se presentase una oportunidad o lo forzase la nece-
sidad. Se presentó primero la necesidad: bajo la presión del 6
miedo descubre el secreto a Rómulo. Coincidió que tam-
bién a Númitor, que tenía preso a Remo y había oído que
los hermanos eran gemelos, le había venido a la mente el

---

monte Palatino nuestra fiesta Lupercal, y el monte se llamó Palantio, de Palantea, ciudad de Arcadia, y después Palatio; allí Evandro, originario de aquella raza de arcadios...» La interpretación de Lupercal como fiesta, y no como lugar, da pie a la diferencia de tratamiento del texto. La fiesta se celebraba el 15 de febrero: uno de los rituales romanos más primitivos. Jóvenes patricios corrían desnudos por el foro golpeando a los circunstantes con correas de piel de cabra. Unos lo interpretan como una ceremonia de la fertilidad, otros de protección de la comunidad, y más modernamente, relacionándolo con *lupus* y *arceo*, como expresión de la inquietud por alejar de sus rebaños los lobos por parte de una comunidad de pastores.

[12] *Inuus*, nombre tal vez preitálico, identificado otras veces con Fauno. La *interpretatio graeca* lo identificó con Pan.

recuerdo de sus nietos al relacionar su edad y su talante
nada servil, y a base de indagar llegó a un extremo en que
7 estaba a un paso de reconocer a Remo. Se teje así desde
ambos ángulos una trama en torno al rey. Rómulo, no en
grupo, pues estaba en inferioridad para atacar abiertamente,
sino dando orden a los pastores de que se presentasen en el
palacio real cada uno por un camino distinto en un determinado
momento, lanza el ataque contra el rey; viene
Remo en su ayuda con otro grupo desde la mansión de
Númitor, y así matan al rey.

6 Al iniciarse el tumulto, Númitor, propalando el rumor
de que el enemigo había penetrado en la ciudad y atacado
el palacio real, había atraído a la juventud de Alba a la
ciudadela, para ocuparla y defenderla por las armas; y
cuando vio que los jóvenes, consumado el magnicidio, se
dirigían hacia él para felicitarlo, convoca inmediatamente
asamblea y pone de manifiesto los crímenes de su hermano
para con él, el origen de sus nietos, su nacimiento, su
crianza, el modo en que habían sido reconocidos; la
muerte, en fin, del tirano, y su propia responsabilidad en
2 ella. Los jóvenes se abren paso en grupo por entre la asamblea
y saludan como rey a su abuelo: un clamor unánime
brota, acto seguido, de la multitud entera y le ratifica el
título y el poder de rey.

Fundación de Roma

3 Una vez devuelto de esta forma a
Númitor el trono de Alba, caló en
Rómulo y Remo el deseo de fundar una
ciudad en el lugar en que habían sido
abandonados y criados. Era sobreabundante,
por otra parte, la población de Alba y del Lacio, a
lo que había que añadir, además, a los pastores; el conjunto
de todos ellos permitía esperar que Alba y Lavinio
iban a ser pequeñas en comparación con la ciudad que iba
4 a ser fundada. En estas reflexiones vino pronto a incidir un

mal ancestral: la ambición de poder, y a partir de un proyecto asaz pacífico se generó un conflicto criminal. Como al ser gemelos ni siquiera el reconocimiento del derecho de primogenitura podía decidir a favor de uno de ellos, a fin de que los dioses tutelares del lugar designasen por medio de augurios[13] al que daría su nombre a la nueva ciudad y al que mandaría en ella una vez fundada, escogen, Rómulo, el Palatino y, Remo, el Aventino[14] como lugares para tomar los augurios.

Cuentan que obtuvo augurio, primero, Remo: seis bui- 7
tres. Nada más anunciar el augurio, se le presentó doble
número a Rómulo, y cada uno de ellos fue aclamado como
rey por sus partidarios. Reclamaban el trono basándose,
unos, en la prioridad temporal, y otros en el número de
aves. Llegados a las manos en el altercado consiguiente, la 2
pasión de la pugna da paso a una lucha a muerte. En aquel
revuelo cayó Remo herido de muerte. Según la tradición
más difundida, Remo, para burlarse de su hermano, saltó
las nuevas murallas y, acto seguido, Rómulo, enfurecido,
lo mató a la vez que lo increpaba con estas palabras: «Así
muera en adelante cualquier otro que franquee mis mura-
llas». Rómulo, por consiguiente, se hizo con el poder en 3
solitario; la ciudad fundada recibió el nombre de su
fundador.

Fortificó en primer lugar el Palatino, donde había sido criado. Ofrece sacrificios, tal como había sido establecido

[13] El *augurium* era la técnica de la interpretación de los signos constituidos por los fenómenos naturales, el vuelo de las aves, etc., a través de los cuales había la creencia de que se manifestaba la voluntad de los dioses.

[14] En esta localización era coincidente la tradición posterior a Ennio; pero había otra versión más antigua: Rómulo en el Aventino. El cambio pudo deberse a que el Palatino fue ganando ascendiente y al hecho de no tener el Aventino el pomerio original.

por Evandro, a Hércules según el ritual griego, a los demás dioses según el albano.

Hércules y Caco. Primeras instituciones

4 Dicen que Hércules, después de dar muerte a Gerión[15], llevó sus bueyes, de admirable presencia, hacia aquellos parajes y, a orillas del Tíber, por donde había cruzado a nado llevando delante el ganado, se tendió en un lugar de hierba espesa, para que, con el descanso y el pasto abundante, los bueyes se recupe-
5 rasen, pues incluso él estaba cansado del camino. Al apoderarse de él, amodorrado por la comida y el vino, un profundo sueño, un pastor vecino de aquella comarca llamado Caco, altanero de su fuerza, seducido por la hermosura de los bueyes, quiso llevarse aquella presa; como, si arreaba la manada delante de sí hasta su cueva, las huellas mismas iban a orientar hacia allí la búsqueda de su dueño, arrastró por el rabo reculando hasta la cueva a los bueyes de mejor
6 aspecto. Hércules, al rayar el alba, espabiló del sueño, recorrió con la vista la manada y se percató de que faltaban algunas cabezas; se dirige a la cueva más cercana por si acaso hay huellas en aquella dirección; al ver que todas se dirigen hacia el exterior y que ninguna lleva en sentido contrario, confundido y desconcertado, comenzó a alejar
7 las reses de aquel lugar poco seguro. Al partir, algunas reses mugieron al echar de menos, como suelen, a las que faltaban, y los mugidos de respuesta de las que estaban encerradas en la cueva hicieron dar la vuelta a Hércules. Cuando éste se dirigía hacia la cueva, Caco intentó cerrarle

[15] El décimo Trabajo de Hércules consistió en robarle los bueyes a Gerión, el monstruo de tres cabezas que reinaba en Iberia. La leyenda de Hércules y Caco es la resultante de fusionar las versiones griega e itálica de un mismo mito para explicar el culto de Hércules en el *Ara Maxima*.

el paso a la fuerza, pero cayó muerto a golpe de maza, reclamando en vano la ayuda de los pastores. Por entonces 8
Evandro, un fugitivo del Peloponeso, mandaba en aquella comarca, más por su prestigio que por un poder legal; hombre respetable por algo fuera de lo común: su conocimiento de la escritura [16], algo nuevo entre hombres desprovistos de instrucción; y aún más respetable porque se creía que su madre, Carmenta, era una diosa [17] a la que aquellas gentes habían admirado como profetisa antes de la llegada a Italia de la Sibila. Evandro, pues, atraído por la aglome- 9
ración de pastores que se agitaban en torno al forastero, reo de un homicidio flagrante, se enteró, primero, del hecho y de su causa; después, al fijarse en el porte y el aspecto de aquel hombre, de más envergadura y más imponentes que los de un ser humano, le pregunta quién es. Cuando conoció su nombre, su padre y su patria, dijo: 10
«Hijo de Júpiter, Hércules, yo te saludo; mi madre, intérprete fiel de los dioses, me vaticinó que tú llegarías a engrosar el número de los moradores celestes y que te sería dedicado aquí un altar, al que el pueblo que un día será el más poderoso de la tierra dará el nombre de Máximo y celebrará el culto según el ritual que te es propio». Hércules 11
le tendió la mano, y dijo que aceptaba el presagio y que iba a llevar a cumplimiento los oráculos erigiendo y consagrando el altar. Entonces, por primera vez, echando mano 12
de la mejor vaca del rebaño, se celebró un sacrificio a Hércules, tomando como ministros de la ceremonia y del banquete ritual a los Poticios y a los Pinarios, las más ilustres familias de entonces moradoras de aquella región. Casual- 13

---

[16] Los romanos le atribuían a Evandro la introducción del alfabeto latino, que, sin embargo, no aparece antes del siglo VII a.C.

[17] No está esclarecida la función de esta antigua divinidad, *Carmenta*, cuya fiesta se celebraba en enero. El paso de Evandro a Roma hizo de ella el paralelo de Temis.

mente ocurrió que los Poticios llegaron a tiempo y se les
sirvieron las viandas consagradas, y que los Pinarios llega-
ron, consumidas ya éstas, al resto del banquete. Por eso
quedó estatuido, mientras perduró la familia de los Pina-
14 rios, que no probasen la carne del sacrificio. Los Poticios,
instruidos por Evandro, fueron sacerdotes de este sacrificio
durante muchas generaciones, hasta que, encomendado a
esclavos estatales el ministerio sagrado de la familia, el
15 linaje de los Poticios se extinguió por completo. Fue éste el
único culto que, por entonces, Rómulo tomó del extran-
jero, mostrándose ya a favor de la inmortalidad lograda
por el valor, hacia la cual le llevaban sus hados.

8 Una vez realizadas ritualmente las ceremonias religiosas
y convocada a asamblea la población, que únicamente a
través de lazos jurídicos podía cohesionarse como un solo
2 pueblo, le dio leyes; considerando que éstas serían inviola-
bles para aquellos hombres rudos únicamente si él mismo
se hacía respetable con los símbolos externos de la autori-
dad, resaltó su majestuosidad con los demás elementos de
su presentación externa, pero sobre todo con la autoads-
3 cripción de doce lictores. Creen, unos, que se atuvo a esta
cifra por el número de aves que habían presagiado en
augurio su reinado: yo, por mi parte, no dudo en unirme al
parecer de los que opinan que esta clase de servidores fue
importada de los etruscos limítrofes, de donde proviene la
silla curul y la toga pretexta, y no sólo la clase, sino tam-
bién el número; y los etruscos actuaban así, porque, al ele-
gir de entre doce pueblos un rey para todos ellos, cada uno
de los pueblos aportaba un lictor.

4 Crecía, entretanto, la ciudad incorporando con mura-
llas nuevos y nuevos espacios, pues construían el recinto en
previsión de la población futura, más que sobre la base
5 de los habitantes que había entonces. Después, para que
no quedase vacía una ciudad de aquellas dimensiones,

con el fin de incrementar la población mediante el viejo recurso de los fundadores de ciudades, que reunían en torno suyo una multitud oscura y de baja extracción con la ficción de que de la tierra les había brotado descendencia, abre un «asilo»[18] en el lugar en que actualmente hay un cercado según se sube entre los dos bosques sagrados. Desde los pueblos vecinos un aluvión de gentes de 6
todas clases, sin distinción de esclavos y libres, ansiosos de novedad, acudieron a refugiarse allí, y ésta fue la primera aportación sólida en orden a las proporciones del trazado urbano. Satisfecho ya de sus fuerzas, dispo- 7
ne a continuación una organización para ellas. Crea cien senadores, bien por ser suficiente este número, o bien por haber sólo cien que pudiesen ser creados senadores[19]. En cualquier caso, recibieron la denominación honorífica de Padres, y patricios sus descendientes.

[18] El monte Capitolino tenía dos cimas (en una, la ciudadela; en la otra, el Capitolio), cubiertas antiguamente de bosque. La palabra «asilo» era de uso religioso-político: lugar sagrado, inviolable, donde podía encontrar refugio una población marginal. El modelo griego de *ásylon* estaba relacionado con la adquisición del derecho de ciudadanía, y esta medida pudo ser interpretada como expresión de una política de fomento del crecimiento demográfico.

[19] Sigue sin esclarecerse el origen del Senado, del Consejo de Ancianos de los romanos. En la versión recogida por Dionisio de Halicarnaso, en lo que al número miembros se refiere, se atribuían 100 al Senado de Rómulo, cifra aumentada en 50 por Tito Tacio y doblada por Tarquinio Prisco. En otras versiones, Tarquinio añadió 100, y los cien intermedios se debieron o bien al influjo sabino o bien a la absorción de Alba. Según otros, el Senado no tuvo un número fijo de miembros, si se trataba de los cabezas de las principales familias.

Rapto de las sabinas[20]. *Guerras subsiguientes*

9 Roma era ya tan fuerte, que su potencial bélico estaba a la altura del de cualquiera de los Estados vecinos; pero, debido a la falta de mujeres, su grandeza estaba abocada a durar una generación, al no tener en sí posibilidad de perpetuarse ni existir matri-
2 monios con los pueblos del entorno. Entonces, por consejo del senado, Rómulo envió una legación a los pueblos circundantes a presentar una petición de alianza y de enlaces
3 matrimoniales con el nuevo pueblo: que también las ciudades, como lo demás, nacían de casi nada, pero, después, las que tenían a su favor su propio valor y a los dioses se
4 labraban un gran poderío y un gran nombre; que de sobra sabían que los dioses habían propiciado el nacimiento de Roma, y que el valor no iba a faltar; que, por consiguiente, no rehusasen, hombres como eran, mezclar su sangre y su
5 raza con otros hombres. La legación no fue escuchada favorablemente en parte alguna: hasta ese extremo despreciaban y, a la vez, temían, por sí mismos y por sus descendientes, a una potencia tan grande que se desarrollaba en medio de ellos. Y fueron despedidos entre las preguntas casi generales de si habían abierto algún asilo también para mujeres, pues eso, en definitiva, supondría matrimonios del
6 mismo nivel. La juventud romana tomó a mal este desaire y la situación comenzó a apuntar claramente hacia una salida violenta. A fin de proporcionar momento y lugar adecuado a esta salida, Rómulo disimula su resentimiento y dispone con toda intención unos juegos solemnes en

[20] El trasfondo histórico de interés está en si la sociedad romana primitiva se debió a la integración de sabinos y latinos. Los datos arqueológicos apuntan a que, en los siglos VIII/VII, había comunidades separadas en Palatino, Esquilino y Quirinal, y están confirmados los elementos sabinos de la Roma primitiva.

honor de Neptuno Ecuestre: los llama *Consualia*[21]. Ordena, a continuación, que sean invitadas al espectáculo 7
las poblaciones vecinas; lo solemnizan con cuantos medios en aquella época se conocían o estaban en su mano, para hacerlo famoso y despertar la expectación. Acudió mucha 8
gente, atraída, además, por la curiosidad de ver la nueva ciudad, pero sobre todo los de las cercanías: ceninenses, crustuminos y antemnates[22]. De los sabinos acudió la 9
población en masa, mujeres e hijos incluidos. Fueron acogidos como huéspedes en las casas particulares, y al ver el emplazamiento, las murallas y la cantidad de viviendas de la ciudad, se asombran del desarrollo de Roma en tan poco tiempo. Cuando llegó la hora del espectáculo y estaban 10
concentradas en él las miradas y la atención, se puso en marcha según lo previsto el golpe de fuerza: a una señal dada, los jóvenes romanos se lanzan a raptar a las doncellas. La mayoría de ellas fueron cogidas al azar por el pri- 11
mero que las tuvo a mano; algunas, especialmente hermosas, reservadas a los senadores más importantes, eran llevadas a casa de éstos por los plebeyos a los que se les había encomendado esta misión. Una, que resaltaba nota- 12
blemente entre las demás por su atractivo y belleza, fue raptada por los hombres de un tal Talasio, según dicen, y como muchos preguntaban a quién se la llevaban, gritaban a cada paso, para evitar que fuese objeto de violencia, que se la llevaban «a Talasio»: de ahí pasó este grito a las bodas.

Desbaratado el espectáculo por el pánico, los padres de 13
las doncellas escapan entristecidos, quejándose de la viola-

---

[21] *Consualia* eran las fiestas del 21 de agosto y 15 de diciembre en honor de *Consus*, dios itálico de la agricultura que aquí aparece identificado con Neptuno como dios creador del caballo.

[22] De las tres comunidades, la única que subsistía en época clásica era la de *Antemnae*, situada junto a la desembocadura del Anio.

ción de las leyes de la hospitalidad e invocando al dios a cuya fiesta y juegos habían acudido engañados por la apariencia del respaldo de las leyes de la religión y la humani-
14 dad. En cuanto a las víctimas del rapto, no abrigan esperanzas más halagüeñas sobre sus personas, ni es menor su indignación. Pero Rómulo las iba visitando personalmente y les hacía ver que lo ocurrido se debía al orgullo de sus padres, que habían negado a unos vecinos la celebración de enlaces matrimoniales; que ellas, sin embargo, iban a ser sus esposas, iban a compartir todos sus bienes, su ciudadanía y lo que hay más querido para el género humano: los
15 hijos; que depusiesen ya su enfado y entregasen sus sentimientos a quienes el azar había entregado sus cuerpos; que, a menudo, de sentirse ofendido se pasa al afecto; que van a tener unos maridos tanto mejores cuanto que cada uno de ellos pondrá empeño no sólo en cumplir los deberes específicos suyos, sino en llenar la nostalgia por la falta de padres
16 y de patria. A estas palabras se añadían las caricias de sus maridos, que disculpaban el rapto atribuyéndolo al deseo y al amor, excusas éstas de la mayor eficacia ante la manera de ser de la mujer.

10 Los ánimos de las raptadas se habían ya aplacado mucho; pero, precisamente entonces, sus padres con vestimentas de luto, lágrimas y quejas trataban de sublevar a sus compatriotas. Y no circunscribían su indignación a sus lugares de residencia, sino que de todas partes venían a congregarse en torno a Tito Tacio[23], rey de los sabinos; allí confluían todas las legaciones, porque el nombre de Tacio
2 era el más sonado en aquellas comarcas. Los ceninenses, crustuminos y antemnates eran parte afectada por aquella

---

[23] La forma *Tatius* es la latinización de un nombre sabino. La biografía de este personaje debió de elaborarse en el siglo III a. C., para dar cuerpo, tal vez, al elemento sabino de Roma, en la que existió una tribu *Tities*.

afrenta; les pareció que Tacio y los sabinos actuaban con
lentitud: ellos, los tres pueblos, preparan la guerra en
común. Ni siquiera los crustuminos y antemnates se mue- 3
ven con suficiente rapidez a ojos de los ceninenses enarde-
cidos de ira; en consecuencia, el pueblo cenino ataca él solo
el territorio romano. Cuando están extendiendo la devasta- 4
ción, se presenta Rómulo con el ejército y, con un ligero
choque, les demuestra la inutilidad de la cólera sin fuerzas:
derrota y pone en fuga a su ejército, y después de disper-
sarlo, lo persigue; mata al rey en combate singular y lo
despoja. Muerto el jefe enemigo, toma la ciudad al primer
asalto. Después de hacer volver al ejército victorioso, él, 5
tan grande por sus hazañas como jactancioso de sus
hechos, subió al Capitolio llevando los despojos del jefe
enemigo, al que había dado muerte, suspendidos de una
parihuela debidamente construida al efecto y los depositó
junto a la encina sagrada de los pastores; a la vez que hacía
esta ofrenda, trazó el emplazamiento de un templo de Júpi-
ter y añadió una nueva advocación al dios: «Júpiter Fere- 6
trio, dijo, yo Rómulo, rey vencedor, te traigo estas armas
de un rey, y en este recinto que acabo de delimitar en mi
mente te consagro un templo que ha de recibir los despojos
opimos que, después de dar muerte a los reyes y jefes
enemigos, mis sucesores te traerán siguiendo mi ejemplo.»
Éste es el origen del primer templo que fue consagrado en 7
Roma. Fue, en adelante, voluntad de los dioses que no
resultasen vanas las palabras del fundador del templo, con
las que proclamó que sus sucesores llevarían allí los despo-
jos, y que no se degradase la gloria de tal ofrenda al ser
muchos los que la consiguiesen. Después, en el transcurso
de tantos años, de tantas guerras, únicamente dos veces
hubo despojos opimos[24]; tan rara fue la suerte de un
honor como éste.

---

[24] Referencia a A. Cornelio Coso y a M. Claudio Marcelo, vencedor

11 Mientras los romanos realizan esto, el ejército de los
antemnates, aprovechando la oportunidad de que no había
nadie, irrumpe como enemigo en territorio romano. A
marchas forzadas las fuerzas romanas se dirigieron tam-
bién contra ellos y los sorprendieron desplegados por los
2 campos. Los enemigos se dispersaron al primer choque, a
los primeros gritos; su ciudad fue tomada. Hersilia, la
esposa de Rómulo, agobiada por los ruegos de las rapta-
das, le pide, cuando está eufórico por la doble victoria, que
perdone a los padres de aquéllas y les conceda la ciudada-
nía: de ese modo se consolidará la situación, con la reconci-
3 liación. Lo consiguió sin dificultad. Marchó después contra
los crustuminos, que habían roto las hostilidades. En este
caso la lucha fue aún menor, porque estaban desalentados
4 por las derrotas de los otros. Se enviaron colonias a ambas
ciudades[25]; aparecieron más voluntarios para ir a Crustu-
merio, debido a la fertilidad de su suelo. También hubo
abundante migración de esta ciudad hacia Roma, sobre
todo por parte de los padres y allegados de las que habían
sido raptadas.

5 La última guerra surgió del lado sabino y fue, con
mucho, la de mayor envergadura, pues en nada se dejaron
arrastrar por la ira o el apasionamiento ni dejaron traslucir
6 las hostilidades antes de romperlas. Al frío cálculo unieron,
además, la astucia. Espurio Tarpeyo estaba al frente de la

---

de los galos en el año 222 a. C. Los reclamó en el año 29 a. C. M. Licinio Craso, negándose Augusto. El silencio de Livio sobre este último dato ha dado pie a conjeturas diversas.

[25] Los pueblos vencidos debían ceder a Roma la tercera parte de sus tierras, que pasaban al *ager publicus* o se repartían entre los colonos que enviaba Roma. Sus habitantes emigraban a Roma o quedaban como *peregrini*.

La hija de Tarpeyo, en la guerra sabina. Veyos y Fidenas. «Muerte» de Rómulo

ciudadela de Roma. Su hija, una vestal, es sobornada por el oro de Tacio para que deje entrar en la ciudadela a unos hombres armados —ella había salido casualmente fuera de las murallas a buscar agua para las ceremonias del culto—. Cuando entraron, la 7
hicieron morir aplastándola con sus armas, bien para dar la impresión de que la ciudadela había sido tomada por la fuerza, o bien para dejar sentado el precedente de que los traidores en ningún caso podrían confiar en los compromisos. La leyenda añade que los sabinos llevaban, ordinaria- 8
mente, brazaletes de oro de gran peso en el brazo izquierdo y anillos de gran belleza con joyas engastadas, y que habían apalabrado con ella «lo que llevaban en la mano izquierda»: por eso echaron sobre ella los escudos, en vez de darle las alhajas de oro. Hay quien dice que ella, basán- 9
dose en el acuerdo de entregar lo que había en la mano izquierda, pidió expresamente las armas y, al sospechar que les tendía una trampa, la hicieron morir con su propia recompensa[26].

El caso fue que los sabinos se hicieron con la ciudadela; 12
y, al día siguiente, a pesar de que el ejército romano había cubierto en formación la planicie situada entre el monte Palatino y el Capitolino, no descendieron al llano hasta que los romanos, aguijoneados por la ira y las ganas de recuperar la ciudadela, se lanzaron contra ellos desde abajo. En cabeza de ambas formaciones animaban la lucha 2
Metio Curcio, del lado de los sabinos, y Hostio Hostilio, del de los romanos. Éste sostenía a los romanos, en posición desventajosa, en primera línea con su coraje y valen-

[26] Circulaba también otra versión cuyo motivo era el amor al general enemigo. Se trata de una leyenda explicativa del nombre, etrusco en realidad, de la roca Tarpeya.

3 tía. Cuando Hostio cayó, automáticamente el frente
romano se repliega en desbandada. Arrastrado también
Rómulo por el revuelo de los fugitivos hasta la antigua
puerta del Palatino, dice levantando sus armas hacia el
4 cielo: «Júpiter, impulsado por tus auspicios asenté aquí en
el Palatino los primeros cimientos de Roma. Los sabinos
tienen ya en su poder la ciudadela, conseguida por una
traición; desde ella se dirigen en armas hacia aquí, ya han
5 rebasado el valle que hay en medio. Pero tú, padre de los
dioses y de los hombres, al menos de aquí aparta al ene-
migo; libera del pánico a los romanos y detén esta huida
6 vergonzosa. Yo prometo levantar en este lugar un templo a
Júpiter Stator, que recuerde a la posteridad que Roma se
7 salvó gracias a tu ayuda protectora.» Después de hacer esta
súplica, exclamó, como si hubiese percibido que sus ruegos
habían sido escuchados: «Romanos: Júpiter, el mejor, el
más grande, ordena que os detengáis y desde aquí reem-
prendáis el combate.» Los romanos se pararon como si se
lo hubiese ordenado una voz de lo alto; Rómulo en per-
8 sona se lanza a primera línea. Metio Curcio, en cabeza de
los sabinos, había bajado a la carrera desde la ciudadela y
había rechazado a los romanos en desbandada por toda la
extensión que ocupa el Foro. No estaba ya lejos de la
puerta del Palatino y gritaba: «Hemos vencido a estos pér-
fidos huéspedes, a estos cobardes enemigos; ahora saben ya
que una cosa es raptar muchachas y otra muy distinta
9 pelear con hombres.» Mientras está fanfarroneando de este
modo, Rómulo se lanza contra él con un grupo de jóvenes
de los más intrépidos. Casualmente, en ese momento,
Metio combatía a caballo; por ello, fue más fácil recha-
zarlo. Los romanos lo acosan en su retirada, y el resto del
ejército romano, enardecido por la audacia de su rey,
10 derrota a los sabinos. Metio se precipitó en una marisma,
al espantarse el caballo con el tumulto de los perseguido-

res; esta circunstancia atrajo la atención de los sabinos, ante el peligro de un hombre tan principal. Y él, al hacerle señas y llamarle los suyos, reanimado por el numeroso apoyo, logra escapar. Romanos y sabinos reemprenden la lucha en el valle que media entre las dos colinas: pero los romanos estaban en ventaja.

Entonces, las mujeres sabinas, por cuyo agravio se 13
había originado la guerra, sueltos los cabellos y rasgadas las vestiduras, sobreponiéndose ante la desgracia al encogimiento propio de la mujer, se atrevieron a lanzarse en medio de una nube de flechas, irrumpiendo de través, para
separar a los contendientes y poner fin a su furor; alterna- 2
tivamente, suplicaban a sus padres y a sus maridos que no cometiesen la impiedad de mancharse con la sangre de un suegro o de un yerno, que no mancillasen con un parricidio
el fruto de sus entrañas, sus nietos unos, otros sus hijos: «Si 3
estáis pesarosos del parentesco que os une, si lo estáis de estos matrimonios, tornad vuestra ira contra nosotras; nosotras somos la causa de la guerra, de las heridas y muertes de nuestros maridos y nuestros padres; mejor perecer que vivir sin unos u otros de vosotros, viudas o
huérfanas.» El gesto emociona a soldados y jefes. Se hace 4
un silencio y una quietud súbita; después, los jefes se adelantan a estipular una alianza. No sólo establecen la paz, sino que integran los dos pueblos en uno solo. Forman un reino común, la base del poder para todos ellos la trasla-
dan a Roma, que se vio así duplicada, y para hacer tam- 5
bién alguna conceción a los sabinos, tomaron todos el nombre de «quirites», por Cures[27]. Como recuerdo de

---

[27] No está clara la etimología de «Quirites». Cures era una ciudad sabina que apareció relacionada con las leyendas de la antigua Roma, que la hacían cuna de Numa. Situada sobre una colina en la margen izquierda del Tíber; no hay pruebas arqueológicas de su antiguedad.

aquel combate, el lugar en que el caballo dejó en tierra firme a Curcio después de salir de la profunda marisma se llamó Lago Curcio.

6 La alegre paz que inmediatamente sucedió a una guerra tan deplorable tornó a las sabinas más queridas para sus maridos y padres, y más que para nadie para el mismo Rómulo. Por eso, al dividir a la población en treinta
7 curias[28], les dio los nombres de aquéllas. Un detalle no aparece en la tradición: al ser evidentemente superior a esa cifra el número de mujeres, ¿fueron escogidas en razón de la edad, del rango suyo o de sus maridos, o por sorteo, las
8 que habían de dar su nombre a las curias? Por las mismas fechas fueron creadas tres centurias de caballeros: los «ramnes», derivado de Rómulo; los «ticies», de Tito Tacio, y los «lúceres», de nombre y origen sin esclarecer[29]. A partir de entonces, los dos reyes ejercieron el poder en común y, además, de pleno acuerdo.

14 Algunos años más tarde, unos parientes del rey Tacio maltratan a los delegados de los laurentes; al invocar los laurentes el derecho de gentes, pesó más ante Tacio la
2 influencia y los ruegos de los suyos, y como consecuencia, se hizo objeto del castigo a que ellos eran acreedores, pues una vez que asistió en Lavinio a un sacrificio solemne se
3 produjo una revuelta y fue asesinado. Se dice que Rómulo reaccionó ante este hecho con menos pesar del que debía, bien porque no compartía el poder con mucho convencimiento, o bien por estimar que había sido muerto no sin razón. Descartó, pues, la guerra; pero, para que hubiese

---

[28] La organización por curias no puede remontarse más allá del período etrusco, de la evolución de la comunidad puramente pastoril.

[29] Diversas hipótesis hacían derivar *luceres* del nombre de un rey etrusco; del nombre de *Lucerus*, rey de Árdea; de *lucus*.

una expiación de la ofensa a los legados y de la muerte del rey, la alianza entre Roma y Lavinio fue renovada.

Hubo, en este sentido, una paz con la que no se con- 4
taba; pero estalló otro conflicto armado[30] mucho más cerca, casi a las puertas mismas de Roma. Los fidenates, estimando que a su lado cobraba pujanza una potencia demasiado cercana, antes de que tuviera una fuerza tan grande como parecía evidente que iba tener, se adelantan a hacerle la guerra. Con su juventud armada invaden y arrasan el territorio situado entre Roma y Fidenas[31]. Tiran, 5
después, hacia la izquierda, porque a la derecha les cortaba el Tíber; se dan al saqueo, con el consiguiente pánico de los campesinos; y la primera noticia de ello fue el tropel de gente que, de repente, entró en la ciudad corriendo desde los campos. Puesto sobre aviso Rómulo —pues una guerra 6
tan cercana no admitía dilación—, hace salir al ejército y sitúa el campamento a una milla de Fidenas. Dejó allí una 7
pequeña guarnición, salió con todas las tropas, dio orden de que una parte de la infantería se apostase, emboscada, en una zona cubierta de espesa maleza; siguió adelante con la mayor parte de la infantería y con toda la caballería, e hizo salir al enemigo, como pretendía, con un planteamiento de lucha tumultuario y amenazador, acercándose la caballería casi hasta las puertas mismas de la ciudad. Además, esta pelea de la caballería proporcionó una coartada más verosímil para la fuga que había que simular. Y al 8
andar la caballería como dudando entre la decisión de atacar y la de huir, la infantería también retrocedió; entonces,

---

[30] Hay que descartar la historicidad de esta guerra con Fidenas y luego con Veyos, pues ésta no llegó a ser una potencia hasta el siglo v a. C. y aquélla era su trampolín frente a Roma.

[31] Fidenas era la ciudad etrusca más próxima a Roma, a seis millas romanas.

los enemigos en salida repentina a puertas llenas, rechazan las líneas romanas y, en su afán de perseguirlas y acosarlas,
9 son atraídos al lugar de la emboscada. Salen de ella repentinamente los romanos y atacan de flanco a las fuerzas enemigas; viene a acrecentar el pánico la salida desde el campamento de los que habían quedado como guarnición. De esta suerte, presa de un pánico provocado desde diversos ángulos, los fidenates vuelven la espalda, casi antes de que Rómulo y los que huían con él pudieran volver rien-
10 das; y en un desorden mucho más acusado, como que su huida era auténtica, los que poco antes habían perseguido a los fugitivos simulados trataban de ganar de nuevo la
11 ciudad. No consiguieron, sin embargo, escapar del enemigo: pegados a sus talones los romanos, antes de que se atrancasen las puertas, entran a la carrera como si formasen un solo ejército.

15 Incitados los de Veyos[32] por el ejemplo de la guerra de Fidenas, no sólo en razón de su parentesco —pues también los fidenates eran etruscos—, sino, además, porque les inquietaba la proximidad territorial de Roma por si volvía sus armas contra todos sus vecinos, hicieron una incursión en territorio romano más en plan de pillaje que en guerra
2 regular. Así, sin acampar, sin esperar el ejército enemigo, volvieron a Veyos llevando el botín robado de los campos. Los romanos, por su parte, al no encontrar al enemigo en los campos, cruzan el Tíber preparados y dispuestos a un
3 combate decisivo. Cuando los de Veyos oyeron que los romanos acampaban y se iban a acercar a la ciudad, les

---

[32] Veyos estaba a unos 19 kilómetros al norte de Roma, cerca del Crémera, afluente del Tíber, sobre una planicie flanqueada por los valles hoy Fosso della Valchetta y Fosso dei Due Fossi, en una encrucijada de rutas hacia Tarquinios, Nepi, Capena, Roma, etc., desde muy antiguo. Situación altamente estratégica.

salieron al encuentro, prefiriendo dirimir la contienda en
campo abierto antes que luchar, encerrados, desde las casas
y murallas. En esta ocasión, sin potenciar sus fuerzas con 4
estratagema alguna, venció el rey romano gracias exclusi-
vamente al aguante de los soldados veteranos; tras perse-
guir al enemigo puesto en fuga hasta las murallas, si bien
con la ciudad no se atrevió, debido a sus sólidos muros y a
la protección natural de su emplazamiento, al volver arrasa
los campos, más por represalia que por afán de botín. For- 5
zados por este desastre no menos que por la derrota, los de
Veyos envían a Roma una embajada a pedir la paz. Se les
exigió una parte de su territorio y se les concedió una tre-
gua de cien años.

Éstos son, a grandes rasgos, los acontecimientos civiles 6
y militares del reinado de Rómulo; nada en ellos contradice
la creencia en su origen divino ni la divinización que se le
atribuyó después de su muerte, ni su valor al restituir el
trono a su abuelo, ni su plan de fundar Roma y de consoli-
darla por medio de la guerra y de la paz. Pues, sin duda 7
alguna, con las fuerzas que él le proporcionó cobró vigor
suficiente para tener la paz asegurada durante los siguien-
tes cuarenta años. Fue, sin embargo, más del agrado del 8
pueblo que de los senadores, y más que ningún otro fue
muy querido por el ejército; tuvo trescientos soldados, a los
que llamó «céleres»[33], como guardia personal tanto en la
guerra como en la paz.

Llevadas a cabo estas empresas inmortales, en una oca- 16
sión en que asistía a una concentración para pasar revista a

[33] Según la explicación más antigua, del siglo II a. C. cuando menos, los *celeres* eran los 300 *equites* del ejército de Rómulo. Según otra explicación, la de los analistas de la época de Sila, eran la guardia personal que tomó nombre de Celer, su jefe. Podría ser, en este caso, la trasposición del tipo griego del tirano, imagen bajo la que alguna tradición presentó a Rómulo.

las tropas en un campo junto a la laguna de la Cabra[34], se desató de golpe una tempestad con gran fragor de truenos y envolvió al rey en una nube tan densa que los reunidos no podían verlo; después, ya no reapareció Rómulo sobre
2 la tierra. Los jóvenes romanos, recuperados al fin del susto cuando el día tan tempestuoso se tornó sereno y apacible, vieron vacío el asiento del rey, y aunque les merecían crédito suficiente los senadores que estaban de pie a su lado según los cuales había sido arrebatado a las alturas por la tempestad, sin embargo, sobrecogidos de desazón como si hubiesen quedado huérfanos, guardaron silencio entristeci-
3 dos durante algún tiempo. Luego, primero unos cuantos y después todos a la vez saludan a Rómulo como dios hijo de un dios, rey y padre de la ciudad de Roma; le imploran con plegarias la paz, que con voluntad propicia proteja siempre
4 a su descendencia. Tengo entendido que no faltaron tampoco entonces quienes, en voz baja, sostenían que el rey había sido despedazado por los senadores con sus propias manos, pues también esta versión circuló, aunque muy soterrada; la otra versión fue consagrada por la admiración hacia aquel personaje y por el miedo que se dejaba sentir.
5 Le añadió además credibilidad, dicen, la habilidad de un solo individuo. Estaba la ciudad desazonada, porque echaba de menos al rey, y en contra de los senadores, cuando Próculo Julio[35], hombre de peso según dicen, aunque avalase un acontecimiento fuera de lo común, se pre-
6 senta a los reunidos y dice: «Quirites: Rómulo, padre de esta ciudad, al rayar hoy el alba ha descendido repentinamente del cielo y se me ha aparecido. Al ponerme en pie, sobrecogido de temor, dispuesto a venerarlo, rogándole

[34] Situada en la zona más baja del Campo de Marte, formada por los residuos de una pequeña corriente.

[35] Según la tradición, un hombre del campo de Alba Longa.

que me fuese permitido mirarle cara a cara, me ha dicho: 7
'Ve y anuncia a los romanos que es voluntad de los dioses que mi Roma sea la capital del orbe; que practiquen por consiguiente el arte militar; que sepan, y así lo transmitan a sus descendientes, que ningún poder humano puede resistir a las armas romanas.' Dicho esto —dijo—, desapareció por
los aires.» Es sorprendente el crédito tan grande que se dio 8
a aquel hombre al hacer esta comunicación y lo que se mitigó, entre el pueblo y el ejército, la añoranza de Rómulo con la creencia en su inmortalidad.

Interregno

A todo esto, la pasión y la lucha por el 17
poder traían desasosegados a los senadores. No había aún pretensiones individuales, porque nadie sobresalía de modo especial en aquel pueblo nuevo: era una
pugna de facciones entre estamentos. Los de origen sabino, 2
como después de la muerte de Tacio no habían participado en la monarquía, para no quedar sin ejercer el poder en una sociedad donde tenían los mismos derechos, querían que se nombrase un rey entre los suyos; pero los romanos
antiguos rehusaban un rey extranjero. A pesar de esta 3
diversidad de propósitos, todos querían, sin embargo, la monarquía, al no haber probado aún las mieles de la liber-
tad. Les entró, además, a los senadores el miedo a que un 4
Estado sin gobierno, un ejército sin mando, exaltados como estaban los ánimos de muchos pueblos vecinos, fuese objeto de la agresión de alguna potencia extranjera. Por una parte, querían que hubiese una cabeza; por otra, nadie
se decidía a ceder en pro de otro. En tales circunstancias, 5
los cien senadores asumen el poder en común, formando diez decurias y nombrando a uno de cada decuria para formar parte del gobierno. Mandaban los diez, pero uno
solo tenía las insignias del mando y los lictores. El mando 6

se terminaba a los cinco días e iba pasando por todos por turno; el intervalo entre reinados fue de un año. Por eso se llamó interregno, nombre que todavía conserva en la actua-
7 lidad[36]. Pero, entonces, la plebe murmuraba que se había multiplicado su servidumbre; que, en lugar de uno, tenían cien amos. Daba la impresión de que no iban a aceptar
8 otra cosa que un rey, y nombrado por ellos. Los senadores, al percibir esta agitación, comprendieron que había que adelantarse a ofrecer lo que iban a perder, y así se granjean el favor del pueblo dejándole disponer del poder supremo, conservando en realidad, más derechos que los que cedían.
9 En efecto, determinaron que la designación de rey hecha por el pueblo sería válida únicamente si los senadores la sancionaban. También en nuestros días, cuando se vota una ley o se elige un magistrado, se hace uso del mismo derecho, aunque es sólo una formalidad: antes de que el pueblo emita su voto los senadores sancionan el resultado,
10 desconocido aún, de la votación. En aquella ocasión el interrey, convocada la asamblea, dijo: «Para nuestro bien, prosperidad y felicidad, ciudadanos, elegid rey: así lo han acordado los senadores. Después, si la elección recae en un digno sucesor de Rómulo, los senadores la ratificarán.»
11 Este planteamiento fue tan del agrado del pueblo que, para no dejarse ganar en generosidad, se limitó a acordar y disponer que el senado decidiese quién iba a reinar en Roma.

---

[36] Pasó a la República, hasta su final, el nombre de *interregnum*, así como el de *interrex*. Si desaparecían los dos cónsules, los senadores nombraban un *interrex* que pudiera convocar los comicios para elegir otros nuevos. El interregno es aquí una anticipación anacrónica de varios siglos cuyo trasfondo está en la tradición empeñada en que el poder de los reyes se había trasvasado a los cónsules e instituciones republicanas.

Numa Pompilio, rey pacífico y reformador

Por aquella época era muy ponderada 18
la equidad y la piedad de Numa Pompi-
lio[37]. Vivía en Cures, ciudad sabina; era
un hombre muy versado —en la medida
en que se podía serlo en aquellos
tiempos— en derecho sagrado y civil. Se le asigna equivo- 2
cadamente como maestro, a falta de otro, a Pitágoras de
Samos, el cual está comprobado que, cuando en Roma
reinaba Servio Tulio, más de cien años más tarde, con-
gregó grupos de jóvenes atraídos por sus doctrinas en los
últimos confines de Italia: en Metaponto, Heraclea y Cro-
tona[38]. Desde lugares tan remotos, aun suponiendo que 3
hubiese sido de la misma época, ¿cómo iba a llegar su fama
hasta los sabinos?, ¿en qué lengua se iba a comunicar para
despertar en alguien el deseo de aprender?, ¿con qué
defensa un hombre solo iba a llegar a viajar a través de
tantos pueblos de lenguas y costumbres diferentes? Por eso, 4
yo soy, más bien, de la opinión de que Numa, por su pro-
pia inclinación natural, labró su ánimo en la virtud y que
se formó, no tanto con conocimientos venidos de fuera,
como con la educación severa y rígida de los antiguos sabi-
nos, el pueblo de costumbres más íntegras que jamás exis-
tió. Al oír el nombre de Numa, los senadores romanos, a 5
pesar de estimar que el poder basculaba hacia los sabinos si
el rey era elegido de entre ellos, no se atrevieron, sin
embargo, a anteponerse a sí mismos ni a otro de su partido

---

[37] La biografía legendaria de Numa Pompilio se fue formando en estadios sucesivos; el único dato histórico en lo referente a este rey es su nombre.

[38] Pitágoras emigró de Samos por segunda vez hacia el 530 a. C., quizás a Crotona, que tuvo que abandonar posiblemente en el 509 dirigiéndose a Metaponto, donde murió. La trasposición cronológica pudo deberse a que la figura de Numa elaborada por la tradición tenía rasgos que reflejaban la doctrina pitagórica.

ni a nadie, en fín, de los senadores o de los ciudadanos a
un hombre semejante; todos unánimemente deciden que la
6 monarquía debe recaer en Numa Pompilio. Reclamada su
presencia, lo mismo que Rómulo, se hizo cargo del poder
previa toma de los augurios para fundar la ciudad, y dis-
puso que, también, acerca de su persona, se consultara a
los dioses. A continuación, conducido a la ciudadela por
un áugur, —cargo éste que, en adelante, tuvo oficialmente
de modo permanente esta función honorífica—, se sentó en
7 una piedra de cara al mediodía. Tomó asiento a su
izquierda el áugur con la cabeza cubierta, sosteniendo con
la mano derecha un bastón curvo sin nudos al que llama-
ron *lituus*. Acto seguido, después de abarcar con la mirada
la ciudad y el campo y de invocar a los dioses, trazó men-
talmente una línea que separaba el espacio de Oriente a
Occidente y declaró que la parte de la derecha correspon-
8 día al Sur y la parte de la izquierda al Norte; enfrente, todo
lo lejos que podía alcanzar la vista, fijó mentalmente un
punto de referencia. Entonces, cambiando el *lituus* a la
mano izquierda e imponiendo la derecha sobre la cabeza de
9 Numa, hizo esta súplica: «Padre Júpiter, si las leyes divinas
permiten que Numa Pompilio, aquí presente, cuya cabeza
yo estoy tocando, sea rey de Roma, danos claramente seña-
10 les precisas dentro de los límites que he trazado.» Segui-
damente enumeró los auspicios que quería obtener. Conse-
guidos éstos, Numa fue declarado rey y descendió del
recinto augural.

19 Después de acceder al trono, se dispone a basar la
nueva ciudad, fundada por la fuerza de las armas, sobre
cimientos nuevos: el derecho, la ley y las buenas costum-
2 bres. Comprendiendo que en un clima de guerra no podían
aclimatarse a estas bases, porque la práctica militar vuelve
más inciviles los ánimos, pensó que debía tornar menos
rudo a su pueblo deshabituándolo de las armas. Levantó al

pie del Argileto[39] un templo de Jano para anunciar la paz
y la guerra: abierto, quería decir que Roma estaba en gue-
rra; cerrado, que todos los pueblos del contorno estaban en
paz. (En adelante, después del reinado de Numa estuvo 3
cerrado dos veces: una, bajo el consulado de Tito Manlio[40]
después de finalizada la primera guerra Púnica; otra, que
los dioses concedieron ver a nuestra generación, después de
la batalla de Accio, una vez restablecida la paz por el
emperador César Augusto por tierra y por mar.) Lo cerró 4
Numa, una vez llevada a cabo la unión con los pueblos
vecinos con tratados de alianza; al quedar libres de pre-
ocupación por el peligro exterior, para que la tranquilidad
no relajase los ánimos que el miedo al enemigo y la disci-
plina militar habían refrenado, pensó que, antes que nada,
debía infundirles el temor a los dioses, elemento de la
mayor eficacia para una masa ignorante y en bruto por
entonces. Como dicho temor no podía calar en las mentes 5
sin el recurso de algún evento milagroso, simula tener
encuentros nocturnos con la diosa Egeria[41], y que, por
indicación de la diosa, instituye los cultos más agradables a
los dioses y nombra sacerdotes específicos para cada dios.

Ante todo, divide el año en doce meses[42], según el 6

---

39 Colina situada al nordeste del foro. Había leyendas diversas acerca del origen del templo de *Ianus Geminus*, pequeña estructura rectangular que estaba cerca de la curia en el foro.

40 Tito Manlio Torcuato fue cónsul el año 235 a. C. Al término de la primera guerra púnica el cónsul era Aulo Manlio Torcuato. Pudo haber una confusión con el *praenomen* en la fuente.

41 Egeria era una divinidad relacionada con el agua, diosa de la primavera en Aricia, cuyo culto debió de ser importado a Roma no antes del reinado de Servio Tulio.

42 La reforma atribuida a Numa debió de aplicarse a un calendario tal vez de diez meses, atribuido a Rómulo, sin que sea convincente la explicación de que no incluiría los meses de invierno por su falta de relieve para el agricultor, pues antes que éste fue el pastor. El paso a doce meses, uno

curso de la luna; pero, como la luna no tarda treinta días todos los meses y faltan seis días para completar el año que se cierra con una revolución solar, añadiendo meses intercalares consiguió una distribución tan exacta, que cada diecinueve años los días correspondían con la misma posición del sol que al principio, completándose la duración de
7 todos los años. También fue él quien señaló los días fastos y nefastos[43], porque interrumpir de vez en cuando la actividad política de participación popular iba a tener su utilidad.

20 Dedicó, después, su atención a la institución del sacerdocio, aunque él personalmente desempeñaba la mayor parte de las funciones sagradas, sobre todo las que actual-
2 mente corresponden al *flamen*[44] de Júpiter. Pero, como le parecía que en un país belicoso iba a haber más reyes del estilo de Rómulo que de él mismo y que iban a acudir personalmente a las guerras, para evitar que quedasen abandonadas las funciones sacerdotales que competían al rey creó un *flamen* sacerdote permanente de Júpiter y realzó su figura con una vestimenta especial y una silla curul como la del rey. A éste añadió otros dos *flamines*, uno para Marte y
3 otro para Quirino. Eligió también doncellas para el culto de Vesta, sacerdocio de origen albano y que tenía algo que

---

de los cuales tiene denominación etrusca (abril, *aprilis, apru)* debió de ocurrir antes del siglo v, quizás en torno al 700. El ciclo de 24 años es el de Metón, segunda mitad del siglo v a. C.

[43] En los días nefastos, señalados en el calendario como tales, se restringía la actividad pública.

[44] Es posible que el «flaminado» fuese una institución de época monárquica. Eran quince *flamines* en total, cada uno de un dios. Pudo ocurrir que el de Júpiter, *flamen Dialis*, tuviese vestimenta, etc., reservada al rey. Aquí parece presuponerse que la función sacerdotal era propia del rey, que, llegado un momento, tuvo necesidad de un «vicario» en el que delegar funciones.

ver con la familia del fundador de Roma. Para que se dedi-
casen exclusivamente al servicio del templo[45], les fijó una
paga con cargo al Estado; mediante el voto de virginidad y
otras prácticas rituales, las hizo venerables e inviolables.
Eligió, asimismo, doce salios[46] en honor de Marte Gra- 4
divo[47], y les dio como distintivo una túnica bordada y,
sobre la túnica, una coraza de bronce en el pecho; les
encargó de llevar los escudos caídos del cielo llamados
ancilia y de recorrer la ciudad cantando himnos en medio
de saltos y danzas sagradas. Nombró pontífice, a continua- 5
ción, a Numa Marcio, uno de los senadores, y lo hizo
depositario de una descripción pormenorizada de todos los
cultos religiosos: clase de víctimas, fechas, templos en que
celebrar los sacrificios, de dónde se sacaría el dinero para
sufragar tales gastos. Todas las demás ceremonias del culto 6
público o privado las sometió a las decisiones del pontífice
también, para que el pueblo tuviese a dónde acudir a con-
sultar, para que ni un detalle de la institución religiosa se
tergiversase por falta de atención a los ritos nacionales e
incorporación de otros extranjeros. Debía también este 7
pontífice informar en detalle no sólo acerca del culto de los

---

[45] El templo de Vesta, de forma circular, representaba el hogar del Estado, en el que ardía perennemente el fuego sagrado que cuidaban seis (¿cuatro en un principio?) vírgenes patricias escogidas entre los seis y los diez años, las vestales. La tradición de que fueran instituidas por Numa pudo ser elaborada a partir de la relación Numa-Egeria, pues iban a buscar agua a la fuente de las Camenas.

[46] Los salios está comprobado que datan de muy antiguo; estaban extendidos por todo el Lacio. En Roma hubo dos colegios, los *Palatini* y los *Collini*, que debieron de corresponder a dos comunidades, una del Palatino y la otra del Quirinal.

[47] Marte Gradivo presidía el inicio y Marte Quirino el final de la guerra. Los antiguos relacionaban Gradivo con *gradi*, pasos de danza de los salios. Actualmente la relación se establece con un *cognomen*, *Grabovius*, de las Tablas Iguvinas.

dioses, sino de los ritos funerarios y del modo de aplacar a los manes; acerca de qué prodigios manifestados con rayos o con cualquier otro fenómeno había que tomar nota y conjurarlos. Para arrancar estos secretos de las mentes divinas, consagró en el Aventino un altar a Júpiter Elicio[48] y consultó al dios por vía de augurios sobre qué prodigios debían ser tomados en cuenta.

21 El centro de atención del pueblo pasó de la violencia de las armas a las consultas y conjuros mencionados; las mentes estaban ocupadas en tales prácticas y, además, la atención a los dioses, convertida en obsesión al ver que la voluntad divina intervenía en los asuntos humanos, había calado en los corazones de todos con tal religiosidad que la ciudad se regía por la fidelidad al juramento, en lugar de
2 por el miedo supremo al castigo basado en la ley. Y no sólo los ciudadanos amoldaban sus costumbres a las del rey como modelo singular, sino que también los pueblos vecinos, que antes habían considerado a Roma no como una ciudad, sino como un campamento establecido en medio de ellos para perturbar la paz general, fueron ganados por un respeto tal que les parecía un sacrilegio atacar a una ciudad
3 entregada por entero al culto de los dioses. Había un bosque en medio del cual manaba, de una sombría gruta, una fuente de agua perenne; como Numa con mucha frecuencia solía dirigirse allí sin testigos pretextando ir al encuentro de su diosa, consagró el bosque aquel a las Musas[49], porque,
4 según decía, allí se reunían con su esposa Egeria. También instituyó una fiesta solemne en honor exclusivamente de la Buena Fe[50]; dispuso que los *flamines* acudiesen a su

[48] El culto de Marte como dador de lluvia es muy antiguo, subsiguiente a su cristalización como dios del cielo.

[49] Divinidades, en origen, de la primavera, relacionada con Egeria (cf. *supra*, n. 41).

[50] El templo a la Buena Fe, *Fides*, fue erigido por A. Atilio Colatino,

santuario en un carro cubierto tirado por dos caballos y celebrasen el servicio religioso con la mano envuelta[51] hasta los dedos, como signo de que la buena fe debía ser respetada y de que su sede, incluso para la mano derecha, era sagrada. Instituyó muchos otros sacrificios y consagró al 5
culto muchos lugares que los pontífices llaman Argeos[52]. Pero su obra fundamental fue la defensa de la paz, tanto como del trono, durante todo su reinado.

De este modo, dos reyes consecutivos engrandecieron 6
Roma por caminos diferentes: uno con la guerra y el otro con la paz. Rómulo reinó treinta y siete años, Numa cuarenta y tres. Roma, además de poderosa, estaba equilibrada en sus instituciones militares y civiles.

Tulo Hostilio, rey belicoso. Guerra con Alba

A la muerte de Numa se volvió a un 22
interregno. Después, Tulo Hostilio[53], nieto de aquel Hostilio que había librado un memorable combate contra los sabinos al pie de la ciudadela, fue elegido rey por el pueblo; los senadores ratificaron la elección. Éste fue 2
no sólo diferente del rey que le había precedido, sino más belicoso incluso que Rómulo. La juventud y la fuerza, y por otra parte la gloria de su abuelo, espoleaban su espíritu. Convencido, pues, de que Roma envejecía por la falta de acción, buscaba por todas partes un motivo para hacer

---

cónsul el 258 y el 254 a. C. Se trata de un culto marcadamente conceptual, y parece un anacronismo de bulto atribuírselo a Numa.

[51] Es antigua la creencia de que el paño o velo convertía en sagrada la parte que cubría.

[52] Sin esclarecer. Tal vez unas *sacella* relacionadas con un ceremonial de purificación de la ciudad que tenía lugar los días 16-17 de marzo, el 14 de mayo y a primeros de año.

[53] Los únicos elementos que se pueden considerar históricos en todo el pasaje de Tulo Hostilio son el nombre del rey, el nombre de Fufecio y la toma de Alba. Aparecen aquí leyendas más antiguas que la propia Roma.

3 estallar de nuevo la guerra. Se dio la coincidencia de que
unos campesinos romanos saquearon en territorio albano y
que otros albanos, a su vez, lo hicieron en territorio
4 romano. Mandaba en Alba, a la sazón, Gayo Cluilio. Por
parte y parte, casi simultáneamente, se enviaron legados
para exigir una reparación. Tulo había ordenado a los
suyos que cumplieran su misión antes que ninguna otra
cosa: estaba seguro de la negativa de los albanos y podría,
5 así, declararles justamente la guerra. Los albanos, por el
contrario, se tomaron la cosa con más calma; recibidos por
Tulo como huéspedes amable y amistosamente, hacen de
buen grado los honores a la mesa del rey. Entretanto, los
romanos se habían adelantado en presentar la reclamación
y, al recibir una negativa del rey albano, le habían declarado la guerra para treinta días más tarde. Vuelven a
6 comunicárselo a Tulo. Tulo, entonces, ofrece a los legados
la posibilidad de manifestar cuál es el objeto de su
demanda. Ellos, ignorantes de todo lo ocurrido, empiezan
por perder el tiempo excusándose: que bien a su pesar tienen que decir algo que no le va a gustar a Tulo, pero que
cumplen órdenes; que han venido a reclamar lo saqueado;
que, si no se les devuelve, tienen orden de declarar la gue-
7 rra. Tulo responde: «Decid a vuestro rey que el rey de
Roma pone a los dioses por testigos sobre cuál de los dos
pueblos ha sido el primero en despedir a los legados
haciendo caso omiso de su reclamación, para que sobre él
recaigan todos los desastres de esta guerra.»

23 Llevan los albanos estas noticias a su país. Por ambos
bandos se preparaba la guerra con la mayor intensidad,
una guerra que tenía todas las características de guerra
civil, casi entre padres e hijos: unos y otros eran de ascendencia troyana, al provenir de Troya Lavinio, de Lavinio
2 Alba, y de la estirpe real de Alba los romanos. Con todo, el
desenlace de la guerra hizo la confrontación menos deplo-

rable, porque no hubo una batalla regular, y únicamente
las casas de una de las dos ciudades fueron derruidas, y los
dos pueblos se fundieron en uno solo.

Los albanos se adelantaron a invadir con un ejército 3
muy numeroso el territorio romano. Acampan a no más de
cinco millas de Roma, excavan alrededor del campamento
una fosa que durante varios siglos se llamó fosa Cluilia[54],
del nombre de su general, hasta que el paso del tiempo
borró fosa y nombre. En este campamento muere Cluilio, el 4
rey de Alba; los albanos nombran dictador a Metio Fufe-
cio. Entonces, Tulo, envalentonado especialmente por la
muerte del rey, manifiesta repetidas veces que la voluntad
poderosa de los dioses va a infligir a todo el pueblo albano,
después de haberlo hecho a su cabeza, el castigo por esta
guerra impía, y por la noche bordea y deja atrás el campa-
mento enemigo y se interna hostilmente con el ejército en
territorio albano. Esta maniobra hizo salir a Metio del 5
campamento. Se acerca lo más posible al enemigo; después
envía un emisario con orden de comunicar a Tulo que,
antes de librar batalla, procede parlamentar; que si se
entrevista con él, está seguro de que va a hacer unas pro-
puestas de interés para Roma tanto como para Alba. Tulo 6
no se niega; pero, por si las propuestas carecen de base,
dispone sus tropas en orden de batalla. Los albanos hacen
otro tanto. Una vez ordenadas las líneas por ambos ban-
dos, los jefes, acompañados de algunos principales, avan-
zan hasta el centro del campo. Comienza a hablar el de 7
Alba: «Afrentas y botín no devuelto a pesar de haber sido
reclamado sobre la base de la alianza: he ahí los motivos
alegados por nuestro rey Cluilio, según creo haberle oído,
para esta guerra; pero, si hemos de decir la verdad y no
palabras que suenen bien, es la ambición de poder la que

[54] Sólo conjeturas sobre su localización. Para Bormann, en Sette Bassi.

impulsa a dos pueblos emparentados y vecinos a tomar las
8 armas. No entro a valorar si con razón o sin ella: que lo hubiera sopesado el que emprendió la guerra, a mí los albanos me han nombrado jefe únicamente para dirigirla. Quisiera, eso sí, que tú, Tulo, estés sobre aviso acerca de lo siguiente: el poderío etrusco, que nos rodea sobre todo a nosotros y a vosotros, lo conoces tanto mejor cuanto que estáis más cerca de él. Su fuerza es grande por tierra, por
9 mar es enorme. Ten presente, cuando estés a punto de dar la señal de combate, que no perderá de vista a nuestros dos ejércitos para atacar a la vez, cuando estemos cansados y quebrantados, a vencedores y vencidos. Por eso, si contamos con el beneplácito de los dioses —pues, no contentos con la certeza de nuestra libertad, corremos el albur de llegar a dueños o a esclavos—, busquemos algún camino para decidir quién dominará sobre quién sin un grave desastre,
10 sin que corran ríos de sangre en ambos pueblos.» No desagrada a Tulo la propuesta, a pesar de que por su talante y por la confianza en la victoria se inclinaba a la violencia. Puestos a buscar unos y otros, encuentran una salida, que una feliz casualidad hizo viable.

Los Horacios y los Curiacios

24 Coincidió que había, entonces, en ambos ejércitos tres hermanos gemelos, muy parejos en edad y fuerza. Es comúnmente admitido que fueron los Horacios y los Curiacios, y prácticamente no hay en la antigüedad hecho más conocido; sin embargo, aun siendo tan notorio el hecho, persiste la incertidumbre sobre los nombres: a qué pueblo pertenecían los Horacios, y a cuál los Curiacios. Hay historiadores a favor de ambas versiones; veo, sin embargo, que la mayoría llama Horacios a los romanos: yo me inclino a seguirlos.
2 Los reyes plantean a los gemelos que luchen con sus armas por su patria respectiva: la supremacía estará donde esté la

victoria. No hay objeciones. Se acuerda el lugar y la hora.
Antes de llevar a cabo el combate, se firmó un acuerdo 3
entre romanos y albanos en el que se estipulaba que el
pueblo cuyos ciudadanos resultasen vencedores en aquel
combate ejercería sobre el otro una autoridad no cues-
tionada.

Cada tratado tiene sus propias cláusulas, pero todos se
realizan con un procedimiento idéntico. En este caso se 4
procedió, según dicen, de la manera siguiente —y no se
recuerda ningún otro tratado más antiguo—: el «fecial»[55]
preguntó al rey Tulo lo siguiente: «Rey, ¿me ordenas que
formalice un tratado con el *pater patratus* del pueblo
albano?» El rey se lo ordena, y él prosigue: «Reclamo de ti,
rey, la hierba sagrada.» «Toma hierba pura», dice el rey. El 5
fecial trajo de la ciudadela la hierba pura. Acto seguido,
hizo al rey esta pregunta: «Rey, ¿me designas tú a mí como
enviado real en representación del pueblo romano de los
quirites, e incluyes en tal misión a mis ayudantes y a mis
utensilios sagrados?» Respondió el rey: «Sí, en la medida
en que se haga sin menoscabo de mis derechos y los del
pueblo romano de los quirites.» El fecial era Marco Vale- 6
rio; hizo *pater patratus* a Espurio Fusio, tocándole la
cabeza y los cabellos con la hierba sagrada. El *pater patra-
tus* tiene por misión pronunciar el juramento, es decir, san-
cionar el tratado, y lo hace con un texto complejo expre-
sado en una larga fórmula ritual que no vale la pena
reproducir. A continuación, después de recitar las cláusulas, 7

---

[55] Institución común a otros pueblos itálicos la de los feciales, palabra de etimología oscura. En Roma constituían un colegio de veinte miembros, dos de los cuales al menos tenían una función específica: el *pater patratus*, que llevaba el cetro para el juramento y el pedernal, y el *uerbenarius*, que traía la hierba sagrada de la ciudadela. Intervenían en la formalización de tratados, en la presentación de reclamaciones, y en las declaraciones formales de guerra.

dice: «Escucha, Júpiter; escucha, *pater patratus* del pueblo
albano; escucha tú, pueblo albano. Tal como esas cláusulas
han sido públicamente leídas de la primera a la última
según estas tablillas de cera sin malicia ni engaño, y tal
como han sido en este lugar y en este día perfectamente
comprendidas, el pueblo romano no será el primero en
8 apartarse de ellas. Si es el primero en apartarse de ellas por
decisión pública y por malicia o engaño, entonces ese día
tú, Júpiter, hiere al pueblo romano como yo ahora voy a
herir a este cerdo en este lugar y en este día; y hiérele con
tanta más contundencia cuanto mayor es tu fuerza y tu
9 poder.» Dicho esto, golpeó al cerdo con la piedra de
sílice[56]. Igualmente, los albanos recitaron sus fórmulas
rituales y su juramento, por medio de su dictador y de sus
sacerdotes.

25 Concluido el tratado, los gemelos, según lo acordado,
empuñan las armas. Al animar cada bando a los suyos
recordándoles que los dioses de su patria, la patria, los
padres, los ciudadanos que han quedado en la ciudad y los
que están en el ejército tienen, en ese momento, los ojos
puestos en sus armas y en sus manos, ellos, fogosos ya por
temperamento y henchidos por los gritos de aliento, avan-
2 zan hasta el medio de las líneas. Habían tomado asiento, a
un lado y a otro, delante de su campamento los dos ejérci-
tos, exentos de peligro inmediato pero no de preocupación;
en efecto, en el valor y la suerte de unos pocos hombres
estaba en juego la supremacía. Por eso, quedan en tensión
y en suspenso prendidos de aquel espectáculo en absoluto
agradable.

3 Se da la señal y, con las armas prestas, los jóvenes, tres
de cada lado, como batallones en formación de combate, se

---

[56] El cerdo representaba al perjuro. La piedra se guardaba en el templo de Júpiter Feretrio, era venerada por su antigüedad y llegó a representar al dios.

lanzan al choque asumiendo el coraje de dos grandes ejérci-
tos. Unos y otros llevan presente no su propio riesgo, sino
el poder o la esclavitud de su pueblo y el destino de su
patria, que habrán de ser, en adelante, los que ellos hayan
labrado. Nada más resonar las armas al primer choque y 4
brillar las espadas relucientes, un estremecedor escalofrío
recorre a los espectadores; la esperanza no se inclina a una
parte ni a otra y se les corta el aliento y la palabra. Traba- 5
dos, acto seguido, en un combate cuerpo a cuerpo, ofre-
ciendo a la vista no sólo ya el movimiento de los cuerpos y
el amago incierto de las armas ofensivas y defensivas, sino
también las heridas y la sangre, dos romanos se desploma-
ron uno tras otro, mientras que los tres albanos quedaban
heridos. Al caer aquéllos, el ejército albano lanzó un grito 6
de júbilo; las legiones romanas, perdida toda esperanza
pero no libres de inquietud, estaban angustiadas por la
suerte de su único superviviente al que habían rodeado los
tres Curiacios. Afortunadamente, éste estaba ileso, en infe- 7
rioridad evidentemente él solo frente a todos a la vez, pero
temible para cada uno por separado. Por eso, para obligar-
los a luchar separadamente, emprendió la huida en la idea
de que lo iban a perseguir según a cada uno se lo permitie-
sen sus heridas. Se había alejado ya un cierto trecho del 8
lugar del combate y, al mirar hacia atrás, observa que le
siguen muy distanciados entre sí y que uno está a corta
distancia. Se vuelve violentamente contra él, y mientras el 9
ejército albano grita a los Curiacios que ayuden a su her-
mano, ya el Horacio, eliminado su adversario, buscaba,
victorioso, una segunda pelea. Entonces, con un griterío
semejante al de los que animan a los suyos ante un éxito
inesperado, los romanos alientan a su combatiente y él se
apresura a liquidar el combate. Antes de que el tercer 10
Curiacio, que ya no estaba lejos, pudiese alcanzarlo, da
muerte al segundo. Quedaban ya, igualada la lucha, uno de 11

cada bando, pero no tenían la misma moral ni las mismas fuerzas: uno, ileso y dos veces vencedor, afrontaba lleno de valor su tercera pelea; el otro, arrastrando un cuerpo agotado por la herida, agotado por la carrera, vencido ya por la muerte de sus hermanos ante sus propios ojos, se ofrece
12 a su adversario victorioso. Aquello no fue un combate. El romano grita, fuera de sí: «He ofrecido dos víctimas a los manes de mis hermanos; la tercera la voy a ofrecer a la causa de esta guerra, para que el pueblo romano domine sobre el albano.» Hunde su espada en vertical en el cuello del Horacio que a duras penas sostenía las armas y, una vez abatido, lo despoja.

13 Los romanos acogen al Horacio con ovaciones y enhorabuenas. Su alegría era tanto más intensa cuanto desesperada había sido la situación. Se dedican, después, unos y otros a enterrar a los suyos, con ánimo bien distinto: unos habían ensanchado su poder, los otros habían pasado a
14 dominación extranjera. Los sepulcros existen aún en el lugar en que cayó cada uno; los dos romanos en un mismo sitio, más cerca de Alba; los tres albanos en dirección a Roma, pero distantes entre sí, según se desarrolló el combate.

26 Antes de marcharse de allí, Metio, ateniéndose al tratado, pregunta a Tulo cuáles son sus órdenes. Tulo le manda que mantenga en armas a la juventud; que recurrirá a sus servicios en caso de guerra con Veyos. Sin más, los ejércitos volvieron a casa.

La Horacia. Juicio popular

2 Iba Horacio en cabeza, mostrando ante sí los despojos de los tres gemelos. Su hermana, una doncella que había estado prometida a uno de los Curiacios, le salió al encuentro delante de la puerta Capena y, al reconocer sobre los hombros de su hermano, el manto guerrero de su prometido que ella misma había

confeccionado, se suelta los cabellos y entre lágrimas llama
por su nombre a su prometido muerto. Encolerizan al 3
orgulloso joven los lamentos de una hermana en el
momento de su victoria y de una alegría pública tan
intensa. Desenvaina, pues, la espada y atraviesa a la
muchacha mientras la cubre de reproches: «Marcha con tu 4
amor a destiempo a reunirte con tu prometido —dice—, ya
que te olvidas de tus hermanos muertos y del que está vivo,
ya que te olvidas de tu patria. Muera de igual modo cual-
quier romana que llore a un enemigo.» Una acción seme- 5
jante les pareció horrorosa a los senadores y al pueblo,
pero su proeza reciente le servía de cobertura. No obstante,
fue acusado ante el rey. El rey, para no asumir personal-
mente la responsabilidad de un proceso tan penoso e
impopular y del castigo consiguiente al proceso, reunió a la
asamblea del pueblo y dijo: «De acuerdo con la ley nombro
duúnviros para que juzguen a Horacio de crimen de alta
traición[57].» La ley tenía una fórmula ritual espeluznante: 6
«Los duúnviros juzgarán el delito de alta traición; si el reo
apela al pueblo, se abrirá un debate sobre la apelación; si la
sentencia de los duúnviros es confirmada, se le tapará la
cabeza, se le colgará con una cuerda del árbol que no pro-
duce fruto, se le azotará dentro o fuera del *pomerium*.» De 7
acuerdo con esta ley fueron nombrados los duúnviros;
estimaban éstos que con semejante ley no podían absol-
verle ni aunque fuese inocente; le condenaron, pues, y uno
de ellos dijo: «Publio Horacio, te declaro culpable de alta
traición. Lictor, átale las manos.» El lictor se había acer- 8

---

[57] Los duúnviros *perduellionis* actuaban en nombre del rey o del pueblo (según la época), instruían la causa y dictaban sentencia. El delito de alta traición, existente desde muy antiguo, radicaba aquí en que se había usurpado un derecho exclusivo del rey, el derecho de «vida y muerte», o bien, según otros, en que el parricidio contaminaba a la comunidad y revestía un aspecto de crimen contra el Estado.

cado ya y comenzaba a colocarle la cuerda; en ese instante
Horacio, por consejo de Tulo, intérprete benévolo de la
ley, dijo: «Apelo.» Y se abrió ante el pueblo el debate sobre
9 la apelación. Los asistentes a aquel juicio se conmovieron,
sobre todo cuando Publio Horacio padre declaró que él
juzgaba justificada la muerte de su hija; que, de no ser así,
habría castigado a su hijo en virtud de su derecho de padre.
Suplicaba, a continuación, que no le privasen por completo
de hijos a él, al que poco antes habían visto rodeado de
10 una familia extraordinaria. Tras estas palabras, el anciano,
abrazando al joven y mostrando con orgullo los despojos
de los Curiacios fijados en el lugar que hoy se llama Trofeo
de Horacio, decía: «A éste, a quien hace poco habéis visto
marchando con las insignias y las ovaciones de la victoria,
romanos, ¿sois capaces de verlo con la horca al cuello,
atado, azotado y torturado? A duras penas podrían los
albanos soportar la vista de un espectáculo tan vergonzoso.
11 Lictor, anda y ata las manos que hace poco, empuñando las
armas, dieron el dominio al pueblo romano. Anda, cubre
la cabeza del libertador de nuestra ciudad; cuélgalo del
árbol que no produce fruto; azótalo dentro del *pomerium,*
con tal que sea en medio de sus trofeos y despojos del ene-
migo, o fuera del *pomerium,* con tal que sea en medio de
las tumbas de los Curiacios. Pues ¿a dónde podéis llevar a
este joven donde su gloria no lo exima de un suplicio tan
12 vergonzoso?» No pudo el pueblo resistir las lágrimas del
padre ni el valor del hijo, el mismo siempre ante cualquier
peligro. Lo absolvieron, más por admiración a su valentía
que por la justicia de su causa. No obstante, a fin de que el
crimen manifiesto fuese purgado con algún sacrificio, se
ordenó al padre que purificase a su hijo, con cargo al
13 tesoro público. El padre, después de llevar a cabo unos
sacrificios expiatorios que, en adelante, constituyeron una
tradición de la familia de los Horacios, atravesó un tronco

en la calzada e hizo pasar por debajo al joven, con la cabeza cubierta, como si fuera bajo un yugo[58]. Tal tronco existe todavía, restaurado constantemente por el Estado: se le llama «el tronco de la hermana[59].» A la Horacia se le 14
levantó un sepulcro de piedra tallada en el lugar en que había caído herida de muerte.

Guerra contra Veyos. Metio ejecutado

No fue muy duradera la paz con Alba. 27
La impopularidad por haber dejado la suerte del Estado en manos de tres combatientes, pervirtió el carácter fatuo del dictador, y como los buenos consejos no habían dado buen resultado, probó a recuperar la popularidad por los malos. En consecuencia, buscando guerra en 2
la paz, igual que antes paz en la guerra, pero viendo que su pueblo tenía más coraje que fuerzas, compromete a otros pueblos a que hagan una guerra abierta y formalmente declarada, reservando a los suyos para traicionar a los romanos bajo la apariencia de actuar como aliado suyo. A 3
los fidenates, colonia romana, en un plan compartido con los de Veyos, les decide a la lucha armada el compromiso de los albanos de pasarse a su bando.

Al declararse abiertamente la rebelión de Fidenas, Tulo 4
hace venir de Alba a Metio con su ejército y marcha contra el enemigo. Después de cruzar el Anio, acampa al lado de la confluencia de éste con el Tíber. Entre este lugar y Fidenas el ejército de Veyos había cruzado el Tíber. Éste, for- 5
mando también al lado de la orilla del río, ocupó el ala derecha; en el ala izquierda se sitúan los fidenates, más

---

[58] Al franquear esta barrera «mágica» se creía que el culpable dejaba tras de sí la mancha que lo convertía en tal.

[59] La expresión latina es *tigillum sororium*. La explicación más moderna no relaciona *sororium* con *soror*, sino con el verbo *sororiare* *(mammae puellarum cum primum tumescunt)*; Juno Sororia presidía el paso de las muchachas a la pubertad.

cerca de los montes. Tulo dispone a sus hombres frente a los de Veyos, y a los albanos los sitúa frente a las tropas de Fidenas. El jefe albano no andaba mejor de resolución que de lealtad; por eso, sin decidirse ni a quedarse ni a desertar abiertamente, se va acercando imperceptiblemente a las
6 montañas; después, cuando le parece que se ha aproximado lo suficiente, hace subir a toda la formación e, indeciso, para ganar tiempo despliega sus líneas: el plan era
7 unir sus fuerzas al bando al que la suerte se inclinase. Se llevaron la gran sorpresa los romanos situados más cerca, al caer en la cuenta de que su flanco quedaba al descubierto por la marcha de sus aliados; inmediatamente un jinete parte al galope a anunciar al rey que los albanos se van. Tulo, ante lo crítico de la situación, hace voto de instituir doce salios y erigir templos a la Palidez y al Pavor.
8 Increpando al jinete en voz alta para que lo oyeran los enemigos, le ordena que vuelva al combate; que no hay por qué alarmarse; que el ejército albano realiza un movimiento envolvente por orden suya, para atacar la retaguardia desguarnecida de los fidenates. Le manda, asimismo, que trasmita a la caballería orden de levantar las lanzas.
9 Esta maniobra impidió que gran parte de la infantería romana viese la marcha del ejército albano; los que la habían visto, creyendo lo que le habían oído al rey, combaten por ello con mayor coraje. El pánico se pasa al bando enemigo: habían oído las palabras pronunciadas en alta voz, y gran parte de los fidenates, al haber pasado a formar
10 parte de una colonia romana, sabían latín. En consecuencia, para no ver cortado el paso a la ciudad por una carga repentina de los albanos desde las colinas, retroceden. Tulo los persigue y, después de dispersar el ala de los fidenates, se vuelve con mayor furia contra los de Veyos, en los que había cundido el pánico de los otros. Tampoco éstos sostuvieron el choque, pero el río que quedaba a su retaguardia

les impedía la huida en desbandada. Cuando llegaron hasta 11
allí huyendo, unos arrojaban cobardemente las armas y se
lanzaban ciegos al agua y otros fueron muertos en la orilla
mientras decidían si huir o luchar. Nunca hasta entonces se
dio, por parte de Roma, una batalla más sangrienta.

Entonces, el ejército albano, espectador del combate, 28
fue bajado hasta el llano. Metio felicita a Tulo por haber
vencido al enemigo; en respuesta, Tulo se dirige a Metio en
tono suave. Ordena que los albanos (¡que la cosa resulte
bien!) unan su campamento al de los romanos; prepara un
sacrificio de purificación[60] para el día siguiente.

Al amanecer, con todo preparado como habitualmente, 2
manda convocar a ambos ejércitos a una asamblea. Los
voceros, empezando por la parte más alejada del campamento, llamaron en primer lugar a los albanos. Éstos,
atraídos además por la novedad, se situaron en primera fila
para escuchar la arenga del rey romano. Según se había 3
planeado, la legión romana, armada, se sitúa en torno a
ellos: se había encargado a los centuriones que cumpliesen
sin dilación lo que se les ordenase. Tulo, entonces, 4
comienza a hablar en estos términos: «Romanos, si alguna
vez antes de ahora en alguna guerra hubisteis de dar gracias, en primer lugar, a los dioses inmortales y, en segundo
lugar, a vuestro propio valor, eso ocurrió en la batalla de
ayer. Porque se luchó contra el enemigo, pero no menos
contra la traición y la deslealtad de los aliados, que es una
lucha más dura y de mayor riesgo. No tengáis una idea 5
equivocada: los albanos se fueron al monte sin que yo se lo
ordenara; y aquello no fue una orden mía, sino una estratagema y un simulacro de orden, para que vosotros, desco-

[60] La purificación del ejército se hacía antes o después de una campaña, a veces de una batalla, y consistía en una procesión y el sacrificio *suouetaurile*.

nociendo que erais traicionados, no perdieseis el empeño
en la pelea, y los enemigos, ante la idea de ser rodeados por
la espalda, fuesen presa del pánico y de la compulsión a
6 huir. De este delito que estoy denunciando no son respon-
sables los albanos en su totalidad: siguieron a su jefe, igual
que hubierais hecho también vosotros, si yo hubiera que-
rido llevar de allí el ejército a alguna otra parte. Es Metio
el autor de este movimiento, Metio también el que
maquinó esta guerra, Metio el que ha roto la alianza entre
Roma y Alba. Que, en adelante, tenga otro la osadía de
hacer otro tanto, si no hago ahora mismo en él un escar-
7 miento ejemplar para la humanidad.» Los centuriones
armados rodean a Metio; el rey prosigue, en la misma
línea: «Para bien, prosperidad y felicidad del pueblo
romano, de mí y de vosotros, albanos, me propongo tras-
ladar a Roma a toda la población de Alba, conceder la
ciudadanía a la plebe, hacer senadores a los principales,
formar una sola ciudad y un solo Estado; como en otro
tiempo Alba, que era un solo pueblo, fue dividida en dos,
8 así ahora vuelva a ser uno solo.» Ante estas palabras, la
juventud albana, inerme, rodeada de hombres armados,
plural en sus sentimientos, pero atenazada por un mismo
9 miedo, guarda silencio. Tulo, entonces, dice: «Metio Fufe-
cio, si tú fueras capaz de aprender la lealtad y el respeto a
los tratados, te dejaría con vida y yo mismo te impartiría
esa enseñanza; pero, como tu manera de ser no tiene reme-
dio, al menos tú con tu suplicio enseña al género humano a
tener por sagrado lo que tú has violado. Igual que, hace
poco, estuviste internamente dividido entre Fidenas y
10 Roma, así tu cuerpo ahora va a ser descuartizado.» Acto
seguido, hace traer dos cuadrigas y atar a Metio a sus
carros con los miembros extendidos; espoleados, después,
los caballos en sentidos opuestos, llevan en cada carro una
parte del cuerpo despedazado, según las ataduras se habían

clavado en los miembros. Todos apartaron la vista de tan 11
repugnante espectáculo. Fue éste, por parte de los romanos, el primer y el último suplicio ejemplar poco acorde con las leyes de la humanidad: en los demás les cabe el orgullo de que ningún pueblo recurrió a castigos más humanitarios.

Destrucción de Alba. Reformas. Guerra contra los sabinos

Entretanto, se habían ya enviado jine- 29
tes a Alba para que trasladasen a Roma
a la población. Se llevó, después, a las
legiones para demoler la ciudad. Al fran- 2
quear éstas las puertas, no se produjo esa
desbandada y ese pánico que es habitual en la toma de las
ciudades, cuando, después de echar abajo las puertas o
derribar las murallas con arietes o tomar por asalto la ciu-
dadela, el griterío del enemigo y sus carreras por la ciudad
con las armas empuñadas lo pasa todo a sangre y fuego.
Por el contrario, un silencio lleno de tristeza y un mudo 3
abatimiento paralizó de tal modo los ánimos de todos que
en su angustia no sabían qué dejar o qué llevarse; faltos de
decisión, se consultaban unos a otros; tan pronto se que-
daban parados a la puerta, como daban vueltas sin rumbo
por sus casas para verlo todo por última vez. Pero, como 4
ya los gritos imperativos de los jinetes los conminaban a
salir, como ya se oía el estruendo de los edificios que se
derrumbaban al extremo de la ciudad y la polvareda origi-
nada en puntos apartados extendiéndose como una nube lo
envolvía todo, precipitadamente tomó cada uno lo que
pudo y salieron abandonando el hogar, los penates y el
techo bajo el que habían nacido y se habían criado; una 5
hilera ininterrumpida de emigrantes llenaba ya las calles, y
la vista de los demás renovaba sus llantos en un senti-
miento de compasión mutua, y se oían también voces,
sobre todo de mujeres, que movían a compasión, al ir
pasando de largo ante los templos venerables ocupados por

los soldados y al ir dejando a los dioses como prisioneros.
6 Una vez que los albanos evacuaron la ciudad, los romanos arrasan indiscriminadamente todos los edificios públicos y privados, y en una hora destruyeron y arruinaron la obra de cuatrocientos años, que es lo que Alba había durado. No obstante, los templos de los dioses —pues así lo había decretado el rey— fueron respetados.

30 Crece, entretanto, Roma con la ruina de Alba. Se duplica el número de ciudadanos; el monte Celio es incorporado a la ciudad y, para que se pueble más densamente, Tulo lo elige como emplazamiento del palacio real y fija
2 allí su residencia[61]. Escoge para senadores, a fin de que también este estamento del Estado se incremente, a los albanos más relevantes: Julios[62], Servilios, Quincios, Geganios, Curiacios, Clelios; como recinto sagrado para el cuerpo cuyo número había incrementado, construyó la curia llamada Hostilia hasta la época de nuestros padres[63].
3 Para aumentar a partir del nuevo pueblo los efectivos de todos los estamentos, escoge entre los albanos diez escuadrones de caballería; completa las legiones antiguas con refuerzos de la misma procedencia y alista otras nuevas.

4 Confiado en estas fuerzas, Tulo declara la guerra a los sabinos, el pueblo, a la sazón, con más potencial de hombres y armamento después de Etruria. Por ambas partes había habido violaciones de derechos y reclamaciones

[61] Según una tradición, cada rey fijó su residencia en una zona distinta de Roma.

[62] Aparte de otras peculiaridades de esta relación, no es creíble que fuese encabezada por los Julios en la fuente originaria, tal precedencia debieron de adquirirla en el siglo I a. C.

[63] La curia Hostilia, atribuida a este rey en razón de su denominación, construida, tal vez, en los siglos VI-V a. C., fue en el siglo I a. C. restaurada, pasto de las llamas, reconstruida y definitivamente derribada en el año 44 a. C.

infructuosas: Tulo presentaba quejas de que unos comer- 5
ciantes romanos habían sido detenidos junto al templo de
Feronia[64], cuando el mercado estaba más concurrido; los
sabinos, de que algunos de los suyos en fecha anterior se
habían refugiado en el bosque sagrado y habían sido rete-
nidos en Roma. De este tenor eran los pretextos que se
invocaban para la guerra. Los sabinos, teniendo muy pre- 6
sente que parte de sus propias fuerzas habían sido instala-
das en Roma por Tacio y que el potencial romano se había
incrementado recientemente con la incorporación del pue-
blo albano, buscaban también ellos en su entorno ayudas
extranjeras. Etruria estaba al lado, y los más cercanos entre 7
los etruscos eran los de Veyos. De allí atrajeron volunta-
rios, al estar los ánimos muy predispuestos a la ruptura,
debido al poso de encono que las guerras habían dejado;
algunos desocupados de la plebe más indigente fueron
también atraídos por la paga; no recibieron ninguna clase
de ayuda oficial: pesó en Veyos —pues en los otros es
menos de extrañar— el respeto a la tregua pactada con
Rómulo. Los preparativos bélicos se efectuaban por ambos 8
bandos con la mayor intensidad y la cuestión parecía cen-
trarse en quién atacaría primero: Tulo se anticipa e invade
el territorio sabino. Hubo un durísimo combate en la selva 9
Maliciosa en el que fue muy superior el ejército romano
por la consistencia de su infantería y, sobre todo, por el
reciente incremento de sus efectivos de caballería. Una 10
carga súbita de la caballería desbarató la formación de los
sabinos y, a partir de ese momento, no pudieron restable-
cer el combate ni desplegarse y huir sin que les costase gran
número de bajas.

64 Localizado en Bambocci, cerca de Scorano.

Prodigios, histeria religiosa. Muerte de Tulo

31 Con la derrota de los sabinos, el reinado de Tulo y Roma entera gozaban de gloria y poder en alto grado; entonces, se anunció al rey y a los senadores que, en el monte Albano, había habido una
2 lluvia de piedras. Como costaba trabajo creerlo, se envió a alguien que comprobara el prodigio sobre el terreno y, ante sus ojos, cayeron del cielo gran número de piedras, como
3 cuando el viento lanza sobre la tierra nubes de granizo. Les pareció, además, oír una voz potente que provenía del bosque sagrado de la cima del monte, según la cual los albanos debían celebrar los sacrificios conforme a los ritos de su patria —los habían relegado al olvido, como si, al abandonar la patria, hubiesen también abandonado a los dioses, y o bien habían adoptado los ritos romanos o, resentidos contra el destino, como suele ocurrir, habían dejado de dar
4 culto a los dioses—. También los romanos, en razón del mismo prodigio, hicieron sacrificios públicos durante nueve días, bien por indicación de la voz celeste del monte Albano (pues también hay quien recoge este detalle) o bien por consejo de los arúspices[65]; lo cierto es que quedó como práctica consagrada el que, cada vez que se anunciaba un prodigio similar, se celebrase una fiesta de nueve días.
5 Poco tiempo después padecieron los romanos una epidemia. Consecuencia de ésta fue un decaimiento del espíritu militar, pero aquel rey belicoso no concedía tregua alguna en el ejercicio de las armas, por estimar que los cuerpos de los mozos gozaban incluso de mejor salud en los campamentos que en la ciudad, hasta que también él se
6 vio afectado por una larga enfermedad. Se vio, entonces,

[65] A veces se recurría a estos «sacerdotes» etruscos para interpretar acontecimientos especiales que escapaban a la competencia de pontífices y áugures.

en tal medida quebrantada su moral irreductible a la vez que su cuerpo, que el que antes había considerado la preocupación religiosa como la menos propia de un rey, de repente comenzó a vivir esclavo de toda clase de supersticiones, importantes o irrelevantes, y llenó también al pueblo de escrúpulos religiosos. Estaba ya al orden del día la 7
exigencia, en la gente, de volver a la situación que se había dado bajo el reinado de Numa, en la idea de que la única solución que quedaba ante la enfermedad era obtener de los dioses la paz y la clemencia. Cuentan que el rey mismo, al 8
consultar los comentarios de Numa, descubrió allí unos sacrificios secretos en honor de Júpiter Elicio y se ocultó para celebrarlos; pero que no se atuvo al ritual en los preparativos o en la celebración del sacrificio, y no sólo no tuvo ninguna aparición celestial, sino que la cólera de Júpiter, irritado por la falta de escrupulosidad religiosa, lo alcanzó con su rayo y lo abrasó junto con su palacio. Tulo, con una brillante gloria militar, reinó durante treinta y dos años.

Anco Marcio rey. Guerra con los latinos. Lucumón

A la muerte de Tulo, el poder, como se 32
había establecido desde un principio, pasó a los senadores y éstos nombraron un interrey. Convocó éste comicios y el pueblo eligió rey a Anco Marcio[66]; el senado ratificó la elección. Anco Marcio era nieto del rey Numa Pompilio por línea materna. Cuando comenzó a 2
reinar, tuvo presente la gloria de su abuelo y también que el reinado precedente, sobresaliente en los demás aspectos, había fallado en uno: la indiferencia religiosa o su práctica irregular; por eso, consideró su primer deber que el culto

[66] El *praenomen* es sabino, el *nomen* latino y plebeyo, pero ¿hubo en Roma un rey llamado así?

público se celebrase según las normas que Numa había ins-
tituido, y encarga al pontífice que las copie íntegras de los
comentarios del rey, y en un tablero blanco las exponga a
la vista del público. Con ello los ciudadanos, ansiosos de
tranquilidad, y las poblaciones colindantes concibieron la
esperanza de que el rey volvería a las costumbres y princi-
3 pios de su abuelo. Consiguientemente, los latinos, con los
cuales se había firmado un tratado durante el reinado de
Tulo, recobraron moral, realizaron una incursión en terri-
torio romano y, al presentar reclamación los romanos, les
responden con engreimiento, figurándose que el rey de
Roma iba a pasar el tiempo inactivo entre santuarios y
4 altares. Anco era de un talante intermedio, que recordaba
tanto a Numa como a Rómulo; y, aparte de estar conven-
cido de que el reinado de su abuelo había tenido una exi-
gencia mayor de paz por tratarse de un pueblo joven e
indómito, lo estaba también de que a Numa le había
sobrevenido la paz sin problema, pero que él no la tendría
fácilmente; se ponía a prueba su paciencia y, tentada, se la
menospreciaba: eran tiempos más propios de un rey Tulo
que de un Numa.

5 Sin embargo, así como Numa había fijado las prácticas
religiosas de la paz, quiso él fijar las de la guerra, para que
las guerras no sólo se desarrollasen, sino que también se
declarasen de acuerdo con algún rito; para ello, importó
del antiguo pueblo de los equícolas[67] la normativa a la que
se atienen aún los feciales cuando se presenta una reclama-
6 ción. Cuando el legado llega a la frontera del país al que se
presenta una reclamación, se cubre la cabeza con el *filum*
(es un velo de lana[68]) y dice: «Escucha, Júpiter; escuchad,

[67] Aparecen atestiguadas dos formas del mismo nombre: *aequicolae* y *aequi*.

[68] Se creía en las propiedades mágicas de la lana por ser vestimenta del hombre primitivo y por pertenecer a víctimas de sacrificio.

fronteras de... (nombra al pueblo a que pertenecen); que
escuche el derecho sagrado. Yo soy el representante oficial
del pueblo romano; traigo una misión ajustada al derecho
humano y sagrado, que se dé fe a mis palabras.» A conti- 7
nuación expone las reclamaciones. Pone, luego, a Júpiter
por testigo: «Si yo reclamo, en contra del derecho humano
y sagrado, que esos hombres y esas cosas se me entreguen
como propiedad del pueblo romano, no permitas que
jamás vuelva yo a mi patria.» Recita esta fórmula cuando 8
cruza la frontera, la repite al primer hombre que encuentra,
la repite al entrar en la puerta de la población, la repite
cuando está dentro del foro, cambiando algunas palabras
de la invocación y del texto del juramento. Si no le son 9
entregados los que reclama en el transcurso de treinta y
tres días (pues ésa [69] es la cifra consagrada), declara la gue-
rra con estas palabras: «Escucha, Júpiter, y tú, Jano Qui-
rino, y todos los dioses del cielo, y vosotros, dioses de la
tierra, y vosotros, dioses de los infiernos, escuchad; yo os 10
pongo por testigos de que tal pueblo (nombra al que sea) es
injusto y no satisface lo que es de derecho. Pero sobre esto
consultaremos a los ancianos en mi patria, a ver de qué
modo vamos a hacer valer nuestro derecho.» Vuelve,
entonces, a Roma el emisario a demandar consejo. Sin 11
dilación, el rey consultaba a los senadores más o menos
con estas palabras: «Respecto a las cosas, objetos y ofren-
das que el *pater patratus* del pueblo romano de los quirites
ha denunciado de palabra al *pater patratus* de lo antiguos
latinos y a los antiguos latinos, cosas que no entregaron ni
abonaron y que debían entregar o abonar, dime (dice a
aquel a quien pide el parecer en primer lugar), ¿cuál es tu
parecer?» Entonces aquél respondía: «Mi parecer es que 12
hay que ir por ello con una guerra justa y pura; tal es mi

[69] O treinta, según otra tradición.

decisión y mi propuesta.» Después se consultaba a los demás por orden; y cuando la mayoría de los presentes era del mismo parecer, la guerra quedaba acordada. Ordinariamente, el fecial llevaba hasta la frontera enemiga una jabalina de hierro, o de sangüeño con la punta endurecida al fuego y en presencia de, al menos, tres adultos decía:
13 «Dado que los pueblos de los antiguos latinos o individuos antiguos latinos hicieron o cometieron delito contra el pueblo romano de los quirites; dado que el pueblo romano de los quirites decidió que hubiera guerra con los antiguos latinos, o que el senado del pueblo romano de los quirites dio su parecer acuerdo y decisión de que se hiciese la guerra a los antiguos latinos, por ese motivo yo, al igual que el pueblo romano, declaro y hago la guerra a los pueblos de los antiguos latinos y a los ciudadanos antiguos latinos.»
14 Después de decir esto, lanzaba la jabalina a su territorio.

De este modo se presentó entonces reclamación a los latinos y se declaró la guerra, y la posteridad asumió esta costumbre.

33 Anco encargó el cuidado del culto a los *flamines* y demás sacerdotes, alistó nuevas tropas y se puso en marcha, y tomó por asalto Politorio[70], ciudad de los latinos; siguiendo la costumbre de los reyes precedentes que habían agrandado Roma incorporando a los enemigos como ciu-
2 dadanos, trasladó a Roma a toda la población. Y como en torno al Palatino, asiento de los antiguos romanos, los sabinos poblaban el Capitolio y la ciudadela y los albanos el monte Celio, se asignó el Aventino a la nueva población, lugar al que no mucho después vinieron a incorporarse nuevos ciudadanos, tras la toma de Telenas y Ficana[71].

---

[70] Posiblemente entre Roma y Ostia. Para Nibby, Casale di Decimo; para Gell, La Giostra.

[71] Para Ogilvie, Ficana hay que localizarla no en Dragoncello, sino una milla al Este, cerca de Malafede, en el miliario once, donde se encon-

Politorio fue pronto atacada de nuevo, porque, al quedar 3 vacía, la habían ocupado los antiguos latinos, y éste fue el motivo por el que los romanos tuvieron que destruir dicha ciudad, para que no fuese un refugio permanente de enemigos. Concentrada, al fin, toda la guerra del Lacio en 4 Medulia, la lucha se prolongó allí algún tiempo incierta y con victorias alternas, pues la ciudad estaba asegurada por murallas y protegida por una potente guarnición, y además el ejército latino acampaba a descubierto y algunas veces trabó combate cuerpo a cuerpo con los romanos. Al fin, 5 empleándose a fondo con todas las tropas, logra Anco su primera victoria en campo abierto; se hace a continuación con un enorme botín y vuelve a Roma, incorporando también en esta ocasión a la ciudadanía a muchos miles de latinos, a los que asignó residencia junto al templo de Murcia[72], a fin de unir el Aventino al Palatino. También el 6 Janículo fue unido a Roma, no por falta de espacio, sino para evitar que aquella posición tan ventajosa fuese alguna vez del enemigo. Se estimó conveniente protegerlo con una muralla y, además, conectarlo a la ciudad con un puente de madera, el primero que se tendió sobre el Tíber, para facilitar el acceso. También el foso de los Quirites, defensa no 7 despreciable ante el fácil acceso del lado de la llanura, es obra del rey Anco. Se incrementaron extraordinariamente 8 los recursos de Roma. En una aglomeración humana de tal densidad era difícil establecer la distinción entre las acciones buenas y las malas, y se cometían delitos en la clandestinidad; para infundir temor a la audacia creciente, se construye una cárcel[73] en medio de la ciudad, dominando el

tró un altar de *Mars Ficanus*. Telena: cerca de Árdea entre Lanuvio, Aricia y Ancio. ¿En Zalforata?

[72] Estaba en el valle situado entre Palatino y Aventino.

[73] Situada entre el templo de la Concordia y la curia, al pie del Capitolio.

9 foro. Durante este reinado no sólo se ensanchó la ciudad, sino también los límites del territorio: al quitar a Veyos la selva Mesia, su dominio se extendió hasta el mar, fundó la ciudad de Ostia[74] en la desembocadura del Tíber y, en torno a ella, estableció salinas. Ante tan felices resultados bélicos, amplió el templo de Júpiter Feretrio.

34 Durante el reinado de Anco, Lucumón, hombre activo y enormemente rico, emigró a Roma, empujado sobre todo por la ambición y la esperanza de una posición relevante que no había tenido posibilidad de alcanzar en Tarquinios —pues también allí era proveniente de una familia de
2 emigrados[75]—. Era hijo de Demárato de Corinto, que huyó de su patria a raíz de una revuelta y se asentó casualmente en Tarquinios, donde se casó y tuvo dos hijos que se llamaron Lucumón y Arrunte. Lucumón sobrevivió a su padre, heredando todos sus bienes. Arrunte murió
3 antes que su padre, dejando a su esposa encinta. El padre no sobrevivió mucho tiempo al hijo: murió sin saber que su nuera estaba embarazada, sin mencionar a su nieto al hacer testamento; al niño, nacido después de morir su abuelo sin corresponderle bien alguno, se le puso el nombre de Egerio
4 en razón de su indigencia. En cambio, Lucumón, heredero universal, orgulloso ya por sus riquezas, lo fue en mayor medida al contraer matrimonio con Tánaquil, de muy alta cuna y no dispuesta a permitir que su enlace la rebajase del

---

[74] La fundación de Ostia era atribuida a Anco Marcio de forma unánime. Múltiples argumentos llevaron, hasta hace unas décadas, a cuestionar esta posibilidad, que hoy no puede ser descartada de modo fehaciente. Está en el trasfondo el esclarecimiento de la cuestión de la ruta de la sal.

[75] La influencia etrusca en Roma, de cuyos restos no cabe duda, y tal vez la dominación, pudo corresponder a las fechas tradicionales de la dinastía de los Tarquinios. Es decir, los etruscos, nombrados como Tarquinios, habrían llegado a Roma hacia finales del siglo VII siendo retenidos allí por la sal y el paso del Tíber.

rango en que había nacido. Como los etruscos desprecia- 5
ban a Lucumón por ser hijo de un exiliado, de un forastero, ella no pudo soportar la humillación y, dando de lado a la innata querencia a la patria con tal de ver a su marido cubierto de honores, tomó la determinación de emigrar de Tarquinios. Roma le pareció lo más indicado para su obje- 6
tivo: «en un pueblo nuevo donde toda la nobleza es reciente y, por méritos, habrá un sitio para un hombre de arrestos y de empuje; fue rey Tacio, un sabino; a Numa se le hizo venir de Cures para hacerlo rey, y Anco es hijo de madre sabina y no posee más nobleza que la imagen[76] de Numa». Convence fácilmente a aquél, ambicioso y para el 7
que Tarquinios era sólo la patria de su madre, y tomando sus bártulos emigran a Roma. Casualmente, al llegar al 8
Janículo, un águila desciende suavemente planeando con las alas extendidas y le quita el gorro a Lucumón, que iba sentado en el carro al lado de su esposa, y, revoloteando por encima del carro con agudos chillidos, lo vuelve a colocar como es debido en su cabeza, como si cumpliese una misión divina; después se perdió en las alturas. Dicen 9
que Tánaquil recibió el presagio con alegría, por ser mujer entendida en agüeros celestes, como lo son en general los etruscos. Abrazando a su marido, lo anima a concebir grandes y profundas esperanzas, basándose en la clase de ave que ha venido, en la región del cielo y en el dios del que es mensajera; en que ha hecho el presagio sobre la parte más elevada del cuerpo; en que ha tomado en vilo el adorno de la cabeza de un hombre, para volvérselo a colocar por mandato divino. Abrigando tales esperanzas y 10

---

[76] La costumbre de la nobleza romana de exponer en el atrio de sus casas, como signo externo de su abolengo, las *imagines* (retratos de cera) de sus antepasados ilustres —magistrados curules— data de época republicana.

pensamientos entraron en Roma, adquirieron una vivienda y dieron como nombre de Lucumón el de Lucio Tarquinio
11 el Antiguo. Su calidad de recién llegado y sus riquezas hacían que los romanos se fijasen en él, y él ayudaba a la suerte ganándose a cuantos podía con su trato agradable, con sus invitaciones corteses, con sus favores, hasta que
12 incluso al palacio real llegaron noticias sobre él. Y ese rumor en poco tiempo él lo transformó, mostrándose con el rey servicial de modo desinteresado y digno, en lazos de estrecha amistad, hasta el punto de intervenir en los asuntos tanto públicos como privados, militares y civiles. Puesto a prueba en todas las cosas, al fin fue incluso designado por el rey en testamento como tutor de sus hijos.

Tarquinio Prisco, rey por intrigas. Guerra con latinos y sabinos. Obras civiles

35 Reinó Anco veinticuatro años, a la altura de cualquiera de los reyes precedentes en oficio y en gloria militar y política. Sus hijos se acercaban ya a la edad adulta, razón de más para que Tarquinio insistiese en que se celebrasen cuanto antes los comicios
2 para elegir rey. Cuando se aproximaba la fecha para la que habían sido señalados, alejó a los niños enviándolos a cazar. Y él fue quien por primera vez se presentó como candidato al trono por vía de intrigas y pronunció, según
3 dicen, un discurso encaminado a ganarse a la plebe: que él no pretendía algo insólito, pues no era el primero —cosa que podría indignar o sorprender a alguien—, sino el tercer extranjero que pretendía el trono de Roma; que a Tacio se le había hecho rey siendo no sólo extranjero, sino además enemigo, y a Numa, que no conocía Roma, se le había ido
4 a buscar para un trono que no pretendía; que él, desde que fue dueño de su destino, había emigrado a Roma con su mujer y todos sus bienes; que de la edad en que se cumplen los deberes de ciudadano él había vivido una parte mayor

en Roma que en su antigua patria; que en la paz y en la 5
guerra él había aprendido las leyes romanas, las institucio-
nes religiosas romanas, de un maestro del que no había
razón para estar descontento: el rey Anco en persona; que
él no había ido a la zaga de nadie en deferencia y conside-
ración hacia el rey, ni a la zaga del rey mismo en bondad
hacia los demás. Era verdad esto que decía, y el pueblo 6
romano, por abrumadora mayoría, lo eligió rey[77].

La misma habilidad de que este hombre, sobresaliente
en las demás cualidades, había dado muestras al pretender
el trono, lo acompañó cuando lo obtuvo. No se preocupó
menos de consolidar su poder personal que de engrandecer
el Estado: nombró cien *patres* senadores[78], que desde
entonces se llamaron «de segundo orden», partidarios
incondicionales del rey, por cuyo favor habían llegado a la
curia.

La primera guerra la hizo contra los latinos, y en ella 7
tomó por asalto la ciudad de Apíolas[79]; de allí trajo un
botín de mayor consideración que el eco que había tenido
la guerra, y dio unos juegos más ricos y más completos que
los de los reyes precedentes. Entonces, por vez primera, se 8
escogió un emplazamiento para el circo que actualmente

---

[77] Se puede dar como sólidamente probable que la conquista de las plazas latinas del entorno de Roma se llevó a cabo en la época asignada a los Tarquinios.

[78] ¿Incrementó el número de miembros del Senado, o el de miembros del patriciado? Tal vez así se podría resumir el fondo de la multitud de interpretaciones de este pasaje, donde la palabra latina *patres* se presta a ambas lecturas. La más antigua es la primera: aumentó el número de senadores, necesariamente tomados de entre los patricios. Especialistas más modernos se inclinan por la posibilidad de senadores plebeyos, y aquí por un aumento del patriciado, que sería el que se dividió en *maiorum* y *minorum gentium,* constituidos estos últimos por inmigrantes etruscos posiblemente. Véase también *supra,* n. 19.

[79] En el Lacio, en territorio volsco cerca de Pomecia, según Estrabón.

lleva el nombre de Máximo. Se repartieron entre senadores
y caballeros espacios para que se construyesen tribunas
9 particulares, que recibieron el nombre de foros; presencia-
ron el espectáculo desde palcos, que levantaban doce pies
del suelo, sostenidos sobre horquillas. Consistieron los jue-
gos en carreras de caballos y combates de púgiles, traídos
sobre todo de Etruria. Estos juegos solemnes se celebraron
en adelante todos los años, llamándoseles, unas veces, Jue-
10 gos Romanos y, otras, Grandes Juegos[80]. Este mismo rey
distribuyó también entre particulares terrenos edificables
en torno al foro, y en ellos se construyeron pórticos[81] y
tiendas.

36 Se disponía también a rodear la ciudad con una mura-
lla de piedra, cuando la guerra con los sabinos vino a inter-
ferir su proyecto. Fue ésta una acción tan repentina que el
enemigo cruzó el Anio antes de que el ejército romano
2 pudiera ir a su encuentro y cerrarle el paso. Cundió el des-
concierto en Roma; en un principio la batalla se presentó
indecisa y con grandes bajas en ambos bandos. Después, al
retirarse las tropas enemigas al campamento y dar tiempo a
los romanos a replantear por completo la lucha, Tarquinio,
entendiendo que sus fuerzas andaban faltas sobre todo de
caballería, decidió añadir nuevas centurias a las de ramnes,
ticies y lúceres creadas por Rómulo, y distinguirlas dándo-
3 les su nombre. A esto se opuso Ato Navio, áugur por
entonces famoso, porque Rómulo lo había hecho después
de tomar los augurios, y nada se podía cambiar ni crear de
4 nuevo, si las aves no lo autorizaban. Montó por ello en
cólera el rey y, tratando de poner en ridículo el arte augu-
ral, según cuentan, dijo: «Veamos, pues, tú, adivino, con-

---

[80] En un principio, se celebraban en ocasiones de especial solemnidad; después, tuvieron también una fecha fija: el 13 de septiembre.

[81] Detalle anacrónico, pues el primero fue construido el 193 a. C.

sulta los augurios a ver si se puede hacer lo que yo estoy
pensando en este momento.» Al responder el adivino, des-
pués de tomar los augurios, que efectivamente podía ser,
dijo: «Pues esto es lo que yo estuve pensando: que tú parti-
rías en dos una piedra con una navaja. Toma ambas cosas
y haz lo que esas aves tuyas anuncian que se puede hacer.»
Dicen que entonces el adivino, sin dudar un instante, cortó
la piedra en dos. Hubo en otro tiempo una estatua de Ato, 5
con la cabeza cubierta con un velo, en el lugar en que ocu-
rrió este suceso, en el comicio[82], en las gradas mismas a la
izquierda de la curia; dicen que también la piedra fue colo-
cada en el mismo sitio, para que recordase a la posteridad
aquel portento. Lo cierto es que los augurios y el ministerio 6
de los augures cobraron consideración en tan alto grado
que, después, nada se hacía, ni relativo a la guerra ni a la
vida civil, sin tomar antes los augurios: asambleas del pue-
blo, movilizaciones, asuntos fundamentales se aplazaban si
las aves no eran favorables. En aquella ocasión, Tarquinio 7
no hizo innovación alguna en las centurias de caballería;
únicamente duplicó el número de sus componentes, de
suerte que hubiera mil ochocientos jinetes en tres centurias.
A los componentes agregados se les siguió dando el mismo 8
nombre, añadiendo simplemente la palabra «nuevos».
Actualmente, al estar desdobladas, se les llama las seis cen-
turias.

Despues de reforzar este sector de sus tropas, entra en 37
combate de nuevo con los sabinos. Pero, al incremento de
efectivos del ejército romano, viene a sumarse una estrata-
gema secreta: envía a unos soldados a que echen ardiendo
al río una gran cantidad de troncos que estaban tirados en
la orilla del Anio; el viento a favor aviva el fuego de los
maderos y, en su mayor parte, formando balsas, son impe-

---

[82] Recinto sagrado, lugar de reunión de las asambleas del pueblo.

lidos contra los pies derechos del puente, se enredan en
2 ellos y lo incendian. Este incendio contribuyó a infundir
pánico a los sabinos durante el combate y les cortó la
huida cuando fueron rechazados: precisamente en el río
murieron muchos hombres después de escapar del ene-
migo; sus armas flotando hasta Roma, reconocidas sobre el
Tíber, dieron a conocer la victoria casi antes de que
3 pudiese ser anunciada. El mérito de aquella batalla corres-
pondió, sobre todo, a la caballería: situados en ambas alas,
cuando ya empezaba a perder terreno por el centro su
infantería, se cuenta que cargaron por los flancos con tal
empuje que no sólo contuvieron a las legiones sabinas que
acosaban sin tregua a los que retrocedían, sino que las
4 pusieron inmediatamente en fuga. Los sabinos corrían en
desbandada hacia los montes, y pocos los alcanzaron; la
mayor parte, como ya se ha dicho antes, fueron empujados
5 al río por la caballería. Tarquinio, entendiendo que había
que acosarlos mientras estaban dominados por el pánico,
envió a Roma el botín y los prisioneros, hizo una enorme
pila con los despojos enemigos y les prendió fuego —había
hecho voto de ello a Vulcano—, y continuó con su ejército
6 la penetración en territorio sabino. Aunque las cosas
habían ido mal y no podían esperar que fuesen a ir mejor,
sin embargo, como la situación no daba lugar a andar con
deliberaciones, los sabinos les hicieron frente con un ejér-
cito irregular; al ser derrotados de nuevo y quedar prácti-
camente sin recursos, pidieron la paz.

38 Se les quitó a los sabinos Colacia[83] y todo el territorio
del lado de acá de Colacia; Egerio, hijo del hermano del
rey, quedó al mando de la guarnición de Colacia. Según los
datos de que dispongo, los colatinos se entregaron de la

[83] A unos 15 kilómetros de Roma, próxima al río Anio, frontera natural entre romanos y sabinos.

manera y mediante la fórmula siguientes: el rey preguntó: 2
«¿Sois vosotros los representantes y portavoces enviados
por el pueblo colatino para entregaros a vosotros y al pue-
blo colatino?» «Sí.» «El pueblo colatino, ¿es libre para dis-
poner de su destino?» «Sí.» «¿Os entregáis, a vosotros y al
pueblo colatino, ciudad, campos, agua, límites, templos,
bienes muebles, bienes todos sagrados y profanos, a mi
poder y al del pueblo romano?» «Sí.» «Y yo os recibo.»

Liquidada la guerra sabina, Tarquinio hizo una entrada 3
triunfal en Roma. Seguidamente, guerreó contra los anti-
guos latinos. En ella no se llegó, en parte alguna, a una 4
confrontación decisiva: atacando sucesivamente cada
plaza, sometió a toda la nación latina: fueron tomadas
Cornículo, Ficúlea la Vieja, Cameria, Crustumerio, Ame-
ríola, Medulia, Nomento[84], ciudades de los antiguos lati-
nos o de los que se habían pasado al bando de los lati-
nos[85]. Después se firmó la paz. 5

Se dedicó, entonces, a obras civiles con un despliegue
de energía mayor aún que el empeño con que había llevado
la guerra, para que el pueblo no estuviese menos activo en
la vida civil que en la milicia. Se dispone de mano para 6
rodear la ciudad con un muro de piedra por donde todavía
no lo había hecho, pues esta obra había sido interrumpida
en sus comienzos por la guerra de los sabinos; drena por
medio de desagües construidos en pendiente hasta el Tíber
las zonas más bajas de la ciudad situadas en el entorno del
foro y en las vaguadas existentes entre las colinas, porque
no daban salida fácilmente al agua debido a la falta de

---

[84] Ficúlea la Vieja estaba en el quinto miliario de la vía Nomentana, cerca de Fondo Capobianco. Cameria más allá de Ficúlea, posiblemente en Casale Mte. Gentile. Ameríola, ¿en la vía Salaria? Medulia debía de quedar cerca de Nomento, tal vez en Monte Rotundo. Nomento: final de la vía Nomentana, a poco más de 20 kilómetros al norte de Roma.

[85] Se habían pasado Crustumeria y Medulia.

7 pendiente[86]. Finalmente, echa los cimientos en el área destinada, en el Capitolio, para la construcción del templo de Júpiter que había prometido durante la guerra sabina, presintiendo ya interiormente la grandeza que el lugar iba a tener algún día.

Orígenes de Servio Tulio

39 Por entonces ocurrió en el palacio real un prodigio sorprendente por su presentación y por sus resultados: dicen que la cabeza de un niño que estaba durmiendo, llamado Servio Tulio[87], se vio envuelta
2 en llamas[88] en presencia de muchos testigos. El intenso griterío que se organizó como consecuencia de tan gran portento hizo acudir a los reyes, y como uno de los sirvientes traía agua para apagar el fuego, la reina lo detuvo y, después de serenar los ánimos, prohibió que se tocara al niño hasta que se despertase por sí solo. En seguida, al desper-
3 tar, desapareció también la llama. Tomó, entonces, Tánaquil a su esposo aparte y le dijo: «¿Tú ves a este niño al que estamos criando en tan humilde condición? Has de saber que él será un día luz para nuestra situación crítica y apoyo para nuestro trono tambaleante; alimentemos, por consiguiente, con toda la solicitud que podamos este germen de
4 inmensa gloria del Estado y nuestra.» Desde aquel

---

[86] Véase n. 118.

[87] El nombre es latino; después fue utilizado por plebeyos, lo cual es un dato a favor de su autenticidad. Servio Tulio significa un paréntesis en la dominación etrusca representada por los Tarquinios. La tradición le atribuía la construcción de las murallas, la organización por centurias y la institución del culto de Diana en el Aventino: no hay razones para rechazarlo, aunque en la organización por centurias aparecen muchos anacronismos sobre todo del siglo II a.C. Numerosos elementos legendarios en lo demás.

[88] Circulaba otra leyenda, más antigua, según la cual Servio Tulio había sido engendrado por la llama del hogar familiar de la casa real en la esclava Ocrisia.

momento el niño fue tratado como un hijo e instruido en todos los conocimientos con que los espíritus son animados a labrar una alta condición. El resultado sobrevino sin dificultad, porque estaba en la mente de los dioses: el muchacho resultó de cualidades realmente regias y, cuando Tarquinio buscaba yerno, ningún joven romano se le pudo comparar bajo ningún concepto, y el rey le otorgó a su hija.

El que se le concediera, por las razones que fuese, un 5
honor tan grande, no permite creer que fuese hijo de una esclava y que él mismo fuese esclavo cuando era pequeño. Yo soy, más bien, del parecer de los que sostienen que cuando la toma de Cornículo, la mujer de Servio Tulio —que había sido el principal de aquella ciudad— estaba encinta y su marido fue muerto; que al ser reconocida entre las demás cautivas, en atención a su nobleza sin igual, la reina de Roma la libró de la esclavitud y dio a luz en Roma
en la mansión de Tarquinio el Antiguo; que, a partir de un 6
favor tan grande, se desarrolló una profunda amistad entre las dos mujeres, y el niño, como nacido y criado en palacio desde pequeño, recibió afecto y consideración; que la condición de su madre, al haber caído en manos del enemigo por la conquista de su patria, dio pie a la creencia de que era hijo de una esclava.

Tarquinio Prisco, muerto en atentado. Servio Tulio, rey

Cuando Tarquinio estaba, aproxima- 40
damente, en el año trigésimo octavo de su reinado, no sólo él sino también los senadores y el pueblo tenían a Servio
Tulio en la mayor consideración. Enton- 2
ces, los dos hijos de Anco, que ya anteriormente habían considerado siempre de lo más indigno el que se les hubiese desposeído del trono de su padre por la perfidia de su tutor, y el que reinase en Roma un forastero que no era oriundo no ya del contorno, sino ni siquiera de Italia, esti-

maban que la humillación se hacía mucho mayor entonces, si el poder real ni siquiera volvía de Tarquinio a sus manos, sino que caía todavía más bajo, yendo a parar a manos de
3 un esclavo; de suerte que, en la misma ciudad en que casi cien años antes Rómulo, hijo de un dios y dios él mismo, había ejercido el poder real mientras vivió en la tierra, se iba a hacer con ese mismo poder un esclavo hijo de una esclava; iba a ser una deshonra colectiva para el pueblo romano y particular para su familia, si existiendo descendientes varones del rey Anco, el trono de Roma era accesi-
4 ble no sólo a forasteros, sino incluso a esclavos. Deciden, pues, impedir con las armas esta afrenta. Pero el sufrimiento por el agravio los incitaba contra el propio Tarquinio más que contra Servio; por otra parte, el rey, si quedaba con vida, iba a castigar más duramente el crimen que un particular; además, si mataban a Servio, lo probable era que nombrara heredero del trono a cualquier otro que eli-
5 giese como yerno; por todas estas razones preparan el atentado contra el mismo rey. Escogieron para tal acción a dos pastores de los más decididos. Provistos de las herramientas que solían utilizar en el campo, en el vestíbulo del palacio real simulan una reyerta lo más ruidosa posible y atraen hacia sí a todos los servidores del rey; después, al llamar ambos al rey y llegar los gritos hasta el interior del
6 palacio, el rey reclamó su presencia; comienzan uno y otro a vociferar y pugnan cada uno por ahogar a gritos la voz del otro; al hacerles callar el lictor y ordenarles que hablen por turno, al fin dejan de interrumpirse. Uno de ellos
7 empieza una historia convenida de antemano. Mientras el rey se vuelve a él y le dedica toda su atención, el otro levanta el hacha y la descarga sobre su cabeza, y dejando el arma en la herida, ambos se precipitan fuera.

Servio Tulio, rey

Los que estaban a su alrededor acogen 41
en sus brazos a Tarquinio moribundo, los lictores detienen a los dos fugitivos. Después, gritos y aglomeración de gente preguntando qué ocurría. Tánaquil, en medio del revuelo, ordena cerrar el palacio y echa fuera a los testigos. Dispone con toda diligencia lo necesario para curar la herida como si hubiera aún esperanzas, y a la vez, por si las esperanzas se frustran, toma otras precauciones.
Hizo venir enseguida a Servio, le mostró a su esposo casi 2
desangrado y, tomándole la mano, le suplica que no deje impune la muerte de su suegro, que no permita que su suegra sea el hazmerreír de sus enemigos. «El trono —dice— 3
es tuyo, Servio, si eres hombre, no de los que sirviéndose de manos ajenas han cometido un crimen incalificable. Alza la frente y déjate guiar por los dioses que preanunciaron tu gloria futura, rodeando un día tu cabeza de llamas divinas. Que ahora te anime aquella llama celestial. Ahora es el momento de despertar de verdad. También nosotros, aunque extranjeros, hemos reinado. Ten presente quién eres, no cuál fue tu nacimiento. Si tus ideas, por lo imprevisto de la situación, se embotan, al menos sigue las mías.» 4
Al hacerse casi insostenible el griterío y la presión de la multitud, Tánaquil habla al pueblo desde lo alto del palacio por una ventana que daba a la vía Nueva —pues el rey vivía junto al templo de Júpiter Stator—. Les exhorta 5
diciendo que estén tranquilos; que el rey está aturdido por el golpe inesperado, pero que el arma no ha penetrado muy profundamente, que ya ha vuelto en sí; que se ha examinado la herida y restañado la sangre; que todo tiene curación; que confía en que pronto lo verán a él en persona; que, entretanto, ordena que el pueblo obedezca a Servio Tulio, que será quien administre justicia y desempeñe las demás funciones del rey. Servio se presenta con la trá- 6

bea[89] y los lictores; sentado en el trono, unos asuntos los decide él, sobre otros simula que va a consultar al rey. Y, así, durante algunos días, aunque Tarquinio ya había muerto, se ocultó su muerte y, simulando el papel de sustituto de otro, afianzó Servio su propio poder; al fin se descubrió todo al hacerse la lamentación en palacio. Servio, protegido por una sólida escolta, fue el primero que llegó a ser rey con el consentimiento del senado, sin que el pueblo lo
7 eligiera. Los hijos de Anco, al haber sido apresados casi inmediatamente sus cómplices en el atentado, cuando se anunció que el rey vivía y que el poder de Servio era tan grande, se exiliaron a Suesa Pomecia[90].

42 Servio consolidó su poder con medidas de carácter público y, no menos, con otras de alcance familiar: para evitar que la actitud de los hijos de Tarquinio hacia él fuese la misma que la de los hijos de Anco hacia Tarquinio, casa a sus dos hijas con los jóvenes príncipes Lucio y Arrunte
2 Tarquinio. Sin embargo, no pudo la previsión humana quebrar la ley ineluctable del destino y evitar que la ambición de reinar envolviese incluso su casa en una atmósfera de deslealtad y hostilidad.

Muy a propósito respecto a la inalterabilidad de la situación por el momento, se reanudó la guerra con Veyos —pues la tregua acababa de expirar— y con otros etruscos.
3 En aquella guerra brilló el valor y la suerte de Tulio; después de derrotar a un enorme ejército enemigo, volvió a Roma como rey indiscutible, tanto si se pulsaba la opinión
4 del senado como la de la plebe. Aborda, a continuación, la

[89] Una capa o manto corto de púrpura de origen etrusco, vestimenta ritual de los reyes (parece que militar anteriormente). Pasó después a los magistrados. Pero sólo sobrevivió como parte del uniforme de los *equites* (caracterizando uno de los géneros teatrales de época imperial, la *fabula trabeata).*

[90] Población volsca, en el Lacio, al sur de los montes de Alba.

El censo. Urbanismo. El templo de Diana

más trascendental con mucho de las tareas pacíficas: así como Numa había sido el fundador de las instituciones religiosas, Servio adquirió renombre para la posteridad al establecer la división de todos los ciudadanos en clases, gracias a las cuales hay una diferencia entre los diversos gra-
dos de rango y de fortuna. En efecto, 5
estableció el censo[91] —institución de enorme utilidad para la futura magnitud de tan gran imperio—, a partir del cual las cargas militares y civiles se repartían no a tanto por individuo, como anteriormente, sino según la capacidad económica; con base en el censo pudo fijar las clases y las centurias, ordenamiento éste brillante desde la óptica tanto militar como civil.

Con los que tenían una renta de cien mil ases o más 43
formó ochenta centurias: cuarenta de los de más edad y
cuarenta de los más jóvenes[92]; el conjunto se denominó 2
primera clase. Los de más edad tenían por misión la defensa de la ciudad; los más jóvenes, las guerras exteriores. Se les impuso como armas el casco, el escudo redondo, las grebas y la coraza, todas ellas de bronce y para servir de protección del cuerpo; como armas ofensivas, la lanza y
la espada. Agregó a esta clase dos centurias de obreros que 3
cumplían el servicio militar sin llevar armas; tenían como
misión el transporte de las máquinas de guerra. La segunda 4
clase abarcaba de cien mil a setenta y cinco mil ases de renta, y de ella se inscribieron veinte centurias, tanto de mayores como de más jóvenes; armas exigidas: escudo alargado en vez del redondo, y las demás, las mismas,
excepto la coraza. Fijó la renta de la tercera clase en cin- 5

[91] Indicaba, originariamente, la estimación en dinero de los bienes que poseía cada ciudadano, fuese patricio o plebeyo.

[92] Según Tuberón, la línea divisoria eran los 46 años.

cuenta mil ases, el mismo número de centurias y con la
misma diferenciación por edades que en la clase anterior;
ningún cambio respecto a las armas, únicamente la supre-
6 sión de las grebas. Renta de la cuarta clase: veinticinco mil
ases; el número de centurias: el mismo; cambio respecto a
7 las armas: sólo se les dejó la lanza y el venablo. La quinta
clase era más numerosa; estaba integrada por treinta cen-
turias; iban armados de hondas y proyectiles de piedra;
entre éstos estaban también censados los corneteros y
trompeteros, repartidos en dos centurias. La renta de esta
8 clase era de once mil ases. La renta inferior a ésta com-
prendía a la población restante: con ella se formó una sola
centuria, exenta del servicio militar. Armada y distribuida
de este modo la infantería, inscribió doce centurias de
9 caballeros de entre los ciudadanos principales; formó,
además, otras seis centurias de las tres creadas por
Rómulo, con los mismos nombres que se les había dado al
tomar los augurios. Para comprar los caballos, se les con-
cedieron diez mil ases del tesoro público, y para la manu-
tención de los caballos, gravó a las viudas con el pago
anual de un impuesto de dos mil ases. Todas estas cargas
10 pasaron de los pobres a los ricos, pero conllevaron privile-
gios. Efectivamente, no se concedió a todos indistintamente
la facultad de voto individual con el mismo valor y los
mismos derechos, como habían hecho los demás reyes de
acuerdo con el uso establecido a partir de Rómulo, sino
que se establecieron grados, de suerte que nadie pareciese
excluido del voto y todo el poder estuviese en manos de los
11 principales de la ciudad. Así, los caballeros eran invitados
a emitir el voto los primeros[93]; después, las ochenta centu-
rias de la primera clase, de suerte que, si no había acuerdo

[93] Votaba la primera una centuria especial, escogida en la primera clase, y era llamada *praerrogatiua;* el privilegio pasó a los *equites.*

ya —lo cual ocurría rara vez—, eran llamados los de la segunda clase, y casi nunca se descendía hasta llegar a las clases más bajas. No hay que extrañarse de que el sistema 12
actual, que consta de treinta y cinco tribus y un número doble de centurias de más jóvenes y de mayores, no se corresponda con el número fijado por Servio Tulio. Es que 13
dividió la ciudad en cuatro circunscripciones, según las zonas y colinas que estaban habitadas; llamó tribus a estas circunscripciones, nombre derivado, a mi entender, de tributo, pues el sistema de distribuirlo en proporción a la renta fue también establecido por él; tribus estas, por otra parte, que nada tuvieron que ver con la distribución y el número de centurias.

Concluido el censo, cuya elaboración había sido agili- 44
zada por el miedo a una ley sobre los no censados que amenazaba con pena de prisión e, incluso, de muerte, dispuso que todos los ciudadanos romanos, infantería y caballería, se presentasen al amanecer en el Campo de Marte, cada uno en su centuria. Cuando estuvieron allí formadas 2
todas las tropas, las purificó con el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro; este sacrificio recibió el nombre de cierre del lustro, porque con él se terminaba el censo. Se dice que fueron censados en este lustro ochenta mil ciudadanos. Fabio Píctor, el más antiguo de nuestros historiadores, añade que éste era el número de los que podían llevar armas [94].

A la vista de una población semejante, estimó que 3
había que ampliar la ciudad. Incorpora dos colinas, el Quirinal y el Viminal; añade, a continuación, las Esquilias y él mismo se va a vivir allí, para dignificar la zona; rodea la

[94] Cifra a todas luces elevada en exceso para el deficiente poblamiento de Roma en el período monárquico.

ciudad de un terraplén, de fosos y de un muro[95]; en conse-
4 cuencia, lleva más afuera el pomerio[96]. Los que se atienen
exclusivamente a la etimología de la palabra interpretan
pomerio como «al-otro-lado-de-la-muralla»; pero es, más
bien, «entorno-a-la-muralla», espacio que antiguamente los
etruscos, al fundar las ciudades, por donde iban a levantar
la muralla, consagraban después de tomar los augurios
delimitándolo con toda claridad, de suerte que, por la parte
de dentro, no se podían levantar edificios pegados a la
muralla —cosa que en la actualidad se hace corrientemen-
te— y, por la parte exterior, una porción de terreno que-
5 daba exenta de actividad humana. Este espacio, que no
podía ser habitado ni cultivado, fue llamado pomerio por
los romanos, tanto por estar detrás de la muralla como por
estar la muralla detrás de él; y al crecer la ciudad, siempre
se desplazaba este espacio consagrado en la misma medida
en que se desplazaban las murallas.

45 Incrementada la ciudadanía en paralelo con el creci-
miento espacial de la ciudad, tomadas todas las medidas
para la práctica política y militar, a fin de no tener que
recurrir siempre a las armas para acrecentar su poder, puso
empeño Servio en ensanchar su imperio con medidas
diplomáticas, a la vez que añadía un nuevo ornato a la
2 ciudad. Era ya en aquella época famoso el templo de Diana
en Éfeso[97]; se decía que había sido construido en común

---

[95] La muralla «serviana» existente es del siglo IV a. C., pero había una preexistente. La segunda fase del *agger* puede situarse en las últimas décadas del siglo VI a. C.

[96] Costumbre de origen etrusco. El área delimitada por el trazado del arado tirado por un buey y una vaca era el límite de los *auspicia urbana*. El ejército no podía cruzar esta línea.

[97] El templo de Ártemis en Éfeso era el santuario de la Liga de las Doce Ciudades jónicas, posible modelo de Servio para un centro religioso de la Confederación romano-latina. La antigua divinidad del Lacio, Diana, toma el puesto de Ártemis.

por los Estados de Asia. Servio se deshacía en elogios a
este acuerdo y comunidad de culto cuando estaba con los
prohombres de los latinos, con los cuales con toda inten-
ción había trabado relaciones, oficiales y privadas, de hos-
pitalidad y de amistad. A fuerza de machacar en la misma
idea, al fin logró que los pueblos latinos y el pueblo
romano conjuntamente levantasen un templo a Diana en
Roma. Venía esto a ser un reconocimiento de la capitali- 3
dad de Roma, cuestión que había dado lugar a tantas gue-
rras. Aunque daba la impresión de que todos los latinos
habían renunciado ya a semejante pretensión al haberlo
intentado en vano tantas veces con las armas, pareció,
empero, que se le presentaba a uno de los sabinos la oca-
sión de recobrar, por particular iniciativa, la supremacía.
Cuentan que en la Sabina, en casa de un paterfamilias, 4
nació una ternera de una belleza y tamaño sorprendentes;
sus cuernos estuvieron colgados durante muchas genera-
ciones a la entrada del templo de Diana como recuerdo de
aquel milagro. Se tomó el hecho como lo que era[98]: un 5
prodigio, y los adivinos vaticinaron que el Estado al que
perteneciese el ciudadano que la inmolase a Diana tendría
la supremacía —vaticinio que llegó a oídos del sacerdote
del templo de Diana—. El sabino, el primer día que le 6
pareció apropiado para el sacrificio, lleva la ternera a
Roma, la conduce hasta el templo de Diana y la presenta
ante el altar. Entonces el sacerdote, que era romano,
impresionado por el tamaño de la víctima de que tanto se
hablaba, se acuerda del vaticinio y se dirige al sabino en
estos términos: «¿Qué pretendes, extranjero? ¿Ofrecer un
sacrificio a Diana en estado de impureza? ¿Por qué antes
no te bañas en agua corriente? Por lo hondo del valle dis-

---

[98] No se da en Livio el escepticismo de Tácito con respecto a los *prodigia*, tema común en todos los anales.

7 curre el Tíber.» Al extranjero le entraron escrúpulos, porque él quería que todo se hiciese de acuerdo con los ritos para que el prodigio se viera coronado por el éxito, y a toda prisa baja hacia el Tíber. Mientras tanto, el romano inmola la ternera a Diana, lo cual fue muy del agrado del rey y de la ciudad.

Lucio Tarquinio comienza su lucha por el poder

46 Servio, aunque había ejercido, de hecho, un poder no cuestionado, sin embargo oía decir que el joven Tarquinio andaba propalando que era rey sin el consentimiento del pueblo; por eso, empezó por granjearse popularidad repartiendo a cada ciudadano una porción de la tierra conquistada al enemigo y, después, se decidió a someter a consulta popular si lo querían y designaban[99] como rey. Fue declarado rey por una mayoría como no había obtenido ningún otro antes.
2 Pero tal circunstancia no aminoró en Tarquinio la esperanza de llegar al trono; al contrario, como se había dado cuenta de que el reparto de tierras a la plebe se había hecho con el pronunciamiento en contra por parte de los senadores, le pareció que se le presentaba una ocasión de atacar con más insistencia a Servio ante los senadores y ganar ascendiente en la curia: era un joven de espíritu vehemente y, además, en casa, su mujer Tulia excitaba su ánimo desasosegado.

3 Pues también[100] el palacio real de Roma fue escenario de una sangrienta tragedia que iba a acelerar, por hastío de reyes, la llegada de la libertad y a hacer de aquel reinado el
4 último conseguido por el crimen. El Lucio Tarquinio a que nos estamos refiriendo —no está bastante claro si era hijo

[99] Fórmula latina arcaica, *uellent iuberentne*, con la que el magistrado sometía al pueblo una *lex rogata*.

[100] Como los palacios reales de Tebas y Micenas de las tragedias.

o nieto de Tarquinio el Antiguo; yo diría, sin embargo, que
era hijo, de acuerdo con la opinión más atestiguada— tenía
un hermano, Arrunte Tarquinio, joven de natural apacible.
Estos dos, como queda dicho, se habían casado con las dos 5
hijas del rey Tulio, también ellas de modos de ser muy dife-
rentes. La casualidad había querido que no se uniesen en el
mismo matrimonio los dos caracteres violentos, por suerte,
creo yo, para el pueblo romano, en orden a que el reinado
de Servio fuese más duradero y pudiesen fraguar los com-
portamientos sociales de la ciudad. La Tulia impetuosa[101] 6
se atormentaba, porque no había en su marido asomo de
ambición ni de audacia; embebida por completo en el otro
Tarquinio lo admiraba, decía que aquél era un hombre y
que por sus venas corría sangre real; despreciaba a su her-
mana, porque, habiendo conseguido un verdadero marido,
frenaba su audacia con su blandura mujeril. Lo parecido 7
de su carácter los lleva a encontrarse muy pronto, como
ocurre casi siempre: el mal encaja muy bien con el mal;
pero la raíz del total desbarajuste fue la mujer. Ésta, en
frecuentes encuentros secretos con el marido de la otra, no
se ahorraba ni una sola palabra ofensiva contra su marido
del que aquél era hermano, ni contra su hermana, de la que
aquél era marido, y sostenía que mejor hubiese sido que
ella fuese viuda y él soltero, que casarse con quien no daba
su talla para tener que languidecer por la pusilanimidad de
sus parejas; si los dioses le hubiesen dado el marido que 8
merecía, no tardando mucho vería en su casa el trono que
veía en la de su padre. Enseguida contagia al joven su
audacia. Arrunte Tarquinio y Tulia la menor dejaron, al 9
morir uno casi a continuación del otro, sus hogares libres
para un nuevo matrimonio; se casan[102], más con la no
oposición de Servio que con su aprobación.

---

[101] La más joven.

[102] El texto ofrece dificultades en cualquier hipótesis, por ello lo man-

47 Comenzó, entonces, a estar cada día menos segura la vejez de Tulio, menos seguro su trono. Y es que aquella mujer, después de un crimen, comenzaba ya a pensar en el siguiente. No dejaba en paz a su marido ni de noche ni de día para evitar que los parricidios anteriores fuesen inúti-
2 les, diciéndole que ella no estaba falta de un hombre del que pudiera llamarse esposa ni con el que compartir la esclavitud sin protestar, sino que estaba falta de un hombre que se sintiese digno del trono, que tuviese presente que era hijo de Tarquinio el Antiguo, que prefiriese la posesión a la
3 expectativa del poder. «Si tú eres la clase de hombre con que creo haberme casado, te saludo como marido y como rey; pero, si no, entonces la situación ha ido a peor, porque
4 en ella se unen la cobardía y el crimen. ¿Por qué no poner manos a la obra? Tú no necesitas, como tu padre, conquistar con esfuerzo un trono extranjero viniendo desde Corinto ni desde Tarquinios: a ti te nombran y te proclaman rey los dioses domésticos y los de tu patria y la imagen de tu padre y el palacio real y el trono del palacio y el
5 nombre de Tarquinio. Si no tienes suficiente coraje para ello, ¿por qué estás engañando a Roma? ¿Por qué dejas que te vean como príncipe? Vete de aquí, a Tarquinios o a Corinto; retorna a tus orígenes, más parecido a tu hermano
6 que a tu padre.» Con invectivas de esta clase instiga al joven, y ella misma tampoco puede sosegar: si Tánaquil, una mujer extranjera, pudo llegar al extremo de dar dos veces consecutivas el trono, a su marido y, después, a su yerno, ella, de estirpe real, ¿no iba a tener influencia alguna para dar o quitar el trono?

---

tenemos sin correcciones, sobreentendiendo que el sujeto de «se casan» es Lucio Tarquinio y Tulia la mayor, sujetos fundamentales de este episodio. Bayet suprime «Arrunte Tarquinio y Tulia la menor». Otra opción, desde Madvig, es leer Lucio en lugar de Arrunte.

Instigado por el furor desatado de su mujer, Tarquinio 7
visitaba y saludaba a los senadores, sobre todo a los de segundo orden; les recordaba los favores de su padre y les pedía que le correspondieran por ello; se atraía a los jóvenes con su largueza; iba ganando terreno en todos los campos, haciendo promesas desmedidas e incriminando al rey.
Por fin, cuando le pareció que ya era el momento de pasar 8
a la acción, irrumpió en el foro rodeado de una cuadrilla de individuos armados. A continuación, en medio del pánico general, tomó asiento en el solio real en la curia y mandó que el pregonero llamase a los senadores al senado
a presencia del rey Tarquinio. Se congregaron inmediata- 9
mente, unos, porque ya de antemano habían sido puestos en antecedentes del hecho y, otros, por miedo a incurrir en deslealtad si no acudían, atónitos por lo insólito de un hecho tan extraordinario y pensando que Servio estaba
liquidado. Entonces comenzó a injuriarlo, empezando por 10
sus orígenes, diciendo que un esclavo, hijo de una esclava, después de la afrentosa muerte de su padre, sin establecer el interregno acostumbrado, sin reunir los comicios, sin el sufragio del pueblo, sin la ratificación del senado, había
ocupado el trono como regalo de una mujer. Después de 11
semejante nacimiento, de semejante procedimiento de llegar a rey, para favorecer a gentes de la más baja extracción, de la que también él mismo provenía, y por odio a la nobleza a la que no pertenecía, había arrebatado las tierras a los patricios y las había repartido entre los individuos de
la más baja ralea; todas las cargas, que en otro tiempo 12
habían estado repartidas entre todos, las había hecho recaer sobre los patricios; había establecido el censo para que la riqueza, al ser manifiesta, provocase la envidia contra los ricos y para tenerla a su disposición, pudiendo con ella mostrarse generoso con los más indigentes cuando le viniese en gana.

48 Cuando estaba en pleno discurso se presentó Servio, al que precipitadamente había puesto sobre aviso un mensajero, e inmediatamente dijo a grandes voces desde la entrada de la curia: «¿Qué significa esto, Tarquinio? ¿Qué osadía es la tuya, que te atreves a convocar, estando yo
2 vivo, á los senadores y sentarte en mi trono?» El otro replicó con insolencia que ocupaba el trono de su padre; que mucho mejor que un esclavo era el hijo del rey para heredar el reino; que bastante tiempo se había él burlado sin pudor y ultrajado a sus amos. Se levanta, entonces, un griterío de los partidarios de uno y otro; el pueblo acudía corriendo hacia la curia y era evidente que iba a ser rey el

Servio Tulio, asesinado

3 que resultase vencedor. Entonces, Tarquinio, obligado ya por la fuerza de las circunstancias a llevar su osadía hasta el final, y contando con muchas más posibilidades en razón de su edad y de su fuerza, agarra a Servio por la cintura, lo saca de la curia y lo tira escaleras abajo; acto seguido, vuelve a la curia para
4 mantener reunido al senado. Huye la guardia y el séquito del rey; éste, casi desangrado, escapaba hacia su morada con un séquito que no era el propio de un rey cuando los emisarios de Tarquinio le dan alcance en su huida y lo
5 matan. Se supone, por ser algo en consonancia con sus otros crímenes, que esto se hizo por instigación de Tulia. Lo que sí es seguro, sin lugar a dudas, es que se trasladó al foro en carro y, sin encogerse ante aquella reunión de hombres, hizo salir a su marido de la curia y fue la primera
6 en darle el título de rey. Él le indicó que se alejase de aquel tumulto tan considerable y, al regresar a casa, cuando llegó a la parte más alta del barrio Ciprio —donde estaba, hace poco, el templo de Diana— y giró a la derecha hacia la cuesta Urbia para ganar la colina de las Esquilias, el cochero, asustado, se paró en seco con un tirón de riendas

y mostró a su ama el cadáver de Servio tendido en el suelo.
Allí ocurrió, según la tradición, un hecho infame de lesa 7
humanidad y el lugar da fe de ello: se llama calle del Crimen, pues en ella Tulia, fuera de sí, presa de las furias vengadoras de su hermana y de su marido, hizo pasar, según dicen, el carro por encima del cuerpo de su padre y llevó parte de la sangre del parricidio en el carro teñido de rojo, manchada ella misma por las salpicaduras, hasta los dioses del hogar suyos y de su marido; debido a la cólera de estos penates, al mal comienzo de aquel reinado iba a suceder pronto un final semejante.

Servio Tulio reinó durante cuarenta y cuatro años de 8
forma tal que le iba a resultar difícil igualarle a su sucesor, aunque fuese un rey bueno y moderado; vino, además, a acrecentar su gloria el hecho de que, juntamente con él,
desapareció la monarquía justa y legítima. Algunos autores 9
sostienen que tuvo la intención de dejar el poder, aun siendo tan suave y moderado, porque lo era de uno solo; pero que el crimen familiar cortó sus proyectos de dar la libertad a su patria.

Tarquinio el Soberbio, rey: tiranía basada en el miedo. Busca apoyo latino. Elimina a Turno de Aricia

Comenzó a continuación el reinado de 49
Lucio Tarquinio[103], el cual por su comportamiento recibió el sobrenombre de Soberbio, porque negó la sepultura a su suegro, él que era su yerno, diciendo que tampoco Rómulo había recibido sepul-
tura, y porque hizo matar a los senadores más importantes 2

[103] La historia de Tarquinio el Soberbio, en la medida en que expresa una renovada dominación de Roma por los etruscos hasta su expulsión por la fuerza, es en sustancia poco cuestionable. La construcción del templo de Júpiter Capitolino y de la Cloaca Máxima, el sitio de Árdea, la toma de Gabios y Suesa Pomecia, la colonización de Signia y Circeyos son hechos sobre los que hay evidencia externa razonable. Sí aparece

que sospechaba habían sido partidarios de Servio. Después, consciente de que su usurpación del poder era un precedente que podía volverse en su contra, se rodeó de
3 guardaespaldas armados[104]; y es que no tenía ningún otro derecho al trono aparte de la fuerza, dado que era rey sin el
4 sufragio del pueblo y sin la ratificación del senado; a esto se sumaba el tener que afirmar su poder sobre el miedo, al no poder abrigar esperanza alguna de aceptación ciudadana. Para que ese miedo fuese más generalizado, él solo sin asesores instruía las causas que implicaban pena capital
5 y, por esa razón, estaba en su mano ejecutar, desterrar, privar de bienes no sólo a los sospechosos o a los que no veía con buenos ojos sino a aquellos de los que no podía
6 esperar más que botín. Después de haber mermado por este sistema sobre todo el número de senadores, decidió no nombrar otros nuevos, para que este estamento quedase desacreditado por su misma escasez numérica y no le sen-
7 tase tan mal el que no se contase con él para nada. Y, en efecto, fue él el primer rey que no siguió la tradición de sus antecesores de consultarlo todo al senado[105]; administró los asuntos públicos aconsejándose con sus familiares: guerra, paz, tratados, alianzas, todo lo hizo y deshizo por sí mismo, con quienes quiso, sin el acuerdo del pueblo ni del senado.

8 Trataba de ganarse sobre todo al pueblo latino, para estar más seguro entre sus conciudadanos gracias al apoyo del extranjero; entablaba con sus principales relaciones no
9 sólo de amistad sino de parentesco. A Octavio Mamilio

---

helenizado el carácter de Tarquinio con elementos tomados de fuentes griegas.

[104] Tanto la eliminación de rivales políticos como el recurso a guardaespaldas eran rasgos de los tiranos griegos.

[105] Esta teoría de que el rey consultaba al Senado en casos de guerra, paz, y tratados, es una ficción constitucional bastante tardía.

Tusculano, que era con mucho el primero entre los latinos, descendiente, si hemos de creer lo que cuentan, de Ulises y la diosa Circe, al tal Mamilio le concede en matrimonio a su hija, y, gracias a este enlace, se gana a muchos de sus parientes y amigos.

Tenía ya Tarquinio un gran ascendiente entre los lati- 50
nos más relevantes, cuando los citó para una reunión un día determinado en el bosque sagrado de Ferentina: había algunos asuntos de interés general que quería tratar. Se 2
reúnen al amanecer en gran número; en cuanto a Tarquinio, se atuvo a la fecha, eso sí, pero llegó poco antes de la puesta del sol. Muchos temas se habían debatido en la asamblea a lo largo de todo el día, con intervenciones de todas clases. Turno Herdonio[106], de Aricia[107], había lan- 3
zado violentas invectivas contra la ausencia de Tarquinio: que no era de extrañar que en Roma se le hubiese dado el sobrenombre de Soberbio (pues ya lo llamaban así, pronunciándolo en voz baja, eso sí, pero todos); que si es que cabía muestra mayor de soberbia que burlarse, de aquella forma, de todo el pueblo latino (después de hacer venir 4
lejos de su residencia a los principales, ¡precisamente él, que había convocado la asamblea, no presentarse!); que, sin duda, trataba de poner a prueba su paciencia para explotar su docilidad, si se dejaban poner el yugo, pues ¿quién no veía claramente que él pretendía el mando sobre los latinos?; que si sus conciudadanos le habían confiado el 5
poder de buen grado, o al menos si se lo habían confiado y no lo había robado mediante un parricidio, también los latinos debían confiárselo (aunque ni siquiera en ese caso

[106] El de Turno Herdonio no es un nombre verosímil en un hombre de Aricia; la historicidad del pasaje que sigue es muy dudosa.

[107] A unos 25 kilómetros de Roma en dirección sudeste, entre los lagos de Alba y Nemi. Colonia de Alba Longa. No era miembro de la antigua Liga Albana.

6 debían confiárselo a un extranjero), pero que, si los suyos estaban quejosos de él, pues eran ejecutados uno tras otro, eran desterrados, perdían sus bienes, ¿qué perspectivas de más halagüeñas esperanzas se les abrían a los latinos?; que si querían hacerle caso, se marcharían cada uno a su casa y no se mostrarían más cumplidores con la fecha de la asamblea de lo que se mostraba el mismo que la había convo-
7 cado. Cuando aquel individuo sedicioso y malvado —y que merced a tales características había conseguido influencia entre los suyos— estaba más acalorado exponiendo semejantes razonamientos y otros en el mismo sentido, se pre-
8 senta Tarquinio: esto significó el fin de su discurso; todos se volvieron a saludar a Tarquinio. Se hizo el silencio, y éste, invitado por los que estaban más cerca a excusarse por haber llegado a aquellas horas, dijo que había sido requerido como árbitro entre un padre y un hijo y que se había retrasado por el afán de reconciliarlos, y ya que esa circunstancia le había hecho perder aquel día, expondría al
9 día siguiente lo que había proyectado. Dicen que ni a pesar de esta explicación se quedó callado Turno, pues dijo que no había problema que se resolviese en menos tiempo que el surgido entre un padre y un hijo, que se solventaba en pocas palabras: «Si el hijo no obedece al padre, recibirá castigo.»

51 Echando improperios de este estilo contra el rey de Roma, el de Aricia se marchó de la asamblea. Tarquinio tomó el incidente más a mal de lo que daba a entender; inmediatamente empieza a tramar la muerte de Turno, con el fin de infundir en los latinos el mismo terror con que
2 había atenazado los ánimos de sus súbditos. Y como no tenía autoridad para darle muerte públicamente, lo quitó de enmedio, siendo inocente, presentando una acusación falsa. Valiéndose de algunos ciudadanos de Aricia de posición política contraria, sobornó a un esclavo de Turno

para que dejase introducir clandestinamente en su alojamiento una gran cantidad de espadas. Todo se hizo en una 3
sola noche; poco antes del amanecer, Tarquinio hizo venir a donde él estaba a los principales latinos dando a entender que estaba preocupado por un acontecimiento inesperado y les dijo que su retraso de la víspera, debido a alguna especie de providencia de los dioses, había supuesto su salvación y la de ellos; que tenía informes de que, por parte de 4
Turno, se estaba tramando su muerte y la de los latinos principales, para hacerse en exclusiva con el poder sobre los latinos; que pensaba haber dado el golpe el día anterior en la asamblea; que lo había aplazado por estar ausente el promotor de la asamblea, que era su objetivo prioritario; que ahí habían radicado sus ataques contra su ausencia, 5
porque con su retraso había frustrado su esperanza (él no dudaba de que, si sus informes eran correctos, al rayar el alba, tan pronto como se hubiese reunido la asamblea, Turno se presentaría dispuesto con un grupo de conjurados y armado); que, según se decía, era enorme la cantidad de 6
espadas que habían sido llevadas a su alojamiento; que se podía saber rápidamente si aquello era falso o no; que él les pedía que desde allí lo acompañasen a donde estaba Turno. Daban pie a sospechar el talante orgulloso de 7
Turno, su discurso del día anterior y el retraso de Tarquinio, porque era verosímil que dicho retraso hubiese provocado un aplazamiento del atentado. Se ponen en camino dispuestos en verdad a creerlo, pero también dispuestos, si no encuentran las espadas, a tomar todo lo demás como algo carente de base. Al llegar allí, despiertan a Turno y lo 8
rodean los guardias; detienen a los esclavos que por cariño a su amo se disponían a ofrecer resistencia, y cuando se iban trayendo las espadas escondidas en todos los rincones del albergue, la conspiración pareció a todas luces evidente y Turno fue encadenado. Automáticamente se convoca

asamblea de los latinos, en medio de una gran conmoción.
9 Al exponer a la vista de todos las espadas, se originó una reacción tan violenta contra Turno, que, sin darle oportunidad de defenderse, se le sometió a una clase de suplicio sin precedentes: se le echó en la fuente de Ferentina, cargándole encima un enredado de zarzas con un montón de piedras para que se hundiese.

Alianza hegemónica con los latinos. Episodio de Gabios

52 Tarquinio, a continuación, volvió a llamar a la asamblea a los latinos y los felicitó porque habían aplicado a Turno, que pretendía subvertir al Estado, el castigo que merecía por su delito flagrante;
2 añadió, luego, que él podía, sin duda, hacer valer un derecho muy antiguo, pues al ser todos los latinos oriundos de Alba, estaban sujetos al viejo tratado por el cual a partir de Tulo todo lo que era Alba había pasado, con sus colonos, a
3 dominio romano; pero que él creía que, para bien de todos, lo mejor era que se renovase dicho tratado; que era preferible para los latinos beneficiarse participando en los éxitos del pueblo romano, a estar constantemente temiendo o sufriendo la ruina de sus ciudades y la devastación de sus campos, males que habían padecido reinando, primero,
4 Anco y, más tarde, su padre. Convenció sin dificultad a los latinos, a pesar de que aquel tratado dejaba a Roma en superioridad; veían, además, que los cabecillas del pueblo latino participaban de la postura y del parecer del rey y, por otra parte, había un ejemplo bien reciente del peligro
5 que cada uno corría si se oponía. Se renovó así el tratado y se determinó que los jóvenes latinos, en conformidad con las cláusulas del mismo, se presentasen una fecha determinada en número considerable en el bosque sagrado de
6 Ferentina con sus armas. Cuando éstos, siguiendo una disposición del rey de Roma, acudieron de todos los pueblos, Tarquinio, para evitar que tuviesen jefes de su pueblo o

mandos diferentes o enseñas propias, formó manípulos mixtos de latinos y romanos[108] haciendo uno de cada dos y desdoblándolos a continuación; una vez duplicados así los manípulos, les puso centuriones al frente.

Pero no fue Tarquinio tan mal general en la guerra 53
como fue monarca injusto en la paz; es más, hubiese quedado como hombre de guerra a la altura de los reyes precedentes, si su degradación en los otros aspectos no hubiese
hecho sombra incluso a esta cualidad. Fue él quien 2
emprendió una guerra contra los volscos[109] que iba a durar más de doscientos años después de su muerte, y les tomó
por asalto Suesa Pomecia. Al obtener en ella con la venta 3
del botín cuarenta talentos de plata, pensó en un templo de Júpiter de unas dimensiones dignas del rey de los dioses y de los hombres, dignas del imperio romano, dignas también de la majestad del lugar de su emplazamiento; para la construcción de un templo así, reservó el dinero del botín.

Se vio, a continuación, implicado en una guerra más 4
larga de lo que esperaba, en la cual, después de lanzarse infructuosamente al asalto de Gabios[110], una ciudad de las cercanías, al perder incluso la esperanza de un asedio tras haber sido rechazado de las murallas, en última instancia atacó recurriendo a un sistema nada romano: la falsedad y
el engaño. Mientras que él simulaba dedicarse de lleno a 5
echar los cimientos del templo y a otras tareas de urbanismo, como si hubiese dejado a un lado la guerra, su hijo

[108] La organización militar es anacrónica. Resultan, por otra parte, peculiares estas compañías mixtas, pues siempre van los aliados por separado.

[109] El pueblo volsco descendió de los Apeninos hacia finales del siglo VI a. C., dirigiéndose a la llanura costera del Lacio y la Campania.

[110] Cerca de la actual Torre di Castiglione, a casi 20 kilómetros de Roma. Exceptuado el hecho de la toma de Gabios, todo el pasaje es ficticio, incluyendo material de la historia griega.

Sexto —que era el menor de los tres[111]— se pasó a Gabios, de acuerdo con un plan preconcebido, quejándose de la
6 crueldad insoportable de su padre para con él: que, después de hacer blanco de su soberbia a los extraños, la había entonces vuelto contra los suyos y le disgustaba, incluso, que sus hijos fuesen numerosos hasta el extremo de querer despoblar su casa como había hecho con el senado, para no dejar descendencia alguna ni heredero alguno del trono.
7 Que él, que había logrado escabullirse entre los venablos y las espadas de su padre, estaba convencido de que no tendría seguridad en ninguna parte, a no ser entre los enemigos de Lucio Tarquinio. Porque, que no se llamasen a engaño: respecto a ellos, seguía en pie la guerra que se simulaba abandonada y, cuando se presentase la ocasión,
8 los atacaría por sorpresa. Y si entre ellos no había lugar para un suplicante, él andaría errante por todo el Lacio, y, después, se dirigiría a los volscos y a los ecuos y a los hérnicos[112] hasta dar con quienes supiesen proteger a lo hijos
9 de los castigos crueles y despiadados de sus padres. Que, tal vez, llegaría a encontrar también un poco de coraje para la lucha armada contra el más soberbio de los reyes y el
10 más violento de los pueblos. Como daba la impresión de que, si no hacían ademán de detenerle, se iba a alejar inmediatamente enardecido[113] por la ira, los gabinos lo reciben con agrado. Le dicen que no se extrañe de que el mismo que ha sido para con sus súbditos, para con sus
11 aliados, acabe por serlo para con sus hijos: a falta de otros, terminará por volver su crueldad contra sí mismo. Por lo que a ellos respecta, que su llegada les es grata, y que están

[111] Los otros dos eran Arrunte y Tito.

[112] Los hérnicos eran una rama de los sabinos. Posiblemente inmigraron al Lacio hacia mediados del siglo VI ocupando las tierras altas cerca del *Trerus*.

[113] De acuerdo con la corrección de Madvig, *incensus*.

convencidos de que con su ayuda la guerra no tardará en trasladarse de las puertas de Gabios al pie de las murallas de Roma.

Lo admitieron, desde entonces, en los debates públicos. 54
En ellos decía que, en los demás asuntos, estaba de acuerdo con los gabinos de más edad, que los conocían mejor, pero que, por su parte, era siempre partidario de la guerra y que, en ese tema, se reconocía especialmente competente, porque decía conocer los efectivos de ambos pueblos y saber, sin lugar a dudas, que a los ciudadanos les resultaba odiosa aquella soberbia que ni siquiera sus hijos podía soportar. Iba así poco a poco incitando a los gabinos prin- 2
cipales a reemprender la guerra; personalmente tomaba parte, con los jóvenes más decididos, en saqueos e incursiones; con todos sus dichos y hechos, calculados para engañarles, iba aumentando su crédito carente de base: al fin lo eligen para dirigir la guerra. Como el pueblo no sabía 3
lo que se estaba tramando y se producían entre Roma y Gabios escaramuzas sin importancia con ventaja ordinariamente para Gabios, los gabinos a porfía, nobles y humildes, estaban convencidos de que Sexto Tarquinio les había sido enviado como regalo de los dioses para que fuese su general. Entre los soldados tenía tan gran simpa- 4
tía, por afrontar los peligros y los trabajos lo mismo que ellos y mostrarse generoso en el reparto del botín, que el poder de Tarquinio padre en Roma no era mayor que el del hijo en Gabios. Pues bien, cuando vio que tenía fuerza 5
suficiente para intentarlo todo, envió a Roma a una persona de su confianza a inquirir de su padre qué quería que hiciese, dado que por concesión de los dioses él tenía el poder absoluto en Gabios. No se le dio respuesta alguna de 6
palabra a este mensajero por no parecer, creo, muy de fiar; el rey salió al jardín de palacio como para reflexionar, seguido del emisario de su hijo; paseando por allí en silen-

cio iba tronchando, según dicen, con un bastón las amapo-
7 las que sobresalían[114]. Cansado el mensajero de preguntar y de esperar respuesta, entiende que su misión ha fracasado y vuelve a Gabios; expone lo que ha dicho y lo que ha visto: que el rey no ha pronunciado ni una sola palabra,
8 fuese por ira, por odio o por su innata arrogancia. Cuando Sexto vio con claridad lo que su padre quería y ordenaba con sus callados rodeos, hizo matar a los ciudadanos principales, a unos acusándolos ante el pueblo y a otros aprovechándose de la animosidad que despertaban. Muchos fueron públicamente ejecutados, otros asesinados en
9 secreto cuando se preveía menos viable su acusación. A unos se les posibilitó el exilio voluntario, a otros se les impuso, y los bienes tanto de los exiliados como de los
10 muertos fueron destinados al reparto, dando pie a larguezas y beneficios; el atractivo de las ventajas particulares hizo perder la sensibilidad ante las desgracias públicas, hasta que, finalmente, Gabios, desorientada y sin apoyo, se entrega sin lucha alguna al dominio del rey de Roma[115].

Construcción del Capitolio

55 Con Gabios en su poder, Tarquinio hizo la paz con los ecuos y renovó la alianza con los etruscos. A continuación dirigió su atención a tareas urbanas. La primera de ellas era el templo de Júpiter en la colina Tarpeya, para dejar un monumento que recordara su reinado y su nombre: que de los dos reyes Tarquinios, uno, el padre lo prometió y otro, el hijo, lo construyó.
2 Y para liberar la zona de los demás cultos y dedicarla

[114] Esta anécdota y la historia de Sexto Tarquinio son réplicas de las recogidas por HERÓDOTO (V 92 y III 154) referidas a Periandro, tirano de Corinto, y a Zópiro contra Babilonia.

[115] La tradición coincidía en que Gabios había sido absorbida por Roma por vía de negociación y no de conquista directa; los contenidos de esta tradición están sometidos a discusión.

exclusivamente a Júpiter y al templo que se le iba a erigir,
decidió desacralizar algunos santuarios y capillas que el rey
Tacio había primero prometido, en el momento crucial de
su lucha contra Rómulo, y más tarde consagrado e inaugu-
rado en aquel enclave. Al comenzar a construir el edificio 3
en cuestión, se dice que los dioses emitieron una señal de su
voluntad para significar la grandeza del imperio; en efecto,
las aves consintieron la desacralización de todas las capi-
llas, pero no fueron favorables en la del lugar sagrado de
Término. Este presagio y augurio fue interpretado en el 4
sentido de que el no cambiar Término de sitio y el ser el
único dios que no podía ser desplazado de su recinto con-
sagrado, vaticinaba la firmeza y la estabilidad del Estado.
A este presagio de durabilidad siguió otro prodigio que 5
anunciaba la grandeza del imperio: al excavar los cimientos
del templo apareció, según dicen, una cabeza humana con
los rasgos intactos. Esta aparición presagiaba con toda cla- 6
ridad que aquél iba a ser el epicentro del imperio y la capi-
tal del mundo; así lo vaticinaron los adivinos, tanto los de
la ciudad como los que se hizo venir de Etruria para estu-
diar aquel hecho.

El rey se iba animando a no escatimar gastos; por eso, 7
el fruto de la venta del botín de Pomecia, previsto para
llevar a término la obra, apenas dio para los cimientos. Por 8
esta razón, aparte de por ser más antiguo, me inclino a
creer a Fabio, que fija la cifra en cuarenta talentos sola-
mente, más que a Pisón [116], que habla de que se reservaron 9
para aquella empresa cuarenta mil libras de plata [117]; y es

[116] Lucio Calpurnio Pisón, cónsul el 133 a. C., autor de unos *Annales* de Roma.

[117] Posible relación entre ambas cifras: 1/10, si se admite la equivalencia entre talento y cien libras de plata. Fabio habría calculado en cuarenta talentos todo el botín, Pisón en cuatrocientos, siendo cuarenta la décima

que una suma tal de dinero no era posible esperarla entonces del botín de una sola ciudad y sobrepasaría los gastos de cimentación de cualquier obra, incluso de la magnificencia de las actuales.

56 Empeñado en acabar el templo, hizo traer obreros de toda Etruria y recurrió no sólo a los fondos del Estado, sino a la mano de obra de la plebe. Era éste un trabajo no liviano que venía a sumarse al de la guerra, pero sin embargo a la plebe le resultaba menos duro levantar con
2 sus propias manos los templos de los dioses que después, cuando tuvieron que pasar a otras obras no tan grandiosas y más trabajosas: la construcción de gradas en el circo y la conducción subterránea de la cloaca máxima[118], desagüe de todas las inmundicias de la ciudad; dos obras que a duras penas pudieron ser igualadas por ninguna de las de
3 nuestra moderna magnificencia. Después de ocuparse la plebe en estos trabajos, como Tarquinio tenía el convencimiento de que una población numerosa, si estaba desocupada, era una carga para la ciudad, y además quería ensanchar con remesas de colonos las fronteras del imperio, envió colonos a Signia[119] y a Circeyos[120], destinados a constituir baluartes de Roma por tierra y por mar.

---

parte correspondiente al rey, según una tradición recogida por DIONISIO DE HALICARNASO (IV 50).

[118] Arrancaba en el Argileto y llevaba las aguas de las Esquilinas Viminal y Quirinal a través del foro hasta el Tiber. En un principio era una zanja abierta; fue cubierta en el siglo III a. C. Quedó así drenado el foro y apto para la edificación. Medio siglo antes se había efectuado otro drenaje. En torno a los años 620 y 570 respectivamente, parecen indicar los datos arqueológicos.

[119] Segni. Entre las vías Apia y Latina, en situación clave entre ecuos y Volscos. Los restos hallados no van más allá del 500 a. C. Parece apócrifa la fundación de una colonia por Tarquinio.

[120] Actual Mte. Circello.

Lucio Junio Bruto en escena. Lucrecia. Bruto en primer plano

Cuando traía entre manos estos proyectos, fue visto un prodigio terrible: una serpiente se deslizó desde una columna de madera y provocó pánico y carreras en el palacio, y al propio rey más que sobrecogerle el ánimo de súbito terror, se lo llenó de angustiosa preocupación. Por eso, aunque para los prodigios públicos[121] se recurría únicamente a los adivinos etruscos, aterrado por aquella visión que parecía referirse a su familia, decidió enviar a consultar al oráculo de Delfos, el más famoso del mundo[122]. Y como no se atrevía a confiar a ningún otro la respuesta del oráculo, envió a sus dos hijos a Grecia por tierras entonces desconocidas y por mares aún más desconocidos. Tito y Arrunte partieron; les fue adscrito como acompañante Lucio Junio Bruto, hijo de Tarquinia, hermana del rey, un joven de carácter muy distinto al que aparentaba. Éste, cuando supo que los ciudadanos principales, y entre ellos su hermano, habían sido muertos por su tío materno, resolvió no dar al rey motivo de temor por su manera de ser, ni motivo de ambición por su fortuna, y basar su seguridad en ser despreciable, dado que la justicia no suponía una gran protección. Con toda intención, por consiguiente, se dedicó a parecer tonto, dejó que el rey dispusiera de su persona y de sus bienes, ni siquiera rechazó el sobrenombre de Bruto: encubierto bajo tal ape-

4 5 6 7 8

[121] Un prodigio era «público» cuando el Senado lo tomaba en consideración y decidía tomar medidas para su *procuratio*. De no ser así, se hacían consultas privadas.

[122] Hubo contacto con Delfos por parte de algunas ciudades etruscas, por ejemplo, Cere. Ahora bien, el episodio que sigue forma parte de la ficción explicativa del *cognomen* de Bruto. Aunque no caben dudas serias sobre la existencia de Lucio Junio Bruto y de que fue el primer cónsul, sus hazañas y su carácter son una elaboración de los *Iunii Bruti*, tal vez de finales del siglo IV especialmente.

lativo aquel libertador del pueblo romano, aquel valiente
9 desconocido, aguardaba su hora. Fue a él a quien los Tar-
quinios llevaron a Delfos en aquella ocasión, más como
diversión que como compañero; dicen que llevó como
ofrenda a Apolo un bastón de oro envainado en un bastón
de cornejo vaciado con este objeto, como símbolo con
10 rodeos de su propia personalidad. Una vez en Delfos, des-
pués de cumplir el encargo de su padre, los jóvenes tuvie-
ron deseos de averiguar en cuál de ellos recaería el trono de
Roma. Dicen que de las profundidades de la gruta una voz
respondió: «El poder supremo de Roma lo tendrá aquel de
vosotros, jóvenes, que primero dé un beso a su madre.»
11 Los Tarquinios, para que Sexto, que había quedado en
Roma, no se enterase del oráculo y quedase descartado del
poder, conminan a que el hecho se mantenga rigurosa-
mente en secreto; dejan al azar cuál de ellos al regresar a
12 Roma daría primero un beso a su madre. Bruto, compren-
diendo que las palabras píticas tenían otro sentido, simuló
perder el equilibrio a consecuencia de un resbalón y rozó
con sus labios la tierra, porque ésta, evidentemente, es la
13 madre común del género humano. Después, regresaron a
Roma, donde se estaba poniendo gran empeño en la prepa-
ración de una guerra contra los rútulos.

57 Árdea[123] pertenecía a los rútulos, pueblo de riqueza
pujante para el país y la época de que se trataba; y la causa
de la guerra fue, precisamente, que el rey de Roma tenía el
afán de enriquecerse él, arruinado por la magnificencia de
las obras públicas, y de aplacar con el atractivo del botín
2 los ánimos de la población, que además de estar en contra
del rey por la soberbia de que daba muestras en todas sus
otras cosas, estaba indignada por haber sido empleada tan

---

[123] Cerca de 40 kilómetros al sur de Roma, a 11 del mar; hacía de capital de los rútulos; era miembro de la Liga Latina de Aricia. Aparecieron restos de un templo etrusco anterior a la colonia romana.

largo tiempo por el rey en tareas de obreros y en trabajo de
esclavos. Se hizo una tentativa a ver si se podía tomar 3
Árdea al primer asalto: como esto no dio resultado, se
trató de reducir al enemigo sitiándolo y abriendo trinche-
ras. En los cuarteles de asedio, como suele ocurrir en las 4
operaciones bélicas prolongadas más que intensivas, los
permisos se daban con bastante facilidad, más sin embargo
a los oficiales que a la tropa; por lo que respecta a los 5
jóvenes hijos del rey, mataban a veces el tiempo reunién-
dose en festines y francachelas. Un día en que estaban éstos 6
bebiendo en la tienda de Sexto Tarquinio, en una cena en
la que participaba también Tarquinio Colatino, hijo de
Egerio, recayó la conversación sobre sus «esposas».
Cada uno ponía por las nubes a la suya; enseguida se aca- 7
lora la discusión y Colatino dice que no hay por qué seguir
discutiendo, que en cuestión de horas se puede comprobar
cuánto aventaja su Lucrecia a las demás: «Dado que somos
jóvenes y fuertes, ¿por qué no montamos a caballo y vamos
a cerciorarnos personalmente del comportamiento de nues-
tras mujeres? Que cada uno dé un valor definitivo a lo que
vea con sus propios ojos ante la llegada inesperada del
marido.» El vino los había encendido. «¡Vamos ya!», dicen 8
todos; a galope tendido vuelan a Roma. Llegan al empezar
a oscurecer; continúan hasta llegar a Colacia, y allí encuen- 9
tran a Lucrecia, no como a las nueras del rey, a las que
habían visto entreteniendo el tiempo con sus amigas en un
suntuoso banquete, sino trabajando la lana bien entrada la
noche sentada en medio de su casa rodeada por sus escla-
vas también en vela. Lucrecia se llevó la palma en aquella 10
disputa acerca de las mujeres. La llegada de su esposo y
de los Tarquinios fue recibida con afabilidad. El marido
ganador tiene la cortesía de invitar a los jóvenes príncipes.
Entonces se apodera de Sexto Tarquinio el deseo funesto
de poseer por la fuerza a Lucrecia, seducido por su belleza

11 unida a su recato ejemplar. Por fin, después de una noche
de entretenimientos propios de la juventud, regresan al
campamento.

58 Pasados algunos días, Sexto Tarquinio, a espaldas de
2 Colatino, vuelve a Colacia con un solo acompañante. Aje-
nos a sus propósitos, lo recibieron atentamente; después de
la cena fue conducido al aposento de los huéspedes.
Encendido por la pasión, cuando le pareció que en torno
suyo todo estaba tranquilo y que todos estaban dormidos,
desenvainó la espada, se acercó a Lucrecia, que estaba
dormida, y apretando el pecho con la mano izquierda le
dice: «Silencio, Lucrecia ; soy Sexto Tarquinio; estoy
3 empuñando la espada; si das una voz, te mato.» Al desper-
tar despavorida la mujer, se vio sin ayuda alguna y al
borde de una muerte inminente; entretanto, Tarquinio le
confesaba su amor, suplicaba, alternaba amenazas y súpli-
cas, trataba por todos los medios de doblegar la voluntad
4 de la mujer. Al verla firme y sin ceder ni siquiera ante el
miedo a morir, acentúa su miedo con la amenaza del des-
honor: le dice que junto a su cadáver colocará el de un
esclavo degollado y desnudo, para que se diga que ha sido
5 muerta en degradante adulterio. El miedo a tal deshonor
doblegó aquella virtud inquebrantable y Tarquinio, como
si hubiese sido la pasión la que había salido triunfante, se
marchó orgulloso de haber arrebatado el honor a una
mujer. Lucrecia, abatida por tan tremenda desdicha, envía
a un mismo mensajero a su padre a Roma y a su marido a
Árdea a decirles que vengan cada uno con un amigo de su
confianza, que es preciso actuar inmediatamente, que ha
6 ocurrido algo horrible. Espurio Lucrecio acude con Publio
Valerio, hijo de Voleso, y Colatino con Lucio Junio Bruto,
con el que casualmente volvía a Roma cuando encontró al
emisario de su mujer. Encuentran a Lucrecia sentada en su
7 aposento, sumida en el abatimiento. Al llegar los suyos,

rompió a llorar y, al preguntarle su esposo: «¿Estás bien?»,
contestó: «No. ¿Cómo puede estar bien una mujer que ha
perdido el honor? Colatino, hay huellas de otro hombre en
tu lecho; ahora bien, únicamente mi cuerpo ha sido vio-
lado, mi voluntad es inocente; mi muerte te dará fe de ello.
Pero dadme la diestra y la palabra de que el culpable no
quedará sin castigo. Es Sexto Tarquinio el que, compor- 8
tándose como un enemigo en lugar de como un huésped, la
pasada noche vino aquí a robar, armado y por la fuerza,
un placer funesto para mí, y para él si vosotros sois hom-
bres.» Todos dan su palabra, uno tras otro; tratan de miti- 9
gar su interno dolor responsabilizando de la culpa al autor
del atropello, y no a la que se ha visto forzada: que es la
voluntad la que comete falta, no el cuerpo, y no hay culpa
donde no ha habido intencionalidad. «Vosotros veréis — 10
responde— cuál es su merecido; por mi parte, aunque me
absuelvo de culpa, no me eximo de castigo; en adelante
ninguna mujer deshonrada tomará a Lucrecia como ejem-
plo para seguir con vida.» Se clavó en el corazón un cuchi- 11
llo que tenía oculto entre sus ropas, y doblándose sobre su
herida se desplomó moribunda, entre los gritos de su 12
marido y de su padre.

Bruto, mientras ellos están entregados a su dolor, 59
extrae el cuchillo de la herida de Lucrecia y sosteniéndolo
en alto goteando sangre, dice: «Por esta sangre tan casta
antes del ultraje del hijo del rey, juro, y os pongo a voso-
tros, dioses, por testigos, que yo perseguiré a Lucio Tarqui-
nio el Soberbio, a su criminal esposa y a toda su descen-
dencia a sangre y fuego y con todos los medios que en
adelante estén en mi mano, y no consentiré que ellos ni
ningún otro reinen en Roma.» Acto seguido, entrega el 2
cuchillo a Colatino, después a Lucrecio y a Valerio, estupe-
factos ante lo extraordinario de un comportamiento que
revela unas cualidades inesperadas en el alma de Bruto.

Juran como se les había pedido; se transforma por completo en ira su dolor, y siguen como jefe a Bruto que los concita a empezar desde ese instante la liquidación de la realeza.

3 Sacan de la casa el cadáver de Lucrecia y lo llevan al foro, y la natural sorpresa ante el inesperado acontecimiento y la indignación amotinan a la gente. Uno por uno
4 reprueban la criminal violencia del hijo del rey. Hace mella en ellos, por una parte, el desconsuelo del padre y, por otra, Bruto, que recrimina los llantos y lamentaciones inútiles y propone tomar las armas, como corresponde a verdaderos hombres, a verdaderos romanos, contra quienes se
5 han atrevido a actuar como enemigos. Los jóvenes más decididos se presentan espontáneamente, armados; los sigue, igualmente, el resto de la juventud. Le dejan al padre una guarnición, montan vigilancia para que nadie pueda llevar a la familia real la noticia del levantamiento, y los demás con sus armas marchan a Roma, con Bruto a la
6 cabeza. Al llegar allí, por donde pasa aquella multitud armada siembra el pánico y la confusión; después, al ver que marcha en cabeza lo más relevante de la ciudadanía,
7 piensan que, sea lo que sea, obedecerá a una razón. No es menor en Roma la conmoción que provoca aquel crimen horrible que la que había provocado en Colacia; por eso, desde todos los rincones de la ciudad se acude corriendo al foro. Cuando fueron llegando allí, un pregonero convocó al pueblo ante el tribuno de los céleres, magistratura que
8 precisamente desempeñaba entonces Bruto. Pronunció allí un discurso que nada tenía que ver con los sentimientos y el carácter que hasta aquel día había aparentado; habló de la pasión brutal de Sexto Tarquinio, de la execrable violación de Lucrecia y de su lastimosa muerte, de la soledad de Tricipitino, para el cual más indignante y deplorable que la
9 muerte de su hija era la causa de esa muerte. Habló, des-

pués, de la soberbia del propio rey, y de las miserias y trabajos de la plebe, inmersa en fosas y vaciado de cloacas: ¡los hombres de Roma, vencedores de todos los pueblos del entorno, se habían convertido de guerreros en obreros y picapedreros! Rememoró la afrentosa muerte del rey Servio 10
Tulio y la impiedad de la hija, que lanzó su carro sobre el cadáver de su padre, e invocó a los dioses vengadores de los padres. Recordando estos hechos y supongo que otros 11
más atroces que sugiere la indignación en el momento de su mayor intensidad, cuyo relato en detalle no es fácil para el historiador, impulsó a la enardecida multitud a quitar el poder al rey y mandar al exilio a Lucio Tarquinio, a su mujer y a sus hijos. Bruto, una vez alistados y armados los 12
más jóvenes de los que se presentaban voluntarios, marchó inmediatamente al campamento de Árdea a sublevar al ejército contra el rey; deja el mando de Roma a Lucrecio, nombrado con anterioridad prefecto de la ciudad por el rey. En medio de aquel revuelo, Tulia huyó del palacio y, a 13
su paso, hombres y mujeres la maldecían e invocaban a las furias vengadoras de los padres.

Tarquinio, desterrado. De la monarquía a la república

Recibida en el campamento la noticia 60
de estos acontecimientos, el rey, alarmado por la revuelta, marchó a Roma a reprimir la sublevación; Bruto, que se había apercibido de su venida, dio un rodeo para no encontrarse con él y, casi al mismo tiempo, por caminos diferentes, llegaron Bruto a Árdea y Tarquinio a Roma. A Tarquinio se le cerraron las puertas y se le 2
notificó el destierro; al libertador de Roma lo recibieron con alborozo en el campamento, y los hijos del rey fueron expulsados. Dos de ellos siguieron a su padre al destierro a Cere[124], en Etruria; Sexto Tarquinio, que se marchó a

[124] Para Ogilvie, es bastante probable que los Tarquinios fueran originarios de Cere y que se refugiaran allí.

Gabios como quien se dirige a su propio reino, fue muerto en venganza por los antiguos odios que él mismo había suscitado contra su persona con sus asesinatos y rapiñas.

3 Lucio Tarquinio el Soberbio reinó veinticinco años. La monarquía duró en Roma, desde la fundación de la ciudad
4 hasta su liberación, doscientos cuarenta y cuatro años. A continuación se nombraron dos cónsules [125] en los comicios por centurias convocados por el prefecto de la ciudad de acuerdo con las normas de Servio Tulio: Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquinio Colatino [126].

---

[125] Que el cónsul primero se llamaba *praetor* y que el cambio fue introducido por los decénviros al sistematizar la constitución no son cuestiones discutidas, pero sí cómo era en origen el consulado. La explicación más satisfactoria sigue siendo la tradicional: magistratura colegiada desde un principio, y los magistrados, primero *praetores* y después cónsules.

[126] Se considera poco probable que el colega de Bruto fuese Colatino. En Polibio aparece M. Horacio.

LIBRO II

Sinopsis

Caps. 1-8: Primer año de la república.

La república llegó en su momento. Condiciones de su organización (1, 2-2, 2).

Expulsión de la *Gens Tarquinia*. Conspiración para reinstaurar la monarquía (2, 3-5).

De la intriga a la lucha abierta: guerra contra los etruscos. Muerte de Bruto (6-7).

Leyes Valerias. Dedicación del Capitolio (8-9).

Caps. 9-15: Porsena.

Porsena contra Roma. Los héroes: Horacio Cocles (9-11).

Murcio Escévola. Clelia (12-15).

Caps. 16-22: Guerra sabina y latina.

Guerra con sabinos y auruncos. Inmigración a Roma de la *Gens Claudia* (16-17).

Coalición contra Roma. Institución de la dictadura. Batalla del lago Regilo (18-20).

Muerte de Tarquinio que hace variar la situación de la plebe. Alianza con el Lacio (21-22).

Caps. 23-32: El problema de las deudas.

Aparición del problema de las deudas: reacción de la plebe (23-24).

Exterior: campaña contra volscos, sabinos y auruncos. Interior: reaparece el problema de las deudas (25-30, 7).

Guerra en tres frentes: ecuos, volscos y reaparición de los sabinos. Problemas internos, retirada de la plebe al monte Sacro (30, 8-33, 3).

Caps. 33-40: CORIOLANO.

Confederación latina. Coriolano (33, 3-40).

Caps. 41-57: LA LEY AGRARIA. LOS FABIOS.

La primera ley agraria: luchas intestinas. Guerras con volscos, ecuos y veyentes (41-47).

Los trescientos seis Fabios (48-50).

La guerra con Veyos, que asedia Roma, termina con un tratado de paz (51-53).

La ley agraria provoca nuevos disturbios, hasta que al fin es aprobada (54-57).

Caps. 58-65: GUERRA CON VOLSCOS, ECUOS Y SABINOS.

Guerra con volscos y ecuos. Trayectoria final de Apio Claudio (58-61).

Guerra con ecuos, sabinos y volscos. Toma de Ancio (62-65).

1 Voy a exponer a partir de ahora la historia política y militar del pueblo romano libre, sus magistraturas anuales y el imperio de las leyes, más fuerte que el de los hombres.
2 Esta libertad la había hecho más apreciable el despotismo del último rey. Porque sus predecesores ejercieron el poder de tal modo que merecieron, uno tras otro, ser considerados fundadores, al menos, de los barrios nuevos de Roma que fueron añadiendo como asiento para el incremento de la

La república llegó en su momento. Condiciones de su organización

3 población que anexionaban; y no cabe duda de que el mismo Bruto, que tanta gloria alcanzó expulsando al tiránico rey, lo habría hecho con gravísimo detrimento del Estado, si, llevado por el ansia de una libertad para la que todavía no había condi-

ciones, hubiese arrebatado el poder a alguno de los reyes
precedentes. En efecto, ¿qué hubiera ocurrido, si aquella 4
turba de pastores y aventureros, huidos de su patria, una
vez alcanzada la libertad o, al menos, la impunidad al estar
protegidos por la inviolabilidad del asilo, liberados del
temor al rey, se hubiesen visto inmersos en las tempestades
tribunicias; y si hubiesen entrado en pugna con los patri- 5
cios, en una ciudad que no era la suya, antes de que los
lazos afectivos de cónyuges e hijos y la querencia misma a
la tierra, a la que uno se va apegando a través de una pro-
longada permanencia, hubiese cohesionado sus voluntades?
La discordia habría destrozado a un Estado en la infancia 6
aún, al que una serena moderación en el ejercicio del poder
arropó y desarrolló hasta hacerlo capaz de asimilar el pre-
ciado fruto de la libertad en la plenitud de sus fuerzas.

Por otra parte, el que entonces naciera la libertad 7
radicó más en la limitación a un año del poder de los cón-
sules, que en la supresión de alguno de los poderes de los
reyes. Todas sus atribuciones, todos sus distintivos exter- 8
nos los conservaron los primeros cónsules; únicamente se
evitó dar la impresión de que el temor se había multipli-
cado por dos, si ambos llevaban *fasces*[127] simultáneamente:
el primero en detentarlos, por deferencia de su colega, fue
Bruto. No había puesto éste un empeño mayor en reivindi-
car la libertad, que el que puso después en protegerla.
Antes de nada, para impedir que el pueblo, que estaba 9
entusiasmado con la naciente libertad, cediese en el futuro
ante ruegos o concesiones de la realeza, le hizo jurar que

[127] El cambio se hacía cada mes, al relevarse en la dirección de los asuntos públicos, y el que no los llevaba iba precedido o seguido por doce lictores. Los *fasces* eran doce haces de varas atadas en torno a una segur con una correa de cuero. La tradición es coincidente en que los reyes tenían doce *fasces:* este símbolo etrusco pudo ser importado en el período monárquico.

10 no toleraría que nadie reinase en Roma. Luego, para potenciar la fuerza del senado, en virtud incluso del número de sus componentes, incrementó la nómina de senadores, mermada por las ejecuciones de Tarquinio, eligiendo a lo más relevante del orden ecuestre hasta totalizar
11 la cantidad de trescientos. De ahí, según dicen, la costumbre de convocar al senado «a los padres y a los conscriptos»: evidentemente, llamaban «conscriptos» a los que fueron elegidos entonces[128]. Es sorprendente el alto grado en que esta medida contribuyó a la concordia de la ciudadanía, a la unión entre el senado y el pueblo.

2 Se ocuparon, a continuación, de las cuestiones religiosas. Como algunos sacrificios públicos habían sido realizados habitualmente por el propio rey, a fin de evitar que en ningún terreno se echase en falta a los reyes, crearon un rey
2 de sacrificios. Pero este sacerdocio lo subordinaron al pontífice máximo, no fuera a ser que, si unían a tal título una función relevante, pusiesen alguna clase de cortapisas a la libertad, que era la principal preocupación del momento.

Expulsión de la «gens Tarquinia». Conspiración para reinstaurar la monarquía

Yo no sé si no fueron demasiado lejos en la minuciosidad y detallismo que
3 pusieron en protegerla. Efectivamente, el nombre, a falta de otro inconveniente, de uno de los dos cónsules era mal visto por los ciudadanos: los Tarquinios se habían habituado más de

[128] La explicación de la expresión *patres conscripti*, que designaba al conjunto de los senadores, fue objeto de discusión desde antiguo. Prevaleció entonces la opinión de que *patres* eran los patricios originarios, los de las *gentes maiores*, y *conscripti* los no patricios introducidos en el Senado más tarde (por Rómulo, o por Tarquinio el Antiguo, o por Servio Tulio, o por este primer cónsul). Actualmente, a esta explicación se le ve el inconveniente de que, en tal caso, el término latino empleado sería *adscripti*, no pudiendo, por tanto, designar en forma asindética *patres* a los patricios y *conscripti* a los plebeyos incorporados (véanse también, *supra*, nn. 19 y 78).

la cuenta a reinar. Habían comenzado por el Antiguo. Después, había reinado Servio Tulio; ni siquiera al producirse esta interrupción, al haber pasado a otras manos el trono, se había olvidado de él Tarquinio el Soberbio y, como si se tratase de una herencia familiar, lo había retomado a la fuerza recurriendo al crimen. Expulsando el Soberbio, el poder estaba en manos de Tarquinio Colatino: los Tarquinios no sabían vivir como simples ciudadanos. Aquel nombre era no grato, era un peligro para la libertad.
Tales comentarios se comenzó por difundirlos por toda la 4
ciudad para tantear poco a poco la opinión, y una vez suscitada la inquietud y la suspicacia de la plebe, Bruto la convoca a asamblea. En ella empieza por repetir el jura-
mento del pueblo de que no se consentiría que hubiese en 5
Roma rey alguno ni persona que representase un peligro para la libertad; que esto hay que asegurarlo con el mayor cuidado, y no descuidar ni un solo detalle en relación con el tema; que lamenta tener que hacer alusiones personales, y que no hubiese hablado, si el amor a la patria no le
hubiese obligado; que el pueblo romano no cree haber 6
reencontrado la libertad plena; que la estirpe real, que el apellido real está todavía en la ciudad e, incluso, en el poder; que esto es un estorbo, un obstáculo para la liber-
tad. «Tú, Lucio Tarquinio —dice—, libéranos de este 7
temor por tu propia iniciativa. Lo tenemos presente, lo proclamamos: tú expulsaste a los reyes; completa tu acción bienhechora, aleja de aquí el nombre real. En cuanto a tus bienes, tus conciudadanos te los dejarán, yo te lo garantizo, e incluso, si los tuyos te son insuficientes, te los incrementarán espléndidamente. Márchate como amigo; libera a la ciudad de un temor tal vez infundado, pero tal es el convencimiento que existe: la realeza desaparecerá de Roma
únicamente cuando se vaya la familia Tarquinia.» La sor- 8
presa de una intervención tan inesperada y tan repentina en

un primer momento dejó al cónsul sin habla; después, cuando comienza a replicar, la nobleza lo rodea y le hace la
9 misma petición, con ruegos insistentes. Los demás producían en él una mella relativa; pero, cuando Espurio Lucrecio, persona de más peso por su edad y por su rango y, además, suegro suyo, comenzó a echar mano de diversos recursos alternando ruegos y consejos a fin de que se some-
10 tiese al deseo unánime de los ciudadanos, el cónsul, temiendo que después cuando volviese a la vida privada le sobreviniese lo mismo unido a la pérdida de sus bienes y a cualquier otra ignominia que pudiera sobreañadirse, dimitió de su cargo [129], y una vez efectuado el traslado de todos
11 sus bienes a Lavinio, se marchó de la ciudad. Bruto, previa autorización del senado, presentó al pueblo una propuesta de destierro contra todos los miembros de la familia Tarquinia; proclamó colega suyo, elegido en comicios por centurias, a Publio Valerio [130], que le había ayudado a expulsar a los reyes.

3 Aunque para nadie ofrecía duda la inminencia de una guerra con los Tarquinios, tuvo ésta lugar, sin embargo, más tarde de lo que todos esperaban; por otra parte, y esto no se lo temían, las intrigas y la traición estuvieron a punto de dar al traste con la libertad.

2 Había entre la juventud romana algunos muchachos, y no precisamente nacidos en humilde cuna, cuyos caprichos no habían tenido cortapisas durante la monarquía: de la misma edad y del mismo círculo que los jóvenes Tarqui-
3 nios, se habían habituado a vivir a modo de rey. La situa-

---

[129] Había más de una versión del cese de Colatino, desde una renuncia voluntaria hasta una intervención por la fuerza por parte de Bruto, según las necesidades de los analistas de comienzos del siglo I a. C., de buscar precedentes para su época.

[130] Para Ogilvie («A commentary...», pág. 241), entre otros, el consulado de P. Valerio es apócrifo.

ción igualitaria presente les hacía echar de menos aquella
situación privilegiada, y se quejaban entre sí de que la
libertad de los demás había redundado en esclavitud para
ellos: un rey era una persona, de la cual se podía conse-
guir lo que se necesitase, fuese o no ajustado a derecho;
con él había lugar para el favor, para el beneficio; podía
irritarse, pero también perdonar; sabía distinguir entre un
amigo y un enemigo. Las leyes son una fuerza sorda e ine- 4
xorable, más ventajosa y mejor para el indigente que para
el poderoso; en ellas no tienen cabida los miramientos ni la
indulgencia, si uno ha ido demasiado lejos; es un riesgo,
siendo tantas las debilidades humanas, no poder vivir más
que en la inocencia. Mal a gusto como estaban ya de por 5
sí, llegaron los enviados de la familia real y, sin hacer alu-
sión al retorno, se limitaron a reclamar sus bienes. Después
de que fueron oídas sus reclamaciones en el senado, las
deliberaciones sobre el tema duraron varios días: la no res-
titución podía darles pretexto para declarar la guerra, la
restitución podía proporcionarles recursos y ayuda para
sostenerla. Entretanto, los delegados se movían a dos nive- 6
les: oficialmente, reclamaban los bienes; bajo cuerda, plani-
ficaban la restauración de la monarquía, y, so pretexto de
cumplir la misión de la que aparentemente se ocupaban,
iban tanteando los ánimos de los jóvenes nobles. A los que 7
dan una buena acogida a sus palabras, les entregan una
carta de los Tarquinios y traman la manera de darles
entrada en Roma clandestinamente durante la noche.

El proyecto les fue confiado en primer lugar a los her- 4
manos Vitelios y a los hermanos Aquilios [131]. Una hermana
de los Vitelios estaba casada con el cónsul Bruto, y de

[131] La familia de los Vitelios no vuelve a aparecer en época republicana; los que aparecen en época imperial tenían, parece, otro origen. Los Aquilios eran nietos de Colatino.

aquel matrimonio habían nacido dos hijos que eran ya
2 mozos: Tito y Tiberio. También a éstos los incorporan a la conspiración sus tíos maternos. Dieron entrada, además, a otros varios jóvenes, también nobles, cuyos nombres se han
3 perdido con el paso del tiempo. Entretanto, en el senado se había impuesto el parecer de los partidarios de la restitución de los bienes, y esto precisamente constituía un pretexto para que los delegados prolongasen su estancia en Roma, porque obtuvieron de los cónsules un plazo para adquirir carros con que transportar los bienes reales. Este tiempo lo emplean por entero en deliberaciones con los conjurados y, a fuerza de insistir, consiguen que les sea
4 entregada una carta para los Tarquinios: pues, de no ser así, ¿cómo se van a convencer de que los informes que los delegados les traen acerca de asuntos de tanta trascendencia no son algo carente de base? La carta que les entregaron, destinada a avalar sus palabras, puso al descubierto su
5 crimen. En efecto, la víspera de la partida de los delegados al reencuentro con los Tarquinios, hubo una cena casualmente en casa de los Vitelios y, durante ella, los conjurados, una vez alejados los testigos, trataron entre sí muchos detalles acerca del reciente proyecto, como es lógico; captó su conversación un esclavo, que ya con anterioridad se
6 había apercibido de lo que tramaban, pero estaba esperando la ocasión en que fuese entregada a los delegados la carta que, una vez interceptada, se convertiría en una prueba acusatoria. En cuanto vio que la habían entregado,
7 lo denunció a los cónsules. Los cónsules fueron a apresar a los delegados y conjurados, y abortaron por completo la conspiración sin ruido alguno. Se cuidaron ante todo de la carta, no fuese a desaparecer. Los traidores fueron inmediatamente aherrojados; en cuanto a los delegados, hubo unos momentos de vacilación y, aunque era evidente que su comportamiento les había hecho acreedores a ser trata-

dos como enemigos, prevaleció, sin embargo, el respeto al derecho de gentes[132].

El tema de la restitución de los bienes reales, a favor de 5
la cual se habían pronunciado anteriormente, es sometido de nuevo a la decisión de los senadores. Dominados por la cólera, se negaron a que fuesen restituidos, se negaron a que pasasen a engrosar el tesoro público. Se los entregaron 2
al pueblo para que entrara a saco en ellos, con el fin de que, después de haber puesto sus manos sobre los bienes de los reyes, perdiese para siempre toda esperanza de avenencia con ellos. La finca de los Tarquinios situada entre la ciudad y el Tíber fue consagrada a Marte y pasó a ser, en adelante, el «Campo de Marte». Dio la coincidencia de que 3
en ella había en aquel momento, al parecer, una cosecha de trigo a punto para la siega. Como consumir el fruto del Campo de Marte era una profanación, una gran cantidad de gente tomó la mies cortada juntamente con la paja y todos a una la arrojaron con cestos al Tíber, que llevaba poco caudal, como suele ocurrir a mediados del verano. Se depositaron, así, en los bajos fondos, grandes montones de trigo aprisionados por el fango. Con ello, y con el añadido 4
de lo que el río suele arrastrar fortuitamente, poco a poco se formó una isla. Después, supongo, se añadieron diques y la mano del hombre contribuyó a hacer el enclave suficientemente alto y consistente para sostener, incluso, templos y pórticos.

Después del saqueo de los bienes reales, los traidores 5
fueron condenados y llevada a cabo la ejecución, tanto más reseñable por cuanto el hecho de ser cónsul impuso a un padre el deber de ordenar el castigo de sus hijos, y preci-

---

[132] Por este derecho gozaban los embajadores de inmunidad, aunque delinquiesen contra el pueblo en donde estaban cumpliendo su misión. Se los podía reclamar, una vez habían vuelto a su patria.

samente a él, que debería haber sido alejado de la contemplación del suplicio, el azar lo designó para presidirlo.
6 Había amarrados al poste jóvenes de la más alta nobleza; pero los hijos del cónsul concentraban en sí todas las miradas que se apartaban de los demás, como si se tratase de personas desconocidas; se encontraba deplorable, más que el castigo, el delito por el que habían merecido el castigo.
7 ¡Que precisamente en aquel año hubiesen concebido el propósito de entregar a su patria libertada, a su padre el libertador, el consulado, nacido en la familia de los Junios, el senado, el pueblo, todo lo que Roma era —dioses y hombres—, en manos del antaño tiránico rey, hogaño exi-
8 liado enemigo! Los cónsules se adelantaron a ocupar sus sillas y los lictores recibieron orden de proceder a la ejecución. Desnudan a los reos, los azotan con las varas y los hieren de muerte con el hacha: durante todo este tiempo los ojos del público contemplaban al padre, su semblante, su expresión, donde despuntaban los sentimientos paternales en medio de su pública función de justicia.

9 A continuación del castigo de los culpables, para dejar sentado un precedente memorable que, en la doble perspectiva del premio y el castigo, mantuviera el delito a raya, se recompensó al delator con dinero del tesoro público, con la
10 libertad y con la ciudadanía. Fue aquél, dicen, el primero que obtuvo la libertad por *uindicta*[133]; creen, incluso, algunos que la *uindicta* tomó el nombre de aquel esclavo, que se llamaba Vindicio. Desde entonces se siguió la norma de que esta forma de concesión de la libertad conllevase el derecho de ciudadanía.

[133] Una de las formas en que un esclavo pasaba a ser libre, la *manumissio uindicta*, se realizaba ante un magistrado.

De la intriga a la lucha abierta: guerra contra los etruscos. Muerte de Bruto

Cuando le comunicaron estos hechos 6 tal y como se habían producido, Tarquinio fue presa no sólo del dolor ante el derrumbamiento de tan grandes esperanzas, sino también del odio y de la cólera. Cuando vio que no tenía salida la vía de la astucia, consideró que había que preparar abiertamente la guerra y fue recorriendo suplicante las poblaciones de Etruria; rogaba 2 especialmente a los de Veyos y de Tarquinios que no le dejasen a él, uno de ellos, de la misma sangre, exiliado, reducido a la miseria después de haber tenido tan gran poder no hacía mucho, perecer ante sus propios ojos juntamente con sus hijos, muchachos aún. Que otros habían sido llamados del extranjero al trono de Roma: él, siendo rey, cuando estaba engrandeciendo con sus acciones bélicas el imperio romano, había sido expulsado por sus allegados en una criminal conjuración; como ninguno por separado 3 parecía suficientemente digno del trono, se habían repartido la realeza en jirones y habían entregado sus bienes al pillaje del pueblo para que nadie estuviese libre de responsabilidad en el crimen. Que él reivindicaba su patria y su trono y quería castigar la ingratitud de sus súbditos. Que le prestasen ayuda y apoyo. Que se lanzasen también ellos a vengar sus antiguas ofensas, las derrotas tan repetidas de sus legiones, la pérdida de su territorio. Estos argumentos 4 hicieron mella en los de Veyos: todos a porfía gritan en tono amenazador que hay que borrar las afrentas, al menos ahora que los guía un romano, y recobrar lo que se ha perdido en la guerra. A los de Tarquinios los mueve el nombre y el parentesco: les parecía un honor el que los suyos reinasen en Roma.

Dos ejércitos de las dos ciudades siguieron, así, a Tar- 5 quinio para reclamar el trono y castigar por las armas a los romanos. Una vez llegado a territorio romano, los cónsules

6 le salen al encuentro al enemigo. Valerio manda la infante-
ría, formada en cuadro. Bruto toma la delantera con la
caballería para explorar. De modo semejante, la caballería
venía a la cabeza de la columna enemiga bajo el mando de
Arrunte Tarquinio, hijo del rey; lo seguía el propio rey con
7 la infantería. Arrunte, cuando desde lejos dedujo por los
lictores que se trataba de un cónsul y, después de acercarse,
reconoció con seguridad los rasgos mismos de Bruto,
encendido de cólera gritó: «Ese hombre es el que nos echó
de nuestra patria, al destierro. Vedlo ahí, sí, es el que
avanza orgullosamente adornado con nuestros distintivos.
8 ¡Sedme propicios, dioses vengadores de los reyes!» Pica
espuelas a su caballo y se lanza violentamente contra el
cónsul. Bruto se apercibió de que se iba contra él, pero por
entonces los generales tenían a honra iniciar personalmente
la lucha; por eso, se presta al combate con todas las ganas.
9 Se lanzaron al choque con tal coraje, sin pensar ni uno ni
otro en cubrirse con tal de alcanzar al adversario, que a
cada uno de ellos el golpe del contrario lo atravesó a tra-
vés del escudo y trabados uno al otro por las dos lanzas se
10 desplomaron del caballo heridos de muerte. Simultánea-
mente se entabla el combate de toda la caballería y, poco
después, viene a sumarse, a su vez, la infantería. Entonces
tuvo lugar una batalla de ventaja alternante, con resultado
prácticamente equilibrado: por ambos bandos resultó ven-
11 cedora el ala derecha, vencida la izquierda. Los de Veyos,
hechos ya a ser vencidos por las fuerzas romanas, huyeron
en desbandada; los de Tarquinios, enemigos nuevos,
aguantaron firmes e, incluso, rechazaron a los romanos de
su área.

7 Después de una batalla de estas características, Tarquinio y los etruscos fueron presa de un pánico tan cerval, que, sin esperar el resultado definitivo de la confrontación, ambos ejércitos, el de Veyos y el de Tarquinios, emprendie-

ron por la noche el regreso a sus hogares respectivos. Hay 2
autores que añaden a esta batalla elementos maravillosos: que, en medio del silencio de la noche siguiente, salió de la selva Arsia[134] una voz potente, que creyeron era la del dios Silvano[135], y dijo que los etruscos habían tenido una baja más en la batalla, que los romanos eran los vencedores. De 3
todos modos, así fue como se alejaron de allí: los romanos como vencedores, los etruscos como vencidos; pues, una vez que amaneció y no había enemigo alguno a la vista, el cónsul Publio Valerio recogió los despojos y volvió en triunfo a Roma. Celebró las honras fúnebres de su colega 4
con toda la magnificencia que entonces era posible; pero su muerte se vio mucho más honrada por el dolor público, puesto de relieve muy especialmente por el hecho de que las matronas le guardaron el luto como a un padre por haber sido un vengador tan enérgico del pudor ultrajado.

Con respecto al cónsul superviviente, la actitud popu- 5
lar, tornadiza como es, pasó del favor a la aversión e, incluso, a sospechas y acusaciones tremendas. Corría el 6
rumor de que aspiraba al trono, porque no se había hecho elegir un colega en sustitución de Bruto y porque estaba edificando en lo alto de la colina Velia[136]: sobre aquella posición elevada y guarnecida se estaba haciendo una ciudadela inexpugnable. Esto que se decía y se creía entre la 7
gente indignaba y atormentaba al cónsul. Convocó al pueblo a asamblea, mandó inclinar ante ella los *fasces* y subió a la tribuna. A la multitud le resultó agradable ver que ante ella se habían inclinado los símbolos del poder, lo cual

[134] No localizada con seguridad. Era frecuente en la antigüedad el *prodigium* de árboles parlantes.

[135] No debe ser confundido, sin más, con Fauno, aunque desde antiguo aparecen frecuentemente identificados.

[136] Elevación del terreno desde el nordeste del Palatino en dirección al Esquilino.

equivalía a reconocer que la soberanía y el poder del pue-
8 blo eran superiores a los del cónsul. Después de reclamar silencio, el cónsul puso de relieve la suerte de su colega porque había muerto después de la liberación de la patria, investido de la magistratura suprema, luchando por la república, en el cenit de una gloria que no había comenzado aún a convertirse en impopularidad: él, en cambio, había sobrevivido a su gloria para quedar expuesto a las acusaciones y al odio; de libertador de la patria había des-
9 cendido al nivel de Aquilios y Vitelios. «¿Es que nunca —dijo— virtud alguna va a ser a vuestros ojos probada hasta el punto de ser impermeable a la mancha de vuestras sospechas? Yo, el enemigo acérrimo de la monarquía, ¿iba a temer que recayese sobre mí la acusación, precisamente,
10 de ambicionar el trono? Yo, aunque habitase incluso en la ciudadela misma del Capitolio, ¿iba a creer posible que mis compatriotas me temiesen? Mi prestigio ante vosotros ¿tiene una base de apoyo tan endeble? Vuestra confianza en mí ¿tiene unos fundamentos tan poco sólidos que os
11 importa más dónde vivo que quién soy? La casa de Publio Valerio no va a comprometer vuestra libertad, Quirites; no tendréis que preocuparos por la colina Velia; trasladaré mi domicilio al llano, más aún, lo haré bajar al pie de la colina para que viváis a mayor altura que yo, que soy un ciudadano sospechoso; en lo alto de la Velia que edifiquen aquellos en cuyas manos está más segura la libertad que en las
12 de Publio Valerio.» Inmediatamente hizo transportar todos los materiales al pie de la Velia e hizo construir su casa en la parte más baja de la pendiente, donde actualmente se encuentra el templo de Vica Pota [137].

---

[137] Diosa antigua cuya fiesta se celebraba el 5 de enero. Se relacionaba su nombre con victoria y conquista *(uincere, potiri)*, identificándola con la Victoria.

Leyes Valerias. Dedicación del Capitolio

Propuso, luego, unas leyes que no sólo 8
iban a librar al cónsul de la sospecha de
pretender el trono, sino que le iban a
mostrar desde una perspectiva tan opuesta
que le iban a granjear el favor popular;
de ahí el sobrenombre de Publícola. La ley que permite 2
apelar al pueblo [138] contra un magistrado y la que declara
execrables a la persona y los bienes del que hubiese forjado
proyectos de proclamarse rey fueron del agrado de la mul-
titud de manera especial. Fue, después de hacerlas aprobar 3
él solo, para que el mérito de tales leyes fuese exclusiva-
mente suyo, cuando celebró los comicios para reemplazar a
su colega. Fue elegido cónsul Espurio Lucrecio, que, a 4
causa de lo avanzado de su edad, no tenía ya fuerzas sufi-
cientes para desempeñar las funciones de cónsul y murió a
los pocos días. El puesto de Lucrecio lo ocupó como susti-
tuto Marco Horacio Pulvilo. En algunos historiadores 5
antiguos no encuentro reseñado al cónsul Lucrecio; inme-
diatamente después de Bruto sitúan a Horacio; pienso que
como no hubo ningún acontecimiento que diese relieve a su
consulado, su nombre cayó en el olvido.

No había sido aún dedicado [139] el templo de Júpiter en 6
el Capitolio; los cónsules Valerio y Horacio echaron a suer-
tes cuál de los dos lo dedicaba. La suerte se inclinó por
Horacio; Publícola partió para la guerra contra Veyos. Los 7
amigos de Valerio tomaron a mal más de lo debido el que
la dedicación de un templo tan famoso se le encomendase a
Horacio. Trataron de impedirlo por todos los medios y,
después de haber fracasado todas las demás tentativas,

---

[138] La ley de la *prouocatio*, técnicamente tal, es aquí un doblete de otra bastante posterior.

[139] «Dedicar» era destinar de forma solemne un templo a una divinidad.

cuando tenía ya el cónsul la mano puesta sobre la jamba de la puerta y estaba invocando a los dioses, lanzan una noticia siniestra: su hijo ha muerto, y con la familia de luto
8 por una muerte no puede dedicar el templo. Sobre si es que no creyó la noticia o es que su entereza de ánimo fue muy grande, la tradición no es segura ni las conjeturas son fáciles; pero, ante tal noticia, sólo interrumpió lo que estaba haciendo para ordenar que se enterrase el cadáver y, sin soltar la puerta, termina la invocación y dedica el templo. Éstos fueron los acontecimientos políticos y militares del año siguiente a la expulsión de los reyes. A continuación fueron nombrados cónsules Publio Valerio, por segunda vez, y Tito Lucrecio.

Porsena contra Roma. Los héroes: Horacio Cocles

9 Por entonces los Tarquinios habían buscado la protección de Larte Porsena[140], rey de Clusio[141]. Allí, alternando consejos y ruegos, unas veces le pedían que no les dejase a ellos, oriundos de Etruria, de su misma sangre y de su misma raza, vivir en la
2 indigencia y en el exilio; otras veces le aconsejaban que no dejase impune la nueva costumbre de expulsar a los reyes.
3 Que bastante atractivo tenía la libertad por sí sola: si los reyes no defendían su trono con el mismo empeño que los pueblos ponían en conquistar la libertad, todo, grandes y pequeños, quedaría medido por el mismo rasero; nada habría relevante en la sociedad, nada que sobresaliese sobre lo demás; sobrevendría el final de la realeza, don
4 preciosísimo entre los dioses y los hombres. Porsena, en la

---

[140] El sentimiento patriótico romano falseó un hecho histórico difícilmente discutible: la conquista de Roma por Porsena. No es defendible la alianza Porsena-Tarquinios con el propósito de reponerlos en el trono.

[141] Ciudad etrusca (una de las doce de la Confederación) situada en el valle del Clanis.

idea de que era muy ventajoso para los etruscos que hubiera rey en Roma y, además, un rey de raza etrusca, marchó sobre Roma con su ejército en son de guerra. 5
Nunca hasta entonces el senado había sido presa de un pánico tan acusado: tan poderoso era, a la sazón, Clusio y tan grande el nombre de Porsena. Temían no sólo al enemigo, sino a sus propios conciudadanos: que la plebe romana, bajo la presión del pánico, admitiese a los reyes en la ciudad y aceptase la paz aun al precio de la esclavitud.
Por eso, el senado tuvo muchas consideraciones con la 6
plebe durante aquel período. Se puso especialísimo cuidado en el abastecimiento de víveres y se envió una legación a comprar trigo [142] a los volscos y otra a Cumas. Se les retiró a los particulares la concesión de la sal, dado que se vendía a un precio excesivo, y pasó a monopolio del Estado [143]. La plebe quedó exenta del pago de impuestos y contribuciones; los ricos debían hacer frente a las cargas que estaban en condiciones de sobrellevar, los pobres bastantes impuestos pagaban si alimentaban a sus hijos. Así 7
pues, esta benevolencia del senado mantuvo tan unida a la ciudad, cuando después las cosas se pusieron difíciles durante el asedio y el hambre, que el título de rey provocaba idéntica aversión entre los de más alta y los de más baja posición, y no hubo en lo sucesivo individuo alguno 8
que consiguiese con intrigas demagógicas el grado de popularidad de que entonces gozó el senado en su totalidad con sus prudentes medidas.

Al acercarse el enemigo, toda la gente de las cercanías 10
se traslada a la ciudad; en torno a la propia Roma se establece un cinturón de guarniciones. Parecía bien asegurada,

---

[142] La autenticidad de los datos referentes al trigo es muy discutida.

[143] No es posible precisar hasta qué fecha se retrotrae el monopolio estatal de la sal.

de una parte, por sus murallas y, de otra, por el obstáculo
2 del Tíber; sin embargo, el puente de madera[144] le hubiera posibilitado el acceso al enemigo, si no hubiera estado allí un valiente tan sólo, Horacio Cocles: la suerte de la ciudad
3 de Roma contó aquel día con semejante valladar. Estaba casualmente situado en la defensa del puente, cuando vio que el enemigo se había apoderado del Janículo en un ataque repentino y, acto seguido, se lanzaba hacia abajo a paso de carga, y que sus hombres asustados abandonaban armas y puestos. Reteniéndolos uno por uno, cerrándoles el paso e invocando la lealtad de los dioses y de los hom-
4 bres, les aseguraba que su huida, abandonando el puesto de guardia, era inútil: si dejaban a su espalda el paso libre por el puente, enseguida iba a haber más enemigos en el Palatino y el Capitolio que en el Janículo; que, por eso, les aconseja, los conmina a que corten el puente con hierro, con fuego, con cualquier medio posible; que él aguantará el choque del enemigo todo lo que un solo hombre es capaz
5 de resistir. Se lanza, acto seguido, a la entrada misma del puente, bien ostensible en medio de los que huían de la pelea, de los que sólo se veía la espalda, con las armas prestas para entablar el combate cuerpo a cuerpo; precisamente lo extraordinario de su audacia dejó estupefactos a
6 los enemigos. Hubo, sin embargo, dos hombres a los que el pundonor retuvo a su lado: Espurio Larcio y Tito Hermi-
7 nio, ilustres ambos por su linaje y por sus hazañas. Con éstos sostuvo durante unos momentos los primeros embates del peligro, lo más tumultuoso de la lucha; después, también a ellos, al llamarlos los que cortaban el puente cuando quedaba sólo un estrecho pasadizo, los obligó a
8 retirarse a lugar seguro. Entonces, lanzando en torno terribles miradas en tono amenazador sobre los etruscos prin-

[144] Ver I 33, 6.

cipales, tan pronto los desafía uno a uno como los increpa a todos a la vez: esclavos de reyes tiránicos, que no piensan en su propia libertad y vienen a atacar la de los demás.
Estuvieron indecisos durante unos momentos, mirándose 9
unos a otros para desencadenar el combate; después, la vergüenza los empuja en masa y, lanzando un grito, arrojan sus venablos todos a la vez contra su único enemigo;
quedaron los venablos clavados en el escudo con que se 10
cubría y él, sin que su decisión sufriese merma, cubría bien plantado el puente. Ya cargaban sobre aquel valiente tratando de echarlo abajo, cuando, simultaneados el estruendo del puente al quebrarse y los gritos que lanzaron los romanos enardecidos por el éxito de su acción, detuvieron la
carga al producirles un pánico repentino. Cocles, entonces, 11
gritó: «Padre Tíber, te ruego, venerable, que acojas a estas armas y a este guerrero en tus aguas propicias.» De esta suerte, armado como estaba, se lanzó al Tíber y a pesar de la cantidad de proyectiles que caían sobre él, llegó a nado sano y salvo[145] hasta los suyos, después de aquel golpe de audacia que, entre la posteridad, iba a alcanzar más fama
que credibilidad. Roma se mostró agradecida ante seme- 12
jante muestra de valor: se le levantó una estatua en el comicio, se le concedió todo el terreno que pudo rodear de
un surco en un día. En medio de los honores oficiales, 13
tuvieron también relevancia las muestras de afecto de los particulares, pues, siendo como era grande la escasez, cada ciudadano según la medida de sus posibilidades se privó de su propio alimento para llevarle algo.

Porsena, rechazado en su primer intento, cambió el **11**
plan de asalto a la ciudad por el de sitio; situó un destacamento en el Janículo y él estableció su campamento en el

---

[145] En esto difiere Livio de las demás versiones de la leyenda, prerromana, en que el héroe pierde un ojo (*cocles* «tuerto»).

2 llano a la orilla del Tíber. Hizo traer embarcaciones de todas partes para el bloqueo, a fin de no permitir, en absoluto, el transporte de trigo a Roma y para transportar tropas al otro margen del río a efectuar incursiones de pillaje en esta o en aquella zona, según se presentase la ocasión.
3 En poco tiempo volvió tan insegura la campiña romana, que todos los bienes campesinos e, incluso, el ganado fue trasladado al interior de la ciudad y nadie se atrevía a
4 sacarlo puertas afuera. Tan gran libertad de movimientos se la consintieron a los etruscos menos por miedo que por cálculo, pues el cónsul Valerio, a la espera de una ocasión para atacarlos de improviso cuando fueran muchos y estuvieran dispersos, no se preocupaba de castigar acciones de poca monta y se reservaba para una represalia seria en cir-
5 cunstancias de más largo alcance. Por eso, para atraer a los que se dedicaban al pillaje, comunicó públicamente a los suyos que, al día siguiente, debían salir en masa por la puerta Esquilina[146], la más alejada del enemigo, a apacentar el ganado. Estaba convencido de que los enemigos lo iban a saber, porque, debido al asedio y al hambre, se pro-
6 ducían deserciones de esclavos desleales. Efectivamente, se enteraron por los informes de un desertor y, en mucho mayor número que otras veces, como que esperaban lle-
7 varse el botín completo, cruzan el río. Publio Valerio da orden a Tito Herminio de apostarse; emboscado con unas tropas no muy numerosas, a dos millas en la carretera de Gabios; a Espurio Larcio le ordena situarse, con los jóvenes de infantería ligera, junto a la puerta Colina y dejar pasar al enemigo para cortarle, después, el paso a fin de
8 que no pueda regresar al río. El otro cónsul, Tito Lucrecio,

[146] En el lado este de Roma. La puerta Colina, en el ángulo nordeste. El monte Celio, cercano a la puerta Celimontana (ángulo sudeste). La puerta Nevia, en el lado meridional de la ciudad.

salió por la puerta Nevia con algunos manípulos de infantería; el propio Valerio desciende del monte Celio con unas cohortes escogidas que fueron las primeras que se ofrecieron a la vista del enemigo. Herminio, al sentir el estruendo 9
del choque, salió corriendo de su emboscada y cayó por la espalda sobre los etruscos que estaban vueltos en dirección a Lucrecio; gritos de respuesta le llegan por la izquierda, provenientes de la puerta Colina y, por la derecha, de la puerta Nevia. Los saqueadores fueron así rodea- 10
dos y exterminados, al no estar en igualdad de fuerzas para luchar y al tener la huida cortada en todas direcciones. Aquél fue para los etruscos el final de sus dilatadas incursiones.

Mucio Escévola. Clelia

Pero el asedio continuaba lo mismo, y 12
con él la escasez y enorme carestía del trigo, y Porsena tenía la esperanza de tomar la ciudad a base de prolongar el sitio. Entretanto, Gayo Mucio, joven 2
patricio, encontraba indignante que el pueblo romano durante su esclavitud, cuando estaba bajo los reyes, no hubiese sufrido asedio durante ninguna guerra ni por parte de enemigo alguno y que ese mismo pueblo, una vez libre, fuese sitiado por los mismos etruscos a cuyo ejército había derrotado repetidas veces. Por consiguiente, pensando en 3
vengar aquella vergüenza con alguna acción importante y audaz, en un primer momento decidió sin consultarlo con nadie introducirse en el campamento enemigo. Después, 4
ante el temor de que, si iba sin permiso de los cónsules y sin que nadie estuviese enterado, lo detuviesen, tal vez, los centinelas romanos y lo volviesen a traer como desertor —acusación que las condiciones en que entonces estaba la ciudad hacían muy verosímil—, se dirigió al senado. 5
«Quiero cruzar el Tíber, senadores —dijo— y entrar, si puedo, en el campamento enemigo, no en plan de saqueo o

pillaje ni para vengar sus rapiñas con otras: es una acción de mayor envergadura la que me propongo, con la ayuda de los dioses.» Los senadores dan su aprobación. Esconde un puñal entre sus ropas y se pone en camino.

6 Cuando llegó al campamento, se situó entre la multitud
7 que se apiñaba junto al tribunal[147] del rey. Se estaba pagando la soldada y había un secretario sentado al lado del rey y con una vestimenta muy parecida, muy ocupado, al cual los soldados se dirigían en masa. No atreviéndose a preguntar cuál era Porsena, por temor a que su desconocimiento del rey lo pusiese al descubierto, se pone en
8 manos del azar y mata al secretario en lugar del rey. Al escapar, acto seguido, abriéndose paso con su puñal ensangrentado por entre la multitud alborotada, la guardia del rey acudió corriendo atraída por los gritos, lo detuvo y lo volvió a llevar dejándolo ante el tribunal del rey. Incluso entonces, en una situación tan crítica, se mostró más temi-
9 ble que temeroso y dijo: «Soy ciudadano romano. Me llamo Gayo Mucio. He querido, como enemigo, matar a un enemigo y no tengo para morir menos coraje que el que tuve para matar: es virtud romana el actuar y el sufrir con
10 valentía. Y no soy yo el único en tener esta actitud hacia ti; es larga la serie de los que después de mí pretenden el mismo honor. Por consiguiente, prepárate, si te parece, para este riesgo, de suerte que a cada hora estés en vilo por tu vida y te encuentres el puñal de un enemigo hasta en el
11 vestíbulo de tu palacio. Ésta es la guerra que te ha declarado la juventud romana. No es un combate, no es una batalla lo que has de temer: la cuestión se ventilará entre ti

---

[147] En el campamento romano el *tribunal* era una elevación en la *uia principalis*, sobre la que se colocaba la *sella castrensis*, donde se sentaba el general para administrar justicia, arengar y distribuir la paga a los soldados.

solo y cada uno de nosotros.» Como el rey, encendido por 12
la cólera a la vez que aterrorizado por el peligro, lo amenazaba con dar orden de que lo rodeasen de llamas, si no aclaraba inmediatamente cuáles eran las asechanzas con
que lo amenazaba con medias palabras, contestó: «Mira, 13
para que te des cuenta de lo poco que importa el cuerpo para quienes tienen como mira la gloria», y pone su mano derecha sobre un brasero encendido para un sacrificio. La dejó quemarse como si no sintiese ni padeciese, y entonces el rey, atónito ante aquella especie de prodigio, abandonó su asiento de un salto y ordenó que apartasen al joven del
altar. «Márchate —dijo—, enemigo más osado para con- 14
tigo que para conmigo. Yo aplaudiría tu valor, si ese valor estuviese a favor de mi patria; pero al menos te eximo de las leyes de la guerra y te dejo marchar sin hacerte daño,
sin maltratarte.» Entonces, Mucio, como en reconoci- 15
miento a su generosidad, le dijo: «Ya que tú sabes honrar el valor, vas a obtener de mí con tu gesto lo que no pudiste obtener con amenazas: somos trescientos, lo más escogido de la juventud romana, los que nos hemos conjurado para
ir contra ti por este sistema. Me tocó a mí en suerte ser el 16
primero; los demás, cualquiera que sea la suerte de los anteriores, hasta que la suerte te ponga a su alcance, se irán presentando cada uno en su momento.»

Una vez que se marchó Mucio, al que desde entonces 13
se le dio el sobrenombre de Escévola[148] (el Zurdo) por la pérdida de la mano derecha, unos emisarios de Porsena lo
siguieron hasta Roma. El peligro que por primera vez 2
había corrido, del cual lo había salvado exclusivamente la equivocación de su agresor, y el tener que correr aquel

[148] *Scaeuola* es diminutivo de *scaeua* «la mano izquierda». Parece tratarse, en realidad, del castigo de G. Mucio por perjuro, caso en que se quemaba el brazo derecho, y de su heroísmo en sobrellevarlo.

riesgo tantas veces como conjurados quedasen, había
impresionado al rey de tal manera que, por propia inicia-
3 tiva, presentó a los romanos una propuesta de paz. Entre
las condiciones figuraba una ilusoria: el restablecimiento de
los Tarquinios en el trono; la había puesto más porque no
había podido negárselo a los Tarquinios, que por ignorar
4 que los romanos iban a decirle que no. Consiguió que se les
devolviera el territorio a los veyentes e impuso a los roma-
nos la obligación de entregar rehenes, si querían que fuese
evacuada la guarnición del Janículo. Se acordó la paz con
estas condiciones, y Porsena retiró sus tropas del Janículo
y desocupó el territorio romano [149].

5 El senado, para recompensar la valentía de Gayo
Mucio, le hizo donación de unos terrenos al otro lado del
Tíber, los cuales en adelante recibieron el nombre de Pra-
6 dos de Mucio. El conceder tales honores al valor trajo
como consecuencia el que también, en las mujeres, se des-
pertase el afán de alcanzar distinciones públicas. Clelia,
una doncella que formaba parte de los rehenes, al coincidir
que el campamento etrusco no se encontraba muy lejos de
la orilla del Tíber, burló a sus guardianes y, haciendo de
guía de todas las doncellas, cruzó el Tíber a nado en medio
de los proyectiles del enemigo, las condujo a todas ilesas a
7 Roma y las devolvió a sus familias. Cuando el rey tuvo
noticia de ello, en un principio montó en cólera y envió a
Roma a unos portavoces a reclamar a Clelia como rehén:
8 las otras no le importaban gran cosa. Después, pasando a
la admiración, decía que aquélla era una hazaña que supe-
raba a los Cocles y Mucios y declaraba abiertamente que,
así como si no se le entregaba al rehén daría por roto el
tratado, así también si se la entregaban la devolvería a los

---

[149] Queda difícilmente velada la realidad: una rendición sin condiciones, aunque los actos de heroísmo sirven de contrapunto.

suyos sin infligirle daño ni maltratarla. Por ambas partes 9
se mantuvo la palabra; los romanos devolvieron la prenda
de paz estipulada por el tratado y, por parte del rey
etrusco, el valor gozó no sólo de seguridad sino también de
honores: alabó a la muchacha y le dijo que le regalaba una
parte de los rehenes, que ella misma eligiese los que qui-
siera. Traídos todos a su presencia, eligió, dicen, a los que 10
aún eran niños, elección ésta digna de una muchacha y
merecedora de la aprobación unánime de los propios rehe-
nes, al ser liberados del enemigo los que por su edad esta-
ban más expuestos a ser ultrajados[150]. Restablecida la paz, 11
los romanos recompensaron aquel valor sin precedentes en
una mujer con un honor también sin precedentes: una esta-
tua ecuestre[151]; en lo alto de la vía Sacra fue colocada la
imagen de una doncella a caballo.

Con esta retirada tan pacífica del rey etrusco no encaja 14
muy bien la costumbre, tradicional desde la antigüedad
hasta nuestra época, de poner en venta los bienes del rey
Porsena[152], entre otras formalidades solemnes. Esta prác- 2
tica tuvo necesariamente que originarse durante la guerra,
sin que después fuese abandonada durante la paz, o des-
arrollarse a partir de un embrión más pacífico de lo que
parece indicar semejante fórmula de venta de los bienes de

---

[150] Se trataría de rehenes masculinos y femeninos entremezclados, como era costumbre. Quedarían los masculinos, de los que Clelia tuvo que seleccionar algunos escogiendo los impúberes, que corrían mayor peligro de ser ultrajados.

[151] De esta leyenda había muchas variantes; en alguna se decía que Clelia había huido a caballo, o que Porsena le había regalado un caballo. En la vía Sacra hubo una estatua ecuestre, destruida el año 30 a. C., posiblemente de una diosa, sobre la cual pudo elaborarse la leyenda.

[152] Una de las formalidades practicadas cuando se sacaba a subasta el botín de guerra correspondiente al Estado era la proclamación de esta fórmula, cuyo origen es discutido.

3 un enemigo. Según la tradición más verosímil, Porsena, al desalojar el Janículo, el abundante abastecimiento que tenía en su campamento gracias a los víveres traídos de los cercanos y fértiles campos etruscos se lo dejó a los romanos que, como consecuencia del prolongado asedio, estaban en
4 la indigencia; después, para evitar que aquellos bienes fuesen objeto del pillaje popular por ser de un enemigo, fueron puestos en venta bajo el nombre de «bienes de Porsena», fórmula expresiva más de agradecimiento por el obsequio que de subasta del patrimonio real, el cual, obviamente, no estaba en poder del pueblo romano.

5 Una vez hubo renunciado a la guerra con Roma, Porsena, para no dar la impresión de que había llevado inútilmente a su ejército a aquellas tierras, envió a su hijo
6 Arrunte con una parte de sus tropas a atacar Aricja. De momento el ataque inesperado conmocionó a los aricinos, pero, después, los refuerzos que les llegaron de los pueblos latinos y de Cumas [153] les infundieron tal confianza que se decidieron a medirse en campo abierto. Nada más entablado el combate, los etruscos cargaron con un ímpetu tan vertiginoso que con el simple choque dispersaron a los ari-
7 cinos; pero las cohortes de Cumas, recurriendo a la táctica frente a la fuerza, se hicieron ligeramente a un lado dejando pasar al enemigo en desorden, y, dando media vuelta, lo atacaron por la espalda. Cogidos, así, en medio los etruscos, que estaban al borde de la victoria, fueron
8 destrozados. Un reducido grupo, perdido su jefe, como no tenían un lugar de refugio más cercano, recalaron en Roma, sin armas, en el estado y con el aspecto del que

[153] Estaba Cumas situada en un enclave importante para el comercio en dirección a Etruria y, más tarde (*ca.* 500 a. C.), como mercado de grano. Hizo frente, con suerte diversa, a la presión expansiva de los etruscos. Sus relaciones con Roma pasaron por fases no esclarecidas aún.

viene a suplicar ayuda. Fueron bien recibidos y distribuidos en alojamientos particulares. Curados de sus heridas, 9
algunos marcharon a sus casas, haciéndose lenguas de los favores y la hospitalidad recibida; a muchos los retuvo en Roma el cariño hacia sus huéspedes y hacia la ciudad: a éstos se les asignó una zona de residencia que, desde entonces, se llamó barrio Etrusco[154].

Espurio Larcio y Tito Herminio y, después, Publio 15
Lucrecio y Publio Valerio Publícola fueron elegidos cónsules. Durante aquel año, Porsena envió por última vez una legación a pedir la reposición de Tarquinio en el trono. Se le respondió que el senado enviaría una embajada al rey e, inmediatamente, fueron enviados los senadores que gozaban de mayor consideración: no era porque no se pudiese 2
responder en pocas palabras que no se aceptaba a los reyes, la razón por la que preferían enviarle una delegación del senado en lugar de darles la respuesta en Roma a los que él había enviado, sino para que, definitivamente, se dejase de mencionar el tema, con el fin de que no se agriase la buena disposición recíproca que se manifestaba en tan grandes favores mutuos; lo que él pedía iba en contra de la libertad del pueblo romano, y Roma, si no quería franquear ella misma la entrada a su propia ruina, tenía que decirle que no a quien no quería negarle nada. Roma no era una 3
monarquía, sino un Estado libre; en su ánimo había calado la resolución de abrir antes sus puertas al enemigo que a los reyes; había un deseo unánime de que el final de la libertad en Roma fuese también el final de Roma. Por con- 4
siguiente, si quería que Roma estuviese a salvo, le rogaban que respetase su libertad. El rey, ganado por un senti- 5

[154] Iba desde el foro al Circo Máximo por el oeste del Palatino. Una explicación reciente del origen de su nombre hace referencia a que sus habitantes eran trabajadores venidos para la construcción del Capitolio.

miento de respeto, respondió: «Ya que ésa es vuestra decisión y es una decisión firme, yo no os voy a cansar presentándoos continua e inútilmente la misma demanda, ni voy a estar engañando a los Tarquinios ilusionándolos con una ayuda que no está en absoluto a mi alcance. Tanto si sus intenciones son belicosas como si son pacíficas, que busquen otro lugar para su exilio, para que nada enturbie
6 nuestras pacíficas relaciones.» A sus palabras unió unos hechos aún más amistosos: entregó los rehenes que le quedaban y devolvió el territorio de Veyos, que había perdido
7 Roma por el tratado del Janículo. Tarquinio, perdida toda esperanza de retorno, se exilió a Túsculo[155], a casa de su yerno Mamilio Octavio. La paz entre los romanos y Porsena quedó así asegurada.

Guerra con sabinos y auruncos. Inmigración a Roma de la «Gens Claudia»

16 Fueron cónsules Marco Valerio[156] y Publio Postumio. Este año hubo una guerra con los sabinos, con resultado satisfactorio; los cónsules obtuvieron el triunfo. A partir de entonces los sabinos
2 hacían mayores preparativos de guerra. Para hacerles frente y en previsión de un ataque proveniente de Túsculo, donde aunque no una declaración formal sí había barruntos de guerra, se nombró cónsules a Publio Valerio por
3 cuarta vez y a Tito Lucrecio por segunda. Una disensión surgida entre los sabinos, entre los partidarios de la guerra y los de la paz, vino a aportar a los romanos un refuerzo de
4 cierta consideración. En efecto, Atio Clauso, que después tomó en Roma el nombre de Apio Claudio, al verse presionado, él que era defensor de la paz, por los partidarios

---

[155] Cerca de Frascati. Era miembro de la Liga Latina de Diana en Aricia.

[156] Hermano de Publícola.

de la guerra y encontrarse en inferioridad frente a ellos,
emigró de Inregilo[157] a Roma seguido de gran número de
clientes. Se les concedió la ciudadanía y unas tierras al otro 5
lado del Anio; formaron la tribu llamada Claudia Antigua,
a la que más tarde se incorporaron nuevos miembros, pro-
cedentes del mismo territorio. Apio fue admitido en el
senado y no tardó mucho en llegar a ser uno de sus princi-
pales. Los cónsules, al frente del ejército en son de guerra, 6
partieron hacia el territorio sabino y, primero, devastando
y, después, con encuentros armados destrozaron el poten-
cial enemigo en tal medida que descartaron, para largo
tiempo, el temor a que por aquel lado hubiese una ruptura
de hostilidades; a continuación regresaron en triunfo a
Roma.

Publio Valerio, reconocido unánimemente como el 7
primero de los generales y de los políticos, muere al año
siguiente, bajo el consulado de Menenio Agripa y Publio
Postumio, en la cumbre de la gloria, en una carencia tal de
recursos personales que no alcanzaban para sufragar los
gastos de sus funerales; corrieron éstos a cargo del Estado.
Las matronas le guardaron luto lo mismo que a Bruto.
Aquel mismo año dos colonias latinas, Pomecia y Cora[158], 8
se pasan a los auruncos[159]. Se entró en guerra con los
auruncos y, después de derrotar a un enorme ejército que
había acudido lleno de coraje a cortar a los cónsules la
entrada en su territorio, toda la guerra aurunca se concen-
tró en Pomecia. La carnicería no fue menor después de la 9
batalla que durante la misma: hubo muchos más muertos
que prisioneros, y los prisioneros fueron masacrados a

---

157 ¿Confusión con Regilo?

158 Cora (Cori) estaba hacia el noroeste de los montes Volscos. Era miembro de la Liga Latina de Aricia.

159 Tribu de los oscos que habitaba la parte sur de los Volscos.

mansalva; ni siquiera los rehenes, que habían sido recibidos
en número de trescientos, se libraron de las iras de la gue-
rra. También este año hubo entrada triunfal en Roma.
17 Los cónsules siguientes, Opiter Verginio y Espurio
Casio, atacaron Pomecia, primero, a viva fuerza y, des-
2 pués, con manteletes y otras obras de asedio. Los auruncos
hicieron una salida contra ellos, impulsados más por un
odio ya insaciable que por abrigar esperanza alguna o por
ser favorable la ocasión; irrumpieron en mayor número
provistos de fuego que de armas, sembrando muerte y lla-
3 mas por todas partes. Incendiaron los manteletes, hirieron
y mataron gran cantidad de enemigos; incluso a uno de los
cónsules —los historiadores no aclaran a cuál de los dos—
lo derribaron del caballo gravemente herido y poco faltó
4 para que le dieran muerte. Volvió el ejército a Roma des-
pués de aquel revés llevando gran número de heridos, entre
ellos el cónsul sobre cuya vida no había muchas esperan-
zas. Transcurrido un corto espacio de tiempo, el suficiente
para curar las heridas y cubrir las bajas con nuevos efecti-
vos, se volvió a la carga sobre Pomecia con un furor más
5 encendido y unas fuerzas acrecentadas. Una vez que se
rehicieron los manteletes y las otras obras y se estaba ya
en situación de que las tropas escalasen las murallas, se
6 produjo la capitulación. Por lo demás, los auruncos no
recibieron en absoluto mejor trato al rendirse la plaza
que si hubiese sido tomada al asalto; sus hombres prin-
cipales fueron decapitados, los demás habitantes de la co-
lonia fueron vendidos como esclavos, la ciudad fue demo-
7 lida, sus tierras vendidas. Los cónsules, en razón más del
rigor con que tomaron la revancha que de la importancia
de la guerra llevada a cabo, recibieron los honores del
triunfo.

Coalición contra Roma. Institución de la dictadura. Batalla del lago Regilo

El año siguiente tuvo por cónsules a 18
Póstumo Cominio y Tito Largio. Aquel 2
año, en Roma, durante los juegos unos jóvenes sabinos, desenfrenados, se llevaron a la fuerza a unas prostitutas; se produjo un revuelo y una reyerta que estuvo a punto de convertirse en un combate. Por tal incidente de escasa importancia la situación tenía visos de verse abocada a una
nueva guerra. Por añadidura, se tenía la certeza de que 3
treinta pueblos, instigados por Octavio Mamilio, se habían coaligado[160].

Alarmada la ciudad ante la expectativa de aconteci- 4
mientos de tal gravedad, surgió por primera vez la idea de nombrar un dictador[161]. Pero no hay acuerdo ni en qué año, ni quiénes eran los cónsules, que no inspiraban mucha confianza por considerárselos del partido de los Tarquinios —pues incluso este detalle se cuenta—, ni quién fue el
primer dictador. Sin embargo me encuentro con que, según 5
los historiadores más antiguos, Tito Largio fue el primer dictador y Espurio Casio el primer jefe de la caballería. Escogieron a dos excónsules: lo exigía así la ley sobre el
nombramiento de dictador. Por eso, me inclino más a creer 6
que les fue asignado a los cónsules como árbitro y consejero Largio, que había sido cónsul, antes que Manio Vale-

[160] La Liga política de los latinos (que era distinta de su comunidad religiosa) era impulsada por Aricia y Túsculo. Según Catón, sus miembros eran seis, muy al principio (antes de la incorporación de Roma). En el año 338 quedaban trece miembros; en algún momento llegaron a ser 30 (cuando el tratado de Espurio Casio, según Dionisio de Halicarnaso), y esto dio a la Liga un nombre que perduró incluso cuando disminuyó la cifra.

[161] La dictadura fue una institución republicana, no la evolución de un precedente monárquico. El *dictator*, en un principio, debió de llamarse *magister populi*. Su creación debió de obedecer a necesidades no políticas sino militares. Probablemente, el primer dictador lo fue en el año 497 a. C.

rio[162], hijo de Marco y nieto de Voleso, que no había sido
7 cónsul aún. Realmente, si su intención hubiera sido escoger al dictador precisamente en aquella familia, hubieran elegido con mucha mayor razón al padre, Marco Valerio, hombre de reconocida valía y que había desempeñado el consulado.

8 Una vez nombrado el primer dictador de Roma, cuando la plebe vio que iba precedido por las hachas[163], la asaltó un profundo temor, de suerte que estaba más atenta a obedecer sus mandatos. Y es que no cabía, como en el caso de los cónsules, que tenían el mismo poder, recurrir a otro del mismo rango ni apelar al pueblo, ni quedaba más
9 recurso que una escrupulosa obediencia. También a los sabinos los atemorizó la creación de un dictador en Roma, tanto más cuanto que se suponía que eran ellos la causa de tal medida; por eso envían una embajada para tratar la
10 paz. Al pedir ésta al dictador y al senado que fuesen indulgentes con una inconsciencia juvenil, se le respondió que se puede perdonar a unos muchachos, pero no a unos hombres hechos y derechos que empalman una guerra con otra.
11 Hubo, sin embargo, conversaciones de paz, y hubieran cuajado, si los sabinos hubieran consentido en indemnizar los gastos que habían ocasionado los preparativos de guerra, cosa que se les reclamó. La guerra fue declarada, pero una tregua tácita mantuvo la calma durante un año.

19 Fueron cónsules Servio Sulpicio y Manio Tulio[164]: nada se hizo que merezca ser reseñado. Siguieron Tito
2 Ebucio y Gayo Vetusio[165]. Durante su consulado, Fidenas

---

[162] Hijo de Marco Valerio, cónsul el 505.

[163] Después de la ley Valeria, los cónsules no llevaban los *fasces* ni la segur en el interior de la ciudad; pero sí el dictador (que llevaba 24 *fasces*), pues tenía el derecho de vida y muerte, y no cabía apelación.

[164] CICERÓN (*Brutus* 62) lo califica de patricio, pero pudo ser plebeyo.

[165] Forma arcaica de Veturio.

fue sitiada y Crustumeria tomada; Preneste[166] se pasó de
los latinos a los romanos, y ya no se pudo aplazar por más
tiempo la guerra con los latinos, que se veía venir cada vez
más desde hacía algunos años. Aulo Postumio, dictador, y 3
Tito Ebucio, jefe de la caballería, partieron al frente de
numerosas tropas de infantería y de caballería y encontra-
ron a la columna enemiga junto al lago Regilo[167], en terri-
torio de Túsculo. Al oír que los Tarquinios formaban parte 4
del ejército latino, la ira les impidió contenerse y entabla-
ron combate de inmediato. Consiguientemente, la batalla 5
fue más tremenda y encarnizada que cualquier otra. Los
generales no se limitaron a dirigir la acción, sino que parti-
ciparon en ella personalmente y entablaron combates sin-
gulares, y casi ninguno de los jefes de uno u otro bando, a
excepción del dictador romano, salió ileso de la batalla.
Contra Postumio, que alentaba y organizaba a sus hom- 6
bres en primera línea, lanzó furiosamente su caballo Tar-
quinio el Soberbio, a pesar de encontrarse en inferioridad
en edad y fuerzas; Postumio recibió una herida en el cos-
tado, siendo puesto a salvo por los suyos que acudieron
con toda rapidez. También, en la otra ala, Ebucio, el jefe 7
de la caballería, cargó sobre Octavio Mamilio; su movi-
miento no pasó desapercibido al general tusculano, y tam-
bién él espoleó a su caballo en dirección contraria: fue tal 8
el impulso que traían, lanza en ristre, que Ebucio resultó
con un brazo atravesado y Mamilio herido en el pecho.
Los latinos retiraron a éste a segunda línea y Ebucio, al no 9
poder sostener un arma con su brazo herido, abandonó el

---

[166] Preneste (Palestrina) fue uno de los treinta pueblos que suscribieron el tratado latino. Estaba a cerca de 40 kilómetros de Roma, en la frontera entre las civilizaciones sabina y etrusca.

[167] La épica batalla del lago Regilo debió de desarrollarse en la actual zona desecada llamada Pantano Secco, a 3 kilómetros al norte de Frascati. Lo más probable es que ocurriese el 496 a. C.

10 campo de batalla. El general latino, sin impresionarse lo
más mínimo por su herida, anima el combate y, al ver a los
suyos desbaratados, hace avanzar al batallón de los exilia-
dos romanos que estaba a las órdenes del hijo de Lucio
Tarquinio. Éstos, peleando con un coraje redoblado por la
pérdida de sus bienes y de su patria, restablecieron por un
tiempo la lucha.

20 Comenzaban a perder terreno los romanos por aquel
lado cuando Marco Valerio, hermano de Publícola, viendo
al joven Tarquinio que audazmente hacía ostentación de su
presencia al frente de los exiliados, y enardecido por la glo-
2 ria de su familia a la que cabía el honor de haber expul-
sado a los reyes, con el fin de que le cupiese también el de
haberles dado muerte pica espuelas a su caballo y se aba-
3 lanza sobre Tarquinio lanza en ristre. Tarquinio, ante el
acoso de su enemigo, retrocedió a las filas de los suyos. La
temeridad de Valerio lo impulsa contra las líneas de los
exiliados y alguien lo ataca de costado y lo atraviesa; el
caballo, pese a la herida del jinete, no pierde velocidad y el
romano moribundo cayó poco a poco a tierra y sus armas
4 sobre él. El dictador Postumio, cuando advirtió que seme-
jante guerrero había caído, que los exiliados cargaban a la
carrera con gran coraje y que los suyos eran rechazados y
5 perdían terreno, da orden a su batallón, tropa escogida que
lo rodeaba como guardia personal, de que a todo aquel de
los suyos que vean huir lo traten como a enemigo. Ante tal
disyuntiva los romanos que huían se volvieron contra el
6 enemigo y se rehizo el frente. El batallón del dictador entró
entonces en combate; intactas sus fuerzas y su moral caen
7 sobre los exiliados, presa de fatiga, y los destrozan. En
aquella circunstancia se trabó un nuevo combate entre
jefes. El general latino, al ver el batallón de los exiliados
prácticamente rodeado por el dictador romano, toma algu-
nos manípulos de las fuerzas de reserva y se lanza a pri-

mera línea. El lugarteniente Tito Herminio, al verlos venir 8
en columna y reconocer entre ellos a Mamilio, que resal-
taba por su uniforme y por sus armas, lanzó contra el
general enemigo un ataque más violento que el que había
lanzado, hacía poco, el jefe de la caballería, y al primer 9
choque le atravesó el costado a Mamilio y le dio muerte; en
cuanto a él, mientras despojaba el cadáver de su enemigo
fue alcanzado por un dardo, fue trasladado como vencedor
al campamento y murió cuando se le practicaban los pri-
meros auxilios. Entonces, el dictador corre hacia la caba- 10
llería y la conmina a que, puesto que la infantería está ya
agotada, desmonte y tome parte en la lucha. Obedientes a
la orden, desmontan de un salto, corren a la vanguardia y
en primera línea forman una barrera con sus escudos
redondos. Automáticamente cobran aliento las fuerzas de 11
infantería al ver a los soldados escogidos compartir a su
lado la manera de luchar y el peligro. Solamente entonces
fueron rechazados los latinos y, desbaratadas sus líneas,
retrocedieron. Se le trajeron a la caballería las monturas 12
para que pudiesen perseguir al enemigo; la infantería, a su
vez, fue detrás. Entonces el dictador, para no dejar de lado
ninguna clase de ayuda, divina ni humana, prometió,
dicen, un templo a Cástor [168] y anunció recompensas para
los soldados que entrasen el primero y el segundo en el
campamento enemigo; fue tal el ardor de los romanos que 13
con el mismo empuje con que derrotaron al enemigo toma-
ron su campamento. Éste fue el tenor de la batalla del lago
Regilo. El dictador y el jefe de la caballería regresaron en
triunfo a Roma.

---

[168] Los Dioscuros Cástor y Pólux eran, desde muy antiguo, los protectores de la caballería romana.

Muerte de Tarquinio que hace variar la situación de la plebe. Alianza con el Lacio

21 Durante el trienio siguiente no se
estuvo, propiamente, en paz ni en guerra.
Fueron cónsules Quinto Clelio y Tito
Larcio, después Aulo Sempronio[169] y
2 Marco Minucio. Durante este consulado
se dedicó el templo de Saturno[170] y se
instituyó la festividad de las Saturnales. A continuación
fueron elegidos cónsules Aulo Postumio y Tito Verginio.
3 Veo que, según algunos historiadores, la batalla del
lago Regilo habría tenido lugar seguramente ese año; Aulo
Postumio, por no merecerle confianza su colega, habría
dimitido como cónsul, después habría sido nombrado dic-
4 tador. Hay tal incertidumbre en la fijación de las fechas, al
ordenar las diversas fuentes de manera distinta la lista de
magistrados, que no puede uno determinar de manera
ordenada qué cónsules sucedieron a qué otros, ni qué acon-
tecimientos ocurrieron en qué año, al quedar tan atrás no
sólo los hechos, sino los mismos historiadores.
5 A continuación fueron cónsules Apio Claudio y Publio
Servilio. Ese año es destacable por la noticia de la muerte
de Tarquinio. Murió en Cumas, donde se había refugiado,
después del resquebrajamiento del poderío latino, en la
6 corte del tirano Aristodemo. Esta noticia provocó la eufo-
ria del senado, la euforia de la plebe; pero para los senado-
res fue ésta una alegría más allá de toda moderación, y la
plebe, a la que hasta ese día se había tratado con la mayor
consideración, comenzó a ser objeto de injusticias por
7 parte de los poderosos. Ese mismo año la colonia de Sig-

[169] Discutidos, sospechosos de interpolación, este consulado de Aulo Sempronio y el de 34, 7.

[170] Al pie del Capitolio. Destinado al erario público. Atribuida a distintos personajes su construcción, comenzando por Tulo Hostilio. La festividad de las Saturnales se celebraba el 19 de diciembre, y en el año 217 a. C. pasó a durar tres días.

nia, enviada por Tarquinio cuando era rey, fue completada con el envío de una nueva remesa de colonos. En Roma se formaron veintiuna tribus[171]. El templo de Mercurio fue dedicado el 15 de mayo.

22 Con los volscos, durante la guerra con los latinos, no se había estado en paz ni en guerra, pues los volscos habían preparado tropas de refuerzo para enviarlas a los latinos, si no se hubiera dado prisa el dictador romano, y éste se dio prisa para no tener que combatir, en la misma confrontación, contra latinos y volscos. Irritados por esta circuns- 2
tancia, los cónsules invadieron con sus legiones el territorio volsco. A los volscos, que no temían una represalia por un simple proyecto, la medida les causó sorpresa y desconcierto; sin pensar en ofrecer resistencia armada, entregan como rehenes a trescientos hijos de las familias más importantes de Cora y de Pomecia. Así, sin combatir, las legiones fueron retiradas del país. No mucho después, los vols- 3
cos, liberados de sus temores, volvieron a ser los que eran: de nuevo preparan en secreto la guerra, tomando a los hérnicos como aliados de armas. Envían, incluso, embajadores 4
en todas direcciones a sublevar el Lacio; pero la derrota sufrida recientemente junto al lago Regilo hizo que ni siquiera los embajadores se libraran de la violencia de los latinos, por la ira y la aversión que sentían hacia cualquiera que les hablase de guerra: apresaron a los volscos y los condujeron a Roma, donde los entregaron a los cónsules y denunciaron los preparativos de guerra contra los romanos por parte de volscos y hérnicos. Sometido el asunto al 5
senado, quedó éste tan agradecido, que devolvió a los latinos seis mil prisioneros de guerra, y en cuanto a la alianza que les había sido negada casi a perpetuidad, se remitió el

171 Cuatro urbanas, dieciséis rústicas, y la Claudia o Crustumina de 16, 5.

6 tema a los nuevos cónsules. Entonces, los latinos se alegraron de lo que habían hecho; los partidarios de la paz vivieron días de inmensa gloria. Envían una corona de oro como presente a Júpiter Capitolino. Acompañando a la delegación que traía la ofrenda acudió una desbordante multitud muy numerosa de prisioneros que habían sido
7 devueltos a los suyos. Se dirigen a los domicilios de aquellos a cuyo servicio habían estado, les dan las gracias por haber sido tratados y cuidados con generosidad durante su desgracia y se unen a ellos por los lazos de la hospitalidad. Nunca hasta entonces habían sido tan estrechas las relaciones, tanto públicas como privadas, entre el pueblo latino y el imperio romano.

Aparición del problema de las deudas: reacción de la plebe

23 Pero la guerra con los volscos era inminente y, por otra parte, la ciudad, enfrentada consigo misma, estaba encendida por el odio intestino entre senadores y plebeyos, debido sobre todo al esclavi-
2 zamiento por las deudas[172]. Protestaban con indignación de luchar en el exterior por la libertad y el imperio, y estar en el interior convertidos en esclavos y oprimidos por sus conciudadanos; de que la libertad de la plebe estaba más a salvo en la guerra que en la paz, entre enemigos que entre compatriotas. Aquella animosidad, que por sí sola iba tomando cuerpo, se vio avivada por la desgracia hiriente de
3 un individuo. Un hombre de edad avanzada se precipitó en el foro llevando sobre sí las señales de todos sus sufrimientos: sus ropas estaban cubiertas de mugre, y más desagradable aún era el aspecto de su cuerpo consumido, lívido y
4 macilento; por si esto fuera poco, lo largo de su barba y

---

[172] El deudor que no devolvía un préstamo en el plazo previsto quedaba obligado a compensar a su acreedor con su trabajo personal, aunque técnicamente no era un esclavo, era un *nexus*.

cabellos había dado a su rostro una expresión salvaje. Desfigurado como estaba, se le reconocía, sin embargo, y se decía que había mandado una centuria y se enumeraban otros brillantes hechos de armas, compadeciéndolo todo el mundo; él mismo mostraba las cicatrices recibidas dando cara al enemigo, como testimonio de haber peleado honrosamente en más de una ocasión. Al preguntarle por qué 5
tenía aquel aspecto, por qué estaba tan desfigurado, como lo rodeaba una multitud a manera casi de una asamblea del pueblo, dijo que, mientras él estaba en el frente en la guerra contra los sabinos, sus tierras habían sido devastadas y no sólo se había quedado sin cosecha, sino que su granja había sido incendiada, sus bienes todos saqueados, su ganado robado; en esa racha tan desafortunada para él, se le habían reclamado los impuestos y había contraído una deuda; ésta, incrementada por los intereses, le había hecho 6
quedarse, primero, sin la tierra de su padre y de su abuelo, después sin los demás bienes y, finalmente, como si fuera una enfermedad contagiosa, había alcanzado su cuerpo, y su acreedor lo había arrojado no a la esclavitud, sino a una mazmorra y a una cámara de tortura. Acto seguido, mos- 7
traba la espalda hecha una lástima por las huellas recientes de los azotes. Al verlo y escucharlo se eleva un enorme griterío. La agitación no se circunscribe al foro, sino que se extiende en todas direcciones por la ciudad entera. Los 8
deudores, cubiertos o no de cadenas, se lanzan a la calle por todas partes pidiendo protección a los ciudadanos. No hay rincón donde no se encuentre un voluntario para unirse a la revuelta. Por todas partes numerosos grupos vociferantes corren por todas las calles en dirección al foro. Los senadores que incidentalmente se encontraban en el 9
foro corrieron un grave peligro al caer en medio de aquella multitud y, sin duda, hubieran sido objeto de agresión 10
física, de no ser por la pronta intervención de los cónsules

Publio Servilio y Apio Claudio en orden a reprimir la revuelta. La multitud, vuelta hacia ellos, exhibía sus cade-
11 nas y todas sus miserias: decían que esto era lo que habían ganado, renegando de las campañas militares en que habían tomado parte, unos, en un sitio y, otros, en otro; pedían, en tono más de amenaza que de ruego, que convocasen al senado. Rodean la curia con la intención de ser ellos los árbitros, los moderadores de las deliberaciones
12 públicas. Los cónsules reunieron a los senadores que pudieron encontrar, un número muy reducido; a los demás, el miedo los mantenía alejados no ya de la curia, sino incluso del foro, y no podía hacer nada el senado por falta
13 de asistencia. Entonces, la muchedumbre empezó a pensar que se burlaban de ella, que estaban ganando tiempo y que la ausencia de senadores no era casual, no se debía al miedo, sino que estaban ausentes para bloquear el asunto, y que los propios cónsules andaban con subterfugios, y que, sin lugar a dudas, sus desgracias eran tomadas a
14 broma. Se estaba ya a un paso de que ni siquiera la majestad consular pudiese contener la irritación del pueblo, cuando, al fin, los que dudaban si corrían mayor peligro esperando o acudiendo, se presentan en el senado. La curia contaba, al fin, con asistencia suficiente, pero ni siquiera los propios cónsules, no ya los senadores, eran capaces de
15 ponerse de acuerdo. Apio, hombre de natural vehemente, opinaba que había que tratar el problema haciendo uso de la autoridad consular: deteniendo a uno o dos, los demás se estarían quietos; Servilio, más dado a soluciones moderadas, estimaba que era más seguro y más fácil doblegar la revuelta que quebrarla.

24 Entretanto surge otro motivo de alarma más serio: unos jinetes latinos llegan al galope con una noticia que siembra la confusión: los volscos, con un ejército en son de guerra, se acercan para atacar Roma. Esta noticia —hasta ese

extremo la discordia había dividido en dos a la población— afectó de manera bien distinta a los senadores y a la plebe.
La plebe saltaba de gozo; decía que eran los dioses que 2
acudían a vengar el orgullo de los patricios; se animaban unos a otros a no alistarse: mejor morir con todos que ellos solos; que los patricios hiciesen el servicio militar, que los patricios empuñasen las armas, para que los peligros de la guerra correspondiesen a quienes sacaban provecho de
ella. Pero el senado, bien al contrario, abatido y asustado 3
por el temor que le inspiraban, por una parte, los ciudadanos y, por otra, el enemigo, rogaba al cónsul Servilio, cuya manera de ser caía mejor al pueblo, que sacase adelante a
la patria cercada por tan graves amenazas. Entonces el 4
cónsul levanta la sesión y se presenta a la asamblea del pueblo. Ante ella expone que el senado está preocupado porque se atienda a la plebe, pero que las deliberaciones sobre aquel sector, el más considerable sin duda, pero al cabo un sector tan sólo de la ciudadanía, han sido interrumpidas por el peligro que corre la nación entera; que ni 5
es posible, cuando el enemigo está casi a las puertas, dar prioridad a nada que no sea la guerra, ni, en caso de verse aliviada su condición, sería honroso para la plebe no empuñar las armas para defender a la patria a no ser que antes recibiese la recompensa, ni sería muy digno por parte del senado aliviar la penosa condición de sus conciudadanos por temor, antes que por buena voluntad un poco más
adelante. Para dar credibilidad a su discurso, publicó un 6
edicto que prohibía tener encadenado o en prisión a un ciudadano romano de forma que no se le diese posibilidad de alistarse ante los cónsules, y prohibía tomar o vender los bienes de un soldado mientras estuviese en campaña, así
como retener a sus hijos o a sus nietos[173]. Publicado este 7

[173] Los hijos y nietos podían verse obligados a pagar por sus padres o abuelos.

edicto, los deudores que estaban presentes se alistan inmediatamente y, desde todos los puntos de la ciudad, se escapan de las casas, al no tener ya el acreedor derecho a retenerlos, y se apelotonan en el foro para prestar el juramento
8 militar. Formaron un contingente considerable que se significó más que nadie durante la guerra con los volscos por su valentía y sus acciones. El cónsul pone en marcha las tropas en dirección al enemigo y acampa a poca distancia del mismo.

Exterior: campañas contra volscos, sabinos y auruncos. Interior: reaparece el problema de las deudas

25 A la noche siguiente los volscos, confiados en las disensiones de los romanos, por si pueden provocar alguna deserción nocturna o alguna traición, hacen una tentativa incluso contra el campamento. Los centinelas los descubrieron y el ejército fue alertado; se dio la señal y corrieron a las armas; de
2 esta manera la tentativa de los volscos fracasó. El resto de la noche lo dedicaron al descanso uno y otro bando. Al día siguiente los volscos rellenan los fosos y atacan la empali-
3 zada. Estaba ya arrancada por los cuatro costados y el cónsul, a pesar de que todos y de manera especial los deudores pedían a gritos que diera la señal de combate, la hizo esperar algún tiempo para poner a prueba el coraje de sus tropas; cuando ya no le quedó duda de que estaban enardecidas a fondo, da por fin la señal de ataque y lanza a sus
4 hombres ansiosos de combate. Inmediatamente, al primer choque el enemigo fue rechazado; cuando emprendió la fuga, la infantería lo persiguió tan lejos como le fue posible acuchillando sus espaldas; la caballería los acorraló empavorecidos, hasta el campamento. Al poco tiempo el propio campamento, rodeado por las legiones y abandonado a su vez por los volscos aterrorizados, fue tomado y saqueado.
5 Al día siguiente las legiones marchan sobre Suesa Pomecia, donde se había refugiado el enemigo; en pocos días la plaza

es tomada y entregada al saqueo, merced al cual los soldados indigentes se rehicieron un poco. El cónsul, en la cum- 6
bre de su gloria, lleva de nuevo al ejército victorioso a Roma. Cuando está en camino, lo aborda una delegación de los volscos de Écetra[174], preocupados por su situación tras la toma de Pomecia. Se les concedió la paz mediante un senadoconsulto, pero se les quitaron tierras.

Bien pronto, también los sabinos alarmaron a los 26
romanos, pues en realidad se trató más de una alarma que de una guerra. En plena noche llegó a Roma la noticia de que un ejército sabino, en plan de pillaje, había llegado hasta el río Anio; que allí saqueaba a mansalva e incendiaba las granjas. Inmediatamente se envió con todas las 2
fuerzas de caballería a Aulo Postumio, el que había sido dictador durante la guerra latina; tras él marchó el cónsul Servilio con un contingente de infantería escogida. La 3
caballería rodeó a los enemigos, desperdigados en su mayoría, y cuando llegó la columna de infantería, las tropas sabinas no ofrecieron resistencia. Agotados por la marcha y por el pillaje nocturno, repletos muchos de ellos de comida y de vino en las granjas, apenas tuvieron las fuerzas necesarias para huir.

Después de haberse anunciado y terminado en una sola 4
noche la guerra sabina, al día siguiente, en medio de firmes esperanzas de una paz generalizada, una delegación de los auruncos se dirige al senado presentando una declaración de guerra, si no se pone fin a la ocupación del territorio volsco. Al mismo tiempo que los delegados, el ejército de 5
los auruncos se había puesto en marcha; la noticia de que había sido visto no lejos ya de Aricia provocó tal conmoción en Roma, que ni el senado pudo tener una delibera-

[174] Capital de los volscos, cerca de los ecuos, identificada con Piano della Cirità, en las montañas, a unos 40 kilómetros de Roma. Las murallas descubiertas podrían datar del siglo v a. C.

ción en regla ni pudieron responder con serenidad a quienes ya empuñaban las armas, cuando las estaban tomando
6 ellos a su vez. Una columna en orden de combate marcha sobre Aricia; a escasa distancia de esta población se produce el choque con los auruncos, y en un solo combate se terminó la guerra.

27 Derrotados los auruncos, los romanos, vencedores en tantas guerras en el espacio de unos pocos días, esperaban el cumplimiento de las promess hechas por el cónsul y garantizadas por el senado, cuando Apio, debido al despotismo innato de su carácter unido al deseo de socavar la credibilidad de su colega, se puso a dictar unas sentencias lo más rigurosas que podía en materia de deudas. Seguidamente los antiguos deudores eran entregados a sus acreedores, y otros nuevos eran declarados deudores.
2 Cuando esto le ocurría a algún antiguo soldado, apelaba a su colega (en el consulado). Corrían a agruparse ante Servilio: le recordaban sus promesas; le echaban en cara uno tras otros sus méritos de guerra y las heridas que habían recibido; le exigían que sometiese la cuestión al senado o que, como cónsul, protegiese a sus ciudadanos, y, como
3 general, a sus soldados. Todo esto conmovía al cónsul, pero las circunstancias lo obligaban a no intervenir abiertamente: tan a fondo se había comprometido con la causa contraria no sólo su colega, sino todo el partido de la nobleza. Manteniendo así la neutralidad, ni se libró del
4 resentimiento de la plebe ni se ganó el favor del senado: los senadores lo consideraban un cónsul sin energía y un demagogo, la plebe un embaucador, y al poco tiempo quedó claro que su impopularidad había igualado a la de
5 Apio. Había entre los cónsules una pugna sobre cuál de ellos iba a dedicar el templo de Mercurio[175]. El senado se

[175] Hecho señalado ya en 21, 7, duplicidad sobre la que se barajan diversas hipótesis: enfoque del mismo hecho desde el ángulo plebeyo;

inhibió de la cuestión a favor del pueblo: aquel de ellos al
que por decisión popular le fuese encomendada la dedica-
ción sería el intendente del aprovisionamiento de víveres,
organizaría un gremio de comerciantes[176] y sería facultado
para la celebración del culto en calidad de pontífice. El 6
pueblo encomienda la dedicación del templo a Marco
Letorio, centurión primipilo[177], lo cual se veía a simple
vista que lo hacía no tanto para honrarlo a él, al encomen-
darle una misión superior a su categoría, como para afren-
tar a los cónsules. De ahí que inevitablemente se acentuara 7
la dureza de uno de los cónsules y del senado. Pero la plebe
había cobrado confianza y seguía un camino muy distinto
al que había emprendido la primera vez: en efecto, al no 8
esperar ayuda de los cónsules ni del senado, cada vez que
veía que un deudor era entregado a la justicia, llegaba
corriendo de todas direcciones; no se podía oír la sentencia
del cónsul a causa del ruido y de los gritos, y una vez dic-
tada, nadie obedecía. Se recurría a la violencia, y los temo- 9
res de toda especie y el riesgo de perder la libertad pasaban
de los deudores a los acreedores, toda vez que cada uno de
éstos, a la vista del cónsul, era objeto de malos tratos por
parte de un grupo. A esto vino a sumarse la amenaza de una 10
guerra con los sabinos; salió un decreto de alistamiento y
nadie se apuntó, montando en cólera Apio y acusando de
demagogia a su colega, que con su silencio encaminado a
granjearse popularidad traicionaba el interés público, y al
hecho de no dictar sentencias en materia de deudas venía a

invención, siglos más tarde, de un M. Letorio, y asignación de un rol buscando orígenes familiares...

[176] En rigor, la organización de gremios no era inseparable del mantenimiento de algún culto particular. El gremio era una asociación secular, y era secundaria su relación con el culto, de Mercurio en el caso de los comerciantes.

[177] Que mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte.

añadir el no efectuar siquiera el reclutamiento ordenado por
11 el senado; que, sin embargo, el Estado no estaba desasistido por completo ni caída por los suelos la autoridad consular; que él solo se bastaba para salvaguardar la majestad del
12 senado y la suya. Como se hallaba en torno suyo, igual que todos los días, una multitud en la que había prendido la anarquía, dio orden de echar mano a un individuo significado como agitador. Éste, cuando los lictores ya se lo llevaban, manifestó que apelaba; el cónsul no hubiese cedido ante la apelación —porque no cabían dudas sobre cuál iba a ser la decisión del pueblo—, si no hubiesen vencido su empecinamiento, no sin gran dificultad, los consejos y el ascendiente de los nobles, más que el clamor popular: hasta
13 tal punto le sobraba valor para desafiar su odio. A partir de entonces el mal empeoraba de día en día, no sólo por las manifestaciones declaradas, sino también, lo cual era mucho más grave, por movimientos sediciosos y conciliábulos secretos. Al fin, los cónsules objeto de la animosidad de la plebe dejan el cargo: Servilio, mal visto por unos y por otros; Apio, con enorme aceptación entre el senado.

28 A continuación entran en funciones de cónsul Aulo Verginio y Tito Vetusio. Entonces la plebe, no sabiendo a ciencia cierta qué clase de cónsules iba a tener, celebraba reuniones nocturnas, parte en las Esquilias y parte en el Aventino, para no tener que tomar, deprisa y corriendo, en el foro, decisiones improvisadas ni actuar en todo sin
2 rumbo y al azar. Los cónsules, considerando esta situación como peligrosa —y, efectivamente, lo era—, informan de ella al senado, pero no hubo posibilidad de una deliberación regular sobre tal informe: tan intenso fue el alboroto y los gritos de indignación de todos los senadores con que fue recibido, por si los cónsules querían hacer recaer sobre el senado la impopularidad de unas medidas que debían ser
3 tomadas por la autoridad consular; con toda seguridad, si

la república tuviera verdaderos magistrados, no habría en
Roma más asambleas que las oficiales; pero ahora, al cele-
brarse unas reuniones en las Esquilias y otras en el Aven-
tino, el Estado se encuentra disgregado y fragmentado en
mil senados y asambleas del pueblo. Un solo hombre de 4
verdad —pues ello es algo más que un cónsul—, como lo
fue Apio Claudio, hubiera disuelto al instante aquellas
reuniones. Increpados de esta manera los cónsules, pregun- 5
taron qué era entonces lo que querían que hiciesen, pues
estaban dispuestos a actuar con el despliegue de actividad y
energía que el senado quería. El senado dispone que lleven
a cabo una leva rigurosísima, que el estar sin hacer nada
vuelve a la plebe revoltosa. Levantada la sesión, los cónsu- 6
les suben a su tribunal[178]; llaman por su nombre a los
mozos. Nadie responde cuando citan su nombre, y la mul-
titud, situada en torno a ellos, toma el aspecto de una
asamblea y dice que no es posible seguir burlándose de la
plebe; que no tendrán jamás ni un solo soldado si no se 7
cumplen los compromisos oficialmente contraídos; que hay
que devolverle a cada individuo la libertad antes de entre-
garle armas, para que luche por la patria y por sus compa-
triotas, no por sus amos. Los cónsules veían lo que el 8
senado pretendía que hiciesen, pero, también, que de aque-
llos que hablaban tan valientemente dentro de los muros de
la curia, ni uno solo se encontraba allí para compartir con
ellos la impopularidad, y claramente se veía venir una
enconada lucha con la plebe. Por eso, antes de acudir a 9
medidas extremas, decidieron consultar de nuevo al
senado. Pero entonces los senadores más jóvenes se aba-
lanzaron prácticamente sobre el asiento de los cónsules,
conminándolos a que dimitieran de su cargo y depusieran
una autoridad que no tenían coraje para defender.

[178] Estrado, en el comicio, sobre el que se colocaba la silla curul, desde donde el magistrado se dirigía a la multitud.

29 Después de su doble tentativa, los cónsules al fin dijeron: «No diréis que no se os previno, senadores: estamos en presencia de una sedición de largo alcance. Pedimos que los que más nos echan en cara nuestra falta de energía nos acompañen al efectuar el alistamiento. Actuaremos según el criterio de los más duros de vosotros, puesto que así lo
2 queréis.» Vuelven al tribunal; mandan llamar por su nombre con toda intención a uno de los que estaban a la vista. Al quedarse quieto, sin contestar, y situarse en torno a él un grupo de gente para impedir un eventual golpe de
3 fuerza, los cónsules envían por él a un lictor. Rechazado éste, los senadores que acompañaban a los cónsules bajan a toda prisa del tribunal para ayudar al lictor, gritando:
4 «Luego se trata de una acción indignante.» Pero entonces la tomaron con los senadores, dejando al lictor, al que se habían limitado a impedirle efectuar el arresto, y gracias a la intervención de los cónsules se apaciguó la reyerta, en la que no hubo, sin embargo, ni piedras ni armas: más que
5 violencia, hubo gritos y posturas airadas. Convocado el senado en plena confusión, delibera de forma aún más confusa; los que habían sido zarandeados pedían que se abriera una investigación, pronunciándose los más exaltados a favor, pero no por medio de intervenciones regulares
6 sino por medio de gritos y de alboroto. Cuando, al fin, los ánimos se serenaron, al reprocharles los cónsules que no hubiera más cordura en la curia que en el foro, dio
7 comienzo una deliberación en regla. Hubo tres propuestas. Publio Verginio[179] opinaba que no se debía generalizar, que había que ocuparse únicamente de los que, confiados en la palabra del cónsul Publio Servilio, habían tomado

[179] No había un P. Verginio consular. ¿Corrupción de T. Verginio? De suyo los primeros en ser llamados a manifestarse debían ser los cónsules del año anterior, Apio, Claudio y P. Servilio.

parte en la campaña contra volscos, auruncos y sabinos.
Tito Largio entendía que aquél no era momento de limi- 8
tarse a recompensar los servicios prestados; que toda la
plebe estaba metida hasta el cuello en deudas y no se la
podía detener, a no ser que se tomasen medidas generales;
además, si se establecían distinciones entre ellos, en lugar
de ir a menos la discordia se avivaría. Apio Claudio, vio- 9
lento por naturaleza y sobreexcitado por el odio del pueblo
a la vez que por el favor del senado, dijo que toda aquella
perturbación había sido provocada no por la miseria, sino
por la falta de autoridad, que la plebe era más revoltosa
que violenta; que la raíz de tan grave mal estaba en el dere- 10
cho de la apelación: en efecto, lo de los cónsules no era
poder sino amenazas, desde el momento en que les estaba
permitido a los que delinquían apelar a sus cómplices.
«Pues bien —dijo—, nombremos un dictador, cuyas deci- 11
siones son inapelables, y en el acto ese furor que lo está
inflamando todo se acallará. Que entonces me venga 12
alguien con empujones al lictor, sabiendo que el derecho
sobre su espalda y sobre su vida lo tiene, en exclusiva,
aquel cuya majestad ultrajare.»

A muchos la propuesta de Apio les parecía, y es que lo 30
era, dura y cruel; por el contrario, las de Verginio y Largio
les parecían peligrosas por el precedente que sentaban,
sobre todo la de Largio que acabaría con todo tipo de cré-
dito. La de Verginio era considerada como la mejor solu-
ción de compromiso, moderada con respecto a unos y
otros. Pero los intereses de partido y la preocupación por 2
los intereses particulares, que siempre fueron e irán en
detrimento del bien común, hicieron triunfar a Apio, y
poco faltó para que lo nombraran dictador a él mismo, lo 3
cual hubiese acabado de alejar por completo a la plebe en
un momento especialmente crítico, cuando coincidía que
volscos, ecuos y sabinos estaban en armas todos a la vez.

4 Pero los cónsules y los senadores de más edad tuvieron
cuidado de que una forma de poder violenta ya de por sí se
5 le confiase a una persona de talante apacible: nombran dic-
tador a Manio Valerio, hijo de Voleso. La plebe, aunque se
daba cuenta de que se había nombrado un dictador en con-
tra suya, sin embargo como tenía el derecho de apelación
gracias a una ley debida a un hermano suyo, no temía por
parte de aquella familia ningún acto de severidad o de
6 arrogancia; por otra parte, un edicto publicado por el dic-
tador vino a tranquilizar los ánimos, al ser casi un calco del
edicto del cónsul Servilio; pensando que se podía tener
mayor confianza en aquel hombre y en su autoridad, depu-
7 sieron la resistencia y se alistaron. Nunca hasta entonces
había habido un ejército tan numeroso: se formaron diez
legiones[180]; se le asignaron tres a cada cónsul, cuatro que-
daron a disposición del dictador.

Guerra en tres frentes: ecuos, volscos y sabinos. Reaparición de los problemas internos, retirada de la plebe al monte Sacro

8 Ya no era posible aplazar la guerra por
más tiempo: los ecuos habían invadido el
territorio latino. Los portavoces de los
latinos pedían al senado que enviasen
tropas de apoyo, o los autorizasen a
tomar las armas para defender ellos
9 mismos su territorio. Razones de seguri-
dad aconsejaron defender a los latinos
desarmados, antes que permitirles rearmarse. Se envió al
cónsul Vetusio, con lo cual se acabaron los saqueos. Los
ecuos se retiraron de la llanura y, confiando más en la
posición que en las armas, se mantenían a seguro en las
10 cimas de las montañas. El otro cónsul marchó contra los
volscos, y para no perder también él el tiempo, devastó por
completo los campos para obligar al enemigo a venir a
11 acampar más cerca de él y combatir a campo abierto. En

180 Cifra no creíble para esta época.

una planicie que mediaba entre los dos campamentos se situaron en formación de combate, cada ejército delante de sus trincheras. Los volscos eran algo superiores en número; por eso, sin formación y despreciando al enemigo, inicia- 12
ron la lucha. El cónsul romano no adelantó sus líneas ni consintió que se contestara a los gritos del enemigo; ordenó a los suyos mantenerse a pie firme, las lanzas hincadas en tierra: que cuando el adversario llegase al cuerpo a cuerpo, entonces se empleasen a fondo con la espada. Los volscos, 13
agotados por la carrera y los gritos, cuando entraron en contacto con los romanos a los que creían paralizados por el pánico y se apercibieron de que se desencadenaba un contraataque y que las espadas relucían ante sus ojos, entonces, como si hubieran caído en una emboscada, desconcertados dan media vuelta, y como habían atacado a la carrera, ni siquiera para huir tuvieron fuerzas suficientes. Los roma- 14
nos, por el contrario, como al principio de la lucha habían permanecido quietos, en plenitud de fuerzas dieron alcance a un enemigo agotado, tomaron al asalto su campamento y lo persiguieron, una vez que ya no tenía campamento, hasta Vélitras[181], irrumpiendo en el interior de la ciudad en la misma confusión vencedores y vencidos; el derrama- 15
miento de sangre que hubo allí, al masacrar indiscriminadamente a toda la población, fue mayor que en la batalla misma. Se perdonó tan sólo a unos cuantos que vinieron a entregarse desarmados.

Mientras se lleva a cabo esta acción contra los volscos, 31
el dictador derrota a los sabinos, que constituían el escenario más importante, con mucho, de la guerra, los pone en fuga y les toma el campamento. Una carga de la caballería 2
había roto el frente enemigo por la parte central, punto en

[181] Vélitras (Velletri) se desarrolló bajo influencia etrusca. Debido a su posición, cambió de manos con frecuencia, fue colonizada por Roma al menos en tres ocasiones (494, 401 y 338).

el que, al desplegar en exceso las alas, habían dejado un fondo de ataque poco consistente; la infantería atacó ese frente desarticulado. Un mismo ataque supuso la toma del
3 campamento y el fin de la lucha. Después de la batalla del lago Regilo, no hubo otra más famosa en aquella época. El dictador entra triunfalmente en Roma. Además de los honores habituales, se le reservó a él y a sus descendientes un espacio en los espectáculos del circo, lugar en que se colocó una silla curul.

4 Al ser derrotados los volscos perdieron el territorio de Vélitras; se envió población romana a Vélitras, constituyendo una colonia en regla. Algún tiempo después se libró batalla con los ecuos, y eso que el cónsul se oponía, porque había que ir contra el enemigo escalando desde una posi-
5 ción desventajosa. Pero los soldados lo acusaban de dar largas a la acción, con el fin de que el dictador cesara en su cargo antes de que ellos volvieran a Roma y sus promesas, como anteriormente las del cónsul, quedaran sin efecto, y lo empujaron a llevar las tropas sin precauciones y a la
6 ligera de frente hacia lo alto de la montaña. Esta operación, mal planteada, tomó un derrotero favorable gracias a la cobardía del enemigo, el cual, antes de que estuvieran al alcance de sus armas arrojadizas, pasmado ante la audacia de los romanos, abandonó el campamento que ocupaba en un emplazamiento muy bien protegido y bajó corriendo hacia los valles de la otra vertiente. En este caso el botín fue abundante y la victoria no costó bajas.

7 Logrado así un triple éxito militar, la preocupación por la solución de los problemas internos no remitía ni en el senado ni en plebe: tal era la influencia y los subterfugios con que los usureros habían tomado precauciones para burlar no sólo a la plebe, sino, incluso, al propio dictador.
8 En efecto, Valerio, después del regreso del cónsul Vetusio, presentó al senado una propuesta, dándole prioridad sobre

todas las demás, en favor del pueblo victorioso, e introdujo
en el orden del día la cuestión de las deudas. Al ser recha- 9
zado el orden del día, dijo: «No soy persona grata al ser
partidario de la concordia. No tardando mucho desearéis,
a fe mía, que la plebe romana tenga unos defensores como
yo. Por lo que a mí respecta, no voy a seguir alimentando
falsas ilusiones en mis conciudadanos ni voy a seguir
siendo dictador para nada. Las disensiones interiores y la 10
guerra exterior hicieron esta magistratura necesaria al
Estado: la paz está asegurada en el exterior, en el interior
se la hace inviable; mi intervención en la sedición será
como ciudadano, no como dictador.» Después de esto salió
de la curia y dimitió de su cargo de dictador. La plebe vio 11
claro el motivo: había abandonado el cargo por la indigna-
ción que le producía su suerte; por eso, considerándolo
como libre de su promesa porque no había dependido de él
el que no se cumpliese, lo acompañaron en el camino hacia
su casa en medio de testimonios de simpatía y de alabanzas.

Le entró entonces al senado el temor de que, si se licen- 32
ciaba a los soldados, se reanudasen las reuniones clandesti-
nas y las conjuras. En consecuencia, aunque la leva había
sido efectuada por el dictador, sin embargo, como el jura-
mento se lo habían tomado los cónsules, estimó el senado
que el juramento seguía obligando a los soldados y dio
orden de que las legiones partieran de la ciudad, con el
pretexto de que los ecuos reanudaban las hostilidades. Esta
medida aceleró la sedición [182]. Parece ser que, en un princi- 2
pio, se pensó en dar muerte a los cónsules para quedar
libres del juramento; después, al hacerles comprender que
ningún compromiso sagrado quedaba roto por un crimen,

[182] La primera secesión de la plebe aparece conectada con la creación del tribunado. No aparecen argumentos concluyentes ni a favor de la explicación tradicional ni a favor de la opinión más moderna de que las secesiones son ficticias y el tribunado no fue creado antes del año 471 a. C.

a propuesta de un tal Sicinio, faltando a la obediencia a los
cónsules, se retiraron al monte Sacro, situado al otro lado
3 del río Anio, a tres millas de Roma. Esta versión está más
difundida que la defendida por Pisón, según la cual fue al
4 Aventino a donde se retiraron. Allí, sin jefe alguno, levan-
taron un campamento que fortificaron con un foso y una
empalizada y permanecieron tranquilos durante algunos
días sin coger nada más que lo necesario para alimentarse,
sin ser atacados ni atacar.

5 En Roma reinaba un miedo pánico y, debido al temor
mutuo, todo estaba en suspenso. La plebe, abandonada
por los suyos, temía la violencia del senado; el senado
temía a la plebe que había quedado en Roma, sin saber si
6 era preferible que se quedase o que se fuese. Por otra parte,
¿cuánto tiempo iba a permanecer tranquila la multitud
secesionista? ¿Qué iba a ocurrir, si, entretanto, estallaba
7 una guerra en el exterior? Comprendían que no quedaba,
en absoluto, esperanza alguna que no se cifrase en el buen
entendimiento entre los ciudadanos, entendimiento al que
8 había que reconducir al Estado costara lo que costase. Se
acordó, pues, enviar a la plebe como portavoz a Menenio
Agripa, hombre elocuente y querido por el pueblo por sus
orígenes plebeyos. Introducido en el campamento, en un
estilo oratorio primitivo y sin adornos se limitó a contar,
9 según dicen, este apólogo: «En el tiempo en que, en el
cuerpo humano, no marchaban todas sus partes formando
una unidad armónica como ahora, sino que cada miembro
tenía sus propias ideas y su propio lenguaje, todas las par-
tes restantes se indignaron de tener que proveer de todo al
estómago a costa de sus propios cuidados, su esfuerzo y su
función, mientras que el estómago, tan tranquilo allí en
medio, no tenía otra cosa que hacer más que disfrutar de
10 los placeres que se le proporcionaban; entonces se con-
fabularon, de forma que la mano no llevase los alimen-

tos a la boca, la boca los rechazase y los dientes no los masticasen. En su resentimiento, al pretender dominar al estómago por el hambre, los propios miembros y el cuerpo entero cayeron en un estado de extrema postración. En-
tonces comprendieron que tampoco la función del vientre 11
era tan ociosa, que era alimentado tanto como él alimentaba, remitiendo a todas las partes del cuerpo esta sangre que nos da la vida y la fuerza, repartida por igual entre todas las venas después de elaborarla al digerir los alimen-
tos.» Estableciendo, entonces, un paralelismo entre la rebe- 12
lión interna del cuerpo y la reacción airada de la plebe en contra del senado, les hizo cambiar de actitud.

A continuación se comenzó a tratar acerca de la recon- 33
ciliación y se llegó al acuerdo de que la plebe tuviese magistrados propios, inviolables, facultados para defenderla contra los cónsules, y que ningún patricio podría ostentar tal
cargo. Se nombraron así dos tribunos de la plebe, Gayo 2
Licinio[183] y Lucio Albino; éstos eligieron a tres colegas. Uno de ellos fue Sicinio, el promotor de la insurrección; respecto a la identidad de los otros dos, hay más dudas.
Hay quien sostiene que solamente se crearon dos tribunos 3
en el monte Sacro y que fue allí donde se dio la ley sacra[184].

Confederación latina. Coriolano

Durante la secesión de la plebe, entraron en funciones de cónsul Espurio Casio
y Póstumo Cominio. Durante su consu- 4
lado se estableció una alianza con los pueblos latinos. Para pactarla, uno de los cónsules se quedó en Roma. El otro, enviado a la guerra

[183] Interpolado.

[184] Era, fundamentalmente, el juramento por el que los plebeyos se comprometían entre sí a defenderse y a afrontar la hostilidad de los patricios; posteriormente los historiadores le atribuyeron las características de una ley sometida a los *comitia curiata* con el procedimiento habitual.

contra los volscos, derrota y pone en fuga a los volscos de Ancio; una vez rechazados, los persigue hasta Lóngula y se
5 apodera de la plaza. De allí marchó rápidamente sobre Polusca, también de los volscos, y la tomó; después lanzó un fuerte ataque contra Coríolos[185]. Estaba entonces en el ejército entre lo más escogido de la juventud. Gneo Marcio, un joven rápido de ideas y de acción, que más tarde
6 recibió el sobrenombre de Coriolano. Al caer repentinamente sobre el ejército romano, que sitiaba Coríolos y estaba atento a la población que tenía bloqueada sin temer, en absoluto, que sobre él pudiera cernerse la amenaza de un ataque desde el exterior, las legiones volscas procedentes de Ancio, y al hacer simultáneamente una brusca salida los enemigos desde el interior de la plaza, coincidió que
7 estaba de guardia Marcio. Éste, con un pelotón de soldados escogidos, no sólo rechazó el ataque de los que salieron bruscamente, sino que tuvo la osadía de penetrar por la puerta abierta en la zona cercana de la ciudad y, después de sembrar la muerte, encontró fuego casualmente y lo
8 lanzó sobre los edificios que dominaban las murallas. Los gritos de los sitiados, unidos a los lamentos de las mujeres y los niños como siempre que se origina un movimiento de pánico, acrecentaron la moral de los romanos y sembraron el desconcierto entre los volscos, que creyeron tomada la
9 ciudad en cuya ayuda habían acudido. Fueron, así, derrotados los volscos de Ancio y tomada la plaza de Coríolos.

---

[185] Ancio (Anzio) era, en principio, una ciudad latina que estuvo en el área de dependencia de Roma (y así aparece en el tratado con Cartago del 508 a. C.), y después del período monárquico pasó a control volsco. Lóngula (Buon Riposo): en la carretera entre Árdea y Ancio, a unos 40 kilómetros de Roma y 15 de Ancio. Polusca (Osteria di Civitá), en la bifurcación de las rutas de Ancio y Sátrico según Nibby, desapareció de la historia, igual que la anterior, tras su toma por los volscos. Coríolos: ¿Mte. Giove?

La gloria de Marcio eclipsó de tal manera la fama del cónsul que, de no ser porque el tratado con los latinos grabado en una columna de bronce nos recuerda que fue concluido únicamente por Espurio Casio, porque su colega estaba ausente, se hubiese olvidado que Póstumo Cominio hizo la guerra contra los volscos.

Aquel mismo año muere Agripa Menenio, persona 10
igualmente querida por los patricios que por los plebeyos
durante toda su vida, pero más querido aún por la plebe
después del movimiento de secesión. Este mediador y 11
negociador de la reconciliación ciudadana, este representante del senado ante la plebe, que hizo volver a la plebe romana a Roma, no dejó con qué pagar sus funerales: la plebe se hizo cargo de su entierro, contribuyendo con un sexto de as [186] por cabeza.

Los cónsules siguientes fueron Tito Geganio y Publio 34
Minucio. Aquel año, no habiendo movimiento bélico ninguno en el exterior y estando remediada en el interior la falta de entendimiento, un problema mucho más grave se
abatió sobre la ciudad: primero, la carestía de los alimen- 2
tos, al haber quedado los campos sin cultivar como consecuencia de la secesión de la plebe; después, el hambre,
como si la ciudad estuviera sitiada. Hubieran, sin duda, 3
llegado a perecer los esclavos y la plebe, si los cónsules no hubiesen tomado medidas enviando a comprar trigo a todas partes, no sólo a diversos puntos de la costa etrusca al norte de Ostia y al sur bordeando por mar a los volscos hasta Cumas, sino incluso a Sicilia: hasta ese extremo el odio de los vecinos los obligaba a buscar lejos la ayuda.
Una vez comprado el trigo en Cumas, las naves fueron 4
retenidas por el tirano Aristodemo para resarcirse de los

---

[186] Los «sextantes» son aquí un anacronismo, pero eran el prototipo de la moneda pequeña.

bienes de los Tarquinios, de los que era heredero; en el territorio volsco y en el Pontino ni siquiera se pudo comprar: es más, los propios compradores estuvieron expuestos
5 a ser atacados por la población. Llegó por el Tíber trigo de Etruria; con él se sustentó al pueblo. Hubieran sufrido el azote de una guerra desastrosa en medio de semejante estrechez, de no haber padecido los volscos, que ya estaban echando mano a las armas, la penetración de una tremenda
6 peste[187]. Esta desgracia sobrecogió de pánico los ánimos del enemigo, y para mantenerlos a raya con algún medio disuasorio aun en el caso de que la peste remitiese, los romanos incrementaron el número de componentes de la colonia de Vélitras y enviaron una nueva colonia a Norba[188], en la montaña, para que hiciese la función de fortaleza en el
7 Pontino. Durante el consulado siguiente, el de Marco Minucio y Aulo Sempronio, se trajo de Sicilia un gran contingente de trigo y se discutió en el senado el precio a que
8 se le daría a la plebe. Muchos opinaban que había llegado el momento de presionar a la plebe y recuperar los derechos que le habían sido arrancados a la fuerza al senado por la secesión. En especial Marcio Coriolano, enemigo del
9 poder tribunicio, dijo: «Si quieren el antiguo precio del grano, que devuelvan al senado sus antiguos derechos. ¿Por qué tengo yo que ver a unos plebeyos de magistrados, y a un Sicinio lleno de poder, mientras yo paso bajo el yugo como si hubiese sido rescatado de unos bandidos?
10 ¿Voy a soportar estas humillaciones por más tiempo del necesario? Yo, que no soporté a un Tarquinio por rey, ¿voy a soportar a un Sicinio? ¡Que se retire ahora! ¡Que se lleve a la plebe!: está expedito el camino hacia el monte

---

187 ¿Malaria?

188 Norba (Norma) fue colonizada por los latinos, y la arqueología ha confirmado la fecha tradicional. Estaba sobre una colina.

Sacro y hacia las otras colinas. Que roben el trigo de nuestros campos, como lo robaron hace dos años: que disfruten 11
de la cosecha que en su arrebato sembraron. Me atrevo a asegurar que esta calamidad les hará entrar en razón y se pondrán ellos mismos a cultivar los campos, en lugar de impedir su cultivo con la insurrección armada.» Aunque no 12
es tan fácil decir si debió, yo pienso que el senado sí pudo fácilmente, poniéndolo como condición para el abaratamiento del grano, quitarse de encima el poder tribunicio y todas las prerrogativas que le habían sido impuestas a la fuerza.

Aquella propuesta, al senado le pareció demasiado dura 35
y a la plebe estuvo a punto de hacerle empuñar las armas de ira: ahora se les ataca por hambre, como a enemigos, se los priva de comida y medios de subsistencia; el trigo importado, único alimento que un inesperado golpe de suerte les ha proporcionado, les es quitado de la boca, a no ser que le entreguen a Gneo Marcio a los tribunos atados, a no ser que se le satisfaga con los azotes en la espalda de la plebe romana: les ha surgido un verdugo nunca visto, que les da a escoger entre la muerte y la esclavitud. Lo 2
hubieran atacado al salir de la curia, si los tribunos, muy oportunamente, no le hubieran fijado una fecha para comparecer ante el pueblo. Con ello la irritación se calmó: todos se veían convertidos en jueces de su enemigo, con derecho de vida y muerte sobre él. En un principio, Marcio 3
escuchaba despectivamente las amenazas de los tribunos: se le había atribuido a aquella potestad el derecho de defender, no el de castigar y, además, eran tribunos de la plebe, no de los patricios. Pero era tal la hostilidad que se había desatado en la plebe, que los senadores tenían que salir del atolladero sacrificando a uno de los suyos. Resistieron, sin 4
embargo, con el odio en contra y pusieron en juego su influencia, personal en unos casos, de todo el estamento en

otros. Primero, probaron a ver si, distribuyendo aquí y allá a sus clientes para que apartasen a los plebeyos uno a uno de conspiraciones y reuniones, podían zanjar el asunto.
5 Después, se presentaron todos en público —cuantos senadores había, parecía que estaban acusados— rogando y suplicando a la plebe por un solo ciudadano, por un solo senador: si no querían absolverlo como inocente, que como
6 culpable lo dejasen libre en consideración a ellos. Pero, como el día señalado el acusado no compareció, persistió inflexible la ira. Condenado en rebeldía, se exilió al país volsco, profiriendo amenazas contra su patria y sintiéndose ya internamente su enemigo.

Los volscos acogieron su llegada muy complacientes y, de día en día, iba siendo más considerado el trato que le daban, a medida que iba dando muestras de un resentimiento más profundo contra los suyos, y sus quejas y amenazas, que ellos eran los primeros en recoger, se iban
7 haciendo más frecuentes. Era huésped de Ato Tulio. Era éste, entonces, con gran diferencia el primero de los volscos, enemigo implacable de los romanos. Acicateados, pues, el uno por su odio inveterado y el otro por su rabia
8 reciente, proyectan en común una guerra contra Roma. No les parecía fácil poder decidir al pueblo a retomar las armas, después de tantas tentativas desafortunadas: debido a las muchas guerras y, finalmente, a la peste, habían perdido a la juventud y los ánimos estaban quebrantados; había que servirse de triquiñuelas con aquel odio que el paso del tiempo había ido desgastando, para que los ánimos se exacerbasen con algún nuevo motivo de cólera.

36 Precisamente se estaban haciendo en Roma los preparativos para recomenzar [189] los grandes juegos. La razón de

[189] Debía reiniciarse por completo la ceremonia religiosa, en este caso la que abría los juegos, si el rito no era observado con toda escrupulosidad o había una interferencia por un incidente de mal augurio.

reiniciarlos fue la siguiente: la mañana de los juegos un amo, antes de comenzar el espectáculo, había llevado a un esclavo por enmedio del circo con la horca al cuello y recibiendo azotes; después dieron comienzo los juegos, como si aquel incidente no tuviese ninguna implicación de tipo religioso. Poco después, un plebeyo, Tito Latinio, tuvo un 2
sueño: se le apareció Júpiter y le dijo que el bailarín[190] que había precedido a los juegos no había sido de su agrado; que si aquellos juegos no se recomenzaban con toda magnificencia, iban a representar un peligro para la ciudad; que fuese a comunicárselo a los cónsules. Aunque su ánimo no 3
estaba del todo exento de escrúpulos religiosos, sin embargo pudo más el respeto a la majestad de los magistrados o el temor a quedar en ridículo ante la gente. Aque- 4
lla vacilación le costó cara; en efecto, a los pocos días perdió a su hijo. Para que no le quedase duda alguna sobre la causa de aquella desgracia repentina, en medio de su dolor vio en sueños la misma imagen que ya se le había aparecido, la cual le preguntó si le parecía suficiente el pago que había recibido por no hacer caso de la voluntad divina; que le esperaba un pago todavía mayor, si no se daba prisa y lo comunicaba a los cónsules. La situación se volvía más acu- 5
ciante. Sin embargo, andaba aún dudando y dando largas, cuando fue víctima de una enfermedad de enorme virulencia, acompañada de una parálisis súbita. Entonces sí que 6
hizo mella en él la cólera de los dioses. Agobiado por los males que ya se habían materializado y por los que aún amenazaban, reunió en consejo a sus allegados, les expuso lo que había visto y oído, las reiteradas apariciones de Júpiter durante el sueño, las amenazas y la cólera de lo alto manifestadas en sus desgracias; seguidamente, por acuerdo manifiesto de todos los presentes, se le lleva en una litera al

[190] Rasgo de ironía atribuido a Júpiter.

7 foro, a presencia de los cónsules. De allí, por orden de los
cónsules, fue trasladado a la curia, volvió a contar la
misma historia a los senadores con gran asombro general,
8 y de repente un nuevo milagro: aquel hombre que había
sido llevado a la curia privado de movimiento en todos sus
miembros, una vez cumplida su misión volvió a casa por su
propio pie, según la tradición.

37 El senado decretó que se celebrasen los juegos con la
mayor magnificencia. Por iniciativa de Atio Tulio, hubo en
2 ellos una gran afluencia de volscos. Antes de que los juegos
dieran comienzo, Tulio, siguiendo el plan acordado con
Marcio en su tierra, va al encuentro de los cónsules y les
dice que hay algo que quiere tratar en secreto que atañe a
3 los intereses del Estado. Una vez sin testigos, dice:
«Lamento tener que hablar de algo que dice muy poco en
favor de mis compatriotas. No vengo, no obstante, a acu-
sarlos de haber cometido un delito, sino a prevenir que no
4 lo cometan. El carácter de nuestra gente es mucho más
5 tornadizo de lo que yo quisiera. Lo hemos comprobado
con nuestras sucesivas derrotas, pues si sobrevivimos no es
gracias a nuestro prudente comportamiento, sino a vuestra
tolerancia. En este momento se encuentran aquí un gran
número de volscos; se celebran los juegos; la ciudad va a
6 estar enfrascada en el espectáculo. Recuerdo cuál fue, en
las mismas circunstancias, el comportamiento de la juven-
tud sabina en esta ciudad[191]. Me asusta la idea de que
pueda cometerse una acción irreflexiva y atolondrada. Esto
es lo que me pareció que debía deciros, cónsules, en interés
7 nuestro y vuestro. Por lo que a mí respecta, tengo inten-
ción de marcharme a casa inmediatamente para no verme
comprometido, si estoy presente, por las consecuencias de
algún hecho o dicho.» Después de hablar así se marchó.

---

[191] Referencia a II 18, 2.

Cuando los cónsules sometieron al senado el asunto, poco 8
consistente pero de fuente segura, fue más la fuente que la
información, como siempre, lo que los movió a tomar pre-
cauciones incluso más allá de lo necesario. Un decreto del
senado dispuso que los volscos salieran de Roma; se envían
pregoneros a comunicarles la orden de partir todos ellos
antes de la noche. Primeramente, los asaltó un miedo cer- 9
val mientras corrían a recoger sus cosas a donde estaban
hospedados; después, cuando marchaban, sobrevino la
indignación: como a criminales, como a gente impura se
los había apartado de los juegos, de las fiestas y, en cierto
modo, de la sociedad de los hombres y de los dioses.

Como marchaban formando una hilera casi ininte- 38
rrumpida, Tulio, que se les había adelantado hasta la
fuente Ferentina, según iban llegando abordaba a los más
importantes, se quejaba y daba muestras de indignación y
los llevó a ellos, que daban buena acogida a unas palabras
que se correspondían con su irritación, y por medio de
ellos a toda la multitud, a una planicie que subyacía al
camino. Allí comenzó a hablarles a modo de arenga 2
diciendo: «Aun suponiendo que olvidéis las antiguas injus-
ticias del pueblo romano y los desastres del pueblo volsco,
aunque olvidéis todo lo demás, ¿cómo soportáis esta
afrenta de hoy con la que, para nuestra ignominia, han
dado comienzo los juegos? ¿Es que no habéis comprendido 3
que hoy celebraban el triunfo sobre vosotros; que vosotros
al marchar habéis servido de espectáculo a todo el mundo,
a los compatriotas, a los extranjeros, a tantos pueblos del
contorno; que vuestras mujeres y vuestros hijos han sido
paseados en el cortejo ante todas las miradas? Los que oye- 4
ron la voz del pregonero, y los que nos vieron marchar, y
los que se cruzaron con este vergonzoso desfile, ¿qué os
parece que pensaron, sino que estábamos, sin duda alguna,
manchados con alguna acción nefanda, en razón de lo cual

si asistíamos al espectáculo íbamos a profanar los juegos e
iba a haber necesidad de expiación, y que, en consecuencia,
se nos expulsaba de la residencia de los justos, de su com-
5 pañía y de su asamblea? Además, ¿no se os ocurre pensar
que conservamos la vida porque nos apresuramos a mar-
charnos? ¡Si es que esto es marcharse y no más bien huir!
Y esta ciudad en la que, si hubieseis permanecido un día
más, hubieseis perdido la vida, ¿no os parece la de unos
enemigos? Se os ha declarado la guerra, para desgracia de
6 quienes la han declarado, si sois hombres.» Llenos de ira ya
de por sí y sobreexcitados de esta forma, marcharon a sus
lugares de residencia y, a base de instigar cada uno a sus
conciudadanos, consiguieron que toda la nación se
rebelase.

39 Como generales para dirigir la guerra fueron escogidos,
por acuerdo de todos los pueblos, Atio Tulio y Gneo Mar-
cio, el exiliado romano, en el cual tenían puestas aún mayo-
2 res esperanzas. No defraudó, en absoluto, tales esperanzas,
de forma que quedó claro con toda evidencia que Roma
era fuerte gracias más a sus generales que a su tropa. Mar-
chó, en primer lugar, sobre Circeyos; expulsó de allí a la
colonia romana y entregó a los volscos la ciudad liberada.
3 Después les quitó a los romanos Sátrico, Lóngula, Polusca,
4 Coríolos, Mugila; recuperó a continuación Lavinio. Enton-
ces, ganando la vía Latina por caminos transversales [192],
tomó sucesivamente Corbión, Vetelia, Trebio, Labicos,

[192] La frase «ganando la vía Latina por caminos transversales» figura en los manuscritos antes de la enumeración encabezada por Sátrico. El notable error geográfico que ello implicaría llevó a Niebuhr a proponer esta corrección, que Bayet sigue. Los caminos transversales unen entre sí las vías principales, en este caso la Apia y la Latina. Sátrico, Lóngula, Polusca y Coríolos quedaban al oeste de la vía Apia, situada, a su vez, al oeste de la vía Latina. Corbión, etc.: entre las vías Latina y Labicana.

Pedo[193]. Finalmente, de Pedo marcha hacia Roma y, des- 5
pués de acampar junto a las fosas de Cluilio[194], a cinco
millas de la ciudad, saquea desde allí las tierras de Roma,
enviando entre los saqueadores a unos vigilantes encarga- 6
dos de impedir que se tocasen las tierras de los patricios,
bien porque el blanco principal de sus iras era la plebe,
bien para provocar con ello el enfrentamiento entre los
patricios y los plebeyos. Enfrentamiento, que, sin duda, se 7
hubiera producido —pues los tribunos con sus acusaciones
instigaban a la plebe, ya de por sí irritada, contra los ciu-
dadanos relevantes—, pero la amenaza exterior, el más
fuerte vínculo de entendimiento, mantenía unidos los áni-
mos a pesar de las reticencias y la animosidad mutua.
Había únicamente un punto de desacuerdo: el senado y los 8
cónsules no confiaban nada más que en las armas, la plebe
prefería cualquier cosa antes que la guerra. Espurio Naucio 9
y Sexto Furio eran, entonces, cónsules. Mientras éstos
pasaban revista a las legiones y situaban destacamentos a
lo largo de las murallas y en otros puntos en los que se
había acordado que hubiese puestos de guardia y centine-
las, una enorme multitud que pedía la paz empezó por
asustarlos con gritos sediciosos y, finalmente, los obligó a
reunir al senado y presentar la propuesta de enviar una

193 Sátrico (Borgo Montello) no era miembro de la Liga Albana, pero sí aparece en la relación de la Liga Latina del siglo v. Fue destruida por los romanos en el siglo IV a. C. Mugila y Trebio: localización desconocida. Corbión: ¿Rocca Priora, al este de los montes Albanos? Situación estratégica en relación con el paso del Álgido. Vetelia no dejó rastro a partir del siglo v. Labicos: según Estrabón, estaba situada en una colina a la derecha de la vía Labicana a 120 estadios de la puerta Esquilina. Pedo (Gallicano), a cerca de 30 kilómetros de Roma en la vía Prenestina; miembro de las Ligas Albana y Latina.

194 Constituyeron las líneas de demarcación entre el territorio de Roma y el de Alba, a unos 7 kilómetros de la puerta Capena por la carretera de Túsculo.

10 legación a Gneo Marcio. El senado aceptó la propuesta, al
ver que flaqueaban los ánimos de la plebe; pero los parla-
mentarios enviados a negociar la paz con Marcio volvieron
11 con una durísima respuesta: si se les devolvía su territorio a
los volscos, podía haber conversaciones de paz; si querían
disfrutar tranquilamente del botín de guerra, él, que se
acordaba de la injusticia de sus compatriotas y del trato de
favor de sus huéspedes, pondría empeño en que quedase de
manifiesto que el exilio le había redoblado, no quebran-
12 tado la moral. Enviados por segunda vez los mismos par-
lamentarios, no son recibidos en el campamento. Según la
tradición también los sacerdotes tocados con sus ornamen-
tos fueron como suplicantes al campamento enemigo; no
lograron doblegar su decisión en mayor medida que los
parlamentarios.

40 Entonces las matronas acuden en masa a ver a Vetu-
ria, madre de Coriolano, y a Volumnia, su esposa. No
tengo elementos de juicio suficientes para decir si se trató
de una medida oficial o si se debió simplemente al temor
2 propio de la mujer. Lo que sí es seguro es que consiguieron
que Veturia, mujer de edad avanzada, y Volumnia, lle-
vando a los dos hijos pequeños de Marcio, las acompaña-
sen al campamento enemigo y, ya que los hombres no
podían defender a Roma con las armas, que la defendiesen
3 las mujeres con súplicas y lágrimas. Cuando llegaron al
campamento y se le anunció a Coriolano que se presentaba
un grupo enorme de mujeres, en un primer momento él, en
quien no había hecho mella alguna ni la majestad de una
embajada oficial ni la profunda venerabilidad de los sacer-
dotes que imponía tanto a los ojos como al espíritu, se
mostró mucho más inconmovible ante unas lágrimas muje-
4 riles. Después, uno de sus íntimos que había reconocido a
Veturia, cuyo dolor resaltaba entre las demás, de pie entre
su nuera y sus nietos, dijo: «Si la vista no me engaña, tu

madre, tu esposa y tus hijos están ahí.» Coriolano, contur- 5
bado y como fuera de sí, saltó de su asiento y fue al encuentro de su madre para abrazarla; la mujer, pasando de los ruegos a la indignación, dijo: «Antes de recibir tu abrazo deja que me entere de si me acerco a un enemigo o a un hijo, si soy una prisionera o una madre en tu campamento. ¿A esto me ha conducido mi larga vida y mi desdi- 6
chada vejez, a ver en ti a un exiliado y, después, un enemigo? ¿Has sido capaz de saquear esta tierra que te hizo nacer y te alimentó? Aunque habías venido con ánimo hos- 7
til y amenazador, ¿no se te vino abajo la cólera al poner el pie en nuestros confines? Cuando divisaste Roma, ¿no se te ocurrió pensar: detrás de esas murallas están mi casa y mi hogar, mi madre, mi esposa y mis hijos? ¡Así que si yo no 8
te hubiese parido, Roma no estaría sitiada; si yo no tuviera un hijo, moriría libre en una patria libre! Pero yo nada puedo sufrir ya que no redunde más en tu deshonra que en mi desdicha, ni, por muy desdichada que sea, lo voy a ser por mucho tiempo: piensa en éstos, a los que, si continúas 9
adelante, aguarda una muerte prematura o una larga esclavitud.» Después, lo abrazaron la mujer y los hijos, y los llantos que estallaron en todo el grupo de mujeres y sus lamentaciones por sí mismas y por la patria acabaron por doblegar a aquel hombre. Después de abrazar a los suyos, 10
los despide; por su parte, alejó el campamento de la ciudad, sacó, después, las legiones del territorio romano y murió, dicen, víctima del odio que suscitó al actuar así; para otros, su muerte fue de otro género: Fabio, el más antiguo con mucho de nuestros historiadores, dice que vivió hasta la ancianidad; al menos refiere que al final de 11
su vida repetía a menudo esta expresión: «El exilio para un anciano es mucho más penoso.» Los hombres de Roma no escatimaron el mérito que les correspondía a las mujeres —tan al margen se vivía de la envidia de la gloria ajena—:

12 incluso para perpetuar su memoria, se erigió y dedicó un templo a la Fortuna de la Mujer[195].

Volvieron, después, sobre el territorio romano los volscos y los ecuos unidos. Pero los ecuos no soportaron por
13 más tiempo la jefatura de Atio Tulio. De esta pugna por ver si eran los volscos o los ecuos quienes proporcionarían el general en jefe de ambos ejércitos reunidos, surgió un conflicto y, después, una batalla sangrienta. La buena suerte del pueblo romano acabó con los dos ejércitos enemigos en una lucha tan funesta como encarnizada.

14 Fueron cónsules Tito Sicinio y Gayo Aquilio. A Sicinio le tocó en suerte encargarse de los volscos, a Aquilio de los hérnicos, pues también éstos se habían levantado en armas. Aquel año fueron vencidos por completo los hérnicos; con los volscos hubo un combate igualado y los ejércitos se separaron.

La primera ley agraria: luchas intestinas. Guerras con volscos, ecuos y veyentes

41 A continuación fueron nombrados cónsules Espurio Casio y Próculo Verginio. Se concluyó un tratado con los hérnicos[196] y fueron anexionadas dos terceras partes de su territorio. El cónsul Casio se proponía repartirlo, la mitad
2 para los latinos y la mitad para la plebe. Pensaba añadir a esta donación un lote de tierras que, según se decía, si bien pertenecían al Estado, eran poseídas por unos particulares. Esta medida asustaba a gran número de patricios, precisamente los terratenientes, por la amenaza que suponía contra su riqueza personal; pero, además, los patricios estaban preocupados por el bien común, al ganar el cónsul

---

[195] A 6 kilómetros de Roma por la vía Latina.

[196] Aliados potenciales muy interesantes para Roma por su situación en el valle del *Trerus* separando a ecuos y volscos, las dos grandes potencias. Debía de tratarse de un *foedus aequum* básicamente defensivo.

con su largueza un ascendiente peligroso para la libertad.
Se promulgó, entonces, la primera ley agraria, cuestión que 3
desde entonces hasta nuestros días nunca ha sido tocada
sin graves desórdenes sociales. El otro cónsul se oponía a 4
esta prodigalidad con el apoyo de los patricios y sin que se
le pusiera en contra la totalidad de la plebe, la cual ya
desde un principio había empezado a desdeñar un regalo
«que se había degradado al hacerse extensible de los ciuda-
danos a los aliados» y, después, frecuentemente oía tam- 5
bién al cónsul Verginio decir en las asambleas, en tono pro-
fético, que el regalo de su colega estaba contaminado; que
aquellas tierras traerían la esclavitud a quienes las recibie-
sen; que se estaba abriendo camino a la realeza. En efecto, 6
¿con qué objetivo se hacía copartícipes a los aliados y al
pueblo latino, a qué fin se les devolvía a los hérnicos,
enemigos hacía bien poco, el tercio del territorio conquis-
tado, sino para que estos pueblos reemplazasen la jefatura
de Coriolano por la de Casio? Comenzó a ganar populari- 7
dad desde su oposición y su obstruccionismo a la ley agra-
ria. Desde entonces ambos cónsules, como a porfía, se
mostraron complacientes con la plebe: Verginio manifes-
taba que él consentiría que se asignasen las tierras con la
condición de que no fuesen asignadas nada más que a ciu-
dadanos romanos; Casio, dado que el reparto de tierras le 8
granjeaba el favor de los aliados, pero por eso mismo
bajaba en Roma su cotización, buscando recobrar la
estima de sus conciudadanos por medio de otra donación
dispuso que se devolviese al pueblo el dinero que se le
había cobrado por el trigo de Sicilia. Pero el pueblo lo 9
rechazó como si viese que con ello pagaba al contado el
trono: hasta ese extremo, por el natural recelo a que ambi-
cionase la realeza, se rehusaban sus dádivas como si se
nadase en la abundancia. Apenas abandonó el cargo, es un 10
hecho comprobado que fue condenado y ejecutado. Algu-

nos sostienen que el autor de la ejecución fue su padre: éste habría instruido la causa en su domicilio, lo habría hecho azotar y ejecutar y habría consagrado a Ceres el peculio de su hijo; con él se habría hecho una estatua con la inscrip-
11 ción: «Donación de la familia Casia.»[197] Según encuentro en algunos autores, y esto me parece más verosímil, los cuestores Cesón Fabio y Lucio Valerio[198] lo acusaron de alta traición, en el juicio el pueblo lo condenó e hizo destruir su casa: es la zona libre que hay delante del templo de
12 la Tierra. En cualquier caso, fuese privado o público el juicio, fue condenado durante el consulado de Servio Cornelio y Quinto Fabio.

42 No fue muy duradera la cólera del pueblo contra Casio. El atractivo de la ley agraria en sí misma, una vez desaparecido su promotor, iba calando en los ánimos; la codicia se vio alimentada por la cicatería del senado, el cual, tras ser derrotados aquel año los volscos y los ecuos, dejó sin
2 botín a los soldados; todo lo que se le cogió al enemigo lo vendió el cónsul Fabio e ingresó en el tesoro público.

El nombre de Fabio era odioso al pueblo a causa del último cónsul; sin embargo, los patricios consiguieron que Cesón Fabio fuera nombrado cónsul junto con Lucio Emi-
3 lio. Incrementada con ello la indignación de la plebe, sobrevino una revuelta interna que dio pie a una guerra exterior. Después, la guerra dejó en suspenso las desavenencias internas: en un mismo afán, patricios y plebeyos tomaron, a su vez, la ofensiva contra volscos y ecuos bajo

[197] La *consecratio bonorum* era consecuencia de la *consecratio capitis*, aunque posteriormente iban por separado; se vendían públicamente los bienes del interesado y el importe pasaba al templo de Ceres. Esta expresión entrecomillada parece que hay que entenderla no como donación hecha por la familia Casia, sino como donación hecha con lo que pertenecía a la familia Casía.

[198] Cónsul el 483 y el 470 a. C.

el mando de Emilio y obtuvieron sobre ellos una brillante
victoria. Le costó, sin embargo, al enemigo más bajas la 4
huida que la batalla, tanto empeño puso la caballería en
perseguirlo en su desbandada. Aquel mismo año tuvo lugar 5
la dedicación del templo de Cástor[199], el quince de julio[200];
había sido prometido durante la guerra latina por el dicta-
dor Postumio; su hijo, nombrado duúnviro expresamente a
este efecto, llevó a cabo la dedicación[201]. También aquel 6
año los ánimos de la plebe fueron soliviantados por el atractivo de la ley agraria. Los tribunos de la plebe realzaban con su autoridad una ley popular; los patricios, que estimaban que la masa es ya de por sí más que de sobra propensa a la violencia incluso sin sentido, temblaban ante aquella liberalidad que estimulaba su audacia. Entre los patricios quienes capitanearon la oposición con más
empeño fueron los cónsules. Este estamento social se salió 7
con la suya, y no sólo para entonces sino incluso para el año siguiente situó en el consulado a Marco Fabio, hermano de Cesón, y a otro personaje más odioso aún para la plebe por haber sido el acusador de Espurio Casio, Lucio Valerio.

También aquel año continuó la lucha con los tribunos. 8
En vano se propuso la ley y en vano sus promotores pregonaron un beneficio que no fue efectivo. El nombre de los Fabio se engrandeció gracias a los tres consulados consecutivos que sostuvieron, todos ellos, casi ininterrumpidamente la lucha contra los tribunos; en consecuencia, considerándolo bien afincado, se mantuvo el cargo en aquella

[199] La leyenda del lago Regilo hace suponer que estaba dedicado a Cástor y Pólux.

[200] Discutida esta fecha; los *Fastos* dan la del 27 de enero.

[201] No podía hacerlo un particular, tenía que elegir el pueblo duúnviros *aedi dedicandae*.

9 familia durante bastante tiempo. Comenzó, después, la guerra con Veyos y los volscos volvieron a levantarse en armas. Pero para la guerra exterior había fuerzas casi exce-
10 sivas, y las malempleaban en luchas intestinas. Al malestar generalizado vinieron a sumarse prodigios celestes ostensiblemente amenazadores en la ciudad y en los campos, casi a diario; el motivo de que la divinidad se hubiese airado de aquella forma no era otro —proclamaban los adivinos, que de manera ya oficial ya privada consultaban a la divinidad, unas veces, mediante las entrañas de las víctimas, otras, mediante el vuelo de las aves— que las irregularidades en
11 la celebración del culto; el pánico llegó al extremo de que Opia, una virgen vestal, fue condenada por incesto y ejecutada.

43 Fueron, a continuación, nombrados cónsules Quinto Fabio y Gayo Julio. Durante aquel año las desavenencias internas no fueron menos vivas y la guerra exterior fue más encarnizada: los ecuos se levantaron en armas; los de Veyos llegaron incluso a penetrar y saquear en territorio romano. Al ir acentuándose la preocupación por estas guerras, son nombrados cónsules Cesón Fabio y Espurio
2 Furio. Los ecuos estaban asediando Ortona[202], ciudad latina; los de Veyos, hartos ya de pillaje, amenazaban con
3 lanzarse al asalto de la propia Roma. El miedo que estas circunstancias provocaban, en lugar de refrenar agudizaba la insolencia de la plebe; volvía ésta a su negativa sistemática al servicio militar, aunque no por iniciativa propia, sino que Espurio Licinio, tribuno de la plebe, convencido de que ante lo apurado de la situación había

---

[202] Esta población, al contrario que su homónima situada sobre el Adriático e incorporada por Roma el 319 a. C., es mal conocida. Tomada por los ecuos el 457 a. C., desapareció. Es de suponer que estaba al norte del país volsco, cerca de Corbión.

llegado el momento de imponer la ley agraria a los patricios, tomó en sus manos la tarea de obstaculizar los preparativos bélicos. En consecuencia, el odio que suscitaba la 4
potestad tribunicia se volvió por entero contra él como responsable; los ataques de los cónsules en contra suya no fueron más duros que los de sus propios colegas, con cuya ayuda los cónsules llevan a cabo el reclutamiento.

Se alistan tropas para dos guerras simultáneas; Fabio 5
recibe el mando contra Veyos, Furio contra los ecuos. Con estos últimos no se llevó a cabo nada digno de mención;
Fabio tuvo bastantes más problemas con sus tropas que con 6
el enemigo. Aquel hombre extraordinario, aquel cónsul, sostuvo en solitario al Estado al que, por odio al cónsul,
los soldados hacían traición en cuanto podían. Pues, 7
cuando el cónsul, aparte de la consumada habilidad de mando de que dio muestras en la preparación y dirección de la guerra, empleó una táctica tal que derrotó al enemigo con una simple carga de la caballería, la infantería se negó
a perseguir a los fugitivos; y no lograron decidirlos a acele- 8
rar el paso o, cuando menos, a guardar la formación, no ya las exhortaciones de un general odioso, sino ni siquiera lo vergonzoso de su acción y el deshonor público en que incurrían en ese momento, o el peligro subsiguiente en caso de
que el enemigo recobrase la moral. A pesar de las órdenes 9
dan media vuelta y, abatidos —parecían vencidos—, echando maldiciones, unas veces, contra su general y, otras, contra la acción llevada a cabo por la caballería,
vuelven al campamento. A este ejemplo tan dañino el gene- 10
ral no le encontró remedio alguno: tan cierto es que talentos eminentes pueden andar más faltos de habilidad para
dirigir al ciudadano que para vencer al enemigo. Volvió el 11
cónsul a Roma: sin haber conseguido incrementar su gloria militar, no había hecho más que irritar y exasperar el odio de los soldados contra él. A pesar de todo, los patricios

consiguieron que el consulado permaneciese en la familia Fabia: nombran cónsul a Marco Fabio; se le da como colega a Gneo Manlio.

44 También este año contó con un tribuno propulsor de la ley agraria: fue éste Tiberio Pontificio. Siguiendo los mismos pasos que Espurio Licinio, como si a éste le hubieran llevado al éxito, frenó por algún tiempo el reclutamiento.
2 Hubo de nuevo conmoción entre los patricios y Apio Claudio andaba diciendo que la potestad tribunicia estaba vencida desde hacía un año, para el presente de hecho y para el porvenir por el precedente sentado, puesto que se había descubierto que se autodestruía con sus propias fuer-
3 zas. Pues nunca faltaría quien quisiese apuntarse un éxito a costa de un colega y, a la vez, ganarse el favor de la aristocracia prestando un servicio al Estado; muchos tribunos, caso de ser necesarios muchos, estarían dispuestos a colaborar con los cónsules, y por otra parte incluso uno solo se
4 bastaba contra todos. Unicamente tenían que aplicarse los cónsules y los senadores principales en ganar, si no a todos, al menos a alguno de los tribunos para la causa del Estado
5 y del senado. Los senadores, siguiendo los consejos de Apio, se dirigían todos ellos a los tribunos cortés y amablemente, y los que habían sido cónsules, de acuerdo con la influencia particular que tenían sobre cada uno de ellos, consiguieron, en parte por afecto y en parte por ascendiente, que las fuerzas de la potestad tribunicia tuviesen
6 como propósito el bien del Estado, y con la colaboración de cuatro tribunos, frente a uno solo que hacía de rémora del interés común, los cónsules realizan el reclutamiento.

7 Entraron, a continuación, en campaña contra Veyos, donde se habían concentrado tropas de apoyo procedentes de todos los puntos de Etruria, impulsadas no tanto por simpatía hacia los veyentes como por la esperanza que habían llegado a concebir de poder destruir Roma merced

a sus enfrentamientos internos. Los principales, en los 8
encuentros de todas las ciudades confederadas de Etruria,
gritaban acaloradamente que el poder de los romanos era
eterno, si no se destrozaban entre sí con sus sediciones; ése
era el único veneno, el único elemento destructor de los
Estados opulentos con que se contaba en orden a que los
grandes imperios fuesen caducos. Semejante mal, mante- 9
nido a raya largo tiempo gracias, en parte, a la sabiduría
de los patricios y, en parte, a la resignación de la plebe,
había llegado ya a su último estadio: de un Estado se
habían hecho dos; cada uno de ellos tenía sus magistrados
y sus leyes propias. Al principio habían acostumbrado a 10
protestar de manera violenta contra los alistamientos, pero,
sin embargo, en campaña habían obedecido a los generales.
Cualquiera que fuese la situación interna, mientras se había
mantenido la disciplina militar habían podido resistir; pero
ahora los soldados romanos practicaban la desobediencia
sistemática a los magistrados, incluso en los campamentos:
durante la última guerra, en el mismo frente, en pleno 11
combate, las tropas se habían puesto de acuerdo para dar
voluntariamente la victoria a los ecuos[203] ya vencidos,
habían abandonado las banderas, habían dejado solo al
general en el frente de batalla, habían regresado al campa-
mento sin que se les ordenase. Si se hacía presión, sin duda 12
alguna Roma podía ser vencida por sus propios soldados:
lo único que se requería era declarar la guerra y hacer una
demostración militar; el destino y los dioses se encargarían
por sí mismos del resto. Estas esperanzas habían hecho que
los etruscos tomasen las armas, después de tantas alternati-
vas de victorias y derrotas.

Por su parte, a los cónsules romanos lo único que los 45
atemorizaba eran sus propias fuerzas, sus propias tropas; el

---

[203] Según II 43, 5, Fabio había dirigido las tropas contra los veyentes, no contra los ecuos.

recuerdo del desastroso precedente de la última guerra les hacía temer que pudiesen llegar a una situación en la que
2 hubiesen de tener miedo de ambos[204] ejércitos a la vez. Por eso se mantenían en el interior del campamento, sin entrar en combate, debido a la amenaza del doble peligro: tal vez el tiempo y las circunstancias llegarían a calmar las iras y
3 hacer entrar en razón a las mentes. Los enemigos, veyentes y etruscos, se movían por ello con más prisa; los provocaban a la pelea: en un principio, corriendo a caballo delante del campamento y desafiándolos; después, como no conseguían nada, insultando, unas veces, a los propios cónsules
4 y, otras, a los soldados con que en la comedia de sus luchas intestinas habían encontrado una coartada para su miedo, y los cónsules no es que pusieran en duda la fidelidad de sus soldados, sino que no confiaban en su valor. «¡Bonita manera de rebelarse, estarse en silencio y sin mover un dedo estando armados!» A esto añadían burlas más o menos fundadas sobre el origen poco ilustre de su raza.
5 Estos gritos insultantes que se oían al pie de los atrincheramientos y de las puertas mismas del campamento, los cónsules los sobrellevaban con disimulada satisfacción; pero la tropa, más falta de experiencia, se debatía entre sentimientos de indignación y de vergüenza y se olvidaba de los problemas internos; no quería dejar impunes los insultos del enemigo, no quería que se apuntasen un triunfo los patricios ni los cónsules; había en su interior
6 una pugna entre el odio a los de fuera y a los de dentro. Al fin se impuso el odio a los del exterior: tan fanfarrona e insolentemente se chanceaba el enemigo. Acuden en masa
7 al pretorio, exigen el combate, piden que se dé la señal. Los cónsules, simulando que van a deliberar, se reúnen en consejo y conferencian largo y tendido. Deseaban combatir,

[204] Del propio y del enemigo.

pero tenían que refrenar y disimular su deseo para, con su resistencia y su demora, redoblar el coraje de los soldados una vez suscitado. Envían la respuesta de que se trata de 8
un tema poco maduro; que todavía no es el momento de combatir; que permanezcan en el interior del campamento. Después, hacen transmitir la orden de que queda prohibido luchar; si alguno lucha sin que se le ordene, será tratado como enemigo. Al ser despedidos en estos términos, cuanto 9
mayor es su convencimiento de que los cónsules se oponen, más se acentúa su ardor guerrero. Vienen, además, a exacerbarlo los enemigos redoblando su arrogancia ante la noticia de que los cónsules han decidido no combatir: desde luego pueden insultar impunemente; y no se les con- 10
fían armas a los soldados; la situación está a punto de estallar en una revuelta definitiva, ha llegado el final del imperio romano. En esta confianza se acercan corriendo hasta las puertas, profieren injurias, les cuesta trabajo contenerse y no asaltar el campamento. Realmente, los romanos no 11
podían seguir soportando aquella afrenta; desde todos los rincones del campamento se corre ante los cónsules; ya no presentan su petición ordenadamente, como con anterioridad, a través de los primeros centuriones[205], sino que reclaman en masa, a gritos, con alboroto. La situación estaba a punto; sin embargo, se muestran remisos. Al fin, 12
Fabio, viendo que su colega está a punto de ceder ante el creciente tumulto por miedo a un amotinamiento, ordena silencio con un toque de trompeta y dice: «Yo estoy seguro, Gneo Manlio, de que estos hombres pueden vencer; pero ellos mismos han hecho que yo no esté seguro de si quieren. Por consiguiente, estoy firmemente decidido a no dar 13
la señal, si no juran que saldrán vencedores de este combate. Los soldados faltaron una vez a su palabra, en el

[205] Los que mandaban la primera centuria de cada cohorte.

frente, a un cónsul romano: a los dioses nunca les faltarán.» Había un centurión, Marco Flavoleyo, uno de los
14 más insistentes en exigir el combate: «Marco Fabio —dijo—, saldré vencedor de la batalla»; si falta a su palabra, invoca contra sí la ira del padre Júpiter, de Marte Gradivo y de los demás dioses. A continuación todo el ejército repite individualmente el mismo juramento. Cuando han prestado juramento se da la señal; toman las armas y mar-
15 chan al combate llenos de coraje y de esperanza. Conminan a los etruscos a que los injurien ahora, a que ahora que están armados se les ponga delante a uno de ellos un ene-
16 migo suelto de lengua. Aquel día dieron muestras de un valor fuera de lo común todos ellos, tanto plebeyos como patricios; el nombre de los Fabios brilló a la mayor altura: están resueltos a volver a ganarse en este combate la voluntad de la plebe, que las repetidas luchas civiles han puesto en contra suya.

46 Se forma el frente; ni los veyentes ni las legiones etruscas se echan para atrás. Esperaban casi con seguridad que no se lucharía contra ellos más que contra los ecuos; incluso no había que descartar alguna otra traición más grave, exasperados como estaban los ánimos e incierta la
2 situación. Las cosas sucedieron de manera bien distinta; en efecto, en ninguna guerra hasta entonces entraron los romanos en cambate con mayor encono, dado el grado de exasperación a que los habían llevado tanto los enemigos
3 con sus insultos como los cónsules con su demora. Apenas habían tenido tiempo los etruscos de desplegar sus líneas, cuando los romanos en el primer momento de desorden lanzaron sus picas, al azar más que haciendo puntería, y se entró ya en el combate cuerpo a cuerpo, con la espada, que
4 es el tipo de lucha más mortífero. En primera línea los Fabios ofrecían un espectáculo noble y ejemplar a sus compatriotas. Uno de ellos, Quinto Fabio, que había sido

cónsul dos años antes, avanzaba en cabeza contra una piña
de veyentes; un etrusco, temible por su fuerza y su habilidad en el manejo de las armas, cuando estaba desprevenido esquivando los numerosos golpes del enemigo, le atravesó el pecho con su espada; una vez extraída el arma, Fabio se
desplomó sobre su herida. La caída de un solo guerrero se 5
hizo sentir en ambos frentes, y el de los romanos empezaba a retroceder, cuando el cónsul Marco Fabio saltó sobre el cuerpo tendido y, cubriéndose con su escudo, dijo: «¿Esto es lo que habéis jurado, soldados, que volveríais fugitivos al campamento? ¿A unos enemigos tan cobardes les tenéis más miedo que a Júpiter y Marte por los que habéis jurado?
Pues yo, que no he prestado juramento, volveré vencedor o 6
caeré luchando aquí mismo junto a ti, Quinto Fabio.» Cesón Fabio, cónsul el año anterior, replicó al entonces cónsul: «Con semejantes palabras, hermano, ¿crees que vas tú a conseguir que luchen? Ya lo conseguirán los dioses por
los que juraron. En cuanto a nosotros, como debe ser tra- 7
tándose de nobles, como es digno del nombre de los Fabios, inflamemos el coraje de los soldados peleando más que exhortándolos.» Fue así como los dos Fabios, acudiendo al vuelo a primera línea lanza en ristre, arrastraron a todo el ejército.

Restablecido el combate por ese lado, el cónsul Gneo 47
Manlio animaba la lucha con un ardor similar en la otra ala, donde los vaivenes de la fortuna eran casi los mismos.
En efecto, al igual que Quinto Fabio en la otra ala, tam- 2
bién en ésta, cuando el cónsul Manlio estrechaba personalmente al enemigo ya casi puesto en fuga, lo secundaron valientemente sus soldados y, cuando gravemente herido
abandonó las filas, creyéndolo muerto retrocedieron; y 3
hubiesen abandonado su posición, si el otro cónsul con algunos escuadrones de caballería no se hubiese trasladado a aquel punto a galope tendido, gritando que su colega

estaba vivo y que él acudía victorioso después de desbaratar la otra ala, y no hubiese sostenido aquel revés de la
4 situación. También Manlio se hace ver, para recomponer el frente. Al reconocer los rasgos de los dos cónsules, se inflama el coraje de los soldados. Simultáneamente, el frente enemigo tenía menor consistencia debido a que, confiados en su superioridad numérica, habían retirado las
5 tropas de reserva enviándolas a atacar el campamento. Lo asaltaron sin gran resistencia y, mientras estaban entretenidos pensando más en el botín que en combatir, los triarios[206] romanos, que no habían podido resistir el primer asalto, enviaron informe a los cónsules sobre la situación y, después de agruparse, vuelven al pretorio y ellos solos por
6 propia iniciativa contraatacan. El cónsul Manlio, que había sido trasladado al campamento, colocando soldados en todas las puertas le había cortado la retirada al enemigo. Lo desesperado de la situación desató la rabia, más que la audacia, de los etruscos; pues, después de lanzar infructuosamente varios ataques corriendo hacia donde entreveían la posibilidad de una salida, los jóvenes, formando un solo grupo compacto, se lanzan contra el propio
7 cónsul, reconocible por sus armas. Los que lo rodeaban pararon los primeros golpes, después no pueden seguir conteniendo el ataque; el cónsul cae herido de muerte y los
8 que estaban en torno a él se dispersaron. La audacia de los etruscos va a más; a los romanos el pánico les hace correr en desbandada por todo el campamento, y la situación hubiese llegado a ser enormemente crítica, si los legados no hubieran abierto una puerta, después de retirar el cuerpo
9 del cónsul, para que los enemigos pudieran pasar. Se precipitan por ella y, al huir en desorden, van a dar con el otro

[206] Anacronismo; término perteneciente a la organización manipular. Formaban la retaguardia.

cónsul victorioso: de nuevo son entonces destrozados y dispersados en todas direcciones.

Se consiguió una brillante victoria, ensombrecida, sin
embargo, por dos pérdidas tan sensibles. Por esa razón, el 10
cónsul, cuando el senado decretó el triunfo, respondió que, si las tropas podían desfilar en triunfo sin el general, él accedía de buen grado en razón a su brillante comportamiento durante aquella guerra; en cuanto a él, estando su familia de luto por la muerte de Quinto Fabio, su hermano, y el Estado parcialmente huérfano por la pérdida de uno de los cónsules, no iba a aceptar un laurel desvirtuado
por el luto público y privado. El hecho de rehusar el 11
triunfo fue para él más honroso que cualquier triunfo efectivo, y es que la gloria oportunamente rechazada redunda a veces en una gloria mayor. A continuación, él mismo organiza, sucesivamente, las exequias de su colega y de su hermano y pronuncia, asimismo, el elogio fúnebre de ambos; atribuyéndoles sus propios méritos, se hacía él acreedor a
casi toda la gloria. Sin perder de vista la resolución que 12
había tomado al principio de su consulado de recuperar el favor de la plebe, distribuyó entre las familias patricias a los soldados heridos para que los atendiesen. A los Fabios se les asignó el mayor número de ellos, y en ningún otro sitio fueron mejor atendidos. Ya desde entonces fueron populares los Fabios, y esto no se debió a ninguna otra razón más que al servicio al Estado.

Los trescientos seis Fabios

Así pues, por voluntad de la plebe 48
tanto como del senado, Cesón Fabio, juntamente con Tito Verginio, fue nombrado cónsul y no se ocupó de la guerra ni del alistamiento ni de ningún otro problema antes de lograr, a la mayor brevedad, un entendimiento sólido entre patricios y plebeyos, una vez que había empezado ya a cristalizar parcialmente la esperanza

2 de concordia. Consiguientemente, a primeros de año propuso que antes de que surgiese algún tribuno favorable a la ley agraria, los propios senadores se adelantasen a hacer suya esta medida, que distribuyesen entre la plebe con la mayor equidad las tierras conquistadas: que lo justo era que las poseyesen aquellos con cuya sangre y sudor habían
3 sido conseguidas. Los senadores hicieron caso omiso; incluso se lamentaban algunos de que, con el exceso de gloria, aquella antigua energía de carácter de Cesón se hubiera ablandado y evaporado.

Esto no trajo como consecuencia ningún enfrenta-
4 miento partidista en Roma. Padecían los latinos las incursiones de los ecuos. Cesón, enviado allí con un ejército, se interna en el territorio de los propios ecuos para saquearlo. Los ecuos se retiraron a las plazas fuertes y se mantenían dentro de las murallas, razón por la cual no hubo ningún
5 combate memorable. Pero, por parte de Veyos, nos fue infligida una derrota por culpa de la temeridad del otro cónsul, y el ejército hubiese sido aniquilado, si Cesón Fabio no hubiese acudido oportunamente en su ayuda. Desde aquel momento no se estuvo en paz ni en guerra con los veyentes. La situación degeneró en una especie de ban-
6 dolerismo: ante las legiones romanas, retrocedían al interior de la población; cuando se apercibían de que las legiones habían sido retiradas, realizaban incursiones por los campos, esquivando alternativamente la guerra con la inacción y la inacción con la guerra. De este modo no se podía dejar de lado por completo la cuestión ni resolverla definitivamente. Había, además, otras guerras, que o bien apremiaban por su inminencia, como la de los ecuos y los volscos, que no se estaban quietos nada más que el tiempo necesario para que se les pasase el quebranto reciente de la última derrota, o bien se preveía que podían ser desencadenadas por los sabinos, siempre hostiles, y por Etruria

entera. Pero las hostilidades de Veyos, continuadas más 7
que graves, más por las afrentas que por el peligro solivian-
taban los ánimos, porque en ningún momento podían des-
entenderse de ellas y concentrar la atención en otra direc-
ción. La familia de los Fabios se presentó entonces en el 8
senado. Habla el cónsul en nombre de todos: «La guerra de
Veyos requiere, senadores, una acción defensiva conti-
nuada más que importante, como sabéis. Ocupaos vosotros
de las guerras restantes y enfrentad a los Fabios con los
veyentes. Nosotros garantizamos que por ese lado la majes-
tad del nombre de Roma quedará a salvo. Tenemos inten- 9
ción de llevar esta guerra como algo nuestro, de nuestra
familia, y corriendo nosotros con los gastos; que el Estado
se despreocupe de emplear en ella tropas ni dinero.» Se les
dieron las más expresivas gracias. El cónsul, después de 10
salir de la curia, vuelve a casa acompañado por todos los
Fabios, que habían estado de pie a la entrada de la curia
esperando el senadoconsulto. Reciben orden de presentarse
armados al día siguiente a la puerta del cónsul y, acto
seguido, se marchan a sus casas.

La noticia se difunde por toda la ciudad; los comenta- 49
rios laudatorios ponen a los Fabios por las nubes: «Una
sola familia ha asumido una carga del Estado; la guerra de
Veyos ha pasado a ser un problema privado, una lucha
privada. Si hubiera en Roma dos familias igualmente 2
poderosas, y reclamasen una los volscos y la otra los ecuos,
mientras el pueblo romano disfruta tranquilamente de la
paz, se podría someter a los pueblos vecinos.» Al día
siguiente, los Fabios toman las armas y se concentran
donde se les había ordenado. El cónsul, saliendo con el 3
manto de general, pasa revista ante la puerta a toda su
familia en formación de marcha, se coloca en el centro y da
la orden de partida. Jamás un ejército menos numeroso ni
más famoso y admirado desfiló por la ciudad: trescientos 4

seis guerreros, todos patricios, todos de una misma familia, a ninguno de los cuales se rechazaría como general, egregio senado para cualquier época[207], marchaban, amenazando con arruinar al pueblo de Veyos con las fuerzas de una sola
5 familia. Detrás iba la multitud de los suyos, parientes y amigos, rumiando esperanzas y temores no mediocres sino todos ilimitados, y detrás la multitud popular excitada por
6 la inquietud, muda de asombro y simpatía. Les desean valor, suerte, que consigan un resultado en consonancia con sus planes; después podrán esperar de ellos consulados
7 y triunfos, recompensas y honores de todas clases. Al pasar delante del Capitolio, de la ciudadela y de los demás templos, suplican a cuantos dioses se les ofrecen a la vista, a cuantos se les vienen a la mente, que propicien a aquella tropa una partida feliz y próspera y que los devuelvan
8 pronto sanos y salvos a su patria y a sus padres. Plegarias pronunciadas en vano. Saliendo por la vía maldita, por el arco derecho de la puerta Carmental[208], llegan hasta el río Crémera[209]. Esta posición les pareció muy a propósito para un campamento fortificado.

9 Entretanto, fueron nombrados cónsules Lucio Emilio y Gayo Servilio. Mientras la situación se limitó a acciones de pillaje, los Fabios no sólo se bastaban para asegurar la protección de su campamento, sino que, en toda el área en que limitan entre sí el territorio etrusco y el romano, mantuvie-

[207] Seguimos aquí la propuesta de Madvig. El texto que mantiene Bayet dice: «... misma familia, a ninguno de los cuales rechazaría como presidente el más selecto senado de cualquier época, marchaban...».

[208] La puerta Carmental: por el lado sudoeste del Capitolio. Se ha explicado que la puerta, llamada después *porta Scelerata,* tenía un arco de entrada y otro de salida; pero, en todo caso, no se ve claro el uso de esta puerta como salida por el *pons Sublicius.*

[209] Riachuelo que nacía en territorio de Veyos y desembocaba en el Tíber a 8 kilómetros de Roma. Zona del actual Fosso Valchetta.

ron la seguridad en toda su demarcación y el peligro en la del enemigo patrullando a un lado y otro de la frontera.
Después, las acciones de pillaje quedaron interrumpidas 10
por algún tiempo, cuando los veyentes hicieron venir al ejército etrusco para atacar el campamento de Crémera y las legiones romanas, conducidas por el cónsul Lucio Emilio, se enfrentaron en campo abierto con los etruscos; los veyentes, por su parte, apenas tuvieron tiempo de formarse
en línea: durante el desorden inicial, mientras forman las 11
líneas detrás de las enseñas y sitúan las fuerzas de reserva, el ala de la caballería romana los atacó de flanco y les quitó toda posibilidad de atacar e, incluso, de resistir.
Rechazados en desorden hasta las Rocas Rojas[210], donde 12
tenían el campamento, imploran la paz. Después de haberla conseguido, la ligereza de su carácter hizo que se arrepintieran antes de que los refuerzos romanos hubiesen sido retirados de Crémera.

De nuevo, los Fabios volvían a encontrarse en lucha 50
con el pueblo de Veyos, sin que el aparato bélico se hubiese incrementado; y no se trataba sólo de incursiones por los campos o de ataques por sorpresa a los que hacían las incursiones, sino que, de vez en cuando, se entablaba a
campo abierto una batalla en regla, y una sola familia del 2
pueblo romano cobró a menudo una victoria sobre una de las ciudades más opulentas para aquellos tiempos de Etru-
ria. Primero esto les resultó amargo y humillante a los 3
veyentes; después, a la vista de las circunstancias, concibieron la idea de coger en una trampa a sus arrogantes enemigos; se alegraban incluso de que la audacia de los Fabios
fuese en aumento con sus repetidos éxitos. De ahí las reses 4
puestas de vez en cuando a su alcance, como si la casuali-

---

[210] Actual Prima Porta; a 8 kilómetros de Roma en la vía Flaminia. Zona estratégica como encrucijada de varias rutas.

dad las hubiese llevado allí, cuando andaban a la caza de
botín, y los campos desiertos, abandonados por el éxodo
de los campesinos, y de ahí que los destacamentos armados
enviados para impedir el pillaje emprendieran la huida
5 presa de un pánico a menudo más fingido que real. Los
Fabios habían llegado ya a infravalorar de tal manera al
enemigo, que estaban convencidos de que sus armas invic-
tas no podían ser resistidas en ninguna parte ni en ningún
momento. Esta confianza los impulsó a lanzarse sobre unas
reses que avistaron lejos de Crémera a gran distancia en la
llanura, a pesar de que aquí y allá se divisaban enemigos
6 armados. Sin pensarlo dos veces, sobrepasaron en precipi-
tada carrera una emboscada preparada al lado mismo del
camino y se dispersaron para hacerse con el ganado, di-
seminado aquí y allá como siempre que se lo asusta; de
repente se produce la salida de la emboscada: por delante,
7 por todas partes había enemigos. Primero los llenó de
pánico el griterío difundido en torno suyo, después los
dardos caían desde todas las direcciones; al desarrollar los
etruscos un movimiento centrípeto, se vieron enseguida
rodeados por una línea ininterrumpida de hombres arma-
dos, y cuanto más avanzaba el enemigo, más reducido era
el espacio en que se veían obligados también ellos a estre-
8 char su círculo: esta maniobra ponía en evidencia su esca-
sez numérica y la multitud de los etruscos, cuyas filas se
iban multiplicando a medida que el espacio se reducía.
9 Renunciando, entonces, a la lucha que sostenían con la
misma intensidad en todas las direcciones, cargan todos a
la vez sobre un único punto; haciendo presión allí con sus
cuerpos y con sus armas, formando cuña, se abrieron
10 camino. Este camino los llevó a una colina de pendiente
suave. Una vez allí, primero hicieron alto; poco después,
cuando lo elevado de su posición les dio ocasión de poder
respirar y recuperarse de tan tremendo susto, rechazaron

incluso a los que los atacaban desde abajo, y gracias a lo ventajoso de su posición aquel puñado de hombres hubiera sin duda vencido, si los veyentes, rodeándolos por una elevación del terreno, no hubieran ido a salir a la cima de la colina. De este modo el enemigo quedó, a su vez, en posi- 11
ción más ventajosa. Los Fabios fueron muertos sin exceptuar ni uno y el campamento fue tomado. Se está de acuerdo en que murieron trescientos seis, que quedó solamente uno que no había llegado del todo a la edad adulta[211], destinado a perpetuar la estirpe de los Fabios y a constituir a menudo el más firme apoyo del pueblo romano en situaciones política y militarmente críticas.

La guerra con Veyos, que asedia Roma, termina con un tratado de paz

Cuando sobrevino este desastre, ya 51
eran cónsules Gayo Horacio y Tito Menenio. Menenio fue enviado a toda prisa contra los etruscos, envalentonados con su victoria. También en esta ocasión 2
la lucha fue desafortunada, y el enemigo ocupó el Janículo; la ciudad hubiese sido sitiada, viniendo a sumarse a la guerra el agobio del hambre, pues los etruscos ya habían cruzado el Tíber, si no se hubiese hecho venir al cónsul Horacio del país de los volscos. Aquella guerra amenazó tan de cerca las murallas, que el primer combate, que quedó en tablas, se libró junto al templo de la Esperanza[212], y el segundo ante la puerta Colina: en éste, los romanos, aun- 3
que por bien poco, fueron superiores; sin embargo, esta confrontación dejó en mejores condiciones a los soldados, al recobrar su antigua moral, en orden a las batallas futuras.

---

211 Hay interpretaciones diversas para esta frase. Este Fabio será cónsul tan sólo diez años más tarde (III, 1, 1).

212 No se trata del templo del mercado de legumbres, construido cuando la primera guerra púnica, sino de otro situado junto a la puerta Prenestina, en zona estratégica por su elevación.

4 Aulo Verginio y Espurio Servilio son nombrados cónsules. Después del descalabro sufrido en el último combate, los veyentes renunciaron a presentar batalla regular; sus acciones eran de pillaje, y desde el Janículo, como desde una ciudadela, hacían incursiones en los campos romanos en todas direcciones; en ninguna parte estaban seguros ni
5 los campesinos ni el ganado. Al fin fueron cogidos en la misma trampa en que habían cogido ellos a los Fabios. Persiguiendo el ganado diseminado ante ellos intencionadamente como cebo, fueron a caer en una emboscada; al
6 ser más numerosos, la matanza fue mayor. La ira que les produjo esta derrota fue la causa desencadenante de un desastre mayor. En efecto, después de cruzar el Tíber por la noche, intentaron asaltar el campamento del cónsul Servilio. Rechazados con gran cantidad de bajas se retiraron
7 dificultosamente al Janículo. Inmediatamente el cónsul cruza también el Tíber y asienta el campamento y lo fortifica al pie del Janículo. Al día siguiente al rayar el alba, en parte embriagado por el éxito de la lucha de la víspera, pero sobre todo porque la escasez de trigo empujaba a resoluciones incluso arriesgadas con tal que hiciesen ganar tiempo, lanzó de manera temeraria un ataque frontal, Janí-
8 culo arriba, contra el campamento enemigo y sufrió un revés más vergonzoso que el infligido por él el día anterior; se salvaron él y sus tropas gracias a la intervención de su
9 colega. Los etruscos, cogidos entre dos frentes, huyendo alternativamente de uno y otro, fueron exterminados por completo. Fue así como una afortunada imprudencia sofocó la guerra contra Veyos.

52 Con la paz volvió a Roma la abundancia, gracias al trigo importado de la Campania y a que, una vez desaparecido el temor de los particulares a la escasez futura, saca-
2 ron el que tenían escondido. La consiguiente abundancia y la ociosidad volvieron de nuevo turbulentos los ánimos y se

buscaban dentro los viejos males desde que faltaban fuera. Los tribunos agitaban a la plebe con su veneno de siempre, la ley agraria; la incitaban contra la oposición de los patricios, y no sólo contra todos en general, sino contra las individualidades. Quinto Considio y Tito Genucio, promo- 3
tores de la ley agraria, fijan a Tito Menenio una fecha para comparecer ante el pueblo. Era mal visto por la pérdida del campamento de Crémera, siendo así que él, el cónsul, acampaba no lejos de allí; esto tuvo una influencia decisiva 4
en contra suya, y eso que el senado hizo a su favor los mismos esfuerzos que a favor de Coriolano, y la popularidad de su padre Agripa no había caído aún en el olvido. Los tribunos estuvieron moderados al fijar la pena: después 5
de haber pedido la pena capital, lo condenaron a una multa de dos mil ases. Esto le costó la vida: dicen que no pudo soportar la ignominia y la tristeza, que por ello enfermó y murió. Otro acusado posterior, Espurio Servilio, 6
al abandonar el cargo, durante el consulado de Gayo Naucio y Publio Valerio, citado a comparecer nada más comenzar el año por los tribunos Lucio Cedicio y Tito Estacio, afrontó los ataques de los tribunos no como Menenio, a base de súplicas suyas o de los senadores, sino a base de confiar enteramente en su inocencia e influencia personal. También a él se le incriminaba por la batalla del 7
Janículo contra los etruscos. Pero él, hombre de espíritu tan ardiente entonces ante su propio peligro, como anteriormente ante el de Roma, replicó no sólo a los tribunos sino a la plebe con un valiente discurso, reprochándoles la condena y la muerte de Tito Menenio, por intercesión de cuyo padre la plebe había sido en otro tiempo devuelta a Roma y tenía aquellos magistrados y aquellas leyes con los que ahora se insolentaba, y con su audacia conjuró el peligro. También le sirvió de ayuda su colega Verginio, citado 8
como testigo, al atribuirle una parte de su propia gloria;

pero le resultó todavía más útil la condena de Menenio: tanto se habían transformado los sentimientos.

53 Las luchas internas habían terminado: recomenzó la
guerra contra los veyentes, a los que habían unido sus
armas los sabinos. El cónsul Publio Valerio, después de
hacer venir tropas auxiliares latinas y hérnicas, es enviado
con un ejército contra Veyos y ataca rápidamente el cam-
pamento sabino, situado al pie de las murallas de sus alia-
dos; creó tal conmoción que, mientras salían corriendo en
desorden en pequeños grupos para rechazar el asalto del
enemigo, se apoderó de la puerta contra la que había lan-
2 zado el ataque inicial. Dentro del recinto del campamento
tuvo lugar, de inmediato, una carnicería más que un com-
bate. El tumulto se transfiere del campamento a la propia
ciudad; como lo harían si Veyos hubiese sido tomada, los
veyentes corren despavoridos por las armas. Parte acuden
en ayuda de los sabinos, parte caen sobre los romanos,
empeñados con todas sus fuerzas en el ataque del campa-
3 mento. Durante unos instantes éstos fueron rechazados y
desbaratados; después, hacen frente a ambos lados, mien-
tras que la caballería lanzada por el cónsul pone en fuga y
dispersa a los etruscos, y, a la misma hora, los dos ejérci-
tos, los dos pueblos más potentes y más próximos fueron
4 vencidos. Simultáneamente a estas operaciones llevadas a
cabo delante de Veyos, los volscos y los ecuos acamparon
en territorio latino y saquearon sus confines. Los latinos,
con sus solas fuerzas y las de los hérnicos, sin recibir de
Roma ni general ni fuerzas auxiliares, les tomaron el cam-
5 pamento; se hicieron con un enorme botín, además de
recuperar sus bienes. A pesar de todo, fue enviado desde
Roma contra los volscos el cónsul Gayo Naucio: no les
gustaba, supongo, que los aliados se acostumbrasen a gue-
rrear con sus propias fuerzas y su propia estrategia sin tro-
6 pas ni generales romanos. No hubo destrozo ni provoca-

ción de ninguna clase que no fuesen realizados contra los volscos y, sin embargo, no se consiguió impulsarlos a librar batalla.

Después fueron cónsules Lucio Furio y Gayo Manlio. 54
A Manlio le tocó hacerse cargo de los veyentes; pero no hubo guerra: se les concedió la tregua que pidieron de cuarenta años[213], mediante un tributo en trigo y en dinero.
A la paz exterior siguen automáticamente desavenencias 2
internas. La plebe estaba fuera de sí, aguijoneada por los tribunos con la ley agraria. Los cónsules, sin dejarse asustar en absoluto por la condena de Menenio ni por el riesgo corrido por Servilio, se oponen con todas sus fuerzas. Al dejar el cargo, Gneo Genucio, tribuno de la plebe, presentó acusación contra ellos.

La ley agraria provoca nuevos disturbios, hasta que al fin es aprobada

Lucio Emilio y Opiter Verginio ocupan el cargo de cón- 3
sules; en algunos analistas encuentro como cónsul a Julio Vopisco en lugar de Verginio. Aquel año, quienesquiera que fuesen los cónsules, Furio y Manlio acusados ante el pueblo abordan, vestidos con desaliño, a los patricios jóvenes tanto como a la plebe. Les aconsejan, los invitan a que 4
renuncien a los cargos y a la labor de gobierno; en cuanto a las fasces consulares, a la toga pretexta, a la silla curul, que las consideren únicamente como pompas fúnebres: adornados con estos brillantes distintivos, como con cintas de víctimas, se los destina a la muerte. Y si es tan grande el 5
atractivo del consulado, que se metan bien en la cabeza que desde ahora el consulado está dominado y sometido por el poder de los tribunos; que el cónsul, especie de subalterno de los tribunos, debe actuar atendiendo a un gesto, a una orden de los mismos; si hace un solo movimiento, si dirige 6

[213] Tal vez fuese de menos años, pues duró 37 (hasta el 437 a. C.), sin que se hable de ruptura de tratado.

una mirada de reojo a los patricios, si cree que existe en el Estado algo más que la plebe, que tenga bien a la vista el exilio de Gneo Marcio, la condena y la muerte de Mene-
7 nio. Inflamados por estas palabras, los patricios celebraron seguidamente reuniones no públicas, sino privadas, de las que no se dio conocimiento a la mayoría; en ellas, como en lo único en que se estaba de acuerdo era en que había que salvar, recurriendo a la ley o al margen de ella, a los acusados, se aprobaban sobre todo las propuestas más violentas y no faltaban partidarios de un golpe de audacia máxima.
8 Así pues, el día del juicio, mientras la plebe estaba en el foro en tensa espera, primeramente se extrañó de que no llegase el tribuno; después, al hacerse ya sospechoso el retraso, empezó a creer que la nobleza le había metido miedo y a quejarse de que la causa del Estado había sido
9 abandonada y traicionada; finalmente, los que habían esperado al tribuno ante su casa traen la noticia de que ha sido encontrado muerto en su domicilio. En cuanto este rumor se difunde por toda la asamblea, igual que se dispersa un ejército tras la muerte de su general, se disuelven en una y otra dirección. El pánico hizo presa de manera especial en los tribunos, advertidos por la muerte de su colega de la nula ayuda que las leyes sagradas suponían.
10 Los patricios no podían contener su alegría, y hasta tal extremo nadie sentía remordimiento por su delito, que incluso los inocentes querían dar la impresión de estar implicados, y se pregonaba a los cuatro vientos que había que domar el poder de los tribunos por medio de la violencia.

55 Inmediatamente después de este triunfo tan poco ejemplar, se decreta una leva y, asustados como estaban los tribunos, los cónsules la llevan a cabo sin la menor oposición.
2 La plebe entonces se llena de irritación, más por el silencio de los tribunos que por la autoridad de los cónsules, y dice

que se acabó su libertad; que se ha vuelto de nuevo a la antigua situación; que, juntamente con Genucio, ha muerto y ha sido enterrada la potestad tribunicia; que hay que idear y utilizar otro medio de hacer frente a los patricios: pues el único camino que hay es que la plebe se defienda 3 por sí misma, dado que no cuenta con ningún otro recurso; que, como tan sólo veinticuatro lictores están a las órdenes de los cónsules y, además, también ellos son miembros de la plebe, nada hay menos apreciable ni más débil, con tal que haya alguien dispuesto a despreciarlo; y que es uno mismo el que hace de ello algo importante y temible. Cuando ya se habían incitado unos a otros con estas expre- 4 siones, los cónsules enviaron un lictor contra Publilio Volerón, un plebeyo, porque decía que no había derecho a convertirlo en simple soldado, puesto que había mandado una centuria. Volerón apela a los tribunos. Como ninguno 5 vino en su ayuda, los cónsules ordenan que se le desnude y se preparen las varas. «Apelo al pueblo —dice Volerón—, puesto que los tribunos prefieren que un ciudadano romano sea azotado ante sus ojos a ser ellos mismos asesinados por vosotros en su propio lecho.» Cuanto más fuerte gritaba, con más saña le rasgaba las ropas y se las quitaba el lictor. Entonces, Volerón, dotado personalmente de gran 6 fuerza y, además, ayudado por algunos partidarios, rechazó al lictor y donde era más violento el griterío de los que protestaban indignados a su favor, allí va a refugiarse en medio de lo más nutrido de la masa gritando: «Apelo al 7 pueblo e imploro su apoyo; venid, ciudadanos; venid, camaradas: nada podéis esperar de los tribunos, necesitados ellos mismos de vuestra ayuda.» Sublevada, la multitud 8 se prepara como para el combate; parecía claro que se avecinaba una crisis total, que nada iba a ser respetado por nadie, ni derecho público ni privado. Los cónsules, al que- 9 rer hacer frente a tan violenta tempestad, comprobaron, sin

lugar a dudas, que la majestad está escasamente segura sin la fuerza: los lictores fueron maltratados, los fasces rotos, ellos empujados desde el foro a la curia, sin saber hasta
10 dónde haría llegar Volerón su victoria. Después, al ir apagándose el tumulto, convocan el senado y se quejan de las afrentas que han recibido, de la violencia de la plebe, de la
11 audacia de Volerón. Después de muchas intervenciones intransigentes prevaleció la opinión de los de más edad, que fueron del parecer de que no entrasen en pugna la ira del senado y la audacia de la plebe.

56 Volerón, envuelto en la simpatía de la plebe, es elegido en los comicios siguientes tribuno de la plebe para el año
2 en que fueron cónsules Lucio Pinario y Publio Furio. En contra de la opinión general, que creía que iba a hacer uso sin límites de su poder tribunicio para castigar a los cónsules del año anterior, posponiendo su resentimiento personal al interés común, ni siquiera de palabra maltrató a los cónsules y presentó al pueblo un proyecto de ley para que los magistrados de la plebe se eligiesen en comicios por tribus.
3 No era una cuestión sin importancia la que se ventilaba, a pesar de su formulación nada alarmante a primera vista, sino que les quitaba a los patricios toda posibilidad de llevar al tribunado a quienes quisiesen por medio de los votos
4 de sus clientes. A esta propuesta de ley, muy del agrado de la plebe, se oponían los patricios con todas sus fuerzas y, como la influencia de los cónsules o de los prohombres no podía lograr que al menos uno de los tribunos le pusiera el veto, que era la única manera efectiva de oponerse, se prolonga durante todo un año la discusión del tema, de gran
5 importancia en sí mismo. La plebe reelige a Volerón tribuno; los patricios, en la idea de que la cuestión iba llevar a enfrentamientos definitivos, nombran cónsul a Apio Claudio[214], hijo de Apio, odioso y hostil a la plebe ya

[214] Para Ogilvie, es probable que se trate del decénviro, pero que los

desde los altercados sostenidos por su padre. Le es asignado como colega Tito Quincio.

Desde principios de año no se trató de ninguna otra 6
cuestión antes que de la ley. Pero, así como Volerón había tenido la iniciativa de la misma, era Letorio, su colega, el que la promovía con un calor más reciente y más intenso. Su enorme gloria militar le hacía sentirse orgulloso, porque 7
no había nadie de su edad más intrépido. Mientras que Volerón se limitaba a hablar de la ley evitando el ataque a los cónsules, él empezó por acusar a Apio y a su familia, la más orgullosa y cruel para con la plebe romana; insistía en 8
que los patricios habían puesto en el cargo no a un cónsul, sino a un verdugo para atormentar y torturar a la plebe; su lenguaje rudo, al tratarse de un soldado, quedaba corto para su franqueza y su decisión. Por eso, no encontrando 9
palabras, dijo: «Ciudadanos de Roma, dado que, tal vez, no tengo tanta facilidad para hablar como para hacer lo que digo, acudid mañana; yo moriré aquí mismo ante vuestros ojos o sacaré adelante la ley.» Al día siguiente los tri- 10
bunos toman el recinto de los comicios; los cónsules y la nobleza permanecen reunidos en asamblea para obstaculizar la ley. Letorio ordena que sean expulsados todos los que no están llamados a votar. Unos jóvenes pertenecientes 11
a la nobleza se mantenían firmes sin hacer caso al *viator*[215]. Entonces, Letorio ordena que sean detenidos algunos de ellos. El cónsul Apio dice que un tribuno no tiene derecho nada más que sobre los plebeyos, pues no es magistrado 12
del pueblo, sino de la plebe; ni siquiera el cónsul tiene poder, según uso inveterado, para expulsar, porque la fórmula dice: «Si os parece, retiraos, Quirites.» Discutiendo

historiadores han preferido separar la personalidad de un cónsul respetable y la del decénviro.

[215] Funcionario a las órdenes del tribuno, aunque no en exclusiva.

sobre derecho podía con facilidad, e incluso burlándose,
13 desconcertar a Letorio. Así pues, el tribuno, encendido de cólera, envía al *viator* por el cónsul, y el cónsul al lictor por el tribuno gritando que se trata de un particular sin autori-
14 dad, sin magistratura; la inviolabilidad del tribuno no hubiese sido respetada, si toda la asamblea no se hubiese levantado amenazadora a favor del tribuno y en contra del cónsul y una multitud sobreexcitada no acudiese corriendo hacia el foro desde todos los puntos de la ciudad. A pesar de todo, Apio se empecinaba en hacer frente a semejante
15 tempestad, y se hubiera llegado a un enfrentamiento en el que hubiera corrido la sangre, si Quincio, el otro cónsul, encargando a los excónsules que sacasen del foro a su colega por la fuerza, si no podían de otra manera, no hubiese en persona, alternativamente, calmado con sus ruegos el furor de la plebe y pedido a los tribunos que di-
16 solvieran la asamblea: que diesen tiempo para que se calmase la cólera; que un aplazamiento no les quitaría su fuerza, sino que a la fuerza sumaría la reflexión; que el senado se sometería a la voluntad del pueblo y el cónsul a la del senado.

57 Le costó trabajo a Quincio calmar a la plebe, y mucho
2 más les costó a los senadores calmar al otro cónsul. Al fin, disuelta la asamblea de la plebe, los cónsules reúnen al senado. Después que el miedo y la ira inspiraron, alternativamente, intervenciones de distinto tono y a medida que transcurría el tiempo, se iban sintiendo llamados a pasar del apasionamiento a la reflexión, los ánimos se iban volviendo más refractarios a la lucha violenta, hasta el extremo de que daban las gracias a Quincio, porque, merced a su intervención, se había suavizado el enfrenta-
3 miento. Se le pide a Apio que se conforme con el grado de majestad consular que sea compatible con una ciudad bien avenida; que mientras los tribunos y los cónsules tiren cada

uno por su lado, no queda en medio nada consistente, el Estado queda desmembrado y desgarrado, se anda más a la búsqueda de ver en qué manos queda que de mantenerlo íntegro. Apio, por su parte, pone a los dioses y a los hom- 4
bres por testigos de que se está traicionando y haciendo dejación de la república por miedo; que no está falto el senado de la asistencia del cónsul, sino el cónsul de la del senado; que se están aceptando condiciones más duras que las aceptadas en el monte Sacro. Vencido, sin embargo, por el parecer unánime de los senadores, se calló; la ley pasa sin discusión.

Guerra con volscos y ecuos. Trayectoria final de Apio Claudio

Entonces, se eligieron por primera vez 58
los tribunos en comicios por tribus. Pisón sostiene que, además, al número primitivo se añadieron otros tres, mientras que anteriormente habían sido sólo
dos. Da, asimismo, el nombre de los tribunos: Gneo Sicio, 2
Lucio Numitorio, Marco Duilio[216], Espurio Icilio, Lucio Mecilio.

En plena revuelta de Roma, estalló una guerra con los 3
volscos y los ecuos. Habían devastado los campos, a fin de que si se producía una secesión de la plebe, encontrase en ellos asilo; después, al arreglarse la situación, retiraron su
campamento. Apio Claudio fue enviado contra los volscos, 4
a Quincio le correspondió encargarse de los ecuos. Apio daba muestras en campaña de la misma dureza que en Roma, con menos cortapisas porque no tenía las trabas de
los tribunos[217]. Odiaba a la plebe más aún que su padre: 5
¡Cómo! ¡Haber sido él derrotado por ella! ¡Siendo cónsul

[216] Aparece también la forma «Duelio».

[217] El poder de veto de los tribunos se circunscribía al interior de la ciudad.

él, elegido únicamente para hacer frente a la potestad tribunicia, haber sido aprobada una ley que con menos esfuerzo habían detenido los anteriores cónsules, en los que
6 no cifraban tantas esperanzas los patricios! La cólera y el despecho que esto le ocasionaba servían de acicate a su carácter altivo para castigar a las tropas con su autoritarismo. Pero no había fuerza que pudiera doblegarlas, tan intenso era el espíritu de lucha que había calado en los
7 ánimos. Todo lo hacían perezosa, lenta, descuidada e insolentemente; ni el pundonor ni el miedo los constreñía. Si pretendía que acelerasen el paso, ponían buen cuidado en avanzar más despacio; si acudía a activar una tarea, todos espontáneamente aminoraban su despliegue de actividad;
8 delante de él bajaban la cabeza, al pasar a su lado maldecían por lo bajo, hasta el punto de que aquel carácter en el que no había hecho mella el odio de la plebe, a veces se
9 conmovía. Después de haber puesto en juego todo su rigor, no tenía trato alguno con los soldados; decía que el ejército había sido corrompido por los centuriones; a veces, en son de burla, los llamaba «tribunos de la plebe» y «Volerones».

59 Los volscos no ignoraban nada de esto y, por ello, acentuaban su presión, a la espera de que el ejército romano llegase a sentir hacia Apio la misma animosidad
2 que había sentido hacia el cónsul Fabio. Fue, por lo demás, mucho más violento contra Apio que contra Fabio, pues no sólo no quiso vencer, como el ejército de Fabio, sino que quiso ser vencido. Formado en orden de batalla, escapó hacia el campamento en vergonzosa fuga y no se detuvo hasta que vio a los volscos atacando el atrincheramiento y haciendo una horrible matanza en la retaguardia.
3 Entonces se vieron forzados a combatir, para rechazar de la empalizada al enemigo ya vencedor, pero de forma, sin embargo, que quedase de manifiesto que los soldados romanos habían querido únicamente evitar que su campa-

mento fuese tomado, alegrándose por lo demás de su ignominiosa derrota. Sin sufrir por ello fisura alguna la 4
actitud altanera de Apio, quiso acentuar su rigor y convocó una reunión: acuden a él los legados y los tribunos de las legiones, y le aconsejan que de ninguna manera pretenda poner a prueba su autoridad, cuya fuerza se cifra por completo en el consentimiento de los que obedecen; le recuer- 5
dan que los soldados dicen abiertamente que no acudirán a la reunión, y aquí y allá se oyen voces reclamando que el campamento sea retirado del territorio volsco; que el enemigo victorioso hace poco estaba casi en las puertas y en la empalizada, y que a la vista está no la simple posibilidad de un grave desastre, sino todas sus evidentes características. Convencido al fin, dado que así no consiguen otra cosa 6
que un aplazamiento del castigo, desconvoca la reunión y ordena anunciar una marcha para el día siguiente; al amanecer el clarín da la señal de partida. En el preciso instante 7
en que la columna se desplegaba fuera del campamento, los volscos, como si hubiesen sido movilizados por la misma señal, atacan a la retaguardia. El desbarajuste se extendió hasta los de cabeza, y el pánico subsiguiente produjo tal desbandada entre banderas y manípulos, que ni se podían entender las órdenes ni formar las líneas. Nadie pensaba más que en la huida. Escaparon en desbandada por entre 8
montones de cadáveres y armas, de suerte que se cansó antes el enemigo de perseguirlos que los romanos de huir. Por 9
fin, reunidas las tropas después de su carrera desenfrenada, el cónsul, que había ido tras los suyos llamándolos inútilmente para que dieran la vuelta, acampó en territorio amigo. Convocó asamblea y acusó, no sin razón, al ejército de traición a la disciplina militar y de abandono de las banderas; preguntándoles uno por uno dónde estaba su 10
bandera, dónde estaban sus armas, hizo decapitar, después de azotarlos con las varas, a los soldados que no tenían

armas, a los abanderados que habían perdido sus banderas
11 y también a los centuriones y duplicarios[218] que habían abandonado sus puestos; del resto de la tropa fue ejecutado uno de cada diez, sacado a suerte.

60 En el frente contra los ecuos, por el contrario, cónsul y soldados iban a porfía en buenas maneras y favores mutuos; Quincio era por naturaleza más suave y, por otra parte, la dureza poco afortunada de su colega lo había
2 reafirmado en su manera de ser. Los ecuos no se atrevieron a exponerse, a la vista de tan buen entendimiento entre general y ejército, y dejaron que el enemigo recorriera a sus anchas su territorio sembrando el pillaje. Jamás en ninguna guerra anterior la caza de botín había ido tan lejos, y fue
3 entregado en su totalidad a los soldados. A esto había que añadir los elogios, que no son menos del agrado de los soldados que las recompensas. El ejército regresó en mejor disposición hacia el general, y por causa del general incluso hacia los senadores, diciendo que el senado les había dado a ellos un padre, y al otro ejército un amo.

4 Salpicada de éxitos y fracasos la marcha de la guerra, en medio de muy graves disensiones dentro y fuera de Roma, lo que dio relevancia al año transcurrido fueron, sobre todo, los comicios por tribus, hecho de mayor transcendencia como conquista, después de una empeñada
5 lucha, que por sus consecuencias prácticas, pues fue mayor el grado de dignidad que perdieron los propios comicios al excluir a los patricios de las asambleas[219], que el grado de fuerza añadido a la plebe o quitado a los patricios.

61 Vino a continuación un año más turbulento aún, bajo el consulado de Lucio Valerio y Tito Emilio, tanto por la

[218] Llamados así los que recibían doble ración, o doble paga cuando ésta se estableció, por actos de heroísmo.

[219] El que los patricios habían sido excluidos de los *comitia tributa* era casi un tópico del que no se buscaba confirmación.

lucha entre estamentos en torno a la ley agraria, como por el proceso de Apio Claudio, enemigo acérrimo de la ley y 2 defensor de la causa de los usufructuarios de las tierras del Estado como si fuese un tercer cónsul; lo citaron para comparecer ante el pueblo Marco Duilio y Gneo Sicio. Jamás hasta entonces había sido llevado ante la asamblea 3 del pueblo un acusado tan odiado por la plebe, blanco de la animosidad que había suscitado él personalmente y de la que había suscitado su padre. Tampoco los patricios se 4 habían empleado tan a fondo a favor de nadie, y lo hicieron a sabiendas: el defensor del senado, el reivindicador de su majestad, la barrera frente a cualquier agitación de los tribunos y de la plebe, ¡verse expuesto a las iras de la plebe únicamente por haberse excedido un poco en la lucha! Solamente uno de los patricios, el propio Apio Clau- 5 dio, no daba importancia alguna a los tribunos ni a la plebe ni a su propio proceso. Ni las amenazas de la plebe ni los ruegos del senado lograron en ningún momento convencerlo no ya para que cambiase su indumentaria o saludase a la gente en actitud suplicante, sino ni siquiera para que, cuando se viese su causa ante el pueblo, suavizase y remitiese un tanto en la habitual aspereza de su lenguaje. La misma expresión en su rostro, la misma altivez en su 6 semblante, el mismo calor en su oratoria, hasta el extremo de que gran parte de la plebe temía tanto a Apio en su figura de acusado como lo había temido en su papel de cónsul. Una sola vez intervino para defenderse, en el tono 7 acusatorio en que estaba acostumbrado a intervenir siempre, y su entereza dejó tan sorprendidos a los tribunos y a la plebe, que ellos mismos tomaron la iniciativa de aplazar el proceso para el día siguiente y, después, dejaron que el aplazamiento se prolongase[220]. No transcurrió así mucho 8

[220] La práctica clásica de los juicios populares señalaba tres sesiones, separadas por un intervalo legalmente establecido, con derecho, por parte

tiempo, pues antes de que llegase el día señalado murió de 9 enfermedad. Al intentar un tribuno de la plebe impedir que se pronunciase su oración fúnebre, la plebe no quiso que el día supremo de un hombre de aquella talla se viese privado de aquel solemne honor; prestó al elogio fúnebre del difunto la misma atención que había prestado a su requisitoria cuando estaba en vida, y acudió en masa a sus funerales.

Guerra con ecuos, sabinos y volscos. Toma de Ancio

62 Aquel mismo año el cónsul Valerio marchó con un ejército contra los ecuos. Al no conseguir obligarlos a librar batalla, intentó asaltar su campamento. Se lo impidió una terrible tempestad que cayó
2 del cielo con granizo y truenos. Quedó aún más sorprendido a continuación, cuando, después de tocar a retirada, renació tal calma y serenidad que parecía que el campamento había sido protegido por alguna intervención divina y le entraron escrúpulos religiosos de volver a atacarlo. Todo el furor guerrero se encauzó hacia la devastación del
3 territorio. El otro cónsul, Emilio, llevó la guerra contra los sabinos. También en este caso, como el enemigo se mantenía dentro de las murallas, su territorio fue sometido al
4 pillaje. Después, los incendios de las caserías e, incluso, de aldeas muy pobladas hicieron salir a los sabinos, que corrieron al encuentro con los saqueadores, y, después de un choque sin claro vencedor, se separaron y al día siguiente trasladaron el campamento a un lugar más
5 seguro. Esto le pareció al cónsul suficiente para dejar al

---

del acusado, a intervenir otras tantas veces, después de lo cual se pronunciaba el pueblo sobre la pena propuesta. Apio ha tenido una sola ocasión de hablar, y muere antes de la siguiente. Aquí o bien Livio no considera implantada aún tal práctica, o se trata de una confusión, o bien el intervalo siguiente a la primera sesión fue más largo del previsto por la ley.

enemigo, como si lo hubiese vencido, retirándose sin haber resuelto la guerra.

Durante estas guerras y mientras continuaban las ten- 63
siones interiores, fueron nombrados cónsules Tito Numicio
Prisco y Aulo Verginio. Los indicios eran de que la plebe 2
no iba a tolerar más aplazamientos de la ley agraria y que se estaba gestando una rebelión armada, cuando se tuvo noticia de la llegada de los volscos por el humo de las caserías incendiadas y la huida de los campesinos. Esta circunstancia contuvo la rebelión, madura ya y a punto de estallar. Al sacar los cónsules, enviados inmediatamente por el 3
senado, de la ciudad a la juventud para la guerra, el resto
de la plebe quedó más apaciguada. El enemigo, sin 4
embargo, contentándose con haber obligado a los romanos a un despliegue de fuerzas con la falsa alarma, se retira a
marchas forzadas. Numicio marcha sobre Ancio contra los 5
volscos, Verginio contra los ecuos. Allí una emboscada estuvo a punto de ocasionar un grave desastre, pero el valor de la tropa reparó la situación comprometida por la
negligencia del cónsul. El mando fue más hábil contra los 6
volscos: el enemigo fue dispersado en el primer combate y obligado a huir a la ciudad de Ancio, una de las más opulentas para la época. No atreviéndose a atacarla, el cónsul tomó a los anciates la plaza de Cenón[221], mucho menos
opulenta. Mientras ecuos y volscos mantienen ocupados a 7
los ejércitos romanos, los sabinos extienden el pillaje hasta las puertas de Roma. Pocos días más tarde, al invadir enfurecidos ambos cónsules su territorio, los dos ejércitos les ocasionaron más destrozos que los que ellos habían causado.

A finales del año hubo un corto período de paz, pero, 64
como en todas las demás ocasiones, de paz turbada por la

[221] Cenón, que era el puerto de Ancio, no aparece mencionada en ninguna otra parte.

pugna entre patricios y plebeyos. La plebe, irritada, no
2 quiso participar en las elecciones consulares; los patricios y
sus clientes nombraron cónsules a Tito Quincio y Quinto
Servilio. El año de su consulado es parecido al anterior:
disturbios al principio, calma después, propiciada por una
3 guerra exterior. Los sabinos, atravesando a toda marcha el
territorio de Crustumerio, ocasionaron muertes e incendios
en las riberas del Anio, y fueron rechazados casi al lado de
la puerta Colina y de las murallas, llevándose sin embargo
4 un enorme botín en hombres y ganado. Salió en su perse-
cución el cónsul Servilio con un ejército lleno de furia; a la
columna propiamente dicha no pudo alcanzarla en campo
raso, pero llevó tan lejos la devastación que nada se libró
de su acción bélica y regresó dueño de toda clase de botín.

5 También contra los volscos fue muy brillante la gestión
de los intereses públicos, gracias a la aportación tanto del
general como de las tropas. Primeramente hubo un com-
bate en campo raso con gran cantidad de bajas por ambos
6 bandos, tremendamente sangriento, y los romanos, como
su escasez numérica era más sensible a las bajas, hubieran
retrocedido, si el cónsul, merced a un feliz embuste, no
hubiese arrastrado en pos de sí a sus tropas al gritar que el
enemigo huía en el ala opuesta. Se lanzaron a la carga y,
7 creyendo que estaban venciendo, vencieron; el cónsul, ante
el temor de que un acoso demasiado intenso provocase la
8 reanudación del combate, dio la señal de retirada. Transcu-
rrieron unos cuantos días, como si hubiese una tregua
tácita para tomarse un descanso por ambas partes; durante
esos días un enorme contingente de hombres procedentes
de todos los pueblos volscos y ecuos llegó al campamento,
no dudando de que si los romanos se enteraban se marcha-
9 rían durante la noche; por consiguiente, alrededor de la
10 media noche vienen a atacar el campamento. Quincio, des-
pués de calmar el revuelo que había provocado la súbita

alarma, da orden de que los soldados permanezcan tran-
quilos en las tiendas, hace salir a montar guardia a la
cohorte de los hérnicos, ordena a los corneteros y trompe-
teros que monten a caballo y que toquen delante de la
empalizada manteniendo al enemigo alertado hasta el
amanecer. Durante el resto de la noche reinó tal calma en 11
el interior del campamento, que los romanos incluso pudie-
ron dormir. A los volscos, la vista de aquellos soldados de
infantería armados, que ellos tomaban por romanos y por
más de los que eran, los resoplidos y los relinchos de los
caballos que se encabritaban al extrañar al jinete y al casti-
garles los tímpanos la algarabía, todo esto los tuvo en vilo
como si fuese a producirse un ataque del enemigo.

Cuando amaneció, los romanos, en plenitud de fuerzas 65
y habiendo dormido a sus anchas, formaron el frente y, al
primer choque, desbarataron a los volscos cansados por
haber permanecido de pie y sin dormir; en realidad, fue 2
más un repliegue del enemigo que una derrota, porque a su
espalda había unas colinas a las que pudieron retirarse con
seguridad sus líneas cubiertas por la primera. El cónsul, al
llegar a la posición desventajosa, dio a sus tropas la orden
de alto. Los soldados eran reacios a detenerse, gritaban
pidiendo que se les permitiese acosar al enemigo derrotado.
Más destemplado es el comportamiento de los de caballe- 3
ría: rodean al general y a gritos le dicen que ellos pasarán
delante de las enseñas. Ante las dudas del cónsul, que con-
fía en el valor de sus hombres, pero al que ofrece poca
confianza su posición, gritan a una que allá van, y a los
gritos sigue la acción. Clavan en tierra sus picas para subir
la pendiente más ligeros y se lanzan hacia arriba a paso de
carga. Los volscos, después de agotar sus armas arrojadizas 4
contra los primeros atacantes, hacen rodar las piedras que
encuentran a sus pies contra los asaltantes, y desde su posi-
ción ventajosa deshacen sus filas y los abruman con una

lluvia de proyectiles. De esta forma el ala izquierda de los romanos hubiese sido aplastada, si, cuando comenzaba ya a retroceder, el cónsul, acusándolos ya de insensatos ya de cobardes, no los hubiese impulsado a sobreponerse al
5 miedo por pundonor. Se detuvieron de pronto, dispuestos a no ceder; después, como aguantando firmes en su posición rechazan el ataque enemigo, se deciden a iniciar, a su vez, un avance y lanzando de nuevo el grito de ataque se ponen en movimiento; vuelven a la carga, avanzan con
6 ahínco y vencen la dificultad del terreno. Estaban ya a un paso de ganar la cima de la colina, cuando el enemigo emprendió la huida, y en carrera desenfrenada perseguidores y perseguidos casi confundidos penetraron en el campamento. En medio del consiguiente pánico, el campamento es tomado; los volscos que consiguieron escapar se
7 dirigen a Ancio. También el ejército romano marcha sobre Ancio. Después de algunos días de asedio, capitula, sin ningún nuevo ataque de los sitiadores, porque, a raíz de su derrota y de la pérdida de su campamento, los volscos estaban desmoralizados.

LIBRO III

SINOPSIS

Caps. 1-8: CUESTIÓN AGRARIA. GUERRA CON ECUOS Y VOLSCOS. PESTE.

Vía de compromiso para la cuestión agraria (1, 1-7).

Años de guerra con los ecuos (1, 8-6, 1).

La peste. Ecuos y volscos vencen a los aliados y, a su vez, son vencidos por Roma tras su recuperación (6, 2-8).

Caps. 9-32: LA PROPOSICIÓN TERENTILIA.

Poder tribunicio contra poder consular: la proposición Terentilia (9-10).

Obstrucción violenta de los tribunos a las levas y de los patricios a la proposición Terentilia: Cesón, proceso y exilio (11-15, 3).

Exiliados y esclavos ocupan el Capitolio (15, 4-19, 1).

Lucio Quincio Cincinato, cónsul (19, 2-21).

Altibajos en las contiendas con ecuos y volscos, alternando con tensiones internas a causa de la ley (22-26, 5).

Lucio Quincio Cincinato, dictador (26, 6-29).

Guerra con ecuos y sabinos. Número de tribunos elevado a diez. Tensiones por la ley. El hambre y la peste (30-32).

Caps. 33-54: EL DECENVIRATO.

El decenvirato. Los felices inicios del decenvirato. La ley de las XII tablas (33-35).

El segundo colegio de decénviros: giro hacia la tiranía (36-38, 7).

Los decénviros en aprietos: ataques de sabinos y ecuos, absentismo y ataques por parte del Senado (38, 8-41).
Derrotas en ambos frentes bélicos. Asesinato de Lucio Sicio por orden de los decénviros (42-43).
Atropello legal y muerte de Virginia (44-48).
Reacción popular, tropas incluidas: caída de los decénviros (49-54, 10).

Caps. 54-59: RESTAURACIÓN REPUBLICANA.

Restauración y afianzamiento legal de las instituciones republicanas (54, 11-55).
Procesamiento de los exdecénviros: Apio y Espurio Opio (56-59).

Caps. 60-72: GUERRA CON ECUOS, VOLSCOS Y SABINOS. ARBITRAJE.

Guerras y victorias sobre ecuos, volscos y sabinos (60-63).
Tensiones internas: la reelegibilidad, la negativa al llamamiento a filas (64-66).
Intervención de Tito Quincio Capitolino. Victoria sobre volscos y ecuos (67-70).
Vergonzosa tercería de la asamblea del pueblo (71-72).

Vía de compromiso para la cuestión agraria

1 Tras la toma de Ancio son nombrados cónsules Tito Emilio y Quinto Fabio. Era éste el único que había sobrevivido al exterminio de su familia en el Crémera.
2 Emilio ya durante su anterior consulado se había mostrado partidario de repartir tierras a la plebe; por ello, también durante su segundo consulado se avivaron las esperanzas de los agraristas de conseguir la ley; los tribunos, por su parte, convencidos de que con el apoyo de un cónsul se podrá lograr sin duda el proyecto repetidas veces intentado con la oposición de los cónsules, lo reasu-
3 men; el cónsul seguía siendo del mismo parecer. Los que detentaban la posesión de las tierras, una gran parte de los

patricios, con la queja de que una de las cabezas del Estado se estaba lanzando a una política propia de tribunos y se granjeaba popularidad a base de repartir bienes ajenos, habían conseguido que toda la animosidad que el tema suscitaba tomase como blanco al cónsul, en vez de a los tribunos. Se hubiera producido un durísimo enfrenta- 4
miento, si Fabio no hubiese encontrado una salida al conflicto con un tratamiento que no resultaba hiriente para ninguna de las dos partes: había una porción considerable de terreno tomado a los volscos el año anterior bajo el mando y los auspicios de Tito Quincio; se podía enviar una 5
colonia a Ancio, ciudad cercana, bien situada y costera; de esta forma la plebe tendría acceso a la tierra sin quejas por parte de los que eran propietarios de hecho, y el Estado estaría en paz. Esta propuesta suya fue aceptada. Nom- 6
bra[222] triúnviros para el reparto de tierras a Tito Quincio, Aulo Virginio y Publio Furio. Se pidió que dieran su nombre los que querían recibir tierras. Desde el primer 7
momento las facilidades, como siempre, provocaron desgana, y se apuntaron tan pocos que, para completar los efectivos de la colonia, hubo que añadir volscos; la masa restante prefería reclamar tierras en Roma a recibirlas en otra parte.

Años de guerra con los ecuos

Los ecuos pidieron la paz a Quinto 8
Fabio, que al frente de su ejército había entrado en su país, y ellos mismos la dejaron sin efecto al hacer una incursión repentina en territorio latino.

Al año siguiente, Quinto Servilio, que fue cónsul junta- 2
mente con Espurio Postumio, fue puesto al cargo de la campaña contra los ecuos y estableció un campamento permanente en territorio latino. El ejército, afectado por

---

[222] En realidad, no eran nombrados, sino elegidos.

2 una enfermedad, se vio abocado a un descanso forzoso. La guerra se prolongó dos años, hasta el consulado de Quinto Fabio y Tito Quincio. Le fue encomendada a Fabio por una medida extraordinaria[223], ya que había vencido y con-
3 cedido la paz a los ecuos. Partió éste enteramente convencido de que la fama de su nombre haría deponer las armas a los ecuos, y envió una legación a su asamblea con instrucciones de comunicarles que el cónsul Quinto Fabio les hacía saber que él había llevado la paz de los ecuos a Roma, y de Roma traía a los ecuos la guerra, con las armas en la misma mano que anteriormente les había ten-
4 dido desarmada; que los dioses eran entonces testigos y, después, vengadores de quienes eran los responsables de semejante deslealtad y perjurio; que, no obstante, él, en todo caso, incluso en las circunstancias presentes, prefería que los ecuos se arrepintiesen espontáneamente a que reci-
5 biesen un trato de enemigos; si se arrepentían, podrían acogerse con todas las garantías a una clemencia que ya conocían por experiencia; pero, si persistían en su perjurio, más que con un enemigo iban a entrar en guerra con la
6 cólera de los dioses. El efecto de estas palabras fue nulo, hasta el extremo de que poco faltó para que los mensajeros recibiesen malos tratos y se envió un ejército al Álgido[224]
7 contra los romanos. Cuando se llevó a Roma la noticia de este comportamiento, la indignación ante el mismo, más que el peligro, provocó la salida de la ciudad del otro cón-

[223] En situaciones críticas, el Senado, responsable hasta el siglo II a. C. de la distribución anual de *prouinciae* entre los cónsules, podía designar directamente a uno de ellos para una tarea concreta, en lugar de seguir el procedimiento ordinario: el sorteo o el acuerdo mutuo entre los cónsules.

[224] Monte del Lacio, cercano a Túsculo, ciudadela natural para los ecuos (891 m. de altura), escenario casi continuo de operaciones bélicas en el libro III: podía decidirse en él el paso de los romanos hacia la Campania.

sul, y así los dos ejércitos consulares marcharon contra el
enemigo en orden de batalla para entrar en combate sin
pérdida de tiempo. Pero, como coincidía que el día tocaba 8
a su fin, uno de los centinelas enemigos grita: «Romanos,
eso es hacer ostentación de fuerzas, no hacer la guerra:
formáis vuestras líneas cuando la noche está al caer. Preci- 9
samos más día para el combate que se avecina. Formaos de
nuevo mañana a la salida del sol: habrá ocasión de luchar,
no temáis.» Las tropas, irritadas por estas palabras, son 10
reconducidas al campamento a la espera del día siguiente,
sintiendo que se avecinaba una larga noche que demoraba
el combate. Reponen, sin embargo, sus fuerzas con la
comida y el sueño. Al amanecer el día siguiente, el frente
romano se formó con bastante antelación; por fin se pre-
sentaron también los ecuos. Se combatió encorajinada- 11
mente por una y otra parte, pues los romanos luchaban
llenos de ira y de rabia, y a los ecuos los forzaba a ser
audaces y arriesgados sin límite la conciencia del peligro a
que se veían abocados por su culpa y la desesperanza de
que en el futuro se creyese en su palabra. No pudieron, sin 12
embargo, los ecuos resistir al frente romano; después de
retirarse, batidos, a su propio territorio, en lugar de mos-
trar una actitud más proclive a la paz, aquellas gentes cerri-
les increpaban a sus jefes por haber encomendado su suerte
a una batalla regular, terreno en el que la pericia de los
romanos era sobresaliente, mientras que los ecuos eran 13
mejores en el terreno de las expediciones de saqueo y de las
incursiones y obtenían más triunfos bélicos divididos en
numerosos grupos sueltos que amontonados en un gran
ejército único.

Dejando, pues, una guarnición en el campamento, 3
hicieron una salida internándose en territorio romano de
manera tan impetuosa que llevaron el pánico hasta la pro-
pia Roma. Lo inesperado de la acción contribuyó también 2

a incrementar el revuelo, porque lo último que se podía
temer era que un enemigo vencido y casi acorralado en su
campamento fuese a pensar en una operación de saqueo;
3 además, los campesinos asustados, aglomerándose en las
puertas, hablaban a gritos no de una incursión de pillaje ni
de pequeños grupos de saqueadores, sino de la llegada de
ejércitos, de legiones enemigas a la carrera hacia Roma con
sus columnas en son de guerra, exagerándolo todo en su
4 miedo sin fundamento. Los que estaban cerca de ellos
transmitían a otros aquellos rumores poco consistentes y,
por eso mismo, más carentes de fundamento. Las carreras
y los gritos de los que llamaban a las armas diferían bien
5 poco de la conmoción de una ciudad tomada. Casual-
mente, el cónsul Quincio había regresado del Álgido a
Roma: esto supuso el remedio contra el miedo. Apaciguó
el tumulto, les echó en cara que tuviesen miedo de un ene-
6 migo vencido y puso guardias en las puertas. Convocó, a
continuación, al senado y, después de decretar, con el
refrendo de los senadores, la suspensión de la administra-
ción de la justicia[225], marchó a asegurar la defensa de las
fronteras dejando a Quincio Servilio como prefecto de la
7 ciudad[226] y no encontró al enemigo en los campos. El otro
cónsul resolvió admirablemente la situación: sabiendo por
dónde iba a pasar el enemigo, atacó a la columna que mar-
chaba cargada con el botín y, por ello, maniobraba con
8 dificultad, y le hizo lamentar su pillaje. Pocos enemigos se
escaparon de la emboscada; el botín fue recuperado en su

---

[225] Un peligro muy grave o una calamidad pública podía determinar una especie de estado de sitio con suspensión de los negocios y cierre temporal de los tribunales. Se llamaba *iustitium* y podía declararlo el Senado o el dictador.

[226] En ausencia de ambos cónsules por encontrarse en el frente, sus funciones son ejercidas en Roma por el *praefectus urbis*.

totalidad. El regreso a Roma del cónsul Quincio puso fin al cierre de los tribunales, cuya duración fue de cuatro días.

Se realizó, a continuación, el censo y Quincio procedió 9
al cierre del lustro[227]. Fueron censados, dicen, ciento cuatro mil setecientos catorce ciudadanos, sin contar huérfanos y viudas.

En lo referente a los ecuos, nada digno de mención se 10
llevó a cabo después: se retiraron a sus plazas fuertes, dejando que sus bienes fuesen quemados y saqueados. El cónsul, después de recorrer repetidas veces el territorio enemigo sembrando el pillaje con sus tropas en son de guerra, retornó a Roma cubierto de gloria y cargado de botín.

Fueron cónsules, a continuación, Aulo Postumio Albo 4
y Espurio Furio Fusco. (Algunos escriben Furio Fusio: lo advierto para que nadie tome por personas diferentes lo que es una diferencia de ortografía.) No había duda de que 2
uno de los cónsules llevaría la guerra contra los ecuos. Por ello, los ecuos pidieron ayuda a los volscos de Écetra; ofrecida ésta de buena gana, pues estos pueblos rivalizaron siempre en su odio hacia los romanos, se preparaba la guerra con todo empeño. Se enteran los hérnicos y se adelan- 3
tan a comunicar a Roma que Écetra se ha pasado a los ecuos. Recayeron también sospechas sobre la colonia de Ancio, por haberse refugiado entre los ecuos gran número de sus habitantes, después de la toma de la ciudad y de haber constituido éstos las tropas más aguerridas durante la guerra de los ecuos. Este contingente se dispersó, des- 4
pués, cuando los ecuos fueron empujados al interior de sus plazas, retornó a Ancio y acabó de poner en contra de Roma a la colonia ya de por sí no muy leal. Al ser infor- 5
mado el senado de que se estaba gestando la defección cuando todavía no había cuajado, encargó a los cónsules

227 Véase I 44, 2.

de que hiciesen venir a Roma a las personas más importantes de la colonia y les preguntasen qué era lo que estaba
6 ocurriendo. Acudieron éstos sin reparos, fueron introducidos por los cónsules en el senado y respondieron al interrogatorio de una forma que cuando marcharon eran más
7 sospechosos que cuando habían venido. A partir de ese momento la guerra se daba por cosa hecha. Uno de los cónsules, Espurio Furio, al cual le cayó en suerte aquella misión, marchó contra los ecuos; encontró al enemigo en el territorio de los hérnicos entregado al saqueo, y sin saber con qué efectivos contaba, porque no habían sido vistos todos juntos en parte alguna, cometió la imprudencia de lanzar al combate a sus tropas inferiores en número.
8 Rechazado al primer choque, se retiró al interior del campamento; ni siquiera esto supuso el fin del peligro, pues durante la noche y el día siguientes el campamento fue asediado y atacado con tal violencia que ni siquiera un mensa-
9 jero se pudo enviar de allí a Roma. Los hérnicos dieron la noticia de que había habido una derrota y que el cónsul y el ejército estaban bloqueados, y aterrorizaron tan intensamente a los senadores que, según la fórmula de senadoconsulto utilizada siempre en caso de necesidad extrema[228], se le encargó a Postumio, el otro de los cónsules, que tomase medidas para que el Estado se mantuviese a salvo.
10 Pareció que lo mejor era que el cónsul permaneciese en Roma para alistar a todos los que podían llevar armas; enviar en calidad de procónsul[229] a Tito Quincio en auxilio
11 del campamento con un ejército de aliados, y dar orden,

[228] El *senatusconsultum ultimum* decretaba el estado de excepción con suspensión de las libertades cívicas. Pero data del siglo II a. C.

[229] El procónsul desempeñaba en el ejército las funciones del cónsul que se quedaba en Roma (una especie de reverso del *praefectus urbis)*, pero aquí es un anacronismo, pues el cargo de procónsul no se regularizó hasta las Guerras Púnicas.

para la formación de este ejército, a los latinos, los hérni-
cos y la colonia de Ancio de proporcionar a Quincio sol-
dados «subitarios» —nombre que entonces daban a las tro-
pas aliadas reclutadas de manera repentina—.

A lo largo de aquellos días se efectuaron muchos 5
movimientos y muchos ataques por un lado y por otro,
porque, al estar en superioridad numérica, el enemigo
empezó a hostigar desde todos los flancos a las fuerzas
romanas, en la idea de que no iban a dar abasto a todo: de 2
manera simultánea se atacaba el campamento y parte del
ejército era enviado a saquear el territorio romano e,
incluso, a hacer una tentativa contra la propia Roma si la
ocasión se presentaba. Lucio Valerio quedó para defender 3
la ciudad, el cónsul Postumio fue enviado a rechazar de las
fronteras los saqueos. No se escatimó en ningún sentido el 4
cuidado ni el esfuerzo: se apostaron centinelas en la ciudad,
puestos de guardia ante las puertas, defensas en las mura-
llas y, medida obligada en medio de semejante conmoción,
se suspendió por unos cuantos días la administración de la
justicia. En el campamento, entretanto, el cónsul Furio, 5
primeramente, aguantó el asedio sin realizar movimientos;
después, hizo una salida por la puerta Decumana[230]
cogiendo desprevenido al enemigo, y aunque podía perse-
guirlo, se detuvo por miedo a que se produjese un ataque
contra el campamento desde el lado opuesto. Al legado 6
Furio[231] —que era, a la vez, hermano del cónsul— la carga
lo llevó más lejos: en el ardor de la persecución no advirtió
el repliegue de los suyos ni el ataque enemigo por su reta-
guardia; quedó así copado, y después de muchas tentativas
para abrirse paso hacia el campamento, cayó luchando
bravamente. Por su parte, el cónsul, al saber que su her- 7

230 Era ésta la puerta del lado opuesto al enemigo en el campamento.

231 El cónsul del año 472 a. C.

mano estaba cercado, volvió a la lucha, se lanzó en plena refriega de forma impulsiva más que racional, recibió una herida y fue retirado con dificultades por los que estaban junto a él, con lo cual sembró el desconcierto entre los
8 suyos y potenció el coraje de los enemigos. Enardecidos éstos por la muerte del legado y por la herida del cónsul, no hubo ya fuerza capaz de contenerlos: rechazados al interior del campamento, los romanos son asediados de nuevo, en situación de inferioridad moral y de fuerzas. La situación global se hubiese visto comprometida, de no haber venido en su ayuda Tito Quincio con tropas extran-
9 jeras. Cayó por la espalda sobre los ecuos que no prestaban atención más que al campamento romano y paseaban ostensible y orgullosamente la cabeza del legado; simultáneamente desde el campamento se hizo una salida al darles él una señal desde lejos, y cercó a un gran contingente de
10 enemigos. Las bajas de los ecuos fueron de menor consideración, pero su huida fue más a la desbandada en territorio romano; sobre ellos, cuando estaban desperdigados llevándose el botín, lanzó un ataque Postumio desde diversos puntos en los que había situado destacamentos muy a propósito. Cuando huían sin rumbo y en desorden, fueron a encontrarse con Quincio que volvía vencedor con el cónsul
11 herido. Entonces el ejército consular, en un brillante combate, vengó la herida del cónsul y la muerte del lugarteniente y de sus cohortes.

Los desastres sufridos e infligidos por una y otra parte
12 durante aquellos días fueron de consideración. Es difícil, al tratarse de acontecimientos tan remotos, asegurar con toda certeza la cifra exacta de combatientes y de caídos. Sin
13 embargo, Valerio Anciate no vacila en dar cifras: según él, cayeron cinco mil ochocientos romanos en territorio hérnico, el cónsul Aulo Postumio dio muerte a dos mil cuatrocientos de los saqueadores ecuos que andaban saqueando

en territorio romano; el contingente restante que, llevándose el botín, vino a encontrarse con Quincio sufrió unas bajas mucho más considerables: fueron muertos cuatro mil, y apurando el detalle de la cifra[232], cuatro mil doscientos treinta.

Después del regreso a Roma y de la reapertura de los 14
tribunales, se vio arder el cielo en numerosos puntos, y otros prodigios fueron realmente vistos o mostraron ilusiones sin fundamento a las mentes aterradas. Para ahuyentar tales temores, se dispuso la celebración de un triduo de fiestas, durante el cual todos los templos se veían abarrotados de un tropel de hombres y mujeres que imploraban la clemencia de los dioses. Después, las cohortes latinas y 15
hérnicas recibieron el agradecimiento del senado por su esforzado comportamiento como soldados y fueron enviadas a casa. Mil soldados de Ancio, por lo tardío de su ayuda, posterior a la batalla, fueron objeto de una despedida casi afrentosa.

A continuación se celebraron los comicios. Fueron ele- 6
gidos cónsules Lucio Ebucio y Publio Servilio. El primero de agosto, que era cuando comenzaba entonces el año[233], entran en funciones. Hacía un tiempo malsano y coincidió 2
un año de epidemia en la ciudad y en el campo, tanto entre los hombres como entre el ganado, viéndose, además,

[232] El tono escéptico de Livio con respecto a los datos numéricos del analista Valerio Anciate se irá acentuando en libros posteriores, extendiéndose a otros aspectos.

[233] Se refiere, obviamente, al año político. La fecha de entrada en funciones de los nuevos cargos fue fluctuante. Aparecen sucesivamente reseñadas las de primero de marzo, primero de setiembre, primero de agosto, de nuevo primero de setiembre, 13 de diciembre, primero de octubre, primero de julio, 15 de marzo a partir del 222 a. C. y primero de enero a partir del 153 a. C.

La peste. Ecuos y volscos vencen a los aliados y, a su vez, son vencidos por Roma tras su recuperación

incrementada la virulencia de la enfermedad al dar acogida en la ciudad a hombres y animales por temor al pillaje.
3 Aquella confusión de seres de toda especie en promiscuidad atormentaba, con su olor desacostumbrado, a los habitantes de la ciudad, y a los campesinos apretujados en angostos alojamientos los atormentaba con el calor y el insomnio; los cuidados mutuos y el propio contacto propagaban la enfermedad.

4 Mientras a duras penas podían soportar los males que pesaban sobre ellos, súbitamente unos emisarios hérnicos comunican que los ecuos y los volscos, reunidas sus fuerzas, han acampado en su territorio y lo están devastando
5 con un ejército enorme. La escasez de asistentes al senado era para los aliados indicativa de que la ciudad estaba azotada por la peste; pero, aparte de esto, recibieron además una triste respuesta: que los hérnicos por sí mismos juntamente con los latinos defendiesen lo suyo; que la ciudad de Roma, debido a una repentina cólera de los dioses, era asolada por la enfermedad; en caso de sobrevenir una tregua en aquel mal, prestaría ayuda a sus aliados como el año
6 anterior, como en todas las demás ocasiones. Se retiraron los aliados llevando a casa una noticia más triste aún que la que habían traído, pues ellos debían sostener por sí solos una guerra que les hubiese costado trabajo sostener con el
7 apoyo de las fuerzas romanas. El enemigo no permaneció mucho tiempo en territorio hérnico: continúa con sus hostilidades hasta tierra romana, bastante asolada ya sin los riesgos de la guerra. Como allí no se encontró con nadie, ni siquiera con civiles, y fue atravesándolo todo, no sólo falto de defensores, sino hasta de cultivo, llegó hasta el tercer
8 miliario[234] del camino de Gabios. Había muerto el cónsul

[234] Mojón que marcaba en la ruta la distancia en millas.

romano Ebucio; su colega Servilio alentaba pocas esperanzas de vida; estaban afectados la mayor parte de las personalidades, la mayoría de los senadores y casi todos los que estaban en edad de ser movilizados, de forma que no había fuerzas suficientes no ya para las operaciones exigidas por lo enormemente revuelto de la situación, sino casi ni para
las guardias en puestos fijos. Los senadores a los que la 9
edad y la salud se lo permitía desempeñaban personalmente la labor de centinelas; las rondas y la supervisión estaban a cargo de los ediles plebeyos[235]: éstos habían asumido la autoridad suprema y la majestad del poder consular.

Sumido todo en el abandono, sin jefe, sin fuerzas, la 7
salvación se debió a la protección de los dioses tutelares y a la Fortuna de Roma, que dio a los volscos y a los ecuos una mentalidad de saqueadores más que de conquistado-
res. En efecto, concibieron tan pocas esperanzas no ya de 2
apoderarse de Roma, sino ni siquiera de llegar hasta sus murallas, y al divisar desde lejos sus casas y las colinas que
la dominan experimentaron tal cambio sus propósitos, que 3
a lo largo y ancho del campamento surgieron murmullos de por qué perdían el tiempo inactivos y sin botín en una tierra yerma sumida en el abandono, en medio de la putrefacción de cadáveres de animales y hombres, siendo así que tenían a su alcance un país intacto, el territorio de Túsculo exuberante de riquezas; se pusieron inmediatamente en marcha y, atajando por los campos de Labicos, alcanzaron las colinas de Túsculo. La tormenta de la guerra con todo
su peso se trasladó a aquella zona. Mientras tanto los hér- 4
nicos y los latinos, pareciéndoles vergonzoso, además de

[235] Los ediles, en un principio, eran todos plebeyos. A partir del año 367 a. C., dos plebeyos y dos patricios (ediles curules). Estaba a su cargo el orden público, la policía urbana, etc.

lamentable, no oponer resistencia a un enemigo común que se dirigía a Roma en son de guerra ni prestar ayuda alguna a unos aliados en estado de sitio, después de unir sus ejérci-
5 tos se dirigen a Roma. Al no encontrar allí al enemigo, siguiendo las huellas y noticias que les daban sobre él se lo encuentran cuando bajaba desde Túsculo al valle de Alba. La lucha que hubo allí fue muy desigual, y su lealtad les resultó poco afortunada a los aliados en aquella ocasión.
6 Los estragos de la enfermedad en Roma no son menores que los de las armas entre los aliados. El único cónsul que quedaba con vida, muere; murieron también otros hombres ilustres: los áugures Marco Valerio[236] y Tito Virginio
7 Rútulo y el jefe de los curiones[237] Servio Sulpicio; también entre la población anónima se extendió ampliamente la virulencia de la enfermedad; el senado, huérfano de ayuda humana, orientó hacia los dioses a su pueblo y sus súplicas: dispuso que los ciudadanos con sus mujeres e hijos fuesen a suplicar e implorar insistentemente la clemencia de los dio-
8 ses. Empujados cada uno por sus propias calamidades e invitados, además, por la autoridad oficial, llenan todos los templos; las mujeres, prosternadas por todas partes, barriendo los templos con sus cabellos, imploran el perdón de las iras del cielo y el fin de la peste.

8 A partir de entonces, paulatinamente, bien por haberse logrado la clemencia de los dioses o bien por haber pasado ya la estación más insalubre, los cuerpos afectados por la

---

[236] Posible corrupción del texto en vez de Manio Valerio, el hermano de Publio Valerio Publícola.

[237] La curia era una división muy antigua de la sociedad romana. Cada curia tenía sus lugares de culto y sus cultos propios, presididos, lo mismo que los comicios por curias, por su curión. El jefe de los curiones ostentaba la presidencia del colegio de los mismos. Sólo patricios al principio, también plebeyos desde el año 210. Diecisiete tribus ejercían su control mediante voto.

enfermedad empezaron a recuperar la salud; vueltos ya los 2
ánimos hacia los asuntos públicos, después de transcurrir varios interregnos Publio Valerio Publícola, dos días después de haber entrado en funciones de interrey, proclama cónsules a Lucio Lucrecio Tricipitino y Tito Veturio (o bien Vetusio) Gémino. El día once de agosto entran en 3
funciones de cónsul, contando ya la ciudad con fuerzas suficientes para una guerra no sólo defensiva sino incluso ofensiva. Por eso, al comunicar los hérnicos que el enemigo 4
había invadido su territorio, se les prometió ayuda sin vacilar. Se alistaron dos ejércitos consulares. A Veturio se le encomendó la misión de tomar la ofensiva contra los volscos. Tricipitino, encargado de alejar el pillaje del territorio 5
aliado, avanza hasta el país de los hérnicos sin sobrepasarlo. Veturio, en el primer combate, derrota y pone en fuga al enemigo. A Lucrecio, apostado en territorio hér- 6
nico, lo burló una columna de saqueadores guiada hasta lo alto de los montes de Preneste y después hacia el llano; saqueó los campos de Preneste y de Gabios, desde donde dio un rodeo hacia las colinas de Túsculo. Incluso la ciu- 7
dad de Roma experimentó un miedo muy intenso, más por lo repentino de la acción, que por falta de fuerzas para repeler una agresión. El gobierno de la ciudad estaba a cargo de Quinto Fabio; armó éste a la juventud y organizó un dispositivo de defensa, llevando a todas partes la seguridad y la calma. Por ello, el enemigo, después de saquear 8
las cercanías sin atreverse a acercarse a la ciudad, dio media vuelta y se retiraba, descuidando la vigilancia cada vez más a medida que se alejaba de la ciudad enemiga, cuando se encuentra con el cónsul Lucrecio, que había estudiado previamente su itinerario y tenía sus tropas formadas y listas para el combate. Así pues, preparados sus 9
ánimos de antemano, los romanos atacan a un enemigo presa de repentino pánico y, aunque inferiores en número,

derrotan y ponen en fuga a una enorme multitud, la empujan hacia valles profundos de los que no había salidas
10 fáciles y la rodean. Estuvo allí a punto de ser borrado el nombre de los volscos: según las referencias que encuentro en algunos analistas, cayeron trece mil cuatrocientos setenta en el combate y en la huida, mil setecientos cincuenta fueron hechos prisioneros, veintisiete enseñas militares fueron tomadas. Aunque las cifras estén un poco
11 abultadas, sin duda alguna la matanza fue considerable. El cónsul vencedor, dueño de un enorme botín, regresó a las mismas posiciones en que estaba acantonado. Entonces los cónsules unieron sus campamentos, y los volscos y ecuos juntaron sus malparadas fuerzas. Se libró batalla por tercera vez durante aquel año. La misma fortuna nos dio la victoria; batido el enemigo, se tomó también su campamento.

Poder tribunicio contra poder consular: la proposición Terentilia

9 De esta manera la situación de Roma volvió a ser la misma que antes, y los éxitos bélicos reavivaron de inmediato la
2 agitación interna. Gayo Terentilio Harsa era tribuno de la plebe aquel año. Pensando que la ausencia de los cónsules dejaba campo a la actuación de los tribunos, atacó ante la plebe durante varios días el orgullo de los patricios; la tomó, sobre todo, con el poder de los cónsules, tachándolo de excesivo e into-
3 lerable en un Estado libre, de ser únicamente de nombre menos odioso, pero en la práctica casi más duro que el
4 poder de los reyes: realmente tenían dos amos en lugar de uno, con un poder incontrolado, ilimitado, los cuales sin sujetarse ellos mismos a moderación ni freno, hacían recaer
5 sobre la plebe todo el temor y los castigos de la ley; con el fin de que aquella permisividad no les durase eternamente, él iba a proponer una ley para que se nombrase una comisión de cinco personas encargada de regular el poder con-

sular: los cónsules harían uso de los derechos que el pueblo les concediese sobre sí mismo, en lugar de tener ellos por ley su propio capricho y arbitrariedad. Al ser propuesta 6
esta ley, ante el temor de los patricios de que, en ausencia de los cónsules, se les hiciese pasar bajo el yugo, Quinto Fabio, prefecto de la ciudad, convoca el senado y lanza unas invectivas tan violentas contra la proposición y contra el propio autor de la misma, que ni aunque ambos cónsules hubiesen asediado al tribuno con sus ataques les hubiese quedado una amenaza ni un motivo de temor que añadir.
Dijo que el tribuno había estado al acecho y en el 7
momento oportuno había lanzado su ataque contra la república; que si el año anterior, durante la peste y la gue- 8
rra, la ira de los dioses les hubiera enviado un tribuno semejante, no hubieran podido resistir: muertos los dos cónsules, postrada la ciudad en la enfermedad, en medio del caos general, hubiera presentado proposiciones de ley para suprimir de la república el poder consular, sirviendo de guía a los volscos y ecuos para el asalto de Roma; pues, 9
en último término, ¿no le estaba permitido, si los cónsules cometían alguna acción despótica o cruel contra algún ciudadano, citarlos a comparecer y acusarlos ante aquellos mismos jueces[238] contra uno de cuyos miembros se había cometido desafuero?; no estaba él haciendo odioso e intole- 10
rable el poder consular, sino la potestad[239] tribunicia, que una vez serenada y reconciliada con los patricios era relanzada de nuevo a las viejas contiendas; pero a él no iba a

[238] Es decir, ante los comicios por tribus.

[239] Traducimos por «potestad» el término *potestas*, que expresa las atribuciones inherentes a un cargo derivadas de la elección, y en la práctica se restringe a los tribunos. El término aplicable a los cónsules, *imperium*, lo traducimos por «poder», y tiene connotaciones de orden religioso, carismático, del jefe como tal, y aunque expresa atribuciones determinadas por la constitución, va más allá de la función.

11 suplicarle que abandonase el camino emprendido. «A vosotros —dijo Fabio—, a los tribunos restantes, os pedimos que penséis, ante todo, que esa potestad vuestra fue instituida para la protección del individuo, no para la ruina de la colectividad; que habéis sido elegidos tribunos de la
12 plebe, no enemigos de los patricios. Para nosotros es una desdicha, pero para vosotros es una deshonra que se ataque a la república desasistida. Podríais, sin menoscabo de vuestros derechos, poner un paliativo a vuestra deshonra. Arreglaos con vuestro colega para que aplace por completo este tema hasta la llegada de los cónsules. Ni siquiera los ecuos y los volscos, cuando el año pasado la enfermedad se había llevado a los cónsules, nos acosaron con una guerra
13 despiadada e implacable.» Los tribunos tratan la cuestión con Terentilio; la discusión fue aparentemente aplazada, en realidad suprimida; se hizo venir inmediatamente a los cónsules.

10 Lucrecio regresó con un botín enorme, cubierto de una gloria aún mayor. Gloria incrementada, además, porque al llegar expuso en el Campo de Marte la totalidad del botín, para que durante tres días pudiese cada uno reconocer y retirar lo que fuera suyo. El resto cuyo propietario no apa-
2 reció fue vendido. Según opinión unánime se le debía el triunfo al cónsul, pero fue aplazado al volver a tratar el tribuno sobre el proyecto de ley, cuestión que, según él,
3 debía ser debatida con prioridad. El tema fue discutido durante bastantes días tanto en el senado como en la asamblea del pueblo; al fin el tribuno cedió a la dignidad consular y retiró el proyecto. Se les rindieron entonces al general y a su ejército los honores que se les debían.
4 Triunfó sobre los volscos y los ecuos; en su triunfo le siguieron sus legiones. Al otro cónsul se le concedió la ovación[240], entrando en Roma sin sus tropas.

[240] La ovación era de rango inferior al triunfo: el general entraba no

Después, al año siguiente, la ley Terentilia, presentada 5
colegiadamente por todos los tribunos, atacó a los nuevos
cónsules, que eran Publio Volumnio y Servio Sulpicio.
Aquel año se vio arder el cielo; la tierra fue sacudida por 6
un tremendo temblor; una vaca habló, hecho al que se dio
una credibilidad que le había sido negada el año anterior.
Entre otros prodigios hubo una lluvia de carne, lluvia que,
según dicen, devoró una enorme cantidad de pájaros
volando en medio de ella; la que cayó a tierra permaneció
varios días esparcida por el suelo sin cambiar de olor lo
más mínimo. Los libros sibilinos fueron consultados por 7
los duúnviros sagrados; presagiaron peligros provenientes
de un grupo de extranjeros, ataques contra los puntos más
elevados de Roma y muertes a continuación; entre otras
cosas advertían que se evitasen las sediciones. Los tribunos
decían en tono acusatorio que aquello era un montaje para
obstaculizar la ley, y se avecinaba un tremendo conflicto.
De pronto, para que todos los años se repitiese el mismo 8
ciclo, los hérnicos anuncian que los volscos y los ecuos, a
pesar de haber sido destrozados, están recomponiendo sus
ejércitos: que el centro de la operación está en Ancio; que
en Écetra los colonos de Ancio celebran reuniones abier-
tamente; allí está la cabeza, allí el potencial de la guerra.
Después de comunicar esto en el senado, se decreta una 9
leva y se ordena a los cónsules que repartan entre sí la
dirección de las operaciones bélicas, de forma que uno se
encargue de los volscos y el otro de los ecuos. Los tribunos 10
gritaban abiertamente en el foro que era comedia lo de la
guerra de los volscos, que los hérnicos estaban aleccio-
nados para representar su papel; ya ni siquiera se atacaba
de frente la libertad del pueblo romano, sino que se la bur-

---

en carro sino a caballo o a pie, coronado no de laurel sino de mirto, rodeado no de sus tropas sino de músicos, y se sacrificaba no un buey sino una oveja.

11 laba con astucia; como ya no era creíble que, tras un exterminio casi total, los volscos y los ecuos pudiesen tomar la iniciativa de reemprender las hostilidades, se buscaba un enemigo nuevo: se desacreditaba a una colonia leal y cercana; la guerra se le declaraba a Ancio, que era ino-
12 cente, pero se le hacía a la plebe romana, a la que se sacaría de Roma a marchas forzadas cargada con las armas, vengándose de los tribunos con el exilio y relegación de los
13 ciudadanos; así, y que no fuesen a creer que se trataba de ninguna otra cosa, la proposición de ley estaba derrotada, a no ser que tomasen precauciones mientras nada se ha hecho aún, mientras están en casa, mientras son civiles, en orden a no ser desposeídos de la ciudad, a que no se les
14 haga pasar bajo el yugo; si tienen valor, no faltará ayuda: todos los tribunos está de acuerdo; no hay motivo de alarma, no hay peligro exterior ninguno: el año pasado los dioses se cuidaron de que la libertad pudiese ser defendida sin peligro. Así hablaban los tribunos.

Obstrucción violenta de los tribunos a las levas y de los patricios a la proposición Terentilia: Cesón, proceso y exilio

11 Pero, por el bando opuesto, los cónsules, con sus sillas colocadas a la vista de los tribunos, efectuaban el alistamiento. Los tribunos corren hacia allí y arrastran consigo a los reunidos en asamblea. Se llamó por su nombre a unos cuantos, como para tantear el terreno, e inmediatamente estalló la vio-
2 lencia. Cada vez que el lictor, por orden del cónsul, echaba mano de alguien, el tribuno ordenaba soltarlo. Nadie se mantenía dentro de los límites de sus derechos, sino que se confiaba únicamente en la fuerza; había que tomar por la violencia lo que se pretendía.

3 Igual que habían actuado los tribunos para obstaculizar el alistamiento, actuaban los patricios para obstaculizar la
4 ley, que era presentada todos los días de comicios. Comen-

zaba el alboroto cuando los tribunos ordenaban que el pueblo se repartiese por tribus[241], porque los patricios no consentían en moverse de su sitio. Las personas de más edad prácticamente no intervenían en el asunto, dado que no admitía un cauce racional, sino que estaba a merced de
la irreflexión y la audacia. También los cónsules se mante- 5
nían bastante al margen, para no ver expuesta su dignidad a una afrenta en aquel desbarajuste.

Había un joven, Cesón Quincio, orgulloso tanto de la 6
nobleza de su apellido como de su estatura y de su fuerza; a estas cualidades, regalo de los dioses, había además añadido personalmente muchos brillantes hechos de guerra y una gran facilidad de palabra en el foro, de suerte que no
había en Roma nadie de palabra o acción más pronta. De 7
pie, en medio del grupo de los patricios, sobresaliendo entre los demás, como llevando todas las dictaduras y todos los consulados en su voy y en su fuerza, se bastaba él solo para hacer frente a los ataques de los tribunos y a las tor-
mentas populares. Con él a la cabeza, los suyos a menudo 8
expulsaron a los tribunos del foro y obligaron a la plebe a dispersarse y salir huyendo; el que caía en sus manos salía magullado y sin vestimenta, de forma que estaba suficientemente claro que, si se permitía que se actuase de aquel
modo, la proposición de ley estaba derrotada. Entonces, 9
Aulo Virginio, estando ya los demás tribunos prácticamente abatidos, él sólo de todo el colegio presenta una acusación capital contra Cesón. Con ello, en lugar de asustar, lo que hizo fue inflamar aquel carácter irreductible; por ello, se oponía a la ley con mayor ardor, hostigaba a la
plebe, acosaba a los tribunos como en guerra declarada. El 10
acusador dejaba que el acusado se fuese hundiendo, diese pábulo al odio y proporcionase materia para las acusacio-

[241] Las tribus respondían a un criterio territorial, de residencia, no de rentas, y los comicios por tribus votaban las leyes.

nes; presentaba, entretanto, la proposición de ley, no tanto
por confiar en hacerla aprobar como por instigar el com-
11 portamiento irreflexivo de Cesón. Muchas cosas que
entonces los jóvenes a menudo dijeron e hicieron a la ligera
le fueron achacadas a Cesón, cuyo carácter era mirado con
prevención. Seguía, empero, oponiendo resistencia a la ley,
12 y Aulo Virginio repetía a la plebe: «¿Es que no os dais
cuenta ya, ciudadanos de Roma, de que no podéis tener a
13 la vez a Cesón por conciudadano y la ley que deseáis? Y eso
que ¿qué digo ley? A la libertad, es a lo que hace obstruc-
ción; gana en soberbia a todos los Tarquinios. ¡Esperad a
que sea cónsul o dictador éste que, siendo un simple ciuda-
dano, veis que muestra las fuerzas y la audacia de un rey!»
Muchos se mostraban de acuerdo, quejándose de haber
recibido malos tratos, e incitaban ellos mismos al tribuno a
llevar la acusación hasta el final.

12 Se acercaba ya el día del juicio y era evidente que todo
el mundo estaba en la idea de que de la condena de Cesón
dependía la libertad. Al fin se vio forzado a humillarse pro-
fundamente y rebajarse a saludar a unos y a otros secun-
2 dado por sus parientes, lo más relevante de la ciudad. Tito
Quincio Capitolino, que había sido cónsul tres veces,
recordando las numerosas hazañas suyas y de su familia,
3 aseguraba que ni entre los Quincios ni en la ciudad de
Roma había existido nunca un talante de un valor tan
grande y tan acabado; que a sus órdenes se había iniciado
en el servicio de las armas, habiendo sido él a menudo tes-
4 tigo de sus combates contra el enemigo. Espurio Furio
decía que había acudido en su ayuda enviado por Quincio
Capitolino cuando él estaba en circunstancias críticas, y
que, en su opinión, nadie había hecho más por restablecer
5 la situación. Lucio Lucrecio, cónsul el año anterior, en
pleno brillo de su reciente gloria, hacía a Cesón partícipe
de sus méritos, recordaba sus combates, enumeraba sus bri-

llantes acciones tanto en las marchas como en el frente,
aconsejaba y advertía que aquel joven fuera de lo común, 6
dotado de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna,
de una importancia decisiva para cualquier Estado al que
se dirigiese, era preferible que fuese ciudadano de Roma a
que lo fuese de un país extranjero; lo que había en él de 7
inaceptable, la fogosidad y la audacia, la edad lo iba elimi-
nando de día en día; lo que en él se echaba de menos, la
prudencia, iba en aumento de un día para otro: dado que
sus defectos iban a menos y a más sus cualidades, sólo fal-
taba que dejasen que un hombre de tal valía llegase a la
ancianidad en su patria. En medio de los que así hablaban, 8
el padre, Lucio Quincio, por sobrenombre Cincinato, sin
mostrarse reiterativo en los elogios para no aumentar el
odio, sino pidiendo indulgencia para un extravío juvenil,
rogaba que le dejasen a su hijo a él que no había hecho
daño a nadie de palabra ni de obra. Pero unos se mostra- 9
ban sordos a las súplicas por vergüenza o por miedo; otros,
quejándose de haber recibido malos tratos ellos y los suyos,
daban una dura respuesta preanunciando su sentencia.

Aparte del odio generalizado, pesaba sobre el acusado 13
un único cargo: Marco Volscio Píctor[242], que había sido
tribuno de la plebe unos años antes, había venido a testifi-
car que, poco tiempo después de la peste de Roma, se 2
había él encontrado con un grupo de jóvenes que se diver-
tían en la Subura[243]; que se había originado entonces una
reyerta, y que su hermano mayor, todavía no recuperado
suficientemente de la enfermedad, había caído derribado
por un puñetazo de Cesón; que lo habían llevado en brazos 3

---

[242] Nombre muy cuestionado debido a que Píctor no aparece aún como *cognomen* en estas fechas, y *Volscius* entonces sólo indicaba pertenencia a un pueblo.

[243] Este barrio de Roma, con fama de barrio bajo en tiempos de Livio, estaba entre el Quirinal y el Esquilino.

a casa inconsciente y que había muerto, según él consideraba, a consecuencias del golpe; pero que, durante los consulados de los años precedentes, no se le había permitido perseguir judicialmente tan horrible crimen. Cuando Volscio pronunció a gritos esta declaración, la gente se soliviantó de tal forma que faltó bien poco para que Cesón
4 fuese muerto por la acometida popular. Virginio da orden de detener al acusado y encarcelarlo[244]. Los patricios rechazan la fuerza con la fuerza. Tito Quincio grita que, si pesa sobre alguien una acusación capital y se le va a juzgar muy pronto, no está permitido usar la fuerza contra él
5 antes de que se defienda, antes de que sea condenado. El tribuno dice que él no tiene intención de enviarlo al suplicio sin juicio, pero que, no obstante, lo va a retener en prisión hasta el día del juicio, de forma que el pueblo romano tenga posibilidad de castigar a quien ha dado
6 muerte a un hombre. Se recurre a los tribunos y toman una decisión intermedia dejando a salvo su derecho de intervención: se oponen a que sea encarcelado; dictaminan que el acusado comparezca y entregue una fianza[245] al pueblo
7 para el caso de que no se presente. Había dudas sobre cuál debía ser el montante de la fianza: se remite la cuestión al senado; el acusado, mientras los senadores deliberaban,
8 quedó retenido a la vista del público. Se acordó que presentase fiadores; cada fiador quedó obligado a abonar tres mil ases; se dejó a criterio de los tribunos el número de fiadores que debían ser presentados. Lo fijaron en diez: tal fue el número de fiadores que exigió la acusación, que fue la que por primera vez concedió fiadores en una causa

[244] Medida discutible, pues la prisión preventiva no era entonces aplicable a personas del rango de Cesón. En una causa pública el acusado era encomendado a un particular para su custodia.

[245] Tal era el procedimiento en una causa privada. En este caso la suma fijada parece anacrónica por lo abultada.

pública. Una vez que se le permitió abandonar el foro,
Cesón, la noche siguiente, se exilió a Etruria. El día del 9
juicio, como se justificaba su falta de comparecencia por
haber abandonado el territorio para exiliarse y, sin
embargo, Virginio insistía en reunir la asamblea, se recu-
rrió a sus colegas y la disolvieron. Al padre se le exigió el 10
dinero de la fianza con todo rigor, de forma que, después
de vender a unos y otros todos sus bienes, vivió algún
tiempo al otro lado del Tíber como relegado en una choza
apartada.

Este juicio y la promulgación de la proposición de ley 14
mantuvieron agitada la ciudad; no hubo en el exterior cón-
flictos armados. Los tribunos, en plan de vencedores, 2
creían que, al estar abatidos los patricios por el exilio de
Cesón, la ley estaba prácticamente aprobada, y por lo que
respecta a los patricios de más edad, habían renunciado a
ejercer el poder; pero los más jóvenes, sobre todo la pandi- 3
lla de Cesón, no se desanimaron, pero en cierto modo
moderaron sus ímpetus, lo cual les resultó enormemente
provechoso. Cuando por primera vez después del exilio de 4
Cesón se presentó la proposición de ley, ordenados y dis-
puestos con el enorme ejército de sus clientes cayeron sobre
los tribunos, tan pronto como les dieron un pretexto al
ordenarles circular, tan a una que ninguno de ellos volvió a
su casa individualmente señalado por la gloria o el odio, y
la plebe se lamentaba de que habían surgido mil Cesones
en lugar de uno. Durante los días en que los tribunos no 5
trataban sobre la ley, no había cosa más apacible ni más
tranquila que ellos: saludaban amablemente a los plebeyos,
conversaban con ellos, los invitaban a su casa, los asistían
en el foro, permitían incluso que los tribunos celebrasen las
demás asambleas sin interrumpir. Con nadie se mostraban
nunca violentos, ni en público ni en privado, salvo cuando
se comenzaba a tratar sobre la ley: fuera de ese caso eran 6

jóvenes que gozaban de popularidad. Los tribunos no sólo llevaron a cabo con tranquilidad sus otras tareas, sino que fueron reelegidos para el año siguiente, sin una sola palabra molesta e, incluso, sin la menor violencia. Poco a poco habían amansado a la plebe, a base de halagarla y lisonjearla. Maniobrando de esta forma a lo largo de todo el año se eludió la ley.

15 Los cónsules Gayo Claudio, hijo de Apio, y Publio Valerio Publícola se encuentran con una ciudad más tranquila. Nada nuevo aportó el nuevo año: la ciudad estaba dominada por la preocupación de proponer o aceptar la
2 ley. Cuanto más buscaban un acercamiento a la plebe los patricios jóvenes, mayor era el empeño con que les hacían la contra los tribunos para levantar contra ellos las suspi-
3 cacias de la plebe, con sus acusaciones de que estaba en marcha una conspiración, que Cesón estaba en Roma, que se había planeado asesinar a los tribunos y masacrar a la plebe, que los patricios de más edad habían encargado a los jóvenes que eliminasen de la república la potestad tribunicia y que la constitución volviese a ser la misma que antes de la ocupación del monte Sacro.

Exiliados y esclavos ocupan el Capitolio

4 Se temía, además, de parte de volscos y ecuos la guerra ya habitual, casi periódicamente repetida cada año; pero de improviso surgió, más cerca aún, otro
5 peligro sin precedentes: exiliados y esclavos, unos dos mil quinientos hombres, capitaneados por el sabino Apio Herdonio, ocuparon durante la noche el Capi-
6 tolio y la ciudadela. En la ciudadela llevaron a cabo la ejecución sumaria de los que se habían negado a entrar en la conjuración y empuñar las armas; otros, aprovechando el tumulto, bajan corriendo hacia el foro impulsados por el pánico; alternativamente se oían los gritos de: «¡A las armas!» y «¡El enemigo está dentro de la ciudad!»

Los cónsules tenían miedo de armar a la plebe y, a la 7
vez, de dejarla desarmada, al no saber a ciencia cierta qué
calamidad repentina, de dentro o del exterior, procedente
del odio de la plebe o de la perfidia de los esclavos, se
había abatido sobre la ciudad; trataban de calmar la agita-
ción, y queriendo calmarla, a veces la aumentaban, pues la
multitud, aterrada y fuera de sí, era incapaz de seguir las
instrucciones de la autoridad. Entregan armas, no obs- 8
tante, pero no a todo el mundo, sólo las necesarias, a falta
de datos acerca del enemigo, para constituir un servicio de
seguridad suficientemente firme ante cualquier eventuali-
dad. El resto de la noche, dominados por la inquietud y sin
saber quiénes ni cuántos eran los enemigos, lo pasaron
colocando puestos de guardia en los lugares estratégicos de
toda la ciudad. Por fin el alba puso al descubierto de qué 9
guerra se trataba y quién era su general. Apio Herdonio
desde lo alto del Capitolio llamaba a los esclavos a la liber-
tad, diciendo que él se había hecho cargo de la causa de
todos los desgraciados para volver a llevar a su patria a
todos los exiliados, injustamente expulsados, y quitar a los
esclavos su pesado yugo; que prefería que esto se hiciese
por iniciativa del pueblo romano, pero si por ese lado no
había nada que esperar, concitaría a volscos y ecuos, trata-
ría de echar mano de los recursos más extremados.

La situación quedó más clara para senadores y cónsu- 16
les. Temían, sin embargo, que detrás de aquello que se les
hacía saber se escondiese una maniobra de los veyentes o
los sabinos y que, con tan gran número de enemigos en el 2
interior de la ciudad, se presentasen enseguida siguiendo un
plan preconcebido las legiones sabinas y etruscas, y luego
sus sempiternos enemigos, los volscos y los ecuos, viniesen
no a saquear el país, como anteriormente, sino por la ciu-
dad, tomada ya en parte. Los motivos de temor eran 3
muchos y diversos; se destacaba entre todos el miedo a los

esclavos, el miedo a que cada uno tuviese en casa a su pro-
pio enemigo: no había seguridad suficiente ni fiándose de él
ni retirándole la confianza, pues al desconfiar podía vol-
4 verse más hostil; aun manteniendo la unión parecía que
costaría trabajo resistir. Al ser tan grandes los otros males
que se imponían y anegaban a Roma, nadie tenía miedo a
los tribunos o a la plebe; este mal doméstico, que reapare-
cía siempre que los demás estaban en calma, daba entonces
la impresión de haberse aquietado, aletargado por la ame-
5 naza exterior. Sin embargo, fue precisamente éste el que
más hizo notar su peso sobre la tambaleante situación. Y
es que los tribunos estaban tan fuera de sí que pretendían
que no era una guerra, sino un simulacro de guerra lo que
se había asentado en el Capitolio, con el fin de desviar la
atención de la plebe de la preocupación por la ley; que los
huéspedes y clientes de los patricios, si una vez votada la
ley veían que se habían revuelto en vano, se marcharían
6 más silenciosamente de lo que habían venido. Convocan,
pues, asamblea para votar la ley, después de hacer que el
pueblo deponga las armas. Entretanto, los cónsules reúnen
al senado ante la aparición del nuevo peligro representado
por los tribunos, más grave que el que había provocado el
enemigo durante la noche.

17 Cuando se comunicó que los hombres deponían las
armas y abandonaban los puestos de guardia, Publio Vale-
rio, mientras su colega mantiene reunido al senado, se
lanza fuera de la curia y se dirige acto seguido a los tribu-
2 nos, al lugar sagrado de la asamblea. «¿Qué significa esto?
—dice—. ¿Vais a echar abajo la república siguiendo las ór-
denes y los auspicios de Apio Herdonio? ¿Tanto éxito ha
tenido en corromperos el que no fue capaz de levantar a los
esclavos? Cuando el enemigo está sobre nuestras cabezas, ¿os
parece procedente que se depongan las armas y se propon-
3 gan leyes?» A continuación dirigió sus palabras a la multi-

tud: «Si no os preocupáis en absoluto, ciudadanos, por
Roma ni por vosotros mismos, al menos respetad a vues-
tros dioses, prisioneros del enemigo. Júpiter Óptimo
Máximo, Juno Reina[246], Minerva y los demás dioses y dio-
sas están sitiados; un campamento de esclavos tiene reteni-
dos a vuestros penates patrios. ¿Os parece ésta una política 4
de un pueblo en sus cabales? Hay una gran cantidad de
enemigos no sólo murallas adentro, sino en la ciudadela,
dominando el foro y la curia, y mientras tanto se celebra
asamblea en el foro, el senado se encuentra en la curia;
¡como en plena paz, los senadores exponen sus pareceres,
los demás ciudadanos votan! ¿No era nuestro deber, el de 5
patricios y plebeyos, cónsules, tribunos, dioses y hombres,
todos con las armas en la mano prestar ayuda, correr al
Capitolio, liberar y pacificar aquella augustísima morada
de Júpiter Óptimo Máximo? Padre Rómulo, infunde a tu 6
estirpe ese valor tuyo con el que, en otro tiempo, recupe-
raste de manos de estos mismos sabinos la ciudadela que
había sido conquistada con dinero; hazle tomar el mismo
camino que tomaste tú como general, que tomó tu ejército.
Mira, yo el primero, yo el cónsul te seguiré a ti y seguiré
tus huellas, en la medida en que, siendo un mortal, puedo
seguir a un dios.» Terminó su discurso diciendo que él 7
empuñaba las armas; que llamaba a las armas a todos los
ciudadanos; que si alguien se oponía, él, sin tener en cuenta
los poderes del cónsul[247] ni la potestad tribunicia ni las
leyes sagradas, a ese alguien, quienquiera que fuese, don-
dequiera que estuviese, en el Capitolio, en el foro, lo trata-
ría como enemigo; que los tribunos ordenasen, ya que lo 8

[246] En realidad, el culto a Juno Reina fue subsiguiente a su traslado desde Veyos (V 22, 3-7), siendo aquí un anacronismo su advocación.

[247] Es decir, sin tener en cuenta las limitaciones a su poder consular derivadas del hecho de estar en el interior de la ciudad y representadas, además, por los tribunos.

prohibían contra Apio Herdonio, tomar las armas contra el cónsul Publio Valerio: él mostraría contra los tribunos la misma decisión que su primer antepasado había mostrado
9 contra los reyes. Parecía que se iba a desencadenar una violencia extrema y que se iba a dar al enemigo el espectáculo de una sedición en Roma. Sin embargo, ni la ley pudo ser votada ni el cónsul dirigirse al Capitolio: la noche sofocó los enfrentamientos en sus inicios; ante la noche, los tribunos cedieron por temor a las armas de los cónsules.
10 Libres ya de los agitadores, los patricios rondaban a los plebeyos y, mezclándose en sus corrillos, dejaban caer comentarios adaptados a las circunstaneias, les advertían que viesen en qué brete estaban poniendo a la república:
11 que no se trataba de una pugna entre patricios y plebe, sino que tanto los patricios como la plebe, la ciudadela de Roma, los templos de los dioses, los penates de la patria y
12 los de la familia eran entregados al enemigo. Mientras se actúa de esta forma en el foro con el fin de apaciguar la discordia, los cónsules, para prevenir un movimiento de los enemigos, sabinos y veyentes, se habían desplazado a las puertas y las murallas.

18 Aquella misma noche llegan también a Túsculo las noticias de la toma de la ciudadela, de la ocupación del Capitolio y de la restante situación de agitación de la ciu-
2 dad. Era, entonces, dictador en Túsculo Lucio Mamilio. Convoca éste rápidamente al senado, hace pasar a los men-
3 sajeros y expone su parecer poniendo énfasis en que no se espere a que lleguen de Roma legados pidiendo ayuda: la reclama el propio peligro y lo crítico de la situación, y los dioses de las alianzas, y la fidelidad a los tratados[248]; nunca los dioses concederán ocasión semejante de ganarse con su
4 servicio a un Estado tan poderoso y tan cercano. Se

[248] Túsculo estaba entre los firmantes del tratado latino.

acuerda que se envíe ayuda; la juventud se alista, se le dan
armas. Al llegar a Roma al rayar el alba, desde lejos se los
tomó por enemigos: se creyó que llegaban los ecuos o los
volscos; después, cuando la falsa alarma se disipó, son
recibidos en la ciudad y descienden en columna hasta el
foro. Allí formaba ya las tropas en orden de combate 5
Publio Valerio, habiendo dejado a su colega al frente de las
guardias de las puertas. Había resultado convincente el 6
peso de aquel hombre al asegurar que, una vez recuperado
el Capitolio y devuelta la paz a la ciudad, si dejaban que les
mostrase la trampa que los tribunos escondían en la propo-
sición de ley, él, fiel a sus antepasados, fiel a su sobrenom-
bre[249], por el que sus antepasados le habían transmitido
como una herencia la preocupación por servir al pueblo, no
pondría obstáculos a la reunión de la asamblea de la plebe.
Siguiendo sus órdenes, resultando inútiles las protestas a 7
voz en grito de los tribunos, ascienden en formación la
pendiente del Capitolio; se les une la legión de Túsculo.
Aliados y ciudadanos rivalizan en hacer suyo el honor de
recuperar la ciudadela; los dos generales animan cada uno
a los suyos. Cunde entonces el desconcierto entre los ene- 8
migos y en nada depositan suficiente confianza, salvo en su
posición; en plena confusión, los atacan los romanos y los
aliados. Ya se habían abierto paso hasta el vestíbulo del
templo, cuando Publio Valerio, que animaba el combate en
primera fila, es muerto. Publio Volumnio, antiguo cónsul, 9
lo ve caer. Encarga a los suyos que cubran el cuerpo y él
corre a ocupar el lugar y el puesto del cónsul. En el calor
del ataque los soldados no se aperciben de tan trascenden-
tal acontecimiento: obtienen la victoria antes de enterarse
de que combatían sin general. Muchos exiliados mancilla- 10
ron el templo con su muerte, muchos fueron hechos prisio-

[249] Publícola.

neros, Herdonio fue muerto. De esta forma fue recuperado el Capitolio. Los prisioneros, según fuesen libres o esclavos, fueron castigados de acuerdo con su condición[250]. Se le dieron las gracias a Túsculo, el Capitolio fue limpiado y
11 purificado[251]. Cuentan que los plebeyos fueron a casa del cónsul a depositar un cuarto de as cada uno para que sus funerales tuviesen mayor pompa.

19 Restablecida la paz, los tribunos presionaban a los patricios para que cumpliesen la palabra dada por Publio Valerio, presionaban a Gayo Claudio para que librase de perjurio a los dioses manes de su colega y permitiese debatir la ley. El cónsul decía que, antes de nombrar un sustituto a su colega, no consentiría que se discutiese la ley.
2 Esta tirantez se mantuvo hasta los comicios para la elección del cónsul sustituto. En el mes de diciembre, gracias al enorme empeño de los patricios, Lucio Quincio Cincinato, padre de Cesón, es elegido cónsul para ocupar el cargo

Lucio Quincio Cincinato, cónsul

3 inmediatamente. Estaba abatida la plebe, pues iba a contar con un cónsul lleno de resentimiento, fuerte por el apoyo de los patricios, por su propia valía y por sus tres hijos, ninguno de los cuales le iba a la zaga a Cesón en entereza de ánimo, aventajándolo
4 en prudencia cuando las circunstancias lo requerían. Desde el momento en que entró en funciones, tomó asiduamente la palabra desde lo alto de su tribunal, mostrándose tan enérgico en contener a la plebe como en reprender al senado, estamento a cuya dejadez se debía, según él, el que los tribunos de la plebe, perpetuados en su cargo, reinasen por su lengua y sus calumnias, como si estuviesen no en la república del pueblo romano, sino en una casa echada a

---

[250] Los libres, decapitados. Los esclavos, crucificados.

[251] Con agua, fuego o azufre.

perder; juntamente con su hijo Cesón habían sido expulsa- 5
dos de Roma y obligados a huir el valor, la firmeza de carácter, todas las cualidades militares y civiles de la juventud; los charlatanes, los sediciosos, semilla de discordias, tribunos por segunda y tercera vez merced a las peores artimañas, vivían a sus anchas como reyes. «El famoso 6
Aulo Virginio —decía—, ¿merece acaso, por no haber ocupado el Capitolio, menor castigo que Apio Herdonio? Bastante mayor, por Hércules, si queremos valorar las cosas como es debido. Herdonio al menos, al declararse enemigo, prácticamente os avisó que empuñaseis las armas; este otro, diciendo que no había guerra, os quitó las armas y os arrojó indefensos en manos de vuestros esclavos y de los exiliados. Y vosotros (que mis palabras no ofendan a Gayo 7
Claudio y al difunto Publio Valerio), ¿atacasteis la colina del Capitolio antes de echar del foro a estos enemigos? Da vergüenza ante los dioses y ante los hombres. Cuando los enemigos estaban en la ciudadela, en el Capitolio, cuando un cabecilla de desterrados y de esclavos, profanándolo todo, moraba en el santuario de Júpiter Óptimo Máximo, se tomaron las armas en Túsculo antes que en Roma; no 8
quedó claro si quien liberaba la ciudadela romana era Lucio Mamilio, el general tusculano, o Publio Valerio y Gayo Claudio, los cónsules; ¡nosotros, que anteriormente no consentimos que los latinos tocasen las armas ni siquiera para defenderse a sí mismos cuanto tenían al enemigo dentro de sus fronteras, ahora, si los latinos no hubiesen tomado las armas por propia iniciativa, estaríamos sometidos y destruidos! ¿En esto consiste, tribunos, la 9
defensa de la plebe, en entregarla inerme al enemigo para que la masacre? ¿Así que, si uno de los hombres de vuestra querida plebe de la que habéis hecho, después de desgajarla en cierto modo del resto del pueblo, vuestra patria y vuestra república particular, si uno de ellos os dijese que su

casa estaba sitiada por sus esclavos armados, no estimaríais
10 que había que prestarle ayuda? ¿Y Júpiter Óptimo
Máximo, cercado por desterrados y esclavos armados, no
era merecedor de ayuda humana alguna? ¿Y quieren ser
tenidos por sagrados e inviolables éstos, para los cuales los
11 propios dioses no son ni sagrados ni inviolables? Y, sin
embargo, cubiertos como estáis de sacrilegios y de crímenes,
andáis repitiendo que vosotros haréis votar la ley este
año. En caso de que la propusierais, ¡por Hércules!, el día
en que yo fui elegido cónsul tuvo lugar una desgracia para
el Estado, mucho peor que cuando murió el cónsul Publio
12 Valerio... Ahora, antes de nada, ciudadanos —dijo—, mi
colega y yo tenemos pensado marchar al frente de las
legiones contra los volscos y los ecuos. Yo no sé por qué
fatalidad tenemos a los dioses más a favor cuando estamos
en guerra que cuando estamos en paz. La gravedad del
peligro en que nos hubieran puesto esos pueblos, de haber
sabido que el Capitolio estaba ocupado por los exiliados,
más vale conjeturarla como cosa pasada que experimentarla
realmente».

20 El discurso del cónsul había hecho efecto en la plebe;
los patricios, recobrados los ánimos, creían restablecida la
situación pública. El otro cónsul, más dado a secundar que
a tomar iniciativas, después de dejar de buen grado que su
colega se adelantase en la adopción de medidas tan graves,
en la ejecución de las mismas reclamaba la parte de funciones
2 consulares que le correspondía. Entonces, los tribunos,
burlándose de sus palabras como si fueran inconscientes,
insistían en preguntar cómo se iban a arreglar los cónsules
para sacar al ejército, dado que nadie les iba a consentir
3 que realizasen el alistamiento. «Pero si nosotros —dijo
Quincio— no tenemos necesidad alguna de alistamiento,
puesto que, cuando Publio Valerio entregó armas a la
plebe para recuperar el Capitolio, todos hicieron juramento

de que se reunirían cuando el cónsul[252] lo ordenase y no se marcharían sin su mandato. Ordenamos, por consiguiente, 4 que todos los que prestasteis juramento os presentéis mañana armados en el lago Regilo.» En vista de ello, los tribunos recurrían a sofismas y pretendían desligar al pueblo de su compromiso sagrado diciendo que Quincio era un simple ciudadano en aquellas fechas en que les hicieron prestar juramento. Pero aún no había hecho su aparición 5 esta indiferencia hacia los dioses que domina nuestra época, ni a base de sutilezas acomodaba cada uno a su propio interés el juramento y las leyes, sino que, más bien, acomodaba a éstos su comportamiento. Por ello, los tribu- 6 nos, como no tenían la menor esperanza de impedir la campaña, trataban de retrasar la salida del ejército, sobre todo porque corría el rumor de que se había ordenado a los augures que se presentasen en el lago Regilo y consagrasen un espacio en el que, después de tomar los auspicios, se pudiese celebrar la asamblea del pueblo, de forma que todo lo que, debido a la violencia de los tribunos hubiese sido votado en Roma, fuese allí derogado en comicios: todos aprobarían lo que los cónsules quisieran; en 7 efecto, el derecho de apelar a los tribunos no existía a una distancia de Roma superior a una milla[253], y los tribunos, si acudían allí, estarían sometidos a la autoridad de los cónsules lo mismo que el resto de los ciudadanos. Estos 8 rumores los aterraban, pero lo que infundía en sus ánimos un terror mayor era el hecho de que Quincio andaba repitiendo que no iba a celebrar elecciones consulares; que los males que aquejaban al Estado eran de tal naturaleza que

---

[253] Fue controvertida hasta finales del siglo III a. C. la extensión del *ius* vinculante a la magistratura consular.

[253] Fue controvertida hasta finales del siglo III a.C. la extensión del *ius prouocationis* fuera de la propia Roma.

no se los podía atajar con los remedios habituales; que la situación política requería un dictador, de forma que el que se moviera para perturbar el orden establecido supiera que la dictadura es inapelable.

21 El senado estaba en el Capitolio; los tribunos acuden allí seguidos por la alterada plebe. La masa pide en un inmenso clamor unas veces la protección de los cónsules, otras la de los senadores; pero no consiguieron que el cónsul cambiase de parecer, hasta que los tribunos prometie-
2 ron que acatarían la decisión del senado. Informa, entonces, el cónsul acerca de las peticiones de los tribunos y de la plebe, y el senado decreta que ni los tribunos propondrán la ley aquel año, ni los cónsules sacarán al ejército de la ciudad; que, para el futuro, el senado declara anticonstitucional la prórroga de las magistraturas y la reelección de los
3 mismos tribunos. Los cónsules acataron la autoridad del senado; los tribunos, a pesar de las protestas de los cónsules, fueron reelegidos. Los patricios, a su vez, para no ceder en nada a la plebe, querían también ellos reelegir cónsul a Lucio Quincio. En todo el año no había pronunciado el
4 cónsul un alegato más vehemente: «¿Me voy a extrañar, senadores —dijo—, si vuestra autoridad ante la plebe es aparente? Vosotros la debilitáis; en efecto, porque la plebe ha violado vuestro decreto sobre la prórroga de las magistraturas, queréis violarlo vosotros también, para no ser
5 menos irreflexivos que la masa. ¡Como si el tener más poder en un Estado consistiese en mostrar mayor ligereza y falta de respeto a la norma! Pues, indudablemente, es una muestra mayor de veleidad y de frivolidad saltarse las deci-
6 siones y decretos propios, que los de otros. Estáis imitando, senadores, la irreflexión de la masa. Vosotros, que debéis servir de ejemplo a los demás, seguid el mal ejemplo ajeno, en vez de que los demás actúen correctamente siguiendo el vuestro; pero yo no voy a imitar a los tribunos

ni voy a consentir en ser proclamado[254] cónsul en contra del senado-consulto. En cuanto a ti, Gayo Claudio, te insto 7
a que también tú apartes al pueblo romano de esta falta de respeto a la norma, y tengas por seguro que yo lo interpretaré no como que tú pones trabas a mi acceso al cargo, sino como que realzas la gloria de mi negativa al mismo y me evitas la deshonra que conllevaría la reelección.»
Luego, de común acuerdo, publican una disposición en el 8
sentido de que nadie vote a Lucio Quincio para el consulado; que si alguien lo hiciere, ellos no tendrán en cuenta tal voto.

Altibajos en las contiendas con ecuos y volscos, alternando con tensiones internas a causa de la ley

Fueron elegidos cónsules Quinto Fabio 22
Vibulano por tercera vez y Lucio Cornelio Maluginense[255]. Aquel año, se realizó el censo; se consideró contrario a la religión hacer el sacrificio de cierre del mismo, a causa de la toma del Capitolio y de la muerte del cónsul.

Durante el consulado de Quinto Fabio y Lucio Corne- 2
lio, nada más comenzar el año la situación cobró turbulencia: los tribunos instigaban a la plebe, latinos y hérnicos anunciaban una guerra de gran alcance por parte de volscos y ecuos; las legiones de los volscos estaban ya, según ellos, en Ancio. Había también un gran temor a que la propia colonia se pasase al enemigo. Costó trabajo conseguir que los tribunos consintiesen en dar prioridad a la
guerra. Entonces, los cónsules se repartieron las tareas: a 3
Fabio se le encargó conducir las legiones a Ancio, a Cornelio defender Roma en previsión de que algún contingente de enemigos viniese a saquear, cosa que los ecuos acos-
tumbraban hacer. Los hérnicos y los latinos recibieron ins- 4

[254] La proclamación validaba la elección por sufragio.

[255] Hijo del cónsul del año 485 a. C. y padre del decénviro (35, 11).

trucciones de proporcionar tropas de acuerdo con el tra-
tado, y el ejército se componía de dos tercios de aliados y
un tercio de ciudadanos. Una vez que llegaron los aliados
en la fecha señalada, el cónsul acampa fuera de la puerta
Capena. Luego, después de pasar revista al ejército, mar-
cha hacia Ancio y se sitúa a corta distancia de la plaza y de
5 los cuarteles enemigos. Como los volscos no se decidían a
librar batalla, porque todavía no había llegado el ejército
de los ecuos, y tomaban medidas para mantenerse a seguro
protegidos por empalizadas sin entrar en acción, al día
siguiente Fabio formó en torno a la empalizada del ene-
migo no un frente único mixto de aliados y ciudadanos,
sino tres frentes por separado, uno de cada uno de los tres
6 pueblos: él ocupaba el centro, con las legiones romanas.
Acto seguido, ordenó a los aliados que estuviesen atentos a
las señales para atacar a la par y, a la par, replegarse si
mandaba tocar a retirada. Igualmente deja a cada cuerpo
de ejército su caballería y la sitúa detrás de la primera
7 línea. De esta forma, atacando el campamento por tres
sitios, lo rodea y, presionando por todas partes, desaloja de
la empalizada a los volscos, incapaces de resistir el ataque;
salva, a continuación, las fortificaciones y echa fuera del
campamento al aterrado tropel que se había concentrado
8 en un solo punto. Cuando huían, luego, en desbandada, la
caballería, que había tenido dificultades para salvar la
empalizada y, hasta ese momento, había asistido a la lucha
como espectadora, al tener campo libre toma parte en la
9 victoria matando a los que huían aterrados. La matanza de
fugitivos fue considerable tanto dentro como fuera del
campamento, pero el botín fue aún mayor, porque el ene-
migo apenas pudo llevarse consigo las armas; y su ejército
hubiera sido exterminado, si los bosques no hubieran
cubierto su huida.

Mientras esto tiene lugar en Ancio, los ecuos envían 23
por delante lo más escogido de su juventud, apoderándose, de improviso, por la noche, de la ciudadela de Túsculo, y se asientan con el resto de su ejército a escasa distancia de las murallas de Túsculo con el fin de dividir a las tropas enemigas. Esta noticia, llevada a Roma a toda velocidad y 2
desde Roma al campamento de Ancio, provoca en los romanos la misma reacción que si se anunciase la toma del Capitolio: estaba reciente el meritorio servicio de los tusculanos, y la misma semejanza del peligro parecía reclamar el mismo tipo de ayuda. Dejándolo todo, Fabio traslada 3
rápidamente el botín desde el campamento a Ancio, deja allí una pequeña guarnición y corre a Túsculo a marchas forzadas. A sus hombres no se les permitió llevar nada más que las armas y los alimentos cocidos que había a mano[256]; el cónsul Cornelio suministra víveres desde Roma. La gue- 4
rra duró varios meses en Túsculo. El cónsul con una parte del ejército asediaba el campamento de los ecuos, la otra parte se la había cedido a los tusculanos para recuperar la ciudadela. Nunca se pudo llegar hasta ella por la fuerza; al fin, el hambre obligó a los enemigos a salir de allí: cuando 5
ésta los llevó a una situación extrema[257], fueron obligados por los tusculanos a pasar todos bajo el yugo sin armas y vestidos sólo con la túnica. Cuando se retiraban a casa en vergonzosa huida, el cónsul romano les dio alcance en el Álgido y les dio muerte sin dejar ni uno. Después de esta 6
victoria en Cólumen[258] (tal es el nombre del lugar), hace volver al ejército y acampa. El otro cónsul, una vez que las murallas de Roma habían dejado de correr peligro tras la derrota del enemigo, salió también él de Roma. Así, los 7

[256] La provisión usual era la ración para 17 días.

[257] En caso de considerar preferible la lectura *quo*, en vez de *qua* (que es la que seguimos), la traducción sería: «cuando al fin se llegó hasta allí».

[258] Cerca de Túsculo, donde La Colonna actual.

cónsules, penetrando en territorio enemigo por dos sitios distintos, devastan en tremenda porfía, por una parte, el territorio volsco y, por otra, el ecuo.

Aquel mismo año, Ancio se pasó al enemigo, según la mayor parte de los historiadores que he consultado; el cónsul Lucio Cornelio dirigió esta guerra y tomó la plaza. No me atrevería a asegurarlo como cierto, porque no hay mención alguna de tal hecho en los autores más antiguos.

24 Terminada esta guerra, la guerra intestina provocada por los tribunos atemoriza al senado. Gritan que se mantiene en campaña al ejército con mala intención; que se trata de una estratagema para escamotear la ley; que no por eso dejarán ellos de llevar a término la tarea empren-
2 dida. Consiguió, sin embargo, Lucio Lucrecio, prefecto de la ciudad, que la acción de los tribunos se aplazase hasta la
3 llegada de los cónsules. Había surgido, además, un nuevo motivo de agitación. Los cuestores[259] Aulo Cornelio y Quinto Servilio habían demandado a Marco Volscio por haber testificado manifiestamente en falso en contra de
4 Cesón. Se desprendía, en efecto, de multitud de pruebas que el hermano de Volscio desde el momento en que había caído enfermo no había sido visto en público, es más, ni siquiera se había levantado y había fallecido consumido
5 después de largos meses; y, por otra parte, Cesón no había sido visto en Roma en aquellas fechas en las que el testigo situaba el crimen, asegurando sus compañeros de armas que, por entonces, él estaba presente en el ejército sin disfrutar de permiso alguno. Si Volscio decía que no era así,

[259] Las características originarias de la cuestura no han sido aún bien definidas. Los *quaestores parricidii*, fuesen magistrados anuales o delegados accidentales, tenían una función judicial en tales causas criminales (parece que únicamente pronunciarse sobre la culpabilidad, pues la causa la llevaban los *duouiri perduellionis)*. Desde muy pronto tuvieron también una función financiera (la custodia del erario), única que pasó a época posterior.

muchos le proponían acudir ante el juez a título particular[260]. Como no se atrevía a acudir a la justicia, todos 6
aquellos datos coincidentes hacían tan segura la condena de Volscio como lo había sido la de Cesón con el testimonio de Volscio. Los tribunos retrasaban el asunto, diciendo 7
que no permitirían que los cuestores reuniesen la asamblea para el juicio si antes no se reunía para la ley. Se alargaron así ambos temas hasta la llegada de los cónsules. Una vez 8
que éstos hicieron su entrada triunfal en Roma con su ejército victorioso, como no se hablaba de la ley, la mayoría de la gente creía que los tribunos estaban desmoralizados, pero éstos, dado que el año tocaba a su fin, se presentaron 9
candidatos al tribunado por cuarta vez, convirtiendo la polémica acerca de la ley en discusión sobre las elecciones. Y, a pesar de que los cónsules se opusieron a la continuidad del tribunado con tanto empeño como si se tratase de una propuesta de ley encaminada a menoscabar su propia dignidad, la victoria de aquel enfrentamiento estuvo de parte de los tribunos.

Aquel mismo año presentaron los ecuos una petición de 10
paz y les fue concedida. Se llevó a término el censo comenzado el año anterior y fue, según dicen, el décimo cierre del lustro desde la fundación de Roma. Se censaron ciento diecisiete mil trescientos diecinueve ciudadanos. Los cónsules 11
lograron aquel año una gran gloria política y militar, porque alumbraron la paz en el exterior, y en el interior hubo, aunque no armonía, sí, al menos, menores enfrentamientos ciudadanos que en otras ocasiones.

Los cónsules nombrados a continuación, Lucio Minu- 25
cio y Lucio Naucio[261], afrontaron las dos cuestiones que

[260] La iniciativa de la demanda correspondía a los particulares y no al ministerio público, incluso en una causa criminal.

[261] Según otra lectura, Gayo Naucio, que había sido cónsul el 475 a. C. (II, 52, 6).

2 quedaban pendientes del año anterior. Los cónsules obstaculizaban la ley de la misma manera que los tribunos el juicio de Volscio. Pero los nuevos cuestores tenían más
3 energía y mayor ascendiente: juntamente con Marco Valerio, hijo de Manio y nieto de Voleso, era cuestor Tito Quincio Capitolino, que había sido cónsul por tres veces; éste, ya que a la familia Quincia no le podía ser devuelto Cesón ni al Estado un joven sin igual, perseguía con una guerra justa y legítima el falso testigo que había dejado a
4 un inocente sin la posibilidad de defenderse. Entre los tribunos, Virginio era el que más se ocupaba de la proposición de ley, y se les concedió a los cónsules un plazo de dos meses para que estudiaran el proyecto, de forma que, cuando hubiesen mostrado al pueblo qué trampas llevaba encubiertas, dejasen que se votase. La concesión de este plazo logró que la tranquilidad reinara en Roma.

5 Pero los ecuos no permitieron una calma duradera: rompiendo el tratado que había sido concluido el año anterior con los romanos, entregan el mando a Graco Clelio, que era entonces la persona más sobresaliente, con mucho,
6 en su país. A las órdenes de Graco se dirigen al territorio de Labicos y, después, al de Túsculo saqueándolos como enemigos, y cargados de botín acampan en el Álgido. A este campamento acuden Quinto Fabio, Publio Volumnio y Aulo Postumio emisarios de Roma para quejarse de los
7 daños y reclamar, en razón del tratado, los bienes. El general de los ecuos les dice que los encargos que traigan del senado romano se lo comuniquen a una encina, que él entretanto tiene otras cosas que hacer. La encina era un árbol enorme que dominaba el pretorio, y su sombra oscu-
8 recía el lugar de su asiento. Entonces, uno de los emisarios dijo al marchar: «Que esta encina sagrada[262] y cuantos dio-

[262] Infiérase: Júpiter.

ses hay se enteren de que el tratado ha sido roto por vosotros y que se pongan de parte de nuestras quejas ahora, de nuestras armas después, cuando castiguemos la violación de los derechos de los dioses y, a la vez, de los hombres.»
Cuando la legación regresó a Roma, el senado dispuso que 9
uno de los cónsules llevase su ejército contra Graco al Álgido y, al otro, le encomendó la misión de saquear el territorio de los ecuos. Los tribunos, según su costumbre, se oponían al reclutamiento y, tal vez, se hubieran opuesto hasta el final, pero sobrevino súbitamente una nueva amenaza.

Una enorme cantidad de sabinos se llega casi hasta las 26
murallas de Roma saqueando duramente: los campos fueron arrasados, la ciudad presa de pánico. Entonces la plebe de buena gana tomó las armas; en medio de las protestas infructuosas de los tribunos se alistaron dos grandes ejércitos. Con uno marchó Naucio contra los sabinos y, después 2
de acampar junto a Ereto[263], a base de expediciones de poca monta, casi siempre de incursiones nocturnas, causó tal devastación en el territorio sabino, que en comparación con ella el territorio romano parecía no haber sido afectado apenas por la guerra. Minucio no tuvo la misma 3
suerte ni la misma energía en el cumplimiento de su misión; en efecto, después de acampar a corta distancia del enemigo, sin haber sufrido ningún revés de consideración permanecía lleno de miedo en el interior del campamento.
Al darse cuenta de ello el enemigo, el miedo del contrario 4
acrecentó, como suele ocurrir, su audacia y, después de atacar por la noche el campamento, como la lucha abierta le había dado poco resultado, al día siguiente lo rodean de fortificaciones. Antes de que éstas, levantadas todo alrede-

[263] Ashby localizó Ereto cerca de Casa Cotta, a poco más de 25 kilómetros de Roma.

dor de la empalizada, cerrasen todas las salidas, cinco jinetes que sortearon los puestos de guardia enemigos llevaron a Roma la noticia de que el cónsul y el ejército estaban
5 cercados. Nada pudo ocurrir más imprevisto ni más inesperado. Por eso el terror y el desconcierto fueron tan acusados como si el enemigo sitiase Roma y no el campamento.

Lucio Quincio Cincinato, dictador

6 Se hace venir al cónsul Naucio. Pero, como parecía que éste representaba una protección insuficiente y se decidió nombrar un dictador para restablecer la apurada situación, Lucio Quincio Cincinato fue nombrado por acuerdo unánime.

7 Merece la pena que presten atención los que menosprecian todo lo humano, a excepción de las riquezas, y creen que no hay cabida para un gran honor ni para el valor, a
8 no ser allí donde las riquezas corren a raudales. Lucio Quincio, única esperanza del imperio del pueblo romano, cultivaba al otro lado del Tíber, justo enfrente del lugar donde ahora están las atarazanas, un campo de cuatro yugadas[264] llamado en la actualidad «Prado de Quincio».
9 Allí estaba cavando un hoyo hincando con todas sus fuerzas la azada o bien arando; lo cierto —de eso no hay duda— es que estaba atareado en una faena agrícola; una delegación, después del intercambio de saludos, le rogó que, para bien suyo y del Estado, vistiese la toga[265] para escuchar las instrucciones del senado. Sorprendido, pregunta varias veces: «¿Ocurre algo grave?», y manda a su esposa Racilia que traiga enseguida la toga de su choza.
10 Tan pronto como se acercó vestido con ella después de limpiarse el polvo y el sudor, los legados lo saludan como

[264] La yugada era una medida agraria de unas 25 áreas: un rectángulo de 240 por 120 pies.

[265] Como indumentaria oficial romana. Pasaje puramente legendario el de Cincinato.

dictador felicitándolo, le dicen que vaya a la ciudad, y lo
informan del pánico que reina en el ejército. Por mandato 11
oficial había una embarcación a disposición de Quincio y,
después de cruzar al otro lado, lo reciben sus tres hijos que
habían salido a su encuentro, luego otros allegados y amigos y, por fin, los senadores en su mayoría. Rodeado por
toda aquella concurrencia, precedido por los lictores, fue
acompañado hasta su casa. Hubo también una enorme 12
afluencia de plebeyos, pero éstos no experimentaron en
absoluto tanta alegría al ver a Quincio, pues consideraban
excesivo el poder dictatorial y a aquel hombre lo consideraban más riguroso aún que la propia forma de poder.
Durante aquella noche hubo en Roma un servicio de guardia sin más.

Al día siguiente el dictador, después de acudir al foro 27
antes del amanecer, nombra jefe de la caballería a Lucio
Tarquicio, de ascendencia patricia, que había servido en
infantería a causa de su carencia de recursos, pero que, no
obstante, era considerado el mejor combatiente, con mucho, de la juventud romana. Acompañado por el jefe de 2
la caballería acude a la asamblea, proclama la clausura de
los tribunales, ordena que se cierren las tiendas en toda la
ciudad, prohibe que nadie realice negocio privado alguno;
ordenó que los que estuviesen en edad militar se presenta- 3
sen en el Campo de Marte antes de la puesta del sol armados, con alimentos cocidos para cinco días y con doce estacas[266]; que los que ya no estaban en edad militar cociesen 4
los alimentos del vecino mientras éste preparaba las armas
e iba a buscar las estacas. Corren los jóvenes a buscar las 5
estacas: las cogieron donde cada cual tenía más a mano; a

[266] Cantidad difícil de creer, desde luego muy superior al número de estacas que formaban parte del equipo regular de un soldado destinadas a la empalizada del campamento.

nadie se le pusieron inconvenientes; todos se presentaron
6 prontamente de acuerdo con las órdenes del dictador. A continuación, formadas las tropas en orden de combate, tanto como de marcha, por si las circunstancias así lo exigían, el propio dictador se pone a la cabeza de las legiones y el jefe de la caballería a la cabeza de sus jinetes. En ambos cuerpos se hacían las recomendaciones que las propias circuns-
7 tancias requerían: que alargasen el paso, que había que darse prisa para poder llegar hasta el enemigo por la noche; que el cónsul y el ejército romano estaban sitiados, que era ya el tercer día de su cerco; que no se sabía lo que podía suponer cada noche o cada día, que a menudo en un instante cambia el curso de los acontecimientos más impor-
8 tantes. «Date prisa, abanderado», «sígueme, soldado», se gritaban también unos a otros, complaciendo a sus jefes. A media noche llegan al Álgido y, al saber que están ya cerca del enemigo, hacen alto.

28 Entonces el dictador dio una vuelta a caballo e inspeccionó, en la medida en que la noche ofrecía visibilidad, las dimensiones y la forma del campamento y, después, ordenó a los tribunos militares que reuniesen en un montón los bagajes y que los soldados, con sus armas y estacas, volvie-
2 sen a formar filas. Se cumplieron sus órdenes. Entonces, en el orden en que habían realizado la marcha, despliega todo el ejército en una larga línea en torno al campamento enemigo y ordena que, cuando se dé la señal, todos a la vez lancen el grito de guerra; dado el grito, que cada uno cave
3 una trinchera delante de sí y levante una estacada. Transmitida la orden, siguió la señal. Los soldados cumplen lo dispuesto; el grito de guerra resuena en torno al enemigo, sobrepasa su campamento y llega hasta el campamento del cónsul, provocando en unos pánico y en los otros una
4 enorme alegría. Los romanos se dicen unos a otros, felicitándose, que es el grito de sus compatriotas y que ha lle-

gado la ayuda, y ellos mismos desde los puestos de guardia
y de centinela meten miedo al enemigo. El cónsul dice que 5
no hay tiempo que perder, que aquel grito significa no sólo
la llegada, sino el comienzo de la acción por parte de los
suyos, y que raro sería que no estuvieran ya atacando la
parte exterior del campamento enemigo. Por consiguiente,
manda que sus hombres empuñen las armas y lo sigan. En 6
plena noche entablaron combate; con su grito dan a entender al dictador que también desde aquel lado la situación
había llegado al momento decisivo. Los ecuos se disponían 7
ya a impedir los trabajos de cerco cuando sus enemigos sitiados iniciaron el ataque; para impedirles abrirse paso a través de su campamento, se volvieron hacia los que atacaban desde el interior, desentendiéndose de los que trabajaban y dejándoles la noche libre para sus tareas, y combatieron con el cónsul hasta el amanecer. Al rayar el alba, esta- 8
ban ya cercados por la empalizada del dictador y a duras penas podían sostener la lucha contra un solo ejército. Entonces el ejército de Quincio, que nada más terminar los trabajos volvió a tomar las armas, ataca su atrincheramiento. Por un lado apremiaba un ataque nuevo, por el otro el ataque primero no había remitido lo más mínimo.
Acosados, entonces, por la doble amenaza, los ecuos pasa- 9
ron de la lucha a las súplicas rogando tanto al dictador como al cónsul que no cifrasen la victoria en la masacre, que les dejasen marchar desarmados. El cónsul les indicó que se dirigieran al dictador; éste, lleno de hostilidad, quiso
además deshonrarlos: manda que le traigan encadenados a 10
su general Graco Clelio y a los mandos superiores restantes y que le entreguen la plaza de Corbión; que él no tiene necesidad de la sangre de los ecuos, que pueden marchar; pero para arrancarles la confesión de que su pueblo ha sido sometido y dominado, que marcharán pasando bajo el
yugo. Se forma un yugo con las tres lanzas, dos clavadas 11

en tierra y una horizontal atada sobre ellas. Bajo este yugo hizo pasar el dictador a los ecuos.

29 Dueño de su campamento, en el que abundaban toda clase de efectos —pues los había despedido sin armas ni bagajes—, entregó todo el botín exclusivamente a sus soldados; al ejército consular y al propio cónsul los increpó
2 diciendo: «No tendréis parte, soldados, en el botín procedente de un enemigo del que estuvisteis a punto de ser presa vosotros. Y tú, Lucio Minucio, hasta que comiences a tener el coraje de un cónsul, estarás al frente de estas
3 legiones como legado.» Dimite, pues, Minucio del consulado y permanece en el ejército recibiendo órdenes. Pero, por entonces, los ánimos se mostraban tan sumisamente obedientes con un buen mando, que aquel ejército, teniendo más presentes los servicios prestados que las afrentas, dio su voto a una corona de oro de una libra de peso para el dictador y, al marchar, lo saludó con el título
4 de Protector. En Roma el senado, reunido por el prefecto de la ciudad Quinto Fabio, dispuso que Quincio entrase triunfalmente en la ciudad con las tropas en columna tal como venían. Desfilaron delante de su carro los jefes enemigos, precedidos por sus enseñas militares; detrás el ejér-
5 cito cargado con el botín. Dicen que había un festín preparado delante de cada casa y que los comensales, entonando el canto de triunfo con las chanzas rituales, a modo de ale-
6 gre cortejo marchaban detrás del carro. Aquel día se le concedió a Lucio Mamilio de Túsculo el derecho de ciudadanía con general aprobación. El dictador hubiera dejado el cargo de inmediato, de no haberle retenido los comicios para juzgar a Marco Volscio por falso testimonio. El miedo al dictador impidió que los tribunos pusieran trabas;
7 Volscio fue condenado y se exilió en Lanuvio. Quincio abandonó, al cabo de dieciséis días, la dictadura que había recibido por seis meses.

Durante aquellos días el cónsul Naucio consigue una brillante victoria sobre los sabinos en Ereto, desastre éste que vino a sumárseles, a los sabinos, a la devastación de su territorio. Fabio fue enviado al Álgido para reemplazar a
Minucio. A últimos de año los tribunos movieron la pro- 8
posición de ley; pero, como estaban fuera dos ejércitos, los senadores consiguieron que no hubiese ningún debate público; la plebe logró reelegir por quinta vez a los mismos
tribunos. Dicen que fueron vistos en el Capitolio lobos a 9
los que hicieron huir los perros y que, debido a tal prodigio, se purificó el Capitolio. Éstos fueron los acontecimientos de aquel año.

Guerra con ecuos y sabinos. Número de tribunos elevado a diez. Tensiones por la ley. El hambre y la peste

Los cónsules siguientes son Quinto 30
Minucio y Marco Horacio Pulvilo. A principios de este año, mientras en el exterior reinaba la tranquilidad, en el interior creaban conflictos los mismos tribunos y la misma proposición de ley;
las cosas hubiesen ido más lejos, excita- 2
dos como estaban los ánimos, de no ser porque, como hecho a propósito, se anunció que, en un ataque nocturno de los ecuos, se había perdido la guarnición de Corbión.
Los cónsules convocan al senado; reciben instrucciones de 3
alistar un ejército a toda prisa y marchar hacia el Álgido. Dejando, entonces, a un lado la discusión de la ley, se origina un nuevo enfrentamiento a propósito del llamamiento
a filas; la autoridad consular estaba a punto de ser domi- 4
nada por el derecho de intervención de los tribunos, cuando sobreviene una nueva amenaza: un ejército sabino había bajado a saquear los campos romanos y de allí se
dirigía a Roma. El miedo a este peligro impulsó a los tri- 5
bunos a permitir el alistamiento de tropas, no sin haber puesto como condición, sin embargo, que, dado que ellos habían sido burlados durante cinco años y constituían una

protección escasa para la plebe, se creasen en adelante diez
6 tribunos de la plebe. La necesidad arrancó esta concesión a los patricios, poniendo únicamente una restricción: que no volviesen a ver a los mismos tribunos. Los comicios para elegir tribunos se celebraron de inmediato, para evitar que también aquel acuerdo, como los demás, quedara sin efecto
7 después de la guerra. Treinta y seis años después de la creación del tribunado fue elevado a diez su número[267], dos por cada clase, y se tomaron medidas para que las elecciones futuras tuviesen las mismas características.
8 Hechas a continuación las levas, Minucio marchó contra los sabinos y no encontró al enemigo. Horacio, como los ecuos, después de dar muerte a la guarnición de Corbión, habían tomado ya también Ortona, libra batalla en el Álgido; da muerte a muchos hombres; hace huir al enemigo no sólo del Álgido sino de Corbión y de Ortona. Además destruye Corbión por haber vendido a la guarnición.

31 Seguidamente fueron nombrados cónsules Marco Valerio y Espurio Virginio. Hubo tranquilidad en el interior y en el exterior; hubo dificultades con el abastecimiento de víveres a causa de las excesivas lluvias. Se promulgó una
2 ley disponiendo el reparto del Aventino[268]. Como tribunos de la plebe fueron reelegidos los mismos.

Éstos, al año siguiente, durante el consulado de Tito Romilio y Gayo Veturio, cantaban las excelencias del pro-

[267] El año 471 el número de tribunos pasó de dos a cuatro, asociados a las cuatro tribus urbanas. Pasaron a diez cuando el tribunado entró en la constitución romana, cambio que no debió de ocurrir antes del decenvirato.

[268] El Aventino se extendía fuera de las murallas y del pomerio y antes de mediados del siglo v estaba escasamente poblado. Se fue configurando como colina plebeya por excelencia, por razones de su poblamiento, y por razones políticas como base de ocupación «militar».

yecto de ley en todos sus discursos, diciendo que era una vergüenza para ellos el que se hubiera aumentado su número para nada, si el asunto quedaba durante los dos años de su cargo tan estancado como lo había estado a lo largo de los cinco años precedentes. Cuando mayor activi- 3
dad estaban desplegando en esta campaña, llegan temblorosos unos mensajeros de Túsculo a comunicar que los ecuos se encuentran en su territorio. Debido al reciente servicio prestado por aquel pueblo, dio reparo demorar la ayuda. Los dos cónsules, enviados con un ejército, encuentran al enemigo en su asentamiento habitual, el Álgido. Allí se desarrolló el combate. Más de siete mil enemigos 4
fueron muertos, los demás puestos en fuga; se consiguió un botín enorme. Los cónsules lo vendieron, debido a la escasez de recursos del erario. Sin embargo, esta medida fue mal vista por el ejército, y proporcionó a los tribunos una base para acusar a los cónsules ante la plebe. .

Como consecuencia de ello, cuando abandonaron el 5
cargo, siendo cónsules Espurio Tarpeyo y Aulo Aternio, fueron demandados Romilio por Gayo Calvio Cicerón, tribuno de la plebe, y Veturio por Lucio Alieno, edil de la plebe. Ambos fueron condenados, con gran indignación de 6
los patricios: Romilio a una multa de diez mil ases y Veturio de quince mil. Pero este grave percance de los cónsules precedentes no aminoró la actividad de los nuevos. Se les podía condenar también a ellos, decían, pero ni la plebe ni los tribunos podrían hacer votar la ley. Abandonando 7
entonces la ley cuyo texto expuesto al público se había hecho viejo, los tribunos hicieron a los patricios una propuesta más moderada: que pusiesen por fin término a los enfrentamientos; ya que las leyes propuestas por la plebe no eran de su agrado, al menos que consintiesen en la creación en común de unos legisladores, tanto plebeyos como patricios, para que redactasen leyes útiles para ambos

estamentos y que sirviesen para asegurar a unos y otros el
8 mismo grado de libertad. Los patricios no desdeñaban la propuesta, pero decían que no podría dictar leyes nadie que no fuese patricio. Al haber acuerdo en cuanto a las leyes y discrepancia únicamente en lo referente al legislador, se envió a Atenas una legación[269] integrada por Espurio Postumio Albo, Aulo Manlio y Publio Sulpicio Camerino, y se les encargó que copiasen las famosas leyes de Solón y tomasen conocimiento de las instituciones, costumbres y leyes de otras ciudades de Grecia.

32 Fue aquél un año tranquilo en cuanto a guerras del exterior, y más tranquilo aún el siguiente, en que fueron cónsules Publio Curiacio y Sexto Quintilio, con un silencio permanente por parte de los tribunos, propiciado, en primer lugar, porque se estaba a la expectativa de la legación
2 que había ido a Atenas y de las leyes extranjeras y, en segundo lugar, porque sobrevinieron simultáneamente dos tremendas calamidades, el hambre y la peste, funestas para las personas y para el ganado. El campo quedó despoblado, la ciudad se vació por las ininterrumpidas muertes;
3 muchas e ilustres familias estuvieron de luto. El *flamen* de Quirino, Servio Cornelio, murió, y también el augur Gayo Horacio Pulvilo, en sustitución del cual los augures eligieron a Gayo Veturio con gran contento, porque había sido
4 condenado por la plebe. Murió el cónsul Quintilio, y cuatro tribunos de la plebe. Fue un año ensombrecido por múltiples desastres; por parte del enemigo hubo tranquilidad.

5 Después fueron cónsules Gayo Menenio y Publio Sestio Capitolino. Tampoco aquel año hubo guerra exterior
6 alguna, pero en el interior estallaron los conflictos. Había vuelto ya la legación con las leyes áticas. Por ello, los tribunos presionaban con mayor insistencia para que se diese

[269] Esta embajada a Atenas es de historicidad muy discutible.

comienzo, por fin, a la redacción de las leyes. Se decreta la creación de un decenvirato cuyas decisiones serían inapelables, y que durante aquel año no hubiese ningún otro magistrado. Se discutió durante algún tiempo si serían 7
integrantes también los plebeyos; al fin se dejó en manos de los patricios, con la condición de que la ley Icilia referente al Aventino y las demás leyes sagradas no fuesen abrogadas.

El decenvirato. Los felices inicios del decenvirato. La ley de las Doce Tablas

El año 302 de la fundación de Roma[270] 33
se cambió de nuevo la constitución, pasando el poder de los cónsules a los decénviros, lo mismo que anteriormente había pasado de los reyes a los cónsules.
Fue éste un cambio menos notable, porque no fue dura- 2
dero. Y es que los felices comienzos de esta magistratura desembocaron en excesos abusivos que aceleraron su caída y se volvió a confiar a dos magistrados el nombre y los poderes de cónsules.

Fueron nombrados decénviros Apio Claudio, Tito 3
Genucio, Publio Sestio, Lucio Veturio, Gayo Julio, Aulo Manlio, Publio Sulpicio, Publio Curiacio, Tito Romilio y Espurio Postumio. A Claudio y Genucio, dado que habían 4
sido designados cónsules para aquel año, se les compensó cargo con cargo, y a Sestio, uno de los cónsules salientes, se lo nombró porque había propuesto aquella medida al senado a pesar de la oposición de su colega. Después de 5
éstos, se nombró a los tres comisionados que habían ido a Atenas, para que este honor les sirviese de recompensa por una misión que los había llevado tan lejos y, a la vez, por

[270] Téngase en cuenta que en Livio se entrecruzan dos cronologías, una cuando hace referencia explícita a un hecho, muy próxima a la varroniana, y otra, la epónima, más corta.

estimar que sus conocimientos en leyes extranjeras serían
6 de utilidad en la redacción del nuevo cuerpo legal. Los
demás fueron para completar el número; se dice también
que los elegidos en último lugar fueron personas de edad y
ponderación, con el fin de que presentasen una oposición
7 menos encarnizada a los planteamientos de los otros. La
presidencia de todo el colegio la tenía Apio por contar con
el favor de la plebe: se había investido de una actitud tan
nueva que se había vuelto repentinamente un demagogo al
acecho del menor soplo de popularidad, en lugar del temi-
8 ble y cruel perseguidor de la plebe. Cada diez días adminis-
traba justicia al pueblo uno de ellos. Ese día el que tenía la
justicia a su cargo llevaba los doce fasces; sus nueve colegas
tenían a su servicio un solo subalterno cada uno. Había
entre ellos un entendimiento sin igual; semejante acuerdo
que hubiera podido resultar a veces perjudicial para los
particulares, era una equidad perfecta para con los demás.
9 Bastará reseñar un único ejemplo, para dar idea de su
moderación: se les había concedido un poder contra el cual
no cabía apelación; pues bien, se desenterró un cadáver en
casa de Publio Sestio, varón de familia patricia, y fue des-
10 cubierto y llevado ante la asamblea del pueblo; se trataba
de un delito a la vez manifiesto y atroz; el decénviro Gayo
Julio demandó a Sestio y se constituyó en acusador ante el
pueblo de un delito que según la ley debía juzgar, y cedió al
pueblo sus derechos para incrementar la libertad pública a
expensas del poder de su magistratura.

34 Mientras administraban así presta justicia, tan pura
como emanada de un oráculo, por igual a grandes y
pequeños, se dedicaban activamente a la redacción de las
leyes. En medio de una enorme expectación expusieron en
2 público las diez tablas, convocaron al pueblo a asamblea y,
deseando que fuese para bien, prosperidad y felicidad del
Estado, de ellos mismos y de sus hijos, lo invitaron a ir a

leer los textos legales que se le presentaban; que ellos, en la 3
medida en que la capacidad de diez hombres podía lograrlo, habían equiparado los derechos de todos, grandes y pequeños, pero que más valía la capacidad y la sabiduría de una multitud; que cada uno en particular sopesase cada 4
disposición, después la discutiesen en sus conversaciones y, finalmente, pusiesen en común lo que en cada norma había que quitar o añadir: el pueblo romano iba a tener las leyes 5
que el acuerdo de todos se podría decir que no sólo había sancionado, sino propuesto.

Cuando pareció que en las leyes se habían introducido 6
suficientes enmiendas de acuerdo con las opiniones que se habían emitido sobre cada capítulo de ellas, los comicios por centurias aprobaron las leyes de las Diez Tablas que, incluso en la actualidad, en medio de este inmenso conglomerado de leyes acumuladas unas sobre otras, constituyen la fuente de todo el derecho público y privado.

Se difunde, a continuación, el rumor de que faltan dos 7
tablas, cuya incorporación podría completar aquella especie de cuerpo de todo el derecho romano. Esta expectativa, en la proximidad de la fecha de los comicios, hizo nacer el deseo de nombrar decénviros por segunda vez. Además, la 8
plebe, aparte de que el nombre de cónsul le resultaba tan aborrecible como el de rey, no echaba de menos ni siquiera la protección de los tribunos, toda vez que los decénviros cedían ante la apelación unos en favor de otros.

Pero, cuando los comicios para la elección de decénvi- 35
ros fueron fijados para el tercer mercado[271], se enardeció 2
de tal manera la acción de los candidatos, que incluso los personajes más relevantes de la ciudad —por temor, sin duda, a que la posesión de un poder tan grande fuese acce-

[271] Plazo que media entre la proclamación de la votación y la fecha de la asamblea para votar. El mercado se celebraba cada ocho días.

sible, si ellos dejaban el campo libre, a personas poco dignas— saludaban al público, suplicando humildemente el cargo, al que se habían opuesto con todas sus fuerzas, a aquella misma plebe con la cual habían estado enfrentados.
3 La puesta en cuestión de su dignidad, a sus años y después de los cargos que había desempeñado, servía de acicate a Apio Claudio. No se sabría si contarlo entre los decénviros
4 o entre los candidatos; a veces daba más la impresión de aspirar a tal magistratura, que de estar ejerciéndola. Desacreditaba a los nobles, ensalzaba a todos los candidatos
5 de menos peso y más oscuros; él mismo, en medio de extribunos, de Duilios e Icilios, andaba dando vueltas por el foro: sirviéndose de ellos trataba de congraciarse con la plebe, hasta que sus propios colegas, que hasta entonces habían estado entregados a él sin reservas, fijaron sus ojos
6 en él preguntándose sorprendidos qué pretendía. Les parecía claro que no era nada confesable; que, sin duda alguna, había un motivo para que un orgullo semejante se volviera la afabilidad misma; que aquel afán desmedido por degradarse a sí mismo y hacer buenas migas con los particulares no era tan propio de quien va a dejar enseguida un cargo, como de quien busca un camino para la continuidad en el
7 mismo. Faltos de decisión para oponerse abiertamente a su ambición, tratan de moderar sus ímpetus llevándole la corriente. Por unanimidad lo encargan de presidir los
8 comicios, dado que es el de menor edad. Era una hábil maniobra encaminada a que no pudiese nombrarse a sí mismo, cosa que nunca nadie había hecho salvo los tribunos de la plebe —e, incluso en este caso, sentando un precedente lamentable—. Sin embargo, él, después de manifestar que para bien de todos presidiría los comicios, tomó el
9 obstáculo como una oportunidad; después de excluir por coalición fraudulenta a los dos Quincios, Capitolino y Cincinato, a su tío paterno Gayo Claudio, el más firme defen-

sor de la causa de los nobles, y a otros ciudadanos del mismo rango, hace elegir decénviros a hombres que estaban muy lejos de tener una trayectoria vital tan brillante, y 10
en primer lugar a sí mismo, acción que los buenos ciudadanos reprobaban tanto más cuanto que nadie le había creído capaz de la misma. Juntamente con él fueron ele- 11
gido Marco Cornelio Maluginense, Marco Sergio, Lucio Minucio, Quinto Fabio Vibulano, Quinto Petelio, Tito Antonio Merenda, Cesón Duilio, Espurio Opio Córnicen y Manio Rabuleyo[272].

El segundo colegio de decénviros: giro hacia la tiranía

Desde entonces, Apio dejó de llevar la 36
máscara de un personaje que no era el suyo. Comenzó de inmediato a vivir según su verdadera manera de ser, y a amoldar a su propio carácter a sus nuevos colegas, antes incluso de entrar en funciones de su magistratura. Todos los días se reunían sin testigos; desde 2
entonces, haciendo provisión de proyectos desenfrenados, que cocinaban en secreto, sin disimular ya su arrogancia, difíciles de abordar, poco tratables para sus interlocutores, se mantuvieron así hasta el 15 de mayo.

El 15 de mayo era, a la sazón, la fecha consagrada para 3
la entrada en funciones de los magistrados. Posesionados, pues, de su cargo, el primer día que lo desempeñaron lo señalaron con una manifestación aterradora, ya que, siendo así que los decénviros precedentes habían mantenido la norma de que uno solo llevara los fasces y que este distintivo regio fuese rotando por todos por turno, de pronto aparecieron todos en público con los doce fasces.
Ciento veinte lictores llenaban el foro y llevaban las hachas 4

[272] El primer colegio decenviral era consular y patricio. El segundo, que Ogilvie considera una elaboración llevada a cabo a finales del siglo III a. C., incluye a cinco plebeyos (los cinco últimos de la lista) y sólo tres consulares (Claudio, Minucio y Fabio).

atadas a los fasces; lo explicaban diciendo que no procedía que se suprimiesen las hachas, dado que se les había confe-
5 rido una autoridad inapelable. Presentaban el aspecto de diez reyes, y se vio multiplicado el miedo no sólo de los humildes sino de los patricios más encumbrados, ante la idea de que andaban buscando un pretexto para comenzar la matanza, de suerte que si alguien decía una palabra alusiva a la libertad en el senado o ante el pueblo, se aprestarían inmediatamente las varas y las hachas para atemori-
6 zar, de paso, a todos los demás. Pues, aparte de que en el pueblo no había defensa alguna al haber sido suprimida la apelación, de común acuerdo habían derogado también la intercesión, mientras que los decénviros precedentes habían permitido que sus sentencias fuesen modificadas por vía de apelación a un colega, y habían remitido al pueblo algunos
7 asuntos que pedían parecer de su competencia. Durante algún tiempo, el terror fue igual para todo el mundo; poco a poco, fue recayendo por completo en la plebe: con los patricios no se metían, contra los humildes tomaban medidas crueles y a capricho. Para ellos contaba solamente la persona, no la causa, como era natural en quienes el favor
8 ocupaba el lugar de la justicia. Las sentencias las amañaban en su casa, las dictaban en el foro. Si alguien apelaba a uno de sus colegas, cuando volvía de hacerlo venía arre-
9 pentido de no haberse atenido a la primera sentencia. Circulaba incluso un rumor anónimo según el cual no sólo se habían concertado para sus desafueros de entonces, sino que entre ellos se había establecido bajo juramento un pacto secreto para no celebrar elecciones y, una vez obtenido el poder, mantenerlo mediante un decenvirato sin límite de tiempo.

37 Observaban, entonces, los plebeyos la expresión de los patricios y esperaban un soplo de libertad de aquellos por temor a cuya opresión habían llevado al Estado a una

situación semejante. Los patricios más notables odiaban a 2
los decénviros y odiaban a la plebe; no aprobaban lo que se le hacía, pero estaban convencidos de que se había merecido lo que le ocurría; no querían ayudar a quienes, en su ansia de correr hacia la libertad, habían caído en la esclavitud; que fuesen acumulando injusticias, para que, cuando 3
estuviesen hartos de la situación presente, echasen de menos a los dos cónsules y el antiguo estado de cosas.
Había transcurrido ya la mayor parte del año y se habían 4
añadido dos tablas de leyes a las diez tablas del año anterior, y no había ya razón alguna, si se votaban también aquellas leyes en los comicios por centurias, por la cual el Estado tuviese necesidad de aquella magistratura. Se espe- 5
raba que se convocasen cuanto antes los comicios para la elección de cónsules; había únicamente una cuestión que preocupaba a la plebe: cómo restablecer el poder tribunicio, baluarte de la libertad, tras su interrupción; pero, 6
entretanto, no se hacía mención alguna a los comicios. Y los decénviros, que, en un principio, se habían exhibido ante la plebe rodeados de antiguos tribunos porque esto les daba un aire de popularidad, se hacían escoltar por jóvenes patricios: éstos cercaban en caterva sus tribunales; éstos 7
robaban a la plebe y entraban a saco en sus bienes, pues la fortuna estába del lado de quien tenía el poder, fuesen cuales fueran sus caprichos. Ya ni siquiera se detenían ante los 8
castigos corporales: unos eran azotados, otros decapitados; y para que no fuese una crueldad sin provecho, el reparto de los bienes venía detrás del castigo de su dueño. Los jóvenes de la nobleza, corrompidos a este precio, no sólo no se enfrentaban a la injusticia, sino que preferían abiertamente la permisividad de que gozaban a la libertad pública.

Llegó el 15 de mayo. Sin haber sido designado ningún 38
magistrado para sucederlos, los decénviros, que eran sim-

ples particulares, sin disminuir su arrogancia en el ejercicio del poder ni los distintivos que representaban externamente su cargo, se presentan en público. Esto significaba, sin
2 duda alguna, la tiranía. Se da por perdida para siempre la libertad: ni hay libertador alguno ni parece que vaya a haberlo. No era sólo que los propios romanos estuvieran desmoralizados, sino que comenzaban a despreciarlos los pueblos limítrofes, que se indignaban de que la hegemonía
3 estuviese donde no existía libertad. Un gran contingente de sabinos hizo una incursión en territorio romano y extendió el pillaje. Después de llevarse impunemente un botín de hombres y animales, se retira a Ereto la columna que había campado por todas partes y asienta el campamento, cifrando sus esperanzas en la discordia de Roma, discordia
4 que impediría el reclutamiento de tropas. No sólo los mensajeros, sino los campesinos que llegaban huyendo a través de la ciudad hicieron cundir la alarma. Los decénviros deliberan acerca de las medidas que es necesario tomar, aislados en medio de la hostilidad de patricios y plebe. La
5 suerte viene a añadir un nuevo motivo de temor: los ecuos, desde otro lado, acampan en el Álgido y, desde allí, a base de incursiones saquean el territorio de Túsculo; unos emisarios enviados desde Túsculo a pedir ayuda traen la noti-
6 cia. El miedo consiguiente obligó a los decénviros a consultar al senado, al estar Roma cogida entre dos guerras simultáneas. Hacen llamar a los senadores a la curia, bien a sabiendas de la tormenta de odio que se les viene encima:
7 cargarían sobre ellos la responsabilidad toda de la devastación de los campos y de todos los peligros que amenazaban; aquello iba a suponer un intento de derrocar su magistratura, a no ser que se pusiesen de acuerdo para resistir e, imponiendo enérgicamente su autoridad sobre unos cuantos especialmente exaltados, sofocasen las tenta-
8 tivas de los demás. Cuando se oyó en el foro la voz del

Los decénviros en aprietos: ataques de sabinos y ecuos, absentismo y ataques por parte del senado

pregonero llamando a la curia a los
senadores a presencia de los decénviros,
el hecho casi insólito, porque habían
interrumpido desde largo tiempo atrás la
costumbre de consultar al senado, hizo
que la plebe se preguntase extrañada qué
habría ocurrido para que volviesen a una
práctica que había estado en desuso tan largo tiempo;
habría que estar agradecidos al enemigo y a la guerra, por- 9
que se hacía algo que era habitual cuando el Estado era
libre. Se busca con la vista a los senadores por todos los
rincones del foro, y raro es descubrir a alguno en algún
sitio; se mira, después, a la curia y se ve el espacio vacío en 10
torno a los decénviros; el hecho de que los senadores no
acudiesen lo explicaban los propios decénviros por la opo-
sición concertada contra su autoridad, y la plebe porque
unos particulares no estaban facultados para convocar el
senado: ya hay un punto de partida para los que querían
volver a la libertad, si la plebe se pone al lado de los sena-
dores y, lo mismo que éstos después de ser convocados no
acuden al senado, la plebe se niega a ser movilizada. Éstos 11
son los comentarios de la plebe. Casi ningún senador había
en el foro, muy pocos en la ciudad: indignados por la
situación, se habían retirado a sus tierras y se ocupaban de
sus propios asuntos a falta de los públicos, considerando
que estaban lejos de la injusticia en la medida en que se
apartasen de la compañía y el contacto con sus despóticos
amos. Como no respondían a la convocatoria, se enviaron 12
a sus casas alguaciles a exigir prendas y, a la vez, averiguar
si se trataba de una negativa premeditada; vuelven diciendo
que el senado está en el campo. A los decénviros esto les
pareció mejor que si les dijesen que estaban presentes, pero
no reconocían su autoridad. Mandan que se les vaya a bus- 13
car a todos, y fijan la sesión para el día siguiente. La asis-

tencia fue bastante más numerosa de lo que ellos mismos esperaban. Esta circunstancia hizo pensar a la plebe que la libertad había sido traicionada por los senadores, porque habían obedecido como si tuvieran fuerza legal para reunirlos quienes habían cesado en su cargo y, de no mediar la violencia, eran simples particulares.

39 Pero fueron más dóciles en acudir a la curia que tími-
2 dos en exponer sus pareceres, según nuestros datos. Se recuerda que Lucio Valerio Potito, después del informe de Apio Claudio y antes del debate regular, pidió que se le autorizase para hablar acerca de la situación política[273]; al impedírselo los decénviros en tono amenazador, anunció
3 que se dirigiría a la plebe y originó un tumulto. Con no menor energía, Marco Horacio Barbato tomó parte en la polémica llamándoles «los diez Tarquinios» y recordando que los Valerios y los Horacios habían ido a la cabeza en la
4 expulsión de los reyes, que las gentes en aquella época no era el nombre de rey lo que aborrecían, pues con él se puede llamar a Júpiter[274], a Rómulo fundador de Roma y a los reyes siguientes, e incluso en las ceremonias religiosas ha sido conservado[275] como algo consagrado: era el despo-
5 tismo y la tiranía del rey lo que entonces se aborrecían; si esto resultó entonces intolerable en un rey, hijo de rey además[276], ¿quién lo iba a tolerar en tantos simples ciuda-
6 danos?; que anduviesen con ojo, no fuese a ser que, suprimiendo en la curia la libertad de palabra, obligasen a

---

[273] Cualquier senador podía proponer, como punto prioritario en una sesión del Senado, una moción de emergencia sobre la situación del Estado *(de republica)*.

[274] Aplicado a Júpiter, el de *rex* no era un título de culto, sino popular y/o poético.

[275] Referencia al *rex sacrorum;* ver II 2, 1.

[276] Oscuro el texto y su sentido. Según otra de las lecturas propuestas: «... rey, o hijo de rey...».

hablar fuera de la curia; que, además, no veía por qué él, un particular, iba a tener menos derecho a convocar al pueblo a asamblea que ellos a reunir al senado; que, 7
cuando quisiesen, comprobasen cuánto más fuerte es el sufrimiento en reivindicar la libertad que le corresponde que la ambición en dominar tiránicamente; ellos informan 8
sobre la guerra sabina, como si hubiera alguna guerra peor para el pueblo romano que la que sostiene con quienes, elegidos para legislar, no han dejado ni rastro de legalidad en la ciudad; quienes han suprimido las elecciones, las magistraturas anuales, la sucesión en el ejercicio del poder que es la única garantía de equitativa libertad; quienes, siendo unos simples particulares, tienen los fasces y el poder de los reyes; que, después de expulsados los reyes, 9
fueron magistrados los patricios, luego, a raíz de la secesión de la plebe, se crearon magistraturas plebeyas; pero a ellos les preguntaba a qué estamento pertenecían: ¿al pueblo?, porque ¿qué habían hecho por el pueblo?; ¿a la nobleza?, ¡hacía ya casi un año que no reunían al senado y ahora lo reunían de forma que le prohibían hablar de la situación política!; que no confiasen demasiado en el miedo 10
que se les tenía: a la población ya le parecían peores los males que padecía que los que temía.

Ante estos ataques a gritos de Horacio, como los 40
decénviros no veían la manera de reaccionar airadamente ni de pasarlo por alto, ni vislumbraban a dónde iría a parar la cosa, Gayo Claudio, que era tío del decénviro Apio, tuvo 2
una intervención más en tono de súplica que de polémica, pidiéndole por los manes de su hermano y padre que 3
tuviese más presentes los lazos de la sociedad en que había nacido que el pacto criminal que había hecho con sus colegas; que se lo pedía mucho más por su propio bien que por el del Estado, pues sin duda éste exigiría de ellos sus dere- 4
chos de grado o por la fuerza; pero que los enfrentamientos

violentos suscitaban por lo general violentas cóleras, ante
5 cuyas consecuencias se echaba a temblar. A pesar de que
los decénviros prohibían que se hablase de ninguna otra
cosa que no fuese la cuestión sometida a debate, tuvieron
reparos en interrumpir a Claudio. Logró, pues, que se
incluyese en el orden del día la propuesta de que se deci-
6 diese no dar ningún decreto del senado. Todos interpreta-
ban así que Claudio consideraba a los decénviros como
simples particulares, y muchos de los excónsules estuvieron
7 de acuerdo con sus palabras. Otra propuesta, más dura en
apariencia pero que tenía un alcance bastante más limi-
tado, invitaba a los patricios a reunirse para nombrar un
interrey. En efecto, emitiendo voto sobre cualquier asunto,
reconocían que eran magistrados los que presidían el
senado, declarados simples ciudadanos por quien había
8 propuesto que no se diese ningún decreto del senado. La
causa de los decénviros empezaba así a tambalearse,
cuando Lucio Cornelio Maluginense, hermano del decén-
viro Marco Cornelio y al cual se había reservado intencio-
nadamente para tomar la palabra en último lugar entre los
excónsules, aparentando preocupación por la guerra
9 defendía a su hermano y a los colegas de éste, diciendo que
no se explicaba a qué fatalidad se debía el que los ataques
contra los decénviros los lanzasen sólo o principalmente
10 quienes habían aspirado al decenvirato, ni por qué, durante
tantos meses en que la ciudad había estado tranquila, nadie
cuestionó la legitimidad de los magistrados que tenían la
autoridad suprema, y precisamente entonces, cuando los
enemigos estaban casi a las puertas, se sembraba la discor-
dia entre los ciudadanos; a no ser que pensasen que en la
confusión quedaría menos al descubierto qué era lo que
11 pretendían; que por otra parte, preocupados como están
los ánimos por problemas más serios, lo correcto es que se
evite prejuzgar un asunto tan importante: él propone que

lo que Valerio y Horacio han alegado, que los decénviros
han cesado en su cargo antes del 15 de mayo, se someta a
debate del senado, una vez finalizada la guerra inminente y
recuperada la tranquilidad pública; y que, desde este 12
momento, se vaya preparando Apio Claudio y que sepa
que deberá dar cuenta de los comicios que ha presidido
para la elección de decénviros siendo él mismo uno de los
decénviros, y de si han sido nombrados por un año o hasta
que se votasen las leyes que faltaban; que, por el momento, 13
él es partidario de que se deje a un lado todo excepto la
guerra: si se cree que los rumores extendidos acerca de ésta
son falsos y que no sólo los mensajeros, sino también los
legados de Túsculo han traído informes carentes de base,
propone que se envíen unos observadores que traigan datos
mejor comprobados; pero si se da crédito a mensajeros y 14
legados, que se lleve a cabo cuanto antes el reclutamiento y
que los decénviros lleven el ejército a donde les parezca, y
no se dé prioridad a ninguna otra cosa.

Los senadores más jóvenes estaban a punto de conse- 41
guir que se sometiese a votación esta propuesta. Pero se
levantaron de nuevo en contra con más energía Valerio y
Horacio, pidiendo a gritos que se permitiese hablar de la
situación política; que hablarían ante el pueblo si una fac-
ción no lo permitía en el senado, pues ni unos simples par-
ticulares podían impedírselo en la curia ni en la asamblea,
ni ellos iban a echarse atrás ante unos fasces imaginarios.
Entonces Apio, convencido de que, si no se hacía frente a 2
la violencia de aquéllos con una audacia igual, su autori-
dad estaba a punto de ser derrotada, dijo: «Será mejor no 3
opinar sino sobre el tema sometido a debate»; y mandó a
un lictor que se acercase a Valerio, que decía que un parti-
cular no le haría callar. Cuando ya Valerio imploraba la 4
ayuda de los ciudadanos desde el umbral de la curia, Lucio
Cornelio, abrazando a Apio y prestando un servicio no a

quien parecía, puso fin a la discusión; Cornelio consiguió
para Valerio permiso para decir lo que quisiera; como esta
libertad no fue más allá del uso de la palabra, los decénvi-
5 ros mantuvieron su propósito. Por su parte, los excónsules
y los senadores de más edad, por un poso de resentimiento
contra el poder tribunicio que creían que la plebe echaba
de menos mucho más intensamente que la autoridad consu-
lar, casi preferían que los propios decénviros abandonasen
más adelante el cargo voluntariamente, a que por odio
6 hacia ellos la plebe se levantase nuevamente: si la situación,
llevada con moderación y sin tumultos populares, abocaba
de nuevo en el consulado, las guerras que hubiese de por
medio o la moderación de los cónsules en el ejercicio de su
autoridad podrían llevar a la plebe a olvidarse de los tri-
bunos.

7 Se decretan, pues, levas sin que ningún senador diga
nada. Los mozos, por tratarse de un poder sin apelación,
responden al llamamiento. Una vez alistadas las legiones,
los decénviros acordaron entre ellos quiénes debían ir a la
8 guerra y tomar el mando de los ejércitos. Los decénviros
principales eran Quinto Fabio y Apio Claudio. Se preveía
una lucha de mayor consideración dentro que fuera. La
violencia de Apio les pareció más apropiada para reprimir
los motines de la ciudad; Fabio tenía una manera de ser
9 menos perseverante en el bien que activa en el mal (y es
que a este hombre, tiempo atrás distinguido en la política y
en la guerra, el decenvirato y sus colegas lo habían trans-
formado hasta el extremo de querer más parecerse a Apio
que a sí mismo): a éste le encomendaron la guerra sabina,
llevando como adjuntos a sus colegas Manio Rabuleyo y
10 Quinto Petelio. Marco Cornelio fue enviado al Álgido con
Lucio Minucio, Tito Antonio, Cesón Duilio y Marco Ser-
gio. Deciden que Espurio Opio ayude a Apio Claudio a velar
por Roma, y que todos los decénviros tengan poderes iguales.

Derrotas en ambos frentes bélicos. Muerte de Lucio Sicio por orden de los decénviros

La gestión pública no fue en modo 42
alguno más afortunada en lo militar que
en lo político. La única culpa de los 2
generales radicó en que se habían hecho
odiosos a sus compatriotas; toda la culpa
restante la tuvieron los soldados, los cua-
les, para que no se produjese el más mínimo triunfo bajo el
mando y los auspicios de los decénviros, se dejaban vencer
para deshonra de aquéllos y suya. Los ejércitos fueron 3
derrotados por los sabinos en Ereto, y en el Álgido por los
ecuos. El primero, huyendo de Ereto en el silencio de la
noche en dirección a Roma, atrincheró un campamento
entre Fidenas y Crustumeria en un lugar elevado; al perse- 4
guirlo el enemigo, no se atrevió a trabar combate a campo
raso y cifró su defensa en la naturaleza del terreno y la
empalizada, no en su valor o en sus armas. En el Álgido se 5
sufrió una ignominia mayor, y también un mayor desastre:
se perdió incluso el campamento, y las tropas, despojadas
de todo su material, se refugiaron en Túsculo buscando
sobrevivir merced a la lealtad y compasión de sus huéspe-
des, que, por otra parte, no les fallaron. A Roma llegaron 6
tan grandes señales de alarma, que el senado, dejando a un
lado su animosidad hacia los decénviros, decretó el estado
de alerta en la ciudad, ordenó que todos los que estuviesen
en edad de llevar armas vigilasen las murallas y montasen
guardia ante las puertas, acordó enviar armas a Túsculo 7
hasta completar las pérdidas, que los decénviros salieran de
la ciudadela de Túsculo y emplazasen las tropas en un
campamento, y que el otro campamento se trasladase de
Fidenas a territorio sabino y, tomando la ofensiva, disua-
diese al enemigo de su propósito de atacar Roma.

A los desastres infligidos por el enemigo, los decénviros 43
añaden dos crímenes nefandos, uno en el frente y otro en
Roma. En la Sabina, a Lucio Sicio, que, en vista del 2

ambiente hostil a los decénviros, andaba dejando caer entre la tropa alusiones a la restauración del tribunado y a la secesión en conversaciones secretas, lo envían a hacer un reconocimiento con miras al emplazamiento del campa-
3 mento. A los soldados enviados para acompañarlo en la expedición se les encarga atacarlo en un lugar adecuado y
4 darle muerte. No lo mataron impunemente, pues ofreció resistencia y, en torno suyo, cayeron varios asesinos al defenderse él solo con gran vigor, una vez rodeado, con
5 tantas fuerzas como coraje. Los supervivientes traen al campamento la noticia de que han caído en una emboscada, que han perdido a Sicio que luchó brillantemente y,
6 con él, a algunos de sus hombres. En un primer momento se dio crédito a los que trajeron la noticia; luego, una cohorte fue a sepultar a los caídos con permiso de los decénviros y, al ver que ninguno había sido despojado y que Sicio yacía en medio con sus armas y que todos los cadáveres estaban vueltos hacia él, y que de los enemigos no había ningún muerto ni huellas de su retirada, trajeron el cadáver manifestando que, sin duda alguna, había sido
7 muerto por sus hombres. Cundió la indignación en el campamento y estaban decididos a llevar a Sicio inmediatamente a Roma, pero los decénviros se apresuraron a hacerle un funeral militar a expensas del Estado. Fue sepultado en medio de la tristeza de los soldados y del desprestigio profundo y generalizado de los decénviros.

Atropello legal y muerte de Virginia

44 Se sucede en Roma un nuevo crimen, de origen pasional, con unas consecuencias tan tremendas como el que con la violación y muerte de Lucrecia había supuesto la expulsión de los Tarquinios del trono y de Roma, de forma que no sólo tuvieron los decénviros el mismo fin que los reyes, sino que también fue la misma la causa de que perdieran el poder.

Se apoderó de Apio Claudio un violento deseo de hacer 2 suya a una joven plebeya. El padre de la muchacha, Lucio Virginio, se distinguía como centurión en el Álgido y era un hombre modelo de rectitud tanto en la vida civil como en la milicia. En la misma línea había sido formada su mujer y eran formados sus hijos[277]. Había prometido a su 3 hija a Lucio Icilio, extribuno, hombre fogoso y de probado valor en la defensa de la causa de la plebe. Apio, loco de 4 amor, trató de seducir a aquella joven, núbil[278] ya y de notable belleza, con regalos y con promesas; cuando vio que a todo ponía obstáculos el pudor, recurrió a una violencia cruel y despótica. Encargó a su cliente Marco Clau- 5 dio que reclamase a la joven como esclava y que no cediese a las demandas de libertad provisional, pensando que había oportunidad para el desafuero porque el padre de la joven estaba ausente. Cuando la joven se dirigía al foro 6 —pues allí, en unas tiendas, estaban las escuelas primarias[279]— el agente del apasionado decénviro le echó mano llamándola esclava suya, hija de una de sus esclavas, y le ordenó seguirlo: que si ofrecía resistencia la llevaría a la fuerza. Estupefacta la asustada muchacha, a los gritos de 7 su nodriza que pedía socorro a los ciudadanos se forma una aglomeración. Se repiten los populares nombres de su padre Virginio y de su prometido Icilio. Los conocidos, por simpatía hacia ellos, y la masa por lo indignante del hecho, se ponen de parte de la joven. Estaba ya a salvo de la vio- 8 lencia, cuando el pretendido amo dice que no hay necesidad alguna de que la multitud se soliviante, que él procede

[277] No tenía más hijos que Virginia. Aulo Gelio mencionó el uso arcaico del plural *liberi* para un solo hijo.

[278] De más de doce años *(adulta).*

[279] Dato anacrónico, si la primera escuela de Roma la abrió un liberto de Espurio Carvilio, cónsul el año 234 a. C.; anteriormente la instrucción tenía lugar en casa.

por la vía del derecho, no de la fuerza. Cita a la joven a comparecer ante la justicia. Los que estaban presentes pro-
9 pusieron seguirlos[280]; se llegó hasta el tribunal[281] de Apio. El demandante representa una comedia conocida por el juez[282], como que era él mismo el autor del argumento: que la muchacha, nacida en su casa, raptada después y trasladada a casa de Virginio, le fue presentada a éste como hija;
10 que esto lo alega basándose en una prueba y que lo va a dejar demostrado a juicio incluso del propio Virginio, el más afectado por aquel fraude; que, entretanto, lo justo es
11 que la esclava siga a su amo. Los defensores de la muchacha, después de manifestar que Virginio está ausente por servir al Estado, que en dos días se presentará si se le avisa
12 y que no es justo cuestionar la paternidad de un ausente, le piden a Apio que aplace todo el asunto hasta la llegada del padre; que, de acuerdo con la ley dada por él mismo, con-

---

[280] Otra lectura del texto, *sequeretur*, significaría: «le propusieron (a Virginia) que lo siguiese».

[281] El *tribunal* era una plataforma mueble de madera, que se colocaba en el comicio en los primeros siglos, sobre la cual administraba justicia el *praetor*.

[282] El proceso de Virginia ha dado pie a multitud de interpretaciones jurídicas. Posiblemente, la intención literaria, dramática, del pasaje envuelve los aspectos técnicos, resultando difícil decidir cuándo determinados términos están tomados en sentido técnico o en sentido más general *(uindiciae, uis...)*. En la fase *in iure* de una causa cabía una asignación provisional de la persona en litigio; en la fase *in iudicio*, si es que ha lugar, interviene y zanja el litigio el *iudex* designado por el magistrado. Ya en la primera fase puede el magistrado pronunciarse por la libertad de la persona en cuestión *(uindiciae secundum libertatem)* o dejarla asignada al reclamante hasta la segunda fase, salvo que un ciudadano cualificado haga una contrarreclamación *(uindicatio in libertatem)*, pues en tal caso le es asignada a éste, con una excepción: cuando la persona en litigio no es *sui iuris* (caso de Virginia; sólo el paterfamilias es competente para hacer la contrarreclamación; si él no está, tiene preferencia el pretendido amo).

ceda la libertad provisional y no consienta que una joven núbil corra el riesgo de perder la reputación antes que la libertad.

Apio, antes de pronunciarse, dice que precisamente esa 45
ley que los amigos de Virginio invocan en apoyo de su demanda demuestra cuánto ha hecho él en favor de la libertad; pero que esa ley será un firme baluarte de la liber- 2
tad, si no varía según las causas y las personas; ahora bien, en el caso de los que reivindican la libertad, como cualquiera puede acogerse a la ley, la libertad provisional es de derecho, pero en el caso de aquella joven que está sometida a la autoridad paterna, únicamente a favor del padre puede el amo renunciar a la posesión; que, por consiguiente, 3
decide que se haga venir al padre; que, entretanto, el reclamante no pierde su derecho de llevarse a la muchacha, prometiendo presentarla a la llegada del que dicen ser el padre.

Como contra la injusticia de la sentencia murmuraban 4
muchos, pero ni uno solo se atrevía a protestar, se presentan Publio Numitorio, abuelo[283] de la muchacha, e Icilio, su prometido; se les abre calle entre la masa, convencida la 5
multitud de que sobre todo con la intervención de Icilio se le podrá hacer frente a Apio, y entonces el lictor dice que se ha dictado sentencia y aparta a Icilio que hablaba a gritos. Una injusticia tan escandalosa hubiera inflamado 6
incluso a un carácter flemático. «A hierro me tendrás que apartar de aquí, Apio —dijo—, para llevarte en silencio lo que quieres ocultar. Yo me voy a casar con esta joven, y pura la tomaré por esposa. Por consiguiente, ya puedes 7
reunir a todos los lictores incluidos los de tus colegas; manda preparar las varas y las hachas; no se quedará fuera de la casa de su padre la prometida de Icilio. Aunque le 8

[283] Tío materno, según III 54, 11.

hayáis quitado a la plebe romana la protección de los tribunos y el derecho de apelación, las dos fortalezas para la defensa de la libertad, no por eso se ha entregado a vuestros caprichos la soberanía también sobre nuestros hijos y
9 nuestras esposas. Ensañaos contra nuestros cuerpos y nuestras cabezas, pero que al menos el pudor esté a salvo. Si a ésta se le hace violencia, imploraremos yo la ayuda de los ciudadanos aquí presentes en favor de mi prometida, Virginio la de los soldados en favor de su única hija y todos la de los dioses y de los hombres, y tú no ejecutarás nunca
10 semejante sentencia a no ser que nos quites la vida. Te pido, Apio, que consideres una y otra vez el paso que das.
11 Virginio verá, cuando venga, lo que decide con relación a su hija; sólo una cosa debe saber: que si cede a las pretensiones de éste, tendrá que buscar un partido para su hija. Yo, en la defensa de la libertad de mi prometida, perderé antes la vida que la fidelidad.»

46 La multitud estaba soliviantada y el enfrentamiento parecía inminente; los lictores rodeaban a Icilio. Pero la cosa no pasó, sin embargo, de las amenazas, pues Apio dijo que no era que Icilio defendiese a Virginia, sino que aquel hombre pendenciero que incluso entonces se sentía tribuno andaba buscando ocasión para una revuelta; que él
3 no iba a darle motivos aquel día, sino que, para que supiera ya desde aquel momento que no era una concesión a su petulancia sino a la ausencia de Virginio, a su título de padre y a la libertad, no iba a administrar justicia aquel día ni a intervenir con un decreto: iba a pedir a Marco Claudio que renunciase a su derecho y permitiese que la muchacha
4 quedase en libertad provisional hasta el día siguiente; pero, si el padre no se presentaba al día siguiente, él le advertía a Icilio y a los que eran como Icilio que ni el legislador faltaría a su propia ley ni la firmeza le faltaría al decénviro; y que él no necesitaba en modo alguno llamar a los lictores

de sus colegas para reprimir a los promotores de una
revuelta: se contentaría con los suyos.

Al quedar aplazada la injusticia y retirarse los defenso- 5
res de la muchacha, se decidió que antes de nada el her-
mano de Icilio y el hijo de Numitorio, dos jóvenes activos,
se dirigieran enseguida directamente hacia la puerta de la
ciudad y con la mayor rapidez posible hiciesen venir a Vir-
ginio del campamento: que la salvación de la muchacha 6
dependía de que al día siguiente se presentase a tiempo
para oponerse legalmente a la injusticia. Obedecen, se
ponen en camino y a galope tendido llevan el mensaje al
padre. Como el reclamante instaba a la muchacha a que 7
proporcionase garantes de su libertad provisional e Icilio
decía que eso era lo que se estaba haciendo, poniendo buen
cuidado en ganar tiempo mientras se adelantaban los emi-
sarios enviados al campamento, por todas partes levantó la
mano la multitud e hizo ver a Icilio que todos estaban dis-
puestos a servir de garantes. Y él, arrasados los ojos en 8
lágrimas, dijo: «Gracias; mañana recurriré a vuestra ayuda;
ahora hay suficientes garantes.» Queda así Virginia en
libertad provisional saliendo fiadores sus parientes. Apio, 9
después de permanecer allí unos instantes para que no
diese la impresión de que había tomado asiento expresa-
mente para aquel asunto, como nadie se presentaba por
dejar de lado todos los demás para ocuparse exclusiva-
mente de aquél, se retira a su casa y escribe a sus colegas al
campamento que no den permiso a Virginio y que lo man-
tengan incluso bajo arresto. La inicua recomendación llegó 10
tarde, como debía, y Virginio, conseguido un permiso,
había partido ya en el primer relevo de la guardia, reci-
biéndose, inútilmente, la carta sobre su retención al día
siguiente por la mañana.

En Roma, al amanecer, toda la ciudad estaba en el foro 47
en vilo por la expectación, cuando Virginio, vestido de

luto, lleva allí a su hija cubierta de andrajos acompañada de algunas matronas con una enorme comitiva de defenso-
2 res. Una vez allí, comienza a dar vueltas suplicando a la gente, y no se limita a implorar la ayuda como un favor, sino que la reclama como un deber: él, para defender a sus hijos y mujeres está en el frente un día tras otro, y no existe otro soldado de quien se puedan citar más acciones bélicas llenas de valentía y de arrojo; ¿de qué sirve que Roma esté a salvo, si sus hijos tienen que sufrir lo último que sería de
3 temer en caso de haber sido tomada? Con esta especie de arenga se iba dirigiendo a unos y a otros. Expresiones parecidas salían de los labios de Icilio. La comitiva de mujeres con su llanto callado resultaba más conmovedora
4 que todas las palabras. Ante todo esto, Apio sigue empecinado, tan intensamente le había trastornado el desvarío, más exactamente que la pasión; sube al tribunal y, después de algunas quejas preliminares del demandante en el sentido de que a base de intrigas la víspera no se le había hecho justicia, antes de que terminase de exponer su reclamación y sin dar a Virginio oportunidad de responder
5 interviene Apio. En cuanto a los considerando en que basó su fallo, es posible que los historiadores antiguos recogiesen alguno con exactitud; pero, como absolutamente ninguno me parece verosímil en tan vergonzosa sentencia, opto por consignar escuetamente el hecho comprobado:
6 decretó que fuese tenida por esclava. En un primer momento el estupor dejó a todos paralizados, asombrados ante semejante atrocidad, y siguió un momento de silencio. Después, al ir Marco Claudio a echar mano de la joven en medio de las matronas y recibirlo los lamentos y los llantos
7 femeninos, Virginio, tendiendo los brazos hacia Apio dijo: «A Icilio, Apio, no a ti, he prometido a mi hija, y la he educado para el matrimonio, no para ser deshonrada. ¿Te parece bien entregarse al coito de forma indiscriminada, al

estilo del ganado y de las fieras? No sé si los presentes consentirán semejante cosa: espero que los que llevan armas no lo consentirán.» Al ser rechazado por el grupo de muje- 8
res y de defensores circunstantes el que reclamaba a la joven, el pregonero impuso silencio.

El decénviro, fuera de sí de pasión, dice que no sólo por 48
las injurias de Icilio del día anterior y por la violencia de Virginio de la que es testigo el pueblo romano, sino, además, por pruebas seguras sabe con certeza que durante toda la noche se han celebrado reuniones en toda la ciudad con miras a suscitar un levantamiento; que, consecuente- 2
mente, él, sabedor de aquella refriega, ha bajado al foro acompañado de hombres armados, no para maltratar a nadie que se estuviera tranquilo, sino para castigar, en consonancia con la majestad de su cargo, a los perturbadores de la paz ciudadana. «Así que mejor será no moverse. Lic- 3
tor —dice—, ve, aparta a la multitud y abre paso al amo para que eche mano de su esclava.» Como esto lo dijo con voz tonante y lleno de cólera, la multitud por sí sola se apartó y la muchacha quedó aislada como presa de la injusticia. Entonces, Virginio, al ver que no recibía ayuda 4
de nadie dijo: «Te lo ruego, Apio, ante todo perdona al dolor de un padre, si en algo he sido demasiado duro al increparte; en segundo lugar, permite que aquí en presencia de la joven pregunte a su nodriza qué hay de este asunto, para salir de aquí con el ánimo más tranquilo en el caso de haber sido considerado padre equivocadamente.» Obtenida 5
la autorización se lleva aparte a su hija y a la nodriza a las proximidades del templo de Cloacina[284] junto a las actualmente llamadas Tiendas Nuevas[285], y allí, echando

[284] Venus Cloacina («purificadora»).

[285] Las originarias ardieron en el año 210 a. C. y las reconstruidas (lo fueron antes del 192 a. C.) se llamaron Nuevas.

mano del cuchillo de un carnicero, dice: «Hija, te doy la libertad de la única forma que puedo.» Acto seguido, le atraviesa el pecho y, volviéndose hacia el tribunal, dice:
6 «Apio, por esta sangre te maldigo a ti y a tu cabeza.» Apio, puesto en pie ante el griterío que se levantó a la vista de un hecho tan horrible, manda prender a Virginio. Éste se abría camino con el cuchillo por cualquier parte que iba hasta que, gracias también a la protección de la multitud que lo
7 seguía, llegó a la puerta de la ciudad. Icilio y Numitorio levantan el cuerpo exangüe y lo muestran al pueblo; deploran el crimen de Apio, la belleza fatal de la muchacha y la
8 ineluctable obligación en que se ha visto el padre. Las matronas los siguen preguntando a gritos si a esto está destinada la procreación de los hijos, si ése es el premio a la honestidad, y todo lo que en circunstancias semejantes les sugiere el dolor a las mujeres, más agudo porque son más débiles de espíritu y, por eso mismo, más conmovedor en
9 sus lamentos. Las palabras de los hombres, y sobre todo de Icilio, se referían, en su totalidad, a la supresión de la potestad tribunicia y del derecho de apelación al pueblo y a los escándalos oficiales.

Reacción popular, tropas incluidas: caída de los decénviros

49 La multitud se subleva, en parte por lo atroz del crimen y en parte por la esperanza de estar ante la oportunidad de
2 recuperar la libertad. Apio manda que comparezca Icilio; después, como se niega, que lo detengan, y, finalmente, como no se les permitía a sus subalternos acercarse, él mismo acompañado por un grupo de patricios jóvenes, adelantándose por entre
3 la masa, hace que lo lleven a la cárcel. En ese momento se encontraban en torno a Icilio no sólo la multitud, sino los jefes de ésta, Lucio Valerio y Marco Horacio; éstos, después de rechazar al lictor, decían que, si Apio quería actuar por la vía de la legalidad, ellos defenderían a Icilio de un

particular, y si intentaba hacer uso de la fuerza, también en
ese terreno estarían a su altura. Se origina entonces una 4
violenta refriega. El lictor del decénviro va por Valerio y
Horacio; la multitud rompe los fasces. Apio sube a la tribuna:
le siguen Horacio y Valerio; a éstos la Asamblea los escucha,
pero ahoga con sus gritos la voz del decénviro. Ya Valerio, 5
haciendo las veces de la autoridad, mandaba a los lictores
que abandonasen a un particular, cuando Apio, quebran-
tada su energía, temiendo por su vida, se tapa la cabeza y
se refugia en su casa, que estaba cerca del foro, sin que sus
enemigos lo adviertan. Espurio Opio, para ayudar a su 6
colega, irrumpe en el foro por el lado opuesto. Ve la auto-
ridad superada por la fuerza. Llevado, luego, de acá para
allá por los consejos que le daban desde todas partes y
sumido en el desconcierto por decir que sí a todos, acabó
por convocar el senado. Esta medida, dado que gran parte 7
de los senadores parecían estar en desacuerdo con el com-
portamiento de los decénviros y cabía la esperanza de que
el senado pusiese fin a aquella forma de poder, apaciguó a
la multitud. El senado decidió que no había que soliviantar 8
a la plebe y que, más bien, había que dar prioridad a la
toma de medidas para que la llegada de Virginio no crease
revuelo en el ejército.

Por ello, los senadores más jóvenes enviados al cam- 50
pamento, que estaba entonces en el monte Vecilio, advier-
ten a los decénviros que por todos los medios eviten una
rebelión de la tropa.

Pero Virginio suscitó allí una agitación mayor que la 2
que había dejado en Roma. Pues no solamente se hizo
notar su llegada con un grupo de casi cuatrocientos hom-
bres que habían decidido acompañarlo desde la ciudad
encendidos de indignación por lo ocurrido, sino que, ade- 3
más, el cuchillo que empuñaba y la sangre de que él mismo
iba salpicado atraen sobre él las miradas de todo el cam-

pamento. Por otra parte, las togas que se veían por todos
lados en el campamento daban la impresión de que se tra-
taba de un número de civiles bastante mayor del que era.
4 Al preguntarle qué ocurría, durante largo rato no pudo
articular palabra a causa del llanto; por fin, cuando se
calmó el tumulto de la concurrencia y se hizo silencio, lo
expuso todo detalladamente tal como había sucedido.
5 Tendiendo luego las manos hacia lo alto, dirigiéndose a sus
camaradas, les pedía que no le imputasen a él un crimen
del que era responsable Apio Claudio, ni le volviesen la
6 espalda como autor del parricidio de sus hijos; que la vida
de su hija habría sido para él más querida que la suya pro-
pia, si hubiera podido vivir libre y pura; pero, al ver que le
era arrebatada como esclava para ser deshonrada, le había
parecido que era preferible perder a los hijos por la muerte
antes que por la deshonra, y por piedad se había visto abo-
7 cado a lo que parecía crueldad; él no hubiera sobrevivido a
su hija, de no ser porque había cifrado la esperanza de
vengar su muerte en la ayuda de sus compañeros de armas:
también ellos tenían hijas, hermanas y esposas, y la lujuria
de Apio Claudio no se había extinguido con su hija, sino
que cuanto mayor fuese su impunidad, mayor sería su de-
8 senfreno; la desgracia ajena era para ellos una advertencia
para que se pusiesen en guardia contra una injusticia seme-
jante; en cuanto a él, el destino le había arrebatado a su
esposa, y su hija, dado que no pudo seguir viviendo casta-
9 mente, había tenido una muerte triste pero honrosa; en su
casa ya no quedaba sitio para la lujuria de Apio; de otras
violencias suyas él sustraería su cuerpo con la misma ente-
reza con que había sustraído el de su hija: que los demás
mirasen por sí mismos y por sus hijos.

10 A estos gritos de Virginio respondía la multitud que no
iba a ser indiferente ni al dolor de él ni a su propia libertad.
También los civiles, mezclados entre la masa de los solda-

dos, proferían las mismas quejas y hacían ver en qué medida los hechos vistos parecían, como era natural, más indignantes que los oídos, manifestando al mismo tiempo que la situación en Roma había recibido un golpe decisivo;
además, otros, llegados a continuación, decían que Apio, 11
que había estado a punto de ser muerto, había huido al exilio, y consiguieron que se gritase: «¡A las armas!», se
arrancasen las enseñas y se marchase hacia Roma. Los 12
decénviros, trastornados por lo que estaban viendo y por lo que habían oído que había ocurrido en Roma, corren cada uno en una dirección por el campamento para calmar el tumulto. Si actúan con suavidad, no reciben respuesta, si invocan su autoridad, les contestan que son hombres de
valor y que están armados. Marchan en columna hacia 13
Roma y ocupan el Aventino[286], animando a los plebeyos según se los van encontrando a recuperar la libertad y nombrar tribunos de la plebe. No se oyó ninguna otra
palabra de violencia. Espurio Opio reúne al senado. No se 14
aprueba ninguna medida rigurosa, en vista de que los pro-
pios decénviros han dado lugar a la sedición. Se envía una 15
delegación de tres excónsules, Espurio Tarpeyo, Gayo Julio y Publio Sulpicio, a preguntar, en nombre del senado, quién les había dado orden de abandonar el campamento y qué pretendían los que habían ocupado armados el Aventino y, abandonando la guerra contra el ene-
migo, habían tomado su propia patria. No les faltaba qué 16
responder, les faltaba un portavoz, al no tener aún un jefe claro ni tener nadie individualmente suficiente decisión para exponerse a represalias. Se limitaron a gritar en masa que les enviasen a Lucio Valerio y Marco Horacio, que a éstos les darían la respuesta.

---

286 Parece poco cuestionable la historicidad de esta segunda secesión, igual que la relativa a la primera.

51 Después de despedir a los legados, Virginio hace notar
a los soldados que, en una cuestión que no tenía mayor
importancia, acaban de pasar apuros porque son una mul-
titud sin jefe y que se ha dado una respuesta que, aunque
no ha estado fuera de lugar, se ha debido más a una coin-
2 cidencia fortuita que a un plan elaborado en común; él
propone que se nombren diez hombres encargados del
mando supremo, y se les dé el título y el rango de tribunos
3 militares. Al querer asignarle a él el primero tal cargo, dijo:
«Guardaos esa opinión que tenéis de mí para cuando mis
4 circunstancias y las vuestras sean mejores. Ni el hecho de
que mi hija no haya sido vengada permite que me resulte
grato honor alguno, ni perturbada como está la situación
política os resulta de utilidad que os manden quienes susci-
5 tan mayor hostilidad. Si en algo puedo seros útil, lo seré
6 igualmente como simple particular.» Nombran, pues, diez
tribunos militares.

Tampoco el ejército de la Sabina se estuvo quieto.
7 También allí, por instigación de Icilio y Numitorio, se rom-
pió con los decénviros en una reacción de cólera tan vio-
lenta por el recuerdo de la muerte de Sicio como la susci-
tada por las recientes noticias acerca de la joven tan
8 vergonzosamente convertida en blanco de la lujuria. Icilio,
cuando se enteró de que en el Aventino habían sido nom-
brados tribunos militares, quiso evitar que los comicios
civiles se sintiesen arrastrados por la elección previa de los
comicios militares y nombrasen a los mismos como tribu-
9 nos de la plebe: buen conocedor de las reacciones popula-
res y aspirante también él a aquel cargo, antes de partir
para Roma se encarga de que los suyos nombren un
número igual de magistrados con la misma autoridad.
10 Entraron en la ciudad por la puerta Colina con sus bande-
ras al frente, y en columna por el centro de Roma conti-
núan hasta el Aventino. Reunidos allí con el otro ejército,

encargaron a los veinte tribunos militares que designasen a dos de entre ellos para detentar el mando supremo. Eligen 11
a Marco Opio y Sexto Manilio.

Los senadores, preocupados por la situación general, tenían sesión todos los días, empleando el tiempo más en disputas que en deliberaciones. Se les echaba en cara a los 12
decénviros el asesinato de Sicio, la lujuria de Apio y los desastres militares. Eran del parecer de que Valerio y Horacio fuesen al Aventino. Éstos decían que no irían, si no era con la condición de que los decénviros depusiesen los distintivos de su cargo en el que estaban cesantes desde el año anterior. Los decénviros, quejándose de que se los 13
degradaba, decían que no depondrían su autoridad antes de hacer votar las leyes objeto de su nombramiento.

La plebe, puesta al corriente por Marco Duilio, que 52
había sido tribuno de la plebe, de aquellas discusiones interminables con las que nada se solucionaba, se traslada del Aventino al monte Sacro, al asegurar Duilio que los 2
patricios no se preocuparán de verdad hasta ver que Roma es abandonada; que el monte Sacro los advertirá de la firmeza de la plebe y les hará saber cuál es la potestad sin cuya restauración no se puede llegar a la concordia. 3
Saliendo por la vía Nomentana, que entonces se llamaba Ficulense, establecieron el campamento en el monte Sacro, imitando la moderación de sus padres en no cometer violencia alguna. La plebe siguió al ejército, sin que nadie a quien la edad le permitiese ir se echara para atrás. De cerca 4
les siguen sus mujeres e hijos, preguntándoles patéticamente en manos de quien los dejaban en aquella ciudad en la que no se respetaba ni la decencia ni la libertad.

La considerable falta de población había hecho en 5
Roma insólitas todas las cosas; en el foro no había más que algunos ancianos; los senadores, convocados con urgencia al senado, vieron el foro vacío y ya eran muchos los que,

6 además de Horacio y Valerio, gritaban: «¿A qué esperáis,
senadores? Si los decénviros no ponen fin a su empecina-
miento, ¿vais a dejar que la ruina y las llamas acaben con
todo? Pero, ¿qué poder es ése, decénviros, al que estáis afe-
7 rrados? ¿Pensáis legislar para los techos y las paredes? ¿No
os da vergüenza de que se vea en el foro casi mayor
número de lictores vuestros que de ciudadanos y de otras
personas?[287]. ¿Qué vais a hacer en caso de que el enemigo
llegue hasta Roma? ¿Y si dentro de poco la plebe, al ver
que la secesión apenas surte efecto, se presenta armada?
¿Queréis que vuestro poder termine con la caída de Roma?
8 Una de dos: o no tendremos plebe, o hemos de tener tribu-
nos de la plebe. Antes renunciaremos nosotros a las magis-
9 traturas patricias que ellos a las plebeyas. A nuestros
padres les arrancaron esa potestad nueva sin haber tenido
experiencia de la misma; mucho menos ahora van a sopor-
tar su falta, después de haberlos seducido su atractivo,
sobre todo dado que nosotros no ejercemos la autoridad
con moderación para que no necesiten de su salvaguarda.»
10 Como estos reproches eran proferidos por todos, los
decénviros, abrumados por la unanimidad, afirman que,
11 dado que así parece, están a disposición del senado. Úni-
camente piden y, a la vez, advierten que se los defienda
contra el odio y que no se acostumbre a la plebe con su
sangre a castigar con la muerte a los patricios.

53 Entonces son enviados Valerio y Horacio para lograr,
con las condiciones que consideren oportunas, el retorno
de la plebe y el arreglo de la situación; reciben también
instrucciones de preservar a los decénviros de la cólera y
los ataques de la multitud.

2 Se ponen en camino y son recibidos en el campamento
con una alegría desbordante, por parte de la plebe, como

[287] Otra variante del texto: «... de lictores vuestros que del resto de ciudadanos?».

libertadores indiscutibles tanto en la puesta en marcha del
movimiento como en el resultado de la empresa. Por esto,
a su llegada, se les dan las gracias. Icilio pronuncia unas
palabras en nombre de la multitud. Fue él también quien, 3
al tratar de las condiciones, cuando los comisionados pre-
guntaron cuáles eran las peticiones de la plebe, siguiendo
un plan trazado previamente a la llegada de los delegados,
presentó unas peticiones que dejaban claro que cifraban
sus esperanzas más en que las cosas se hicieran con justicia
que en las armas; pedían, en efecto, que se restableciese el 4
poder tribunicio y el derecho de apelación, que habían sido
las dos defensas de la plebe antes de la creación del decen-
virato, y que no hubiese represalias contra nadie por haber
concitado a los soldados o a la plebe a reconquistar la
libertad por medio de la secesión. Únicamente en relación 5
con el castigo de los decénviros la petición fue escalo-
friante: como que les parecía justo que les fueran entrega-
dos, y amenazaban con quemarlos vivos. A esto, los dele- 6
gados responden: «Lo que en común habéis acordado pedir
es tan de razón que os debió ser ofrecido espontáneamente;
pedís, en efecto, unas salvaguardas de la libertad, no de la
permisividad para atacar a otros. Vuestra cólera hay que 7
perdonarla más que consentir que os dejéis llevar por ella,
puesto que por odio a la crueldad caéis en la crueldad y,
casi antes de ser libres vosotros mismos, ya queréis tirani-
zar a vuestros adversarios. ¿Es que nunca nuestra ciudad 8
va a poner tregua a las venganzas de los patricios contra la
plebe romana, o de la plebe contra los patricios? Os hace
más falta el escudo que la espada. El de abajo tiene de 9
sobra con vivir en la sociedad sin infligir ni sufrir la injusti-
cia. Incluso en el caso de que tengáis que haceros temer en 10
alguna ocasión, como, una vez recuperados vuestros magis-
trados y vuestras leyes, podréis someter a juicio nuestras
vidas y nuestros bienes, entonces decidiréis según cada

caso: por el momento es suficiente con recuperar la libertad.»

54 Todos autorizan a los delegados a que actúen según su criterio, y éstos aseguran que en breve estarán de vuelta
2 con todo ultimado. Partieron, y cuando expusieron al senado las propuestas de la plebe, los otros decénviros, viendo que, contra lo que ellos esperaban, no se hacía mención alguna a su castigo, no pusieron ninguna obje-
3 ción; Apio, hombre de carácter hosco y singularmente odioso, midiendo la ojeriza de los demás hacia él por la que él sentía hacia los demás, dijo: «No ignoro la suerte
4 que nos amenaza. No se me oculta que la lucha contra nosotros se pospone hasta que se les entreguen armas a nuestros enemigos. Hay que entregarle sangre al odio. Ni siquiera yo me muestro remiso en absoluto en abandonar
5 el decenvirato.» El senado decretó que los decénviros dimitiesen de su cargo de inmediato; que Quinto Furio, pontífice máximo, procediese a la elección de tribunos de la plebe, y que nadie fuese perseguido por la secesión del ejér-
6 cito y de la plebe. Una vez levantada la sesión, después de dar estos senadoconsultos, los decénviros se presentan ante la asamblea y dimiten de su cargo, con inmensa alegría por parte del público.

7 Se le va a dar la noticia a la plebe. Los hombres que quedaban en Roma siguen a los delegados. Al encuentro de esta multitud sale otra, llena de alegría, dél campamento. Se felicitan de que la libertad y la concordia hayan sido
8 devueltas a la ciudad. Los delegados se dirigen a los reunidos: «Para bien, prosperidad y felicidad vuestra y del Estado, volved a vuestra patria al lado de vuestros penates, de vuestras esposas y vuestros hijos; pero que la moderación de que habéis dado muestras aquí, donde ninguna propiedad ha sufrido destrozos, a pesar de las numerosas

necesidades para atender a tan gran multitud, que esa
misma moderación os acompañe a la ciudad. Id al Aven-
tino, de donde partisteis: allí, en aquel lugar propicio en el 9
que pusisteis los primeros fundamentos de vuestra libertad,
elegiréis tribunos de la plebe. El pontífice máximo estará
dispuesto para presidir los comicios.» Dieron su aproba- 10
ción con grandes aclamaciones y entusiasmo general. Acto
seguido, se ponen en marcha y los que se dirigen a Roma
compiten en alegría con los que les salen al encuentro. Cru-
zan armados la ciudad en silencio y llegan al Aventino. Una 11

Restauración y afianzamiento legal de las instituciones republicanas

vez allí, inmediatamente el pontífice dio
curso a las elecciones y nombraron tri-
bunos de la plebe, en primer lugar, a
Lucio Virginio, a continuación, a Lucio
Icilio y Publio Numitorio, tío materno de
Virginia, promotores de la secesión; después, a Gayo Sici- 12
nio, descendiente de aquel que, según la tradición, fue el
primer tribuno de la plebe nombrado en el monte Sacro, y
a Marco Duilio, que había desempeñado de manera nota-
ble la función de tribuno antes de la creación del decenvi-
rato y no había desasistido a la plebe durante los conflictos
con los decénviros. Por último resultaron elegidos, más por 13
lo que prometían que por los méritos contraídos, Marco
Titinio, Marco Pomponio, Gayo Apronio, Apio Vilio y
Gayo Opio. Nada más ocupar el cargo, Lucio Icilio pro- 14
puso a la plebe y ésta decretó que nadie fuese perseguido
por haberse rebelado contra los decénviros. Inmediata- 15
mente, Marco Duilio logró que se aprobara su propuesta
sobre nombramiento de cónsules y derecho de apelación.
Todo esto se llevó a cabo en la asamblea de la plebe en los
Prados de Flaminio [288], llamados Circo de Flaminio en la
actualidad.

---

[288] En la zona sur del Campo de Marte, donde el censor Gayo Flaminio construyó el Circo Flaminio en el año 220 a. C.

55 A continuación un interrey proclamó cónsules a Lucio
Valerio y Marco Horacio, que ocuparon el cargo inmedia-
tamente. Su consulado gozó de popularidad sin lesionar los
derechos de los patricios, pero no sin malestar por parte de
2 éstos, pues cualquier medida que se tomase para salva-
guardar la libertad de la plebe les parecía que menoscababa
3 su poder. En primer lugar, como había una cierta contro-
versia jurídica sobre si los patricios estaban obligados o no
por los decretos de la plebe, propusieron a los comicios por
centurias una ley, en el sentido de que lo que la plebe
reunida por tribus acordase obligaba a todo el pueblo; con
esta ley se puso un arma temible en manos de los tribunos
4 para sus proposiciones de ley. Luego, otra ley consular
sobre el derecho de apelación, baluarte único de la libertad,
abolida por la autoridad de los decénviros: no sólo lo res-
tablecen, sino que lo afianzan de cara al futuro sancio-
5 nando una nueva ley, según la cual nadie podía crear
magistratura ninguna sin apelación; al que la crease, la
religión y la ley permitían darle muerte sin ser acusado de
6 crimen por ello. Una vez asegurada suficientemente la con-
dición de la plebe por medio tanto de la apelación como de
la protección de los tribunos, también proclamaron de
nuevo la inviolabilidad de los propios tribunos, cuyo
recuerdo ya casi se había borrado, recuperando algunas
7 ceremonias rituales largo tiempo interrumpidas, y les confi-
rieron la inviolabilidad legal, además de la religiosa, san-
cionando por ley que, si alguien agredía a los tribunos de la
plebe, a los ediles o a los jueces decénviros[289], su cabeza
sería inmolada a Júpiter, sus pertenencias familiares serían
vendidas en pro del templo de Ceres, Líber y Líbera.

8 Los intérpretes del derecho dicen que, en virtud de esta
ley, ninguno de estos magistrados es inviolable, sino que se

[289] Probablemente, plebeyos.

declara inmolado a Júpiter al que agreda a alguno de ellos;
que, por consiguiente, un edil puede ser apresado y encar- 9
celado por un magistrado superior, lo cual, aun siendo ile-
gal (pues es maltratar a alguien a quien esta ley no lo per-
mite), constituye, sin embargo, una prueba de que el edil
no es considerado inviolable; los tribunos sí son inviola- 10
bles, en virtud del antiguo juramento de la plebe cuando se
creó tal potestad. Hubo quienes pretendieron que esta 11
misma ley Horacia afectaba también a los cónsules y a los
pretores, creados bajo los mismos auspicios que los cónsu-
les, pues el cónsul recibe el título de juez. Esta interpreta- 12
ción queda rebatida por el hecho de que, en aquella época,
todavía no se usaba el llamar al cónsul juez, sino pretor.

Tales fueron las leyes debidas a los cónsules. También a 13
ellos se debe la práctica de remitir al templo de Ceres, a
manos de los ediles plebeyos, los senadoconsultos, que
anteriormente los cónsules suprimían o alteraban a su arbi-
trio. Después, Marco Duilio, tribuno de la plebe, propuso 14
a la plebe y ésta decretó que quien dejase a la plebe sin
tribunos y quien crease una magistratura sin apelación,
sería azotado y decapitado. Todo esto se llevó a cabo con- 15
tra la voluntad de los patricios, pero sin que se opusieran,
porque todavía no se atentaba contra nadie en particular.

Procesamiento de los exdecénviros: Apio y Espurio Opio

Una vez bien asentados el poder tribu- 56
nicio y la libertad de la plebe, los tribu-
nos, considerando que ya era momento
de atacar con garantías a las individuali-
dades, seleccionan como primer acusador
a Virginio y como primer acusado a Apio. Cuando Virgi- 2
nio demandó a Apio y Apio bajó al foro con su escolta de
jóvenes patricios, automáticamente revivieron todos el
recuerdo de su tenebrosa tiranía al verlo a él y a sus guar-
daespaldas. Entonces, Virginio dijo: «La oratoria se 3
inventó para las causas dudosas; por consiguiente, ni yo

perderé el tiempo acusando ante vosotros a un individuo
de cuya crueldad vosotros mismos os librasteis por medio
de las armas, ni voy a consentir que semejante individuo
4 añada a sus otros crímenes el descaro de defenderse. Por
eso, Apio Claudio, paso por alto todas las fechorías que de
manera impía y detestable tuviste la osadía de acumular
una tras otra a lo largo de dos años. Únicamente por un
delito: haber negado la libertad provisional a una persona
libre decretando ilegalmente su esclavitud, ordenaré que te
metan en la cárcel, a no ser que aceptes comparecer ante
5 un juez.» Apio no abrigaba la menor esperanza ni en la
intervención de los tribunos ni en el juicio del pueblo; sin
embargo, recurrió a los tribunos y, como ninguno ponía
impedimento, le echó mano el *viator,* y entonces él dijo:
6 «Apelo.» Al oír la palabra que por sí sola garantizaba la
libertad provisional pronunciada por los mismos labios que
poco antes habían decretado la esclavitud provisional, se
7 hizo silencio. Todos murmuraban por lo bajo que, en defi-
nitiva, hay dioses y no se desentienden de las cosas de los
hombres, y que el castigo del despotismo y la crueldad,
8 aunque tarde, llega, y no pequeño: apelaba el que había
suprimido la apelación, e imploraba la protección del pue-
blo el que había pisoteado todos los derechos del pueblo, y
era arrastrado a la cárcel privado del derecho de libertad
provisional el que había entregado a la esclavitud a una
persona libre. En medio de estos comentarios de la asam-
blea se oía la voz del propio Apio implorando la ayuda del
9 pueblo romano: recordaba los servicios civiles y militares
de sus antepasados al Estado, su malhadada inclinación
hacia la plebe romana, inclinación que le había impulsado
a abandonar el consulado con gran disgusto por parte de
los patricios con el fin de que las leyes fuesen iguales para
todos; sus propias leyes, vigentes aún mientras el autor de
10 las mismas era llevado a prisión. Por lo demás, si se le da

oportunidad de defender su causa, entonces se atendrá a sus propios actos, buenos o malos; por el momento, en nombre del derecho común a todo ciudadano, él, ciudadano romano, pide que el día del juicio se le permita hablar y atenerse al juicio del pueblo romano; que su temor al 11
odio no es tan intenso como para no esperar nada de la equidad y la compasión de sus conciudadanos; y si se le mete en prisión sin dejarle pronunciar su defensa, apela por segunda vez a los tribunos de la plebe y les aconseja que no imiten a aquellos a los que odian; y si los tribunos confie- 12
san que están obligados por un pacto de no dar curso a la apelación, pacto semejante a aquel por el que acusaron de conspiración a los decénviros, en ese caso él apela al pueblo e invoca las leyes sobre la apelación, tanto las debidas a los cónsules como las debidas a los tribunos, promulgadas ese mismo año; pues, ¿quién va a apelar, si no tiene dere- 13
cho a ello él, que no ha sido condenado y cuya defensa no ha sido oída?, ¿qué humilde plebeyo va a tener apoyo en las leyes, si Apio Claudio lo tiene?; él va a ser una prueba de si con las nuevas leyes se ha afianzado la tiranía o la libertad, y de si el recurso a los tribunos y la apelación al pueblo contra un desafuero de los magistrados son sólo una ficción con palabras vacías o una concesión real.

Replicó Virginio que únicamente Apio Claudio estaba 57
fuera de la ley y de toda convención propia de la sociedad y la naturaleza humana; que la gente volviese la vista hacia 2
su tribunal, baluarte de todos los crímenes, donde aquel decénviro a perpetuidad, enemigo de los bienes, el cuerpo y la sangre de los ciudadanos, amenazando a todo el mundo con las varas y las hachas, menospreciando a los dioses y a los hombres, escoltado por verdugos, que no lictores, des- 3
viando ya su atención de la rapiña y las muertes para centrarla en bajas pasiones, había regalado a su cliente, proveedor de su alcoba, una joven libre, como si se tratase de

una cautiva de guerra, después de arrancarla de los brazos
4 de su padre a la vista del pueblo romano; tribunal, donde por un cruel decreto y un pronunciamiento infame, había armado la mano de un padre en contra de su hija, y donde había ordenado meter en la cárcel al prometido y al tío de la joven que recogieron su cuerpo agonizante, más trastornado por ver fallido su atentado al pudor de la joven que por su muerte; también para él se había construido la cár-
5 cel que solía llamar residencia de la plebe romana; por consiguiente, ya puede Apio apelar dos y muchas veces, que también él dos y muchas veces lo llevará ante el juez a ver si no se pronunció por la esclavitud de una persona libre; si no quiere comparecer ante el juez, ordenará meterlo en pri-
6 sión como si hubiese sido condenado. Así como nadie desaprobó la medida, también es verdad que los ánimos se vieron muy impresionados cuando fue metido en la cárcel, pues a la plebe le parecía abusar de su propia libertad al castigar a tan relevante personaje. El tribuno le señaló una fecha para comparecer a juicio.

7 A todo esto, llegaron a Roma unos legados de los latinos y de los hérnicos a dar la enhorabuena por la reconciliación de patricios y plebe y, por tal motivo, llevaron al Capitolio como presente a Júpiter Óptimo Máximo una corona de oro de poco peso, puesto que su situación no era muy próspera y practicaban la religión con piedad más que
8 con magnificencia. También por informes suyos se tuvo conocimiento de que los ecuos y los volscos se estaban
9 esforzando al máximo en preparar la guerra. Se les dieron, pues, a los cónsules instrucciones de que se repartieran las competencias. A Horacio le correspondieron los sabinos, a Valerio los ecuos. Cuando decretaron levas para ambos frentes, debido al favor de la plebe con que contaban se apresuraron a alistarse no sólo los jóvenes, sino también un gran porcentaje de voluntarios que ya estaban libres del

servicio de armas, con lo cual resultó un ejército más sólido, no sólo por el número, sino por la calidad de sus efectivos en los que figuraban veteranos. Antes de salir de 10
la ciudad expusieron públicamente las leyes de los decénviros, llamadas de las Doce Tablas, grabadas en bronce. Según algunos historiadores, esta labor la desempeñaron los ediles por orden de los tribunos.

Gayo Claudio, por odio a los crímenes de los decénvi- 58
ros y sobre todo por aversión a la tiranía de su sobrino, se había retirado a Regilo, patria de sus antepasados; siendo ya de edad muy avanzada, había retornado para salvar del peligro con sus súplicas a aquel de cuyos vicios había huido y, vestido de luto acompañado por su familia y clientela, abordaba a todo el mundo pidiendo que no deseasen mar- 2
car a la familia de los Claudios con el baldón de parecer merecedores de cárcel y cadenas; que un hombre cuya imagen[290] iba a ser muy honrada por la posteridad, un legislador y fundador del derecho romano, yacía encadenado entre asaltantes nocturnos y bandidos; que su actitud 3
pasase de la ira a un examen meditado, y prefiriesen conceder un solo Claudio a tantos Claudios que lo suplicaban, antes que por odio a uno solo despreciar los ruegos de muchos; que también él hacía aquella concesión a su 4
estirpe y a su nombre, sin haberse reconciliado con la persona cuya desgracia quería remediar; con su valor habían recobrado la libertad, con la clemencia se podía estabilizar el entendimiento entre las clases. En algunos hacía mella, 5
más por su cariño hacia los suyos que por la causa de quien era objeto de sus desvelos. Pero Virginio pedía que se compadeciesen, más bien, de él y de su hija; que no escuchasen las súplicas de la familia Claudia, de la que era propio el tiranizar a la plebe, sino las de los parientes de

290 El retrato en cera conservado en la mansión de la familia Claudia.

Virginia, de los tres tribunos, nombrados para socorrer a la
plebe, que a su vez imploraban la ayuda y la protección de
6 la plebe. Estas lágrimas parecían más justas. Consiguien-
temente, perdida toda esperanza, antes de que llegase la
fecha de la citación Apio se quitó la vida.

7 Acto seguido, Publio Numitorio presentó acusación
contra Espurio Opio, el más odiado después de Apio, por-
que estaba presente en Roma cuando su colega pronunció
8 la injusta sentencia. Se le aborreció más, sin embargo, por
las injusticias que él mismo cometió que por la que no
había impedido. Fue presentado un testigo con veintisiete
campañas en su haber y ocho condecoraciones extraordi-
narias que presentaba a la vista del pueblo; se rasgó la ropa
y mostró la espalda marcada por las varas, pidiendo úni-
camente que, si el acusado era capaz de citar algún delito
suyo, se ensañase de nuevo con él, aun siendo ya un parti-
9 cular. También Opio fue llevado a prisión y, antes del día
del juicio, puso allí fin a su vida. Los tribunos confiscaron
los bienes de Claudio y de Opio. Los colegas de éstos
abandonaron el país para exiliarse, sus bienes fueron con-
10 fiscados. Marco Claudio, el reclamante de Virginia, de-
mandado y condenado, indultada la pena capital gracias
11 al propio Virginio, se exilió a Tíbur, y los manes de Virgi-
nia, más dichosa en muerte que en vida, después de vagar
por tantos domicilios reclamando venganza, al fin, cuando
ya no quedó ningún culpable, descansaron.

59 Un miedo cerval se había apoderado de los patricios, y
el aspecto que presentaban los tribunos era el mismo que
habían presentado los decénviros. Entonces, Marco Duilio,
tribuno de la plebe, imponiendo una saludable moderación
2 a aquel poder desmedido, dijo: «Ya está bien de libertad
por nuestra parte y de castigos a nuestros enemigos; por
consiguiente, este año no voy a consentir que se demande
3 ni se meta en prisión a nadie. No está bien volver sobre

viejos delitos ya olvidados, puesto que los recientes han
sido expiados con el castigo de los decénviros, y por otra
parte la atención permanente de ambos cónsules a la
defensa de vuestra libertad garantiza que no se cometerá
ningún otro que requiera la intervención enérgica de los
tribunos.» Tal muestra de moderación por parte del tri- 4
buno, en primer lugar, disipó el temor de los patricios,
pero, al mismo tiempo, incrementó la enemiga de éstos
contra los cónsules, porque, a su entender, se habían
puesto tan completamente del lado de la plebe, que un
magistrado plebeyo se había preocupado por la salvación y
la libertad de los patricios antes que los magistrados patri-
cios, y sus adversarios se habían cansado de castigar antes
de que los cónsules dieran señales de que iban a salir al
paso de sus excesos. Eran muchos los que decían que las 5
deliberaciones habían adolecido de blandura, al haber
aprobado el senado las leyes que ellos habían propuesto;
no había duda de que ante la turbulencia de la situación
política se habían plegado a las circunstancias.

Guerras y victorias sobre ecuos, volscos y sabinos

Los cónsules, una vez solucionados los 60
problemas de la ciudad y afianzada la
situación de la plebe, marcharon cada
uno a su cometido. Valerio, frente a los
ejércitos de los ecuos y los volscos reuni-
dos ya en el Álgido, tuvo el buen acuerdo de dar largas a la
guerra; porque, si hubiese probado suerte inmediatamente, 2
dado el estado de ánimo en que entonces se encontraban
los romanos y los enemigos a raíz de las desdichadas cam-
pañas de los decénviros, no sé si la confrontación no
hubiese costado un grave desastre. Mantenía a las tropas 3
en el interior del campamento, que había situado a una
milla del enemigo; éste ocupaba el espacio intermedio entre
los dos campamentos en formación de combate, y sus pro-

vocaciones a la lucha quedaban sin respuesta por parte de
4 los romanos. Cansados, al fin, de estarse a pie firme y espe-
rar en vano la batalla, los ecuos y volscos, convencidos de
que prácticamente se les concedía la victoria, marchan a
saquear a territorio hérnico unos, latino otros; dejan una
guarnición para protección del campamento, más que fuer-
5 zas suficientes para combatir. Al apercibirse de esto el cón-
sul, les devuelve las amenazas que antes habían proferido
y, formando sus líneas, hostiga a su vez al enemigo.
6 Cuando éste, sabedor de cuántas fuerzas le faltaban,
rehusó la pelea, automáticamente subió la moral de los
romanos y daban por vencidos a quienes temblaban de
7 miedo en el interior de la empalizada. Después de perma-
necer a pie firme durante todo el día dispuestos para el
combate, al llegar la noche se retiraron. Los romanos, lle-
nos de confianza, reponían fuerzas; los enemigos, en un
estado de ánimo bien distinto, envían atropelladamente
mensajeros en todas direcciones para hacer volver a los
saqueadores. Llegan corriendo los de las cercanías: los más
8 alejados no fueron encontrados. Al amanecer, los romanos
salen del campamento dispuestos a asaltar la empalizada, si
no se les da posibilidad de combatir. Cuando el día estaba
ya muy entrado sin que el enemigo hiciera movimiento
alguno, el cónsul dio la orden de ataque; puestas en movi-
miento las líneas, a los ecuos y volscos les dio coraje que a
sus victoriosos ejércitos los protegiese una empalizada y no
su valor y sus armas. Por eso, también ellos reclamaron
insistentemente de sus generales la señal de combate y la
9 obtuvieron. Una parte estaba ya fuera de las puertas y, tras
ellos, los demás se organizaban yendo cada uno a ocupar
su puesto, cuando el cónsul romano, antes de que el frente
enemigo se consolidase con la integración de todos sus
10 efectivos, lanzó el ataque; habiendo acometido al enemigo
cuando en parte no había salido aún y la parte que había

salido no había podido desplegar suficientemente sus
líneas, cae sobre un conglomerado de hombres faltos de
resolución que dan vueltas de acá para allá dirigiendo en
torno la mirada, hacia sí mismos y hacia los suyos,
viniendo a contribuir a su trastorno el grito de guerra y la
carga. En un primer momento los enemigos retrocedieron; 11
después, al recobrar valor y preguntarles a gritos con rabia
sus generales si iban a ceder ante unos vencidos, se resta-
blece la lucha.

En el bando opuesto el cónsul decía a los romanos que 61
tuviesen presente que aquél era el primer día en que, libres,
luchaban por una Roma libre; que iban a vencer en su
propio beneficio, no para ser, vencedores, presa de los
decénviros; que no era Apio quien dirigía las operaciones, 2
sino el cónsul Valerio, descendiente de los libertadores del
pueblo romano, su libertador él mismo; que dejasen claro
que en los combates precedentes el que no venciesen había
dependido de los generales, no de los soldados; que sería 3
una vergüenza que hubiesen demostrado mayor valor con-
tra sus conciudadanos que contra sus enemigos, y que
hubiesen tenido más miedo a la esclavitud ante los suyos
que ante los de fuera; Virginia, cuyo pudor había corrido 4
peligro durante la paz, era una sola; Apio, el ciudadano
cuya lujuria representaba un peligro, era uno solo; pero, si
la suerte de la guerra se muestra desfavorable, para los
hijos de todos ellos el peligro estará representado por
muchos miles de enemigos; que no quiere presagiar lo que 5
ni Júpiter ni el padre Marte van a permitir que le ocurra a
una ciudad fundada bajo tales auspicios. Les recordaba el
Aventino y el monte Sacro, para que llevasen intacto su
poderío al lugar donde la libertad había sido conquistada
pocos meses antes, y demostrasen que los romanos tenían 6
el mismo espíritu militar después de la caída de los decén-
viros que antes de su creación, y que la igualdad legal no

7 había aminorado la valentía del pueblo romano. Después
de pronunciar estas palabras ante las enseñas de infantería,
corre, acto seguido, hacia la caballería y dice: «Vamos,
muchachos, superad en valor a la infantería lo mismo que
8 la superáis en honor y rango. Al primer choque la infante-
ría hizo retroceder al enemigo; vosotros cargad a rienda
suelta para derrotarlo y arrojarlo fuera de su terreno. No
resistirá el ataque; incluso ahora más que resistir vacila.»
9 Espolean los caballos y los lanzan contra el enemigo, des-
articulado ya por el ataque de la infantería, y después de
romper sus filas e internarse hasta la última línea, una
parte de ellos, al llegar a campo libre, dan la vuelta y
cortan la retirada hacia el campamento a un gran número
que emprendía la huida por todas partes y los mantiene a
10 raya cabalgando a lo largo de la empalizada. El cuerpo de
infantería y el propio cónsul y todo el peso de la batalla se
centran en el campamento del que se apoderan haciendo
una matanza enorme, adueñándose de un botín mayor
aún.

Llegada la noticia de esta batalla no sólo a Roma, sino
11 a la Sabina al otro ejército, en Roma fue celebrada con
alegría y, en el campamento, inflamó el coraje de los sol-
12 dados para emular la hazaña. Ya Horacio, a base de some-
terlos a incursiones y de experimentarlos con escaramuzas
de poca importancia, los había acostumbrado a confiar en
sí mismos, en vez de recordar el ignominioso descalabro
sufrido a las órdenes de los decénviros, y los pequeños
choques habían sido útiles para darles esperanzas sobre el
13 resultado global. Los sabinos, por su parte, envalentonados
por su triunfo del año precedente, no cesaban de hostigar-
los preguntándoles de manera apremiante por qué pasaban
el tiempo actuando como bandoleros, saliendo en peque-
ños grupos y volviendo a la carrera, y fraccionaban en mul-
titud de peleas de poca monta el conjunto de una única

guerra; por qué no libraban una batalla en regla y dejaban 14
que la Fortuna decidiese de una vez.

Aparte de que los romanos habían ya cobrado ánimos 62
por sí mismos, la indignación acababa de encenderlos: el otro ejército iba a regresar ya victorioso a Roma, mientras que a ellos el enemigo, encima, los escarnecía con sus insultos; ¿cuándo, si no entonces, iban a presentar cara al enemigo? Cuando el cónsul notó que en el campamento los 2
soldados hacían estos comentarios, mandó reunirlos y dijo: «Supongo, soldados, que habéis oído cómo han ido las cosas en el Álgido. El ejército estuvo a la altura que debe estar el ejército de un pueblo libre: con la táctica de mi colega y con el valor de los soldados se gestó la victoria. Por lo que a mí respecta, mis planes y mi actitud dependerán 3
de vosotros, soldados. Se puede alargar la guerra ventajosamente, y se le puede dar término rápidamente. Si 4
hemos de alargarla, yo haré que de día en día vuestra confianza y vuestro valor vayan en aumento, por el mismo sistema que he utilizado; si ya os encontráis con ánimos suficientes y os gustaría que esto se decidiese, entonces vamos, lanzad ahora un grito como el que vais a lanzar en el campo de batalla, en demostración de vuestra decisión y de vuestro valor.» Una vez lanzado el grito de guerra con 5
enorme entusiasmo, les asegura —sea ello para bien— que hará lo que ellos desean y que, al día siguiente, los llevará al combate. El resto del día lo emplearon en aprestar las armas.

Al día siguiente, tan pronto como los sabinos ven a los 6
romanos formarse en orden de batalla, salen también ellos, ansiosos de batirse ya desde hacía tiempo. La batalla fue la que correspondía a dos ejércitos llenos, ambos, de confianza en sí mismos, crecidos, uno, por su antigua e ininterrumpida gloria y, el otro, por su reciente victoria. Los 7
sabinos potenciaron además con la táctica sus fuerzas; en

efecto, presentaron un frente tan amplio como el enemigo,
manteniendo dos mil hombres de reserva, con el fin de que
cayesen sobre el ala izquierda de los romanos en pleno
8 combate. Cuando éstos, atacando de flanco, presionaban
sobre nuestra ala prácticamente rodeada, la caballería de
las dos legiones, unos seiscientos hombres, descabalga de
un salto y, al comenzar a retroceder los suyos, se lanza a
primera línea, haciendo frente al enemigo por una parte y
encorajinando por otra a la infantería, en primer lugar por
correr su mismo peligro y en segundo lugar por pundonor,
9 pues les daba vergüenza que la caballería combatiese a
caballo y a pie, y que la infantería ni siquiera en el combate
a pie estuviese a la altura de la caballería desmontada.

63 Vuelven, pues, al combate interrumpido por su parte y
recuperan la posición desde la que habían retrocedido; y, al
momento, no sólo se reequilibra la lucha, sino que incluso
2 se repliega el ala sabina. La caballería, cubierta por las
líneas de infantería, vuelve a los caballos; galopa luego
hasta la otra ala anunciando a los suyos la victoria y,
simultáneamente, carga sobre el enemigo, trastornado ya
por haber sido derrotada su ala más consistente. Ningún
otro cuerpo tuvo un comportamiento más brillante en
3 aquella batalla. El cónsul está atento a todo, elogia a los
valientes, lanza imprecaciones si en algún punto la lucha
decae. Los que eran recriminados automáticamente se
comportaban como valientes, la vergüenza los acicateaba
4 tanto como a los otros los elogios. Después de lanzar de
nuevo el grito de guerra, esforzándose todos desde todos los
puntos obligan al enemigo a volver la espalda; a partir de
ese momento, la fuerza de los romanos fue irresistible. Los
sabinos, dispersados en desbandada por los campos, dejan
el campamento como presa del enemigo. En él los romanos
recuperan no los bienes de los aliados como en el Álgido,
sino los suyos propios, perdidos en el saqueo de los campos.

Por la doble victoria conseguida en dos batallas en dos 5
lugares distintos, el senado, malintencionadamente, decretó
en nombre de los cónsules un solo día de acción de gracias.
El pueblo, al margen de su disposición, acudió en masa
también al otro día a dar gracias, y esta ceremonia espon-
tánea y popular contó casi con mayor adhesión y concu-
rrencia. Los cónsules, de común acuerdo, se acercaron a 6
Roma en dos días consecutivos y convocaron al senado en
el Campo de Marte. Cuando estaban allí dando cuenta de
lo que habían hecho, los senadores más notables se queja-
ron de que se había reunido al senado en medio de las
tropas con la finalidad expresa de intimidarlo. En vista de 7
ello, los cónsules, para que el emplazamiento no diese pie a
protestas, trasladaron de allí la sesión a los Prados de Fla-
minio, al lugar donde hoy se encuentra el templo de Apolo
—ya entonces llamado «Finca de Apolo»—[291]. Como allí 8
se votó por inmensa mayoría en contra del triunfo, el tri-
buno de la plebe Lucio Icilio propuso ante la asamblea del
pueblo el triunfo de los cónsules; surgieron muchas opinio-
nes que lo desaconsejaban, sobre todo la de Gayo Claudio
que gritaba que los cónsules querían triunfar sobre el 9
senado, no sobre el enemigo, y reclamaban una recom-
pensa por sus particulares servicios al tribuno, no un
homenaje a su valor; que nunca con anterioridad había el
pueblo entrado en debate acerca del triunfo; siempre la
valoración y la decisión sobre tal honor había correspon-
dido al senado; que ni siquiera los reyes habían mermado 10
las prerrogativas del más alto estamento; cuidado con que
los tribunos hiciesen llegar su poder a todos los ámbitos,
hasta el extremo de no consentir la existencia de ningún

[291] Si los cónsules entran en Roma, pierden la opción al triunfo; pero pueden convocar al Senado fuera de la ciudad, siempre que sea en un recinto consagrado.

consejo de Estado; la ciudad sería al fin libre, las leyes iguales para todos, si cada estamento mantenía sus dere-
11 chos, su dignidad. Los restantes senadores de mayor edad expusieron muchas razones en el mismo sentido, pero las tribus en su totalidad aprobaron la proposición. Entonces, por vez primera, el triunfo fue acordado por el pueblo sin el refrendo del senado.

Tensiones internas: la reelegibilidad, la negativa al llamamiento a filas

64 Esta victoria de los tribunos y de la plebe estuvo a punto de derivar en un abuso peligroso, al producirse un acuerdo entre los tribunos en orden a salir reelegidos los mismos y, para que su ambición quedase menos al descubierto, en orden a que también a los cónsules se les prorrogase la magistra-
2 tura. Daban como razón el que los senadores se habían puesto de acuerdo para conculcar los derechos de la plebe
3 por vía de afrentas a los cónsules; ¿qué ocurriría si, estando las leyes aún sin consolidar, por medio de cónsules de su facción atacaban a unos tribunos sin experiencia? Porque no siempre iban a tener cónsules como un Valerio y un Horacio, que antepusiesen la libertad de la plebe a su pro-
4 pio poder. Por una coincidencia afortunada dadas las circunstancias, salió a suertes, el primero, para presidir los comicios Marco Duilio, hombre sensato que veía en la prórroga de la magistratura la inminencia de enfrentamientos.
5 Al decir éste que no tendría en cuenta la candidatura de ninguno de los tribunos salientes, y conminarlo sus colegas a que dejase a las tribus libertad de voto o dejase la dirección de los comicios en manos de sus colegas, dispuestos a hacer unas elecciones de acuerdo con la ley y no con la
6 voluntad de los patricios, se produjeron tensiones; Duilio pidió a los cónsules que se acercasen a su asiento y les preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a las elecciones consulares; respondieron que nombrarían cónsules

nuevos, y al encontrarse con que aquellas personas popula-
res compartían un criterio impopular, se presentó con ellos
a la asamblea. Una vez allí, los cónsules, presentados ante 7
el pueblo e interrogados sobre qué pensaban hacer en caso
de que el pueblo romano los nombrase cónsules de nuevo
en memoria de la libertad civil recuperada gracias a ellos y
en memoria de sus hazañas militares, no cambiaron en
nada su respuesta; después de elogiarlos por perseverar 8
hasta el final en no parecerse a los decénviros, celebró las
elecciones. Una vez elegidos cinco tribunos de la plebe,
como, debido a la labor de los nueve tribunos anteriores
que hacían campaña abiertamente los otros candidatos no
obtuvieron en las tribus el número de votos requerido[292],
disolvió la asamblea y, después, no la volvió a reunir para
celebrar elecciones. Decía que se había cumplido con la ley, 9
la cual se limitaba a estipular que quedasen elegidos tribu-
nos sin determinar el número en ninguna parte, y disponía
que los que hubiesen sido elegidos eligiesen a sus colegas.
Y citaba la fórmula de la ley, según la cual: «Si os pido que 10
elijáis diez tribunos de la plebe, si vosotros eligiereis hoy
menos de diez tribunos de la plebe, entonces, que aquellos
a los que éstos escogieren para colegas suyos sean legítimos
tribunos de la plebe con los mismos derechos que los que
eligiereis hoy tribunos de la plebe.» Como Duilio mantuvo 11
hasta el final su insistencia en que la república no podía
tener quince tribunos de la plebe, después de salir triun-
fante sobre la ambición de sus colegas abandonó el cargo
contando con la aceptación tanto de los patricios como de
la plebe.

Los nuevos tribunos de la plebe halagaron los deseos de 65
los patricios al elegir a sus colegas; incluso escogieron a dos

---

[292] Porque las tribus que votaron por los otros nueve fueron descalificadas por Duilio y, entonces, otros candidatos no pudieron conseguir mayoría.

patricios, excónsules además, Espurio Tarpeyo y Aulo
2 Aternio. Los cónsules nombrados, Espurio Herminio y Tito Virginio Celimontano, sin inclinarse de manera notoria a la causa patricia ni a la plebeya, tuvieron paz interior
3 y exterior. Lucio Trebonio, tribuno de la plebe, hostil a los patricios, porque decía que éstos lo habían engañado en la cooptación de los tribunos y que sus colegas lo habían trai-
4 cionado, presentó una proposición de ley, en el sentido de que quien pidiese a la plebe romana que eligiese tribunos de la plebe continuaría la elección hasta completar diez tribunos de la plebe. Se pasó su tribunado en invectivas contra los patricios, por lo cual se le añadió el sobrenombre de Áspero.

5 Los cónsules nombrados a continuación, Marco Geganio Macerino y Gayo Julio, suavizaron la tirantez originada entre los tribunos y los jóvenes de la nobleza, sin atacar la potestad tribunicia como tal y salvaguardando la
6 dignidad de los patricios; decretaron levas para la guerra con los volscos y los ecuos y evitaron que la plebe se sublevase, dando largas al asunto[293] y aseverando que si en el interior había calma, también en el exterior habría tranquilidad total, que eran las discordias civiles las que hacían
7 crecerse a los extranjeros. La preocupación por la paz fue, asimismo, causa de entendimiento interno. Pero, siempre, uno de los dos órdenes preponderaba a costa de la moderación del otro: los jóvenes patricios comenzaron a cometer
8 desafueros contra la plebe, que estaba tranquila. Cuando los tribunos salían en defensa de los humildes, al principio servía de poco; pero, después, ni siquiera los propios tribunos se libraban de los malos tratos, especialmente durante los meses finales, cuando se formaban las coaliciones de los poderosos para burlar la ley, y por otra parte la fuerza de la autoridad en todas sus formas casi siempre se debilitaba

[293] Dejando en suspenso la ejecución del decreto de movilización.

un poco en la segunda parte del año. La plebe comenzaba 9
ya a condicionar su confianza en el tribunado al hecho de tener unos tribunos del estilo de Icilio, pues a su entender durante dos años no había tenido más que nombres. Los 10
patricios viejos, por el contrario, así como juzgaban excesiva la audacia de sus jóvenes, así también preferían que, si alguien tenía que extralimitarse, fuesen los suyos antes que sus adversarios los que anduviesen sobrados de temeridad. Tan difícil resulta la moderación en la defensa de la liber- 11
tad: mientras se simula pretender la igualdad, cada uno se encumbra a sí mismo a costa de rebajar al otro, y mientras se busca evitar el temor, uno se convierte a sí mismo en temible, y la injusticia que rechazamos de nosotros mismos se la infligimos a otros, como si no hubiera más alternativa que cometerla o padecerla.

Los cónsules nombrados a continuación, Tito Quincio 66
Capitolino por cuarta vez y Agripa Furio, no se encontraron ni sedición dentro ni guerra fuera, pero una y otra eran inminentes. La discordia ciudadana ya no podía ser conte- 2
nida por más tiempo, al estar, tanto los tribunos como la plebe, soliviantados en contra de los patricios y al perturbar continuamente las asambleas con nuevos debates las querellas contra alguno de los nobles. Al primer rumor de 3
estos problemas, los ecuos y los volscos, como si se les hubiera dado una señal, tomaron las armas, porque además sus generales, ávidos de botín, los habían convencido de que, durante los dos años precedentes, no se habían podido llevar a cabo las levas decretadas, porque la plebe rechazaba ya la autoridad: por eso, no habían sido envia- 4
dos ejércitos en contra suya; la indisciplina destruía sus hábitos guerreros, y Roma no era ya patria común; toda la cólera y la rivalidad que habían sentido frente a los extranjeros se habían vuelto contra ellos mismos; era el momento de acabar con aquellos lobos cegados por la rabia intestina.

5 Reunidos sus ejércitos, empezaron por saquear por completo el territorio latino; después, como allí nadie les salía al paso para oponerse, en medio de la euforia de los partidarios de la guerra[294], se acercaron devastando hasta las propias murallas de Roma, asolando los campos de
6 manera ostensible para afrentar a la ciudad. Después que se fueron de allí impunemente, llevándose el botín por delante, y retornaron en columna a Corbión, el cónsul Quincio convocó al pueblo a asamblea.

Intervención de Tito Quincio Capitolino. Victoria sobre volscos y ecuos

67 Allí habló, según se dice, en este sentido: «Aunque no tengo conciencia de ninguna falta, ciudadanos, sin embargo me presento en la asamblea ante vuestros ojos sumamente avergonzado. ¡Que vosotros tengáis que saber, que la posteridad tenga que recordar que los ecuos y los volscos, apenas comparables hace poco a los hérnicos, siendo Tito Quincio cónsul por cuarta vez, se llegaron armados hasta las murallas de la ciudad de
2 Roma sin recibir su merecido! A pesar de que, desde hace ya largo tiempo, se vive de una forma y el estado de cosas es tal que nada bueno se barrunta, si yo hubiese sabido que semejante ignominia iba a ocurrir precisamente este año, hubiese evitado el cargo mediante el exilio o la muerte, si
3 no había otra forma de escapar de él. ¡Así que, si unos soldados de verdad hubiesen empuñado esas armas que estuvieron ante nuestras puertas, Roma pudo haber sido tomada siendo yo cónsul! Ya estaba bien de cargos, bastaba y sobraba con lo que había vivido; debí morir después de mi tercer consulado.

4 »En definitiva, ¿a quién menospreciaron éstos, los más cobardes de nuestros enemigos? ¿A nosotros los cónsules o a vosotros, romanos? Si la culpa es nuestra, quitad la auto-

---

[294] Los «halcones», que formaban facciones en los distintos pueblos.

ridad a quienes no somos dignos de ella, y si esto no es
suficiente, castigadnos encima; si es vuestra, que no sea 5
dios ni mortal alguno quien castigue vuestras faltas, romanos: basta con que os arrepintáis de ellas. No es que ellos hayan despreciado vuestra cobardía o que hayan confiado en su propio valor; sin duda, después de haber sido tantas veces derrotados y puestos en fuga, despojados de sus campamentos, castigados con la confiscación de sus tierras, obligados a pasar bajo el yugo, se conocen y nos conocen:
les han hecho crecerse la falta de entendimiento entre las 6
clases y lo que envenena a esta ciudad, las luchas entre patricios y plebeyos, mientras a nosotros nos falta moderación en la autoridad y a vosotros en la libertad, vosotros estáis hartos de las magistraturas patricias, nosotros de las plebeyas.

»¡Que los dioses me asistan!, ¿qué es lo que queréis? 7
Deseasteis tribunos de la plebe: en pro de la concordia, lo concedimos. Anhelasteis decénviros: dejamos que se nombrasen. Os cansasteis de decénviros: los obligamos a dejar
el cargo. Como persistía vuestra ira contra ellos cuando 8
eran ya unos particulares, dejamos morir y marchar al exilio a personajes nobilísimos que habían desempeñado los
más altos cargos. Quisisteis crear de nuevo tribunos de la 9
plebe: los creasteis; nombrar cónsules partidarios vuestros: aunque veíamos su hostilidad hacia los patricios, vimos también la magistratura patricia convertida en un regalo a la plebe. El apoyo de los tribunos, la apelación al pueblo, los decretos de la plebe impuestos a los patricios, nuestros derechos conculcados so pretexto de igualar las leyes, todo
lo hemos soportado y lo seguimos soportando. ¿Cuál será 10
el límite de las discordias? ¿Es que algún día se podrá contar con una sola ciudad, algún día nuestra patria podrá ser la de todos? Nosotros, vencidos, nos mantenemos más serenos que vosotros, vencedores.

11 »¿Os basta con que tengamos que temeros? Contra nos-
otros se toma el Aventino, en contra nuestra se ocupa el
monte Sacro, pero cuando vimos las Esquilias práctica-
mente tomadas por el enemigo y a los volscos subiendo el
terraplén, nadie rechazó al enemigo: sólo contra nosotros
sois hombres valerosos, contra nosotros estáis armados.

68 »Adelante, pues, tras sitiar aquí al senado y hostilizar el
2 foro y llenar la cárcel de ciudadanos importantes, y con ese
mismo arrebato salid al otro lado de la puerta Esquilina o,
si ni siquiera a esto os atrevéis, contemplad desde lo alto de
las murallas vuestros campos pasados a hierro y fuego, ved
cómo se llevan el botín, cómo humean por todas partes las
3 casas incendiadas. Pero se dirá que es el Estado el que está
en peor lugar: los campos quemados, la ciudad asediada, la
gloria militar del lado enemigo... ¿Y qué, en definitiva?
¿Vuestros bienes particulares en qué estado se encuentran?
De inmediato se le va a comunicar a cada cual qué daños
han sufrido sus tierras. ¿Qué hay aquí con lo que podáis
4 suplir esos daños? Los tribunos ¿os van a devolver o repa-
rar lo que habéis perdido? La voz, las palabras os las pro-
digarán todas cuantas queráis, y también acusaciones con-
tra personajes importantes, y proposiciones de ley una tras
otra, y asambleas; pero de tales asambleas nunca ninguno
5 de vosotros volvió a casa más rico. ¿Es que alguien pudo
llevarle a su mujer y a sus hijos algo más que odios, ene-
mistades, rivalidades públicas y privadas, de las cuales
siempre tiene que libraros no vuestro valor o vuestra inte-
gridad, sino la intervención ajena?

6 »Pero, ¡por Hércules!, cuando militabais a las órdenes
nuestras, de los cónsules, no a las de los tribunos, y en el
campamento, no en el foro, y vuestro grito de guerra ponía
los pelos de punta a los enemigos en el campo de batalla,
no a los patricios romanos en la asamblea, entonces, car-
gados de botín tras la conquista del territorio enemigo,

repletos de riquezas y cubiertos de gloria de la patria y
vuestra, regresabais en triunfo a casa, a vuestros penates:
ahora dejáis marchar al enemigo cargado de vuestros
bienes. Seguid ahí clavados, atentos únicamente a las 7
asambleas, y pasad la vida en el foro: el deber de combatir,
al que os sustraéis, no se separa de vosotros. Os resultaba
duro marchar contra los ecuos y los volscos: la guerra está
a la puerta. Si no se la rechaza de allí, enseguida estará
dentro de las murallas y escalará la ciudadela y el Capitolio
y os acosará hasta vuestras casas. Hace dos años el senado 8
ordenó que se hiciese un alistamiento y se pusiese en mar-
cha el ejército hacia el Álgido: ¡nos quedamos en casa sen-
tados mano sobre mano discutiendo entre nosotros como
comadres, encantados de la paz del momento, sin ver que
aquella tranquilidad momentánea nos iba a suponer múlti-
ples guerras!

»Ya sé que se podría decir cosas más agradables que 9
éstas; pero, aunque mi manera de ser no me impulsase a
decir la verdad, y no lo que agrada, el deber me obliga a
hacerlo. Indudablemente querría agradaros, ciudadanos de
Roma; pero prefiero con mucho que os salvéis, sea cual sea
la actitud que vayáis a tener hacia mí. La naturaleza dis- 10
puso las cosas de forma que el que habla a la masa
buscando su propio interés cae mejor que el que piensa
únicamente en el interés público; ¿o es que acaso pensáis
que esos aduladores públicos, esos demagogos, que no os
dejan ni tomar las armas ni vivir en paz, os incitan y os
instigan por vuestro bien? Os soliviantáis para honor o 11
provecho de ellos, y como ven que no son nadie en abso-
luto si hay entendimiento entre las clases, quieren ser jefes
de tumultos y sediciones , de algo malo antes que de nada.
Si, al fin, sois susceptibles al hastío de todo esto y queréis 12
asumir las viejas costumbres de vuestros antepasados y
vuestras en lugar de estos hábitos nuevos, yo aceptaré

13 cualquier clase de suplicio si en pocos días no les quito el
campamento a estos saqueadores de nuestros campos, des-
pués de derrotarlos y ponerlos en fuga, y desplazo el
pánico que provoca esta guerra, y que os tiene consterna-
dos, de nuestras puertas y murallas a sus ciudades.»

69 Pocas veces el discurso demagógico de un tribuno
encontró mayor aceptación, por parte de la plebe, que,
2 entonces, el del cónsul lleno de dureza. Incluso la juventud,
que en circunstancias alarmantes como aquellas solía con-
siderar la negativa al servicio militar como su arma más
fuerte en contra de los patricios, ponía sus miras en las
armas y la guerra. Además, los campesinos que huían, y los
despojados y heridos en el campo, que contaban cosas peo-
res aún que las que estaban al alcance de la vista, llenaron
3 de ira la ciudad entera. Tan pronto se reunió el senado,
todos se volvieron entonces hacia Quincio, viendo en él al
único adalid de la dignidad de Roma, y los senadores prin-
cipales decían que su discurso había sido digno de su auto-
ridad consular, digno de sus consulados anteriores tan
numerosos, digno de toda su vida, llena de cargos desem-
peñados con frecuencia y merecidos con mayor frecuencia
4 aún; otros cónsules o bien habían adulado a la plebe trai-
cionando la dignidad de los patricios o bien, en su cerrada
defensa de los derechos de su clase, habían exasperado más
a la masa al intentar domarla; pero Tito Quincio había
pronunciado un discurso que tenía en cuenta la dignidad
patricia, el entendimiento entre las clases y las circunstan-
5 cias presentes por encima de todo; le pedían a él y a su
colega que se hiciesen cargo del Estado; pedían a los tribu-
nos que, de común sentir con los cónsules, pusiesen volun-
tad en rechazar la guerra lejos de Roma y de sus murallas,
e hiciesen a la plebe obedecer en tan críticas circunstancias
al senado; que la patria común apelaba a los tribunos e
imploraba su auxilio cuando los campos estaban asolados

y la ciudad casi asaltada. Se decreta por unanimidad y se 6
lleva a cabo la movilización. Los cónsules declararon, en la asamblea del pueblo, que no había tiempo para examinar las causas de exención del servicio militar: que todos los jóvenes se presentasen al día siguiente al amanecer en el
Campo de Marte; que, una vez finalizada la guerra, ellos 7
dedicarían un tiempo a examinar las causas de aquellos que no se hubiesen alistado; que sería considerado desertor aquel cuyos motivos no fuesen válidos[295]. Toda la juventud
se presentó al día siguiente. Cada cohorte eligió sus centu- 8
riones, y al mando de cada una fueron puestos dos senadores. Todo esto se llevó a cabo con tal rapidez, según nos dice la tradición, que aquel mismo día los cuestores sacaron del Tesoro público[296] las enseñas y las llevaron al Campo de Marte, y a las diez de la mañana se emprendió la marcha desde el Campo de Marte, y el nuevo ejército, seguido por algunas cohortes de veteranos voluntarios,
hizo alto en el miliario diez. Al día siguiente se avistó al 9
enemigo y el campamento se plantó frente a frente cerca de
Corbión. Al tercer día, como a los romanos los incitaba la 10
ira y a los enemigos la conciencia de su culpa y la desesperación después de haberse levantado en armas tantas veces, no se demoró ni un instante el combate.

Aunque en el ejército romano los dos cónsules tenían 70
igual autoridad, sin embargo el mando supremo, lo cual es una medida muy conveniente cuando se trata de dirigir empresas de envergadura, por concesión de Agripa lo tenía su colega[297]; éste, en respuesta al hecho de haber sido pre-

---

[295] El declarado «desertor» podía sufrir penas de cárcel, de muerte incluso, o ser vendido como esclavo. Por «jóvenes» se entiende los comprendidos entre 17 y 45 ó 46 años.

[296] Estaba en el templo de Saturno.

[297] Lo normal era que alternasen en el mando, un día cada uno.

ferido y a la buena disposición del que se había puesto a
sus órdenes, se mostraba deferente compartiendo con él
2 planes y gloria y tratando como igual a su inferior. En el
frente de batalla, Quincio se hizo cargo del ala derecha,
Agripa de la izquierda; al legado Espurio Postumio Albo
se le encarga del centro; al otro legado, Publio Sulpicio, lo
3 ponen al mando de la caballería. La infantería del ala dere-
cha peleó admirablemente, ofreciendo los volscos una dura
4 resistencia. Publio Sulpicio con la caballería se abrió paso
por el centro del frente enemigo. A pesar de que podía
retornar por el mismo sitio hasta los suyos antes de que el
enemigo pudiese rehacer sus líneas en desorden, le pareció
preferible atacarlo por la espalda, y en un instante hubiese
destrozado al enemigo al cogerlo entre dos frentes car-
gando sobre él por la retaguardia, de no haberlo mante-
nido la caballería de los volscos y los ecuos ocupado
5 durante algún tiempo librando su propio combate. Sulpi-
cio, entonces, gritó que no era momento de andar con vaci-
laciones, que estaban rodeados y con el paso hacia los
suyos cortado, a no ser que pusiesen todo su empeño en
6 liquidar el combate con la caballería; y que no era sufi-
ciente con hacerla huir ilesa, había que acabar con caballos
y hombres, para que ninguno se incorporase después a la
lucha o iniciase un ataque; que no podían resistir a quienes
habían obligado a retroceder a las apretadas filas de la
7 infantería. No prestaron oídos sordos a estas palabras. En
una sola carga desbarataron a toda la caballería, derriba-
ron de sus monturas a un gran número y atravesaron con
la punta de sus armas a hombres y caballos. Se dio así fin
8 al combate de caballería. Lanzando, entonces, su ataque
contra las líneas de infantería, mandan recado de su triunfo
a los cónsules, cuando ya el frente enemigo comenzaba a
ceder. La noticia les subió la moral a los romanos, que
estaban venciendo, y desmoralizó a los ecuos, que estaban

retrocediendo. Comenzaron a sufrir la derrota por el 9
centro de su frente, por donde la irrupción de la caballería
había roto sus filas; luego, el ala izquierda comenzó a ceder 10
ante el empuje del cónsul Quincio; el ala derecha dio
muchísimo trabajo. Entonces Agripa, lleno de coraje por-
que era joven y fuerte, al ver que en todos los frentes la
lucha era mejor llevada que en el suyo, arrancó las enseñas
de manos de sus portadores y se adelantó personalmente
con ellas, comenzando incluso a tirar alguna entre las apre-
tadas filas enemigas; espoleados por el temor a la ver- 11
güenza de perderlas, los soldados se lanzaron sobre el ene-
migo. De esta forma la victoria fue igual en todos los sec-
tores. Le llegó, entonces, comunicación de Quincio de que
había vencido y estaba ya a punto de caer sobre el campa-
mento enemigo, pero que no quería lanzarse al asalto hasta
saber que también en el ala izquierda estaba resuelto el
combate: si ya había derrotado al enemigo, que acudiese a 12
reunirse con él, para que todo el ejército participase a la
vez en la toma del botín. Agripa, victorioso, se dirige hacia 13
el campamento enemigo al encuentro de su victorioso
colega, felicitándose mutuamente. Pocos defensores había
en él, y fueron puestos en fuga en un instante; sin lucha
asaltan el atrincheramiento y traen de vuelta al ejército
dueño de enorme botín, recuperados incluso los bienes que
se habían perdido al ser saqueados nuestros campos. No 14
tengo noticias de que ellos pidiesen el triunfo ni que el
senado se lo concediese, ni hay referencias de por qué
menospreciaron este honor o no tuvieron esperanzas de
obtenerlo. Por lo que yo puedo conjeturar a tantos años de 15
distancia, al haberles sido negado por el senado el triunfo a
los cónsules Valerio y Horacio que habían conseguido la
gloria de llevar a buen término la guerra contra los volscos
y los ecuos y, además, contra los sabinos, a los cónsules les
dio reparo pedir el triunfo por un éxito la mitad menos

importante, para que no diese la impresión, en caso de obtenerlo, de que se habían tenido en cuenta las personas más que los merecimientos.

Vergonzosa tercería de la asamblea del pueblo

71 La honrosa victoria conseguida sobre el enemigo se vio afeada, en el interior, por un vergonzoso juicio del pueblo en una discusión de límites entre los aliados.
2 Las poblaciones de Aricia y Árdea se habían disputado, repetidas veces, con las armas un territorio de dudosa posesión; cansados de numerosas derrotas alternativas, recurrieron al arbitraje del pueblo romano[298].
3 Cuando acudieron a defender su causa ante la asamblea del pueblo convocada por los magistrados, se desarrolló un debate muy tenso. Habían sido presentados ya los testigos y lo que procedía era hacer el llamamiento de las tribus para que el pueblo votase, cuando se levanta el plebeyo Publio Escapcio, de edad muy avanzada, y dice: «Si se me permite, cónsules, hablar de los intereses del Estado, no
4 dejaré que el pueblo se equivoque en este asunto.» Al negarse los cónsules a oírlo, porque hablaba sin ton ni son, y ordenar que se lo llevasen cuando comenzó a gritar que se estaba traicionando la causa del Estado, apela a los tri-
5 bunos. Los tribunos, como casi siempre se dejan llevar por la masa en lugar de dirigirla, concedieron a la plebe, que estaba ansiosa de escucharlo, que Escapcio dijese lo que
6 quisiese. Entonces comienza a decir que tiene ya ochenta y dos años cumplidos y que militó en el territorio en cuestión no en su juventud sino durante su vigésima campaña, cuando la guerra de Coríolos; que, por eso, él aporta un dato borrado ya por el paso del tiempo, pero grabado en
7 su memoria: el territorio en litigio estaba dentro de las

[298] El arbitraje de Roma entre Árdea y Aricia no ofrece credibilidad ni de conjunto ni de detalle.

fronteras de Coríolos y, con la toma de Coríolos, había
pasado por derecho de guerra a propiedad del pueblo
romano; que está asombrado de la desfachatez con que los
de Árdea y Aricia esperan quitarle al pueblo romano, del
cual han hecho un árbitro en lugar de legítimo propietario,
un territorio sobre el que nunca pretendieron tener derecho
mientras Coríolos era independiente; que a él le queda 8
poco tiempo de vida, pero no ha podido avenirse a no
reivindicar de viejo con sus palabras, único medio a su
alcance, un territorio que él contribuyó como soldado a
conquistar por las armas; que él aconseja encarecidamente
al pueblo que no se pronuncie en contra de su propia causa
por un pudor inútil.

Los cónsules, al advertir que Escapcio era escuchado no 72
sólo en silencio, sino con muestras de asentimiento, ponen
a los dioses por testigos de que se está gestando un tre-
mendo escándalo y hacen venir a los senadores más impor-
tantes. Con ellos van recorriendo las tribus y piden que no 2
cometan la vergonzosa acción, que no den el ejemplo, aún
peor, de unos jueces que vuelven a su favor el objeto de
litigio, habida cuenta, sobre todo, de que, aunque el juez
tiene derecho a cuidar de sus intereses, en modo alguno es
tanto lo que se gana haciendo suyo el territorio como lo
que se pierde al enajenarse el aprecio de sus aliados con
una injusticia; porque, sin duda, las pérdidas de la reputa- 3
ción y de la credibilidad son más importantes de lo que
podría pensarse: ¡que los delegados cuenten esto en su país,
que se divulgue, que llegue a oídos de los aliados y de los
enemigos, con qué dolor por parte de aquéllos y con qué
alegría de éstos! ¿Creen, acaso, que los pueblos circundan- 4
tes van a responsabilizar a ese Escapcio, viejo charlatán de
asambleas? Esto será para Escapcio un título de nobleza[299],

[299] Hay una pequeña mutilación en el texto, pero no parece privarlo

pero el pueblo romano representará el papel de delator[300] y de juez que se lleva por sorpresa el objeto de litigio entre
5 terceros; pues, ¿qué juez de un asunto privado actuó de forma que se adjudicase a sí mismo el objeto controvertido?; ni siquiera el propio Escapcio lo haría, a pesar de
6 tener muerto ya el sentido del pudor. Esto es lo que dicen a gritos los cónsules y los senadores; pero la codicia y Escapcio que dio pie a ella se imponen. Llamadas a votar las tribus dieron el veredicto de que el territorio era propiedad
7 del pueblo romano. Nadie discute que lo mismo hubiera ocurrido si se hubiera acudido a otros jueces: pero lo ignominioso de aquel juicio no queda paliado, en absoluto, por la bondad de la causa, y no les pareció más vergonzoso y triste a los de Aricia y Árdea que a los patricios de Roma.

Durante el resto del año reinó la calma, sin perturbaciones interiores ni exteriores.

---

de sentido: atribución irónica a Escapcio del *ius imaginum*, reservado a los nobles.

[300] El término latino es *quadruplator*, aplicable al denunciante que recibía en recompensa la cuarta parte de los bienes del denunciado.

ÍNDICE DE NOMBRES*

* Con Pr. se indica el Prefacio; con números romanos los libros; la primera cifra en arábigos indica capítulos, las que siguen tras la coma indican párrafos. Cuando hay varios párrafos correspondientes a un mismo capítulo, van separados por guión si son seguidos y por coma si son salteados. Las referencias de un capítulo van separadas de las de otro por punto y coma, y las de libros por punto. Las menciones indirectas van entre paréntesis. En la elaboración de este índice ha prestado una valiosa colaboración Juan Asensio Martín.

ÍNDICE GENERAL

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN